

Herida de Muerte



ROBERT F. BEERS

Robert F. Beers

HERIDA DE MUERTE

Copyright (c) 2018 by Robert F. Beers
All rights reserved.

Prólogo

El disparo

A quemarropa

Tenía una voz virginalmente femenina y pronunciaba con delicia el francés, pero era la Muerte la que telefoneaba a Joaquín Tinoco esa noche de domingo, para recordarle su cita clandestina.

Solo media hora o poco más tenía de haber llegado a su casa, procedente de Guadalupe, el hombre más poderoso de Costa Rica, hermano del Presidente, Ministro de Guerra y jefe supremo de las Fuerzas Armadas, luciendo el flamante uniforme que lo acreditaba como fiero General de División. Pero algún acontecimiento crucial debía habersele anunciado en la sesión espiritista de la que acababa de volver, puesto que durante esa media hora no había hecho más que pasear su impaciencia por la sala de su señorial mansión esquinera, que miraba hacia el norte desde el opulento Barrio Amón. Y al escuchar el teléfono, se había precipitado a contestarlo él mismo, como si hubiese estado esperando desde siempre aquella llamada.

—Sí, sí, claro... ¡voy enseguida! —su respuesta brotó con nerviosa prisa en castellano, mientras miraba varias veces con algún recelo a su hijo mayor, de su mismo nombre y con 10 años cumplidos, a quien tenía a pocos pasos. Colgó enseguida. No parecía muy cómodo con la idea de que el pequeño pudiese escuchar la conversación.

—Ya vengo—espetó de pronto, frunciendo un poco los labios debajo del corto y bien cuidado bigote—. Tengo que salir. ¡Joaquincito, tráeme el chacó!

—Pero la comida está casi lista—le respondió desde el otro extremo del salón Mercedes, su esposa, con su modo reverente y su aire juvenil—. Y además ya estuviste fuera toda la tarde, y don Porfirio dijo que ya casi volvía para comer con nosotros. ¿Pasó algo?

—No, Merceditas, nada. Es rápido. Yo regreso para la comida.

El niño había regresado mientras tanto con el gorro militar que le habían pedido. Su padre se lo puso de camino a la puerta de la cochera, después de echar mano del latiguillo que solía llevar.

—¿Quién te llamó, papito? ¿Tío *Pelico*? —indagó con toda frescura el pequeño Joaquín. Pero no recibió respuesta. El intranquilo General de hacía unos minutos ahora parecía pensativo y animado, como si tuviese certeza de la

inminente realización de un anhelo largamente acariciado.

Sobre el propio umbral recibió el gallardo militar un tierno abrazo y un gentil beso de su primogénito. Pero este último, al advertir cómo se recortaba bajo la lámpara de la esquina la sombra de uno de los detectives que trabajaban para su padre, le hizo una seña para que se acercase.

—Oiga, Valverde... ¿usted haría el favor de acompañar a mi papá un momentito? —la nítida voz del chiquillo se impuso a la brisa—. Es que tiene que ir a...

—Gracias, pero no hace falta—se apresuró a intervenir el adulto, dirigiéndose al mismo vigilante—. Nada más voy a adelantarme para topar a Morúa, que ya viene para acá con el automóvil. No debe tardar mucho. Y te repito, Joaquincito, que yo regreso para comer con ustedes. ¿Listo?

Antes de doblar la esquina volvió su rostro una vez más para despedirse de su hijo con un guiño. Saludó apenas a la pareja de esbirros que vigilaban los accesos a la mansión, los cuales se cuadraron a su paso. Y luego, sin pronunciar palabra, emprendió el ascenso de la suave pendiente hacia el Sur. Solo, erguido, revólver al cinto, con la mirada al frente.

¡Era su gran momento! El país entero—incluso su hermano Federico, el presidente—se había tomado en serio el discurso que pronunciase apenas veintitrés horas antes, en el Palacio Nacional. El Senado y el Congreso lo habían oído renunciar al cargo de Primer Designado a la Presidencia. ¡Pero el control del país seguía siendo tan suyo como lo había sido desde hacía treinta meses! Los militares eran suyos, los policías eran suyos, las armas también lo eran. ¡Enhorabuena que partiese Federico a Europa, con su salud endeble, su mujer culterana y sus bolsillos repletos de dinero! ¡Y que de paso hiciese creer a los malditos gringos y a los derrotados traidores del Sapo que los Tinoco abandonarían tan mansamente el poder en el término de pocos días! ¿No se había sumado él mismo a la farsa con su aparente renuncia?

Pero una vez que Federico se hubiese embarcado y él se devolviese súbitamente de Puerto Limón, ¿qué podría interponerse entre él y la Presidencia? ¡El poder sería suyo, y solamente suyo!

Y ahora, irónicamente gracias al rumor de su inminente partida, también *ella* sería suya... ¡Ella, la delicada y despierta jovencita que por meses se había atrevido a rechazar sus obsequios y a resistirse a su asedio! ¡La bella señorita de humilde origen, cuyo encantador barniz de timidez cobijaba una tenacidad y una fineza en las que él veía el reflejo de las suyas propias! Sí, esta noche también iba a poseerla... ¡Ella lo esperaba, lo estaba

esperando apenas a un par de calles de distancia, para rejuvenecerlo con la entrega de su inexperta pasión, y darle finalmente el impulso que le faltaba para las grandes hazañas que le estaban destinadas!

¿No era todo esto lo que le había pronosticado el espectro del pasado a través de los labios de la joven Ofelia, la *médium* más famosa del país? ¿A qué más podrían estarse refiriendo las sombras del Hades, al proclamarle que estaba por producirse un acontecimiento que cambiaría definitivamente el curso de su vida y de la de su Patria?

La vía estaba casi desierta. Dejaba ya atrás a dos colegiales que conversaban en la penumbra, y se bajó un momento de la acera para ceder el paso a un vecino suyo que cargaba a sus dos niños. Ante él, la bocacalle. En la esquina, alumbrada por la anémica lámpara eléctrica, la taberna “*La Marinita*”, y frente a esta, sobre la acera que devoraba paso a paso el General, la vieja casona de adobes ocupada por la “*Cafetería Española*”. La antigua “*Pulpería de Limón*”, le susurró la nostalgia.

Y al coronar Joaquín Tinoco el ascenso, con su porte valeroso y su impecable uniforme, el reloj de su existencia entró en su segundo final.

—¡Mi General! —una voz de varón, firme y clara, surgió del oscuro cajón de la puerta esquinera. El rostro y el brazo del glorioso Joaquín giraron al mismo tiempo: sus ojos en busca de la figura humana que lo invocaba con atrevimiento, su mano por reflejo hacia el revólver que llevaba al cinto. Ninguno de ellos llegó a tiempo. El tiro a quemarropa había salido primero.

El eco del disparo fatal resonó por toda la silenciosa calle.

Parte I

El arresto

El despertar

Nueve meses antes del crimen, al amanecer de un jueves de noviembre, Ariana Cortés, con sus 16 años, empezó a comprender cómo sonaba una dictadura.

Una vorágine de ruidos entremezclados, que la despertaron bruscamente. Golpes secos. Cristales rotos. Gritos que se apiñaban unos sobre otros. Chasquidos metálicos. ¡Un verdadero escándalo casi al pie de la ventana de su habitación, la más pequeña y retirada de la espaciosa casa que poseían en el exclusivo Barrio Amón sus tíos, los señores Cantillano!

Con el corazón bamboleándose dentro de su pecho se incorporó apresuradamente la jovencita, afanada por descifrar el origen de aquel alboroto. Una delgada vidriera, una gruesa cortina verde que oscurecía el dormitorio, y su propia cabellera de ondulante y despeinado castaño, eran todo cuanto se interponía entre sus ojos claros y la respuesta a su acertijo. Pero cuando se disponía su mano a correr la cortina, la congeló una terminante exclamación desde la calle:

–¡Guardia Rural, abran la puerta o hacemos fuego!

Ariana se apartó instintivamente de la ventana, y un instante después se hallaba hecha un puño en un estrecho rincón de su pieza, temblando y con sus dedos rígidos y fríos. “*¿La Guardia Rural... aquí?*”, la sola noción resultaba tan ilógica que por eso mismo se tornaba aún más temible. ¡La Guardia solamente intervenía contra enemigos declarados del Presidente Tinoco!

“*No... ¡no puede ser con nosotros! ¡Si tío Elías y tía Lucía han sido amigos de don Pelico toda una vida, siempre lo han apoyado!*”, intentaba razonar la jovencita en medio del tremendo pavor que la devoraba. ¿Y no había venido al rumboso baile del sábado anterior el mismísimo hermano del Presidente, el general Joaquín Tinoco, Ministro de Guerra, y creador de aquel selecto cuerpo militar? ¿Cómo entonces amanecía la casa apuntada por sus rifles menos de una semana más tarde?

“*Lo invitó mi primo Rafael... ¡y vino de incógnito!*”, recordó. Casi nadie lo había reconocido. Excepto ella misma, aunque se había guardado muy bien de decírselo a nadie más que al propio General... ¿Acaso sería aquella inocente observación el origen de la aterradora visita? Se estremeció de solo

pensarlo, su rostro blanco y ovalado hundiéndose de inmediato entre sus gélidas manos.

—¡Ariana, por María Purísima! ¿Qué estás haciendo ahí? —una voz femenina, incisiva y algo desagradable, acuchilló la espesa atmósfera para obligarla a levantar la vista. Ante ella, medio oculta tras la puerta entreabierta, rosario en mano y vestida íntegramente de negro luctuoso, se asomaba la rechoncha silueta de su tía Dolores, a la sazón viuda y eterna comensal de los Cantillano—. ¡Anda, levántate rápido, y ni se te ocurra arrimarte a esa ventana, porque capaz que en esa casa del frente tienen armas y empiezan a volar bala!

—Pero tía... ¿en cuál casa? —la acongojada jovencita fue avanzando hacia la puerta, sin arriesgarse a erguir del todo la cabeza tras aquella ominosa advertencia—. Porque no es para acá que viene la Rural, ¿verdad que no...?

—¿Cómo se te ocurre, muchacha de Dios?—el rezongar de la canosa mujer, que habría resultado casi cómico en otras circunstancias, se le antojaba ahora a Ariana el preludio de una verdadera pesadilla—. ¡No, si el enredo es en la acera del frente... donde tu amiguito!

—¿En casa de... Ernesto?

Una descarga de pánico disipó como un espejismo el saludable tono sonrosado de las mejillas de Ariana, humedeciéndole el cuello y la frente con un helado y tembloroso sudor. Casi por reflejo giró su cabeza hacia la ancha puerta de la calle. Por su mente desfilaron como una tromba los habitantes de la casa vecina: don Fernando, el gentil y afable talabartero; su esposa doña Elena, la nerviosa e inquieta dama. Y Ernesto, el hijo de ambos, joven apuesto y esforzado... La única persona a quien siempre había podido llamar ella su amigo... ¡Su amigo! El corazón le palpitó con mayor intensidad. “*¡Él nunca me hubiera dejado sola frente a una cosa de estas...!*”

Y entonces, sin previo aviso, la muchacha se precipitó a correr hacia la entrada principal, esquivando uno tras otro los lujosos muebles de la sala, sin hacer el menor caso a los frenéticos llamados con los que la tía Dolores intentó detenerla. Aferró la perilla metálica y con ambos brazos dio un recio tirón a la puerta, que se abrió con potente estrépito para dejarla de cara al breve jardín, a la calle empedrada y a la casa de la familia Herrera.

¡Cuán terrible escena vino al encuentro de sus delicados ojos! Una fachada sin vidrios, una enorme brecha donde antes existiese una puerta, una estridente jauría de uniformados sacando casi a rastras a un hombre maduro de

cabello entrecano que reconoció enseguida... y el brillo tenebroso de dos o tres fusiles que se volvían en brusco unísono para apuntarla directamente a ella.

El miedo cortó en seco la respiración de Ariana y tornó casi azul su blanca tez, petrificando cada uno de sus músculos. Se estremecían sus manos y flaqueaban sus rodillas. Durante un apocalíptico segundo quedó allí, sobre el pórtico de la casa, bajo la mortífera hipnosis de los rifles a los que ofrecía un blanco patéticamente fácil.

—¡No disparen, no disparen, es mi sobrina! —desde atrás de ella desgajó la tensa atmósfera un chillido agudo; y luego sintió que una mano la aferraba del camión nocturno y la metía a la casa de un tirón. Así se vio Ariana, sin reponerse todavía de su aterrada rigidez, frente al semblante iracundo de la tía Dolores.

—¿Pero para qué diantres tenés la cabeza, muchacha? —aullaba esta fuera de sí, sacudiéndola violentamente por los hombros y arrastrándola de regreso a la sala principal—. ¿Es que no podés entender el peligro? ¡Estuviste así de que te volaran la *jupa* de un tiro, y ni tan siquiera te dio vergüenza salir a la calle en ese camión de dormir y toda despeinada! Y todo, ¿por qué? ¡Porque tenés que andar metiéndote en lo que no te importa...! ¡Ah, pero esto es el premio que se saca una por estar pensando en hacer caridades...!

—A ver, a ver... ¿qué es lo que está pasando aquí? —al lado opuesto del ancho salón se impuso la señorial figura de un caballero de unos sesenta años, bigote y cabello blancos, ante cuya presencia Ariana pasó rápidamente del aturdimiento a una tímida pena.

—¡Ay, Elías... ya no sé ni qué hacer con esta muchacha! —la tía Dolores desplegó la predecible secuencia de ademanes que utilizaba en tales casos: mirada al cielo, brazos abiertos, y luego el infaltable santiguamiento para expiar con anticipación la nutrida descarga de apóstrofes. En breve estuvieron los tímpanos del hombre inundados de profusas quejas, pero estas no parecieron causarle emoción alguna.

—¡Qué carajo, Dolores... cuidado no sabés que esta chiquita ha sido siempre un saco de nervios! —espetó por fin el viejo, encogiéndose de hombros y dándole una indiferente espalda a la atónita acusadora—. ¿Cómo no se iba a poner así con semejante escándalo, si hasta yo mismo me sobresalté cuando oí que era la Rural? ¡Dejala, que tiene que ir a alistarse para el colegio y todavía no ha ni desayunado! Y vos andá, por favor, que Lucía y Felicia ya están sirviendo las tortillas y el café...

Casi una hora más tarde volvía a cruzar Ariana el mismo umbral, aunque esta vez transfigurada por la pulcritud de su peinado, los impecables libros y cuadernos que llevaba apretados contra su pecho, y el flamante uniforme blanquiazul del Colegio Superior de Señoritas que insinuaba cautelosamente su estilizada figura femenina. Atravesó titubeante el pequeño jardín y avanzó hasta el portoncito exterior que desembocaba en la calle, ahora desierta. Y allí se detuvo por un angustioso minuto a contemplar la fachada sin vidrios, la puerta derribada, el corredor vacío, los angulosos cristales que alfombraban la estrecha acera...

“*¿Por qué lo arrestarían?*”, la pregunta rebanó su aliento, mientras reanudaba su larga caminata hacia el colegio. Pensó primero en la pobre doña Elena. ¡Cuánto debía estar sufriendo, sola en medio de la imprevisible tempestad! Y luego, en Ernesto... ¡su amigo, el guapo y adorado Ernesto!

Sensitivo, amable, afectuoso, leal. Y también varonil, arrojado, tenaz, indomable.

Era claro que no iba a quedarse de brazos cruzados ante el brutal arresto de su padre.

El crepúsculo de la inocencia

—¡Señorita Cortés! —no fue exactamente el tono ácido del profesor de Geografía al pronunciar su nombre, sino el hecho de jamás haberlo empleado antes con ella, lo que la hizo reaccionar. —¡Es la tercera vez que la llamo! ¿Va a pasar a la pizarra, sí o no?

La muchacha levantó su vista como en sueños, pero en el extravío de su mirada se hacía evidente que su aturdida indiferencia no amainaba todavía. Desde su llegada al añejo edificio había deambulado a tropezones por aulas y pasillos, sin poder sacarse de la mente el brillo feroz de los fusiles amenazantes, ni el gesto confuso de don Fernando mientras era sacado casi a rastras de su residencia. Imágenes abrumadoras que la perseguían como un obsesivo fantasma, y que convertían su natural talante introvertido en un frustrante estupor.

—¡Haga entonces el favor—tronó el impaciente educador, al ver que la alumna permanecía inmóvil y tampoco articulaba sonido alguno—de salirse de mi clase!

Un inmediato barullo se extendió por todos los pupitres ante el insólito acontecimiento. ¿Ariana Cortés? Tenía que haber alguna equivocación. ¡Ese nombre pertenecía a la terna bimestral de alumnas sobresalientes, no a una boleta disciplinaria! En perplejo silencio contemplaron sus condiscípulas la letárgica torpeza con la que comenzó ella a recolectar sus útiles para obedecer la orden.

—¡Bien, Ariana... al fin vas a tener algo que contarle a tus nietos! —el asombro general se rompió de pronto con el enconoso comentario que brotó de la retaguardia del salón. Surgieron algunas risas, ahogadas y anónimas.

—¡Y apunten bien la fecha de hoy, chicas! —rebuznó jocosamente otra estudiante desde el mismo sector—. ¡Esa pregunta de fijo sale en el examen de Historia!

—¡Silencio! —rugió otra vez el profesor, cuya legendaria severidad no era muy compatible con las bromas—. Ni una palabra más, mientras esperamos que la señorita Cortés tenga por fin la amabilidad de retirarse. Y si alguna de ustedes quiere seguirla, ¡puede hacerlo ahora mismo!

La velada amenaza fue suficiente para poner en labios de las alumnas

una coraza de silencio. Con solemne lentitud recogió Ariana sus restantes efectos personales, y luego se deslizó calladamente hacia la puerta del aula, sin tener bríos ni siquiera para levantar la mirada. No había espacio en su atribulado espíritu más que para una idea solitaria: “*Ernesto... ¡tengo que ir a verlo! ¡Él me necesita... y yo le debo tantos favores...!*”

Cuando—después de una inacabable espera—vino a libertarla la campana de salida, Ariana llevaba consigo dos nuevos agujones: en su mano, una copia de la carta remitida más temprano a sus tíos por la Dirección del Colegio, quejándose de su displicente conducta de aquel día. Y en su alma, la inquebrantable determinación en la que se habían ido transformando sus repetitivos pensamientos. Abandonó presurosamente el edificio, dando un rodeo para no toparse con sus compañeras. No quería ningún contratiempo en su marcha a través de la capital. ¡Tenía que ver cuanto antes a Ernesto! ¡Necesitaba saber por qué habían detenido a su padre!

“*Tal vez la cosa no sea tan grave como parece*”, iba alentándose a sí misma mientras atravesaba la Avenida Central luego de pasar frente a la caballeriza del Gobierno, situada detrás del Teatro Nacional. “*Y en todo caso, no debe ser nada que no pueda resolver don Pelico con una simple orden... ¡O don Joaquín, que es tan amigo de Rafael! ¡Ah... si esto hubiera pasado antes de esa condenada fiesta, yo misma hubiera podido hablarle a don Joaquín de este asunto, y santo remedio...!*”

¡La fiesta! Ariana se detuvo de pronto, llevándose las manos a la tenue boca rosada. ¡La fiesta...! Sí, en el salón de su casa había estado Joaquín Tinoco, nada menos. El rauda militar, el segundo hombre más poderoso del régimen. O quizás el primero, para ella y para muchos otros ciudadanos. Un caballero de personalidad arrolladora, modales exquisitos, irresistibles galanterías y airosa presencia que su incógnito de aquella noche no podía apaciguar. Ella lo había reconocido en el acto. Y él pareció divertido de su hazaña, ¡incluso la había invitado a bailar! Ahora bien, Ernesto también había estado presente esa noche... Como un riel cinematográfico le presentó su memoria un arremolinado repaso de sus palabras y acciones de aquel momento, que culminaron con una fría y horrible sospecha.

“*¿Y si todo esto fue culpa mía?*”

Absorta en sus tribulaciones rebasó la loma coronada por el frondoso Parque Morazán poco antes del crepúsculo, y antes de darse cuenta se encontraba ya en la esquina de su casa. Sus ojos pasaron directamente a la acera opuesta, donde pudo distinguir las dos sombras masculinas que, entre

apurados bufidos y con sus camisas empapadas de sudor, fijaban una nueva y pesada puerta en lugar de la que destrozaran más temprano los esbirros. Entre los labios de uno de ellos advirtió el punto de luz anaranjada y la minúscula nube blanquecina que indicaban la presencia de un cigarrillo, segundos antes de que el olor a tabaco penetrase en su sensitivo olfato para causarle el acostumbrado mareo.

El otro joven, que estaba acuclillado y le daba la espalda, se enderezó de inmediato al escuchar sus pisadas, revelando una sólida estatura y unos músculos tensados por el esfuerzo. Ariana sintió que se le iba la respiración cuando aquel muchacho volteó su enérgico rostro y, a pesar de la angustia y el cansancio impregnados en este, hizo un esfuerzo por desplegar la hechicera sonrisa que se repetía cada noche en sus sueños.

—Buenas... —hubiese querido Ariana que su saludo demostrase más aplomo que timidez, pero su voz no pasó de un maullido.

—Hola, Ari... —a toda prisa se sacó el joven del bolsillo un hermoso pañuelo para secarse precipitadamente el sudor, sin lo cual no hubiera dejado de notar el profuso sonrojo que quemase las frágiles mejillas de la recién llegada—. ¿Y esa sorpresa?

—Eh... nada especial... nada más venía a ver... cómo está su mamá, cómo se siente... —las vibrantes pupilas de Ariana solo se despegaron brevemente del suelo para indicar su inquietud por la presencia del otro joven, quien resultaba para ella un perfecto desconocido.

—Sí, claro... pasá adelante, ahí debe estar, preparando la comida con Azucena...

La visitante dio dos o tres pasos indecisos, entretanto que Ernesto y su acompañante hacían una pausa en su trabajo para cederle el paso.

—¿Puedo preguntarle algo, Ernesto? —se detuvo Ariana de pronto, antes de traspasar el umbral.

—Ya lo estás haciendo—replicó el sudoroso anfitrión, sin dejar de sostener la puerta.

—¿Ya se sabe algo sobre... sobre la situación de...? —otra vez la mirada angustiada dirigida hacia el desconocido, que mientras tanto ajustaba unas bisagras sin darse por enterado.

—¿De mi papá? —un inocultable dejo de amargura entintó la voz de Ernesto al completar la frase que ella no atinaba a pronunciar—. Nada. Solo que lo llevaron amarrado y a pie hasta la Segunda Sección de Policía, ahí frente a la plaza de La Merced, y que de ahí supuestamente lo iban a mandar a

la Penitenciaría Central. Pero si lo que te interesa averiguar es por qué se lo vino a llevar la Rural... no tengo la menor idea. Por más que pregunté, nadie me ha querido dar una razón coherente. Así que, si querés una respuesta, ¡pedísela a los Tinoco!

Ariana bajó nuevamente sus ojos y dio un largo suspiro antes de ingresar parsimoniosamente a la casa en busca de doña Elena. “¡Ay, Ernesto...! *¿No ves que esa respuesta la puedo tener yo?*”... En su mente se despertaban otra vez, como duendes acusadores, las imágenes de aquella resonante fiesta que organizase su primo una semana antes. “*Ese baile... ¡bien sabía yo que iba a terminar lamentándolo!*”...

3

Preparativos

Se enteró de los planes de Rafael al volver del colegio un lunes. Era ya de noche cuando, al transitar por el comedor principal con su uniforme y sus útiles, Ariana escuchó nítidamente el sonido de la frivolidad. Le resultaba muy fácil reconocerlo después de seis años de convivir con sus primos: era una especie de murmullo burbujeante que rompía a veces en una risueña y explosiva algazara, y en el que nunca podía faltar como nota destacada la voz punzante del locuaz primogénito de aquella casa. Por el número de voces conjeturó que, además de sus primas Felicia y María Consuelo, debía haber también uno o dos invitados masculinos, posiblemente amigos de Rafael.

Lejos de atraerla o espolear su curiosidad, la presencia de extraños en la casa era una de las formas más efectivas de ahuyentar a la tímida Ariana, quien más bien se dio prisa por pasar de largo.

—¿A dónde vas, Ariana? —sobre sus tímpanos cayó como un martillo el acostumbrado tono imperioso de la tía Dolores, quien en ausencia de don Elías y su esposa se había hospedado en casa de éstos, presuntamente con el humilde y desinteresado afán de vigilar la buena marcha de la vida cotidiana—. ¡Si ya casi está servida la comida!

—¡A mi cuarto, a cambiarme de ropa! —respondió la muchachita sin detenerse.

Cerró cuidadosamente la puerta de su habitación, y allí hubiera permanecido el resto de la velada, de no haber sido porque al cabo de diez minutos vino la tía a tocarle la puerta.

—¡Muchacha, pensé que te habías dormido! —gruñó, entre sorprendida y disgustada, mientras la conducía casi a empujones hacia el comedor—. ¡No te dije yo que ya estábamos a punto de servir? ¡Bonita cosa... en lugar de echar carrera para ir a ayudarnos, tenés que venir a encuevarte aquí y dejarnos a nosotras todo el trabajo! ¡Cualquiera diría que fueras vos la señora de la casa, y no tus primas!

A la manera de las míticas Furias atosigando a Orestes^[1], los reproches de la tía Dolores persiguieron a Ariana durante el trayecto, afortunadamente corto, que las separaba del comedor. A su arribo, frente a los platos ya servidos, observó a Rafael sustituyendo a su padre en la cabecera, y

presidiendo desde ella una festiva algazara alimentada por sus dos primas, y celebrada por otros tantos caballeros a quienes sólo podía ver las espaldas. Uno de éstos resultaba ser José María Sánchez, delfín de una acaudalada familia capitalina y cortejante de Felicia, la mayor de las solteras allí presentes; pero al otro no recordaba Ariana haberlo visto nunca.

—¡... muy fácil, este mismo salón sería perfecto! —terminaba de decir el primogénito de los Cantillano, arqueando sus cejas en uno de sus característicos gestos, que antecedió siempre al trazo burlón de sus labios bajo un delgado bigote—. Cuestión de correr los muebles, poner por acá a los músicos, ¡y listo! ¿Qué nos atrasa?

—Pero, ¿vos crees que para este mismo sábado podamos tener todo? —la objeción provino de Felicia, cuyas mejillas sonrosadas y cabellera de encendido rubio eran los estandartes más visibles de su afamada hermosura—. Es decir... a mí me encanta la idea, no vayan a creer otra cosa... ¡Con lo que me gustan a mí los bailes...! ¡Y ya llevo como una semana de no ir a ninguno! Pero nada más imagínense que no se consiga una buena orquesta, o que con tan poco tiempo no vayamos a poder siquiera buscarnos los trajes o preparar bien el salón, y menos sacar los permisos, o el aviso en “*La Información*”...

—Yo no me desvelaría tanto por lo de los trajes, Felicia—la interrumpió María Consuelo, sentada a su izquierda, desplegando al hablar esa peculiar desenvoltura que, junto con su brillante cabellera negra y su boca grande y carnosa, creaban un exótico contraste con los rasgos de su hermana—. De por sí, ¡tampoco es una cosa de mucha etiqueta lo que iríamos a hacer! ¡Si lo único que nos interesa es divertirnos un rato, nada más! Y si fuera del caso, ahí tengo yo uno que no he estrenado, y sé que vos también... y en cuanto a Ariana, le podés prestar vos el que usaste la otra noche en donde los Bonilla.

—Bueno, bueno... pero igual, a mí me da miedillo que, invitando a la gente tan de improviso, después no lleguen muchos y no se puedan ni hacer suficientes parejas... Y si la fiesta es un fracaso, ¿qué cara le voy a poner yo a mis amigas después? ¡No, hombres...! ¡Qué vergüenza! ¿Por qué mejor no dejamos todo esto para el sábado siguiente, y así vamos haciéndolo todo con más calma?

—Imposible, Felicia—en el semblante complacido de Rafael no había señal de que lo hubiesen alterado en lo más mínimo las inquietudes de su hermana—. Para esa noche está el baile del Club Sport *La Libertad*, en el Teatro Trébol, ¿se acuerdan? Y pensando en eso, es muy probable que papá se

venga de Juan Viñas en esos días... entonces tenemos más bien que aprovechar ahora, antes de que vuelva, porque con él aquí, ¿sería un sueño montar un bailongo en esta casa!

Toda aquella conversación le resultaba a Ariana tan disonante que no pudo menos que levantar instintivamente la vista. “¿*Un baile aquí, a escondidas de tío Elías?*”... Sus pupilas buscaron enseguida la faz de la tía Dolores en señal de interrogación, pero terminó más alarmada todavía al no ver en ella la menor sorpresa ni el mínimo gesto de censura. Sin despegar los labios, tomó asiento a la cola de la mesa, un poco aparte de los demás; pero su deseo de pasar inadvertida voló en pedazos apenas unos segundos más tarde, al exclamar súbitamente Rafael:

—¡Carambas, Ari! ¡Ya estábamos pensando si no ibas a venir a comer!

La muchacha inclinó la cabeza, apenada, e intentó balbucear una disculpa. Pero su pariente, sin hacer el menor caso de su congoja, volvióse de inmediato hacia los dos invitados que quedaban a la izquierda de ella, y con su habitual soltura de lengua añadió:

—Déjalo así, que más bien voy a presentarte... Es decir, a José María ya lo conoces, por supuesto... y este otro es Rubén Carrillo, un buen amigo que hoy me dio finalmente el gusto de dejarse invitar a comer... Y ella—continuó, dirigiéndose al que estaba sentado justo frente a María Consuelo, un hombre joven y apuesto, aunque de atuendo más bien austero—es mi prima Ariana, la que tiene ya como seis años de vivir con nosotros...

La jovencita abrió una corta sonrisa, casi aliviada de no haber tenido que pronunciar una palabra. Pero no duró mucho tiempo tal reposo, pues enseguida se reanudaron a su alrededor los planes para el famoso baile, que cada vez se le antojaban menos irrealizables y por consiguiente más alarmantes. “*Están ceñidos en hacerlo, ya Rafael está hablando hasta de traer licor... ¡y tía Dolores sigue sin abrir la boca! Dios mío, esto va a ser una locura*”...

—¡Ay, no, Ariana... ojalá que no vayas a estar así de callada en el baile, porque capaz que nos terminás de espantar a los invitados! —las divagaciones de la colegiala fueron descarriladas por el tono burlesco y plañidero con el que le habló María Consuelo—. Aunque conociéndote, lo más seguro es que ni siquiera querrás salir de tu cuarto esa noche...

—¿Te pasa algo? —intervino Rafael. De pronto se vio Ariana arrinconada por los ojos de todos.

Al levantar discretamente sus pupilas, eternamente indecisas entre el

azul y el gris, no creía posible la muchacha reunir el valor para expresar ante los demás lo que realmente pensaba; pero antes de percatarse ya lo estaba haciendo:

—Si me permiten una opinión... creo que no deberíamos hacer esto.

—¿Cómo?—lo que surgió en coro de los labios de todos era más reclamo que pregunta. Hasta la tía Dolores dio un azorado respingo, que bastó a la jovencita para convencerse de que no debía esperar de ella el menor apoyo. Pero lo que más la hizo estremecer fue la nube de silencio que se formó en el acto sobre aquella mesa.

—Bueno... comprenderán ustedes que mi prima tiene un sentido del humor bastante particular—quiso Rafael sacar del atolladero la congelada charla, improvisando una justificación para desplegarla ante sus incrédulos huéspedes—. A veces las bromas de ella son...

—No estoy bromeando, Rafael—si antes se había asombrado de su propio atrevimiento al hablar, ahora tenía incluso la audacia de interrumpir firmemente a su primo—. Es en serio. No... no creo que sea buena idea... es decir, tío Elías jamás lo aprobaría.

—Por eso mismo lo queremos hacer antes de que regrese—repuso el aludido, con una caricatura de sonrisa en la que jugaban juntas la astucia y la mofa—. ¿O me vas a decir que a vos no te gustan los bailes, Ariana? Hace tiempo que no se hace ninguna actividad en esta casa, y a vos misma te serviría tener una ocasión para rozarte un poco en sociedad, que buena falta te hace... así que, si te interesa invitar a alguien en particular, por ejemplo al hijo de don Fernando, ¡hacelo con toda libertad! Es un buen carajo, Ernesto... igual yo pensaba decirle...

—Es que no se trata de que me permitan invitar o no a alguien. El asunto es que tarde o temprano tío Elías va a saberlo... y peor si resultara que, por hacer las cosas sin permiso o por tener aguardiente de por medio, vaya a armárseles un escándalo y tenga que venir hasta la policía.

La mención de las autoridades convirtió en carcajada la sonrisa del primogénito.

—¿Permisos? ¿La policía? Ariana, ¡por favor...! —la amplitud con la que se extendieron los brazos del alegre joven parecía desproporcionada frente a la frágil voz de su temerosa prima—. ¡A mí me dan permiso para lo que a mí me dé la gana! ¿Para qué crees que sirve tener amistad con Joaquín? Más bien... ¡cuidado y no le digo a él también que venga!

—¿Que venga quién? ¿Joaquín Tinoco, decís vos? —intervino de

inmediato Rubén, en actitud jocosamente escéptica—. ¡Qué bárbaro más *jetón*!

—¿Yo, *jetón*? —la oportuna distracción libró momentáneamente a Ariana del incómodo foco de su pariente, que se trasladó más bien hacia su invitado—. ¡Ah, *pendejo*, cuidado nunca nos has visto juntos! ¡Y palabra, que lo voy a invitar, nada más para taparte el hocico a vos!

—¡Invítalo, pues! —lo retó el otro, al ver en los semblantes de María Consuelo y de Felicia una repentina chispa de interés—. ¡Diez pesos a que ni se aparece!

—¿Diez colones? ¡Hecho, te tomo la apuesta, todos son testigos! —se precipitó Rafael a responderle, con burlona altanería—. Pero ojo, ¡después no andés llorando por la plata cuando lo tengás al frente, porque para mí es más fácil convencerlo que para vos reunir tres pesos siquiera!

—¿De veras? —tanta presunción no arredraba a Rubén—. Pues si llega a venir, ¡que se cuiden los casados y los que tengan novia, porque es fama que el General, donde pone el ojo, pone la bala!

Todos los presentes, incluida la tía Dolores, dejaron escapar una indiscreta risotada ante el picante comentario del joven. Pero no los pudo secundar Ariana, cuyas mejillas iban enrojeciéndose más y más ante la congoja de comprender cuán poco bienvenidas eran sus razones en esta mesa.

—¡Pues será esa la única forma de que se pueda armar un escándalo aquí! —el sagaz Rafael pareció adivinar la debilidad de su prima, y hacia ella se volvió enseguida sin ningún recato, antes de añadir—: Porque yo también estoy hablando en serio, Ari. Dejá de andarte preocupando, que aquí no va a pasar nada raro. Y si fuera del caso, de mi papá me encargo yo. ¿Qué te parece?

—Ay, Ari... ¡ya está bueno! —remató María Consuelo, cuyo semblante había adquirido un curioso brillo desde el momento mismo en que oyese mentar al legendario Joaquín Tinoco, y demostraba ahora más entusiasmo que el del propio Rafael—. ¡Tantas habladas, para que al final terminés vos disfrutando esto tanto o más que nosotras...! Y no es paja, vas a ver que sí... ¡Es más, deberíamos dedicarte a vos el baile, para ver si así dejás de hacer las de aguafiestas!

La burlona insistencia de sus primos y el asedio de múltiples pupilas resultaban un conjunto abrumador para Ariana. Una horrible sensación de frío le punzó las sienes y el cuello, mientras la acometía un nuevo *tsunami* de rubor y comenzaba a faltarle el aire. Pero sin darle tiempo siquiera para oxigenarse, se encontró de frente con el semblante—visiblemente disgustado

—de la tía Dolores.

—¡Qué cansado con vos, Ariana! —el colérico susurro era sin embargo perfectamente audible para el resto de los comensales—. ¡Nunca se puede contar con vos para nada! ¡De cualquier insignificancia tenés que andar haciendo un problema! No, no... ¡qué *mocosa* tan malagradecida! Tus primos llevan toda la santa vida compartiéndolo todo con vos, ¡y en cambio no tenés corazón ni para dejar que disfruten tranquilos!

—Bueno, tía... si ella no quiere participar, es cosa de ella—terció Felicia, no sin cierto aroma de inquina—. ¡Tampoco es que vamos a andarle rogando!

—La verdad es que sí... ¿a cuenta de qué voy a rogarle yo? —la réplica de la dama, atizada con su habitual abrir dramático de brazos, brotó con mayor aspereza que el reproche original—. ¡Ya la oímos! Y por lo menos yo hubiera esperado que, después de todo lo que se le ha dado en esta casa, se comportara con un poquito de gratitud... ¡Pero por María Santísima, qué rápido se le está olvidando a esta chiquita de dónde vino!

Ariana quedó apabullada ante la maligna salida de su tía, un proyectil que al caer en sus oídos demolió su alma entre espesas nubes de amargura. Todo su cuerpo se estremeció, y en sus párpados se dieron la mano el dolor y la rabia para forjar un par de lágrimas que inútilmente trató de reprimir. A su alrededor se había levantado una implacable burbuja de silencio.

—Perdón... ¿alguien puede hacerme el favor de abrir la ventana? —en medio de la espesa tensión reinante surgió inopinadamente la voz de José María, a quien Felicia dirigió al punto una mirada de confusa molestia. Las virtudes que ella y sus familiares le atribuían a este joven tenían poco que ver con inteligencia o buen sentido, y sí mucho con el capital que estaba por heredar, de modo que la muchacha se angustiaba notoriamente cada vez que su pretendiente abría la boca—. Es que está un poquito caluroso, este salón...

Difícilmente hubiese sido la intención de José María idear una salida honrosa para la ofendida Ariana, pues eso equivaldría a reconocerle una prudencia de la que era obvio que carecía. Pero de todas maneras su peregrina solicitud acabó proveyéndole a la atribulada muchacha un oportunísimo pretexto para levantarse rápidamente y escapar de aquella mesa donde no encontraba más que injustas censuras.

Nunca regresó a la cena. Pero hasta su cuarto la persiguieron ocasionalmente las ruidosas explosiones de risas que continuaron brotando por largo rato del comedor, que en su corazón sellaban una certeza: con su

complicidad o sin ella, el plan de sus primos no se iba a detener. ¡El baile del sábado sería un hecho!

Y lo seguía lamentando una semana y media más tarde. Aquella noche de jueves en casa de Ernesto, contemplando el desorden dejado por la Guardia Rural y las lágrimas mudas de doña Elena. Convencida de que en aquel maldito baile se había puesto en marcha la pesada rueda de desgracias que ahora comenzaba a triturarlos. Y dolida de su propia falta de entereza. “¡Ah...! *¿Por qué fui tan apocada, por qué me rendí tan pronto? Tal vez los hubiera hecho entrar en razón si hubiera insistido, en lugar de ir a esconderme a mi cuarto... ¡Y nada de esto estaría pasando ahora...!*”

4

Causa y efecto

Desde el primer momento de su visita tuvo Ariana la certidumbre de que doña Elena no tenía muchos deseos de conversar. Unas pocas palabras aisladas entrecortaban el profundo y doliente silencio con el que la mujer iba y venía maquinalmente entre la cocina y la mesa del comedor, colocando y retirando platos y tazas, sin dejar escapar otra cosa que la ocasional lágrima o el largo suspiro.

Se despedía ya la colegiala al cabo de quince o veinte minutos de compartir el duelo de sus vecinos, cuando se abrió de golpe la puerta del comedor y por ella ingresó Ernesto, secándose desmañadamente el sudor.

—Dice Agustín que la puerta ya está lista y que él viene mañana temprano para ayudarme a poner unas tablas en las ventanas, mientras conseguimos los vidrios nuevos—anunció el muchacho a su madre, sin ceremonia alguna y sin obsequiarle a Ariana el menor parpadeo—. ¡Es un pan de Dios, ese carajo! Cobró nada más la madera porque tuvo que sacarla del taller, pero nos regaló la mano de obra. Y eso sí, me dijo que ni se me ocurriera arrimarme al Cuartel a reclamar que nos paguen los daños, porque eso sería como ir a pedir que me den una buena apaleada. ¡Para que vean la clase de delincuentes que están gobernando este país!

Terminaba de decir esta frase cuando sus varoniles facciones voltearon finalmente hacia Ariana, que lo contemplaba sin articular el menor sonido; y entonces, con una mueca de sorpresa que a ella se le figuró afectada, añadió con fragosa ironía:

—Le ruego disculpar mi impertinencia, señorita... Le aseguro que no acostumbro expresarme en términos tan fuertes respecto a personas tan distinguidas y tan dignas de su aprecio y el de su familia.

—Muy gracioso, Ernesto—en la respuesta de ella se traslucía menos molestia que aflicción—. ¡Lo decís como si fueran más importantes para mí los señores Tinoco que vos y tus papás!

El semblante del muchacho se entesó como un arco a punto de disparar.

—Tengo dos cosas que decirte, Ariana—la sequedad con la que habló terminó de asustar a la intranquila muchacha—. La primera es que ni siquiera tus labios son capaces de purificar el nombre de ese par de hijos de puta. De

modo que te ruego no volver a mentarlos nunca más bajo este techo o en presencia de mi mamá.

La colegiala dio un respingo y bajó la mirada. Hasta cierto grado era comprensible que, en su estado de irritación y profunda rabia, Ernesto se permitiese esa clase de lenguaje delante de su madre; pero lo realmente asombroso era que esta última no le hubiese reconvenido en lo más mínimo, como si en el fondo compartiese totalmente el grotesco concepto que expresaba él sobre los gobernantes.

—Y la segunda—prosiguió el joven, dejando romperse su ademán severo en una especie de sonrisa que no logró rebasar el grado de tentativa— es que me alegra mucho que al fin hayas dejado de hablarme de “usted” como lo hacías ahorita en la acera. Aunque entiendo, por supuesto, que haya que guardar un poco las apariencias cuando te pueden oír de tu casa o cuando está presente alguien que no conocés, como este ebanista, Agustín, el que me ayudaba con la puerta...

—¿El que estaba fumando? Uff... ¡qué cosa más terrible! Ojalá que a vos nunca se te ocurra entrarle a esa cochinada... porque ya te he dicho muchas veces que el día que lo hagás dejamos de ser amigos. ¡Es que no lo resisto, con solo el olor me mareo y me quiero descomponer...!

—Creo que a Agustín no le va a gustar saberlo—el joven se esforzaba sin duda por ser ante ella el Ernesto de costumbre, afable y sensitivo; mas en sus adentros había algo iracundo y rebelde que se obstinaba en burbujear a pesar de su empeño en mantenerlo escondido—. Justo antes de irse me preguntaba quién era esa señorita tan linda que había venido a preguntar por mi papá...

—¿Entonces él escuchó...?

—Más o menos... pero de él no hay que preocuparse. Somos amigos hace tiempo, y es de absoluta confianza. En el taller de don Adolfo, que es donde él trabaja, no hay un solo tinoquista.

Ariana lo escuchaba hablar con la misma reverente fascinación que la primera vez, seis años atrás, cuando sus palabras dulces y comprensivas vinieron a ser el primer oasis de consuelo que encontrase en ese vecindario después de su obligada mudanza a casa de los Cantillano. Pero los padecimientos de esta jornada terrible parecían haberlo transformado.

—¿En serio no te dieron razón de tu papá? —mientras articulaba la pregunta iba Ariana dirigiendo una angustiada mirada al reloj que coronaba el comedor—. No entiendo... ¿Se llevan a alguien y ni siquiera explican por

qué?

—¿Y desde cuándo necesitan una razón? ¡En este país la única ley que vale es la voluntad de esos dos! Después de oír la clase de sandeces con las que me salieron cuando quise averiguar a cuenta de qué habían detenido a mi papá, solo una cosa pude sacar en claro: para ganarse un par de noches de hospedaje gratis en la *Peni*, basta con caerle mal a cualquier esbirro de tercera.

—¿Por qué? ¿Qué te dijeron?

—Nada.

—¿Nada?

Ernesto dio un iracundo bufido.

—Una tontería cualquiera, como para salir del paso... que había orden de interrogarlo para una supuesta “diligencia judicial”, y que hasta mañana lo iban a hacer... Pero tardé yo en preguntar en cuál causa era, para consultarla con alguno de mis profesores, ¡y apareció de la nada un tal teniente coronel a pegarme cuatro gritos, amenazándome con meterme preso a mí también si no me iba de inmediato!

Los labios de Ariana formaron momentáneamente un círculo de asombro, antes de articular:

—Pero... ¿eso lo pueden hacer? Digo... vos mismo me habías explicado la otra vez que hay una carta o algo que uno le podía mandar a los jueces de la Corte, para que a un preso lo suelten si no existe acusación... ¿verdad?

—¿Te referís al *hábeas corpus*?

—Los abogados son como los curas: entre más palabrotas en latín digan, mejor se sienten.

La grácil salida de Ariana alcanzó para forzar un amago de sonrisa, fugaz pero perceptible, en el endurecido semblante de Ernesto.

—Bueno... sí, está todavía la posibilidad de hablar con alguno de mis profesores, tal vez con don Ramón, para que me ayude a redactarlo y a interponerlo... —comentó al cabo, aunque más parecía razonar consigo mismo que dirigirse a su joven visitante—. Pero... ¿para qué? ¡No tendría ningún sentido... si hasta los mismos magistrados les tienen miedo! Metiendo el proceso, lo único que vamos a lograr es darles varios días de ventaja para que hagan con mi papá lo que les dé la gana...

—Igual, creo que deberías hacerlo—atinó a comentar la colegiala, en cuyos hombros se imponía un peso cada vez mayor de tribulación—. No sé

qué otra salida te va a quedar, a menos que creas que no hacer nada sea una salida...

—¡Pues si estamos en estas es precisamente por no haber hecho nada! —a duras penas reprimió el joven un ademán violento, y tuvo que hacer un esfuerzo para regular su tono de voz—. Ari... vos nos conocés, tu familia también. Somos gente de bien, personas honradas, dedicadas simplemente a sacar adelante nuestros negocios a pesar de estos tiempos tan difíciles, y para nada metidos en política... a menos que nos cobraran haber sido amigos de don Rogelio^[2]... ¡como si los mismos Tinoco no lo hubieran sido también! Todo esto es una farsa... ¡una canallada...! ¿Y sabés qué es lo que más frustrado me pone? ¡Que ni siquiera tengo idea de qué fue lo “malo” que hicimos, o a quién hicimos enojar!

Un foganazo de pena arrolló la piel de Ariana, quemándola con un intenso rubor y obligándola a esconder en tierra sus pupilas. ¿Cómo podría atreverse a revelar a Ernesto la terrible sospecha que la apuntaba, como lo hiciesen esa mañana los fusiles del régimen?

Por fortuna para ella, en ese momento se puso lentamente en pie doña Elena, quien en medio de su persistente desmoralización balbuceó una disculpa frente a ella y anunció a continuación que no tenía el menor apetito y que mejor se retiraría enseguida a sus habitaciones sin cenar.

—Creo que es hora de que yo también me vaya—repuso Ariana con un prolongado suspiro, levantándose a su vez luego de una nueva mirada al reloj—. Ya se está empezando a hacer tarde, y en casa deben estar preguntándose dónde estoy.

Después de despedirse de doña Elena y de Azucena, la inquieta y despierta criada que zigzagueaba todavía entre las ollas y los platos sin disimular su asombro por la repentina deserción de su ama, la colegiala se encaminó sigilosamente hacia el exterior, escoltada por un callado Ernesto.

—Por favor... —atinó a soltar por fin, en voz muy baja y sin atreverse siquiera a mirarlo—. Apenas se logre algo, ¡no dejés de avisarme!

No consiguió Ariana reunir el valor de revelar al muchacho la sospecha que la acosaba desde temprano. Pero al acercarse al pórtico de la casa que visitaba, una nube de pensamientos revoloteaba alrededor de su mente como bandada de buitres, infligiéndole un inescapable sentimiento de culpa al presentarle una y otra vez las escenas de aquel sábado de baile.

El expatriado francés

Las familias josefinas que, al volver de misa, pasaban a pie o en coche ante la vasta fachada de la residencia de los Cantillano la noche de aquel sábado, se detenían a contemplar por largo rato la espléndida iluminación que la hacía brillar, y luego proseguían su camino con la firme convicción de que, fuese lo que fuese lo que allí estaba por celebrarse, no tenía nada de luctuoso o contrito.

Dentro de la casa, empero, los días y horas previos a este instante habían estado atiborrados de preocupaciones y no pocas carreras. Rafael, con su porte irremediablemente arrogante y su impecable atuendo de petimetre, deambulaba por el espacioso salón con un séquito de criados a los que tenía al borde de la locura con sus ocurrencias de último momento. A Felicia y María Consuelo, por el contrario, nadie las había visto por ninguna parte durante las últimas dos horas: bajo la incisiva férula de la omnipresente tía Dolores, decidida a conseguir que sus sobrinas mimadas fuesen por mucho las mejor vestidas del baile, se hallaban ambas jóvenes irremediablemente sometidas al tortuoso proceso de acicalarse en sus respectivos dormitorios.

¿Y Ariana? Al levantarse a las cinco y media de esa mañana, difícilmente se habría imaginado el día tan ajetreado que tenía por delante. Fiesta o no, el sábado era día lectivo y no podía darse el lujo de faltar a clases; pero terminadas estas, su retorno fue igualmente precipitado. ¡El baile se lo dedicaban a ella! Y aunque entendía muy bien la ironía de tal “*homenaje*”, que no era otra cosa que la fina venganza de sus primos por haberles obstaculizado inicialmente la realización de su capricho, su molesta resignación fue poco a poco transformándose en esa especie peculiar de euforia temerosa que a su edad suele padecerse en similares ocasiones, coronada por una especialísima circunstancia: ¡Ernesto Herrera le había prometido venir! Este hecho, por sí solo, era ya más que suficiente para haberla tenido durante todo aquel día “*presa de la más febril ansiedad*”^[3], según la habría descrito Tolstoi.

Y ahora, tras la puerta cerrada de su dormitorio, y sin más auxilio que el de una vieja y humilde criada, se hallaba en medio de los últimos retoques a su peinado, que inevitablemente había de resultar bastante más sencillo que

los opulentos tocados griegos de sus primas. Al menos no había tenido que afanarse tanto por su vestido, un refinado traje rojo que le había facilitado María Consuelo, cuya talla había requerido apenas un mínimo de trabajo para ajustarse a su esbelta y delicada figura.

El caótico trajín de aquel día no le dio tregua alguna a la jovencita sino hasta que ya anochecía. Solo entonces se atrevió a pasearse por el corredor frente a su cuarto, y a obsequiarse a sí misma con una aprobatoria sonrisa al cruzar por delante de un espejo. “*Mm... ¡sí, creo que ya estoy lista!*”... Pero no se atrevió a salir al corto jardín, sospechando que en cualquier momento comenzaría el desfile de coches y automóviles que, según se imaginaba, depositarían uno tras otro al selecto catálogo de invitados que debían haber reclutado sus primos a través de la semana.

Conforme se acercaba la hora señalada, a medida que a su alrededor se iba concretando la suntuosa decoración de la estancia, iba acelerándose su corazón ante el embate de una inmensa expectativa. ¿Qué le depararía aquella noche brillante, entre las luces y las danzas, las flores y la música, con la presencia de distinguidos jóvenes capitalinos entre los cuales había de relumbrar con singular fulgor el incomparable Ernesto, con quien coincidiría deliberadamente por vez primera en una actividad social?

El frágil hilo de sus interrogantes se cortó bruscamente por culpa de la sirena de un automóvil, cuyo contorno alcanzó luego a distinguir por la ventana, detenido frente a la casa. ¡Los primeros asistentes! Antes de poder reaccionar, empero, sintió en su brazo derecho un firme tirón y oyó casi al mismo tiempo la voz de Rafael:

—¡Ariana! ¿Qué estás haciendo aquí metida? ¡Si tengo rato de andar buscándote! ¡Se supone que vos sos la anfitriona, tendrías que estar en la mera entrada recibiendo a la gente! Vení, vení por acá, que ya están llegando...

—Pero... ¿cómo es esto, qué tengo que hacer? —el nervioso sobresalto abrumó a la jovencita, quien se vio atropelladamente conducida hacia el porche.

—¡Nada, solo saludar a la gente y comportarte como se debe!

¡Ella, de anfitriona! Su minúscula experiencia social encendió al punto una hoguera de inseguridad y temor en su alma de niña. Comenzó entonces a preguntarse si había alguna norma de conducta o etiqueta que debiese cumplir al pie de la letra, y resolvió que lo indispensable en tales ocasiones era asumir un aire majestuoso y distante, como solía aconsejar a sus primas la tía Dolores. ¡Claro, esa tenía que ser la clave del éxito! “*Pocas palabras,*

barbilla levantada, espalda recta, la sonrisa de rigor, dándole a la gente la mano con el estilo de una condesa”...

Por fortuna para ella, su extrema timidez acudió a tiempo para librarla de la ridícula afectación que pretendía asumir. Justo antes de llegar al pórtico sintió de repente que se le enturbiaba la vista, se le aceleraba el pulso y se le humedecía la piel, todo lo cual pulverizó en breve sus incipientes aires de ficticia grandeza. Apenas un minuto después se hallaba en la puerta al lado de su primo Rafael, tratando de evitar que aquella terrible ansiedad la hiciese desmayarse, y pugnando con todas sus fuerzas por disimularla y seguir adelante. Pero, ¿cómo iba a sospechar la acongojada Ariana que esta actitud natural era precisamente la que más favorecía sus innatos encantos, haciendo resaltar su inocente sensualidad y desplegando esa “*especie de ternura indecisa*”^[4] certeramente evocada por la pluma de Víctor Hugo?

En rápida sucesión fueron ingresando los invitados, jóvenes en su vasta mayoría. Con gesto triunfal iba Rafael estrechándoles pomposamente la mano a los caballeros y besándosela a las señoritas, para luego voltearse como un autómatas hacia su izquierda y agregar, usando en cada oportunidad la misma entonación:

—Y ahora permítanme el grato honor de presentarles a la homenajeadas de esta noche, mi querida prima Ariana Cortés...

Largas y curiosas eran las miradas de que era objeto la jovencita, lo que atizaba aún más su nerviosismo. Solo haciendo acopio de todo su valor conseguía permanecer allí en pie y forzar una rígida sonrisa; pero sus delicados brazos se mantenían casi inmóviles, su pecho apenas desarrollado subía y bajaba sin control, y sus ojos destellaban incertidumbre en todas direcciones. A sus oídos llegaba continuamente el sonido de la indiferencia, ese regular murmullo que flotaba desde la puerta hasta el interior del salón, y que dentro de ella se transformaba en un atroz rugido que la espantaba. Pero en medio de aquella discordante sinfonía sobresalieron, aquí y allá, las voces de dos o tres huéspedes, inquiriéndose entre sí acerca de ella o comentando su atuendo, generalmente en términos muy favorables, y ello contribuyó a animarla un tanto a la espera del instante decisivo: la llegada de Ernesto.

No tardó mucho en aparecer el apuesto vecino, renovando con su simple presencia las ansias de Ariana. Enfundado en un traje sobrio y con una atinada corbata, atravesó el jardín con el mismo aire relajado de quien hubiese cruzado por el Mercado Central, saludando cordialmente a los conocidos que le salían al paso en el exiguo trayecto. Claro está, al verlo no quiso evitar

Rafael una sonrisa sardónica; y luego de tenderle la mano con artificiosa ceremonia, hizo una curiosa modificación al tono y el contenido de su cantilena:

—Y ahora permítame anunciarle que debe usted permanecer aquí a la puerta acompañando a la homenajeadada de esta noche, mi querida prima Ariana Cortés, a quien sin duda ya le hemos presentado unas cincuenta veces por lo menos... Pero no se preocupe; es nada más por un momento, mientras yo salgo a encontrarme con un amigo que viene para acá...

Ernesto no pareció inmutarse por el acertijo que le lanzaba su vecino, al cual no respondió más que con su embrujadora sonrisa. Mas enseguida se volvió hacia Ariana, cuyo rostro había adquirido entretanto el mismo tono escarlata de su vestido.

—¡Felicitaciones, Ariana! —se atrevió a decir, con la irresistible franqueza que solía emplear con ella al cabo de tantos años de amistad—. Te ves simplemente encantadora.

—Gracias... ¡gracias por venir! —la improvisada anfitriona apenas pudo articular esas cuatro palabras en medio de su atormentada respiración, sin tener siquiera los arrestos para obligar a sus pupilas claras a acompañarlas—. Me tenías pensando...

—¿Y por qué?—devolvió juguetonamente Ernesto, como si no se percatase de la feroz agitación de su amiga—. ¡Desde ayer habíamos quedado en que yo de fijo iba a venir!

La expresión crispada de Ariana comenzó a descongelarse en una sonrisa casi infantil, que no consiguió sin embargo acomodarse en sus labios. Pero el recién llegado, volviendo más bien sus ojos hacia la calle que dejase atrás, dejó caer una errante pregunta:

—Ari... ¿ustedes tenían permiso para este baile?

—Mm... no sé, me imagino que sí, pero esto lo estaba organizando Rafael... ¿Por qué?

—Es que me pareció un poco raro ver tanto policía por los alrededores. Ahora mismo, cuando crucé la calle, había un par en esta esquina, dos en la del frente y venían llegando otros dos... ¡Cualquiera diría, o que venían a parar la fiesta, o que fuera a venir el mismísimo *Pelico*!

Aún estaba hablando Ernesto cuando a través del abierto portoncito regresó Rafael, seguido de un caballero de mediana estatura, gabardina gris y sombrero del mismo color, cuya ala dejaba caer sobre su rostro una calculada sombra. Un parche sobre el ojo izquierdo, un bigote entrecano, encerado y

puntiagudo, una aparente sombra de barba y un bastón con el que se ayudó ligeramente a subir la grada. Y sin embargo, bajo aquella superficie de fragilidad parecía dormir una inquietante y orgullosa energía, que casi obligaba a los otros ocupantes del jardín a cederle el paso.

—Amigos, por favor... —Rafael se adelantó hacia su prima y Ernesto, añadiendo con semblante un tanto taimado—: Permítanme... Este es el amigo del que les hablé. Jean-Jacques, un expatriado francés. Les ruego disculparlo, porque todavía no habla muy bien el español... y también tratarlo con la mayor consideración, pues comprenderán que su historia es un poco dura. ¡Ya pueden imaginárselo, esa guerra tan terrible...! Este pobre hombre salió malherido en la batalla del Marne, al puro principio de la guerra, y después de presenciar y sufrir tantos horrores decidió tratar de olvidarlos viniéndose a Costa Rica, tan lejos como pudo de las trincheras... Por favor atiéndanlo con mucha prudencia, y comprendan que probablemente no pueda quedarse hasta tarde...

El relato del joven anfitrión, proferido con no poca altisonancia, generó entre los invitados que permanecían en el porche una oleada casi audible de compasión colectiva, que rápidamente se trocó en un inocultable interés. Los ojos de todos se agolparon enseguida sobre su protegido, quien con cabeza muy erguida, movimientos estudiados y semblante casi inexpresivo, fue estrechando las manos de dos o tres petimetres a quienes desconcertó saludándolos en impecable francés.

Desde el primer momento, sin embargo, detectó Ariana algo vivamente intrigante sobre este misterioso personaje. La historia que oía le resultaba demasiado inverosímil. “¿Cómo es que Rafael nunca antes nos habló de esto?”, empezó a preguntarse. Si hubiese ella confiado en su buen juicio de la misma forma en que sabía emplearlo, y si hubiese tenido a quién revelar sus observaciones, no habría dudado en afirmar que aquellos dos se traían algo entre manos. Pero en todo caso se dedicó entonces a observar al extraño con tanto disimulo como insistencia, esperando confirmar sus conjeturas y reconocer en su perfil a alguno de los muchos charlatanes con los que tenía amistad Rafael. Tan pronto como se lo imaginó en uniforme militar, empero, su sospecha se transformó en una certeza: ¡a ese hombre lo había visto antes! La nariz precisa, las cejas tupidas, los pómulos altos y llenos, la impecable caída de ojos, la mueca un poco altanera de sus labios contraídos, el bigote cuyas falsas canas ahora le parecían evidentes, la galantería penetrante de la única pupila visible, en cuyo profundo tono pardo creyó perderse cuando la posó

sobre ella el furtivo invitado...

—*Monsieur*—al dirigirse Rafael a este último, no dio la menor muestra de suponer las suspicacias que albergaba su prima. Por el contrario, parecía empeñado casi exclusivamente en disimular lo malo que era su francés, lengua cuyo dominio se consideraba por entonces como señal de gran cultura y buen gusto en la alta sociedad josefina. En su mueca, sin embargo, se adivinaba la petulante seguridad de que el de la mayoría de los presentes debía ser bastante peor que el suyo—. *Elle est Arianne, membre de la famille et l'honorée de cette danse*^[5].

—*Mon plaisir, mademoiselle*^[6]... —sin dejar de mirarla fijamente a los ojos, el apuesto desconocido se inclinó para tomarle la mano y besarla con sensual reverencia. El efecto de aquel perfecto saludo fue una detonación de euforia para Ariana, en cuya mente saltó de pronto la verdadera identidad del visitante. ¿Quién más podía ser? ¡Solo había una persona en toda la capital capaz de tan exquisita elegancia! Tan emocionada como si hubiese desenmascarado en plena calle al disfrazado califa Harún Al-Rashid de la tradición árabe^[7], a punto estuvo la joven de cometer la imprudencia de proclamar en alta voz su magno descubrimiento. Pero a tiempo se le ocurrió pensar que quizás el poderoso “califa” criollo agradecería mucho más la preservación del secreto que su divulgación.

—*Charmée de vous voir... mon Général*^[8]—susurró al fin la colegiala, en magnífico francés. Siempre había sido esta una de sus asignaturas preferidas, de modo que dominaba a la perfección el idioma. Sin duda tal detalle contribuyó a que se dibujase una leve pero perceptible expresión de asombro en las principescas facciones del hombre del sombrero, quien se enderezó enseguida sin dejar por un instante de contemplarla a través del falso parche de su ojo.

—*Ai-je été découvert?*^[9] —inquirió este, acercando su boca al oído de la muchacha, quien pudo aspirar al instante una acariciadora fragancia.

—*Oui, peur de sorte*^[10]—respondió ella en igual tono, intentando con una grácil sonrisa disimular el apogeo de su ansiedad—. Pero no se preocupe, don Joaquín. Su incógnito está a salvo conmigo.

—Me halaga presentar mis respetos—articuló entonces el caballero, con calurosa suavidad, evitando ser oído por los demás—a una señorita cuya inteligencia y sagacidad relumbran tanto como su hermosura y distinción. Y dado que me ha reconocido sin dificultad, espero que *mademoiselle Arianne* tenga a bien compensarme con unas cuantas piezas durante el baile.

Tan gallarda audacia intimidó mucho a Ariana, quien no estaba habituada a tales atenciones. Ruborizada y con su pecho palpitando violentamente, consiguió a duras penas dominarse lo suficiente para disfrazar sus nervios dirigiendo a Ernesto una cortísima pero significativa mirada y bajando casi de inmediato su rostro. Pero antes de que pudiese sacarse del magín una respuesta prudente, intervino otra vez Rafael, en cuyo semblante jugaba aún cierto dejo de socarronería.

—La orquesta ya está lista, así que si gustan vamos pasando de una vez —dijo, mirando fijamente a Ariana y al invitado misterioso. Este último se aproximó al despreocupado anfitrión para hablarle brevemente al oído, y la inquieta colegiala advirtió que su primo asentía con la cabeza una y otra vez. “¿Estarán hablando de mí?”, se preguntó temerosamente ella, antes de trasladarle a Rafael la interrogante con sus pupilas. Mas entonces vino él a tomarla del brazo y a conducirla un poco aparte.

—Ari, no quisiera estropear tus planes, si es que tenés algunos— añadió, arqueando rápidamente una ceja en la dirección de Ernesto, quien entretanto se había alejado unos cuantos pasos—. Pero... ¿vos serías tan amable de acompañar a mi amigo “francés” al salón? Es que... bueno, por sus modales habrás notado que él es un señor de cierto rango, vos sabés... y lo último que quisiera yo sería hacerle algún desaire, entonces me parece lo más apropiado que seas vos, como homenajeadada del baile, la que le haga el honor...

La jovencita suspiró, con su angustia agolpándose en sus simétricas facciones. Naturalmente, cada átomo de su cuerpo anhelaba exactamente lo contrario de lo que le proponía Rafael: aislarse, escapar de la notoriedad, procurar el mayor anonimato posible y dedicar la noche tan solo a departir apaciblemente con Ernesto, la única persona entre todos los presentes con quien podía sentirse libre de verdad. ¿Se ofendería su amigo si se veía postergado de súbito... por el mismísimo general Joaquín Tinoco?

—Ay, Rafa... —gimoteó por fin Ariana, encogiéndose de hombros y levantando hacia él una mirada inocente, sin dar a su primo la menor señal de que había descubierto su travesura—. Si tu *amigo* es tan encumbrado como vos decís, ¿cómo podés creer que se vaya a conformar con la compañía de una mocosa inexperta como yo? Quiero decir... aquí tiene que haber alguna dama de sociedad, con la edad y el estilo apropiados para el señor, ¿no te parece?

—Bueno... si fuera por eso, tía Dolores sería la persona ideal—replicó el otro en tono de chanza—. Pero no habla francés. Y por otra parte, creo que

nuestro pobre huésped se sentiría insultado.

La tensión de Ariana se rompió momentáneamente en un sincero y prolongado acceso de risa; pero su primo volvió rápidamente a la carga.

—Vamos, Ari... no hagás las cosas difíciles—le dijo, con esa expresión de desdeñosa indulgencia que a menudo alcanzaba a irritarla—. Justo me comentaba él que le estabas causando muy buena impresión... y sería una perfecta torpeza de tu parte echársela a perder de buenas a primeras...

6

Castigo

—¡Ariana! ¡Ahí estás, bandida...! —desde el lado opuesto de la oscura calle la interrumpió bruscamente el inconfundible graznido de la tía Dolores, descarrilando bruscamente el carrusel de imágenes—. ¡Venite de una vez, sinvergüenza, que aquí te está esperando tu tío desde hace horas!

Al oírla se revolvió la muchacha sobre sí misma, indecisa y con renovada agitación. “*Uy... ¡el recado del colegio! ¡Qué torta, lo había olvidado!*”...

—Adiós, Ernesto... ¡hablamos después!

Cuando cruzó apresuradamente la calle, Ariana sabía muy bien el “digno recibimiento” que le esperaba en la acera contraria: la tosca zarandeada de hombros y el probable jalón de orejas por parte de su tía, y la mareante retahíla de rapapolvos que debía prolongarse durante una hora por lo menos, aderezada por muecas exageradas y ademanes pomposos. Después de todo, aquella incómoda parienta parecía andar siempre al acecho de una oportunidad de este tipo—que casi nunca le ofrecía la prudentísima adolescente—y debía estar ávida de aprovecharla. Lo que sí la preocupaba de verdad, en cambio, era la posible reacción de su tío Elías, nada acostumbrado a recibir de ella ese tipo de disgustos.

Por supuesto, tanto se prolongó la altisonante regañada de la tía Dolores, que el previsto interrogatorio del tío Elías hubo de esperar hasta después de la cena. Pero, aunque nunca se salió el viejo hidalgo de su fría y rigurosa sequedad al conducirla a su despacho privado ni al dialogar con ella, no pudo Ariana menos que intimidarse cuando se levantó este de su silla, con la actitud ceremoniosa de un juez a punto de dictar sentencia.

—No puedo decirte, Ari—comentó con más señorío que afecto—que esté particularmente complacido de recibir una nota como esta acerca de vos, y menos aún de parte de don José Fidel, que es un educador nato y un intelectual de tanto fuste. Amerita un castigo, desde luego. Pero tampoco sería justo no tomar en cuenta la excelencia de tu conducta y tu buen juicio, así como el hecho de que no recuerdo cosa similar desde que viniste a vivir bajo nuestro techo, y de que tampoco tuviste que ver gran cosa en esa maldita parranda que armaron a mis espaldas Rafael y las muchachas la semana

pasada.

Ariana se limitaba hasta entonces a escuchar, ojos en el suelo, sin pensar siquiera en interrumpir a su solemne tío, aunque en sus adentros suspiraba de alivio pensando que por esta vez saldría casi indemne. Mas luego se entornaron los ojos fatigados de don Elías al añadir:

—Sin embargo, mi querida sobrina, hay un detalle que acaba de hacerme ver tu tía Dolores, y que definitivamente, en las actuales circunstancias, me es imposible pasar por alto. Y es... ¿cómo decírtelo? Es... lo mucho que frecuentas la casa de estos vecinos nuestros... los Herrera.

La hermosa cabeza de la muchacha se enderezó bruscamente, y ante el viejo hacendado se alzaron como estandartes guerreros las pupilas de azul vibrante. Sus labios frágiles se despegaron como por reflejo, aunque no llegaron a articular sonido alguno. Pero en su lívida palidez y en su repentina agitación se expresaba la marejada de emociones y expectativas que la envolvía ante la sola mención de aquel apellido.

—Antes de seguir—el discurso de don Elías brotaba con desesperante lentitud—quiero dejarte claro que no es que yo dude de vos. Hasta el momento has sido una señorita muy cabal, y no tengo razones para ponerle la menor tacha a tu comportamiento. Pero si hay algo fácil de perder, es la reputación y el buen nombre... ¡porque nunca falta gente lenguona que se ponga a hacer correr cualquier cuento! Y a lo mejor a vos, por inocente y por confiada, no se te ha ocurrido que otros puedan pensar mal si te ven siempre metida en esa casa, o que supongan que andás en algún plan con Ernesto, el muchacho de don Fernando...

—¡Pero solo somos amigos! —se atrevió Ariana a protestar ante su tío, acaso por primera vez en su vida—. Y así ha sido toda la vida, casi desde el mismo día que vine aquí... ¿Qué tiene eso de raro?

—Yo lo sé, Ariana, y te repito que no es que yo desconfíe... pero ahora hay algo más—el viejo ni se inmutó—. Y vos misma lo viste. Viene hoy la Guardia Rural y se lleva al papá de tu amigo para la cárcel. ¡La Guardia Rural, Ariana! Entendés lo que eso significa, ¿verdad?

La muchacha bajó otra vez el rostro.

—Significa que lo ordenaron ellos...

—Significa que esa familia está en contra del Gobierno. ¡Y cosas mucho más graves! —le adelantó la respuesta don Elías, por primera vez acompañando sus palabras de un enérgico ademán—. Porque cualquiera puede estar en contra de un Gobierno... ¡pero hace falta ser verdaderamente

peligroso para que llegue la Guardia Rural a sacarlo a uno de la casa!

—¡Pero tiene que haber un error! —ya no pudo contenerse más Ariana—. O sea... ¡nosotros los conocemos de años! ¿Qué va a ser peligrosa esa gente, si ni siquiera se ha metido nunca en política...?

—Eso es asunto de los señores Tinoco, no nuestro—el adulto se dio media vuelta y se paseó por detrás de su asiento—. Ellos tendrán sus razones. Pero el punto, Ariana, es que nosotros, tu familia, somos *amigos* de los Tinoco desde hace años, que les tenemos un respeto y un aprecio incomparables y que les debemos también muchos favores. ¿Qué podrían pensar ellos si se enteran de que nuestra propia sobrina, viviendo bajo nuestro techo, se pasa las tardes en la casa de alguien que ellos mismos mandaron a detener?

Sus pasos se detuvieron de repente al pasar tras el respaldo de la poltrona, y los ojos pequeños y pardos se voltearon para apuntarla con la misma intensidad que los fusiles de más temprano.

—No está bien, Ariana, ¡nada bien! —sentenció—. ¡Hace que nuestro propio honor como familia quede en entredicho! Y entonces esto se tiene que acabar de una vez... ¡por tu bien y por el nuestro!

Con aquella frase de cierre se derramó por las arterias de la muchacha una dolorosa y envenenada descarga de rabia, que le hizo temblar las manos imaginándose la maligna cara de satisfacción que debía estar poniendo la tía Dolores con su oreja pegada a la puerta. A duras penas consiguió apagar ese amargo fuego interno con un largo suspiro.

—Como usted diga, tío—de su boca acabó por aflorar más bien, con voz desmayada, lo que el maestro García Monge habría llamado “*aquella sumisión que constituye el carácter saliente de la familia de antaño*”^[11].

—Ese va a ser tu castigo, si es que querés verlo de esa manera—remató don Elías desde su invisible pedestal de señorío, como si no pudiese o no quisiese percibir la devastación moral que mantenía a su sobrina inmóvil delante de él—. Por lo que pasó hoy en el Colegio. No te vas a acercar más a ese lugar a menos que yo te dé permiso. Y tampoco vas a salir de esta casa durante lo que queda de esta semana... excepto para asistir a tus clases, por supuesto. Es mi última palabra, así que ya podés retirarte.

Sacudida de pies a cabeza por la seca frialdad con la que había caído sobre ella la determinación de su tío, Ariana tardó unos segundos en retomar el control de sus músculos, y emprender a ritmo fúnebre el camino de su lejana habitación. Pero una vez encerrada en ella y apagada la luz, se adueñó de sus párpados y de su corazón un amargo y sigiloso llanto que enjugaron las

sábanas.

Informe nocturno

A medida que iban transcurriendo los días, más tortuosa se iba volviendo para Ariana la zozobra. La prohibición de su tío había sido tan terminante que se le había vuelto imposible comunicarse con Ernesto; y en caso de atreverse a desobedecerla, sin duda la tía Dolores estaría feliz de delatarla. ¡Cuánto la angustiaba suponer que su amigo interpretase esa desaparición suya como muestra de desinterés o menosprecio! ¡Y cómo la estremecía no saber con certeza dónde o en qué situación estaría don Fernando! ¿Habría conseguido el hijo del preso plantear alguna gestión legal que le favoreciera?

Lo más asombroso para ella, sin embargo, era que aquella estrepitosa detención parecía haber pasado inadvertida. No sólo había omitido mencionarla siquiera el periódico “*La Información*”, tan presto siempre a cantar las hazañas de los hermanos Tinoco, sino que fuera de aquella calle no había oído el menor comentario sobre el suceso, lo que no dejaba de figurársele extraño, pues los Herrera—propietarios de la célebre *Talabartería de Los Condes* en las vecindades del Teatro Moderno—no eran precisamente desconocidos en la capital.

A finales de esa semana, empero, aquello iba a cambiar. Regresaba Ariana de la residencia del matrimonio Esquivel Valverde—donde ocasionalmente era invitada a cuidar de los tres pequeños hijos—cuando sobre la misma acera vino hacia ella una muchacha como de su edad, de tez morena y distinguida indumentaria de aire afrancesado, a la que reconoció enseguida.

—Ariana, contame... ¿vos sabés algo del arresto de don Fernando, tu vecino? —la pregunta se dibujó en voz muy baja, inmediatamente después de los saludos.

—No... la verdad, no... —se encogió instintivamente la jovencita ante la inesperada interrogante; pero casi de inmediato comprendió lo innecesario de su recelo. Ángela, pues tal era el nombre de la señorita que le hablaba, era una de las hijas del licenciado Ramón Zelaya, distinguido jurisconsulto de origen guanacasteco a quien Ernesto había considerado acudir en busca de socorro legal, y hermano a su vez del magistrado Antonio Zelaya. En teoría no

había nada que temer de aquella charla casual: si bien a don Ramón se le atribuía en corrillos una opinión adversa al régimen tinoquista, evitaba escrupulosamente mezclarse en política; y por otra parte sus hijas y Ariana se conocían de tiempo atrás—. Hace días que no hablo con nadie de la familia... Más bien no sé si al señor lo habrán soltado ya, o en qué habrá parado ese asunto, porque ni en el periódico lo mencionan... ¿Por qué?

—Es que... andaba yo en la oficina de mi papá, dejándole un tamalito y el café... y en eso vi salir a Ernesto, el hijo de don Fernando... ¡Vieras la cara que llevaba... parecía que iba a matar a alguien! Y claro, como él había venido para ver si podía plantearse un *hábeas corpus*, yo me imaginé que algo había pasado, pero no hallé cómo preguntarle a mi papá, él en eso es muy discreto... Entonces quise sonsacarle algo a Isaías, el pasante, que es de mucha confianza... pero se puso muy serio, y lo único que me dijo fue algo sobre un informe del Ministerio de Guerra, que había llegado... En fin, nada bueno debe haber sido, para que se fuera tan enojado y tan triste ese muchacho...

¡Con cuánto dolor maldijo Ariana durante todo el camino a casa aquella aciaga determinación tomada por el patriarca de los Cantillano bajo la páfida instigación de la tía Dolores! ¡Cuán impotente se sintió al darle la espalda a la recién reparada puerta de los Herrera, en vez de correr a tocarla!

Durante la cena se mostró taciturna y más silenciosa de lo acostumbrado; casi no pudo comer, y al fin se fue temprano a su dormitorio, sin despedirse de nadie. Se metió en su cama con una única certeza: dormir le iba a resultar casi imposible.

Medianoche. Puerta cerrada. Cortinas bajas. Su vestido en el suelo, su cabello ondulando en libertad casi hasta su estrecha cintura. Alrededor de su cuello, el dolor de la incertidumbre que se propagaba por todo su cráneo. Y en su aliento, un deseo inexplicable de gemir...

Un firme golpeteo en la ventana vino a romper aquella nerviosa tensión y a provocarle a la jovencita el desbordamiento de aquel volcán de emociones, en la forma de un salto aterrado que estuvo a punto de acabar con ella en tierra y de hacerle explotar el pecho y la cabeza. Tardó uno o dos segundos en salir de su estupor y recobrar el oxígeno, mientras aquello que acababa de oír iba tomando lentamente la forma definida de algo... ¡algo que la obligó a echarse encima inmediatamente la primera prenda de vestir que encontró!

“Tiene que ser él... ¿esa era nuestra clave de emergencias?”...

Olvidándose del sobre y también de su malestar, se precipitó a abrir de un tirón la ventana, y allí encontró lo que ya su maltratado corazón le había anticipado con ansias: el rostro, enérgico y sensitivo a la vez, de Ernesto.

Pero no había en él huella alguna de alivio o alegría. Al contrario, sus ojos denotaban una violenta consternación de la que no parecía haberse repuesto del todo, y en la que Ariana, conocedora de aquellas pupilas de ámbar como ninguna otra persona del mundo, creía detectar un lejano pero alarmante eco de furia. La misma furia que le describiese Ángela Zelaya horas antes.

—¿Pasó algo? —la pregunta casi se le escapó de la boca, sin querer cederle el paso ni al saludo.

Al muchacho, como antes a ella misma, le tomó un momento percatarse de que lo que había oído no era una colección de sonidos inextricables e inconexos, sino una frase coherente.

—No sé... no sé por dónde empezar... —en su balbuceo tembloroso se adivinaba la tóxica mezcla de cólera y frustración—. Ari... ¿es un cuento de *espantos*, un maleficio...!

La jovencita flaqueó por un instante, aferrando la sábana que dejaba descubiertos sus delicados hombros; mas luego, venciendo al inevitable sonrojo, exclamó resueltamente:

—Vamos, subite por aquí y te metés al cuarto... Si te ve la policía aquí a la par de la ventana a estas horas, capaz que piensan que sos un ratero y te llevan a vos también...

Ahora fue el turno de Ernesto para titubear. En todos sus años de conocer a la pulcra y cautelosa Ariana, nunca se le había ocurrido que ella se atreviese a invitarlo a su habitación. Y menos de noche... o por la ventana. Pero el argumento que ella le daba era irrefutable, y no había mucha vuelta que darle: de un vigoroso salto alcanzó la abertura, y se deslizó por ella para aterrizar a un lado de la cama. Ella la cerró en el acto y se acomodó pudorosamente la prenda, aunque no encendió la luz.

—Ahora sí... ¿qué fue lo que pasó?

—Todavía no puedo creer que salieran con algo semejante... ¡Qué clase de canallas...! —el colérico jadeo de Ernesto parecía obedecer más a la rabia que al esfuerzo anterior—. Es decir... ¡con cualquier idiotez que hubieran puesto, igual el recurso lo iban a declarar sin lugar, esos *pendejos* de la Corte, que le comen gallina a ese par de cobardes...! Pero... ¡el informe que mandó...!

—¿Cuál informe? ¿De qué estás hablando?

—El informe sobre el *hábeas corpus* que metimos... —el inesperado visitante aparentó recordar de pronto que la muchacha no era especialista en Derecho—. Quiero decir... cuando uno interpone el recurso, la Corte averigua quién ordenó el arresto, y le pide un informe sobre las razones que hubo para ordenarlo... ¡Pero esto fue una completa *babosada*! Imagínate... primero le piden el informe al Juez Militar, a ese zángano de Enrique Cordero... y el tipo hace las de Pilatos y dice que él no ordenó nada, y que le pregunten al Ministerio de Guerra... claro, porque sabe que cuando está de por medio el General, hasta a los magistrados se le bajan los humos... ¡Pero no vas a creer la *yeguada* con la que salió este otro...!

—Shh... ¡no hables tan duro, que vas a despertar a toda la casa, y si te agarran aquí, a los dos nos crucifican...! —la imploración de Ariana se acompañó de un suave gesto de su delgada manecita, como si con ella pudiese apagar la hoguera que traía Ernesto en su corazón y garganta—. ¿Qué fue lo que dijeron?

—¿Quieres saberlo? ¡Pues dice que mi papá no está “detenido”!

—¿Cómo?

—Resulta que, como Costa Rica está en guerra contra el Imperio Alemán, supuestamente le ordenan a mi papá presentarse al Cuartel Principal para prestar servicio activo en unas operaciones que prepara el Ejército... ¿Podés creerlo? —las gesticulaciones del muchacho canalizaban el intenso furor que no abarcaban sus palabras, antes de añadir con amarga ironía—: ¡Sabrá Dios lo aterrorizado que debe estar el Káiser con la inminente ofensiva de un enemigo tan poderoso! ¡Con esa amenaza seguramente saldrá corriendo a rendirse la próxima semana!

Ariana sintió un escalofrío que la estremeció de pies a cabeza. “*No puedo más... ¡tengo que decirle lo que sospecho!*”... Su respiración fue volviéndose más y más audible, mientras sus manos buscaban precipitadamente un extremo de la cobija para abanicarse.

—Yo... estaba pensando algo—soltó por fin la muchacha al cabo de un largo silencio, en voz muy baja y sin atreverse siquiera a mirarlo—. Es decir... creo que esto que sucedió con tu papá... tuvo algo que ver con el baile del otro sábado, aquí en casa...

—¿Al que vino Joaquín Tinoco?

—Sí. Quiero decir... ¡si yo no hubiera insistido tanto en que asistieras...!

Ernesto frunció bruscamente el ceño.

–¿Cómo? ¿Entonces estás diciéndome que de alguna manera fui yo el causante del problema? ¡Pero si yo ni siquiera sabía que el tipo ese estaba ahí, y jamás me hubiera enterado si vos no me lo hubieras hecho ver! ¿Qué pude haber hecho yo para provocar esto?

–No, Ernesto. No fuiste vos... sino yo.

Maniobra evasiva

“¿Causándole al General una buena impresión?”... En la mente de la retraída jovencita, la frase de su primo Rafael durante el baile adquirió una inesperada resonancia siniestra, al enlazarse con aquel comentario burlón que le escuchase a Rubén Carrillo el lunes anterior: “*Es fama que el General, donde pone el ojo, pone la bala*”. Para cualquier mujer de aquel entorno, causarle una “buena impresión” a Joaquín Tinoco era a la vez un disputado privilegio y una inescapable sentencia. Pero ella, Ariana Cortés, con sus 16 años de simpleza, se había hecho acreedora a tal distinción por el simple hecho de haberlo reconocido a pesar de su falso parche en el ojo y su disfraz de veterano francés; y ahora se vería sin duda en la ineludible situación de exponerse a sus irresistibles galanterías y adjudicarle por añadidura algunas piezas de baile. ¿Cómo se libraría ahora del arriesgado compromiso?

El turbión de pensamientos se interrumpió en seco, al sentir que la tomaban del brazo y advertir que ya se hallaba a su lado, con su aire imperturbable y la endemoniada autosuficiencia de su media sonrisa, el invitado incógnito. Solo unos segundos más tarde llegaron hasta sus oídos los primeros acordes interpretados por la orquesta invisible, y al momento ofreció Rafael su brazo a Julia Valverde, guapísima y desenvuelta amiga de Felicia, para ingresar con ella al salón.

—¿Vamos? —la voz dulcemente intimidante de Joaquín electrizó a Ariana, inundando de zozobra cada arteria de su cuerpo. En el cortés hablar de aquel caballero, en su mirar seductor, en la virilidad que irradiaba incluso debajo de su estrafalario atuendo, en la pulida gentileza de cada gesto, dormía aquella imperativa sugestión de la que tanto había oído hablar, y ante la cual había capitulado ya una legión de damas y damiselas, sin importar edad, estado civil o posición social. “*Este hombre... no sé qué es lo que tiene, ¡pero es simplemente irresistible!*”

Un murmullo de admiración se extendió por toda la concurrencia al ingresar al salón la bella homenajeadá, del brazo del “expatriado francés”. El perfecto corte de su vestido rojo carecía de los ornamentos que abundaban en los de Felicia y María Consuelo; pero la sencillez del atavío puso el acento en la regia delicadeza de sus facciones y en la esbeltez de su cálida silueta, que

se llevó consigo todas las miradas al pasar.

El incógnito General, andando con su porte majestuoso y su cabeza erguida, parecía habituado a la admiración que brotaba a su alrededor. Pero Ariana, que marchaba solemnemente a su lado, tenía demasiado ocupada la cabeza como para darle alguna importancia a tales frivolidades. Un solo pensamiento rompía una y otra vez en su alma, con la misma constancia de las olas lamiendo las rocas costeras: *“Por supuesto que a él, que es un viejo hecho y derecho y con todos los lances que debe haber tenido, jamás le va a interesar una chiquilla ingenua y torpe como yo... pero, ¿con qué me voy a defender si resultara que sí...? ¡Simplemente no podría!”*... No le cupo la menor duda: su sensatez y su buen juicio se trastornarían tarde o temprano frente a la absorbente gallardía de Joaquín, de modo que para evitar funestas consecuencias no le quedaba más alternativa que negarle a toda costa la menor oportunidad de ejercitar sobre ella sus legendarias dotes de tenorio. ¡Tenía que rehusar el baile!

Aquella conclusión la forzaba a otra disyuntiva no menos indeseable. *“¿Y cómo hago ahora para escabullirme sin que este hombre vaya a darse por ofendido?”*... De haber sido su acompañante un caballero cualquiera, este punto hubiese sido trivial. Pero revestía una descomunal importancia tratándose de Joaquín Tinoco. No solo por su condición de Ministro de Guerra, comandante del Ejército y de la policía, hermano del Presidente y Primer Designado a su sucesión, ni por su ilimitado poder para ejercer presiones y represalias a voluntad. Sino por estar bien enterada de que, como lo atestiguase la infame bala que le arrancase la vida al licenciado Argüello de Vars cuatro años atrás, José Joaquín Tinoco Granados no era la clase de persona que pasase por alto el más ligero agravio.

En medio de sus desasosiegos, empero, surgió de pronto dentro de la cabeza de Ariana un fogonazo de inspiración. Y así, cuando del brazo del inquietante Joaquín estaba por alcanzar el corazón mismo del salón, dio la jovencita un súbito respingo, trastabilló aparatosamente y se dejó caer con cierta tosquedad sobre su enigmático acompañante, quien se vio obligado a soltar su bastón para impedir que acabase ella en el piso.

—¿Está usted bien, señorita?—antes de que el gentilhomme hubiese acabado de articular su pregunta, habíanse precipitado ya en su auxilio Rafael, Ernesto e inclusive José María, quien en su afán por socorrerla dejó bruscamente plantada a Felicia en medio de la estancia.

—¡Ay, ay... puse mal el pie, creo que me doblé el tobillo! —gimió

Ariana en alta voz, cojeando mientras se hacía conducir a uno de los asientos, entre continuas muecas de exagerado dolor—. ¡Ay... ayúdenme, por favor...!

—Uy, Ari... ¡vos siempre tan torpe! —la apostrofó Felicia, cruzándose de brazos en ademán impaciente—. ¿No te dije yo mil veces que te faltaba práctica para ponerte esas zapatillas? ¿Cómo vas a hacer ahora para meterte a bailar sin que te tengamos luego que ir a juntar debajo de la mesa?

Las facciones de Ariana se contrajeron en un nuevo acceso de sufrimiento, luego del cual se despegaron por fin sus labios para responder, dando muestras de una gran desilusión:

—Me da mucha pena... ¡pero me duele tanto que creo que no voy a poder bailar! ¡Ay, ay...! ¡Con cuidado, que duele! ¡Ah, tanto esperar para terminar así, toda la noche aquí sentada...!

—¿Estás segura, Ari...? —genuinamente preocupado por el bienestar de la lastimada anfitriona, Ernesto olvidó por un momento la inconveniencia de tratarla con tanta familiaridad en público—. ¡Qué mala suerte! ¡Precisamente ahora...!

—No sabe cuánto lo lamento, *mademoiselle*—intervino el hombre misterioso, pasando por delante del joven vecino e inclinándose resueltamente hacia Ariana con pretexto de recoger su caído bastón—. Aunque en realidad quizá sea cuestión de esperar algunos minutos en reposo, mientras la molestia va pasando poco a poco. Porque guardo la esperanza de que así sea, y que basten unos cuantos momentos para que pueda usted engalanar nuevamente con sus encantos este hermoso salón.

Todavía hablaba el exótico gentilhombre cuando se acercó a este Rafael, en cuyo semblante se veía menos alarma por el percance de su prima que por la distracción que este representaba para los invitados. Y segundos después, luego de dejar flotando un largo atisbo sobre Ariana y de echar mano del sombrero y del bastón que a modo de varita lo convertía mágicamente en un taciturno veterano del Marne, Joaquín Tinoco era conducido por su anfitrión hacia otro sector del brillante aposento.

El engaño descubierto

—Entonces, ¿eso de que te doblaste el pie y que no ibas a poder bailar... era mentira?

—Trató de entenderme, Ernesto... ¡Fue lo único que se me ocurrió para capearme a ese hombre! De lo contrario, me hubiera visto en el compromiso de tener que bailar con él... o bien, arriesgarme a desairarlo en público y atenerme a las consecuencias. Porque vos sabés muy bien que él no tiene escrúpulos de ningún tipo para cobrar ofensas... y que para él la peor ofensa es un “no”.

Sentados en el lecho de la improvisada anfitriona, los dos jóvenes no se atrevían casi a mirarse siquiera. Ernesto, suspirando continuamente con su mirada sumida en la nocturna lejanía. Ariana, con los ojos bajos, trémula y casi sin fuerzas para hacer salir su frágil voz y continuar desentrañando los secretos de aquella fatídica noche.

—¿Y por qué entonces no quisiste decirme a mí lo que estaba pasando? —la pregunta, proferida por él en tono de reproche, lastimaba sin quererlo a la afligida jovencita—. De haberlo sabido yo, hubiera tratado de ser más prudente... ¡en lugar de quedarme tanto rato a la par tuya, o de insistir tanto en que bailáramos...!

—¡Yo no quería involucrarte! —al responder ella se le atravesó en la garganta un indeciso sollozo—. Tenía mucho miedo... creía que si alguien me oía contándote todo eso, ibas a terminar vos metido en el enredo... Don Joaquín y Rafael sabían muy bien que yo les había descubierto el pastel desde el puro principio, y sentí que me estaban vigilando... Por eso mismo era que te insistía tanto para que te alejaras de mí, para te fueras mejor a bailar con alguna otra chavala... y también por eso no dije ni pío cuando Rafael te cambió de asiento para la cena y sentó al General a la par mía, en el asiento que yo te había guardado a vos... ¿O pensás que yo no tenía la ilusión de que pasáramos juntos una noche linda, o de que compartiéramos por lo menos una pieza?

—¡Y al final lo hicimos, pudimos bailar una...!

—Sí... en el corredor, a escondidas de todo el mundo... ¡y eso es de lo que más me arrepiento!

—¿Te arrepentís de eso, Ariana? —las facciones de Ernesto se contrajeron en una mueca de incrédulo dolor—. No puedo creerlo... ¡si para mí fue ese el único momento que valió la pena de toda esa maldita fiesta! ¿Y ahora me decís que estás arrepentida de haberlo hecho?

—Sí, Ernesto. Me arrepiento... ¡completamente! —la determinación de ella, esculpida en su frente digna y subrayada por sus chispeantes ojos, fue inequívoca—. Y no me malentendás, yo lo anhelaba tanto como vos... pero si en lugar de dejarme llevar por eso hubiera tenido el carácter para olvidar mis sentimientos y decirte de plano que no, el general Tinoco no nos habría visto cuando regresaba del patio... y no hubiera tenido la excusa para...

—¡Ya, Ari, no sigás con esto! —el muchacho no logró reprimir un ademán de frustración, que apenas consiguió alterar por un fugaz momento el semblante abrumado que había tenido toda la noche—. ¿Qué podemos cambiar ahora de lo que pasó ese sábado? ¡Nada, absolutamente nada! ¿Por qué te vas a echar la culpa vos ahora? ¿Qué sentido tiene que vos aceptés la responsabilidad por los caprichos de un... un dictador?

—No sé... pensaba que tal vez yo pudiera ayudar en algo... por ejemplo, mi familia está invitada al baile del Club Sport *La Libertad* este sábado que viene, en el Teatro Trébol, y entiendo que don Joaquín también...

—Ariana, ¡ni se te ocurra! —si seca fue la réplica de Ernesto, terminante fue el ademán con el que la subrayó—. En esto ni te metás. ¡Lo peor que puede pasar ahora es que vos, por hacer una gracia, terminés enredándolo todo más de lo que ya está...!

Antes de que Ariana pudiese responderle, un crujido en la entrada del dormitorio los dejó a ambos helados. Y sin darles tiempo apenas de recobrar el aliento, dos o tres golpecitos sobre la madera resonaron a través de la penumbra, mientras una luz amarillenta cortaba tímidamente el borde de la puerta y se infiltraba hacia el interior.

—¿Ari, estás despierta? ¿Todo bien? —en el silencio nocturno las voces, e incluso los susurros, suelen llegar lejos. La aterrorizada jovencita no tuvo problema en reconocer la de su prima María Consuelo, y se preguntó si ella a su vez habría alcanzado a oír la de Ernesto.

—Eh... no, Mari, no es nada... sólo que otra vez tuve un sueño feo... —en medio de su pavor, echó mano la muchacha del pretexto más creíble que pudo hilvanar. Todos en casa de los Cantillano sabían de las pesadillas recurrentes que sufría desde la infancia—. Pero ya me pasó el susto, voy a ver si puedo dormirme otra vez...

Mientras hablaba sintió ella en su cuello y hombros el impacto de la fría brisa nocturna; y al voltearse advirtió que la ventana estaba abierta... y que Ernesto se había esfumado sin ruido ni rastro, como la trágica Nidia descrita por Bulwer-Lytton^[12]. Sin darle tiempo siquiera de advertirle acerca del castigo que le impediría frecuentarlo con la regularidad de siempre, ni de la necesaria prudencia...

Y sobre su lecho en desorden quedó ella, presa de la misma solitaria desazón que antes. Acosada una vez más por las imágenes más penetrantes de aquella fiesta maldita: las de Joaquín Tinoco, con su disfraz de excombatiente francés, viniendo una y otra vez en su búsqueda desde el luminoso salón para cerciorarse de que no fuese grave su simulada lesión del tobillo. Mirándola luego a la distancia cada cierto tiempo, mientras intercambiaba con Rafael furtivos comentarios. Sacando alternativamente a bailar a Felicia y a María Consuelo, como si quisiese divertirse atizando con sus impecables galanterías la subterránea rivalidad entre ambas hermanas, pero dirigiéndole siempre a ella esas miradas acuciosas...

Y finalmente, el instante propicio en el que se escabulló ella con Ernesto hacia el penumbroso corredor para compartir con él ese anhelado vals a escondidas. El paso fantasmagórico de la sombra del General por aquella misma galería. La mueca de siniestro sarcasmo con la que le dirigiese una elocuente mirada acusatoria antes de proseguir su caminata hacia el exterior. La horrible certidumbre tenida por ella desde ese mismo instante, de que su engaño había sido descubierto. Y ahora, el terror de confirmar que semejante agravio no había quedado impune.

En el Teatro Trébol

El atardecer del sábado sorprendió a Ariana sin haberse repuesto todavía del vehemente pesar por lo sucedido, ni del disgusto por el castigo impuesto por don Elías, que consideraba arbitrario e inmerecido. ¿Cómo iba a tener ella el menor deseo de asistir con sus parientes al resonante baile del Club Sport *La Libertad*, si se sentía tan injustamente ultrajada por ellos, especialmente por el embaucador Rafael y la intrigante tía Dolores? Además, ¿qué podía ofrecerle aquel escenario, que pudiese superar la experiencia de haber visto danzar sobre el del Teatro Nacional a la irrepetible Ana Pavlova, espectáculo presenciado por ella como obsequio al cumplir sus quince años?

Claro está, lo sosegado de su temperamento la mantenía muy lejos de inclinarse hacia la rebeldía. Pero entre su irritado abatimiento saltó una chispa de orgullo que alcanzó a incendiar su tristeza y convertirla en resiliencia. “¿Y a cuenta de qué voy a darles a ellos el gusto de verme triste y enojada?”...

Aquel pensamiento bastó para agrietar su docilidad y encauzar sus dormidas energías a realzar su dignidad mediante un justo acicalamiento. Y como resultado, apenas unos cuantos minutos más tarde, y luego de una atropellada serie de viajes redondos entre el guardarropa y el tocador, emergió Ariana de la habitación en un sobrio vestido blanco que abrazaba con serena armonía sus florecientes formas corporales. De inmediato se citó a sí misma a comparecer ante el más implacable de los jueces: el espejo del pasillo. Y el veredicto la dejó muy complacida: aunque su timidez y su humildad le impidiesen admitirlo, su natural belleza era indiscutible, ¡y con aquel atuendo lucía realmente primorosa!

Ese descubrimiento, sin embargo, no la llenó de vanidad o de soberbia, sino de más tristeza. Ciertamente una tristeza tierna, dulce y casi amable, pero tristeza al fin. “Ah... ¡si tan solo me pudiera ver Ernesto!”, la sombra del joven ausente se dejó sentir con todo su peso nostálgico. “Si no fuera yo tan torpe y tan miedosa... ¡no me importaría nada, iría a buscarlo, solo para preguntarle cómo me veo y para que nos pudiéramos dar un abrazo!”...

—¿Lista, Ari? —la despertó de sus pesarosos ensueños la voz chillona de Felicia, a la que seguía de cerca María Consuelo—. ¡Más te vale que sí,

porque ya está ahí afuera José María con el coche...!

La perorata de Felicia se desinfló de pronto, al echar de ver por primera vez el deslumbrante aspecto que ofrecía su joven prima. Con la actitud marcial de un sargento pasando revista, vino entonces ella a examinarla minuciosamente, sin el menor recato, y pronto se le sumó su hermana, que no estaba menos impresionada. Pero ninguna de las dos se atrevió a decir nada, y a Ariana aquel espeso y avergonzado mutismo le supo a gloria. ¡He ahí “*el placer de la vanidad satisfecha*”^[13] del que hablase el profesor Gagini! ¿Qué mejor cumplido podía recibir?

En el salón ya los aguardaban el estirado don Elías y su esposa, la eternamente amodorrada tía Lucía, siempre con sus pasos lentos y su sonrisa inexpresiva. Ya hemos visto su poca afición a los bailes de etiqueta, a los que consideraban una diversión más propia de jóvenes solteros, de modo que apenas se limitaron a ojear y aprobar con sendos gestos los atuendos de las muchachas. Pero al aparecer tardíamente Rafael, cuando ya el resto de la familia se había trasladado al porche, le vino a Ariana otra de esas espontáneas inspiraciones que a menudo la sorprendían.

—Rafa, una pregunta... —le dijo, con voz muy cautelosa—. Vos, que sos tan amigo del General... ¿no tenés idea de si él pensará ir hoy al baile?

El melifluo primo reculó al instante, con una expresión de divertida sorpresa.

—¿Por qué, Ari? ¿Te... interesa?

Se desplegó entonces en toda su plenitud la cálida sonrisa de Ariana, de cuyo poderío apenas había comenzado a adquirir alguna noción.

—Curiosidad nada más, Rafael—replicó con un guiño juguetón, mirando de reojo a sus primas mientras estas abordaban el carruaje—. Aunque no puedo negar que cualquier mujer se sentiría halagada recibiendo atenciones de un caballero como don Joaquín.

—Pues vos no parecías estarlo mucho el sábado, puesto que no quisiste bailar con él.

—No fue que no *quise*, sino que no *podía*. Me dolía demasiado el tobillo, todavía el lunes lo sentía maltratado... ¡Ojalá no se haya ofendido el General!

—Bueno, tal vez hoy tengas la oportunidad de compensarlo.

Antes de partir, por debajo del ala de su emplumado sombrero dio Ariana un furtivo vistazo a la casa del frente. Luces apagadas, puertas y ventanas herméticas. “¡Ay...! ¡Cuánto quisiera que él también estuviese

aquí...! ¡O mejor, que no hubiera pasado nada!”... Su corazón enternecido se despidió calladamente de Ernesto y de los suyos, al dar el cochero a los caballos la orden de avanzar.

Con las tres muchachas, la tía Dolores y José María a bordo, el coche emprendió sin más dilación el corto trayecto hacia el centro de la capital, escoltado a poca distancia por Rafael en su caballo. Chirriaban las ruedas y se tambaleaban los asientos al compás que imponían las irregulares calles empedradas, mientras del exterior llegaba el ahogado golpeteo del trote de las bestias, así como los titubeantes resplandores del alumbrado público. Pero todos aquellos ruidos cesaron de repente, y al asomarse la pensativa Ariana por la húmeda ventanilla, comprobó que se hallaban ya muy cerca del Teatro Trébol, media cuadra al oeste del Palacio Nacional, en medio de una hilera de carruajes y automóviles que se aglomeraban en derredor de la entrada principal.

La jovencita descendió con grácil agilidad del coche, sin esperar el auxilio del conductor o de Rafael. Sus dos primas, más orgullosas, no se movieron de sus asientos sino hasta que estuvo José María al lado de la portezuela para ofrecerle galantemente el brazo a Felicia. Por cierto que el despistado galán se tardó más de la cuenta en comprender que tal era su deber de caballero, de modo que su tardío gesto no fue recompensado por una mirada de coquetería, sino por una de implacable reproche. Fútil prisa la suya, sin embargo; Rafael jamás se hubiera arriesgado a confiarle a su torpe cuñado las invitaciones, de modo que hubo que esperarlo durante la eternidad que duró asegurando su caballo, antes de atravesar finalmente el umbral, más bien estrecho, del teatro—en el cual habían de sufrir algunas peripecias adicionales los entreverados vestidos femeninos.

Al ingresar al vestíbulo, lo primero que advirtió Ariana fue la conspicua decoración a blanco y negro que se extendía como las alas de un murciélago queriendo envolver a los ingresantes. En efecto, blanco y negro eran los colores del Club Sport *La Libertad*, organizador del evento y al que contribuían con alguna regularidad tanto su tío como Rafael, bastante aficionado a esa novedad que era el fútbol. Y los visibles estandartes del cuadro deportivo causaron a la muchacha un inexplicable deleite.

Enseguida, sin embargo, percibió además el sonoro revuelo que ocasionaba la triunfal marcha de sus primas a través de la concurrida estancia: primero Felicia, del brazo de su prometido, y luego María Consuelo, escoltada por Rafael. Por la alta sociedad josefina estaba bien difundida la fama de

hermosas que poseían las hijas de don Elías Cantillano, y mucho se comentaba acerca del inminente compromiso de Felicia con José María Sánchez, probable heredero de una cuantiosa fortuna. No tardó en percatarse Ariana, empero, de que también ella era observada, con no poco asombro desde el sector masculino, y con no poca envidia desde el femenino. Sin duda casi todos allí conocían la conmovedora historia de la desventurada sobrina rescatada de la pobreza por la caritativa familia... pero, ¿quién habría podido suponer ahora que la protagonista de este sensible relato fuese precisamente la resplandeciente señorita cuya belleza arrolladora tenían ahora ante sus ojos?

Por supuesto, la naturaleza retraída de Ariana no estaba en absoluto preparada para una exhibición tan pública. Se apoderó de ella una terrible ansiedad, que se incrementaba exponencialmente con cada nueva mirada que sorprendía sobre sí misma. Pero su agitación no hacía más que agravar el problema, pues tenía el peculiar y paradójico efecto de hacerla lucir aún más encantadora.

No supo ella en qué momento se encontró delante de una puerta donde recibían amablemente a los invitados dos señoritas y otras dos damas de más edad. Y para mayor congoja suya, una de estas últimas pareció detener en ella su mirada algo severa, como examinándola con insólito detenimiento, antes de avanzar ceremoniosamente hacia la comitiva.

—¡Pero miren quiénes vienen aquí! —exclamó con amplitud la señora, con una sonrisa que a Ariana se le antojó algo artificial—. ¡José María Sánchez y su prometida... y también la linda María Consuelo y el gentil Rafael...! ¿No vinieron sus papás?

—Estaban un poco indispuestos, aunque mandan muchos saludos—se adelantó a responder el primogénito, extendiéndole a la dama la mano con los elegantes impresos—. Aquí están las invitaciones, doña Rosa...

—Ajá... —apenas sí prestó atención a los papeles la atildada señora, pues su mirada de reojo había vuelto a atenazar a la nerviosa Ariana—. Y esta muchachita tan fina y tan delicada... ¿es la primita de ustedes... la de Cartago...?

La jovencita se estremeció al oírla; aquellas palabras le sonaban más a conmiseración que cumplido. Así pareció captarlo también la tía Dolores, quien sin poder ocultar un dejo de mortificación, se apresuró a confirmarlo con un par de monosílabos y desvió de inmediato la charla elogiando el atuendo de la anfitriona.

—Bueno, si gustan pueden ir pasando por este lado, a los palcos,

mientras van llegando los demás invitados—la mano enguantada de doña Rosa les mostró el rumbo, flotando por un instante en el aire como un colibrí—. Ya estamos por empezar...

Atrapada durante largos minutos entre la bulliciosa conversación que iniciaron sus primas con las amistades que hallaron al traspasar el umbral, el calor reinante, el espeso humo de los puros habanos que fumaban casi todos los hombres—causándole el inevitable ataque de náuseas y el no menos persistente acceso de tos—, y la fiera inquietud que le producía el posible arribo del Ministro de Guerra, Ariana empezó a figurarse que la esperaba una noche sumamente larga.

—¡Ariana, qué sorpresa! —una voz femenina, imponiéndose con su dulzura al inhóspito murmullo, obligó a la jovencita a salirse de su amohinado repliegue y voltear su vista hacia la portezuela. Allí se erguía la atildada estampa de una dama de unos treinta años, delicadas facciones y mirada atenta, en quien reconoció con aprecio y alivio a doña Adelia Valverde, la esposa del Primer Secretario del Congreso—. Debí suponer que era por esto que no podías cuidarnos hoy a los niños... pero la verdad, ya era hora de que te participaran de un baile de este nivel... ¡Te lo mereces!

—Gracias, doña Adelia, usted siempre tan amable... —apenas logró la muchacha extraer de su apocamiento un saludo cordial y reverente—. ¿Y su esposo?

—Ahí se quedó Julio, en el vestíbulo... seguro esperando a don Joaquín, vos sabés...

—Ah, entonces es verdad que el General va a venir...

El inicio de la música impidió a Ariana escuchar la respuesta de la dama; pero intuyó que era afirmativa por el sutil, casi imperceptible, movimiento de cejas y labios que denotaba cierta picardía. Pero entonces vio aparecer por la portezuela al señor Esquivel, el marido de doña Adelia, con su rostro ovalado, fieros bigotes encerados, traje gris y peinado de raya impecablemente recta... y con esa intimidante mirada que parecía encerrar una especie de ira latente, y que a la jovencita le resultaba razón suficiente para evitarlo al máximo. Se despidió cortésmente de la mujer y buscó nuevamente a sus primas; pero sólo encontró en un palco a María Consuelo y a la ineludible tía Dolores, pues los demás desfilaban ya por la ancha pista de baile.

—¿Ya vieron quién viene allá? —oyó exclamar entusiastamente a su prima. De inmediato estiró su precioso cuello por encima de las múltiples cabezas, intentando seguir con sus azules pupilas al indiscreto dedo con el que

la otra señalaba... y sintió cómo la envolvía al instante una especie de embriaguez que nunca antes había experimentado. ¡Ahí estaba él... el General en persona!

Erguido con militar reciedumbre en su magnífico uniforme de gala, tricornio, guantes, botas, capa y bastón, derrochando distinción y firmeza en cada movimiento, rodeado de una escolta de coroneles y edecanes. Adueñándose en un instante de la atención general, y casi paralizando la fiesta a su paso. Sus ojos pardos e imperiosos, girando como una torre de artillería, se pasearon de lado a lado por el iluminado salón, hasta detenerse con angustiosa lentitud en la dirección en que se hallaban ellas. Y se levantaron luego con viveza, surcando el espacio por lo que pareció una eternidad hasta encontrarse de lleno con los de Ariana.

El impacto resultó demoledor, devastador, arrollador... Y sin darle siquiera un instante para recobrase, el reluciente militar amagaba una sonrisa, le obsequiaba una discreta reverencia y le rendía el sombrero con su inimitable prestancia. ¡Sí, a ella... a la insignificante y advenediza Ariana Cortés!

Costóle trabajo a la jovencita desalojar de su mente la caótica marejada de pensamientos inconexos que la había embargado con aquel sencillo gesto, y concentrarse en la música y el baile que se desarrollaba a su alrededor. ¿Y cómo podría lograrlo, si aquellos intensos ojos que antes la habían doblegado seguían interponiéndose ahora en su imaginación con diabólica perseverancia?

Se acercó entretanto un joven a pedirle a María Consuelo una pieza, y Ariana aprovechó el instante para escabullirse al antepalco pretextando el intenso calor, aunque lo cierto es que no deseaba quedar allí prisionera de la tía Dolores, cuyo humor parecía haberse agriado aún más desde que el General tuviese la ocurrencia de distinguirla por encima de sus primas y de ella misma.

—¿Adónde vas, Ariana? —le espetó, con un irregular arco de sorpresa en el entrecejo.

—Al baño—respondió ella, conteniendo el aliento antes de rebasar la puertecilla y enfilarse hacia el penumbroso pasadizo que formaba una herradura detrás de los palcos. Antes de trasponer el umbral, empero, dirigió un furtivo atisbo al salón de baile. Y con esto alcanzó sus pánicas dimensiones colosales. ¡En ese preciso instante veía al todopoderoso Ministro encaminarse también al exterior!

El corazón de la jovencita partió al galope dentro de su frágil pecho, causándole un extraordinario mareo e incrementándole el ya profuso sudor que le ocasionaba el caluroso ambiente del cerrado recinto. Ya no cabía en su mente la idea de pasar inadvertida; no después de que el invitado estelar, el flamante Ministro de Guerra, la hubiese sacado del montón con su impecable galantería. Ahora bien... ¿pasaría a más? ¿Vendría a buscarla durante el baile... o quizás ahora mismo? Ni siquiera estaba segura si lo temía o lo deseaba, pues tanto anhelaba mantenerse a salvo de sus truculentas y experimentadas redes de seducción, como compensar con un servicio el daño que creía haber causado a Ernesto y a su desdichado padre.

En el antepalco encontró Ariana unos cuantos invitados que, reunidos en corros, conversaban y fumaban bajo la anémica luz de las espaciadas candilejas, mientras iban y venían entre ellos los diligentes encargados del servicio, distribuyendo copas sin cesar. Su atención se enfocó más, sin embargo, en las sombras alargadas de tres o cuatro centinelas militares, cuya conspicua presencia delataba inequívocamente la cercanía del General. Hasta entonces no había reparado en estos jóvenes y elegantes esbirros, pero ahora, viéndolos con sus rutilantes uniformes, mirada al frente y armas al cinto, recordó Ariana la historia que había leído sobre Abraham Lincoln, el legendario Presidente de los Estados Unidos a quien habían pegado un tiro en otro teatro atestado de gente. Conjeturó entonces que el precavido Joaquín Tinoco debía conocerla también.

De un momento a otro, en medio de su persistente zozobra, sintió cómo con sutil firmeza se posaba en su delicado brazo una mano enguantada surgida de las sombras, mientras acariciaba desde cerca sus oídos una voz viril y cálida a la vez.

Ariana a escena

—*Mademoiselle Arianne*—su corazón perdió un palpito, y un furibundo escalofrío le acometió la espalda. No tuvo necesidad de alzar sus ojos para adivinar quién le hablaba—. ¡Qué privilegio poder saludarla de nuevo!

—El... privilegio... es mío... —los nervios de la jovencita hacían tropezar sus palabras unas contra otras antes de llegar a sus labios. Ante ella, con la cabeza perfumada y erguida, el impecable uniforme digno de un emperador, el vistoso puro habano entre los dedos y el irresistible don de gentes, se alzaba en todo su esplendor la imponente figura del general Joaquín Tinoco. Ofrecióle este nuevamente el sombrero antes de inclinarse para besarle la mano; mas al levantarse le arrojó directo a los ojos una mirada larga e intensa, que terminó de dejarla sin habla.

—Casualmente acabo de pasar a saludar a su tía y a sus primas—le dijo el hombre, en un tono susurrante que parecía obligarla a acercar su rostro—, pero en eso noté que usted había salido. Hubiera lamentado mucho no poder presentar también a usted las muestras de mi sincero aprecio.

—Le... agradezco... —visiblemente abrumada, no conseguía Ariana hacer acopio de valor alguno para enfrentar aquel vendaval de estudiada galantería.

—¿Y cómo sigue su tobillo?

Había un dejo casi imperceptible de ironía en la interrogante de Joaquín, subrayada con el trazo indeciso de una sonrisa bajo su bigote, que se abrió paso hasta morder los temores más recónditos de la martirizada jovencita. Por un segundo sintió ella que se le helaba la lengua y que no podría responder, pero de repente ardió en su espíritu una inesperada llama de dignidad que arrasó con los titubeos y levantó en sus facciones un estandarte de valor.

—Todavía no me deja bailar, pero al menos no está encadenado ni pegado al cepo—replicó, con una firmeza de la que ella misma fue la más sobresaltada—. Así que debe estar mucho mejor que el de don Fernando, el vecino mío que se llevó preso la Guardia Rural...

Aunque una contestación de esa clase no debía haber estado jamás entre sus cálculos, el Ministro de Guerra no pareció inmutarse. Sosteniendo su

magnífico puro contempló a Ariana durante algunos instantes, mientras la sonrisa que antes esbozara se fue completando poco a poco en su faz, antes de exhalar una calmosa nubecilla de humo. La jovencita, por el contrario, estaba casi asustada de su propio atrevimiento, pero ya había lanzado su flecha y ahora no le quedaba otro camino que mantener entera su determinación. ¡O al menos aparentarlo!

—Lamento no poder darle detalles de ese caso particular, mi querida *mademoiselle*—repuso él, con un ademán condescendiente en el que había sin embargo un velado rencor—. He sabido por el coronel Santos que en los últimos días la Guardia practicó ciertas detenciones en San José y en otras partes, algunas de ellas en conexión con la revuelta que preparan desde Nicaragua esos traidores, los hermanos Volio. Pero si mal no recuerdo, el que usted menciona fue uno de los que la Corte Suprema pidió información al Ministerio de Guerra... lo que significa que es probablemente un asunto de servicio militar y no un arresto.

—A simple vista, señor Ministro, dudo que los familiares del detenido entiendan la diferencia.

Pronunció Ariana estas palabras con cierta cautela, apenas la suficiente para no restarles convicción, aunque su incómodo respirar y sus ojos llorosos por el humo del tabaco le daban quizás un aspecto más dramático de lo adecuado. Pero lejos de irritarse o sorprenderse por la insospechada osadía de la jovencita, Joaquín parecía casi divertido.

—Es una desgracia tener que llegar a esto—afirmó desde otra bocanada de humo, que inadvertidamente atizó el fuerte mareo que la muchacha perseveraba en combatir—, pero comprenderá usted que la realidad que atravesamos no nos deja alternativa. Mi hermano y yo llevamos en nuestros hombros una grave responsabilidad, que es la seguridad y la soberanía de nuestra Patria; y hoy ese bienestar está amenazado por tremendos peligros...

Entretanto que iba hablando el General, su mano se iba deslizando con sensual lentitud por el brazo de la colegiala. Esta se estremeció por un segundo y luego se puso rígida, reprimiendo a duras penas su deseo de alejarse bruscamente, por el temor de irritar al caballero y empeorar así la situación del detenido por quien pretendía interceder.

—Usted sabe—prosiguió Joaquín, sin darse por enterado del pánico que ocasionaba la artera caricia en su inexperta interlocutora—que nuestro país está en guerra, y que hemos tenido también varios intentos de revolución armada en los últimos meses, además de que siguen gestándose otros... y ante

tantas amenazas no cabe la debilidad, ni tenemos más camino que actuar con determinación. Es nuestra responsabilidad, el destino que nos tocó a *Pelico* y a mí: servir a la Patria por encima de todo, aunque eso implique soportar el odio, los insultos y desaires de una masa de ignorantes, o enfrentarnos a personas que personalmente apreciamos, como el finado don Rogelio, que Dios lo tenga en la gloria...

—Con todo respeto, señor Ministro—musitó Ariana, volviendo su rostro para eludir los pardos ojos que seguían sin tregua a los suyos—, me parece que ese tipo de precauciones no hacen falta tratándose de gente que no representa ni de lejos una amenaza para ustedes los Tinoco.

—En las circunstancias presentes no existen personas insignificantes, *mademoiselle*—la resuelta mano del General alcanzaba ya los dedos temblorosos de la muchacha, de los que se apoderó con facilidad—. Necesitamos estar al tanto de todo lo que pasa en cada rincón de Costa Rica, y actuar frente al primer indicio, por vago o pequeño que pueda ser. Y es posible, sí, que mis hombres cometan equivocaciones, incluso de esas que algunos malintencionados califican de “arbitrariedades”. Pero el más atroz de esos errores sería un mal menor, comparado con el de permitirnos un descuido cuyos resultados sean funestos para el país. ¿Verdad que usted lo entiende, mi querida *Arianne*? ¿Verdad...?

Iba a retirar bruscamente su mano la intimidada jovencita, pero acabó por hacer todo lo contrario: tomar entre sus dos manos el guante atrevido del gallardo militar y, alzando trémulamente sus pupilas hacia él, despegar con agónica lentitud sus labios:

—Solo quiero pedirle un favor, don Joaquín... suplicárselo de todo corazón... Es algo muy... muy sencillo para usted...

—Su audacia me resulta tan fascinante, *Arianne*—respondió susurrando el Ministro de Guerra, apuntándola fijamente con los oscuros cañones de sus ojos—que aunque me pidiera usted la cabeza de Juan el Bautista^[14], nada me haría más feliz que poder complacerla.

Ariana palideció intensamente, sintiéndose caer sin remedio en la profundidad de aquellos ojos pardos. Zumbáronle los oídos, se le nubló la vista, y la febril agitación que experimentaba, complicada por el calor y el abundante humo de cigarros que oprimía sus pulmones, estuvo a punto de conducirla hasta el desmayo.

—Lo único que quiero saber—atinó a farfullar, haciendo un magno esfuerzo para disimular su flaqueza—es... quién y por qué dio la orden de

arrestar... a don Fernando Herrera Arroyo, el dueño de la *Talabartería de los Condes* que queda por el Teatro Moderno...

El General la miró sin pestañear, ni mover siquiera un músculo.

—Hermosa modestia, señorita Cortés—comentó, con semblante enigmáticamente benigno—. ¿Es eso todo? ¿Ni siquiera va a pedirme que ordene su libertad?

—Prefiero confiar en su criterio, señor Ministro—le respondió ella, soltándole la mano y tratando de vencer a su propio pavor con una sonrisa—. Supongo que usted sabrá ver mucho mejor que yo si ese señor es de verdad una amenaza para el país. Pero... sí le ruego que me haga saber lo antes posible la *verdadera* razón por la que está detenido.

Joaquín dejó momentáneamente de sonreír, y su expresión adquirió una afectada gravedad.

—Debo advertirle—dijo, en ese tono suyo a un tiempo gentil e imperioso, luego de despedir una nueva burbuja de humo azulado—que ese tipo de información que me pide usted podría comprometer la seguridad nacional...

—Por favor, no me lo niegue. A usted le consta que soy muy discreta, *Mon Général*.

El forzado gesto severo del Ministro de Guerra se rompió en la plenitud de un mohín juguetón.

—Muy bien, *mademoiselle*, hagamos un trato—respondió con un guiño, después de un nuevo beso a su puro habano—. Es bien sabido que Joaquín Tinoco es un hombre de honor. Le doy mi palabra de que sobre este asunto usted recibirá una respuesta de mi parte tan pronto como yo esté en la posibilidad de dársela. Y por supuesto, confío en que usted sabrá pagar un favor...

—¿Cómo voy a poder pagárselo, don Joaquín? —las palabras se negaban ya a salir de entre los labios de la trémula Ariana, a quien los efectos combinados del olor a tabaco y la intimidación apenas permitían mantenerse en pie—. ¿Qué puedo tener yo, una chiquilla que ni siquiera vive con su propia familia, que pueda significar algo para un hombre como el general Tinoco?

—La confianza—sentenció el caballero, sin pestañear—. Me consideraré privilegiado de que usted se sienta con la libertad de acudir a mí cuando así lo desee o lo necesite. Así como la certeza de que yo puedo también contar con usted.

Sus hipnóticas pupilas del militar cargaron de pronto todo su poderío contra la frágil jovencita.

—Por el momento—añadió, en tono tan persuasivo como imperioso—quiero que todo esto se mantenga como un secreto muy bien guardado entre nosotros dos. Le ruego, pues, que no vaya a sucumbir a la tentación de comentarlo con nadie... y menos aún con el joven que logró persuadirla de olvidar cuánto le dolía su tobillo.

Un obús de temor cayó sobre Ariana al escuchar esta palabra, derramándose por todo su sistema nervioso y succionando de sus mejillas el color. Pero en aquel instante la orquesta rompió a tocar una voluptuosa melodía en boga, que al imponerse sobre la caótica suma de sonidos, pareció devolverle a la joven el sentido.

—Le ruego me disculpe, don Joaquín... ¡pero debo irme ya! —exclamó, haciéndole una desmañada reverencia antes de dar media vuelta. Joaquín sonrió una vez más, le tomó la mano para obligarla a frenar, y sin apartar por un momento de ella sus pupilas afiladas, se la besó suave y lentamente.

—Un verdadero placer, mi estimada *Ariane*—dijo, al enderezarse—. Es mi deseo que continuemos en contacto, y me aseguraré de que así sea.

Ariana asintió y se encogió de hombros, antes de dar media vuelta y lanzarse entre la encofetada multitud, abriéndose paso a empujones hacia el palco.

Al llegar a este encontró en la propia puerta a sus primas, charlando con ruidosos aspavientos en presencia de Rafael, José María y un cierto don Abundio Salazar, viudo adinerado de la capital que tenía amistad con su tía Dolores. El cotilleo, empero, se detuvo bruscamente en cuanto apareció ella, sobre quien se agolparon a una las miradas de extrañeza que reavivaron su terrible pena.

—¿Diay, Ariana? ¿Dónde te habías metido? —fue María Consuelo la primera en dirigirle la palabra—. ¡Te fuiste al baño desde que me sacaron a bailar a mí, y hasta ahora aparecés...!

—¡Y lo que te acabás de perder, tonta! —agregó maliciosamente Felicia, relamiéndose todavía del manjar de jactancia que se delataba en su rostro—. ¡A que no adivinás quién anduvo por acá hace apenas cinco minutos, para saludarnos! ¡El general Tinoco, nada menos!

—¿De veras? —a pesar de los agujones de pánico que continuaban azotándola, la recién llegada tuvo la presencia de ánimo para deducir que convenía más a sus intereses simularse sorprendida.

—Sí, claro—ratificó María Consuelo, ojos muy abiertos y cejas arqueadas, reforzando su credibilidad con los movimientos de su cabeza—. ¿No te lo topaste cuando venías de vuelta?

La jovencita, un poco sonrojada, hizo un ademán negativo.

—Pues salada vos, Ariana—intervino otra vez Felicia, añadiendo mucha pimienta— ¡porque tenías que haberlo visto! ¡Qué bárbaro... es una belleza de hombre! Divino, simplemente divino... ¡y tan educado, con esos modales tan perfectos, y esas palabras siempre tan bien escogidas...! Ya estaba soñando yo, cuando me dio la mano, que era para llevarme a bailar... ¡Es que ese señor sí sabe tratar a una mujer! —y volviéndose hacia José María, cuyo semblante se había vuelto torpemente inexpresivo entre aquel chaparrón de alabanzas que tributaba su prometida a otro galán, agregó con venenosa intención: —¿Cuándo será que aprendan a hacerlo otros por aquí...?

No atrajo tanto la atención de Ariana la indiferencia del desdichado pretendiente ante la chota que a sus expensas hacía su atrevida prima, como el hecho de que esta mantenía fuertemente apretado su puño izquierdo, como si se empeñase en mantener algo celosamente oculto dentro de este. Pero no tardó la rubia Felicia en verse súbitamente obligada al silencio, al advertir nomás el gesto patibulario con el que se lo ordenaba sin palabras su tía Dolores.

Y un instante más tarde, al alzar Ariana su vista, encontró también las serenas y alegres pupilas del General, que con galante disimulo la seguían a la distancia.

“*Confianza*”, parecía repetirle, casi hipnóticamente. La palabra giraba sobre sí misma con su resonancia imperiosa, mientras entre sus retinas se atravesaba el gallardo aspecto del Ministro de Guerra, puro en mano, pronunciándola. “*Sí, confianza*”, le respondía mentalmente ella, incapaz de prestar ya atención alguna a la pista de baile, a los brindis ni a la espectacularidad del entorno. “*Porque no tengo otra salida... ahora solo me queda confiar en él. Y esperar... esperar a que él decida responderme, si es que le interesa hacerlo... porque mientras no pueda yo saber con certeza nada sobre don Fernando, la peor tontería que puedo hacer es hablarle de este asunto a Ernesto, o a nadie más... No vaya a ser que, por no hacerle caso yo a don Joaquín, termine todo poniéndose peor*”...

Paseo de domingo

El baile duró casi hasta las cuatro de la madrugada; pero desde una hora antes había enviado Rafael a sus primas y tía de vuelta a casa en el carruaje. Bien sabía que sus padres tenían por rigurosa costumbre asistir cada domingo a misa de ocho en la Catedral Metropolitana, y no había fiesta ni baile en el Universo que los indujese a cambiar de opinión. De modo que Ariana, pese a no haber dormido más que por ratos, se vio rápidamente en la ineludible obligación de levantarse muy temprano y lucir otra vez sus mejores galas, siempre apresurada por la implacable tía Dolores, quien simulaba no estar igual de trasnochada que su sobrina.

¡Ah, cuánto pesar tuvo que disimular la desventurada jovencita durante la prolongada y concurrida ceremonia matutina! Era muy usual que a esa misma misa asistiese Ernesto con sus padres, lo que les ofrecía invariablemente la oportunidad de saludarse con toda naturalidad al entrar o salir, y de cambiar además algunas palabras de cortesía (*“las iglesias son para eso”*^[15], habría dicho en tono burlón nuestro dramaturgo Alberto Cañas). Pero no este domingo. Antes de abordar el coche que había de llevarla junto con sus tías y primas a la iglesia, atisbó otra vez la casa de los Herrera, pero encontró sus puertas y ventanas tan herméticamente cerradas como la víspera, sin la menor señal de movimiento.

Siempre había sido difícil para Ariana mantener la concentración durante los oficios religiosos. ¡Tanta liturgia complicada, tanto boato, tantos trabalenguas en latín...! Desde niña se había acostumbrado a vivir de otra forma su fe, mucho más personal, austera en su expresión externa, intensa en su candorosa pasión escondida: un tesoro que guardaba desde aquellos lejanos días en su Cartago natal, bajo la guía amorosa de sus progenitores y del joven y afectuoso padre Octavio, el recordado cura que los visitase con tanta asiduidad. ¡Era todo tan distinto de lo que hoy encontraba en los templos...! Pero si normalmente le era inevitable divagar, lo de esta mañana era un verdadero disparate.

No sólo la derrotaba un sueño incontrolable, sino que además su imaginación le lanzaba desafíos ingratos. Por ejemplo, se anudaba el atuendo sacerdotal del riguroso obispo Stork con el no menos rutilante uniforme del

Ministro de Guerra la noche previa. Y el tosco acento germánico que inútilmente procuraba el prelado disimular cuando pronunciaba sus homilias, se transfiguraba mágicamente en la primorosa dicción afrancesada que le escuchase a Joaquín en el antepalco, al prometerle su ayuda. El potente olor del incienso se volvía en su olfato el asfixiante aroma del tabaco de cien puros fumados a la vez. Y el suave bisbiseo de la muchedumbre arrodillada se amplificaba para representar el sonido de la frivolidad en los abarrotados pasillos del Teatro Trébol. Su espanto, empero, alcanzaba el cenit cuando, al ver allá sobre el altar mayor la imagen del Cristo crucificado, pensaba de pronto en la suerte que pudiese estar corriendo el padre de Ernesto al cabo de varios días en las terribles mazmorras de la Penitenciaría Central.

Sobre los propios peldaños de la Catedral, mientras al salir de misa intercambiaban saludos Ariana y sus tíos con la familia de una de sus compañeras del colegio, germinó de entre el tumulto el semblante pícaro de la tía Dolores, apenas visible en medio del velo oscuro con el que se envolvía la cabeza para tales ocasiones, y que esta vez le servía también para disimular sus profundas ojeras. Se dispuso ella a abordar al tío Elías con su usual despreocupación, y no pudo evitar la muchacha la corazonada de que su pariente, fiel a su hábito inquebrantable, se traía algo entre manos.

—Mirá, Elías... perdoná la impertinencia—dijo, con sus acostumbrados e inevitables aspavientos multiplicados por la beatitud que parecía envolverla cada vez que salía de una iglesia—. Pero fijate que me dice don Abundio Salazar que si le hacemos el honor de pasar a almorzar en su casa... ¿Qué hago, le digo que sí?

El sorprendido hacendado carraspeó y dudó por unos segundos, apenas los necesarios para que Ariana pudiese intuir, por el giro impaciente que dieron hacia arriba los ojos de María Consuelo, los mal disimulados designios que se camuflaban bajo tan “inocente” invitación. En efecto, desde varias semanas atrás, y siempre a instancias de la tía Dolores, se había venido produciendo una seguidilla de convites recíprocos entre los Cantillano y el famoso don Abundio, el viudo adinerado a quien ya conocimos en el baile de la víspera. Destacado comerciante josefino, cincuentón por más señas. Y tanta insistencia había acabado por hacer a la despierta Ariana conjeturar el motivo: ¿acaso no procuraba la marrullera tía engatusar al viejo para pedir cuanto antes la mano de su prima? Sin duda una relación de esas no podía disgustar a don Elías ni a su mujer, al representar para su hija menor un enlace tanto o más ventajoso que el de Felicia con José María Sánchez. Pero

difícilmente podrían obviar un insignificante detalle: María Consuelo no quería ni oír hablar de tal gatuperio, y ni siquiera se molestaba en esconder su desagrado por un pretendiente cuya edad estaba más cerca de la de su padre.

—Bueno, decíle que sí, pero que vamos a ser solo cuatro, contando a Ariana—respondió el tío Elías, quien por naturaleza evitaba intimar mucho con los demás, y ahora sufría para disimular su aturdimiento ante la súbita propuesta de su meliflua cuñada—. Le explicás, por supuesto, que Rafael y Felicia ya tienen otro compromiso previo donde la mamá de José María...

—Cinco, querrás decir—interrumpió la dama, sin intentar guardarse cierto gestillo de arrogancia que en otras condiciones hubiese divertido mucho a Ariana—. Porque a mí también me invitaron, y sería muy descortés de mi parte rechazarle tanta amabilidad a don Abundio.

La mirada de la colegiala bajó arrastrada por el peso de su prolongado suspiro. “*Creo que va a ser una comida muy larga... y hay alguien que de fijo se va a indigestar*”, se dijo, sin mucho entusiasmo y casi compadeciendo a María Consuelo, quien lucía aún menos animada y cuyos labios apenas se movían bajo el ala de su sombrero, como si maldijese por lo bajo las inoportunas y pertinaces ocurrencias de la tía Dolores. Pero habiendo dado ya el patriarca su consentimiento y estando la agenda del día prácticamente bajo el control de la mañosa parienta, era claro que de ahí no iba a pasar la joven perjudicada, y que cualquier objeción suya resultaría no solo estéril, sino casi inmoral.

El almuerzo, sin embargo, se desarrolló sin incidentes, a no ser por los reiterativos momentos de incómodo silencio que seguían a las monosilábicas respuestas de María Consuelo cuando alguien asumía el riesgo de dirigirle la palabra. No fueron pocas las ocasiones en las que la tía Dolores sintió la necesidad de justificar ante don Abundio el semblante desganado, el exiguo apetito y las aún más escasas palabras de su sobrina, dando a entender que acaso le estuviese jugando la timidez una mala pasada. Pero curiosamente no le hicieron falta excusas para el perseverante silencio que guardó Ariana durante la mayor parte de la velada. Ya se sabía, después de todo, cuánto la angustiaban a ella las ocasiones de sociedad, y de por sí no entraba ella ni por accidente en las artimañas casamenteras de su familiar. ¿No había hecho ya suficiente por esa chiquilla sin dote al insertarla en un hogar rico y honorable, como para tener que desgastarse además encontrándole un partido matrimonial que bien pudiesen merecer mucho mejor las hijas legítimas de dicho hogar?

A media tarde se fueron despidiendo los invitados, pero los

aspavorosos elogios de la tía Dolores por la casa, el servicio y la comida ofrecidos por el anfitrión, difícilmente podrían haber compensado la señorial parquedad de don Elías, o menos aún el notorio aspecto huraño de la abatida María Consuelo al abordar el coche. No le cupo a Ariana la menor duda: en cuanto llegasen a casa, o incluso antes, iba a desencadenarse sobre su prima una de las tormentas domésticas que tan generosamente distribuía la intrigante tía. Pero entonces, sin previo aviso, le vino otra de sus curiosas inspiraciones.

—Tío Elías... —el timbre de su voz, delicado y frágil como el de una flauta, sobresaltó mucho al hacendado, que no recordaba haberlo oído en toda la tarde—. ¿Usted nos daría permiso a María Consuelo y a mí para ir hoy al concierto que da la Banda Militar todos los domingos?

Si grande fue el asombro de don Elías ante la audaz y repentina propuesta, no fue menor el de la propia María Consuelo, a quien tomó desprevenida en medio de un fruncir de ceño y una boca estirada que mal disimulaba su ancho sombrero. Su semblante dio paso a una inmediata mueca de recelo. ¿Sería tan casual aquella salvadora intervención de su inocente y menospreciada prima, o efectivamente tenía el propósito de mitigar su desaliento, y de paso librarla de la cepillada verbal que sin duda le iba a recetar por el camino la tía Dolores? Cualesquiera conjeturas que pretendiese hacer al respecto, empero, se disiparon ante una nueva oleada de sorpresa, que se le contagió de Ariana misma al recibir ella del viejo, con pasmosa e imprevisible facilidad, un rápido sí que tuvo como efecto inmediato modificar la dirección del carruaje.

Naturalmente, mientras al lado de su prima oía la música en uno de los poyos del Parque Nacional, abrigaba todavía la colegiala cierta ínfima esperanza de que Ernesto apareciese por alguna parte entre el público. Pero se sucedieron las piezas una tras otra, con sus respectivos aplausos, sin que divisase Ariana por ninguna parte las anheladas facciones de su amigo. “*Mm... ¿qué va a querer salir, con las cosas que han pasado?*”, el recurrente desengaño volvía a mordisquear su ánimo cada vez que veía a la distancia algún joven guapo cuya fisonomía le recordase vagamente al muchacho buscado. María Consuelo, en cambio, tuvo mejor suerte al surgir de entre los caballeros presentes la atinada figura de Rubén Carrillo, el amigo de Rafael cuya franca y despreocupada compañía prefería ella mil veces a las atenciones del acaudalado don Abundio.

El concierto acabó al caer la espléndida tarde, y entonces propuso María Consuelo a su prima que volviesen a pie, habiéndose ofrecido Rubén a

escoltarlas por el camino. Claro está, Ariana supuso que lo que quería su traviesa prima era pasar más tiempo con el joven galán; pero aceptó gustosa, aduciendo que le vendría bien un poco de aire fresco, aunque probablemente estuviese calculando también que ya no estuviera en casa la tía Dolores para cuando ellas arribaran. “*Sería el colmo que también quiera quedarse para la comida de la noche*”...

A cuadra y media de la opulenta residencia de los Cantillano, bajo una oportuna cobija de oscuridad que el alumbrado público no conseguía del todo atenuar, comenzó de improviso la despedida de Rubén. A decir verdad, Ariana habría preferido un adiós más rápido y menos efusivo que el que se vio obligada a presenciar sobre la solitaria acera. ¿Qué pensaría el tío Elías de verla a ella convertida en cómplice de aquello? Pero muy pronto su fútil aprensión se vio desplazada por un nuevo y anhelante pensamiento: “*¡Ay...! ¿Y si hubiera sido yo la que me encuentre a Ernesto en el concierto?*”...

¡Vaya dilema el que se le vino entonces a la colegiala! Bien claro le había advertido su tío sobre la inconveniencia de mostrarse a menudo en compañía de aquel joven, y menos aún en sitios públicos, incluso sin haberse entregado ellos jamás a las apasionadas expansiones que paladeaban su prima y el audaz mozo que la envolvía largamente en sus brazos. ¿Habría contado en dado caso con la discreción de María Consuelo? Difícilmente... antes de esta tarde. Pero a partir de ahora todo era distinto: de su sagacidad dependía que su prima quedase en deuda con ella. ¿Qué sabía Ariana si más adelante, a pesar de la irrepreensible conducta que solía desplegar, no iba a dársele el improbable caso de verse en la necesidad de que se le guardase un secreto incómodo? No en vano solía aconsejarla la *niña* María Isabel, su antigua maestra de primaria en el Edificio Metálico: “*Mujer prevenida, vale por dos*”...

La ocasión de cobrarle el favor, sin embargo, se le presentó mucho más pronto de lo que ella misma hubiese podido figurarse. Apenas alcanzaban la esquina y restábales tan solo cruzar la calle, cuando les salió al paso una sombra masculina, enfundada en lo que parecía un uniforme militar.

—¡Alto ahí! —la violenta exclamación del centinela sin rostro le arrancó un sonoro respingo a María Consuelo, quien quizá se imaginase más bien que se trataba del mismísimo tío Elías luego de presenciar su pícaro despedida. La mente de Ariana, en cambio, viajó mucho más lejos, dejándola petrificada sobre la despejada acera.

—¿Por casualidad alguna de ustedes es Ariana Cortés? —preguntó a

quemarropa, en el tono cortante y altanero que caracterizaba a casi todos los esbirros de los hermanos Tinoco. La muchacha se estremeció y estuvo cerca de perder el aliento. “*Cúmplase tu voluntad, Señor*”, se resignó en su espíritu, aguardando ya el inminente varapalo o acaso el tiro de gracia.

—Sí... sí, soy yo—se atrevió a responder, aunque sus aterrorizadas cuerdas vocales no lograban siquiera afinarse entre sí.

—Tengo orden de entregarle esto directamente en sus manos, señorita— espetó el militar. A la colegiala comenzó a quedársele grabada la cara de aquel joven: ojos pequeños, pómulos salientes, boca gruesa, bigote ralo, expresión de afectada dureza que no terminaba de ocultar los rastros de la inexperiencia. A todas luces un cadete que no debía llegar ni a veinte años—. Es preciso que usted me haga constar el recibido.

La muchacha tomó primero entre sus sísmicos dedos el pliego cerrado y grueso que le ofrecía la mano del guante negro, y luego obedeció dócilmente las demás instrucciones del centinela, quien a continuación se esfumó con la misma brusquedad con la que había aparecido primero.

—Ari... ¿qué fue esta cosa? —el sonido volvió de pronto a la garganta de María Consuelo, transitoriamente secada por el espanto—. ¿Qué está pasando?

—No... ¡no tengo idea! —la afirmación de Ariana se vio entorpecida por la sospecha acusadora que galopó a través de su mente, presentándole la imagen del arresto que había presenciado, enlazada con la del apuestísimo Ministro de Guerra prometiéndole averiguar al respecto.

—¿Estás segura?—entre el miedo se abrió paso la desconfianza—. ¡Solo falta que andés vos de agazapada en enredos con algún soldadito, y que por tu alma resultemos todos atollados! O decime de una vez, ¿qué *carajada* es esta?

—¡Te juro que no entiendo nada, no sé ni de qué se trata!

—¡Entonces dame ese papel!

—¡Dejá, esto no es tu problema! ¡Vos no tenés vela en este entierro!

—¡Que me lo des, te digo! ¿O es que sí sabés de qué se trata y no me querés decir?

—¡Te repito que no tenés nada que ver en esto! ¿No ves que puede ser mucho peor para vos si llegan a darse cuenta de que sabés algo?

—¿Que yo sé algo de qué?

—En serio, María Consuelo... ¡no puedo hablar de esto con nadie, me lo dijeron muy claro!

—¿Quién te lo dijo?

—¡El general Tinoco!

No tuvo ya duda María Consuelo que su inocente prima ocultaba algo tremendamente grave, a juzgar por la velocidad con la que la aterrada palidez de su rostro fue tornando hacia una mueca de irritada estupefacción.

—¿Entonces el que te manda el recado es... don Joaquín?

—¡Yo no sé, de verdad no tengo ni la más lejana idea... apenas voy a ver de qué se trata! Y por favor... ¡no me preguntés más, te lo suplico!

—No sé en qué bronca te habrás metido, Ariana—punzó resueltamente su prima, con un entrecejo fruncido que lentamente fue transfigurándose en un guiño—. Pero vamos a tener que hacer un trato: vos nunca recibiste esa nota y tampoco yo me encontré con nadie en el concierto... ¿Estamos? Y eso sí, si resultara que por tu alma nos vemos implicados en algo grueso o en peligro de echarnos encima a los Tinoco, ¡palabra que te acuso!

El mensaje

Hubiera querido Ariana correr directo a su habitación y desenvolver el maldito papel que, oculto en su regazo, le calcinaba el alma con sus letras de lava. Pero su arribo coincidió con la hora de la cena, y aunque no se sentía capaz ni deseosa de probar bocado alguno, tuvo la jovencita que cumplir al menos con un fugaz acto de presencia ante sus tíos y primos para desdibujar de antemano cualquier potencial sospecha. Se retiró antes de las ocho, empero, pretextando un dolor de cabeza, y se precipitó hacia la lámpara que, junto con una mesita, un armario y un estante de libros, eran toda la compañía de su cama en su dormitorio.

Allí, en la nocturna soledad del único lugar donde siempre se había sentido segura, se refugió entre sus sábanas y sus cortinas bajas para examinar el grueso sobre que le venía quemando el pecho. ¡Sin remitente, sin destinatario, sin membrete...! Y a continuación, en el torpe rasgarse del papel por su mano temblorosa, reconoció al fin cuál era el sonido de una angustiada expectativa.

Al desdoblar el pliego descubrió que en realidad se trataba de dos hojas, con sus renglones cuidadosamente trazados y con una impecable y adornada caligrafía, que permitían suponer un dignísimo esmero por parte de quienquiera que las hubiese escrito. Pero su verdadero asombro se produjo al recorrer sus pupilas por vez primera el contenido de aquella epístola. Porque no encontró la muchacha en tales líneas el proverbial laconismo de un embrutecido militar, sino el rebuscado atildamiento de un aristócrata distinguido, campeón de la elocuencia más que del combate, y paladín de los salones más que de las trincheras.

“Mademoiselle Arianne:

No sería digno de tal nombre un caballero que resultase indiferente a la incomparable pulcritud de su límpida belleza. Ni podría llamarse hombre aquel que no quedase subyugado por tan inescapable portento de señorita, capaz de tornar con una sola mirada en simple súbdito al más indomable de los guerreros que haya cantado poeta alguno. ¿Cómo, pues, podría un simple mortal como el que traza estas líneas, resultar inmune al Elíseo de sus encantos? ¿Y en qué Universo podría yo hallarme en posición de ignorar

el menor capricho surgido de la flamígera pureza de sus labios, estando en mis manos el privilegio de su satisfacción?

Desde el instante mismo en que el arpa de su voz acarició con sus notas suplicantes mis oídos, la petición por usted expresada subió cual especia aromática hasta convertirse en orden apremiante. Al momento la giré como tal a mis subalternos, y esta misma mañana he acudido a mi despacho con el único y expreso propósito de obtener la respuesta precisa. Me es menester añadir que no representa para mí ningún placer ser portador de nuevas que pudiesen llegar a apagar, aunque fuese sólo por un instante, la floridez del lozano jardín que germina con cada sonrisa suya. Pero en cumplimiento de la palabra empeñada me es forzoso transmitírselas tal cual me han sido brindadas.

Es de suponer que, siendo usted una verdadera Minerva, aunque cobijada bajo el deslumbrante incógnito de una Venus en ciernes, esté bien enterada de la vil manera en que brotaron en el huerto de nuestra amada Patria las hirientes cizañas de la traición, el pasado mes de febrero. Como resultado final de tal revolución perdió la vida prematuramente el ilustre señor Rogelio Fernández Güell, un auténtico hidalgo y amigo ante cuyo recuerdo me descubro, con quien trató mi familia por más de catorce años, y a quien me dolió ver tan tristemente arrastrado por su ingenuo patriotismo a convertirse en un mártir digno de mejor causa.

Lo más triste de tal episodio, sin embargo, es que las oscuras fuerzas de la deslealtad que lo originaron no perecieron con la tragedia de don Rogelio, y que por el contrario, en maligna colusión con inconfesables intereses extranjeros, continúan amenazando la estabilidad de nuestra pequeña Patria. Tales fuerzas cuentan ahora, como contaban ya en febrero, con una pequeña pero temible serie de contactos internos, cuidadosamente enquistados en la capital y en cada rincón del país, prestos a patrocinar y encubrir sus ilícitas actividades y a dar la voz para que, al producirse la esperada agresión que hoy se forja allende nuestras fronteras, se sumen a esta los oportunistas y los traidores que hoy pululan al acecho. Entre dichos contactos (y tanto me entristece a mí escribirlo como sé que a usted leerlo) hemos identificado al señor Fernando José Herrera Arroyo, el comerciante acerca del cual inquiriese usted la pasada noche.

Me es ingrato informarle, pues, que al señor Herrera Arroyo se le ha detenido por el delito de tentativa de rebelión, y que aunque inicialmente quedasen en la impunidad sus actividades revolucionarias previas al

alzamiento del mes de febrero, la continuación de tales lo constituye en una persistente amenaza para la paz y la estabilidad de nuestra Nación. No omito manifestarle que, hallándose suspendidas las garantías constitucionales en razón del estado de guerra en que hoy se encuentra Costa Rica frente al agonizante Imperio Alemán, el arresto del susodicho señor posiblemente continúe por tiempo indefinido.

No es ociosa la aclaración de que ningún agravio tenemos los Tinoco contra este caballero, a quien sólo conocemos de nombre, y cuya detención es tan sólo una más de las dolorosas medidas que, como le comenté en nuestra conversación del antepalco, pesa sobre mis hombros y los de mi hermano Federico, ambos consagrados a resguardar la integridad y la independencia de la República que adoramos con pasión. Hago mención de tal circunstancia, reconociendo con el corazón compungido el desagrado que indudablemente ha de causarle a usted toda esta situación, a juzgar por el espontáneo ramillete de súplicas a las que me vi imposibilitado de fingirme insensible.

Pero tomando en cuenta precisamente tal interés, así como mi profundo y sincero deseo de ser magnánimo por consideración a su virginal hermosura, me permito manifestarle mi entera disposición a continuar nuestro diálogo, sea personalmente, por carta o por la vía telefónica, todo con el ánimo de que, juntos usted y yo, podamos hallar una resolución expedita a este penoso caso.

Beso la punta de sus dedos.

Joaquín Tinoco”.

Aquella misiva produjo en el sensitivo espíritu de Ariana una conmoción tan violenta como no había vuelto a padecer desde aquella otra noche de terror, cuando su feliz infancia quedase brutalmente cercenada al venirse abajo sobre ella su hogar, junto con toda la ciudad de Cartago, en cuestión de dieciséis segundos. ¡Otra vez la asfixiante sensación de impotencia, el manto de polvo irrespirable, la desesperación inútil por gritar y liberarse, sin que le saliese siquiera la voz...!

—Por Dios... ¿qué clase de farsa es esta? —exclamó al fin en un susurro, intentando vanamente controlar las ráfagas de lacrimosa rabia que parecían ahogarla, y reprimiendo con gran dificultad la ardiente determinación que tenían sus dedos de hacer trizas la cínica carta—. ¡Es mentira... él sabe muy bien que todo esto es pura mentira! ¿Qué es lo que busca, qué es lo que quiere lograr de mí?

¡Ah, cuán estrechos le parecían ahora los muros de su dormitorio, dentro del cual anduvo vagando por largas horas con la secreta carta entre sus manos, releuyéndola casi obsesivamente mientras el sueño huía de sus párpados! ¡Cuán similar le parecía su pieza, a pesar de sus innegables comodidades, a la mazmorra donde el desventurado padre de Ernesto debía estar pasando otra larga noche, sin más motivo que el que ahora veía con claridad, el capricho repugnante de un dictador!

Casi tuvo que ordenarse a sí misma dejar de llorar, apagar la luz y envolverse en sus cobijas, pero sus fútiles intentos de dormir no hicieron más que sumar otra noche a la ya prolongada colección de desvelos que comenzaban a maltratar el brillo habitual de su semblante sonrosado. ¿Cómo podría salir airoso de la terrible encrucijada en que la había puesto aquella carta, bajo cuya superficial condescendencia se camuflaba un sutil tono intimidante como el de un volcán en letargo?

Su primer pensamiento, claro está, fue el de acudir a Ernesto y ponerlo al tanto de lo sucedido. Pero, ¿qué sentido tendría? *“Ya de por sí él sabe que al papá lo apresaron por gusto... No le estaría diciendo nada nuevo, y a lo mejor termino más bien haciendo que a él le dé más cólera y se decida a cometer alguna locura”*... Además, ¿no podría perjudicar aún más a don Fernando si ella faltase a la discreción exigida por Joaquín? No, ¡no era todavía hora de hacer revelaciones de esa clase!

¿Qué otro recurso le quedaba entonces? ¿Ignorar al General y dejar que las cosas siguiesen su curso “normal” sin más intervención suya? ¡Imposible! Si algo le había dejado claro el alambicado texto, era que el destino del preso estaba ya inextricablemente ligado a la actitud que ella asumiese, y que en adelante continuaría estándolo más y más. ¿No lo había insinuado el propio militar sin mucho reparo en los últimos párrafos? ¿Y no estaba con esto admitiendo implícitamente la verdadera causa del arresto, la que ella temiese y sospechase desde el inicio? *“Ya no tengo salida... ¡todo es inútil! No es don Fernando su prisionero, ¡sino yo misma!”*...

Se levantó de nuevo en plena madrugada, sin haber podido dormir siquiera un poco. Si solo le quedaba un camino posible, ¿a qué dudar más?

No había decisión que tomar ni tiempo que perder. En el hermético encierro de su cuarto, bajo una tenue luz, echando mano de hojas extraídas de sus cuadernos escolares, Ariana comenzó a escribir. En francés. Con furia y dolor, dudando en cada palabra como si errar en una sola de ellas pudiese dar al traste con su vida misma. Rompiendo y rehaciendo numerosas veces los

borradores, pero sin capitular, con fantástica determinación. En combate contra su tristeza, su fatiga y también contra el tiempo incontenible que con cruda indiferencia proseguía su marcha.

Y al amanecer del lunes, sin oportunidad de reponerse de esta primera batalla, debió librar otras dos, simultáneas por añadidura. Una, por reprimir la azurumbada torpeza que invariablemente resulta del insomnio crónico. Y la otra, por desvanecer de sus facciones las huellas del llanto, el pesar y la desesperación que, agravando los efectos de la falta de sueño, tendrían también el potencial de atraer preguntas indeseadas por parte de sus tíos y primos, en especial de María Consuelo, de cuya volátil discreción dependía casi por completo.

Algún éxito tuvo en su cometido, puesto que logró trasponer el portón y emprender la rutinaria caminata hacia su colegio sin ser importunada por ninguno de sus parientes. Y tampoco hubo entre los transeúntes que luego se cruzaron con ella por la calle, ni aún entre los ubicuos y omniscientes esbirros del Presidente, quien atinase a sospechar siquiera que esa esbelta y retraída colegiala que avanzaba a ritmo presuroso, enfundada en uno de sus íntegros uniformes blanquiazules que “*se adaptaban graciosamente a su figura, como agradecidos de tan maravillosa oportunidad*”^[16], y con su castaña y ondulada cabellera recogida en un decoroso peinado, escondía entre sus impecables cuadernos un sobre dirigido al mismísimo general José Joaquín Tinoco Granados, Ministro de Guerra, Director General de la Policía y Comandante de las Fuerzas Armadas de la República de Costa Rica.

En ese sobre, iba razonando ella en su camino, iba su propio porvenir. En el momento en que quedase atrapado dentro del buzón para emprender su viaje hacia el escritorio del Ministro, su futuro corría el riesgo de quedar irremisiblemente alterado. ¿Llegaría a enterarse Ernesto de lo que estaba por ocurrir? ¿Y sería capaz de comprender cuánto se estaba exponiendo ella, tan solo por el inmenso cariño que le profesaba?

“*No... ¡no puedo hacer esto tan a la ligera!*”, su conciencia, atizada por el miedo, le imponía la necesidad de un último filtro. “*¡Es algo demasiado pesado para mí sola! No... necesito hablar con alguien más, tener quién me aconseje antes de dar un paso tan arriesgado como este*”... Pero, ¿con quién? Ernesto, su eterno confidente, habría sido su primera y única elección de no haber estado peligrosamente implicado en el origen mismo del embrollo. No podía contar con su madre Beatriz, quien residía en la lejana Puntarenas. Tampoco tenía a nadie en casa de los Cantillano que le ofreciese

suficiente cercanía para tamaña confianza. La discreta doña Adelia habría sido una buena opción, pero la cercanía del marido de ella con los Tinoco la hacía desconfiar. Así quedaron reducidas sus opciones a una sola. “*¡La maestra María Isabel! ¡Sí, ella de seguro me va a entender...! Es la única persona en la que yo podría confiar para una cosa de estas... ¡pero hoy mismo tengo que ir a buscarla!*”

Recordó que hacía algunas semanas la educadora le había prestado un libro, y al punto resolvió que había llegado el momento más oportuno para ir a devolvérselo.

Parte II

El asedio

Una brújula moral

Al entrar corriendo Ariana a su casa a la hora del almuerzo, sudorosa y cubierta de polvo bajo el africano sol del mediodía, uno solo era su blanco: el grueso tomo que reposaba en su dormitorio, arrinconado por otros dos o tres libros. Y una hora más tarde, con él bajo el brazo y una pincelada de alivio en el semblante tenso, emprendió después de comer el pausado viaje de regreso al centro educativo para las lecciones de la tarde.

Ya a nadie le parecía extraño, por cierto, encontrársela con alguno de esos libracos abierto sobre el regazo, fuese en el corredor, en el parque, en el colegio o en plena calle: un hallazgo que por lo general se saldaba con filosas pullas de sus primos o de sus compañeras, y con las invariables profecías sobre el feroz infortunio que había de caer indefectiblemente sobre su sentido de la vista a causa de tanta lectura. Pero la jovencita, lejos de desanimarse por aquellas burlas, las consideraba casi como trofeos de batalla que la llenaban de un íntimo pero indomable orgullo.

Hacia las cuatro y media de la tarde, sin embargo, vino a romper súbitamente la modorra el lejano clamor de una nutrida gritería que parecía proceder del propio centro de la ciudad, con fortaleza bastante para imponerse sobre los demás ruidos de la ciudad. ¿Qué estaría ocurriendo? Las jovencitas, desoyendo las órdenes de sus no menos suspendieron espontáneamente las clases, y corrieron a aglomerarse en la esquina, en procura de enterarse. Su incertidumbre no duró mucho tiempo: en breve aparecieron aquí y allá los pregoneros, muchachillos en su mayoría, ofreciendo a gritos la edición del vespertino “*La Prensa Libre*”, diario hermano del influyente “*La Información*”. La noticia, en efecto, era trascendental: ¡en la lejana Europa había terminado la Gran Guerra con la claudicación alemana!

Muy pronto la capital entera se volvió un hervidero: primero vino el festivo repicar de las campanas de la Catedral Metropolitana, que encontró un eco inmediato en todas las demás torres eclesiásticas de San José, derramando por todas partes una mezcla de curiosidad y agitación. Las gentes comenzaron a aglomerarse en esquinas y a lo largo de las principales vías; y luego empezaron a verse algunos automóviles flameando la bandera nacional o la de alguno de los países aliados, haciendo sonar sus bocinas; y cuando ya

declinaba el sol, el triunfante coro de las sirenas de todas las locomotoras del Ferrocarril confirmó la jubilosa novedad, haciéndola oír hasta el rincón más distante de la ciudad.

La circunstancia lucía propicia para improvisar una fiesta colectiva, debían haber pensado casi todos los josefinos. Corría el rumor de que el Presidente decretaría asueto para el día siguiente, a fin de participar del general regocijo. Pero para Ariana la oportuna nueva tenía un significado muy distinto: ¡era la anhelada oportunidad, la coartada perfecta! Y mientras a su alrededor iba floreciendo por las calles aledañas una versión enana y pálida de las apoteosis que brotasen horas antes en ciudades como Nueva York, Londres, París, Roma o Lisboa, la jovencita se escabulló a través del burbujeante gentío y, aprovechando la alegre confusión, emprendió discretamente la prolongada caminata hacia el norte.

Aunque estaba acostumbrada a hacer con ligereza largos trayectos a pie, el de esta peculiar tarde resultó exasperantemente lento a causa de los tumultos. Ya había oscurecido cuando alcanzó el Parque Morazán después de subir la blanda loma; pero en vez de continuar hacia su hogar, que no distaba más que dos cuadras, se desvió hacia la derecha en busca del Edificio Metálico, donde había cursado la enseñanza primaria y donde continuaba impartiendo sus lecciones la recordada educadora. Ahora bien, con la llegada de la noche se había ido disipando rápidamente el raudo optimismo que la había empujado a través de toda la capital. “*¿Y ahora cómo la voy a encontrar, a oscuras y en medio de tanto molote?*”... Sus ojos, como dos faros de diamante, persistían en pasearse atropelladamente sobre todas las siluetas que alcanzaba a ver, inspeccionándolas con minucioso apuro. ¡Nada!

—¡Ariana! —oyó de pronto que la llamaban del otro lado de la calle; y al momento sus pupilas tropezaron con la inimitable fisonomía que buscaba: la de una mujer menudita y bien vestida, de unos treinta años, cuya amplísima frente empequeñecía los otros rasgos de su rostro moreno, salvo los ojos apasionados que fulguraban como dos monedas de cobre puestas bajo el sol.

—¡Maestra! —no intentó siquiera la muchacha reprimir el gozo con el que le salió la exclamación. Aferrando con fuerza sus útiles echó de inmediato a correr, abriéndose camino entre el gentío para luego atravesar precipitadamente la calle: una maniobra que, por imprudente y súbita, obligó al conductor de un tosco carruaje a frenar con brusquedad el trote de sus caballos para no atropellarla.

La docente se había detenido desde el mismo instante de oírla, y

prestando oídos sordos a las profusas injurias que le obsequiase el furibundo cochero, celebró su llegada a salvo hasta la acera con una mueca de fingida severidad y un ligero pero visible menear de su cabeza, cuya negra y revoltosa cabellera se mantenía bien recogida en un paciente peinado.

—Así no fue como te enseñé a cruzar las calles, ¿verdad que no? —le espetó a modo de saludo, antes de avanzar hacia ella para darle un intenso abrazo—. ¡Hay que fijarse, muchacha de Dios, hay que fijarse, y más cuando ya es de noche! Te pasa algo a vos, ¿y qué voy yo a decirles después a tus tíos? ¿O qué historia tendría yo que inventarles a mis alumnos, para que escarmienten?

Y aclarándose un poco la garganta, deleitó a la jovencita declamando en tono jocoso:

—¿Te imaginás, por ejemplo, qué cuento más triste?

“Había una vez, en el reino de San José, una señorita de origen humilde, pero tan refinada y distinguida que parecía una princesa. Era alta y hermosa, con unos preciosos ojos azules, una boquita rosada como una flor, y una piel tan delicada que parecía de porcelana. Y usaba siempre unos vestidos tan lindos que hacían sonrojar a las nubes, y unos sombreros que todo el mundo tenía que verlos. Además era inteligente, calladita y de buen corazón, y su maestra la quería mucho. Se llamaba Ariana Cortés... ¡qué lindo nombre! Pero una tarde de tantas se nos terminó prematuramente el cuento de esta princesita, porque la pobre quedó entre las patas de unos caballos por la mala costumbre que tenía de andar tirándoseles a los coches como cuando estaba en segundo grado”...

—¡Siempre usted con esa capacidad para improvisar historias! —exclamó a su vez la colegiala, quizás un poco sonrojada de verse convertida en personaje del tino narrativo de su antigua maestra, aunque con innegable regocijo—. ¡Ya se lo he dicho otras veces! ¿En serio no ha pensado en escribir cuentos para niños?

La mujer se quedó como pensativa, mirando fijamente a su exalumna y esbozando gradualmente otra sonrisa entre sus labios breves.

—Bueno, Ariana... ahora que lo decís, ya es hora de considerarlo— replicó por fin, encogiéndose de hombros—. Para ser te honesta, desde hace un tiempito que ando con esa inquietud, y tal vez ya es tiempo de poner manos a la obra. Aunque a la larga debería emplear un lenguaje más popular, y no el estilillo medio afrancesado de la novelita sentimental que publiqué hace poco.

Después de intercambiar corteses preguntas sobre el bienestar de sus

respectivas familias, la impaciencia retomó prontamente el control de los labios de la muchacha.

—¿Anda muy apurada, maestra? —la observadora dama advirtió que en el semblante de Ariana, a pesar de la exterior serenidad que se empeñaba en mantener, se iba extendiendo como inundación una mortecina angustia—. Es que... necesito hablar con usted... o más precisamente, pedirle consejo.

—Mm... ¡no me digás que se trata de un muchacho! —la malicia que brilló por un momento en los ojos redondeados y pardos de la maestra María Isabel no encontró un reflejo tan claro en la sombría mirada de su cariacontecida discípula—. Porque si es mal de amores lo que tenés, dudo mucho que una solterona desubicada como yo te pueda servir de algo.

—Pues... no... bueno, más o menos—suspiró la colegiala, comprimiendo la preocupación entre sus labios—. No es tan sencillo, es mucho más delicado... y la verdad no sé bien ni cómo explicárselo...

—Si querés vamos un segundito a mi casa, que ya yo iba para allá, y me vas contando mientras nos comemos un *gallito*. De por sí este alboroto va para largo, así que nadie va a dormir.

—Mm... gracias, pero preferiría que nos sentáramos por aquí mismo, en el parque—de los labios de Ariana flotaban apenas tonos titubeantes que a menudo se entremezclaban con el bullicio circundante—. Es que... lo que le tengo que consultar es bien grueso... y a lo mejor, es menos compromiso para usted estar conmigo en medio de un gentío, y no que me vean a mí entrando a su casa...

La suspicaz educadora dejó al instante de sonreír, y sus facciones tomaron enseguida la resuelta gravedad de quien intuye una latente amenaza.

—Entiendo—asintió suavemente con la cabeza al cabo de un largo silencio. Y bajando mucho la voz, agregó—: Vamos, entonces. Pero eso sí, tenés que hablar con mucho cuidado, porque en estos lares hasta los árboles pueden tener orejas. ¡Y bien largas, como las de Tío Conejo^[17]! ¿Te acordás...?

Las dos se adentraron unos pasos en el Parque Morazán y escogieron para tomar asiento un poyo alrededor del cual no había muchos arbustos, a poca distancia del kiosco en torno al cual se iba aglomerando gente, lanzando continuamente hurras y vivas a las naciones aliadas, como a la espera de un improvisado concierto. Y allí, con cierta hesitación al principio, y salpicado continuamente de frases inconclusas y miradas furtivas en busca de imaginados espías, se fue desenrollando en toda su tenebrosa plenitud el relato de Ariana.

Nada hubo que quedase escondido: ni siquiera la atrevida carta que había recibido, ni mucho menos el borrador de su posible respuesta que llevaba oculto entre las páginas del libro que simulaba devolverle. A ese mismo ritmo se fueron transfigurando simultáneamente las facciones de la maestra María Isabel, quien no conseguía ya mantener la digna máscara de rutina y cuyas manos, luego de hojear en rápida sucesión las dos cartas, acudieron espontáneamente a cubrirle la boca en franco asombro.

—¡Jesús, Ariana... esto sí que es un *tortón*! —musitó al fin, sin encontrar todavía la salida del laberinto de su estupefacción—. ¡Ah... cómo me gustaría poder decirte que mi mejor consejo sería no tener absolutamente nada que ver con esa gente...!

—A mí también me hubiera gustado poder evitarlo—replicó ella, cabizbaja—. Pero eso nunca dependió de mí.

—Ya que lo mencionás—retomó María Isabel después de unos segundos pensativos—creo que tenés toda la razón. En algún momento tenía que pasar. Simplemente era cuestión de tiempo.

—¿Por qué está tan segura?

—Por dos razones, Ariana. Primero, por el hecho de que tus tíos y tus primos hayan tenido desde hace años tanta amistad con la familia de esos *innombrables*... Quiero decir, tarde o temprano iba a darse alguna circunstancia para que ellos y vos se llegaran a encontrar. Viviendo en casa de los Cantillano no tenías escapatoria. Y eso me lleva a la segunda razón... que sos vos misma.

—¿Yo misma?

—Sí. Porque ya hace mucho que dejaste de ser esa chiquilla temblorosa que conocí, la que se moría del miedo al entrar al aula y que apenas se atrevía a hablar. Ya creciste, te convertiste en la princesa del cuento, y tenés de todo y más para trastornarle el seso a un donjuán de la categoría de ese sinvergüenza. ¡Una muchacha linda, elegante, inteligente, culta, y encima bien jovencita! ¿Cómo se te ocurrió que ibas a pasar inadvertida para un coleccionista de doncellas como él?

—Mm... no sé si eso tiene alguna importancia ahora—los ojos de la muchacha se mantenían en vuelo rasante, indudablemente abrumados por la calidad de elogios que sobre sus florecientes atractivos vertía la educadora—. De cualquier manera yo ya estoy metida hasta el cuello en este enredo... Y honestamente no le veo ninguna salida, más que corresponder a lo que pide el Gen... el señor ese... pero es que me da pavor que...

—¿Quién, *Mano Lagarto*? —la interrumpió María Isabel con un guiño—. ¿El pariente de *Mano León*, el rey de esta selva?

Duró desconcertada un instante, pero muy pronto terminó Ariana por atrapar en el aire la astuta sugerencia tácita de su maestra de escuela: una atinadísima clave para referirse a los hermanos Tinoco y despistar de pasada a cualquier esbirro que pudiese estarles atento.

—Sí... ese mismo—respondió, dándole a entender con una sonrisa pícaro y fugaz que había comprendido—. Pero... ¡lo que pasa es que me da mucho miedo *Mano Lagarto*...!

—Mm... ¿y qué es exactamente lo que te da miedo de él? —en labios de la mujer este interrogante tomó una forma casi psicoanalítica—. Porque, por lo que contás y lo que acabo de leer, me da la impresión de que lo menos que quiere inspirarte es temor...

—Bueno, obviamente me asusta lo que él pueda hacer... no solo lo que pueda pasar conmigo, sino que también puede afectar a personas que para mí son importantes... —el tono de Ariana se fue tornando más y más vacilante—. Pero... lo que en realidad me da terror es... ¿cómo decirlo...? No ser yo lo suficientemente fuerte para resistirme a... usted sabe... al hecho de que es un hombre muy guapo, con mucha experiencia en esas cuestiones, y caballeroso como no hay dos... ¡Y hay que verlo cuando anda jineteando con el uniforme puesto...!

—Sí, esa fama la tiene, no se le puede negar—suspiró María Isabel, simulándose alegre para saludar a distancia a un par de conocidos—. Pero dejemos de andarnos por las ramas: son justamente esas cualidades, y su anuencia a utilizarlas, las que lo hacen tan peligroso. De modo que, si de veras vas a exponerte a ese riesgo tan fregado, necesitas tener siempre presente porqué lo estás haciendo. Entonces decime, Ari... ¿cuál va a ser exactamente tu objetivo?

—Arreglar de alguna manera el problema que yo misma provoqué. Lograr que a ese otro pobre lo saquen libre cuanto antes.

—¿Y por eso fue que decidiste hablar con *Mano Lagarto*, a pesar de que estabas convencida de que él mismo fue el que mandó a llevárselo?

—Sí... porque fue la única posibilidad que se me ocurrió para remediarlo. Y apenas al otro día me mandó esa carta.

—Ya veo—la maestra suspiró, paseando sus dedos por las esquinas de las páginas—. Quiere decir que no tuvo ningún problema en encontrar tu punto débil.

—¿Cómo? —exclamó estupefacta Ariana.

Tomaba ya María Isabel impulso para responder, pero la detuvo con brusquedad el ahogado bramido de un cañonazo, que proveniente del oeste— desde el sector donde se ubicaban el Cuartel de la Artillería y el Ministerio de Guerra—hizo cimbrar tejados y ventanas, y fue recibido por la muchedumbre con una clamorosa ovación. A dicho estampido siguieron otros en rápida sucesión, cada uno de los cuales renovó las oleadas de vivas y aplausos; y pronto la ciudad entera vio aparecer también las bengalas flotantes que la bañaban fugazmente en pálida y colorida luz. El estrépito sin duda dio tiempo a la mujer a pulir mentalmente la reflexión que se disponía a plantear a su joven discípula.

—Tanta preocupación tuya por ese prisionero—razonó, bajando aún más la voz—lo que hizo fue confirmarle a él que había dado en el blanco. Porque si ese pobre señor, o más bien su hijo, no hubieran sido personas importantes para vos, *Mano Lagarto* no habría logrado tu atención. Y eso significa que él no va a soltarlo así no más. No mientras no haya obtenido lo que quiere de vos.

La colegiala bajó su rostro y se santiguó.

—Pero yo... ¡yo no puedo hacer eso! —las palabras se le escaparon casi imperceptibles—. Un señor casado, con familia... ¡Uy, no... no quiero ni pensarlo! ¿Qué diría mi mamá si le fueran con el chisme? ¿Y mis tíos? ¿O qué cara tendría yo después para atreverme siquiera a mirar a Ernesto...?

—¡Shh! ¡Los nombres, Ari, cuidado con los nombres! —se apresuró a cortarla la educadora—. ¿O querés que medio San José oiga tus lamentos y sepa de qué se trata?

—No... ¡él no entendería! —siguió doliéndose ella, sin hacer mucho caso de la observación—. ¡Se sentiría insultado...! Y aunque yo hiciera esto por ayudar a su padre... ¡de todas maneras terminaría siendo para él una cualquiera, una mujer despreciable! ¡Voy a perderlo para siempre, y todo por un maldito baile...! ¡Ah! ¿Por qué tuve yo que ser tan necia esa noche...?

—¡Ariana, basta! —tronó intempestivamente María Isabel, tirando de su brazo—. ¡Estas no son horas de ponerse ingenua y sentimental! Al contrario, necesitás calmarte, tener un poquito de sangre fría y comenzar a entender cuál es tu verdadera situación. *Mano Lagarto* quiere algo de vos, es verdad... ¡pero darle gusto a estas alturas sería la peor idiotez que podrías hacer en toda tu vida!

La colegiala, bruscamente extraída de su burbuja de ofuscación, se

quedó perpleja contemplando el ceño fruncido y las intensas pupilas oscuras de su mentora.

—Analízalo por un momento—no la hizo inmutarse la pálida confusión de la jovencita—. Vos tenés algo que él desea. ¿Vas a dárselo tan fácilmente?

—¡Tengo que hacerlo, o sino...!

—No, Ariana. ¡Todo lo contrario! —las manos de María Isabel se asieron de los hombros de la aludida, como si quisiesen empujar hasta su corazón la idea—. ¡Vos valés demasiado para regalarte de esa manera! Perderías tu honor, tu futuro, al muchacho que querés de verdad, andarías en boca de medio país... ¿y todo a cambio de qué?

—De la libertad de su papá.

—O tal vez ni eso. Porque cuando ya le hayas dado a *Mano Lagarto* lo que anda buscando, ¿qué le importa a él dejarlo preso o hasta mandarlo a fusilar? No, Ari... Al lagarto o al león no vas a ganarles por fuerza ni por rapidez. ¡Solo podés ganarles por inteligencia!

—Pero entonces, maestra, ¿qué tengo que hacer?

—Cuando vas al mercado—volvió María Isabel a sonreír, esta vez con un brochazo de astucia entre sus labios—regateas el precio antes de pagar y no después, ¿cierto? Pues eso mismo tenés que hacer ahora: regatearle a *Mano Lagarto*. Ser más inteligente que él. Y golpearlo en su punto débil, como él hizo con vos. ¿Se está creyendo que te va a conquistar sin problema? ¡Tanto mejor, porque con eso nos lo traemos abajo! Necesitás sonreírle, aceptarle las galanterías, darle esperanzas... ¡pero de ninguna manera aflojarle nada, porque a ese tipo de animales solo los atrapan cuando están con hambre!

Y ahí pueden pasar dos cosas—continuó ella, al ver que Ariana le prestaba una atención casi hipnótica—. O se aburre y desiste del asunto, o le entra el orgullo de macho y por no dar el brazo a torcer te empieza a tratar como una reina y a prometerte el oro y el moro. Y en ambos casos tenés las de ganar. Porque si te dejara en paz, vos no sacrificaste nada, y a él de nada le sirve ya retener preso al papá de tu amiguito... y si en cambio insistiera en enamorarte... algo más podés regatearle. Lo que importa es que él siempre piense que está a punto de conquistarte... pero con cuidado, para que ni se le ocurra pensar que vos te estés pasando de lista. Y sobre todo, Ari... mantener a salvo tu dignidad, porque ahí podrás levantar la cabeza frente a tu amigo y frente a quien sea... ¿Me entendés ahora?

De la zozobra emocional que la embargaba apenas unos minutos antes, no quedaba ya rastro en el semblante de la colegiala. Había ahora, en cambio,

un cierto brillo en sus azuladas pupilas que indicaba una renovada determinación.

—Bueno... ¿y qué hago con la carta que ya escribí? ¿La mando de una vez, o...?

—Cuando la leí (y de paso te felicito por tu estupendo francés), me pareció tan apropiada que por un momento creí que ya vos misma estabas intentando hacer eso mismo que te acabo de aconsejar. Solo habría un par de frases que tendrías que redactar diferente, de una forma tal vez más ambigua y medio romántica, que el idioma se presta muy bien para eso. Y sí, me parece formidable que, mientras te sea posible, mantengás la comunicación con *Mano Lagarto* por escrito, que ahí te puedo yo meter el hombro si lo necesitaras. Porque más adelante, cuando venga la etapa de tratarlo cara a cara y en privado, ahí sí es cierto que no vas a tener quién te sople, así que ni modo, te toca estar bien afilada.

—Entonces dígame qué corregirle, y mañana mismo la pongo en el buzón...

—¡No, en el buzón no! Es muy peligroso. Cualquier esbirro puede interceptar la carta, porque *Mano León* dio orden de censurar la correspondencia y los telegramas mientras durara la guerra... Y sí, yo sé que supuestamente la guerra acaba de terminar, y también sé que no hay muchos esbirros que sepan leer el francés... pero es preferible que no te arriesgues con el correo. Y menos con el teléfono, porque las operadoras son bien chismosas. Lo mejor sería que, como mañana va a ser feriado, pasés vos misma el miércoles a dejarle el sobrecito a la oficina, a una hora que él no esté. La ventaja con los militares es que son muy cuadrados con sus horarios, así que simplemente llegás y se lo dejás con el secretario. Él bien debe saber la tusa con que se rasca, y no creo que ande husmeando en las cartas que le mandan a su jefe, menos si vienen de una señora o señorita.

El festín en los alrededores del Parque Morazán no tenía trazos de declinar; y Ariana estimó prudente marcharse antes de que fuera más tarde. Luego de darle un ceremonioso abrazo, María Isabel se sacó del bolso un libro, pequeño y más bien delgado, e hizo ademán de entregárselo.

—Tomá, Ari—le dijo, lanzándole con su sonrisa ladeada un taimado acertijo que la jovencita descifró en el acto—. Llévate este y me lo devolvés cuando te parezca apropiado. Y cuando lo necesites, ya sabés dónde encontrarme.

2

El armisticio

Volver a la rutina. Quizás el pasaje más difícil del pedregoso trayecto que han de recorrer aquellos que han enfrentado una imprevista adversidad, un duelo profundo, o una combinación de ambas, de las cuales ansían escapar aunque sus mentes y almas se empeñen en retener el dolor. Pero, ¿cuánto más arduo puede ser este trance para quien recibe en plena juventud uno de estos atropellos del Destino, capaces de empujar despiadadamente ilusiones, fortuna, sueños y felicidad, al frustrante barranco de lo anodino y lo fútil?

Al llegar ese lunes alcanzaba su clímax esta horrenda pugna en el corazón de Ernesto. ¿Cómo podría él concentrarse en las lecciones de Derecho o en los papeleos del bufete donde se forjaba ya como pasante de abogado, mientras sin tregua le atosigaba la mente el continuo recordatorio de que su padre contaba ya once días en la tenebrosa Penitenciaría Central, luego del terrible amanecer que lo condujese inicialmente a la Segunda Sección de Policía frente a la plazoleta de La Merced? ¿Y de qué manera podría él, que no entendía gran cosa sobre trabajos en cuero y menos aún sobre administración de negocios, mantener funcionando en ausencia de su padre la exitosa talabartería de su propiedad, de la cual dependía el sustento de su hogar y que él se había atrevido a abrir desde temprano ese día?

La vida “normal” de Ernesto había de interrumpirse de todas maneras esa misma tarde, al correr la noticia de la capitulación de los alemanes y la aparente caída del Káiser, seguidas por el vespertino decreto presidencial declarando feriado el martes. Naturalmente, su estado de ánimo no le permitió acoger el histórico acontecimiento con otra cosa que una aturdida indiferencia. Pero, habiéndose enterado de que se pretendía organizar un agasajo callejero a las representaciones diplomáticas de los países vencedores, juzgó el muchacho que era mejor pasar de esa manera el día libre que quedarse en la casa a torturarse a sí mismo en el cepo de su rabia.

Al emprender su caminata, tocado con una boina y después de desayunar con su madre, quizás imaginase el atribulado joven que toda la bulla se reduciría apenas a una iniciativa espontánea por parte de algunos ciudadanos entusiastas. Pero a medida que se iba aproximando al opulento Barrio Otoyá, donde se agrupaban la mayor parte de las sedes diplomáticas,

fueron desmintiéndolo los grupos que se iba encontrando, todos los cuales daban la apariencia de convergir alegremente en una misma dirección. Y apenas una cuadra más adelante, se vio Ernesto en medio de una multitud bastante nutrida, en la que abundaban jóvenes y señoritas de aires distinguidos, que se saludaban unos a otros con inusual efusividad; y donde resaltaban también los conspicuos uniformes y los brillantes instrumentos de la Banda Militar, que marchaba para deleitar a aquella concurrencia frente al Consulado de Francia.

Y fue también entonces que, sin haberlo calculado siquiera, al son de *La Marsellesa* tropezaron sus ojos con *ella*, a quien no había vuelto a ver desde la amarga noche de jueves en que habían conversado furtivamente en su dormitorio. Lucía hoy un sencillo sombrero blanco y un suave vestido azul, y sólo la acompañaban su prima María Consuelo y otra muchacha a la que no conocía. Y derramaba a su alrededor, con la naturalidad con que emite su aroma una rosa, esa natural y acogedora elegancia que parecía residir en sus grandes ojos y en la simétrica delicadeza de sus facciones, y que aun desde el atuendo más informal la hacía brillar con luz propia por encima de la anónima muchedumbre.

Al distinguirla se le agitó a Ernesto el corazón, como si intentase formar un puente colgante entre la alegría y el despecho. ¡Ariana...! Acudieron a su mente, como disonantes gemelos, el sólido afecto de una amistad arraigada casi desde la infancia, y un cierto resquemor por no habersele ella vuelto a acercar desde aquella charla secreta, cuando más necesitado estaba él de un apoyo genuino y sincero como el suyo. Pero ese diminuto rescoldo se apagó enseguida, arrasado por el soplo poderoso de las pupilas azules de la muchacha, en las cuales resplandecía su benignidad casi incontrolable. Y al corresponder ella a su distante saludo con una tranquilizadora sonrisa, el joven se caló de nuevo la boina y se le acercó resueltamente por en medio del gentío.

Al llegar a su lado, sin embargo, titubeó un poco y quiso simplemente tenderle la mano. Pero sin darle tiempo de abordarla, y posiblemente aprovechando la distracción de su prima, Ariana se le anticipó con esa arrolladora frescura que rara vez afloraba a través de su aire retraído, para envolverlo intempestivamente entre sus ágiles brazos.

Ese súbito abrazo encendió en Ernesto una inesperada oleada de ternura que se extendió como una marejada por todos los rincones de su cuerpo. La sensación de la esbeltez de ella apoyándose cálidamente en su

pecho, el aroma de su cabellera castaña y peinada de lado bajo su sombrero, y aun el ruido tibio de su respiración... ¡todo se convirtió para sus músculos en la orden terminante de olvidar los recelos y estrecharla fuertemente contra sí mismo!

—¿Ya ve, Ernesto? —exclamó ella, simulando una repentina y juguetona circunspección luego de aquel prolongado y efusivo saludo—. Usted, que en son de burla decía que el Káiser preferiría rendirse en una semana antes que enfrentar las soberbias operaciones de nuestro magnífico Ejército... ¡y ahí lo tiene, entregando las armas y hasta renunciando al trono...!

—Tal vez ahora puedan dar de baja a los excelentes oficiales que hubo que “reclutar” de última hora—replicó a su vez el muchacho, aún agitado, pero pincelando de ironía sus labios.

La multitud comenzaba mientras tanto a moverse con despreocupada lentitud, y de boca en boca trascendió que se dirigirían ahora con su serenata hacia la Legación de los Estados Unidos, que no estaba lejos. En los ojos de Ernesto relampagueó entonces una chispa vengativa, la misma que con toda seguridad se agitaba en los entresijos de muchos otros de los asistentes. ¿Acaso no era público y notorio el marcado desprecio del intervencionista presidente norteamericano Wilson por los regímenes golpistas como el de los Tinoco? ¿Y no habían resultado fútiles todos los serviles esfuerzos de ambos hermanos para conseguir el reconocimiento de Washington, incluyendo desde la intercesión de la poderosa *United Fruit Company* hasta aquella ridícula declaratoria de guerra a los alemanes? Aquello podría salirse de control con mucha facilidad y tornarse en un funesto incidente diplomático, temor que podía ser la razón de que los músicos, vacilantes, se resistiesen a dejarse conducir por la correntada humana y comenzasen en cambio a guardar sus instrumentos.

Tampoco para Ariana iban a pasar inadvertidos los síntomas que anunciaban una posible tormenta. Algo había cambiado en el vocerío confuso que llegaba continuamente a sus agudos oídos; en vez del inicial tono festivo, creía detectar un vestigio de rabia contenida que, sin embargo, daba muestras de acechar una oportunidad para explotar.

—Me siento un poco acalorada, creo que es hora de irnos—le dijo de pronto a su prima, quien absorta en su charla con la otra acompañante no estaba prestándole mucha atención. Y volviéndose hacia Ernesto con un dejo de inquietud, agregó en voz apenas audible—: Ahora que van a serenatar a los gringos, esto puede ponerse feo... así que es mejor que también vos te

vayás para la casa...

—¿Ahora? —la repentina determinación de la jovencita pareció desentonar con el ímpetu del muchacho, que inútilmente procuraba disimular ante ella—. ¿Y qué voy a hacer allá?

—En serio, Ernesto... Capaz que por desgracia se arma algún bochinche, y vos ahí metido en el tumulto... ¿Para qué te vas a arriesgar? Pensá en tu papá... a él se le puede empeorar todo si resultara que vos salís involucrándote en un desorden... ¿y quién iría a ver por tu mamá?

Al marcharse Ariana—luego de un adiós mucho más precipitado y bastante menos efusivo que su inicial saludo—dejó a Ernesto en un afilado dilema. Desde luego, las razones que le ofrecía su sensata amiga para llamarlo a la cordura eran ciertas, casi irrefutables... pero, ¿qué efecto podían tener frente a la poderosa sensación de que no estaba solo, y que a su alrededor se respiraba en la atmósfera un sordo deseo de desahogar agravios contra la insoportable prepotencia de los hermanos Tinoco? Y si la gente llegase a percibir alguna señal de apoyo, por minúscula que fuese, de parte de los diplomáticos yanquis, ¿cuál freno podía ponerse a temperamentos tan ardorosos como el suyo, por añadidura empujado por el anhelo de cobrarse lo que consideraba una terrible afrenta?

Entre reflexiones tan contradictorias, el joven echó a andar, lenta y casi mecánicamente, en la dirección que iba el resto de la concurrencia; pero, mellada su determinación por las advertencias de Ariana, optó por hacer las del apóstol Pedro, que seguía a Jesucristo de lejos cuando lo prendieron^[18]. Llegó a la esquina de la Legación en el preciso momento en que rompían los aplausos para la dedicatoria pronunciada por el licenciado Zelaya, y alcanzó a ver a Mr. Johnson, el encargado de negocios de los Estados Unidos, asomándose al balcón para agradecerlas ovaciones con gestos corteses y casi fríos.

Pero casi enseguida escuchó Ernesto con asombro cómo el diplomático extranjero se dejaba ir con un discurso que, aunque breve, pulsaba con hábil atrevimiento las peligrosas cuerdas de la rebeldía. Y al prometer, en nombre de su Gobierno, que el “*kaiserismo*” también sería expulsado de América, alguien entre la multitud prorrumpió en un sonoro “*¡Mueran los Tinoco!*”

Proferido aquel grito quedó la escena como congelada durante un inacabable segundo, mientras el auditorio intentaba salir de su perplejidad; mas vino a despertarlo desde otro punto una segunda voz masculina, igualmente desgajada y anónima: “*¡Mueran los asesinos de Fernández*

Güell!... Y casi enseguida, como una explosión volcánica, se levantó de entre el gentío una rotunda oleada de coléricos mueras al Presidente y a su Ministro de Guerra, cada uno pronunciado con un gramo más de furia.

“*Ari tenía razón... ¡esto se va a poner espeso!*”, pensó Ernesto, cobrando ánimo e irguiendo su cabeza. Pero entonces comenzó a advertir cierto movimiento en las calles aledañas, y comprendió con rabia y horror que, seguramente atraídas por el escándalo, asomaban aquí y allá las temidas crucetas y las ominosas siluetas uniformadas de la policía y el Ejército. ¡La represión era inminente!

Con los pronósticos de Ariana agujoneándole la conciencia, el muchacho se revolvió en la indecisión. Hasta el momento no había ocurrido ningún disturbio real, salvo ese vocerío turbulento; pero los ánimos ya estaban caldeados, y detonarían a la menor provocación. “*Será mejor que me vaya... ahora no es momento para ser estúpido*”, por esta vez no le quedó más remedio que deponer el ardor de sus pasiones y enfriarlas con el hielo de la razón. “*Pero ya me llegará la hora*”, iba jurándose a sí mismo mientras emprendía una discreta retirada por la misma calle que se había acercado, “*¡porque tarde o temprano ese par de tiranos las van a pagar todas juntas!*”

A la mañana siguiente fue otra vez el joven a abrir la talabartería de su padre, preguntándose todavía en qué habría parado la manifestación de la víspera. Pero al enterarse por sus dos empleados de que se había disuelto con relativa tranquilidad y sin grandes incidentes, experimentó una peculiar mezcla entre decepción y alivio. Ciertamente no le hacía mucha gracia que un extranjero demostrase más valor para denunciar a la tiranía que los propios costarricenses para desembarazarse de ella; pero tampoco le agradaba la idea de que la anhelada revuelta fuese a estallar sin que él estuviese presente.

Poco después, sin embargo, llegó al establecimiento un viejo y conocido cliente, con la historia de que el presidente Tinoco estaba irritadísimo por las alusiones del diplomático estadounidense, y que pensaba asistir esa noche a la sesión del Congreso para respondérselas.

—Pues a ese tal *machito* hay que aplaudirle los pantalones que tiene— se arriesgó a comentar Ernesto, sin estar muy seguro de la filiación política del recién llegado—porque por mucho menos que eso a más de uno le han dado palo, y hasta plomo.

—Díay, por ahí anda el runrún de que eso mismo es lo que andan diciendo algunos atarantados, que quieren reunirse ahora más tarde enfrente de donde los *machitos*, dizque para darle las gracias—repuso el visitante entre el

humo de su cigarrillo, haciéndose el desentendido—. Pero eso sí, que conste que yo no estoy planeando ir y tampoco los estoy invitando. Nada más me limito a repetir algo que me pareció oír en el tranvía.

Curiosamente la *Talabartería de los Condes* cerró muy temprano sus puertas ese día. Y poco más tarde, con la boina y el abrigo escondiéndole a medias el rostro, se encaminó Ernesto hacia el sitio indicado, donde encontró nuevamente congregado a un profuso grupo de manifestantes: primordialmente varones jóvenes en cuyas pupilas parecían brillar los mismos ímpetus que a él lo habían arrastrado hasta allí. Si aquel Mr. Johnson había poseído la osadía de lanzar tan abiertas invectivas contra el dictador, ¿por qué debían irle a la zaga los costarricenses, que eran quienes a diario padecían el yugo?

Empezaban apenas las aclamaciones al encargado de negocios, quien todavía no se asomaba siquiera al balcón del edificio, cuando hacia el sur apareció en la esquina un automóvil lleno de oficiales, seguido de numeroso pelotón policial, que al trote avanzó hacia la muchachada exhibiendo las amenazantes crucetas y los crepitantes látigos. Y uno de ellos, de oscuro y encerado bigote, tocado con un orgulloso quepis e hinchando mucho el pecho, tomó la delantera a lomos de un caballo blanco y se detuvo luego a media cuadra, exclamando:

—¡Me van despejando la calle ahora mismo, o la despejamos nosotros!

Semejante orden, por más que hubiese sido impartida en tono autoritario, no tenía la menor esperanza de ser obedecida. Por el contrario, los jóvenes la saludaron primero con una mayúscula rechifla, y luego con una desafiante marejada de injurias y mueras al Presidente, al Ministro de Guerra y a sus esbirros. El comandante, visiblemente enojado, desenfundó entonces su brillante cruceta y la esgrimió apuntando a los manifestantes, y a esta señal sus hombres picaron las espuelas y al galope se lanzaron a una contra ellos.

¡Ira y pánico! Mientras muchos echaban a correr o se arrojaban a los caños para esquivar a la caballería, Ernesto y los otros recogían precipitadamente piedras de la calle y las arrojaban a todo brazo contra ella. A pedradas lograron desmontar a dos o tres jinetes, mas fueron rápidamente desbordados por la cerrada formación, y muy pronto sus brazos, espaldas y cabezas comenzaron a sentir los quemantes impactos de los feroces látigos policiales. Uno de estos alcanzó a Ernesto en pleno rostro, haciéndolo trastabillar y dejándole una sangrante huella en la sien derecha; pero aunque quedó momentáneamente desorientado, los incesantes chasquidos de los látigos le devolvieron enseguida el sentido. ¡Había que huir! ¡No podía

arriesgarse a un tropezón o a una herida que le significase caer prisionero!

Alcanzó a ver, caídos y arrinconados en las gradas, a tres o cuatro muchachos sobre los que llovieron desde las monturas incontables latigazos, y escuchó casi al mismo tiempo la voz iracunda del diplomático estadounidense que, asomado por fin a su balcón, se hacía oír por encima del escándalo reclamándole a la policía lo salvaje de su represión. La mayoría de los muchachos empezaron a desbandarse en todas direcciones; pero al ver que los jinetes evolucionaban para cortarles la retirada, Ernesto echó también a correr desesperadamente avenida abajo, doblando luego una esquina y saltando a continuación una tapia para buscar temporal refugio en la amigable penumbra de un patio vecino. La herida de la sien le provocaba un terrible escozor, pero era infinitamente más violenta la frustración que le desgarraba el alma y le arrancaba impotentes y rabiosas lágrimas: ver y sentir cómo, una vez más, los Tinoco se salían con la suya.

3

El intruso

Como resultado del cintarazo recibido se vio Ernesto obligado a soportar esa misma noche las dolorosas curaciones hechas por su madre, y luego quedarse durante dos o tres días oculto en su casa por consejo de ella, para dar tiempo a la recuperación. La herida no era grave, pero su huella era lo bastante notoria como para atraer la curiosidad ajena. ¿Y qué explicación podría dar él acerca del origen del grosero cardenal? A no dudarlo, después de las muchas advertencias que le había hecho Ariana, no iba ella ahora a tragarse ninguna mentira suya; pero lo que más lo inquietaba era que tampoco fueran a hacerlo los detectives y esbirros del Gobierno que a estas alturas debían andar recorriendo toda la capital en busca de los agitadores de la víspera. ¡No, lo mejor era que nadie lo viera!

Habría preferido el muchacho quemar las mortecinas horas de encierro mediante la lectura, a la que era muy aficionado. Pero la biblioteca doméstica no poseía ya un solo libro que no hubiese leído ya, y tampoco podía salir en busca de nuevas páginas, cosa que lo exasperaba aún más. Y para remachar su rabia, la única hoja que llegó a sus manos en aquellos días era ni más ni menos que una octavilla de “advertencia”, dirigida al público en general por el mismísimo Joaquín Tinoco en su condición de Director General de Policía. Pues se permitía el militarote recordarle a la ciudadanía que las manifestaciones y reuniones estaban prohibidas, añadiendo que incluso los simples espectadores podrían resultar reprimidos si se irrespetaba tal disposición. ¡Menuda noticia!

De tal suerte que, condenado así Ernesto a rumiar su frustración deambulando por la casa “*como tigre en jaula estrecha*”^[19], según habría dicho nuestro escritor Carlos Luis Fallas, y aun cuando intentaba consolarse pensando que su situación era irrefutablemente mejor que la que debía estar padeciendo su padre, acababa suspirando por romper las cadenas del aburrimiento, y convencíase cada vez más de que solo había alguien capaz de librarlo de ellas: su linda y gentil vecina, Ariana Cortés.

¡Ah, cuánto extrañaba la suavidad de los gestos tibios con los que rompía el cascarón de su timidez! ¡O el coro de violines en que se trocaba su voz para decorar su grácil conversación y su aguda inteligencia! ¿No serían

éstos los perfectos antídotos contra la intolerable sucesión de segundos inertes? Hasta estaba medio deseoso de que ella pudiese descubrir la lastimadura que ostentaba en su sien, pues incluso el cariñoso regaño que seguramente recibiría por eso le parecía infinitamente más deseable que aquel ocioso suplicio.

Con gran contrariedad de su parte, empero, transcurrieron varios días sin que la jovencita se dejase ver. Y comenzaron así las conjeturas de Ernesto: debían hallarse ya muy próximos los exámenes finales en su colegio, y siendo ella una estudiante tan aplicada, estaría sin duda sumergida entre sus libros y cuadernos... Pero a pesar de las justificaciones que discurría, siempre acababa mordiéndolo la tóxica serpiente de la duda: ¿acaso no tenía tiempo Ariana para una visita, por corta que pudiese ser? ¿O tan siquiera para escribirle un par de líneas y hacérselas llegar? ¿O era todavía que persistía en ella la culpabilidad por el arresto de don Fernando y el temor de acarrearle más problemas?

No era el muchacho, sin embargo, de los que permanecían mucho tiempo sin tomar la iniciativa. Aprovechando que su madre había enviado a la discreta Azucena a pedir prestados unos urgentes gramos de azúcar a casa de los Cantillano, la comprometió a entregarle a Ariana un mensaje de su parte, cometido que la mujer aseguró a su regreso haber cumplido a plena satisfacción. Mas al día siguiente se presentó a su casa una de las criadas de los ricos vecinos, preguntando por doña Elena y ofreciéndole un plato de mazamorra cortesía de la tía Dolores... ¡pero sin mencionar ni por accidente a su añorada sobrina, ni mucho menos dirigirse a él!

Dolido y extrañado por este nuevo revés, y ante lo que interpretaba como persistentes síntomas de indiferencia en ella, Ernesto resolvió salir de dudas de una vez por todas. “*Ya es demasiado... ¿está tan cambiada... ya no es la misma, no la reconozco...! ¡Necesito que Ari me explique sin rodeos porqué anda como de huida conmigo!*”... Esa misma noche cruzaría la calle al abrigo de las sombras, y tocaría la ventana de la habitación de su amiga conforme a cierta clave que habían convenido desde la infancia, pero que solo utilizaba el muchacho en casos de “extrema urgencia”.

Cenó apresuradamente y se encerró en su habitación con la excusa de repasar cierto código sobre el que debía rendir examen a la semana siguiente. Pero así que se hubo asegurado que ya su madre se había retirado también a dormir, caminó de puntillas hasta la reparada puerta de la calle y la abrió con furtiva lentitud. ¡La sorpresa que estaba por llevarse!

“*Un momento... ¿Todavía se ve luz ahí adentro... o sea, que Ariana está despierta!*”, exclamó en sus adentros... justo antes de que sus ojos repararan en un hombre de grueso abrigo, sombrero hongo e invisible rostro, cuyas manos enguantadas de negro daban la impresión de sostener algo, y que se hallaba muy bien plantado a pocos pasos de esa misma ventana a la que él pensaba dirigirse.

Ernesto dio un violento respingo, sintiendo una correntada de desconcierto que le calentaba las arterias. Mas recobrando con cierto esfuerzo la frialdad, cerró la puerta con suave discreción, y luego se deslizó calladamente hasta la oscurecida vidriera de la sala de su propia casa para seguir husmeando.

Ante sus ojos, bajo la raquítica luz del alumbrado público, el sujeto se acercaba al postigo de la ventana, y esta se abría momentáneamente. Una silueta femenina, iluminada por detrás, se asomó entonces con fugacidad, y extendió hacia afuera sus manos para recibir una especie de sobre o paquete antes de cerrar la ventana con indecisa brusquedad. El desconocido, evidentemente un hombre maduro, pareció confundirse por la rápida desaparición de la señorita; pero luego de hacerle un aparente ademán de cortesía, se retiró a paso imperturbable, calle arriba, dejando como estela tan solo una pregunta que se quedó clavada con fiereza en la mente del escondido vigía: “*¿Qué significa todo esto?*”

De aquella interrogante le brotó al instante una hiedra de zozobras, cuyos brazos implacables comenzaron a ahogarlo. Sobre la identidad de la jovencita que tan súbitamente se había asomado y vuelto a ocultar, ciertamente no abrigaba duda alguna: era Ariana. ¡Inconfundible! Aunque no había alcanzado a verle la cara, le bastaba el mágico reflejo que la pálida luz proveniente del interior hacía de su incitante cabellera castaña, que le caía libremente desde el lado derecho de la cabeza. Y por otro lado su dormitorio, el más retirado de la casa y cuya ventana daba directo a la calle, había sido siempre el mismo desde su llegada bajo el techo de los Cantillano, más de seis años atrás. Pero la cuestión crucial, la que le enardecía el corazón y le exprimía el aire de los pulmones, era otra muy distinta: ¿quién era el furtivo cortejante, y cuál era exactamente su relación con Ariana? ¿Qué podía estarle entregando tan en secreto? Y más aún, ¿había algún nexo entre las aparentes muestras de desapego que estaba dándole la muchacha por ese tiempo y la aparición en su vida de este intruso?

Mucho le costó dormir esa noche, habiéndose sumado a la permanente

angustia por su padre el molesto disgusto por la escena que acababa de presenciar. “No... *jme niego a creerlo, yo la conozco bien y ella nunca ha sido así!*”... Entre las inhóspitas sábanas giró hacia uno y otro lado como una puerta sobre sus goznes, en fútil esfuerzo por conciliar el sueño. Pero allí, en el desierto nocturno, lo iluminó la certidumbre de que esclarecer el tema de Ariana debía ser mucho más sencillo que arrojar luz sobre el gratuito arresto del honrado talabartero.

Una vez más, estaba equivocado. Se levantó muy temprano a la mañana siguiente y atisbó la salida de su vecina hacia el colegio. Y en cuanto la vio trasponer el portoncillo y llegar a la acera, abrió también la puerta y de lado a lado de la calle le dio los buenos días.

—Buenos días, Ernesto—respondió ella, con el gesto inconscientemente refrescante que la hacía tan encantadora, pero sin detener su marcha. El muchacho cruzó entonces al trote la despejada calle para unírsele, pero no pudo dejar de notar cierta aprensión en los expresivos ojos de ella al verlo acercarse tan decididamente y tenderle la mano.

—¿Vas para el colegio, Ari? —la interrogante resultaba de mera fórmula, pues su uniforme dejaba a las claras que no era otro su destino—. Yo tengo que pasar abriendo el negocio de papá y luego ir a la Segunda Sección de Policía a preguntar si saben algo de él... entonces espero que no tengas inconveniente en que te acompañe un rato...

—Mm... gracias, pero... mejor no—cuando las palabras de la colegiala por fin encontraron la salida, se asomaron sin mucha convicción. El joven había llegado entretanto a su lado, y estaban por alcanzar la esquina donde se erguía, con expresión arrogante, bigote poblado y ambas manos a la espalda, un oficial de policía.

—¿Por qué no? Me tenés confundido, Ari... ¿Te molesta que yo esté cerca...? —no consiguió Ernesto, pese a su ingénita amabilidad y al afecto que le tenía a la muchacha, que sus preguntas se despojaran de cierto sabor ácido, que se acentuó al añadir, bajando mucho la voz—: ¿O a tus tíos no les gusta que tengas amistad con el hijo de un preso político...?

—No, ¡es que no quiero traerte problemas! —replicó resueltamente Ariana, sin mirarlo—. Algún día te lo voy a poder explicar... ¡pero por ahora, mejor te vas...!

Al pasar por delante del policía, este miró fijamente a la muchacha e hizo un leve movimiento de cabeza como saludándola. En el rostro de la colegiala se dibujó fugazmente un gesto amable que desapareció al instante,

pero que bastó a Ernesto para incrementar sus conjeturas. “¿Será que siente que la están vigilando? ¿O es este polizone el que la está cortejando por las noches?”

No insistió más. Pero mientras se despedía en esa misma esquina con amabilidad casi forzada y se alejaba luego a hacer sus mandados con labios contraídos y cabeza baja, iba forjándose en su corazón el firme propósito de desentrañar el misterio de la barrera invisible que se levantaba entre él y la dulce y tímida jovencita cuya importancia en su vida comenzaba por fin a reconocer. ¡Necesitaba averiguar a cualquier precio quién era ese tipo del abrigo y del sombrero hongo!

Durante varias noches consecutivas se desveló Ernesto vigilando la ventana de Ariana, parapetado en solitario detrás de las gruesas cortinas de la sala que doña Elena mantenía cerradas desde el arresto de su esposo. Inútil acecho el suyo, sin embargo, pues el hombre en cuestión no volvió a aparecerse por los alrededores. ¿Habría sido un caso aislado? ¿O ahora visitaba a plena luz del día?

A la cuarta o quinta jornada, empero, cuando comenzaba el estudiante a perder la esperanza de verlo de nuevo o menos aún de identificarlo, el oscuro sujeto resurgió de un momento a otro, casi a las diez de la noche. En medio de una espesa neblina de proporciones londinenses y de un frío penetrante que mordía la piel. Cubierto con algo entre capa y gabardina. ¿Sería el mismo? Ese andar imperturbable, erguido y casi marcial, no le dejaba mucho margen para dudar. Y si necesitaba alguna confirmación, la obtuvo en cuanto la sombra hizo un alto casi al pie del postigo dilecto y permanecía allí detenida. Instantes después la luz del cuarto de Ariana, que hasta entonces se había mantenido a oscuras, se encendía como corto preludio a la apertura de la ventana y al tímido asomarse de la muchacha.

¡Cuán larga se le hizo aquella conversación, aunque a lo sumo se prolongó apenas un par de minutos! ¡Cuánta rabia le daban el vidrio y la cortina, que parecían confabularse con la húmeda densidad de la atmósfera y la suavidad de las distantes voces, para absorber los sonidos y privarlo de oír con claridad lo que hablaban! Mas al advertir que la delicada jovencita se volteaba al fin sin mucha ceremonia, y alargaba su brazo para cerrar la ventana, Ernesto pareció volver en sí. “*Esta vez no se me va a escapar... ¡tengo que saber de una vez quién es él!*”

Entreabrió la puerta para dejar apenas un mínimo resquicio, y pudo divisar en la acera opuesta la varonil sombra que, a ritmo solemne aunque

presuroso, se internaba en la neblina y doblaba hacia la derecha. ¡Ahora o nunca! Precipitadamente se abrigó, se colocó un sombrero de su padre que había dejado listo junto a la ventana, y a grandes pasos se echó resueltamente a la calle, dispuesto a seguir al ignoto sujeto hasta el mismo Infierno si era preciso.

Alcanzada la esquina, giró rápidamente a la derecha y entre los pálidos reflejos del alumbrado público distinguió nuevamente, a unos veinticinco metros, la oscura capa que parecía guiarlo a través de la niebla como la cauda de un cometa, casi retándolo a darle alcance. Ernesto enfiló hacia él sin titubeos, pero entonces rasgó la humedad un grito desahogado:

—¡Alto ahí! ¿Quién vive?

Antes de recobrase del sobresalto se vio el joven frente a una pareja de militares armados de varas, que le cerraban el paso mientras lo encañonaban con sus pupilas nada amigables. Una fría y horrible sensación le quemó las sienes y el cuello. ¡Se le iba a escapar su presa! Su primer instinto fue forcejear, pasar en medio de ambos y retomar la pista del desconocido que se iba alejando presurosamente; pero un recio empujón lo hizo estrellarse contra la pared y acabó así con sus designios.

—¿Quién es usted? ¿Y por qué lo va siguiendo?

—¿Siguiendo a quién?

—¡No se haga el tonto, o va a terminar en la Peni esta misma noche! — volvió a espetar el que había hablado primero, un verdadero gorila que no daba muestras de la menor paciencia y zarandeaba violentamente a Ernesto sujetándolo del cuello de la camisa, terminando de botarle el sombrero—. ¡Hable claro y déjese de mentiras! ¿Qué anda haciendo usted en la calle a estas horas, y por qué anda persiguiendo al *hombre*?

Con el rabillo del ojo advirtió el atribulado muchacho el paso de otros dos uniformados por la acera del frente, llevando la misma dirección que el “hombre” a quien intentaba seguir. ¿Coincidencia? ¿O lo estaban protegiendo? No tuvo tiempo de meditarlo mucho, en medio de la letanía de preguntas con tufo a tabaco que le llovían desde la áspera boca del primer policía, y de la tosca revisión de sus bolsillos que ejecutaba el segundo. Monopolizó su mente el pavor de acabar tras las rejas sin motivo como ya lo estaba su padre, y optó por mantenerse callado y no oponer la mínima resistencia, procurando parecer lo más inofensivo posible y rogando al Cielo que aquellos dos primates no se encapricharan en detenerlo.

—No tiene armas—exclamó de pronto el segundo policía—. Ni plata.

No anda nada encima.

Se miraron los dos oficiales, y luego echaron una ojeada al final de la calle. No había ya rastro del tipo de la gabardina y el sombrero hongo, ni tampoco de la otra pareja de esbirros.

—¡Se me va de aquí, gran carajo! —vociferó entonces el gorila, amenazando con el inmenso garrote que cargaba en su mano derecha—. ¡Y agradezca que no lo mando bien calentito para su casa!

Con el gesto suplicante de un gatito indefenso, temblando de frío y sin dejar de mirar a sus agresores, Ernesto se agachó para recoger el sombrero caído y dio dos o tres pasos titubeantes alejándose de ellos, antes de acelerar el paso y lanzarse entre la húmeda neblina hacia su casa.

Allí, sentado nuevamente en el sillón de la sala, mojado y con la cara entre las manos, permaneció largas horas, encadenado por la amargura y el dolor. Reprochándose a sí mismo su indecisión y casi asqueado de la cobardía que había tenido que aparentar ante los dos polizontes. Convencido, además, de la doblez de Ariana, tan dispuesta a olvidarlo en la desgracia y a entrar subrepticamente en tratos con un desconocido. Pero, por encima de todo, enfurecido y lastimado por la terrible certeza de que, quienquiera que fuese el misterioso personaje nocturno, debía tratarse de un protegido de los Tinoco. Y, por consiguiente, de un adversario peligrosísimo.

Confesiones sin consuelo

A decir verdad, Ariana se hallaba cada vez más perturbada por su imposibilidad de revelarle a Ernesto la realidad de lo que estaba sucediendo. Hasta entonces había creído firme y casi ciegamente en la impenetrable firmeza de su amistad, y albergaba la dulce esperanza, soñada por ella desde la niñez y fortalecida por los años en que habían ido creciendo y madurando juntos, de que tal amistad pudiese transformarse en algo más íntimo y profundo. Pero ahora, bajo el fuego artero de las circunstancias, tanta estabilidad parecía no ser más que un hermoso mito, mientras veía con angustia tambalearse su relación con inesperada rapidez.

¡Ay, cuánto le dolía evitar su compañía, y aún más fingirse indiferente a sabiendas de la dura crisis que atravesaban él y los suyos! ¡Y cómo la enfermaba la idea de que, a despecho de lo bien que creían conocerse, el muchacho pudiese forjarse sobre ella la impresión equivocada, si a sus oídos llegaban habladurías malintencionadas, o si presenciase alguna escena ambigua que lo indujera a dudar de su femenina integridad! “*Ah, Señor... ¡todo esto es tan injusto...!*”, se martirizaba a sí misma cada día mientras iba o volvía del colegio, lamentando hasta la fatiga ese descuido suyo durante el baile que había sido un magneto para el caos y la zozobra.

En medio de su tempestad interna, se esmeraba todavía la colegiala en ofrecer una máscara ecuánime frente a los Cantillano. Y a medida que pasaban los días, iba convenciéndose del aparente éxito de su cometido: con excepción de María Consuelo—cuyas miradas recelosas caían sobre ella de tanto en tanto como para hacerle recordar cuán frágiles suelen ser los secretos—ninguno de sus parientes daba muestras de sospechar el apremio en que se encontraba. A fin de cuentas, siendo ella un personaje muy secundario en la mansión de sus ricos parientes, y teniendo cada quien su propio afán, ¿quién había de ocuparse de los suyos?

El tío Elías, por ejemplo, se la pasaba resolviendo las dificultades que imponía trasladar a la capital los productos de sus fecundas haciendas de Guadalupe y San Isidro, los cuales alcanzaban en el mercado precios casi inaccesibles para el público. Su esposa Lucía, con la desesperante indolencia de su temperamento, se entretenía con dirigir la preparación del portal y los

tamales para la Navidad, o con las frecuentes visitas que recibía. Rafael dedicaba sus horas diurnas a asediar a los empleados públicos para comprarles a descuento el giro que se les daba a modo de salario, y a cambiarlo luego por su valor total en el Ministerio de Hacienda, obteniendo así opíparas ganancias que luego disipaba por las noches. Y Felicia, a quien rara vez se veía ahora por la casa, decía hallarse absorta en los preparativos de su venidera boda con José María, programada para inicios del año siguiente y cuyas esquelas de participación ya estaban por circular. Por cierto que en este trajín tomaba gustosamente parte la tía Dolores, quien era además madrina de la novia, y a la que por supuesto le faltaba tiempo para visitar los mejores almacenes capitalinos y mantener bien informado a todo el vecindario acerca de las opulentas mercancías y los sagaces regates de precio que iba realizando.

Y al cabo, Ariana prefería que fuese así. Seis años en aquel hogar habían reforzado su retraining y habían esculpido en su alma la indolegable convicción de que debía arrostrar sola las tormentas internas que encontrase en el curso de su vida. ¿Acaso ganaría algo implorando ahora la comprensión de sus mundanos y escépticos parientes? *“A como están las cosas ahora”*, reflexionaba, *“en lugar de ayudarme, lo único que podría esperar yo de todos ellos es que me señalen, y con nada hasta me salen echando de la casa”*.

Sus graves preocupaciones apenas le dejaban espacio en su mente para temas más urgentes. Por ejemplo los temidos exámenes finales, último escollo de su año escolar. Era la norma que, por el carácter decisivo de aquellas pruebas académicas, se le otorgasen al alumnado algunos días libres para facilitarles la preparación. Habría querido Ariana que las cosas fuesen verdaderamente así en su hogar; pero de aquel tiempo libre sacaban mucho más provecho sus tías y primas, quienes se las componían para recargarle a ella los mandados y emplearla en los más diversos y superfluos menesteres. De modo que, a más de la fatiga cotidiana, le era necesario permanecer despierta hasta altas horas de la noche para tener tiempo de cubrir toda la materia.

A pesar del cansancio acumulado, se levantó Ariana más temprano que de costumbre el jueves en que estaba prevista la prueba de Literatura. En el comedor encontró únicamente a dos de las criadas, que preparaban el desayuno, y con su usual candidez se unió a ellas; mas apenas terminaba de chorrear el café cuando apareció a sus espaldas María Consuelo, bastante

despeinada y con el sueño todavía atenazándole los párpados, pero con esa inquietante expresión de malicia que convertía su carnosa boca en una ladeada curva.

—Te acostaste tarde anoche, ¿verdad, Ari? —la pregunta tenía su miga, dedujo la colegiala, a juzgar por el tono pícaro en que la había planteado.

—¿Por qué? ¿Se me nota mucho? —esquivando la persecución de las pupilas oscuras de su prima, acabó Ariana por refugiarse en su semblante ingenuo para salirse del aprieto.

—No, en realidad parecés bastante fresca, considerando que últimamente te ha dado por ventanear a deshoras—la traviesa daga de esta última afloró en todo su esplendor, haciendo subir instantáneamente al rostro de la menor un caleidoscopio—. Y a propósito... el tipo que se viene a plantar ahí en la acera se ve un poquito mayor para ser nuestro vecino Ernesto... ¿No tiene más bien algo que ver con el papel que te dieron la otra vez, cuando veníamos de oír a la Banda Militar...?

La jovencita se quedó como rígida, cerrados sus puños y entornados sus ojos, conteniendo su aliento y dándole la espalda a María Consuelo, que cruzada de brazos parecía una detective a la espera de una confesión. Y la confesión llegó:

—Es él.

—¿Quién... el General?

—¡Shh...! ¡Todo lo tenés que hablar durísimo!

—¿Entonces te está viniendo a ver *a vos*...? —había algo escondido que luchaba por salirse de los labios de María Consuelo—. Mm... ¡quien lo ve, al *gato manso* ese...!

Frunció su boca por un instante, miró a ambos lados como cerciorándose de que nadie más oiría, y con su voz a ras del silencio soltó por fin su granada:

—¿No ves que ese bandido también le anda echando el cuento a Felicia?

—¿A Felicia? —aunque procuró no escandalizarse ante la explosiva nueva, Ariana no logró reprimir el respingo—. ¿En serio? No... ¡no puede ser, esos son inventos tuyos...!

—¡Te juro que sí! Vos tenías que haberte fijado cómo la agarraba él cuando bailaban, el día de la pachanga que armó Rafael... ¡cuando a vos se te ocurrió doblarte el tobillo para que él no te sacara...!

—Pero... ¡también con vos bailó, María Consuelo!

—Sí, con las dos. ¡Y vieras los piropos con los que me salía, el garañón este... a mí se me estaba empezando a aflojar todo! Pero como que Felicia lo agarró más en serio... porque la vez que fuimos al Teatro Trébol, cuando él llegó al palco dizque a saludarnos, le deslizó en la mano una cartita doblada... ¡como si yo no los hubiera visto!

De pronto recordó Ariana el billete que se le escapase de las manos a su rubia prima, la frenética búsqueda que hiciese ella entre los pies del gentío para recobrarlo antes de que alguien más le echase mano... ¡las feroces e insistentes miradas que le dirigiese ante la simple conjetura de que ella pudiera haber visto algo...!

—Y de un tiempo para acá—continuaba María Consuelo, bajando aún más su voz—ella anda medio inquieta, se enoja por todo y sale mucho... ¡y hay que ver cómo trae al pobre José María! Así que yo creo que...

—Pero... ¿y la boda?

—Ah, no... por supuesto, con José María todo sigue adelante, el lance tiene que ser muy de a callado... ¡si el General también es casado! Pero... ¿por qué te asombrás tanto, Ari...? ¿De verdad te estabas creyendo que la luna es de queso y que solo con vos iba a querer, ese goloso? —en las frases de su prima había cierto dejo de sátira que no pasó inadvertido para ella—. ¡Pues seguí durmiendo de ese lado! Acordate que, como dice mi amigo Rubén, “*el General, donde pone el ojo, pone la bala*”... ¡Solteras, casadas, maduritas o jovencitas de colegio... para todas hay!

—¡Pero si tío se da cuenta... o José María...!

—Ay, Ari... ¿y en serio vos crees que los maridos, novios, hermanos y padres de todas las mujeres que se tira el General de veras no están sabiendo nada? ¡Por favor, si San José es como un pañuelo, aquí todo el mundo se conoce y todos los cuentos se saben tarde o temprano!

—¿Y entonces cómo es que nadie dice ni pío, ni mueve un dedo...?

—Ariana, ¿y quién va a querer metérsele a Joaquín Tinoco? Aquí el hombre hace y deshace, y al que le pueda dar lata, lo manda a encarcelar y listo... ¡si es que no le pasa lo del licenciado Argüello...!

La frase de su morena prima, pronunciada con un dejo de mordacidad casi risible, penetró no obstante como una espada arrojadiza en el alma límpida de Ariana, donde se tradujo en la imagen de don Fernando sacado casi a rastras de su hogar, y luego en el iracundo bronce refulgente que jaspeaba los ojos de Ernesto de camino a la Legación Americana.

—Y según los vientos que corren, Felicia va a terminar como todas las

que conocen al General... ¡casadas con otro pero amándolo a él! —remató María Consuelo, ajena por completo a las tribulaciones de la menor—. Ah... ¡pero ya quisiera yo estar en los zapatos de ella, o en los tuyos! Preferiría mil veces abrirle la ventana a esa delicia de hombre, casado y todo que sea, ¡y no tener que capearme a ese vejete *pocapena*^[20], el tal don Abundio que me anda metiendo tía Dolores con todo y sus billetes!

El globo de angustias que arrastraba a Ariana se ponchó con esa salida, que hizo reír a ambas por un instante. Mas luego añadió la morena, con gesto más melancólico:

—Sí, ahora me estoy riendo, y vos también te podés reír de mí... ¡Pero de veras estoy bien *jodida*, Ari! Porque desde que se le metió entre ceja y ceja a tía Dolores que yo me tengo que casar con ese rosquete, no he podido volver a dormir tranquila... ¡A mí ni me toma en cuenta, ni siquiera me deja hablar... todo lo quiere montar ella sola, y con ese condenado *telele*^[21] ya le tiene a mi papá la cabeza de este tamaño! —extendió dramáticamente los brazos para ilustrar su afirmación—. Ya veo la hora donde venga el viejo ese a hablar con mi papá y que por el puro carbón que le mete tía le termine diciendo que sí, que está de acuerdo... ¡Ahí sí que se acabó todo, voy a estar perdida sin remedio!

A pesar del esfuerzo que hacían los temblorosos músculos de su faz, María Consuelo no logró evitar que se le deslizase una lágrima hacia el exterior. Ariana la tomó de las dos manos, mirándola fijamente y tratando de cazar una palabra de aliento.

—¿Qué te puedo decir, María? —musitó por fin—. Solo que no perdás la esperanza de que pase algo, cualquier cosa... porque como dicen, “*el hombre propone y Dios dispone*”^[22]...

—¿Sabés qué es lo más terrible, Ari? —prosiguió la abatida prima, con tal expresión de sufrimiento, que bien habría inspirado a Cervantes el pasaje quijotesco de la Dueña Dolorida^[23]—. ¡Saber que, por más que mi corazón esté en otro lado... y vos ya debés saber con quién... a ese jamás lo van a aceptar en esta casa! ¡Y que por unas malditas botijas de plata prefieran darme a mí como plato de segunda para un viejillo alborotado, que siquiera darme la oportunidad de querer a alguien de verdad...!

Flores sin remitente

Sin darle tiempo a Ariana de responder, se escuchó el graznido de las bisagras de la puerta principal, y por ella ingresó regodeándose la beatífica silueta de la tía Dolores. María Consuelo retorció sus ojos al reconocerla, y luego agachó su cabeza mientras la escuchaba decir desde el fondo de la sala:

—¡Ave María Purísima...! ¿Dónde está Felicia? ¡Esa chiquita, que me hizo madrugar con el cuento de que viniera temprano para irnos a las tiendas...!

—¡Cuentos los de ella, que a lo único que viene es a poner la jaula para que le demos desayuno, la muy *cascaruda*! —murmuró de mal talante María Consuelo, con tales muecas de burla que casi forzaba a Ariana a reprimir una subversiva risa. Y de inmediato le respondió, sin disimular un profundo desgano: —¡Felicia no está lista, le falta desayunar... es decir, si es que no está durmiendo todavía!

—¿Cómo que no se ha levantado, esa sinvergüenza? —se necesitaba muy poco para desencadenar el rosario de rezongos que tenía por hábito—. ¡Bonita cosa, haciéndola a una salir de la casa en ayunas! ¡Y yo que quería regresar rápido, para que me diera tiempo de venir al café con don Abundio...!

María Consuelo dirigió a su prima una última mirada de frustración, y luego se encogió de hombros, antes de sentarse despaciosamente a la mesa. Se quedó en silencio. Ariana tampoco dijo nada—no podía hacerlo frente a un público tan inoportuno—pero se apresuró más bien a servir sendos desayunos. Comió apresuradamente, pretextando que se le hacía tarde para su examen, aunque simplemente estaba resuelta a no quedarse en aquella casa más tiempo del estrictamente necesario.

—Por cierto... ¡qué rico que huelen ese café y esas tortillas...! —el comentario de la tía Dolores al sentarse a la mesa era tan predecible para ambas muchachas como su siguiente movimiento, el de voltearse hacia una de las criadas más jóvenes y hacendosas: —Secundina, ¿vos me servirías unas a mí también...? Es que me antojé de verlas comer a ustedes dos...

Ariana se retiró de la mesa a la primera oportunidad, y emprendió la acostumbrada caminata hacia el colegio. Hubiera deseado repasar algo para el

examen, pero su mente no le traía otra cosa que las espeluznantes revelaciones que acababa de hacerle su prima. ¿En verdad estaba también Felicia en la mira seductora del General? ¿Y se hallaba ella tan dispuesta a corresponderle a despecho de encontrarse en vísperas de un resonante y ventajoso matrimonio? Más aún... ¿qué implicaciones tendría este descubrimiento sobre su propia situación? ¿Sería esa la salida por la que tanto suplicaba al Cielo... o estaba más bien a las puertas de un lío mucho más escabroso?

Pese a tantas y tan agudas distracciones, Ariana consiguió presentar un examen más que decoroso, y volvió por la tarde a su casa, seguida siempre de esa nube de interrogantes que se rehusaban obstinadamente a darle el menor respiro. Pero a su regreso, en vez de hallar respuesta alguna, vino más bien a encontrarse otro fatídico acertijo.

En el mismo momento en que abrió la puerta, escuchó una enorme alharaca en el interior de la casa, y se encontró casi instantáneamente rodeada por las miradas incrédulas y recelosas de Rafael, Felicia y la tía Dolores, sosteniendo esta última un opulento y arreglado ramo de rosas cuyo encendido carmesí se le grabó en las retinas.

—¡Ah, con que aquí estás! —graznó la adulta, con su santa indignación doblándole el entrecejo—. Muy bien, muchachita... ¡a ver si nos explicás de dónde vino esto!

Diciendo esto agitó frente a Ariana el desventurado ramo, de tal suerte que los frágiles pétalos casi le barrían la barbilla.

—¿Esas... flores? —su voz tersa se transformó, por obra del desconcierto, en una desigual serie de notas falsas. Una escalofriante suposición hizo girar todas sus entrañas al mismo tiempo.

—¡Dejate de misterios, agazapada! ¿Te las mandó tu vecinito, el que tu tío te prohibió seguir viendo, o ya tan rápido te conseguiste otro galán? ¡Pues le vas diciendo a ese *pendejo* que la próxima vez tenga por lo menos la decencia de ponerles una tarjeta!

—No... ¡no tengo idea, no sé nada de esto! —intentando arrancarse del cuello la ahogante tenaza de angustia, Ariana examinó torpemente el frondoso ramo, cuya delicada belleza estaba fuera de discusión—. Más bien... ¿alguien me puede decir que tengo yo que ver con este asunto?

—Se supone que eran para vos—intervino Rafael, cuya perenne socarronería contrastaba con la aspaventosa irritación de la tía—. Eso fue lo que dijeron cuando las vinieron a dejar. Aunque si las mandó sin nombre, no debía estar muy seguro de que serían bien recibidas...

—¿Cuándo llegaron?

—Casualmente fue ahorita, justo antes de almorzar—una brasa de menosprecio chispeaba en las pupilas de Felicia al sumarse al sitio de su desconcertada prima—. Al principio pensé que me las mandaba José María... ¡pero el que las trajo preguntó por vos!

—¡No puede ser... tiene que haber un error!

—En efecto, lo hay—desde atrás del tumulto se escuchó con solemne dignidad la afirmación de María Consuelo, que obligó a todos a voltear la cabeza con el mismo gesto atónito. La muchacha, arreglada ya para la prevista invitación, avanzó resueltamente desde la sala hacia la puerta, llevando entre sus dedos un diminuto sobre amarillento. Y mirando directamente a la angustiadísima colegiala, anunció: —Esas rosas no eran para Ariana. Me las mandaron a mí.

Un tapón de silencio cayó sobre el pórtico. Los ojos de todos se paseaban de la colegiala a la altanera señorita que, tras una enigmática mueca jactanciosa, parecía retarlos con su revelación.

—¿Y quién te las mandó, entonces? —balbuceó por fin Felicia, escéptica.

—Eso es asunto mío—replicó desafiantemente María Consuelo, haciendo ademán de esconder el sobre entre los amplios pliegues de su vestido antes que a su hermana pensase en arrebatárselo.

—Mm... ¡ahora caigo! —se escuchó el graznar de la tía Dolores, que no era ya ni la sombra de su inquisitorial actitud previa—. De fijo ese *baboso* que las trajo se confundió, y en lugar de María Consuelo preguntó por Ariana... ¡Por dicha que ella no estaba y que fuiste vos la que salió a recogerlas! ¿Será que te las mandó don Abundio, y vos, de traviesa, no nos querés decir...? ¿Ves, cómo ese pobre señor no sabe ni qué más hacer para ganarse tu corazón?

—Bueno... en un ratito salimos de la duda, cuando llegue el hombre y podamos preguntarle... porque dicen por ahí que detrás de las flores siempre viene el pastel—con tal conclusión zanjó Rafael el embrollo—. ¡Ya estaba yo intrigado, de que a Ariana le salieran novios tan rápido!

Se dispersó entonces la familia, y la colegiala, todavía aturdida ante el estrambótico recibimiento, pudo proseguir su interrumpida ruta hacia el dormitorio. Sabía que, aunque se hallase en posesión de una magnífica ocasión para encerrarse en él y estudiar para la última prueba—la de Matemáticas, programada para el día siguiente—, debía no obstante tomarse algún tiempo en

el tocador para acicalarse un poco, en razón de la inminente venida de don Abundio.

El ilustre visitante se presentó finalmente un poco antes de las tres y media, pero María Consuelo se las ingenió para no estar lista ni salir a recibirlo, de modo que quienes corrieron a la acera fueron Rafael y Felicia. Tocó a ellos presenciar el ritmo pausado—casi fatigoso—con el que el recién llegado se apeó de su caballo y recorrió la exigua distancia del portoncillo a la entrada principal, donde lo esperaban don Elías y su mujer. Pero tanta lentitud resultó en cambio providencial para la tía Dolores, quien hubo de darse mucha prisa para acomodar el magno ramo de rosas en un vistoso jarrón de cristal, y apenas tuvo tiempo de colocarlo como centro de mesa en el comedor principal antes de que el viejo cruzase el umbral.

Con mucho aspaviento fue conducido el pobre don Abundio hasta la cabecera de la mesa e invitado a tomar asiento, y solo entonces se presentó en el salón la supuesta homenajeadá, una María Consuelo que no demostraba el menor entusiasmo y a quien escoltaba Ariana en un discreto aunque benevolente vestido verde. Claro está, tal como ella temía, le habían reservado el sitio al lado del viejo comerciante, pero ni siquiera había llegado a él cuando escuchó la peor parte: la rimbombante perorata de la tía Dolores, agradeciendo su visita con tales florituras, que habrían mareado a Demóstenes.

—... Sé que hablo en nombre de mi hermana y mi cuñado, y por supuesto de mi querida sobrina, cuando digo que nos sentimos muy honrados por su amistad y por su visita—las palabras seguían brotando de entre sus labios con la desesperante fluidez que tan a menudo lamentasen todos en esa casa—. ¡Pero, por si fuera poco, que tenga usted la delicadeza de hacerse anteceder por un presente de tan digna calidad y hermosura, un obsequio tan apropiado y tan elocuente al mismo tiempo...!

En medio de aquel *tsunami* verborrágico, advirtió Ariana cuán mágicamente se iba modificando el semblante de su prima, que pasó de un impenetrable desgano a una tenue, aunque bien perceptible, malicia reprimida que se aferraba a su boca. ¿Habría acaso tramado ella, en su desesperación por librarse de aquel amargo cáliz que le reservaban, alguna insospechable pillería? La despierta colegiala se puso en alerta, y no tardó en notar efectivamente los primeros síntomas de que algo andaba desvencijado en aquella mesa. A María Consuelo, por ejemplo, se le hacía cada vez más difícil contener la risa, mientras que el viejo don Abundio, por el contrario, parecía cada vez más confundido, con sus ojillos negros muy abiertos y redondeados,

y la frente arrugadísima por el ímpetu de sus pobladas y grisáceas cejas que formaban casi un signo de pregunta cuyo punto inferior fuese la boca. Pero la tía Dolores estaba en cambio verdaderamente transportada oyéndose hablar a sí misma, convencida de que lo que le estaba saliendo era una auténtica joya oratoria y que, para cuando terminase, el insigne invitado estaría probablemente de rodillas pidiendo la mano de su guapísima sobrina.

—Vea, doña Dolores, yo le agradezco esas cosas tan lindas que dice usted de mí—se escuchó inopinadamente la gastada vocecilla del convidado, cuyo asiento parecía haber cobrado de repente una temperatura diabólica—, pero sinceramente no entiendo ni la mitad de esta *vaina*, y ni sé de cuál “obsequio” está usted hablando...

—¡Ay, don Abundio, no hace falta ser tan modesto! —lo interrumpió la melodramática tía, enlazando sus manos en exagerado gesto de ruego—. Puede ser que para usted sea muy poca cosa, pero nosotros sabemos apreciar la galantería y la bondad que tan puramente representan estas rosas...

María Consuelo ya no pudo sostener más la risa, al tiempo que don Abundio, más extraviado que antes, respondía con mucha sorpresa y no poco disgusto:

—¿Cuáles rosas? ¿Qué voy a estar yo mandándole flores a nadie, si no se las mando ni a mi doña, la finada Demetria...? ¡No, no... a mí no me metan en cuentos!

En ningún funeral ni operación militar se habría implantado un silencio tan inmediato y tan embarazoso como el que el desmentido del huésped forjó en el salón de los Cantillano, roto apenas por las bajísimas pero indiscretas risas de su “pretendida”, que empezaban ya a contagiárseles involuntariamente a Ariana y a Rafael. Pero todos estos amagos de jolgorio fueron sofocados por el colérico carraspeo y el ceño fruncido del tío Elías, que enseguida se volvió hacia su hija menor exclamando:

—¡A ver, a ver...! ¿Qué broma es esta, o de qué te estás riendo vos, bandida?

—¡Diay, ya lo oímos! —intervino el primogénito, con su indeclinable aire burlesco—. ¡Que después de toda la declamación de tía Dolores, resulta ahora que don Abundio no tuvo nada que ver con el ramo de rosas!

—Entonces, ¿quién las mandó? —el patriarca de los Cantillano volvió a sitiar con su mirada a María Consuelo. Pero la muchacha, muy sonrojada y sin poder controlar su regocijo ni mucho menos articular una respuesta concreta, no hizo más que abanicarse con el sobre amarillento que aún mantenía

guardado en su regazo.

—¡No sé! —atinó a decir al cabo de unos segundos, haciendo un gran esfuerzo por detener sus carcajadas—. ¡Ni siquiera venía firmada la tarjeta!

Felicia le arrebató a su hermana la hoja, y al desdoblarla encontró simplemente un caligrafiado “*para*” seguido del nombre de ella. ¡No había remitente! Todos comenzaron a reír nerviosamente, incluyendo a don Elías pero no al irritado don Abundio. Ni tampoco a la tía Dolores, quien por el contrario, estaba pálida y boquiabierta, sosteniéndose con una mano en la mesa para no caer desmayada.

—Entonces... ¿no... no fue usted, don... don Abundio? —a estas alturas la pregunta que farfullaba no pasaba de ser una anecdótica tragicomedia.

—Ajá... ¡entonces hay otro pretendiente... y este es anónimo!

—¡Un minutico! —el escarnecido invitado se levantó bruscamente de la mesa, visiblemente molesto y sin encontrarle nada divertido al embrollo—. ¡Qué pretendiente ni qué nada! ¡Una cosa es que se quieran aprovechar de mí, y otra muy distinta es que me hagan venir solo para que esta mocosa insolente me agarre para sus burlas!

—¡Alto ahí, don Abundio! —replicó don Elías, levantándose también de su asiento—. ¡A María Consuelo no la va a venir usted a insultar en mi propia casa y en mi presencia! ¿O qué se está imaginando, que usted es el único que tiene ojos para ella? Empezando porque usted conmigo no ha hablado, ni tampoco voy a aceptar yo que me condicionen ni me pasen por encima en esto. ¡Y si por la víspera se saca el día, sepa de una vez que no tengo yo la menor intención de poner a mi hija en manos de alguien que no la va a tratar como una dama!

¡La batahola que se armó! Los dos viejos se enzarzaron en un ruidoso altercado verbal, y tuvo que intervenir Rafael en auxilio de su padre para impedir que se agarraran a puñetazos o se retaran a duelo en pleno comedor, mientras Felicia y Ariana, junto con dos de las criadas, procuraban hacer volver en sí a la descompuesta tía Dolores, a quien había sido necesario acomodar en el sofá. Al fin no fue tan difícil que se pusieran de acuerdo: el uno estaba decidido a largarse y el otro a echarlo de la casa. Y así terminó antes de lo previsto el famoso convite, sin llegar a servirse un solo bocadillo.

—¡Bonita cosa! —se desahogó el tío Elías así que hubo cerrado la puerta de la calle—. ¡Vos, bandida—se dirigió a María Consuelo—, sabrá Dios a qué clase de tipejos les habrás hecho ojitos, para que manden un ramo sin nombre...! ¡Y vos—se volvió hacia su esposa Lucía, que medio turulata

contemplaba la escena sin haberse movido un centímetro de su asiento—, ya es hora de que te despabilés y dejés de estar permitiendo que tu hermana Dolores sea la que maneje todo en esta casa!

Y antes de encerrarse en su despacho, todavía con el nubarrón de furia empurpurándole el rostro, sentenció:

—Y cuando recobre Dolores el sentido, me le dicen que, si lo que quiere es *opilarse*^[24] con las botijas de ese viejo cascarrabias, ¡que se case ella con él!

6

La tarjeta cambiada

Bastante le costó a Ariana concentrarse en sus estudios después de tomar parte en una escena tan peculiar. En cada uno de sus ejercicios se le atravesaba la misma pregunta: “¿Cómo habrá hecho esa bandida de María Consuelo?”... El desenlace de aquella comedia había concordado tan exactamente con la anhelada escapatoria por la que imploraba su prima, que se resistía a creer que hubiese sido por casualidad. ¡Pero basta, tenía todavía un examen para ese viernes! Y en compañía de una lagrimeante candela que agonizaba, una lámpara eléctrica que no terminaba de decidirse a alumbrar, y una gran dosis de determinación, logró suspender por un tiempo las enloquecedoras evoluciones de su mente y concentrarse en la temida materia por evaluar.

El laborioso esfuerzo de mantener enfocada su adorable cabecita, sin embargo, solo dio frutos por unos cuantos minutos, antes de desmoronarse víctima de unos ligeros pero insistentes golpes en la cerrada puerta de su pieza. Instantes más tarde transponía el umbral y se sentaba ante ella el atezado y curvilíneo contorno de María Consuelo en persona, otra vez con ese indefinible aire de maliciosa jovialidad que se empeñaba en gobernar sus carnosos labios.

—Tomá, Ari... —le susurró, alargándole la mano izquierda. En ella dormía un sobre amarillento, en nada distinto del que había esgrimido horas antes en el comedor—. Es para vos. Hay que ver los malabares que me tocó hacer para poder guardármelo hasta ahorita... ¡porque si alguien más lo hubiera visto, a estas horas yo sería seguramente la prometida de don Abundio, y vos de fijo irías en tren de camino para Puntarenas, donde tu mamá!

Un anuncio de tan ominosa categoría no podía más que impulsar a Ariana a abrir cuanto antes el envoltorio. Y de él surgió un papel elegantemente doblado, en el que una pluma enaltecida había trazado con elegantes rasgos una dedicatoria inequívoca: “*Ma chère Arianne*”. Y al pie de la hoja, al lado derecho, unas siglas igualmente delatorias: “*J. T.*”

—¡La de explicaciones que hubieras tenido que dar! —insistió la pícara prima, contemplando con un dejo sardónico la inmediata palidez que

sobrecogía a la desprevenida colegiala.

—Pero entonces...

—Sí, eran para vos, esas benditas rosas.

Ariana aplastó el papel contra su pecho, boquiabierto.

—Las vinieron a dejar justo antes del almuerzo—narró la locuaz María Consuelo—. Seguro mi hermana estaba esperando algún envío, porque apenas oyó que llamaban, salió soplada para la puerta... y yo me le puse al corte, por averiguar qué era la cosa. Era casi un chiquillo el que las traía, pero por dicha no llevaba uniforme militar... porque de lo contrario Felicia de fijo se me hubiera atravesado, pensando que vinieran para ella de parte de nuestro amiguito en común... Pero el mocoso ese preguntó por vos, porque ese era el nombre que le habían dado... y entonces yo me adelanté, agarré el ramo y de un solo desaparecí la tarjeta.

—Y... ¿por qué lo hiciste?

—Al principio, lo único que se me ocurrió fue hacerte a vos una broma... pero de pronto se me iluminó el cerebro y pensé que a la de menos era esto lo que Diosito me estaba mandando para zafármele a tía Dolores y a ese viejo enchichado... y entonces fue cuando se me vino a la cabeza cambiar el papelito y decir que eran mías, a ver si el orgulloso de don Abundio se echaba para atrás si veía competencia... ¡Y ya viste vos, cómo todos se la tragarón, hasta la desconfiada de Felicia! ¡Ay... todavía me da risa cada vez que me acuerdo de la cara que tenía la condenada tía Dolores...!

El asombro y la admiración izaron sus banderas en las facciones de Ariana, cuyas manos tomaron las de María Consuelo sin esperar la compañía de las palabras. ¿No era en efecto maravillosa la agilidad con la que la sagaz muchacha había conseguido enderezar a su favor el resbaladizo entuerto y obtener de paso una rotunda victoria frente a las maquinaciones de los adultos?

—O sea... que sin esa idea tuya, a las dos nos hubiera llevado la trampa...

—Pues sí, puede decirse... porque de hecho ya estaban cayéndote a vos encima por lo de las flores, y yo no hubiera tenido escapatoria si a ese viejo necio se le hubiera metido pedir mi mano hoy mismo—en la voz de la prima se sentía todavía la melódica euforia de una libertad conquistada—. Pero ahora que lo mencionás, vos todavía no estás fuera de peligro. ¡Todo lo contrario, lo tuyo apenas está empezando! ¿No ves que, si el General ya se sintió con las ínfulas para mandarte una cosa de estas en pleno día y sin temor

a que la familia entera se diera cuenta, debe ser porque te tiene la mira bien puesta y no le importan los riesgos?

—Él no está arriesgando nada—murmuró amargamente Ariana—. Él es el fuerte y yo la débil. A él, que es un hombre adulto, de plata y con poder político, nadie se va a atrever a reprocharle nada; mientras que a mí, una simple muchachilla de provincia que ahora vive con parientes ricos en la capital, el menor desliz o la más peregrina sospecha me significaría una deshonra sin límites. ¿Qué puede perder él exponiéndome a mí?

—En todo caso—afirmó María Consuelo, luego de algunos segundos pensativos—necesitás tener cuidado, ahora más que nunca. Y no solo con él... Tenemos que andar listas también con tía Dolores, porque de fijo no le hizo ni pizca de gracia el chiste, y bien corrida tiene que andar después de la *cafeteada* que le dio mi *tata*... así que no es nada raro que quiera buscar alguna forma de sacarse el clavo. ¡Así que, ojos muy abiertos, Ari... muy abiertos!

Conjeturas

Al volver Ernesto de la talabartería de su padre, poco antes del mediodía del viernes, lo inquietó mucho encontrar abierta la puerta de su casa. Antes del arresto, que se había prolongado ya por más de un mes, era costumbre de su madre mantenerla así durante el día, como testimonio de la espléndida hospitalidad que por generaciones había caracterizado a los Herrera. Pero desde el amanecer en que la Guardia Rural profanara con sus botas y sus bayonetas la frescura y la paz de esa casa para arrancar de ella a su manso dueño, doña Elena y él mismo habían optado por conservarla herméticamente cerrada.

No bien había traspuesto el joven aquel umbral, cuando lo tranquilizó un tanto la expresión benigna de Azucena, la criada de confianza de su madre, a quien encontró barriendo el pasillo.

—¿Por qué está la puerta abierta? —preguntó impetuosamente el recién llegado—. ¿Quién vino?

—Doña Dolores, la hermana de los vecinos, con unos tamalitos para tu mamá.

Bastó apenas una referencia tan pasajera al hogar de los Cantillano, para que el alma de Ernesto se viese una vez más arrastrada hacia lo que Dumas habría llamado una “*continuación del pensamiento íntimo y secreto*”^[25] que seguía bullendo en su cabeza: Ariana.

—¿Y ya se fue?

—No, ahí se quedaron conversando en la sala... ¡Ay, pero qué señora esa para hablar! Yo no sabía que ella y doña Elena tuvieran tanta amistad...

—Sinceramente, yo tampoco—aunque intentaba disimularlo, Ernesto se hallaba bastante extrañado por la novedad. La tía Dolores no acostumbraba venir a menudo, pues doña Elena no era aficionada a los cotilleos y evitaba por consiguiente su compañía. Pero desde la detención de don Fernando, y exceptuando la visita de Ariana esa misma noche, ningún habitante de la mansión de los Cantillano se había dignado a tocarles la puerta.

—¿Hace cuánto llegó? —inquirió el muchacho, con superficial displicencia para camuflar su vivo interés en la inesperada huésped.

—Lo más, diez minutos.

—Bueno... lo cierto es que es de agradecerle que venga a meterle conversación a mi mamá, porque ha pasado muy sola todas estas semanas— concluyó el muchacho, encogiéndose de hombros antes de proseguir hacia el interior de la casa.

No dijo más Ernesto, pero en sus adentros recrudecía la pugna de emociones que lo embargaba cada vez que la jovencita volvía a asomarse en su mente. Frente a la venenosa planta del resentimiento, la cual amenazaba con estrangularlo, se levantaba digna y prístina la evocación del primaveral cariño que por tanto tiempo habían sabido construir, y que ahora se resistía con fantástica obstinación a la infausta seguidilla de acontecimientos confusos que los azotaba desde la fatídica noche del baile.

“Es verdad que no fue solo Ari, sino toda su familia, la que se distanció de nosotros desde que se llevaron a papá”, se decía a sí mismo con no poca amargura, *“pero también es cierto que no se han portado tan mal... porque todas las semanas ha venido alguno de los criados de esa casa a dejarnos algo de comer”*. Y aunque estaba consciente de que no era mucha la influencia que podía tener la retraída jovencita sobre sus adinerados y vanidosos tíos y primos, insistía en preguntarse si se estaba reflejando más genuinamente su personalidad en la cautelosa distancia que había asumido, o en la perseverante generosidad que no cesaba de expresarse.

Al pasar cerca de la sala, empero, se metió en sus oídos como un alfiler la incisiva vocecilla de la tía Dolores, pronunciando a mitad de uno de sus sazonadísimos relatos el nombre de Ariana. Una mención que se ancló como una cadena a sus tímpanos y prácticamente lo obligó a prestar atención.

—¡... una barrabasada que no tiene usted idea, doña Elena! —a pesar de las mil veces que le describiese la muchachita la particular resonancia de los álgidos graznidos de su tía cuando narraba una historia, ninguna experiencia podía equipararse a la de escucharlos en vivo—. ¡Imagínese nada más la vergüenza que me hicieron pasar ante ese señor! Vea si fue grande la impresión que me llevé, que empecé a sudar frío, hasta náuseas me dieron y no pude decir ni pío... ¡y peor cuando don Abundio se levantó y se fue, enojadísimo y acusándonos de estarnos burlando de él! ¡Qué vergüenza, por María Purísima, qué vergüenza...!

—Bueno... Dios sabe por qué hace las cosas—oyó luego la calmosa reflexión de doña Elena, a quien no parecían impresionar mucho los aspavientos que hacía la otra—. Tal vez a María Consuelo no le convenía casarse con un hombre tan mayor...

—¿Cómo no le iba a convenir? —siguió rezongando la visitante mientras agregaba volumen a su voz, como empeñada en hacerse oír hasta por la servidumbre—. ¡Don Abundio no es tan viejo como parece, y lo que le falta en juventud le sobra en plata! ¡Y encima sin hijos...! Pero la verdad, ¿qué se puede esperar de una chiquita tan inexperta y tan necia como María Consuelo, y menos teniendo la influencia de esa malagradecida y envidiosa de Ariana, que no entiende cuál es su lugar en esa casa? ¡Ay, nunca me había dolido tanto el haber convencido a Lucía y a Elías de traérnosla para acá, en lugar de que se fuera a vivir a Puntarenas con la mamá y el resto de los hermanos...!

—¿Pero qué tuvo que ver Ariana en todo esto? Por lo que creo conocerla, no hubiera pensado yo que sería capaz de...

—¡Ese par de bandidas tuvo que haberse puesto de acuerdo, estoy segurísima! Anoche, ya un poco más tranquila, me puse a darle vueltas al asunto... Y piense usted, doña Elena: ¿cómo vinieron a aparecer esas condenadas rosas precisamente antes de que don Abundio llegara para hablar con Elías? ¿Cómo sabía María Consuelo lo que tenía que decir y hacer después? ¡Claro, tenían que haberlo planeado! De fijo esa *confisgada* pasó encargándolas en la mañana, cuando iba para el colegio... ¡seguro por eso fue que el *baboso* ese que las trajo vino preguntando por ella y no por María Consuelo...! ¡Figúrese usted, qué clase de pécoras...! ¡Ah, pero bien dicen que “*Dios las crea y el diablo las junta*”...!

Múltiples veces había mencionado Ariana a Ernesto la hipnótica verborrea que solía derrochar su tía, capaz de balancear las exactas dosis de persuasión e impertinencia para hacerse creer hasta por el más escéptico. Pero ahora, al oír personalmente tamaño despliegue de pirotecnia narrativa, casi se avergonzaba de la facilidad con la que él mismo se veía casi empujado a comprarle toda aquella historia sobre la “inconcebible perfidia” de su amiga.

—¿Y no cree usted—de nuevo lo vino a aliviar la voz de su madre—que María Consuelo tenga de verdad algún otro admirador? Ella es una muchacha muy linda y de una familia excelente, así que seguramente no le deben faltar posibles cortejantes...

—Bueno, tal vez... —la nueva y sencilla hipótesis pareció tambalear la fe que ponía la tía Dolores en sus propias conjeturas—. ¡O qué carambas... a la larga y es más bien esa condenada Ariana la que tiene algún noviecito a escondidas, y le pasó el santo a María Consuelo, que le iban a mandar algo...!

La insinuación de la visitante se clavó como una tóxica daga en el suave corazón de Ernesto, barriendo de su rostro la expresión de incrédula

ironía que hasta entonces lo decoraba. ¿Podía seguir descalificando de entrada como burdas intrigas contra Ariana todas esas afirmaciones que desperdigaba la tía Dolores, ahora que sus propios ojos habían visto a la muchacha en el acto de recibir una visita evidentemente prohibida... sin contar la que él mismo le había hecho unos días antes? ¿O comenzaba a comprender finalmente que la mucha rabia que le producían aquellas conjeturas e insinuaciones no era más que el temido síntoma de lo mucho que le importaba ella, y del belicoso terror que lo envolvía ante la simple posibilidad de perderla?

Aun bajo la impresión de lo que acababa de escuchar, o mejor dicho, de la tempestad de suposiciones que rompiese en los entresijos de su espíritu al conjuro de la lengua dama, el joven se vio impelido por su indeclinable cortesía a ingresar finalmente a la estancia. Se le veía pálido y tembloroso al saludar a su madre, pero al momento de presentar sus respetos a la tía Dolores, creyó advertir en la aparatosa gentileza de la mujer un extraño, aunque inescapable, dejo de maligna satisfacción.

Una sorpresiva distinción

Para el anochecer de ese viernes, ventoso y fresco como casi todos los de diciembre, Ariana podía ya respirar tranquila bajo la certidumbre de que sus obligaciones académicas habían quedado atrás, y que había ganado holgadamente el año. Incluso se había enterado, por medio de uno de sus profesores, de que el Director del Colegio planeaba enviar de un momento a otro a sus tíos una comunicación especial para felicitarlos acerca de las brillantes calificaciones obtenidas por ella, que debían acreditarla como la alumna más destacada de su nivel. ¡Cuánto alivio, más que satisfacción u orgullo, venía a representarle esa noticia, que sin duda contribuiría a temperar cualquier posible mal concepto que, influenciados o no por la insidiosa tía Dolores, hubiesen ido forjándose acerca de ella el parco pero exigente don Elías y su esposa, la tía Lucía!

Se hallaba bastante entretenida asistiendo a esta última en la piadosa tarea de instalar los detalles finales del portal navideño, cuando escuchó en la calle el sordo ruido de unos caballos que frenaban bruscamente su galope muy cerca de la casa, seguidos de roncadas voces masculinas: sonidos suficientes para turbarla más allá de lo que sus facciones podían disimular. ¡Se parecían tanto a los que habían marcado el arresto de don Fernando y el inicio de su propia pesadilla...! “*¿Será que ahora sí viene para acá la Guardia Rural... quizá por tío Elías o por mí misma?*”... Cualquier otra persona habría advertido su repentina angustia, mas no la despistada tía Lucía, cuya exigua atención se encontraba acaparada por la ubicación de uno de los Reyes Magos. Pero incluso ella tuvo que alzar su cabeza y girarla hacia la ventana de la sala cuando, unos segundos más tarde, se dejaba oír también la sirena de un automóvil que se detenía casi en la propia entrada principal. Y solo un momento más tarde, aparecía en el salón con semblante agitado José Luis, hombre larguirucho y delgadísimo, que hacía simultáneamente las veces de jardinero y cochero en la mansión de los Cantillano.

—¡Señora Lucía...! —tanto era su sobresalto que apenas podía hablar —. ¿Dónde está don Elías?

—En su despacho, seguramente—replicó la dama, sin molestarse apenas en alzar la vista, sin lo cual no habría dejado de asustarse con la

cadavérica tonalidad que traía de la calle la tez del sirviente. En cambio sí la observó Ariana, mucho más atenta, y al punto le recorrió el cuello y la espalda un glacial de espanto—. ¿Lo busca alguien...?

—¡Rápido, hay que avisarle... que aquí está el General...!

—¿Quién? —la incredulidad hizo saltar de su asiento la tía Lucía, como si la hubiesen electrocutado. Su sobrina cerró fuertemente los ojos y hubo de respirar profundamente varias veces seguidas para evitarse a sí misma el desmayo.

—¡El general... don Joaquín Tinoco! —replicó José Luis, sin recobrar todavía la voz ni el color—. ¡Rápido, que le avisen a las muchachas, que preparen algo...!

Toda la casa y aún sus muebles se pusieron en movimiento ante aquella sorpresiva nueva. Excepto Ariana, congelada delante de las imágenes del portal y rodeada casi de inmediato por toda la servidumbre de los Cantillano, que daba enloquecidas vueltas de un lugar a otro, sin saber exactamente qué hacer o cuál parte de la residencia acondicionar ante la inesperada visita. De su momentánea parálisis la hicieron volver los gritos de la tía Lucía llamando a sus dos hijas, quienes a buen seguro se hallarían aún más desprevenidas, aunque quizás no tanto como la tía Dolores, quien se hallaba presente y a la que vio salir precipitadamente del retrete. Advirtió que también José Luis se había esfumado del salón, pero lo vio reaparecer al cabo de uno o dos segundos, seguido casi al trote por el pasmado don Elías. Y ya sin tiempo para correr siquiera a cambiarse su liviano atuendo, vio ingresar sin el menor titubeo la marcial silueta del General en persona, seguido de cerca por Rafael.

—Don Joaquín... ¡solo denos un momento para ponerle la mesa! —nunca en su vida había escuchado la colegiala a su tío Elías hablar en un tono de imploración tan discordante con su normal forma imperiosa y distante—. ¡Sería un honor para mí y para mi familia que se quedara a comer con nosotros!

—Por favor, no se moleste usted, don Elías—respondió el Ministro de Guerra, llevándose la mano al pecho como indicando su pena por ocasionar tanto revuelo, pero dirigiendo al mismo tiempo sus arrolladoras pupilas oscuras directo hacia Ariana—. Sería descortés invitarme solo, y menos de improviso... y más bien, como es Rafael el que va para mi casa, pensé en pasar a saludarlos... ¡Pero por favor, no se sientan comprometidos!

Si no hubiese bastado aquella voz para acabar de borrar el escaso color que quedaba en las mejillas de Ariana, lo habría conseguido la estampa

magníficamente uniformada del caballero que avanzaba en línea recta a través del amplio salón, lanzándose con imperturbable elegancia al asalto de su frágil mano derecha, la cual tomó para besársela en límpida reverencia.

—*Mademoiselle Ariane...* —dijo, en voz baja y sin despegar de ella sus ojos—. Siempre es un placer tener al frente a una señorita tan bella y distinguida.

Ariana se estremeció de pies a cabeza, sintiéndose sin el valor de articular una sola sílaba. Pero su serenidad siempre terminaba por responder cuando de veras era exigida por las circunstancias, de modo que alzó sus ojos claros hacia el ilustre visitante sin demostrarle un ápice del temor por el que había esperado ser fácilmente vencida.

—El placer es mío, *mon Général*—se encontró replicándole en tono resuelto, para luego bajar hasta un susurro y añadir—: Me halaga que esta vez haya venido sin disfraces, aunque me haya encontrado también sin el mío.

A Joaquín siempre le resultaba asombroso, cuando no francamente encantador, el desenfadado atrevimiento que afloraba en la muchacha por debajo de su apariencia tímida y dúctil. En sus labios germinó la sonrisa hechicera, y en sus pupilas el brillo febril, que se detuvo cual cañón apuntando al simétrico rostro de ella, como seguro de ser arma más que suficiente para doblegar su entereza y abrir al fin el hermético castillo de su corazón.

La sugestiva atmósfera que procurase crear el militar con tal mirada, empero, se rompió apenas al cabo de un par de segundos, cuando por el pasillo que conducía a los cuartos aparecieron precipitada y sucesivamente doña Lucía y sus dos hijas: Felicia sonrojadísima e intentando todavía acomodarse el rebelde cabello rubio, María Consuelo intentando atolondradamente que su pie izquierdo se metiese de lleno en la zapatilla mientras andaba, y ambas luciendo los atuendos más bien sencillos con los que habían sido sorprendidas. La súbita distracción por el flanco derecho desvió al General del objetivo principal de su ofensiva, y lo obligó en cambio a enfocar la artillería de sus expertos galanteos en dirección a las recién llegadas, con lo que inadvertidamente hizo aumentar la turbación de estas últimas.

—¡Ay, don Joaquín... qué vergüenza me da con usted! —ya fuese por efecto de la adrenalina o por el de la mágica reverencia que le hiciese el distinguido caballero, lo cierto es que en la tía Lucía parecía haberse producido un milagro, pues no había en ella el menor rastro de su usual displicencia—. ¿De veras no piensa quedarse a cenar?

—Le agradezco muchísimo la invitación, y espero aceptarla en un futuro cercano si mis ocupaciones me lo permiten, pero sería un abuso de mi parte hacerlo esta noche, después de haber venido sin anunciarme—repuso el Ministro de Guerra, hablando con la serena aunque firme persuasión que caracterizaba siempre sus palabras y gestos—. Voy de pasada, y más bien Merceditas nos espera a mí y a Rafael con la comida, de modo que les ruego mil disculpas si mi intempestiva llegada les ha producido algún sobresalto. Les aseguro que nunca fue esa mi intención, y que no me habría atrevido siquiera a tocar si no hubiera venido con Rafael, y si no tuviera además la plena confianza que me da el haber sido bienvenido durante tantos años en esta casa.

A mitad de esta frase iba Joaquín cuando se asomó al salón la tía Dolores, siempre vestida de negro, pero con el semblante todavía desencajado y sus dedos resobando espasmódicamente las cuentas del rosario que invariablemente llevaba consigo. El General dejó entonces de hablar y se volvió hacia ella, para saludarla con la misma gallarda reverencia que si se hubiese tratado de cualquiera de sus jóvenes y bellas sobrinas, pero a la vez con la familiaridad que delataba un trato prolongado.

—Hay también otra razón por la que decidí venir—prosiguió el encumbrado visitante, a quien escuchaban en hipnótico trance todos los de la casa—, y es que me entró la vanidad de ser el primero en felicitar a la señorita Ariana por el primer lugar en la terna de su clase. Estoy muy bien enterado de los comentarios favorables que circulan en el colegio sobre ella, ponderando su inteligencia, su aplicación como alumna y su conducta intachable, que sin duda debe llenar de orgullo a un hogar que la ha acogido y formado con tanto esmero. Por supuesto debo esperar que en los próximos días, horas quizá, les llegue la comunicación oficial del Director al respecto, pero quise adelantármele para ser yo mismo el que trajera a esta casa una novedad que sin duda deberá llenarlos de júbilo y satisfacción.

Las mejillas de Ariana se poblaron de rubor, mientras sus rodillas flaqueaban bajo el peso colectivo de las miradas que a una se agolpaban sobre ella. Era obvio que todos los Cantillano se hallaban todavía bajo la impresión del inesperado homenaje, pero la pregunta que se hacía la perpleja colegiala era otra muy distinta: ¿cómo se había enterado tan pronto el General de un éxito académico que apenas se había concretado esa misma mañana, con el triunfante examen de Matemáticas, y que en todo caso carecía de cualquier trascendencia fuera del propio colegio?

Tan graves reflexiones tuyas, sumadas a la inescapable prestancia de Joaquín Tinoco erguida magnéticamente a su lado, sin duda la libraron de percatarse de la transformación que sufría entretanto la tía Dolores, cuyas mandíbulas y labios comenzaban a apretarse al mismo tiempo que hundía la barbilla en su ancho pecho, un gesto afectado que invariablemente le empurpuraba y le inflaba toda la cara.

—Casualmente—siguió diciendo el General, con la estudiada soltura de quien derrocha seguridad en sí mismo—conversaba con mi hermano Federico acerca de ella y de otras alumnas sobresalientes del Colegio de Señoritas, a quienes tanto él como doña María han mostrado mucho interés en conocer. Y por consiguiente hemos creído oportuno ofrecerles un reconocimiento simbólico para instarlas humildemente a seguir adelante en el camino del saber y contribuir de esta forma al futuro de nuestra Patria. De modo que, en nombre del Presidente, de su señora esposa y en el mío propio, quisiera invitar a la señorita Ariana a un almuerzo de gala en la Casa Presidencial, este domingo al mediodía. Y en caso de que ella lo tenga a bien, estaría yo encantado de venir por ella en mi propio automóvil.

Si luego de escuchar tan inesperada propuesta se quedaron de una pieza todos los Cantillano, mirándose unos a otros sin poder emitir sonido, en Ariana tuvo el devastador efecto de hacer violenta realidad la galdosiana descripción de “*atónita y petrificada de asombro*”^[26]. Un volcán de congojas explotó en sus adentros, derramando su lava por todas sus arterias y haciendo llamear de rubor toda su piel. ¿Ella, invitada de honor a Casa Presidencial? ¿Por el Ministro de Guerra y hombre fuerte del régimen en persona? Se preguntó qué propósito escondía Joaquín con ese convite tan abierto, apenas unas pocas horas después del indiscreto ramo de rosas, y que había sido precedido además por otros obsequios tuyos, afortunadamente más prudentes. ¿Acaso era todo un plan para ir dejando sutilmente en entredicho su honor, y hacerla así más vulnerable a sus depuradísimas artes de seducción?

“*No... ¡no puedo aceptar, ya no tendría escapatoria!*”, le gritó su conciencia, alarmada casi hasta el dolor. Por unos segundos fue acometida por el rabioso impulso de correr, de abandonar a la carrera ese asfixiante salón en el que era blanco de todas las miradas, y dejar atrás para siempre el asedio de aquel caballero cuyos viriles atractivos lo hacían tan temible... Pero casi de inmediato le vino a la mente una imagen más poderosa que cualquier argumento racional: la de don Fernando, el gentil y honesto talabartero, el padre de Ernesto, pinchado por los rifles atroces de la Guardia Rural sin más

razón que... ¡un *desaire suyo* a ese mismo General que tenía a su lado, y que hoy le ofrecía nuevamente una gratuita y redentora distinción!

—Yo... va usted a tener... que disculparme, don Joaquín... — tartamudeó ella, aunque con la irremediable delicadeza de sus modales y la suavidad de su tono quedaban muy escondidas sus profundas reservas morales sobre todo aquel asunto—. Es usted muy amable... pero...

La negativa que estaba a punto de pronunciar, ya debilitada por la poca firmeza con la que parecía expresarse ella, feneció del todo en sus labios al encontrarse su mirada con el ceño fruncido del tío Elías, y luego con los estupefactos ojos de la tía Lucía desde el lado contrario. Mas fue la tonalidad casi verdosa que había adquirido la tez de la tía Dolores la que terminó de desconcentrarla: pues la mujer, aunque su descompuesta cara no era muy distinta de la del resto de los parientes que la rodeaban, no daba muestras de estar tan irritada con ella por su tentativo rechazo a la invitación como por el mero hecho de haberla recibido. ¿No era su bellísima ahijada Felicia, o inclusive la sensual María Consuelo con todo y su latente rebeldía, mucho más dignas de engalanar con su presencia un almuerzo oficial, en lugar de aquella advenediza cuyos méritos eran a sus ojos eternamente insuficientes?

—Sin duda es un honor que no cabe en absoluto rehusar—se apresuró a interponerse don Elías, en ese tono señorial que tanto intimidaba a Ariana y que por lo general le bastaba para imponer su voluntad en casa—. Ya habrá notado usted que mi sobrina es bastante tímida y muy modesta además, pero sin duda se siente tan halagada por esta distinción como nosotros mismos. Así que le ruego hacerle saber a don Federico y a doña María que pueden contar con ella.

En el acto comprendió la muchacha que, estando tan clara la determinación de su tío, no le quedaba más camino que resignarse a obedecerla. Sus ojos entornados se refugiaron en el suelo en vano intento de aplacar las muchas emociones que la sacudían a la vez. Pero entretanto se acercó a ella su prima María Consuelo, quien al oído le ofreció acompañarla el sábado a los almacenes para buscarle un vestido apropiado para la solemne ocasión.

—Bien, mi hermano y yo estaremos muy complacidos de ser sus anfitriones—ratificó Joaquín, volviéndose hacia la perturbada muchacha—. Y ahora, con el permiso de ustedes, debo retirarme; ya los he importunado suficiente por hoy. ¡Nos vemos el domingo!

El visitante pasó luego a despedirse de todos, y luego de estrechar

ceremoniosamente la mano de don Elías y de dirigir a Ariana una de esas significativas miradas que le eran tan propias como su firma, marchó hacia el exterior seguido de Rafael, que al lado de su padre había presenciado toda aquella escena sin decir apenas palabra alguna. La partida de ambos mozos, sin embargo, tardó un rato en ser asimilada por el resto de la familia, que durante varios minutos permaneció en la enmudecida sala, cada cual en su sitio, sin mover siquiera un músculo. Y al cabo, uno a uno se fueron dispersando en silencio, hasta que solo quedaron allí la ruborizada Ariana y la tía Lucía, quien—más acostumbrada a preservarse indiferente hacia cuanto le rodeaba—derrochaba ahora una peculiar ecuanimidad.

—¿Quién lo hubiera pensado? —musitó, posándole suavemente la mano sobre los hombros en lo que para ella debía resultar una muestra extraordinariamente efusiva de afecto—. Quizá no hayas caído en cuenta todavía del privilegio que vas a tener, y por eso tu timidez estuvo a punto de jugarte una mala pasada... Pero tratándose de gente como don *Pelico* y doña María, quien por si no lo recordás es prima hermana del Director de tu Colegio, ¡esas son las invitaciones que cualquier damisela con un poquito de clase y otro poquito de cerebro tiene que aprovechar!

Ciertamente no le faltaban a Ariana clase ni cerebro para aprovecharla, y aprovecharla quería con toda seguridad; aunque no en el sentido meramente mundano que ingenuamente tendría que estar suponiendo la pobre tía Lucía, quien solo entendía de belleza, fortuna y sociedad. Pero desde el mismo instante en que se cerró la puerta de su dormitorio, se enfocaron todas las fuerzas mentales de su sobrina en idear una coartada que le permitiese desmarcarse de la vigilancia familiar y hablar de nuevo con la maestra María Isabel antes de la crucial cita del domingo.

Desde la otra acera

Con este llevaría Ernesto ya seis domingos de no asistir a la misa de ocho, costumbre otrora inquebrantable cuyo súbito desuso obedecía indudablemente al encarcelamiento de su padre. Pero tanta fue la insistencia de su madre en que la acompañase esta vez, que el apenado muchacho no tuvo más alternativa que someterse. Y así lo hizo, enfundándose en su mejor traje para conducirla del brazo, aun cuando dudaba si su adoración iba a estar dirigida realmente a la Virgen del altar, y no a esa otra virgen que vivía, respiraba y hablaba con él, y por la cual muy en el fondo temía perder la reverencia, incluso en caso de hallarla en pleno templo.

Pero no pudo verla. No había asistido.

Ni tampoco ninguno de los Cantillano, a excepción de Felicia y de la tía Dolores, quienes en realidad no despertaron en él siquiera el interés de intercambiar el menor saludo al final del oficio religioso. Aunque en todo caso no habría podido hacerlo, merced a la indisimulada prisa con la que ambas mujeres subieron al coche que las aguardaba frente al parque, sin detenerse a conversar con nadie ni a lucir los opulentos sombreros, los densos velos y los enriquecidos trajes con los que acostumbraban darse cada domingo un baño de admiración y envidia.

Fue bastante más parsimoniosa doña Elena para hacer lo propio, habida cuenta de la gran cantidad de amistades que se acercaron a ellos desde el instante mismo en que saliesen de la iglesia para preguntar por don Fernando. Entre estas abundaban, claro está, las señoras que conocían de antaño a los Herrera, pero curiosamente no pocas de estas llevaban del brazo a alguna linda y sonriente señorita que intercambiaba entretanto algunas palabras con el guapísimo hijo único del matrimonio, cuya creciente fama de buen mozo no debía tanto a su figura espigada y armoniosas facciones como a la cálida sensibilidad y la instintiva gentileza de su conversación y sus modales, que la pena y la incertidumbre no lograban disipar.

Difícilmente estuviese Ernesto de ánimos para otra cosa que para escuchar y responder con mera cortesía. Pero de las varias muchachas a las que se vio obligado a dirigir la palabra, sobresalió rápidamente una alegre y desenvuelta muchacha de bien moldeada figura, risa franca y porte altivo, a la

que conociese en un baile meses atrás y veía ocasionalmente en la iglesia. Mariela Quesada era su nombre, y era aparentemente compañera de clase de Ariana. Y gracias a la añeja amistad que tenía su madre con doña Elena y a la prolongada conversación resultante, gozó esta jovencita de una inédita oportunidad para desplegar por un buen rato ante el gallardo muchacho la insospechable gracia que se escondía debajo de su aparente altanería.

Habiéndose despedido de ella y de su madre, expresó doña Elena el deseo de recorrer a pie la larga distancia que los separaba de su casa; y no tuvo gran dificultad en persuadir a su hijo. No solo porque aún faltaba mucho para el mediodía o por el gusto que tenía Ernesto por el ejercicio y el aire fresco, sino sobre todo por su desesperante necesidad de adormecer, o al menos postergar, las angustias y preocupaciones que lo seguían a todas partes. Pero, ¿cómo iba él a suponer lo que le esperaba al cabo de aquel trayecto, en la propia acera de su hogar?

“*Otra vez ese montón de policías*”, se dijo el muchacho al divisar en la esquina cinco o seis de esos uniformes que ahora le despertaban un instintivo recelo. El menudeo de tales despliegues en ese barrio era un fenómeno relativamente reciente, pues por mucho tiempo había sido raro ver más de dos oficiales en la zona. Pero cualquier vestigio de normalidad quedó rudamente suprimido de su mente al observar, estacionado delante de la entrada principal de la mansión de los Cantillano, un lujoso automóvil sobre cuyos faros ondeaba una diminuta pareja de banderas de Costa Rica. Al momento se produjo dentro de su pecho un furioso redoble de rebelión, que se acrecentó al ver a una pareja de esbirros que abría solemnemente la portezuela de aquel vehículo y enseguida se cuadraban pomposamente haciendo sonar los tacones de sus botas, como preludio al descenso de un personaje al que Ernesto reconoció inmediatamente entre un sonoro respingo.

Enfundado en un vistoso traje militar, con tricornio, charreteras, pantalón blanco y botas germánicas, el bigote bien cuidado, la pincelada de barba debajo del labio inferior, la mirada despótica y penetrante... aquel pequeño Káiser era José Joaquín Tinoco.

—No volvás a ver—le ordenó en voz baja pero terminante doña Elena, oprimiéndole fuertemente el brazo—. Seguí caminando, mirando solo al frente, hasta que entremos a la casa. ¡Y ni se te ocurra voltear la cabeza!

Por entrar a la casa se dieron prisa, con semblante más bien sereno la dama, agitado el muchacho pese a su esfuerzo por reprimirse. Y a despecho de los llamados maternos a la prudencia, no pudo Ernesto contenerse más: se

parapetó otra vez detrás de la amplia y enrejada ventana de la sala, encadenado allí por una sospecha horrible y resuelto a saciar su curiosidad por saber a qué se debía tan aparatosa visita del Ministro de Guerra a la casa de sus vecinos.

No tardó mucho en enterarse, y probablemente habría preferido no hacerlo. Sin haberse cumplido dos minutos desde que se apostase allí, la puerta de la casa se abrió nuevamente, y los esbirros que permanecían a la entrada volvieron a cuadrarse haciendo un gran ruido. El brillo del sol reveló casi sobre el pórtico la portentosa figura del General, quien se volteaba hacia el interior de la casa como ofreciendo su brazo a alguien. Pero cuando quedó también al descubierto el esbelto contorno femenino que, tomando ese brazo, comenzaba a dejarse conducir hacia el automóvil, luciendo un magnífico vestido de hombros descubiertos y un emplumado sombrero de ala estrecha, experimentó el joven la horrenda sensación de que todos sus órganos internos se precipitaban a la vez en un pavoroso abismo sin final. ¡Se trataba de Ariana!

El joven apartó bruscamente la vista de la vidriera y, aturdido como si hubiese recibido en la cabeza un golpe rabioso, se dejó caer de espaldas sobre el sofá con los dedos arando sus frondosos cabellos marrones. Frente a sus ojos parecía desenrollarse un imaginario papiro en el que leía una sola, terrible conclusión: el hombre que había visto acercarse a la ventana de su vecina todas esas noches, el desconocido al que había intentado vanamente interceptar, el cortejante secreto sobre cuya existencia tanto especulase la voraz lengua de tía Dolores, no era tan solamente un “protegido” de los Tinoco... ¡sino el General en persona! Y por consiguiente, razonaba el muchacho crujendo sus dientes de furor, era casi inevitable conjeturar que la virtuosa Ariana Cortés, la dulce y sensata jovencita de cuya nobleza, integridad y buen juicio siempre había estado tan seguro, hubiese capitulado ya a los pies del más consumado, irresistible y despiadado de los seductores josefinos.

Y si antes lo había asombrado la magnitud del dolor que le producía el simple pensamiento de perderla, ahora lo electrizó la velocidad con la que aquella frustración se trocaba en un odio ilimitado hacia aquel insolente militar que, a la manera de los señores feudales del medievo, se arrogaba el derecho de decidir sobre la libertad, la propiedad y aún la intimidad de sus desventurados súbditos. Podía soportar que ella, en la soberanía de su ingenuidad, no pensara en él más que como un amigo, o acaso que lo viese con

la misma injusta indiferencia que él veía a Mariela Quesada, al menos hasta esa mañana... pero en cambio lo sublevaba hasta las llamas la sola posibilidad, que tan inminente le parecía ahora, de que aquel cínico coleccionista de amoríos fuese a ser a la postre el seleccionado por el destino para gozar sin mérito alguno de un privilegio tan excelso. Un pensamiento que lo hacía apretar los puños y estremecerse de ira. “*¡Maldito sea... mil veces maldito sea ese Joaquín Tinoco!*”

—¡Ernesto...! —la voz de su madre, resquebrajada por el mismo desasosiego que se dibujaba sin clemencia en su rostro al asomarse poco a poco, interrumpió aquella mortífera espiral de emociones—. Aquí... aquí hay un policía... ¡preguntando por vos!

¿Un policía en la puerta? Tan absorto había estado en sus torturantes reflexiones, que ni siquiera había alcanzado a oír cuando tocó. Pero al instante el temor le hundió en el pecho su gélido mordisco. “*Se acabó... ¡se acabó todo! ¿Hasta cuándo va a seguir esto? ¿Cuándo me va a soltar ese infeliz, cuándo va a entender que yo no tengo con qué competirle?*”... Trabajosamente se puso el joven en pie, pálido y trémulo, sin saber muy bien si lo dominaba el ímpetu de su cólera o la triste frustración de su impotencia.

—Muchacho de Dios... ¡bien te dije yo que no te asomaras ni a la ventana! —el susurrante reproche de su madre, pronunciado con más dolor que molestia, terminó de apabullarlo. Durante un segundo que se le hizo eterno la miró de hito en hito; mas luego, sin responderle palabra, enfiló presurosamente hacia la puerta de la calle, donde se erguía con desdeñosa inexpresividad el oficial.

—¿Ernesto Herrera Miranda? —inquirió este, leyendo de un papel sin molestarse en mirarlo.

—Para servirle—el rencoroso acento en la respuesta del joven no hizo más que ilustrar con cuán poca sinceridad la pronunciaba.

—Tenga, esto es para usted—anunció el policía, extendiéndole el mismo papel que tenía en sus manos, cuyo membrete dejaba a las claras su origen oficial—. Tiene que presentarse en la Segunda Sección de Policía antes de las dos y media de esta tarde.

—¿Un domingo? ¿Y por qué?

—Porque lo ordena el general Tinoco.

El Castillo Azul

Después de torcer hacia el Este en la Avenida Central y de recorrer el corazón de la capital, el vehículo subió la pronunciada Cuesta de Moras y se detuvo finalmente frente a la mansión que coronaba la eminencia, desde la cual la ciudad ofrecía una vista incomparable. La llamaban “*El Castillo Azul*”, por causa del índigo pendón que identificaba al Partido Republicano; y aunque el líder de este, don Máximo Fernández, la había hecho levantar pocos años atrás con la esperanza de instalarse en ella como Presidente de la República, una serie casi incomprensible de peripecias políticas había desembocado en que fuese otro inquilino muy distinto el que la convirtiese en Casa Presidencial.

Delante de aquel suntuoso palacio, bajo la constante vigilancia de numerosas tropas situadas tanto en la calle como en el vecino Cuartel Bellavista—en lo que irónicamente había ordenado transformar el presidente Tinoco la antigua propiedad de su difunto suegro, el prócer don Mauro Fernández—, dormitaba posiblemente la mitad de los automóviles que había por entonces en San José, cuyos ocupantes ataviados en galantes trajes iban subiendo con lenta solemnidad la larga y empinada escalinata de mármol que, curvándose a ambos lados del elegante balcón, conducía a la entrada principal.

Durante todo el viaje, sin embargo, permaneció Ariana tímidamente arrinconada contra la portezuela, con sus pupilas refugiadas en el curioso paisaje que admiraba a través de la ventanilla: el paisaje de una ciudad que no terminaba de ser pueblo. Edificios públicos de estilo depurado, amplios almacenes, torres de iglesia, la imponente cúpula escarlata del Teatro Nacional, líneas de tranvía y alumbrado eléctrico, que alternaban con plantaciones de café y maíz, casonas de adobe o de madera, caballos y vacas. En ningún punto del trayecto se apartaron sus ojos del exterior, ni salió de entre sus labios más que su acompasada respiración, aunque la cercanía del General era inescapable gracias a la finísima fragancia que flotaba dentro de todo el automóvil.

—¿No habla usted, *mademoiselle*? —con su modo siempre afable quiso Joaquín romper el hielo, mientras su chofer orillaba lentamente el automóvil y los jóvenes cadetes de su guardia personal (“*la Guardia Tinoco*”, como se le

conocía por predominar en ella su parentela) se apresuraban a formar un pasillo de honor para saludar su llegada. Sentado a su derecha en el amplio asiento de atrás, el galante militar parecía casi divertido del tenso afán con que la retraída jovencita guardaba celosamente una distancia exagerada, casi hasta el límite del desaire.

—Le ruego perdonar mi silencio, don Joaquín—pudo ella rehacerse lo suficiente para contestarle—. Pero es la primera vez que salgo sin ninguno de mis familiares, la primera vez que me subo a un automóvil, y también la primera vez que me invitan a conocer al Presidente... y con solo una de esas tres cosas hubiera sido suficiente para ponerme así.

Sonrió ampliamente Joaquín al oír su chispeante respuesta.

—Debe usted acostumbrarse—comentó, antes de abrir la portezuela—. Las joyas no existen para ocultarlas. ¡Brillar es su destino! Y tampoco una señorita con su clase, garbo e inteligencia ha nacido para que su natural resplandor se agote entre cuatro paredes, lejos de donde está destinada a relucir.

En cuanto echó el General pie a tierra, se escuchó el metálico chasquido de los sables que se unían en las alturas, como corona de aquel imperial recibimiento, mientras a ambos lados de la portezuela se colocaban sendos oficiales en posición de firmes y llevándose la mano derecha a la visera de sus respectivos quepis. Pero Joaquín no correspondió a los homenajes más que con una ligera mirada y un distraído movimiento de su mano; su camino ya estaba trazado, y debía conducirlo a la portezuela del lado contrario, que abrió él mismo para ofrecer otra vez su brazo a la desconcertada Ariana y ayudarle a descender del automóvil.

Si la teatral aparición del inefable Ministro de Guerra había levantado el acostumbrado murmullo admirativo entre invitados y transeúntes, fue la cálida belleza de la debutante jovencita la sorpresa que aglutinó todas las miradas y convirtió tal admiración en franca alabanza. No era conocida de casi nadie de quienes allí se encontraban, y la novedad no hizo sino poner de relieve la delicadeza de sus encantos, realzados por la sobria galanura de su atuendo, que constituía un preciso contrapunto para la exaltada elegancia de su acompañante. Ya medida que ambos iban subiendo gradualmente la prolongada escalinata desde la calle, dejaban tras de ellos una estela de comentarios exuberantes.

—Vas a conocer a mi hermano Federico, y a doña María, su esposa—iba instruyendo suavemente Joaquín a la trémula colegiala, quien de momento

no se percató de un significativo detalle: su guía había dejado sutilmente de tratarla de “usted”—. Pero no te inquietés. De hecho no sería nada raro que ya ellos y vos se hayan visto antes; mi familia y tu tío han sido amigos desde hace años, por lo de las fincas de mi papá en Juan Viñas que están a la par de las de él. Aunque eso sí, está difícil que se acuerden de vos tan fácilmente, así que cuanto más pronto mencionés tu parentesco, mejor...

A pesar de la honda excitación que la asediaba en aquel escenario, no pudo Ariana evitar la comparación entre este consejo y los muchos que le había dado la tía Dolores antes de salir. Pues había sido ella testigo de una extraña transformación sufrida por la peculiar comadrona entre el viernes y el domingo: pasar del inicial entrecejo desdeñoso a una zalamería aún más insoportable, cuya única explicación posible tenía que ser la oportuna reflexión de que no debía haber mucho de tragedia en tener una sobrina, cualquiera que fuese, como invitada de honor de los Tinoco en Casa Presidencial. Pero ninguna de sus previsiones podría haberse anticipado a la imprudencia que estaba a punto de cometer.

—¿Y doña Mercedes? —inopinadamente saltó desde sus labios la interrogante crucial, la que venía cocinándole las cuerdas vocales desde el momento mismo de salir—. ¿Ella va a venir?

Todavía estaban cruzando aquellas dos preguntas la frontera de sus labios, cuando ya la jovencita estaba arrepintiéndose de haberlas dejado escapar. ¡Venir a mentar la soga en casa del ahorcado...! Habiendo dado él tan claras muestras de sus intenciones donjuanescas hacia ella, y a punto como estaban de mostrarse juntos en público ante la más selecta sociedad josefina, ¿cómo podía atreverse ella a una torpeza tan descomunal como preguntarle si su esposa estaría presente?

El General, sin embargo, lucía tan preparado para esta eventualidad como para cualquier otra. ¿Podía exigirle una cautela tan rayana en el cinismo a una inocente colegiala que posiblemente jamás se hubiese figurado verse en una situación como aquella? Sin inmutarse siquiera, ni mucho menos desenlazarse de su brazo, le respondió:

—De hecho ya tiene un rato de estar aquí. La pasé dejando antes de ir por vos. Después te la presento, por supuesto... Pero primero lo primero: aquí están mi hermano y su señora.

Sobre la terraza del balcón, en efecto, aguardaba la pareja presidencial. A la izquierda, doña María Fernández de Tinoco, dama carirredonda y de prominente pecho, ataviada con un soberbio vestido blanco

y con un ancho sombrero del mismo color, luciendo una majestuosa selección de joyas. Hacia ella se inclinó primero Ariana, tendiéndole reverentemente la mano, para ser correspondida con una afable sonrisa. Y luego, hacia la derecha, luciendo un traje negro de perfecto corte, sombrero de copa y un bastón con empuñadura de oro, el atildado Presidente de la República, Federico Tinoco. La otra mitad del régimen.

Flaqueó Ariana al momento de saludarlo, sin poder sobreponerse con facilidad a la desagradable impresión que le causó de inmediato su presencia. Y no solo por el gesto irremediabilmente altanero con el que la miró de arriba abajo, sin mover un músculo de sus arrogantes facciones. Sino porque, a más de la atmósfera de lejano despotismo que irradiaba... ¡todo en él le parecía falso! Sus bien cuidadas manos le recordaban las de un rígido muñeco de madera, y la leve palidez de su piel se le antojaba signo de una naturaleza obstinadamente débil. Incluso su cabello, sus cejas y sus pestañas se veían artificiales, y la tensa inexpresividad de su rostro—al que faltaba el casi omnipresente bigote, y cuyo caído labio inferior le imprimía un aire desabrido—parecía un fútil intento de esconder su temor a que toda aquella fachada fuese a caérsele de pronto.

Naturalmente aquella avalancha de pensamientos fue seguida casi de inmediato por un sentimiento de culpable vergüenza, que produjo en la muchacha un efecto imprevisto: ponerla otra vez en ese estado de febril ansiedad que, al combinarse con su esfuerzo por dominarla, le daban el aire de discreto nerviosismo e infantil coquetería que la volvía irresistiblemente encantadora.

Quizás el Presidente detectase el instintivo rechazo, o tal vez simplemente le causase alguna extrañeza verse de pronto examinado tan de cerca por una adolescente a quien ni siquiera recordaba conocer. Pero su inicial actitud casi despectiva solo duró unos segundos, hasta que Joaquín se adelantó hacia él para decirle algo al oído. Al instante pudo ella ver cómo se suavizaba la expresión del hombre del traje, quien de inmediato se volteó hacia la jovencita para rendirle pausadamente su sombrero, trazando en su enorme boca algo reminiscente de una sonrisa y tomándole luego la enguantada manecita para la ritual galantería del beso.

—¿Así que usted es la señorita de la que me ha estado hablando Joaquín? —inquirió, con la estudiada cordialidad que delataba su espíritu aristocrático—. Permítame entonces darle la bienvenida y decirle que se sienta como en su casa, pues para mi esposa y para mí mismo es un placer

gozar de su compañía en una ocasión como esta.

—Mil gracias, señor Presidente... —aunque creyese la invitada que solo le saldría de los labios un farfullar incomprensible, su voz emergió firme y clara.

—Tengo entendido que usted es sobrina de don Elías Cantillano...

—En efecto, señor... mi mamá es hermana de doña Lucía, la esposa.

—¿Y lleva usted mucho tiempo aquí en San José?

—Seis años, don Federico.

—¿Seis años? —la sutil perplejidad fue posiblemente la expresión más genuina que le había visto Ariana al anfitrión hasta ese momento—. Mm... sí, ahora recuerdo... Usted debe ser la chiquita que ellos se trajeron a vivir bajo su techo... Y va usted a disculparme, pero honestamente me la seguía imaginando como una niña. Pero vamos... pase adelante, que mi hermano Joaquín la guiará a su asiento.

Muy pronto se encontró la colegiala en medio de un comedor dispuesto con supremo gusto, en el cual sobresalía una mesa aparte, elegantemente arreglada y coronada con delicadas flores, hacia la cual la fue conduciendo gentilmente el viril General. Mas su curiosidad fue trocándose pronto en notable agitación, al comprobar por un lado que los invitados, todos ellos especímenes de lo más granado de la sociedad josefina, eran bastante menos numerosos de lo que inicialmente había esperado; y por otro que, a pesar de lo anunciado por Joaquín en casa de los Cantillano, no había una sola alumna del Colegio Superior de Señoritas o de ningún otro centro educativo, ¡exceptuándola a ella misma!

Una sospecha terrible la asaltó entonces. ¿Acaso el prometido homenaje oficial no tendría otra destinataria que ella, constituyendo así una espectacular e imprevista presentación en sociedad? ¿O, peor aún, se había tratado de una mera coartada, un ardid del seductor militar para obtener de sus tíos el permiso de salir con ella a plena luz del día? Poco le faltó para dejarse arrastrar por el pánico y huir a toda prisa de aquel palacio... pero la retuvo allí el consejo que la víspera le había reiterado la maestra María Isabel, en otro encuentro furtivo cerca del Parque Morazán: *“necesitás tener siempre presente porque lo estás haciendo”*. Sí... ¡por la felicidad de Ernesto, por la libertad de don Fernando!

Solamente así, aferrándose con todo su ser a la convicción que gobernaba su actuar y que orientaba su rumbo a través del tempestuoso mar de la seducción y la frivolidad, pudo asimilar a medias la siguiente sorpresa que

estaba por descubrir: la súbita comprensión del sitio en el que la había hecho sentar Joaquín. Que resultaba ser la mesa principal de aquel banquete. Donde compartiría con personalidades como el Ministro de Hacienda—a la sazón uno de los grandes accionistas del periódico “*La Información*”—, el embajador brasileño Amaral Murtinho y su distinguida esposa, hermana de la Primera Dama, y otra pareja de diplomáticos sudamericanos. Donde el propio Joaquín tomaría el puesto de honor, a la derecha de la cabecera que ocuparía el Presidente en persona. Donde tendría a su derecha a la culta y refinadísima doña María... y directamente al frente a la mismísima doña Mercedes Lara de Tinoco, ¡la esposa del General!

“*Dios mío... ¿y qué tengo yo que ver con todo esto?*”, gimoteó en sus adentros. “*¿Qué estoy haciendo aquí?*”... Pero ya no había vuelta atrás. ¡Estaba atrapada!

Ariana resiste

Podía estar ahora en medio del prestigio y la grandeza, con una vajilla exquisita ante sus ojos y un pelotón de expertos sirvientes presto a atender sus más ínfimos caprichos, pero en el corazón de Ariana todo esto resultaba un indecible suplicio, un mortífero cáliz que ahora no tenía más remedio que beber. ¿No era, en efecto, la más acabada pesadilla para ella, tímida por naturaleza y presionada además por su innato sentido del decoro? Para sobrevivir y mantener a salvo su dignidad, pensaba, su única esperanza era pasar lo más inadvertida posible. Mas incluso esa retirada estaba a punto de serle cortada por el sagaz y mundano Joaquín.

—Amigos míos—apenas le sirvieron la primera copa, el General la tomó en su mano y la levantó con elocuente finura, mirándola con expresión traviesa—. Muchos de ustedes deben estarse preguntando quién es esta damisela tan agraciada que engalana con su hermosa presencia este salón. A algunos se las he podido presentar, y a otros apenas les he hablado de ella. Pero no quisiera esperar más para anunciarles que hemos querido distinguir en esta tarde a la señorita Ariana Cortés, a quien me honro en llamar amiga mía, y quien a su natural belleza agrega el talento y el empeño necesarios para convertirse en una fulgurante estrella de nuestra educación secundaria. Reconociendo tanto sus logros como las adversidades que ha debido superar para obtenerlos, y haciendo votos por el futuro brillante que indudablemente tiene por delante... bebamos, pues, ¡a su salud!

¿Acaso se necesitaba más para apabullar por completo un espíritu como el suyo, tan poco acostumbrado y aún menos deseoso de ser el centro de atención? El sonrojo nuclear que arrolló sus facciones habría sido el preludio de un desmayo, si no se hubiese interpuesto en su mente una peregrina interrogante: ¿no era precisamente eso lo que buscaba Joaquín, quebrantar su forma de ser y derribar sus escrúpulos? ¿No demostraba él una frescura incomprensible al continuar derramando sobre ella todo tipo de galanterías sin apenas inquietarse por la presencia de su esposa?

Para colmo de su aflicción, casi todos los caballeros y no pocas damas se aglomeraron en derredor suyo en cuanto hubieron sorbido sus respectivas copas, insistiendo en serle presentados y ofrecerle sus parabienes. ¡Cómo

sufrió entonces la retraída colegiala, sosteniendo a durísimas penas su compostura para responder con buen tino a todos aquellos saludos! ¡Cuánta satisfacción, por el contrario, danzaba en las facciones del General, quien gustoso iba introduciéndola ante tan selecta concurrencia! ¡Y cuánto aumentaba su pena la actitud condescendiente que manifestaba hacia ella doña Mercedes, sin dar muestras de maliciar absolutamente nada en las atenciones que le ofrendaba su marido!

Aquel desfile de dignatarios y de emperifolladas damas se prolongó hasta que los criados comenzaron a distribuirse con sus bandejas por el comedor, y a servir un excelso banquete, aderezado por vinos óptimos y con la preciada música ofrecida por un quinteto de instrumentistas agrupados en torno al piano de cola que poseían los Tinoco, famoso por haber sido el primero de su tipo en toda la capital. Por cierto que la ardiente admiración con la que por largo rato contempló Ariana tan ilustre instrumento fue lo único capaz de sacarla, aunque fuese momentáneamente, de su rocosa prisión de resignados nervios, a la que no tardó en volver cuando arreció la tertulia de sobremesa.

Incluso su apetito había terminado por huir, no obstante el succulento aspecto de los manjares ofrecidos ante sus ojos y del sugerente aroma que emitían. Y a despecho de su empeño en disimularlo, no tardó en observarlo doña María, Primera Dama y esmerada anfitriona, a quien tenía a su derecha y cuyos movimientos derrochaban su impoluta distinción hasta para echar mano de los cubiertos.

—¿Está todo bien? —a ella se dirigió la dama con suma discreción, evitando hacerse notar por los demás comensales—. Te veo un poco desganada... nerviosa, tal vez... ¿Hay algo que te incomode?

—Eh... sí, un poco... no le voy a mentir—balbuceó a su vez la jovencita, intentando reprimir su persistente ansiedad—. Es que... nunca he sido buena para esto de los salones y las actividades sociales... Y jamás he podido acostumbrarme a este tipo de ambientes, ni siquiera por el hecho de vivir con una familia como la de mis tíos...

La anfitriona acogió con un gesto benigno aquella explicación, y oprimió con suave cordialidad la manecita de la atribulada muchacha.

—Ahora que lo decís, tengo la impresión de haberte visto en alguna de las oportunidades que cenamos Federico y yo en casa de los Cantillano—comentó, demostrando en cada gesto suyo el afán de aliviar de alguna manera la notable agitación de Ariana—. Aunque desde luego, estabas mucho más

niña y sí, recuerdo que rehuías a las visitas y que a tus tíos les extrañaba que prefirieras siempre quedarte en tu cuarto leyendo...

—Creáme, doña María, que aunque me encanta su casa, la comida está deliciosa y usted es una anfitriona excelente, ¡sigo prefiriendo lo mismo!

Oyendo la espontánea ocurrencia de la jovencita, no pudo la señora menos que reírse.

—Veo que seguís teniendo alma de niña—el tono cambiante de sus pupilas se detuvo en ella con expresión jovial—. Y eso, Ariana, te hace muy natural, y por consiguiente encantadora. ¿Qué más necesitás para que te vaya bien en este tipo de actividades? ¡Nada! Pero ahora, que ya estás grandecita, toca vivir también este tipo de experiencias... y aún si no llegaras nunca a disfrutarlas, al menos debés aprender a conducirte en ellas y a sacarles el mejor provecho. Solamente no te dejés intimidar, incorporate a la conversación sin ningún temor, tratá a todos con respeto y no te des por menos ante nadie. No requerís más que eso para que la tarde sea para vos un triunfo.

La muchacha asintió en silencio, reanimada tanto por las reflexiones de la Primera Dama como por la gentileza de su trato y aun por el detalle de llamarla por su nombre. Hizo un esfuerzo por sintonizar sus precisos oídos para descifrar algún componente específico del colectivo ruido de la frivolidad, y cuando lo consiguió pudo oír a don Federico comentando con sus invitados el reciente cierre de la Legación de los Estados Unidos y la casi inmediata partida del país de Mr. Johnson, el encargado de negocios yanqui.

—A ese miedoso debe haberle erizado el pelo la cartita que yo le mandé, al día siguiente de los desórdenes—comentó Joaquín, aparentemente en son de broma—. ¡Tan valiente que se veía ahí en su balcón, insultando a la policía!

Todos los invitados soltaron una risa que tenía más de adulatora que de regocijada. Y mientras el General revelaba, sin dejar su tono casi jactancioso, los pormenores de la queja presentada por él ante el diplomático, a Ariana se le iba espoleando una tremenda curiosidad por conocer el significado real del acontecimiento, tanta que logró romper el anillo de timidez que sellaba su boca.

—Pero entonces—se escuchó a sí misma, con disminuida voz, dirigiéndose a Joaquín—, ¿eso de cerrar la Legación quiere decir que los americanos rompieron relaciones con Costa Rica?

Al instante mismo de oír la pregunta se enderezó en su silla don Federico, en cuyas facciones se revelaba cuánto le sorprendía que esta hubiese

provenido de la invitada más joven y silenciosa hasta entonces. Viendo el interés presidencial, el hermano menor le cedió el paso con una rápida ojeada, mientras obsequiaba a la muchacha una de esas enigmáticas sonrisas suyas que lo volvían tan fascinante.

—No, señorita, en realidad no—respondió el Presidente, mirándola fijamente con esos ojos oscuros y subyugantes por los que era fácilmente reconocible—. Aquí continúa funcionando el Consulado Americano como si nada, y los ciudadanos de ese país nunca han estado más seguros en el nuestro que ahora. La partida de míster Johnson es todo lo contrario: una admisión, implícita por lo menos, de que su conducta sobrepasó por mucho los límites aceptables para un diplomático extranjero.

—Aunque más bien nos ha sobrado paciencia, considerando los antecedentes de ese hipócrita de Wilson—observó Joaquín, retomando su castrense seriedad—, al que tanto le gusta predicarle democracia a los europeos, pero que aquí en América se entretiene invadiendo países débiles como Cuba y Nicaragua, y negándose a aceptar, por puro capricho y por las intrigas de algunos traidores, que en Costa Rica hubo elecciones libres hace casi dos años, y que por el voto del pueblo y por la nueva Constitución Política, mi hermano Federico es hoy sin ninguna discusión el legítimo Presidente de Costa Rica.

—Siempre me acuerdo de esas elecciones, porque en esos días yo estaba por cumplir quince años, y además era la primera vez que mi primo Rafael acompañaba a votar a tío Elías—las palabras de Ariana fluyeron ahora con un poco más de soltura, merced a su empeño por olvidarse temporalmente de sus álgidos temores y presentar ante aquellos señorones su cara más agradable—. Apenas había pasado como un mes de lo del 27 de enero... ¡por cierto, hasta a los peones de las fincas trajeron mis tíos a la marcha que hubo aquí en la Avenida Central! Pero sí hay un detalle que no logro recordar, por más vueltas que le doy... es decir, todos íbamos con don Federico, pero... ¿quién era el otro candidato?

Dada la sencillez con la que planteaba la jovencita su cándida interrogante, lo último que habría supuesto ella era el baluarte de silencio embarazoso que se impuso al momento sobre la mesa. Al advertir la mueca de extrañeza con la que se agolpaban sobre ella las pupilas de don Federico y su esposa, así como las de Joaquín y la suya, e inclusive las que fulguraban en el cuadrado rostro del embajador de Brasil, se llenó otra vez de pánico y casi enseguida comenzaron sus mejillas a arderle como las laderas del volcán

Irazú. “*Dios... ¿por qué me miran así? ¿Qué fue lo que dije?*”... la certeza de haber cometido alguna inconsciente ligereza la martirizó durante largos segundos, hasta que una piadosa sonrisa de doña María vino a devolverle un resto de aliento.

—En realidad, *mademoiselle*, no hubo ningún otro candidato, estrictamente hablando—le aclaró Joaquín, con visible condescendencia y sin esperar a que lo hiciese su cuñada—. A esas alturas estaba el país tan agradecido con Federico por su acto de valor, que nadie quería enfrentarse con él, y por consiguiente ningún otro ciudadano presentó su nombre... aunque en honor a la verdad también hubo un puñado de gente, doscientos y algo de viejos cuando mucho, que votaron por don Rafael Iglesias, ¡aun cuando él ni siquiera había querido ser candidato!

—Ahora bien, cuando pasen las elecciones para el Congreso y el Senado, ahora en marzo, tal vez Wilson se convenza de que, a pesar de los pesares, la gran mayoría de los *ticos* sigue con nosotros, y de que es inútil seguir con esa farsa suya de no reconocernos—apuntó don Federico, en cuyos labios florecía una pincelada de autosuficiencia—. Si no fuera así, y si nuestros enemigos, que por supuesto los tenemos y en buena cantidad, tuvieran la más remota esperanza de poner de su lado al pueblo y lograr sus votos para sacarnos del poder, ¿qué necesidad tendrían de andar en cambio organizando revoluciones en todas partes y suplicándole al propio Wilson que los ayude a invadirnos?

Oyendo Ariana las palabras del Presidente, se frunció momentáneamente sus labios y su ceño, en una expresión de chocante disgusto. “*Y si eso fuera cierto, ¿qué necesidad habría de tantos esbirros y armas, y de andar encarcelando a tanta gente?*”, pensó en replicar, con su fiero amor por la verdad y la justicia presentándole de nuevo la sañosa imagen del arresto de don Fernando, antes de que su no menos inflexible sentido de la prudencia hiciese expirar en sus labios esa furiosa refutación. ¿Qué podría lograr lanzándola, aparte de escandalizar a la concurrencia y ridiculizar a sus anfitriones? Nada, supuso. O quizás sí: sus represalias. No solo contra el padre de Ernesto, cuya suerte quedaría ya de por sí sellada en definitiva, sino contra sí misma y posiblemente contra todos los Cantillano, de cuya lealtad hasta entonces nunca habían dudado los hermanos Tinoco. ¡Demasiado riesgo sin ningún beneficio! Además, razonaba, ya había cometido segundos antes una indiscreción, de modo que dos consecutivas—especialmente considerando la magnitud que podía tener la segunda, mucho menos inocente—la pondrían a

ella en la mira de los gobernantes por todas las razones equivocadas. Así que su dulce boca permaneció inmóvil, en tanto que su espíritu suplicaba en secreto que aquello terminara pronto.

Joaquín lanza sus cartas

Tuvo la jovencita una oportunísima tregua cuando, después de los postres, se levantaron don Federico y sus acompañantes de la mesa principal para retirarse a fumar en el hermoso patio, de cuya decoración de estilo andaluz gustaban de presumir los inquilinos de la casa. Claro está, a ellos los siguió la mayoría de los caballeros, dejando en el amplísimo comedor únicamente a las damas, agrupadas en corrillos que charlaban animosamente entre sí. Aprovechando el respiro quiso Ariana rogar a doña María que le permitiese ver de cerca el apetitoso piano de cola, solicitud a la que accedió gustosa la Primera Dama; pero luego agregó con un guiño:

—Por lo que veo parece ser aficionada a la música, de modo que nos honraría mucho que quisieras deleitarnos tocándonos.

No tuvo más remedio la muchacha que aceptar, aunque su natural timidez se empequeñecía ante la pasión que sentía por el instrumento. En casa de los Cantillano era ella la única de las chicas que disfrutaba desde pequeña las lecciones de música, y a menudo pasaba una hora o dos practicándolas en el teclado vertical que poseía la familia, de modo que la oportunidad de ponerle las manos encima al afamado piano de los Tinoco resultaba para ella un sueño casi inverosímil. En efecto, instantes después le hacía rueda casi toda la concurrencia femenina, escuchándola ejecutar con depurada agilidad una pareja de valeses, y antes de terminar el primero habían llegado también del patio varios petimetres atraídos por la cálida interpretación.

Tardó bien poco en sumarse Joaquín a dichos personajes, y pronto se encontró casi al lado de Ariana, quien continuaba sumida en la música que iba tocando, aun cuando comenzaba a distraerla el pesante y maligno aroma a tabaco que ingresaba al salón impregnado en las ropas de los hombres que volvían del patio. A pesar del inevitable mareo que siempre le provocaba ese olor, empero, logró terminar sin contratiempos, y más bien se vio obsequiada por un nutrido aplauso y por no pocas exclamaciones elogiosas que, para renovado sonrojo suyo, no se limitaron a sus habilidades pianísticas.

Apenas se hubo levantado del taburete, sin embargo, sintió cómo el General le ofrecía su brazo, mientras le dirigía también una breve pero sensual mirada a los descubiertos hombros.

—Mi querida *mademoiselle*—su voz cordial retornó al sensible oído de Ariana—, si no tiene usted inconveniente, quisiera tener el honor de llevarla a conocer el despacho presidencial y los demás salones de esta casa.

Aunque un presentimiento incómodo la asaltó casi con la última sílaba, la muchacha dio un tácito asentimiento y con su habitual docilidad se dejó conducir a la hermosa escalera principal, frente a la cual una solemne puerta servía de centinela. Durante el trayecto no hizo Joaquín otra cosa que verter sobre ella una continua llovizna de frases amables, e indagar si hasta entonces le había resultado placentera la actividad. Pero no obtenía de su juvenil invitada más que respuestas escuetas y casi mecanizadas, ni conseguía disminuir la rigidez que percibía en el brazo femenino que mantenía enlazado con el suyo.

Ingresaron a un opulento despacho, en el que se advertían una grande y surtida biblioteca, un ancho y reluciente escritorio de finísima madera, y un sillón no menos cómodo junto al que había una diminuta mesa redonda, ocupada por varios periódicos y revistas. En cuanto se vieron adentro, sin embargo, el General cerró cuidadosamente la puerta e invitó a la trémula señorita a sentarse.

—Cada día me asombrás más—comenzó a decir Joaquín, paseándose con lujosa lentitud de un lado al otro del despacho—. No te basta con esos modales exquisitos y ese encanto natural que emana de vos como el aroma de una flor, sino que tenés la magia de la música en la punta de tus dedos.

—Gracias... por el cumplido... —musitó ella con sus ojos en la alfombra, sin moverse de la puerta ni obedecer la indicación de tomar asiento que le diese su anfitrión.

—Por si fuera poco—prosiguió el General, sin hacerle caso—, y aunque seas una jovencita reservada y de pocas palabras, cada vez que hablas queda demostrada esa capacidad tuya de fascinar con tu gracia y tu inteligencia a todos los que están a tu alrededor. Creo que nadie habría podido suponer lo enterada que estás del quehacer político de nuestro país; y sin duda mi hermano hubiera querido que continuaras preguntándole sobre esos temas.

Sitiada por una horda de angustia que descargaba sobre ella flechas incesantes, Ariana sintió cómo se le coloreaban de ardor las mejillas y el cuello.

—Con el silencio que se hizo en la mesa cuando pregunté—admitió ella sin poder aplacar el temblor de su voz—, ¡creí que estaba cometiendo alguna imprudencia!

—Y sin embargo, lo más sorprendente que tenés es esa modestia tan ejemplar—remató Joaquín su discurso, deteniéndose en medio del hermético recinto para fijar sobre ella sus pupilas de hierro denso—. A otras mujeres las aterroriza pensar que las desdeñen o las pasen por alto... pero vos parecieras tenerle más miedo a los elogios y a las distinciones.

—Es natural que usted se sorprenda, don Joaquín—no supo la colegiala de dónde le vino el impulso para replicar—. Después de todo... cuando uno no conoce a alguien, todo puede ser una sorpresa... y en realidad usted apenas me está empezando a conocer...

—Sé mucho más sobre vos de lo que estás suponiendo.

Envuelta en una ráfaga de inexpresable estupor que la hizo incluso dudar de sus sentidos, Ariana alzó sus ojos atónitos, con la boca entreabierta y privada de la capacidad de articular palabra alguna. Pero el General, lejos de inquietarse con el evidente desconcierto que acababa de causarle, la miró a su vez con indisimulable satisfacción.

—¿A qué se refiere usted?

—Sé, por ejemplo, que naciste en Cartago y ahí, en el Barrio de La Soledad, viviste muy feliz hasta los ocho años. Sé también que fuiste la segunda de siete hermanos, que desde muy niña sobresaliste por tu inteligencia y tu buen carácter, y que cuando entraste a la escuela ya sabías leer. Y por supuesto, sé que luego vino a tu vida una tragedia que te marcó para siempre...

Ariana cerró fuertemente los ojos y apretó los dientes hasta casi hacerlos crujir, al venirle a la memoria el sonido del terror: aquel retumbo sordo y poderoso que antecedió por una milésima de segundo al fin del mundo. Luego el furibundo trepidar del suelo, el colérico resplandor que tiñó los cielos de sangre, y el bramido de todas las paredes de su casa y de la ciudad al romperse simultáneamente. Su instintivo giro para aferrar a la más joven de sus hermanitas, que aún no había cumplido un año, justo antes de sentir sobre sus hombros y espalda el peso brutal de los muros y las tejas que colapsaban sobre ella y los suyos, metiéndole en la nariz y en la boca el amargo polvo de la agonía...

Solo dos palabras, ambas transidas de dolor y amargura, pudieron débilmente abrirse paso a través del tenaz enrejado que formaba ahora su arco dental.

—El terremoto...

—El terremoto, sí—la tersura con la que hablaba Joaquín se transformó sutilmente en una respetuosa gravedad, mientras su mano se posaba

amistosamente en el hombro de su joven compañera—. La noche de Santa Mónica. La noche en que perdiste a tu padre y a dos de tus hermanitos. Y, aunque probablemente no estés enterada de esto, en el terremoto también se perdieron los registros del matrimonio de tus padres y de tu propio nacimiento. Sin hablar de que vos misma resultaste lastimada y requeriste que te trasladaran a San José. ¿No es verdad?

—Me trajeron en el primer tren que regresó de Cartago, como a la medianoche—musitó ella, volviendo a enterrar sus claras pupilas en la mullida alfombra—. Mis familiares duraron dos o tres días en enterarse... hasta que dieron conmigo en el Edificio Metálico, donde me estaba recuperando...

—En lo físico te recuperaste muy bien, pero te volviste más huraña y temerosa, como a veces seguís siendo. Te afectó mucho ver a tu mamá viuda, con cinco niños que mantener y sumida en la miseria... y eso hizo que te apegaras mucho a tu hermano mayor, el que se llama Miguel igual que tu padre... El que hoy vive en Puntarenas, y que hace año y medio se alistó como soldado en el cuartel de allá... Y el único de tus hermanos con el que te escribís continuamente... ¿Estoy equivocado?

—No... en lo absoluto... —después de la profunda impresión inicial, y sin poder borrar de sus párpados el rastro de lágrimas incipientes, comenzó a preguntarse Ariana la razón que llevaba al General a hacerla hurgar en sus recuerdos más dolorosos. Y más aún, a haberse informado acerca de ellos con tanto detalle—. El resto de mis hermanitos tenía todavía muy poca edad cuando me obligaron a separarme de ellos...

—Una idea de tu tía Dolores, para aliviarle un poco la carga a tu mamá, y evitar que te fueras a vivir a Puntarenas con ella y con su nuevo esposo, tu padrastro. Pero en vez de hacerse cargo de vos ella misma, siendo viuda sin hijos y teniendo algunos medios económicos, prefirió dejarte en manos de tu otra tía, doña Lucía... que por ser esposa de un hombre tan rico como don Elías, podía ofrecerte una crianza mucho más llena de comodidades... y de lujos, ¿por qué no decirlo? Muchos lujos, los mismos que estuvieron siempre al alcance de tus hermosas primas Felicia y María Consuelo, así como de Pilar, la mayor de tus primas, y la única que ya está casada...

“*Vergüenza roja. ¿Por qué será roja la vergüenza? Se siente y se sabe roja*”^[27], así expresaría muchos años después Yolanda Oreamuno una sensación igual a la mano escarlata que estrangulaba a Ariana en aquella penumbrosa oficina de cortinas cerradas y amplios ventanales, impidiéndole

el habla. ¿Quién podría haberle revelado a ese hombre esos detalles tan íntimos y tan precisos acerca de ella? ¿Rafael? ¿Felicia? ¿La tía Dolores? ¿O la interminable red de esbirros y espías que constituían a la vez la mejor arma del régimen y la peor pesadilla de sus ciudadanos?

—De modo que así fue como se decidió que te vinieras definitivamente a vivir a San José—siguió diciendo Joaquín, siempre con ese tono extrañamente afectuoso en el que había sin embargo un latente dejo de amenaza—. Gracias a eso pudiste retomar la escuela, donde a pesar de haberte atrasado casi dos años volviste a ser una alumna sobresaliente, lo mismo que ahora en el colegio. Y entiendo que esa mudanza fue también el origen de tu íntima amistad con tu vecino... el hijo del talabartero.

Ya no pudo Ariana contenerse más. Irguiendo bruscamente su hermosa cabeza y dirigiendo toda la energía de sus ojos azules hacia los del General, exclamó con irrefrenable impaciencia:

—Bueno, ¿y qué se propone usted diciéndome todo esto?

El militar ni siquiera parpadeó, y bajo su cuidadísimo bigote se esbozó más bien una sonrisa de acertijo. Su impavidez, sin embargo, exaltó aún más a la muchacha.

—¿Todavía no lo has entendido? —ni siquiera la calmosa dulzura con la que vino su interrogante logró ya hacer retroceder su molestia.

—Honestamente no—replicó ella con irrefrenable impaciencia—. Es verdad, después de la tragedia yo fui criada por parientes ricos, y me tocó desde la niñez vivir sumergida en esta atmósfera de sociedad, elegante y llena de brillo, aunque también vanidosa, frívola y escéptica. Pero, a no ser que su intención sea la de avergonzarme, en cuyo caso habría elegido usted el más equivocado de todos los caminos posibles, no entiendo a qué puede deberse el interés suyo en conocer tantos pormenores sobre una huérfana sin abolengo como yo, y menos aún el de echármelos luego en cara. Dígame de una vez, don Joaquín, ¿qué es lo que quiere lograr? ¿Qué está tratando usted de probarme?

—Antes de responderte, mi querida *Ariane*—repuso con frialdad el General, sin que le hiciese la menor mella la evidente ofuscación de la señorita—debo dejarte claro que me estás juzgando muy mal al suponer que yo te haya dicho todo esto con el fin de avergonzarte. ¿Cómo voy a desear yo semejante cosa, cuando todo mi afán está puesto en lograr exactamente lo contrario?

La faz de Ariana comenzó a poblarse de recelo y pena, capaces de doblegar lentamente el aspecto airado de los segundos previos. Joaquín,

haciendo una pausa inexpresiva, caminó despaciosamente hasta el voluptuoso escritorio, y de él recogió una elegante pluma con la que sus dedos comenzaron a jugar maquinalmente.

—Son solo dos cosas muy simples las que quisiera yo hacerte entender —continuó él, al ver que ella volvía a guardar silencio—. La primera, que tu inteligencia me lleva a suponer que no ignoras en realidad, es que en este país tan pequeño y tan fácil de controlar no existen los secretos. Y que en Costa Rica no sucede nada, absolutamente nada, sin que nos enteremos los Tinoco. Por medios naturales o sobrenaturales, lo llegaremos a saber tarde o temprano. Así sea de la conspiración más tenebrosa o del más trivial de los hechos cotidianos. Y con mucho más razón cuando se trata de detalles sobre las personas que, por una u otra circunstancia, nos interesan más de lo habitual.

Dejó por un instante el General de hacer sus malabares con la pluma, y otra vez dirigió hacia la muchacha sus pupilas. Ella esquivó la mirada y frunció ligeramente sus labios.

—Y antes de explicarte la otra razón—añadió el hombre al cabo de unos segundos—me es necesario comunicarte dos noticias que, espero yo, te llenen el corazón de esa alegría que solamente pueden experimentar las almas puras y generosas. De la primera, en todo caso, estabas por enterarte en cuestión de días, pues seguramente ya viene camino a San José la carta de tu hermano Miguel anunciándotelo... y es su nombramiento, que firmé esta semana, como subteniente de las Fuerzas Armadas de la República en el cuartel de Puntarenas...

¿Qué tenía aquel hombre endiablado, que conseguía manejar sus emociones a placer con el menor movimiento de sus labios o, incluso, de sus párpados? Hacía un instante nada más estaba Ariana a medio camino entre la rabia y el pesar... y ahora la abrumaba más bien una mezcla entre sobresalto, desconfianza y sincero agradecimiento. ¡Miguel, oficial! ¡Sin haber cumplido diecinueve años! La enmudecieron por largo rato sus conjeturas. ¿Le representaría a la familia de su madre algún alivio el ingreso adicional que sin duda implicaría tal ascenso? ¿Y le depararía además prestigio y renombre, que pudiesen contribuir tanto como el dinero a mejorar sus perspectivas futuras?

No pudo siquiera recomponerse lo suficiente para darle las gracias al General, pero a este último no le interesaba oírse las. Se le veía mucho más complacido en el simple disfrute visual de la marcha de las emociones por el rostro y los hombros de la colegiala, por la incipiente veneración que comenzaba a relucir en ellos.

—La otra noticia—reanudó él las palabras una vez que estuvo satisfecho—ha sido una decisión exclusivamente mía, sobre la que no he querido informar a mi hermano Federico para evitarnos ambos un disgusto, pues él suele ser más inflexible en esas cosas. Esta mañana firmé la orden de liberar a don Fernando Herrera, el talabartero. De manera que, para cuando regreses a tu casa después de esta comida, el señor probablemente ya se encuentre en la suya, o al menos en camino.

Si la primera novedad había sacudido ya sus cimientos emocionales, ¿cómo podría medirse el magno aturdimiento que le provocó esta última? La incredulidad, luego la confusión, y tras ambas una incipiente felicidad: tres vagones de un mismo tren de sentimientos que a su paso le hizo temblar las manos y le arrebató por varios segundos el resuello. El deleite del General fue absoluto al verla en semejante estado.

—Te ruego que comprendas las implicaciones de lo que te estoy informando—añadió suavemente él—. Pensá que he hecho esto a contrapelo de cualquier lógica sobre la seguridad nacional, y poniendo quizás en peligro la estabilidad de nuestro propio Gobierno. Y que bastó tu súplica, tu palabra y nada más, para decidirme a asumir el riesgo de soltar a un presunto revolucionario.

Tan azorada estaba ya Ariana ante el bombardeo de revelaciones que seguía cayendo sobre su abrumado espíritu, que apenas podía prestarle atención a las palabras de Joaquín, sin atinar a figurarse del todo el verdadero sentido de ellas. Ese militar uniformado, ese hombre cuya autoridad era indiscutible, ¿era el depredador inclemente que había ordenado el arresto de un inocente, o el dirigente magnánimo que había puesto fin al oprobio de la prisión?

—Antes te preguntabas si estaba yo tratando de demostrarte algo—el Ministro de Guerra hablaba ahora casi en susurros—. ¿También en eso me juzgabas mal? ¿Suponías, acaso, que yo tenía detenido al padre de tu amigo por simple capricho, o incluso como un medio de canje para poder tomarme impunemente libertades y atribuciones con vos?

—Sin duda no faltaba a usted el poder para hacerlo, en caso de haberlo querido—logró replicar Ariana al verse directamente emplazada, a despecho de haber quedado despavorida por la repentina suposición de que el todopoderoso General hubiese sido capaz de descifrar sus pensamientos más recónditos, o peor aún, que la maestra María Isabel la hubiese traicionado—. Pero habría sido un acto en extremo cobarde y cruel, impropio de quien se

preciara de ser un caballero de honor y un preclaro dirigente de la República.

Acaso comprendiese de pronto la jovencita que, una vez más, sus labios se dejaban guiar más por la justicia que por la prudencia, puesto que bruscamente cesó de hablar y volteó su cara hacia él. Esperaba posiblemente encontrar una señal de irritación en el semblante de Joaquín, a juzgar por el asombro que experimentó al hallar en cambio una mueca de benevolencia.

—Es un alivio, hasta cierto grado, que no me hayas creído capaz de tanta bajeza—sentenció el militar, reforzándose con los movimientos de su cabeza—. Artimañas de ese tipo son las que le quitan todo su mérito a una conquista y todo su honor al mal caballero que las emplea. Porque pueden ayudarle, sin duda, a gozar del cuerpo de una mujer, pero no de su corazón. Para ganarse el corazón de una mujer se requiere de mucha paciencia, determinación, fantasía... ¡en fin...! Pero el hecho de que, en todo caso, no demuestres tenerme en tan alta estima como te tengo yo a vos, me obliga a tocar el segundo punto, el que considero más importante.

Me preguntabas—continuó, ante el estatuario mutismo de la nerviosa colegiala que lo escuchaba casi sin pestañear—si todo esto tiene un objetivo. Y no estás equivocada, la respuesta es sí. Mis palabras y mis acciones, las que apenas estás empezando a conocer, tienen un fin muy preciso, y es dejarte más claro que nunca algo que ya hace tiempo tendrías que haber adivinado: que tu aparición en mi vida no fue casual, que hay una fuerza cósmica que une sin remedio tu destino con el mío, y que mi interés en vos es mucho más real de lo que podría confesar si no estuviéramos solos...

—¡Por favor no siga usted, don Joaquín! —lo interrumpió ella, palideciendo de angustia y reculando bruscamente—. ¿No se da cuenta de que...?

—¿Cuándo vas a dejar de tratarme de “usted”?

Ariana se sintió una vez más al borde del desmayo, pero encontrando en el fondo de su alma un resto de orgullo, se rehízo de un momento a otro.

—Cuando usted—replicó levantando su mirada—deje de ser el general Tinoco.

—¿Es que no lo entendés todavía? ¡Para vos quiero ser simplemente “Joaquín”!

—Eso... eso es imposible... ¡nunca va a suceder!

El General avanzó hacia ella con decidida parsimonia. No lo miraba Ariana, no se atrevía siquiera, pero de todas maneras pudo sentir cómo la distancia entre ambos se iba acortando rápidamente. Hubiera querido ella salir

a toda prisa de aquel despacho convertido en trampa, pero sus pies se habían fundido con el suelo obligándola a permanecer allí, encendida, con los ojos bajos y el pecho palpitándole reciamente bajo el arrobador vestido. En su barbilla sintió luego posarse los dedos de aquel gentilhomme, empujándola con suave firmeza hacia arriba, como si quisiese obligarla a levantar hacia él sus azules pupilas.

—Hay momentos—dijo, con sutil vehemencia—en que ostentar un cargo público o una dignidad militar se convierte en una máscara, una careta de metal que deshumaniza completamente a una persona a los ojos de sus semejantes. Es muy normal que eso suceda con quienes tienen un privilegio fuera de lo común, llámese poder, fortuna, elocuencia o belleza deslumbrante. Pero las verdaderas riquezas, *Arianne*, solamente se encuentran en las profundidades, y yo no estoy dispuesto a renunciar a ellas y conformarme únicamente con lo exterior, por hermoso y agraciado que pueda ser.

Ha sido por eso que he puesto tanto empeño en conocerte, en informarme al detalle de aquello que amas y que temes, en ver más allá de esa hermosa superficie, y en descubrir esa alma apasionada y poética que duerme bajo tu personalidad recatada y discreta... Y lo que me lleva por consiguiente a suplicarte que seas recíproca y me des la oportunidad de romper esta máscara, la que has dado en llamar “General Tinoco”, y que en vez de aprecio, gratitud o admiración, solo parece despertar en vos desdén y temor. No quiero tu miedo, *Arianne*... ¡sino tu afecto, tu cariño, tu corazón...!

—Le suplico que no siga hablando, don Joaquín—gimoteó ella, cubriéndose la cara con las manos—. Usted es... un hombre público, mayor, con esposa y familia... y yo no... ¡no me torture, por favor! Le ruego que no siga diciéndome esas cosas... ha sido mi falta permitirselo, lo mismo hoy que las noches que ha pasado usted por mi ventana... ¡pero yo sé bien que usted no las piensa en realidad!

—¡*Arianne*...!

—Es mejor que regresemos ya al salón principal—la muchacha, muy agitada, se precipitaba ya hacia la puerta—. A lo mejor ya lo están buscando a usted, y si nos encuentran aquí encerrados y a solas, alguien puede hablar de más...

—Podría ser—repuso impasiblemente el General, tomando asiento en el escritorio sin hacer el menor intento de detenerla—. Pero si salieras del despacho en ese estado de nervios, el remedio sería seguramente mucho peor que la enfermedad.

La voz grave y viril de Joaquín pulsó nuevamente las precisas cuerdas emocionales de Ariana. ¡Cuánta destreza parecía tener para hacerlo, para detonar en ella una ebullición de pensamientos y sensaciones sin más arma que unas pocas palabras y un par de ojos intensos! La jovencita tenía ya su mano sujetando la ancha perilla de la puerta, pero se detuvo antes de hacerla girar. Respiró una, dos veces, lenta y profundamente, dándose tiempo a sí misma de recobrar la calma, y preguntándose si lo conseguiría del todo sabiendo que justo ahí, a pocos pasos de ella, se encontraba precisamente el hombre que parecía saber instintivamente cómo perturbarla.

Con la temblorosa lentitud que le imprimía a sus movimientos el temor, se atrevió finalmente a voltearse hacia él, y sus ojos lo encontraron alargando con desesperante calma la mano para tomar una hoja en blanco de entre las muchas que dormitaban sobre el regio escritorio presidencial.

—Me gustaría continuar mostrándote el resto de la mansión, por supuesto—de pronto habló nuevamente, sin alzar su vista del papel sobre el que había comenzado mientras tanto a hacer danzar una entintada pluma—pero no quisiera hacerte esperar, y acabo de recordar que me urge escribir una carta, entonces voy a aprovechar que estoy aquí para hacerlo de una vez. No voy a tardar, ya casi bajo...

El as escondido

Tan fuerte fue la sacudida que produjo a Ariana la escena anterior, que durante largo rato anduvo sin rumbo por casi todas las dependencias del *Castillo Azul* como una sonámbula, tropezando en gradas y alfombras, y chocando torpemente con los sirvientes, los invitados o incluso los muebles. Aplastada bajo el peso agobiante de las mil emociones que se gritaban entre sí dentro de su atormentado pecho, como lo había estado antes bajo los desintegrados bloques de adobe, aquella noche apocalíptica en que había perecido su natal Cartago. Sin encontrar dentro de sí misma un medio eficaz para apagar el rabioso incendio en que se había convertido su alma. “*Dios, ¿cuándo va a terminar todo esto?*”, fue ese el único pensamiento claro que pudo abrirse paso a través del diabólico caos. “*¡Ya no soporto más, quiero irme a mi casa!*”

Largo rato estuvo ella padeciendo aquel nuevo calvario, al cual hacían un irónico contrapunto el generoso café y los no menos opulentos bocadillos que se sirvieron entretanto, nuevamente amenizados por los músicos contratados al efecto. De poco consuelo le sirvió el hecho de que durante todo ese tiempo no reapareciese en el salón el General, o menos aún que la amabilísima Primera Dama la tomase bajo su protección; pues en cambio se vio sometida a la ardua penuria de suprimir una vez más sus emociones para simularse cordial y tranquila al ser abordada sucesivamente por varios de los invitados, que alternativamente la felicitaban por sus éxitos académicos, su habilidad con el piano o por el simple privilegio de hallarse allí, siendo presentada entre la flor y la nata de la alta sociedad josefina con la incomparable recomendación de los Tinoco en persona.

Hacia las tres de la tarde, empero, cuando ya comenzaban a despedirse del Presidente y de su señora los primeros miembros de la encumbrada concurrencia, reapareció inopinadamente en escena el fulgurante Joaquín, quien luego de un rápido cambio de impresiones con su esposa Mercedes, avanzó inspeccionando rápida pero cuidadosamente los rostros que seguían presentes. “*Dios mío... no escarmienta, ¡me está buscando otra vez!*”, pensó Ariana, renovándosele de inmediato en el corazón la fiera batalla de angustias que la martirizase las horas previas. Fugazmente tuvo la idea de darle la

espalda y escabullírsele con discreción, pero antes de decidirse a ello ya lo tenía otra vez a su lado.

—¿Gusta que la conduzca ya a su casa, *mademoiselle*? —no obstante la incisiva turbación que horadaba su cordura con el simple hecho de encontrarse tan cerca de ese hombre, encantador y temible a la vez, no dejó la colegiala de percibir cierto alivio al advertir que otra vez se dirigía a ella con el trato formal y no con el coloquial—. Sería un gran honor para mí, y para los anfitriones sin duda, que nos permitiera gozar por unos minutos más de su agradable compañía.

—Tal vez en otra ocasión, don Joaquín—tuvo Ariana casi que empujar sus propias palabras a través de sus labios para que saliesen—. Por ahora, señor, me siento un poco abrumada y preferiría ir directo a descansar...

—Mm... lo entiendo, claro... —si la galante formalidad del militar le pareció un tanto exagerada, lo fue más la intensidad que hizo chispear sus ojos oscuros al mantenerlos fijos en ella—. Pero antes de pasar a dejarte a casa, hay una persona a la que quería llevarte a conocer...

Casi de inmediato sintió ella el brazo del General enlazándose con el suyo, y al instante la acometió un pavor incomparable. ¿Adónde pretendía llevarla? ¿Acaso se trataba de un pretexto para quedarse con ella a solas y conducirla a cualquier sitio propicio para aprovecharse de su indefensión? Ya era tarde; cualquier escape le resultaría imposible. Pero Joaquín, luego de una pausa un tanto misteriosa, añadió:

—Quizás hayas escuchado hablar de ella... pero me encantaría que finalmente ustedes se conozcan cara a cara. Porque ella fue la que primero me anunció que ibas a aparecer en mi destino.

La jovencita levantó de pronto su rostro, abriendo mucho los ojos y sintiendo como mil glaciares se rompían al unísono en sus sienes. El impertérrito Joaquín se anticipó a la inevitable pregunta.

—Sí, *Arianne*. Por eso te dije que no había sido casualidad ese primer encuentro nuestro, en casa de tus tíos. Así estaba determinado que debía suceder. Hace meses me fue revelado que una persona iba a entrar de súbito en mi vida, y que su venida sería la señal que anunciaría un giro profundo en mi destino... Supe que esa persona eras vos desde el mismo momento en que te vi.

—Don Joaquín, eso... yo...

—Y aunque tu mente aún no esté lista para entenderlo, *Arianne*, tu alma lo supo también. Por eso fuiste la única persona que pudo reconocerme a pesar

de andar yo de incógnito la noche de ese baile. Pero por eso mismo sería mejor que conozcas a Ofelia, y que ella misma te lo explique...

“Ofelia”... Al conjuro de la voz de Joaquín—más bien una desquiciante caricia sonora, capaz de resquebrajar incluso su indomable determinación—se metió ese nombre hasta las entrañas de Ariana con la reciedumbre de un relámpago. Al punto se mezclaron en su garganta una picante curiosidad, una hostil admiración y un pronunciado recelo. ¡Claro que había oído hablar de ella...! Y para remachar, se les acercó nuevamente doña María, la Primera Dama, con su inquebrantable modo aristocrático y su pausado andar.

—Joaquín—se dirigió primeramente a su cuñado, en tono más bien frío —, *Pelico* acaba de hablar por teléfono con don Buenaventura, y dice que Ofelia nos espera a las cuatro y media. Dice él que si ustedes se podrían adelantar, mientras nosotros terminamos de despedir a los invitados...

Dirigió luego hacia Ariana su mirada cordial, y con una lenta sonrisa agregó:

—También le hablamos de vos. Te está esperando, quiere conocerte, tal como te dije. Si te parece, sería conveniente que te vayas adelante, con Joaquín... para que tengan tiempo de hablar.

Hasta entonces cayó en cuenta Ariana de las múltiples veces que doña María le había mencionado sutilmente aquel convite durante esa tarde, insinuaciones que sin duda no había captado antes debido a la abrumadora zozobra que la asediaba.

Instantes después, todavía sin ser capaz de pronunciar una palabra, descendía la jovencita la curvada escalinata del Castillo Azul hasta la acera, donde ya los aguardaba el celeberrimo vehículo del General; pero su turbación llegó a lo indecible al advertir que éste arrancaba sin aguardar la venida de doña Mercedes.

—¿Y... no nos acompaña su esposa, don Joaquín...?

Quizá no celebrase el Ministro de Guerra la insistencia de su joven invitada en inquirirle acerca de su mujer, ahora que tal interrogante parecía haber venido sin el natural candor de la anterior. Pero si había en él algún disgusto, fue exitoso su esmero en ocultarlo, pues cordialmente le respondió que la dama se había retirado minutos antes, y que el chofer se había encargado de conducirla a casa antes de regresar por ellos.

Terminaba Ariana apenas de acomodarse en el lejano asiento de atrás, sin embargo, cuando Joaquín, que se había introducido también al automóvil,

se volvió hacia ella y se sacó de entre la guerrera un sobre sellado que extendió hacia sus manos.

—¿Qué es esto? —la palidez volvió inmediatamente a apoderarse de su rostro pesaroso. El General, sin embargo, le hizo con la mano señal de que bajase su voz.

—Morúa, el chofer, es de mi más absoluta confianza... pero igual, no es conveniente para ninguno de los dos que alguien más sepa de esto—mientras iba susurrando, posaba lentamente el pliego entre los rígidos y fríos dedos de la colegiala, y señalándolo, añadió—: Es para que lo leas después de que volvamos de la reunión a la que voy a llevarte. No debes abrirlo hasta que estés sola, ni mucho menos mostrárselo a nadie. Y una vez que lo hayas leído, sos libre de conservarlo o de deshacerte de él... aunque espero que comprendas que lo que estoy en realidad poniendo en tus manos es... ni más ni menos que todo mi honor y mi reputación.

“*Bien me lo dijo ayer la maestra María Isabel... ¡este hombre es tan convincente...!*”, lamentó en sus adentros la aturdida invitada, que sintiéndose ya demasiado extenuada para continuar resistiéndose, mantenía empeñosamente sus ojos claros lejos del alcance de las hipnóticas pupilas del General. Un agónico pensamiento, sin embargo, logró insuflarle todavía un resto de voluntad: “*Pero habla de su reputación... ¡como si su reputación no fuera la de un mujeriego empedernido!*”...

En otro momento habríale bastado aquella solitaria reflexión para hacerla recomponerse y responder con la dignidad de su ofendida virtud a las importunidades de aquel hombre. Pero ahora iba descubriendo, no sin íntimo horror, que ya no sabía de qué manera ahuyentarlo. Y que su capacidad de rechazo se debilitaba con insólita rapidez frente a la incontrolable gratitud por el ascenso de su hermano Miguel. ¡Sin habérselo pedido siquiera! Y por si esto fuera poco, ¡don Fernando había sido liberado...! ¿Cómo podían convivir en un mismo cuerpo y en una misma alma esas acciones tan generosas y nobles, con la sombría audacia con la que se atrevía a asediarla a ella bajo las propias narices de su esposa y de toda su familia?

—Si tanto le preocupa la discreción, *mon Général*—a pesar de la volatilidad de sus emociones, la sensatez de Ariana aún conseguía gobernar sus labios—, ¿cómo es que no le da temor que alguien lo vea acercarse a mi ventana por las noches, o mucho menos enviarme un ramo de rosas a pleno día?

Tampoco esta vez dio Joaquín señal alguna de sobresalto. Al contrario,

su gesto de inalterable serenidad dejaba a las claras que ni siquiera esta afilada observación de su joven compañera había logrado tomarlo desprevenido.

—Lo de las rosas, por supuesto, fue un lamentable error. Debías haberlas recibido alrededor de las doce de la noche, no del mediodía. Fue una costosa lección para el recluta al que se le ordenó entregarlas, pues por su estrepitosa torpeza debió pasar esa noche en un calabozo. Con la honorabilidad de una señorita no caben descuidos. Y menos aún si está en juego el nombre de Joaquín Tinoco.

—Me alivia escucharlo decir eso, *mon Général*... porque después de todo, ahora mismo voy sola en un automóvil por en medio de San José al lado del propio Joaquín Tinoco, sin saber exactamente adónde... y cualquiera podría imaginarse cosas... —los ojos de Ariana escapaban por la ventanilla para eludir los de su acompañante—. ¿O debo tomarlo más bien como una advertencia?

La flecha interrogativa surcó los aires hasta atravesar los tímpanos del General, a quien no produjo esta vez la acostumbrada sonrisita enigmática, sino una expresión grave y vibrante, de cuya plena sinceridad costaba mucho dudar.

—No, *Arianne*. De ninguna manera. Tu inteligencia y buen juicio están por encima de eso. Como viste por mi decisión de poner en libertad al padre de tu vecino, y como verás de nuevo cuando abras ese sobre, me he puesto voluntariamente en tus manos. Y en adelante mi única esperanza es que mi confianza haya sido tan merecida como me he empeñado en creer.

El llamado del Destino

Habían traspuesto entretanto el estrecho puente sobre el río Torres, para rebasar luego el Beneficio *Tournon*, torcer a la derecha atravesando la aldea de San Francisco y dirigirse luego a Guadalupe a través de un despejado y polvoriento camino en el que apenas se veían peatones y carretas. Al cabo de pocos minutos, el auto se detuvo frente a una vistosa residencia. El General descendió entonces, y a través de la abierta portezuela ofreció gallardamente el brazo a su joven acompañante; pero esta última parecía haber quedado congelada en el asiento, sintiendo reverberar violentamente dentro de su pecho los incisivos latidos de su agitado corazón. Frente a ella se erguía una señorial casona de aspecto casi inofensivo, pero del mismo modo que don Quijote veía gigantes en los molinos de viento^[28], la exaltada imaginación de Ariana la transfiguraba en una infernal mazmorra.

Al portoncillo de aquella casa salió desde el corredor un caballero pulcramente vestido, de tupido bigote e incipiente calvicie, enfundado en un chaleco gris y camisa de manga larga, quien acogió a Joaquín con exageradas muestras de aprecio. El recién llegado, con su usual talante sereno y confiado, lo saludó a su vez, confirmándole de paso el previsto retraso de su hermano y la esposa de éste.

—¿Y esta señorita...? —el efusivo anfitrión puso entonces sus ojos en Ariana, que hasta entonces se mantenía un poco escondida detrás de la ostentosa capa del General—. Doña María me habló antes de una muchacha especialmente inteligente, que pensaban invitar hoy para ir la integrando al círculo...

—En efecto, es ella... La sobrina de don Elías Cantillano...

—¡Ah, sí, ya me acuerdo de ella...! —el hombre del chaleco subrayó su aparente epifanía con un ademán de su mano derecha, antes de dirigirse directamente a ella y besarle la mano con ceremoniosa lentitud—. Por favor, envíele a sus tíos mis saludos. Hace tiempo ya que no los veo, porque no hemos vuelto a ir a San José... Me da un gran gusto verla a usted ya tan crecida, y saber que viene además tan bien recomendada... ¡Pero por favor, pasen... Ofelia ya debe estar lista!

Apenas se había alejado unos pasos el anfitrión, cuando Joaquín se

volvió nuevamente hacia su nerviosa acompañante, y acercando su rostro al oído de ella, le susurró:

—Tal vez no te he aclarado, *Arianne*, la clase de privilegio que estás a punto de tener... Ofelia lleva años de no atender público. Imagino que vos sabés lo famosa que fue en algún tiempo... ¡hasta del extranjero venían reporteros a conocerla! Pero a ella y a su familia los agobiaba tanta atención, y ella empezó a entender que sus facultades no eran para guiar a todo el mundo... —levantó un momento su cabeza, como para asegurarse de no ser oído por el padre de familia, y prosiguió—: Ahora ella sólo recibe a los que ella quiere... aunque a nosotros, por supuesto, nos atiende por ser quienes somos. Y a vos te va a recibir, porque ella misma ha insistido en que te traiga... te va a ayudar a entender muchas cosas que yo quizá no te he sabido explicar...

Entre la confusión y la reticencia, Ariana avanzó hacia el corredor y se vio a continuación en la sala principal, donde tanto el General como ella dejaron colgados sus sombreros; pero en vez de invitarlos a tomar asiento allí, el anfitrión los condujo a través del largo pasadizo central hasta una habitación del fondo, cuya puerta permanecía cerrada. Sin hacer apenas ruido abrió con extrema cautela, asomó brevemente la cabeza hacia el interior, y enseguida se volvió hacia los visitantes para invitarlos con un gesto a ingresar. La jovencita contuvo el aliento y estuvo a punto de negarse; pero no logró resistirse ya a la dulce firmeza con la que el brazo del galante militar la empujó hacia adentro de la pieza.

Al principio nada pudo distinguir, salvo el febril resplandor anaranjado de un puñado de velas dispuestas geométricamente sobre una mesa, las cuales despedían una intensa mezcla de aromas que su delicado olfato no logró descifrar. Luego, como si se corriese poco a poco una cortina de tinieblas, comenzó a tomar forma ante ella la forma de una mujer de unos veintiocho o treinta años, rostro ancho y redondeado, de nariz bulbosa, ojos rasgados y pobladas cejas, en el cual proyectaban inquietas sombras las danzantes lenguas de fuego. La inexpresividad de sus facciones era casi completa; y sin embargo había en ellas algo que a la recién llegada le resultaba tremendamente perturbador.

—Bienvenidos, amigos—se escuchó al fin la voz femenina, de enigmática dulzura en la que había sin embargo un dejo de rara autoridad—. Por favor, pasen y tomen asiento, los dos...

Del brazo del General avanzó mecánicamente Ariana, en quien aquel

escenario iba causando una profunda alteración y no poca angustia. No le había dirigido una sola mirada esa peculiar mujer, y aún así sentía que era capaz de hurgarle hasta en las profundidades más recónditas de su corazón.

—Gracias por recibirnos, es un privilegio... —el hablar imperioso del militar parecía haberse trocado en un lejano eco de sí mismo—. Antes quería disculpar a mi hermano y a su esposa, que...

—... se van a retrasar por estar despidiendo a los invitados del almuerzo de hoy—la frase, arrebatada de los labios del general Tinoco, fue a completarse en tono casi huraño en los de la misteriosa mujer—. Y espera llegar aproximadamente en media hora. No hay ningún problema, don Joaquín. Siempre estuvo determinado que los atendiera a ustedes primero y en privado.

—Nunca deja usted de sorprenderme, Ofelia... —las cejas arqueadas del Ministro de Guerra revelaban lo genuino de su asombro. A su lado, empero, Ariana hacía un esfuerzo para resistir. “*Nada de qué asombrarse; eso probablemente lo supo ella porque el papá le debe haber dado el recado de doña María*”... De niña recordaba haber escuchado hablar acerca de la adivinación y el espiritismo, y ahora casi creía estar oyendo de nuevo las advertencias de su querido padre Octavio acerca de los burdos fraudes y trucos con los que se intentaba impresionar a los incautos. Un pensamiento, sin embargo, logró inquietarla de nuevo: ¿era tan fácil de engañar un hombre como Joaquín Tinoco... o aún no había visto ella lo suficiente?

—Ahora bien—prosiguió el General—, ya habrá notado que tenemos una invitada especial...

—Es un placer recibirla al fin, Ariana—se anticipó la mujer, mirándola fijamente por primera vez, aunque sin tenderle la mano ni hacer el menor ademán—. Me llamo Ofelia Corrales. Llevo semanas preparándome para conocerla.

—Entonces usted sabe mi nombre... —musitó la muchacha, intimidada por las asfixiantes pupilas de la otra—. Supongo que ya don Joaquín le habrá comentado...

—Ariana de las Mercedes Cortés Alvarado, nacida en el barrio La Soledad de Cartago el 17 de marzo de 1902 a las 7: 58 de la mañana, segunda hija del matrimonio de Miguel Cortés, que en paz descansa, y Beatriz Alvarado...

Hablaba Ofelia de nuevo con voz monótona y ojos cerrados, como si recitase de memoria una lección escolar; pero la ráfaga que brotó de su boca acabó de golpe con la titubeante frase de la colegiala, y arrolló de paso su

escepticismo. ¡Apenas unas horas antes le había recordado el propio General que los registros de su nacimiento y del matrimonio de sus padres se habían perdido en el terremoto de Cartago! ¿Cómo podía conocerlos esta mujer con tanta precisión?

—Don Joaquín... ¿usted le contó todas esas cosas a ella?

—No, *Arianne*... Fue ella quien me las reveló a mí.

Un frío espantoso descendió por las sienes y la espalda de la jovencita oyendo aquello. A su izquierda la faz del Ministro de Guerra, bajo los reflejos dorados de las candelas, se bañaba de una fluctuante palidez un tanto siniestra. Pero la *médium*, por el contrario, no demostró emoción alguna. Abrió de nuevo los ojos y la contempló fijamente por un largo momento.

—¿Te asustas por eso, Ariana? —inquirió al cabo, esbozando por primera vez algo similar a una sonrisa—. Sí... sí, hay en ti mucho miedo... puedo percibirlo, aunque te empeñes en esconderlo... y no es simplemente el asombro normal de la persona que por primera vez entra en contacto con el mundo espiritual... un temor como el que yo misma experimentaba más joven, cuando apenas iba dándome cuenta de las facultades que me habían sido dadas... ¡No! Es una lucha más intensa, una verdadera batalla en las profundidades de tu ser... Es un pavor profundo, intenso... una cárcel que te agobia, te oprime, te aplasta...

La voz de Ofelia, plana y monótona al principio, había ido decreciendo con sutileza casi imperceptible; pero a través del oloroso humo de las velas, la tensa Ariana la escuchaba con intimidante claridad, como si más bien fuese un ser invisible el que le hablase directo al oído.

—¡Pero respira! —el susurro se intensificó de un momento a otro, y con él la agitación de la colegiala, cuyos dedos rígidos y fríos se entrelazaban mecánicamente sobre sus regazos. Comenzó a sentir un fuerte mareo—. No estás sola en este Universo, Ariana... tenés que entenderlo, para abandonar el miedo. Nada ha sucedido por casualidad. Hoy viniste, y estamos cara a cara por primera vez, no porque te haya traído Joaquín Tinoco en su automóvil... sino porque así estaba determinado... porque desde la eternidad ha estado escrito que en este día preciso ibas a dar tu primer paso hacia la plenitud de tu ser interior... Debes comprender que hay un mundo espiritual, el cual rige y gobierna lo que vemos y sentimos; y aunque todos estamos bajo su imperio, sólo unos cuantos tenemos el privilegio de comprenderlo un poco mejor, y de intentar estar en armonía con él, ejercitándonos en la ciencia heredada por siglos desde el antiguo Egipto... Es por medio de esta ciencia que nosotros,

los elegidos, podemos entrar en contacto con ese mundo superior, y obtener la guía de los altos seres cósmicos, los grandes Maestros, que intentan guiarnos hacia el progreso y el bien de la Humanidad... y quienes también nos van uniendo a otras almas nobles y selectas... ¡Han sido ellos los que te han traído aquí, Ariana! Los espíritus superiores, como el tuyo, suelen buscarse unos a otros... y esos espíritus entrelazados forman lo que llamamos Destino. Y ahora, al fin, en la hora señalada de antemano desde las entrañas del tiempo, tu Destino ha llegado por vos...

La correntada de palabras absorbía sin tregua a la jovencita, como si bajo sus pies se hubiese abierto de pronto un abismo sin final. Su mareo se incrementaba, lo mismo que esa sensación de hielo electrizante que le torturaba el cuello y la espalda, y le iba comprimiendo también el estómago. La habría aliviado quizá llenar sus pulmones de aire fresco, pero el insolente humo aromatizado de las candelas más bien la iba descomponiendo más y más.

Un ligero crujido al lado izquierdo, sin embargo, la sacó por un instante de aquel implacable arrobamiento y la obligó a mirar... para recular de espanto casi en el acto. Pues en vez del flamante y decorado militar que esperaba encontrar en el asiento vecino, lo que halló fue un sobrecogedor espectro, embozado en un capuchón negro que dejaba invisible su rostro, y que, iluminado desde abajo por las impacientes velas, proyectaba hacia ella un reflejo algo diabólico.

Casi desesperada, volteó de nuevo a mirar a Ofelia, y encontró que ella también se ajustaba una especie de velo para cubrir su cabeza. ¿Se aprestaban acaso para algún nuevo y desconocido ritual?

—Para seguir el llamado de tu Destino, querida—siguió hablando la *médium* en su engañoso tono desganado—lo primero es reconciliarte con tu pasado... Tenés heridas profundas, dolores inconfesables... y hay que cerrar esos capítulos oscuros, comprendiendo que eran necesarios para hacerte fuerte... Y dejarte conducir por tu espíritu guía, confiar... Porque sé que te hace falta alguien en quien confiar, a quien poderle consultar en los momentos más difíciles y confusos... ¿No es verdad?

Ariana estaba ya tan desencajada que era incapaz de contestar. La fiera palidez de su faz podía notarse incluso con la exigua iluminación del recinto.

—Así es... —la misma Ofelia se respondió en su lugar, esculcándola con la mirada—. No te es fácil abrirle tu corazón a alguien... sos reservada, un poco huraña incluso... como suele pasar con los espíritus grandes e incomprensidos... y no te ha sido fácil superar la tragedia de tu papá... puedo

percibir el vacío que dejó en tu alma, y que aún hoy lo seguís extrañando... te hace falta su consejo y su guía, te sentís sola y sin rumbo... y no hay cosa que anhelarías más que poder hablar con él, ¿verdad?

—¿Co... cómo? —alcanzó a balbucear la jovencita—. ¿Hablar con... mi papá?

—Podemos hacerlo volver—sin apartar de ella sus pupilas, Ofelia alargó una mano como intentando tomarle la suya—si vos así lo deseas. ¿Estás lista...?

Asediada por un miedo brutal que le helaba la cabeza, mareada por el inclemente humo, con fuertes náuseas y al borde del desmayo, ya no pudo Ariana resistir más: se levantó de pronto, tumbando de paso su asiento, y echó a correr desesperadamente hacia la cerrada puerta.

—Perdón... ¡necesito salir... me siento mal! —por encima del estrépito de su silla al volcarse, se escuchó su angustioso gemido—. ¡Díganme dónde hay un baño, por favor...!

Se enderezó al punto el sorprendido militar para ir tras ella, todavía envuelto en su negro capuchón; pero el gesto impasible de Ofelia bastó para refrenarlo.

—No la detenga, don Joaquín—apenas sí se dignó la *medium* a seguir con su mirada a la fugitiva, mientras esta forcejeaba con la cerradura hasta lograr abrirla y precipitarse hacia el exterior—. Esto tampoco es casualidad. Déjela irse.

—Pero... ¿y lo que habíamos hablado?

—No ha cambiado en nada. Ella es la persona que fue anunciada por los Maestros desde hace años, cuando apareció el cometa antes del terremoto... y aunque ahora parezca a simple vista ser alguien sin importancia, usted necesita a toda costa tenerla de su parte.

—¡Entonces no puede irse, hay que traerla!

— Ella tiene que volver, desde luego... pero es indispensable que vuelva por sí misma. Obligarla no va a funcionar. Un espíritu como el suyo no puede ni debe ser reducido por la fuerza. Sólo lo mueven sus convicciones. Si alguien intenta doblegarla, lo único que logrará es que toda la energía de ella se vuelva en su contra.

—Y eso, ¿qué significa? —el General comenzaba a perder la paciencia.

—Significa que su futuro depende de ella—sentenció Ofelia con inesperada sequedad—. Esa muchacha viene marcada por el Gran Arquitecto para traer estabilidad, éxito y victoria a través de su amor. Si usted consigue

ganarse genuinamente su corazón, y logra producir en ella tal admiración y afecto que por sí sola ansíe seguir a su lado, va a formarse esa amalgama virtuosa de la que hemos hablado... y el destino suyo será tal y como los Maestros se lo han revelado: brillar con luz propia, sin estar nunca más a la sombra de su hermano... el poder, el conocimiento, la venganza, la pasión, la fortuna, ¡todo llegando naturalmente a sus manos! Pero para que eso suceda, ella debe venir por sí misma, voluntaria y dócilmente... pues sólo así van a confluir sus energías espirituales como nos fue vaticinado.

–¿Y qué pasa si no lo consigo...?

El semblante de la *médium* se tornó severo.

–Entonces ella misma terminará por ser su ruina.

El traje de Mano León

—Pero lo más horrible fue lo que pasó después... ¡uy, Dios mío, qué vergüenza, no quiero ni acordarme...! —al cabo de hora y media, Ariana no había recobrado siquiera el color, y apenas lograba controlar su agitación lo suficiente para relatarle los sucesos a la azorada maestra María Isabel, en cuya casa había aparecido poco antes del anochecer implorando refugio—. ¡A estas horas me deben estar buscando todos los esbirros del país...!

—¡Y precisamente se te ocurrió venir a esconderte a mi casa! —protestó la improvisada anfitriona, frunciendo el entrecejo y simulándose severa, mientras iba y venía por la modesta sala, alternativamente ofreciendo aguadulce y tortillas a su inesperada visitante, o deteniéndose para intentar arrebatarse del vestido las numerosas manchas de tierra y briznas de hierba que traía pegadas, mientras lanzaba intranquilas miradas a los martirizados zapatos y a los pies hinchados y adoloridos.

—¿Para dónde más podía irme? —casi rompía de nuevo a llorar la desvencijada jovencita, quien sin duda no debía estar en condiciones de captar el sutil humor de la maestra.

—Ya, ya, por favor calmate y me terminas el cuento... —se detuvo ella de su constante vaivén para tomarla de los hombros en ademán reconfortante—. Para que hayas llegado así, de improviso, hecha una calamidad y temblando de pavor, tiene que haber sido algo bien grueso...

Ariana suspiró; y el largo sorbo que dio luego al aguadulce entró suavemente a su vientre como un bálsamo de cálida energía.

—Fíjese usted... —reanudó al fin la narración, retorciéndose todavía de la congoja—: cuando veo que don Joaquín se levanta detrás de mí, salgo yo de ese cuarto como alma que lleva el diablo... ¡literalmente...! Y claro, yo iba descompuesta, mareada, medio ahogada por el humo, con esas ganas de vomitar, viendo para abajo y sosteniéndome el estómago con la mano... ¡y me va saliendo en el corredor nada menos que el mismísimo don Federico, que venía llegando con doña María y con otros señores...! Por supuesto, cuando lo vi ya lo tenía encima... imposible capeármelo, choqué con él... ¡y ya no pude aguantar más!

—¿Qué pasó? —los ojos de María Isabel se ampliaron como dos

discos, como queriendo abarcar la totalidad de su inmensa frente—. ¡No me digás que...!

Se interrumpió a mitad de la frase y, viendo el semblante de angustia y desesperación de Ariana, se le escapó una tenaz carcajada.

—¿De qué se ríe, maestra? —protestó la colegiala, ofendida—. ¡Qué ingrata, yo con ese miedo y esa vergüenza, y usted burlándose de mí...!

—No, Ari... ¿cómo vas a pensar eso? —la otra no podía contenerse, a pesar de sus honrados esfuerzos—. Es decir... entendeme, yo sé que no es bonito que te haya pasado a vos semejante chasco... pero si te ponés a pensar un poco, ¡deberías tomarlo más bien como un privilegio!

—¿Un privilegio?

—¡Claro que sí! Nada más pensá en esto: todo el mundo en este país está que vomita a Federico Tinoco... ¡pero vos sos la única que ha podido expresárselo personalmente!

—¡Ay, maestra, qué bárbara! —la socarrona ocurrencia hizo pasar a Ariana de la angustia al asombro, y de este a la risa abierta, todo en un segundo—. ¡Siempre usted, con esas salidas...! Pero... ¡le juro que todo fue un accidente, a mí ni se me hubiera ocurrido semejante idea...! Imagínese... ¡Yo queriendo echarle a perder a *Mano León* un traje tan fino...

—Bastantes cosas ha echado a perder en Costa Rica ese desgraciado— el comentario enconoso de la educadora no dejaba de tener cierta expresiva acidez—, así que es justo que alguna vez le tocara a él... Ahora contame, ¿qué hizo, el hombre ese?

—Ni idea... ¡yo no me iba a quedar ahí viendo cómo reaccionaba... capaz que me mandaba a fusilar de una sola vez! ¡Si hasta la peluca le debo haber pringado...! —exclamó Ariana, todavía atormentada, pero con algo de mejor humor. La maestra soltó de nuevo su contagiosa risa ante tal ocurrencia.

Otro sorbo de aguadulce, y continuó la menor:

“En ese momento yo sentí como que alguien intentó sostenerme, no supe si fue doña María o el dueño de la casa... ¡pero mi único pensamiento fue el de correr, salir de ahí a como hubiera lugar! No sé ni de dónde saqué fuerzas, porque estaba casi desmayándome... pero en la confusión me sacudí como una loca, empujé a alguien, boté algo... y salí despavorida por el corredor, sin querer ni ponerle atención al alboroto que se armaba detrás...

“Llegué yo al jardín, y ahí me quedé de una pieza cuando vi frente al portón ese montón de esbirros, bien cuadrados ahí con sus uniformes, sus botas y sus fusiles... Me acuerdo que pensé: ‘*Ahora sí, ¿por dónde salgo?*’ ...

pero ya no tenía tiempo para hacer muchos planes, entonces seguí corriendo... ¡me fui directo hacia la cerca, pero no por el portón sino en una esquina... y antes de que los tipos se dieran cuenta, ya yo iba brincándome la baranda! Por cierto que al caer puse mal el pie y me lo lastimé, pero podía haberme quebrado, que no iba a parar... y lo primero que se me ocurrió fue agarrar más bien para el río en lugar de la calle, porque pensé que ahí era más fácil esconderme, y sobre todo porque estaba desesperada por tomar agua y enjuagarme la boca, pues sentía todavía ese asco en la garganta... La cuestión es que los tales policías, o soldados, o lo que fueran, como que se quedaron ahí medio turulatos y no se percataron de qué era la cosa hasta que yo les llevaba ya como cincuenta varas de ventaja... ahí los oí de lejos gritándome el alto y sonándome los silbatos... ¡pero después de lo que había visto y de haber vomitado al Presidente, a mí nadie me iba a volver a meter en esa casa!

“Ahí empezó para mí la caminata bordeando el río, muy apurada porque sentía todavía en mis talones a los esbirros y por miedo de que me agarrara la noche ahí metida en el bajo... me atreví a cruzarlo en un lugar que me pareció más fácil, y después fui subiendo la ribera del lado de San José, hasta que me encontré con la cerca del Parque Bolívar... ¡y me entró ese pavor de meterme por error en la jaula de algún animal...! Total, que seguí la cerca y fui a salir detrás de la casa del doctor Valverde, el hermano de doña Adelia... y cuando ya me vi en la calle, lo primero que se me ocurrió fue venir a pedirle ayuda a usted”...

—¡Bonita cosa! —la interrumpió jocosamente la educadora—. ¡Topaste con suerte, de que hoy no me fui de paseo...!

—Sí, la verdad es que no sé dónde me hubiera metido si usted no me abre—la fugitiva bajó la cabeza—. ¡Pero es que yo no puedo llegar a mi casa así, toda hecha un añico, y además sola...! ¿No ve que el que me había llegado a recoger era el mismísimo *Mano Lagarto*? Llego yo así, y quién sabe qué preguntas me hubieran llovido, con la entrometida de mi tía Dolores...

De pronto dejó de hablar, abrió mucho los ojos y la boca, y se llevó las manos a las sienes en un ademán de sobresaltada frustración.

—¡Uy, no puede ser...! —gimió a gran voz—. ¡Hasta ahora me estoy acordando... allá dejé olvidado el sombrero que me prestó tía Dolores...! ¡Con todas las veces que me recalco ella que tenía cuidárselo mucho, porque era carísimo y lo había mandado a hacer no me acuerdo dónde...! ¿Qué le digo yo ahora a mi tía, Dios mío...?

—¡Mirá, eso es lo de menos, en cualquier lado se te puede haber

quedado...! —intentó tranquilizarla María Isabel—. ¡Más bien...!

—Pero... ¡lo que estoy pensando es que esa vieja quiera aprovecharse para echarme un maleficio! ¿No dicen que a veces usan la ropa o el pelo de la gente, para hacer sus macuás...?

La otra se quedó mirándola, en un gesto de perplejidad que dudaba entre la molestia y la risa.

—A ver, Ari... No sé qué ideas te habrán metido en tu cabecita en esa casa... ¡pero te aseguro que es pura sugestión! —la gravedad con la que pronunció estas palabras resultaba altamente convincente—. A esa muchacha Ofelia le hicieron mucha bulla hace unos años, cuando ella estaba todavía muy jovencita, y a mí se me hace que parte de eso fue atizado por el *tata* de ella, que bastante le gusta figurar... Pues bien, la cosa llegó a tanto, que hasta un editor inglés muy famoso, de apellido Stead, que por cierto murió despuesito, cuando se hundió el *Titanic*, hizo una o varias notas hablando de ella... Pero después vino a Costa Rica otro dizque investigador espiritista, un tal Willy Reichel o algo así, que empezó a averiguar sobre esta muchachita y su familia, y terminó diciendo que casi todo era un fraude para impresionar tontos... lo que, por cierto, hace muy natural que los hermanos Tinoco le sean tan aficionados.

—Maestra... ¡pero me mencionó varias cosas que yo jamás le he contado a nadie! —el gimoteo de la muchacha demostraba una huella de temor lo bastante profunda para preocupar a la sagaz educadora—. A mí... ¡para mí que eso es cosa del mismísimo *Pisuicas*...!

—Ay, Ariana... ¡dejá ya de darle tantas vueltas a eso, que te vas a volver loca! —María Isabel reanudó su interminable ir y venir—. Mejor vamos resolviendo esta cuestión, que nos urge de verdad... Andá y te quitás el vestido un momento, para llevármelo yo a la pila y terminar de quitarle toda la basurilla... y vos te me vas ya mismo al baño y te lavás un poco, para que al llegar a tu casa no te veas tan desarmada... ahí luego te recompongo yo el peinado, y te vas a la mano de Dios... Eso sí, cuando llegués donde tus tíos, tratá de que todo parezca lo más normal, porque a vos no te conviene que se sepa nada de este embrollo, y dudo que a *Mano Lagarto* tampoco le interese mucho andar pregonando esas cosas en tu casa...

Al momento de despojarse de sus ropas encontró Ariana bajo su escote el sobre que le había entregado Joaquín, del que casi se había olvidado del todo. Al instante el corazón volvió a acelerársele dentro del pecho. “¡Uy, cómo no se me cayó!”... Bien le había advertido el remitente que se guardara

muy bien de nombrar siquiera la existencia de aquel papel... Ahora bien, ¿debía mostrárselo a la maestra? Sus dedos nerviosos acariciaron el sobre antes de empezar a rasgarlo... pero recordó entonces, con verdadera angustia, al General con su siniestro capuchón negro delante de las velas encendidas, y a Ofelia frente a ella bisbiseando entre jadeos sus terribles acertijos. Abrió mucho sus ojos y miró inquieta en todas direcciones, como si temiese ver el rostro de la *médium* en algún rincón del baño, observándola. Esa extraña mujer había sido capaz de desentrañar profundos secretos acerca de ella, sin hacer el menor esfuerzo... ¿No podría, con igual facilidad, enterarse de la infidencia que estaba a punto de cometer, y poner al tanto al militar? El espanto volvió a ella en toda su fuerza; y de inmediato resolvió ocultar de nuevo el sobre contra su pecho, casi arrepentida de haberse atrevido a sacarlo siquiera.

En cuanto estuvo lista para partir, la maestra María Isabel le dio un rápido pero intenso abrazo, y luego, un último consejo:

—Si *Mano Lagarto* te vuelve a llevar a la *Casita de las Torrejas*—le dijo, en voz baja y guiñándole el ojo—tené cuidado con las tablas enjabonadas que te va a poner la bruja... ¡Quién sabe ya a cuántas niñas habrán metido en esa olla...!

El regreso

Al ver aparecer en la distancia la fina residencia de los Cantillano, ya entrada la noche, no tenía Ariana otro objetivo que el de cruzar inmediatamente a su habitación, eludir a sus parientes y leer de una vez esa misteriosa carta. Pero se vio obligada casi enseguida a postergar su propósito: frente a ella se encendieron de pronto los faros nocturnos de un automóvil que, detenido a poca distancia de la casa, parecía haber estado al acecho de su venida. “*No puede ser... ¡Aquí está ese hombre otra vez!*”... Aquella súbita aparición dejó helada a la jovencita en media calle, como resignándose a ser arrollada. Pero el vehículo redujo su velocidad y con mansedumbre se detuvo casi frente al portoncillo.

“*Bien, General... usted gana*”, se dijo la colegiala, inclinando el rostro, antes de reanudar tímidamente su camino. Acababa de ver bajarse del automóvil el flamante Ministro de Guerra, quien la apuntó primero con sus oscuras pupilas y luego enfiló resueltamente hacia ella.

Se encogió Ariana instintivamente al ver el rápido movimiento del brazo del militar; pero a continuación desenfundó este... un sombrero de mujer.

—Creo que olvidó usted algo en casa de los Corrales, *mademoiselle*— le dijo en voz muy baja y cortante, simulando molestia, mientras con el otro brazo enlazaba el de ella—. La de explicaciones que hubieras tenido que dar si volvías a casa sola y sin tu sombrero...

La muchacha se sonrojó intensamente y ocultó su rostro precisamente detrás del sombrero que el General le entregaba; pero el caballero rompió entonces su gesto de fingida severidad en una hechicera sonrisa afable.

—Por cierto... —agregó, al llegar al portón—: me alivia mucho verte llegar sana y salva, *Ariane*... ¡No sabés lo acongojado que estaba yo, pensando en que te pudiera haber pasado algo de camino, y yo habiéndome hecho responsable de vos ante tus tíos! Te juro que, si hubieras tardado un poquito más, doy orden a toda la Guardia Rural de salir en tu búsqueda.

—Don Joaquín... yo... —los filamentos de la voz de Ariana se caían de sus labios sin fuerza alguna—. Eh... Por favor discúlpeme... no sé ni qué decir, no tengo idea... estoy muy apenada... ¡Fui tan torpe...! A mí... no me

puedo imaginar qué irán a pensar mis tíos cuando usted les comente...

—¿Comentar qué? —el guiño esperanzador del militar detuvo en seco el lamento de Ariana—. Lo único que recuerdo, *Ariane*, es que vos y yo estuvimos hablando algo sobre la confianza, ¿verdad?

Los labios de la colegiala se curvaron ligeramente en una tentativa de sonrisa, mientras sus ojos azules centelleaban por fin al mirar a Joaquín; pero en ese momento se abrió la puerta principal de la vistosa residencia, y en cuestión de segundos se agolparon en el jardín todas las mujeres de la casa, tan atraídas por la posibilidad de dar un vistazo al legendario espécimen masculino como por escuchar de la privilegiada jovencita el relato pormenorizado de su aventura en Casa Presidencial.

Entre todas ellas se abrió paso hasta la acera el propio don Elías, quien otra vez rogó al General que se dignase a pasar bajo su techo; mas el otro se excusó cumplidamente aduciendo que su esposa lo esperaba para cenar, aunque reiteró su promesa de visitar a la familia en días venideros, tal vez antes de la Navidad.

Permaneció allí el ilustre visitante apenas el tiempo necesario para saludar con su sin igual cortesía a todas las damas, hecho lo cual volvió a subirse al vehículo; pero no iba ni por la esquina, cuando toda la jauría—encabezada por la tía Dolores—se arrojó a una sobre la jovencita, unánimes en su determinación de acribillarla a preguntas y hundir en ella sus colmillos hasta arrancarle el último detalle sobre cuantas vestimentas, joyas y sombreros hubiesen podido lucirse en tan relumbrante escenario.

Trabajo, y no poco, le costó a la agotada Ariana satisfacer la punzante curiosidad de su parentela, especialmente de Felicia y de la tía Dolores, ávidas de informarse de las últimas novedades con vistas a los preparativos para la boda de la primera. Y acaso no habría podido librarse de ellas sin su aguzada memoria visual—que le había permitido captar numerosos detalles de esos por los que imploraban las otras—y sin el fuerte dolor de cabeza que, al reanudársele apenas a los pocos minutos de haber llegado, tuvo al menos la virtud de servirle como la excusa que necesitaba con desesperación para replegarse finalmente hacia su dormitorio.

Allí llegó muy de prisa, sin el menor deseo de probar los abominables bebedizos recomendados como infalible remedio por la tía Lucía, y preparados obedientemente por una de las criadas. Pero no era tanta su urgencia por liberarse del peinado de emergencia que le había improvisado la maestra María Isabel, o del sugerente vestido que lucía de nuevo a pesar del

maltrato, o siquiera la de aliviarse de aquella odiosa migraña, como la que tenía por matar su curiosidad y leer de una vez por todas aquella maldita carta cuyo contenido no atinaba a imaginarse.

Terminaba de despojarse otra vez de sus ropas y de liberar al fin su largo cabello, empero, cuando escuchó el rítmico golpeteo en la ventana cerrada. Al momento sintió otra vez un latigazo de dolor que le comprimió el cráneo. ¡El llamado de Ernesto!

Se precipitó enseguida hacia la ventana, sobreponiéndose a la incapacitante migraña y cubriendo su delicado cuerpo con las ropas que acababa de quitarse; y al punto encontró ese amado semblante varonil que tanto echaba en falta. Pero nuevamente, con esa expresión seca y consternada que íntimamente la atemorizaba.

No se atrevió a preguntar la razón de su presencia. Ni a saludarlo siquiera, más que con un gesto de tímida gentileza. Pero él tampoco conseguía hablar, y un desfile de emociones confusas parecía disputarse el dominio de sus gestos.

—No sé... si vos ya estarás enterada, o si habrás tenido algo que ver en esto o no... —cuando por fin logró hilvanar una frase tentativa, la espasmódica agitación que arremolinaba sus facciones tenía ya muy inquieta a Ariana—. Pero... pensé que de todas formas ibas a querer saberlo... y vine solamente a decírtelo... Ya soltaron a mi papá.

La novedad fue suficiente para enternecer a la jovencita. “*¡Entonces era cierto...! ¡Sí, don Fernando ya está libre, eso es lo único que importa!*”... Se entornaron sus ojos, sus labios se entreabrieron sin decidirse a sonreír, y solo la necesidad de sostener la ropa con la que a medias se cubría le impidió envolver al aturdido Ernesto en el abrazo poderoso y genuino que anhelaba regalarle.

—¡Ay, Ernesto...! ¡Gracias a Dios! —exclamó, inclinando su rostro como queriendo esconderle sus incipientes lágrimas de júbilo—. ¿Ya está en la casa? ¡Por favor, dame cinco minutos, para...!

El cálido entusiasmo que la envolvía, empero, se enfrió de pronto al ver que su vecino la miraba fijamente, con un inequívoco destello de iracundo rencor. Entre dientes murmuró algo que ella no logró descifrar, pero que la impulsó a comentar, con voz cada vez más dudosa:

—Pero... se supone que esa es una gran noticia... ¿o no?

En las facciones de Ernesto no había más que rabia y sequedad al responderle:

–Esperate a que lo veas.

Parte III

El repliegue

Las huellas del cepo

“*Esperate a que lo veas*”... Con el eco de una advertencia tan ominosa resonándole sin cesar en los acantilados de su alma, Ariana cerró bruscamente la ventana sin haberse despedido siquiera de Ernesto y volvió a vestirse a toda prisa, sintiendo una vez más que su corazón se convertía en una mina, herida por picos y palas que solo servían para arrancar de su interior el denso carbón de la angustia.

La puerta de su habitación se abrió de un recio golpe, y en el acto la atravesó la presurosa adolescente, sin haber tenido tiempo ni para amarrarse el pelo. Pero cuando ya se disponía a enfilarse hacia el exterior, una fría y horrible sensación se le derramó por la espalda y la detuvo en el acto. ¡El sobre! ¡Lo estaba dejando allí, olvidado encima de su cama, a merced de la irrespetuosa curiosidad ajena! Se devolvió precipitadamente y se lo arrebató a la colcha, pero apenas tuvo tiempo de desaparecerlo entre los pliegues de su blusa cuando se asomó su prima María Consuelo.

—¡Diay, Ari...! —exclamó, con su usual espíritu guasón, avanzando hacia ella hasta obstruir la salida de su pieza—. ¿Adónde vas? ¿Y no era que te dolía mucho la cabeza y que ibas a reposar...?

—¡No me atrasés, María, que tengo que salir! —el empujón ratificó que las palabras de Ariana iban en serio—. ¿No ves que ya soltaron al papá de Ernesto?

—¿De veras? ¿Y cómo te enteraste? ¿Quién te lo dijo?

A punto estaba de responderle cuando vio pasar a don Elías, y recordó al instante la orden que este le había dado de evitar el contacto con su joven vecino. ¿Cómo iba ahora a admitir que él mismo le había venido con el aviso, sin que su tío interpretase eso como una desobediencia...? No dudó entonces en utilizar la única salida que le quedaba:

—¡El general Tinoco!

—¿Él te lo dijo? —la incredulidad de María Consuelo tomaba la forma sonora de un gruñido.

—Sí, me contó que había firmado la orden esta misma mañana—ahora la ansiosa muchacha hablaba tan rápido que era difícil entenderle—. ¡Pero déjame, después te cuento... porque ahora tengo que ir a ver cómo está don

Fernando!

—¡Ajá! ¿Así que ahora el General te cuenta a vos hasta de las órdenes que firma? —punzó en voz baja su prima, sin molestarse en disimular su picardía—. Mm... que no me oiga Felicia, pero para mí que esas cartitas y ese famoso ramo de rosas van a salir trayendo una cola muy larga...

Ariana no pareció muy divertida con las mordaces pullas de María Consuelo, suponiendo con pánico reprimido que pudiese haberla visto cuando escondía el nuevo sobre sin abrir y que hubiese conjeturado su procedencia. Pero su prima, habiéndose aplacado la abierta risa de sus labios turgentes, retomó por un instante la mesura, y mirándola fijamente agregó:

—Ya en serio, Ari... tené cuidado... y por lo que más querás, ¡no hagás ninguna tontería!

Salió a toda prisa la ansiosa colegiala, cruzándose casi sobre el umbral de la puerta principal con Secundina, la más joven de las criadas de los Cantillano, quien ingresaba en el mismo instante al salón para anunciar precisamente que minutos antes había visto llegar a su casa al vecino recién liberado. La noticia, claro está, levantó enorme revuelo dentro de la mansión, cuyos residentes se levantaron casi al unísono y se enrumbaron otra vez entre ruidosos comentarios hacia el porche que delimitaba el jardín del frente, desde donde se podía observar a placer la casa de los Herrera. Esa misma escena se iba repitiendo por todo el vecindario, cuyos pobladores también comenzaron a agolparse en las aceras y en los jardines como lo habrían hecho después de un gran sismo, y a discutir con grandes aspavientos el extraordinario acontecimiento. Pero toda aquella batahola general solo sirvió para disimular perfectamente la subrepticia salida de Ariana, a quien—exceptuando a la avispada María Consuelo—sus parientes se figuraban todavía encerrada en su habitación con su migraña, o inclusive dormida.

Encontró abierta la puerta de la calle, y a nadie vigilándola. Tuvo el buen tino de cerrarla. Y ya al abrigo de miradas indiscretas, surcó aquel corredor oscurecido que fungía como columna vertebral de esa casa, dando rápidas ojeadas a la sala y el comedor; pero ambos estaban completamente vacíos. “*Deben estar todos en el cuarto de él*”, supuso, y hacia allí se dirigió a toda prisa. Había dado apenas dos o tres pasos en esa dirección, sin embargo, cuando de entre las sombras vino a ella el ruido súbito de una puerta que se abría, y resurgió a continuación para detenerla la espigada silueta de Ernesto.

—¡Qué bárbaro...! ¡Me asustaste! —gimió ella.

—¿Qué haces aquí? —le espetó él, en el mismo tono cortante que antes emplease para anunciarle la libertad de su padre, el cual curiosamente se fue ablandando poco a poco sin que él pudiera figurarse por qué—. Yo no... no esperaba que fueras a venir... ¡y menos tan pronto!

—Solo quería ver cómo estaba don Fernando—respondió ella, resuelta pero amablemente, aunque sin comprender del todo el aparente despecho de su amigo—. Y también para ponerme a sus órdenes por si necesitaran algo...

—Mi papá no está en condiciones de recibir visitas—nuevamente se levantó en el semblante y en la voz del muchacho la muralla de rocas hostiles—. Ahorita está en cama, donde mamá le está haciendo algunas curaciones.

—¿Curaciones? —un presentimiento glacial heló la faz de Ariana, dejándola descolorida como la nieve misma—. ¿Por qué curaciones? ¿Qué le hicieron...?

El amargo rictus que selló momentáneamente la boca de Ernesto no pasó inadvertido para su afligida visitante. Duró el joven unos segundos en controlarse, pero aún se deslizaba por sus cuerdas vocales el persistente veneno de la rabia cuando respondió:

—Eso... no, Ari... no te lo puedo explicar, y tampoco quisiera que tus ojos llegaran a ver una cosa de esas... Yo sé lo sensible que sos, y no creo que seas capaz de soportarlo.

Las palabras de Ernesto, como un ancla de ajeno, se hundieron pesadamente en la conciencia de Ariana. Dio ella un mudo respingo, los ojos se le abrieron de golpe y comenzó a sentir que algo succionaba la fuerza de sus piernas, haciéndolas estremecerse sin control.

—Ernesto... déjame entrar—le ordenó súbitamente, con una energía desconocida que jamás había empleado con persona alguna—. Tengo que ver a tu papá. ¿Todavía no entendés que yo me siento responsable por lo que a él le pasó...?

—Aquí solo hay un responsable—la interrumpió el joven con un tosco ademán, frunciendo el ceño y clavándole sus ojos a treinta centímetros de distancia—. Y los dos sabemos muy bien quién es. ¡Por supuesto que lo sabemos! ¿Quién va a ser, más que tu nuevo *amiguito* íntimo?

—Igual, ¡tengo que verlo! —sin esperar a que le cerrase el paso, Ariana rodeó al sorprendido anfitrión y se lanzó por el pasadizo hacia el cuarto, en cuya puerta se discernían una o dos sombras. Al abrirse camino entre ambas, se le metió en la nariz un fuerte aroma a alcohol... y entonces lo vio.

Su respiración se detuvo por un tétrico instante, el que tardaron todas

las terminaciones nerviosas de su cuerpo en producirle el hormigueo que antecedió siempre a las lágrimas más incontenibles. Una palidez violenta borró de un soplo atroz el color de sus mejillas, mientras sus dedos tomaban la textura del hielo, se le estremecía la barbilla y se negaban sus piernas a continuar sosteniéndola. Retrocedió ella dos, tres pasos, y se derrumbó finalmente en brazos de Ernesto, en cuya faz tuvo que refugiar sus ojos desorbitados cuando se negaron estos a continuar soportando la imagen que tenían ante sí.

Porque al decir de Isabel Allende, para reconocer verdaderamente a una persona en la figura devastada que yacía sobre la cama a la luz de una vela lacrimosa, “*se necesitaba haberla amado mucho*”^[29]. El cabello hirsuto y completamente emblanquecido, la piel marchita, la barba crecida y llena de canas, los huesos de la cara sobresaliendo como filosas protuberancias, los brazos casi esqueléticos entrecruzados por un mapamundi de moretones y raspaduras infectadas... ¡los muslos y los tobillos en carne viva, delatando a mudos gritos las inacabables jornadas pegado al cepo!

Lo peor, empero, fue el instante en el que esa cabeza se volteó con agónica lentitud hacia la puerta. Porque en esos ojos amarillentos, hundidos en profundas y amoratadas ojeras, había todavía un orgulloso resabio del brillo cariñoso que siempre había sabido Ariana encontrar en ellos.

—¡Ariana... hijita! —se arrastraron las palabras de don Fernando desde su boca reseca—. ¿Por qué te dejaron entrar...? ¡Qué vergüenza con vos... venir a verme y encontrarme hecho una piltrafa...!

Quiso la muchacha en un arrebató correr hacia la cama y abrazar con todas sus fuerzas al derrengado talabartero. ¡Él siempre había sido tan bueno con ella...! Pero la retuvieron sobre la propia entrada los brazos de Azucena y de Ernesto, decididos a impedirle tal cometido. Doña Elena, que en todo este tiempo se había mantenido concentrada en la dolorosa y paciente labor de limpiar las heridas de su esposo, sin más equipo que una palangana de agua y un regimiento de paños, volvió finalmente su rostro hacia la intrusa, pero no le dirigió más que una mirada severa.

—También tiene así la espalda—explicó lacónicamente Ernesto—. Y apenas sí puede caminar, de cómo le dejaron las piernas. Sin hablar de que le sobró palo y le faltó comida...

Ya había surcos de humedad en las mejillas de Ariana al oír estas palabras, y los tales se convirtieron de inmediato en una explosión de sollozos implacables, gemidos de frustración y cólera que no consiguió contener ni

siquiera metiendo la cara entre las manos.

—¡Pero esto... no puede ser...! ¡Es una salvajada, no tienen temor de Dios...! —repetía espasmódicamente, con su respiración entrecortada y sus ojos muy abiertos, mientras Ernesto la conducía fuera del cuarto para evitar que tamaña crisis alterase aún más a sus padres—. Es decir... yo había oído el runrún de que supuestamente en la Peni maltrataban a los presos... ¡pero siempre creí que eran puros cuentos y exageraciones... nunca que pudiera ser cierto... y jamás que hubiera tantísima crueldad!

Ese prolongado estallido de turbación necesitó varios minutos antes de comenzar a aplacarse, y solo lo fue haciendo lentamente, casi al mismo ritmo que suelen retirarse las olas de una tormenta después de romper contra una playa larga y arenosa. Al fin Ariana se enjugó sus lágrimas y, entre profundos suspiros, volvió a asomarse a la habitación, sin decir nada.

—Doña Elena... —gimoteó, al cabo de un largo silencio—: ¿gusta que le prepare algo de comer a don Fernando... tal vez un caldito de pollo?

El ofrecimiento de la menor pareció ablandar un poco el gesto encogido y torvo con el que la mujer efectuaba sus curaciones, ante las cuales el hombre se retorció leve pero bruscamente.

—Está bien, Ari... —suspendió por un instante su labor y la miró con mucho más calidez—. Ahí tengo todo lo que se necesita. Decile a Azucena que te ayude... y que Dios te lo pague.

Después de pedir un trapo para amarrarse su hermoso cabello, la jovencita corrió a la cocina seguida por la fiel criada. Y allí permaneció el resto de la tarde, guiada por su irremediable espíritu de servicio que la determinó a dejar preparado no solo el caldo prometido, sino el café y la cena. Pero en realidad no le eran muy útiles como distracción aquellas tareas, pues de sus retinas no se desarraigaba la terrorífica visión que acababa de ver... ni de su corazón la idea de que hubiese sido ella, con su inconsciente provocación al general Tinoco, la responsable última de tantos males.

¡Ay, cuánto hubiese anhelado Ariana tener la libertad y la entereza de ofrecer su hombro y sus oídos a Ernesto, para que al fin pudiese desahogarse de tan fatídico trance! ¡Y cuánto habría querido también contar con él para que la escuchase a su vez, mientras ella se arrancara del pecho todo el pandemónium edificado en sus adentros por el atrevido General...! Pero muy pronto se convenció de que nada de eso iba a suceder, pues entre más tiempo pasaba ella en aquella casa, menos bienvenida se sentía por parte de él. ¡Era tan áspera la taciturnidad con la que deambulaba él por los pasillos, y tan

obvio su escaso deseo de conversar...! ¡Y le dolían tanto esas miradas de lanza que cada cierto tiempo se le clavaban con indescifrable rencor...!

En una de sus múltiples travesías a través de la cocina, tuvo ella la ocurrencia de mirar el reloj. ¡Eran las ocho y media de la noche, y ni siquiera se había acordado de asomarse a la ventana para cerciorarse de que nadie de su casa la anduviese buscando! Llena de espanto se arrancó el delantal y la pañoleta que había pedido prestados, y corrió al dormitorio para despedirse de doña Elena y de don Fernando. La conmovió mucho el esfuerzo que hacía el debilitado caballero en cada sílaba, volviendo su cabeza medio hundida en la almohada para agradecerle su presencia; pero ya no podía quedarse un minuto más.

—¡Y por favor, despídanme de Ernesto, porque no lo encuentro! — exclamó atropelladamente, mientras se precipitaba a través del corredor en busca de la puerta principal. Pero cuando se disponía a abrirla escuchó la voz grave y resuelta del muchacho, casi encima de su hombro, diciéndole en tono inocultablemente sarcástico:

—Encontré esto en la cocina, y debe ser tuyo.

Ariana supo de qué se trataba sin necesidad de volver sus ojos. ¡El maldito sobre! Debía habersele caído al despojarse del delantal, o quizás en medio de alguna de sus diez mil vueltas alrededor del fogón... ¿pero qué importancia tenía ese detalle? Lo que importaba ahora era que su desgracia estaba completa: ¡había caído precisamente en manos de la persona que menos hubiese deseado!

—¿Te lo dio tu *amiguito*? —inquirió Ernesto, con más tristeza que irritación—. Dado que ahora te visita abiertamente y a plena luz del día...

—Ni una palabra más, Ernesto—explotó ella, volviéndose para arrancarle el envoltorio de entre los dedos—. Vos serás mi mejor amigo, la única persona que realmente me conoce tal y como soy... podré quererte yo más que a nadie en este mundo, y tener por causa de ese cariño la paciencia para aguantarme en silencio tu trato tan descortés de los últimos días... ¡pero de ninguna manera voy a permitirte la menor insinuación de esas!

El joven anfitrión dio un bufido y bajó la cabeza.

—Te ruego que me perdones mi impertinencia—dijo, frunciendo su boca y esquivando la mirada de ella—. No estoy tratando de ofenderte ni de insultarte, ¡Dios me libre...! Pero... no deja de ser irónico que, después de recibir regalitos y visitas furtivas de un viejo casado y famoso por sinvergüenza, y de salir con él un domingo a vista y paciencia de todo el

barrio, ¡reaccionés ahora como si fuera yo el que está poniendo en un compromiso tu buen nombre!

La estocada fue profunda y certera. Ariana cerró violentamente sus ojos y embolsó sus labios en su mano izquierda, como intentando contener un nuevo acceso de lágrimas.

—¡Ay, Ernesto...! —suspiró, mientras se volvía a guardar el peligroso sobre entre sus ropas—. De verdad... ¡cómo quisiera yo poder explicarte, poder ayudarte a entender todo lo que está pasándome y porqué estoy actuando de la forma que lo hago...! Pero no puedo... ¡ahora no puedo...! Por tu propio bien y por el de tu gente... mejor que no sepas nada... Yo espero que tal vez algún día se disipen estos nubarrones, que volvamos a ser libres y que pueda al fin decírtelo todo... pero mientras tanto, solamente tengo algo que pedirte: ¡por favor, no me juzgues...!

El muchacho, compungido y un poco avergonzado, no levantó ya la vista.

—Ari... a mí no tenés que explicarme nada—musitó, casi entre dientes—. Yo sé que nosotros... solo somos amigos... y que entre vos y yo no hay promesas ni obligaciones de ningún tipo... Y entiendo también que es casi seguro que, al final de cuentas, la vida nos va a llevar por caminos diferentes... ¿Pero sabés algo? Yo no sé con cuánta libertad podrás vos elegir tu futuro, pero sí quisiera que lo que sea, te haga feliz... al lado de alguien que en verdad te merezca... ¡Y por eso mismo no soporto ni siquiera la idea de que esté tan cerca de vos precisamente ese cochino, ese canalla...!

Ariana, trémula y con su aliento contenido, lo tomó de las manos y le susurró:

—No quiero fallarte. Sé que es difícil... pero te suplico que confíes en mí.

Los labios de Ernesto se estremecieron, incapaces de domar por sí solos el encabritado corcel de sus emociones. Sus manos se escaparon bruscamente de entre las de la jovencita, para rodear en cambio su delicado rostro y, en un arrebató de pasión, atraerlo hacia el suyo propio para depositarle sin previo aviso un beso lleno de fuego. Un beso que triunfó sin resistencia, condensando en tres minúsculos segundos todas las ansias, sueños y temores que había acariciado Ariana desde su infancia, para despertar en ella portentosas sensaciones hasta entonces desconocidas y convertirla así en la romántica heroína imaginada por el genio de Pushkin: *“temblorosa cual gacela // se asfixia ardiendo, está en un tris // de desmayarse”*^[30]...

Se apartó el muchacho tan intempestivamente como se había acercado, y a continuación, con la voz desgastada que parecía ser una literal traducción sonora de la oscuridad de aquel corredor, dijo:

–Voy a tratar.

Al abrir de inmediato la puerta y acariciarle suavemente el rostro la nocturna brisa decembrina, Ariana todavía sentía que sus labios emitían esa vibrante energía que jamás en su vida había experimentado, y que le producía una tremenda sed de volverla a probar. Pero sentía también que estaba dejando atrás a sus propias víctimas, expuestas al peligro simplemente por una imprudencia suya. Y con el veneno de la culpa intoxicándole otra vez las arterias y atizándole el dolor de cabeza que le había regresado de repente, no pudo menos que preguntarse si, más que en el cuerpo del torturado don Fernando, no había dejado el insaciable cebo sus huellas lacerantes en el noble y sensitivo corazón de su hijo.

Por la ventana

—¡Pstt...! ¡Ariana! —la voz femenina que escuchó llamándola a susurrantes gritos le pareció casi imaginaria en un principio, pero de todas maneras la obligó a alzar su vista y a mirar alrededor, sobresaltada como si viniese despertándose de un sueño frágil. La calle estaba desierta, pero el brillo pálido de una luz que flotaba a través de la ventana de su propia habitación paralizó en seco sus pupilas. “*¿Una luz ahí adentro...?*”, aquel detalle tan simple le devolvió en toda su brutalidad el peso de su realidad doméstica. “*¡Dios mío, alguien tiene que haber entrado a buscarme y de fijo se dio cuenta de que yo no estaba...! ¡Ahora sí es cierto que tío Elías me va a matar a palos!*”

—¡Ariana! —la volvieron a llamar con mayor desesperación—. ¡Por ahí no, tonta, que te van a ver del comedor!

La voz provenía precisamente de su ventana, y solo entonces advirtió que estaba entreabierta y que por la exigua rendija se asomaba una cara muy familiar.

—¡María Consuelo!

—¡Shh, cállate...! ¿No ves que todos creen que vos estás dormida todavía en el cuarto y me mandaron a mí a llamarte, para ver si querías comer algo? —el poco volumen de las palabras de su prima se compensaba con sus arduas gesticulaciones—. ¡Si se dan cuenta que venís de la calle y que de feria era para donde Ernesto que te zafaste toda la noche, mi papá nos mata a las dos! ¡Rápido, por este otro lado, antes de que se asome alguien... y dale gracias a Dios que no mandaron más bien a Felicia!

—Pero... ¿qué vas a hacer?

—¡Ponete aquí, te digo! Tenés que ver cómo encaramarte hasta este otro lado, para yo poder jalarte por la ventana... porque de lo contrario, ¡nos llevó el diablo!

No necesitó Ariana segundas razones para obedecer. María Consuelo abrió inmediatamente la ventana y enseguida comenzó a tirar furiosamente de los brazos de su prima para ayudarla a trepar. Pero se hallaba el resquicio tan alto sobre la acera que ni aun con su lujosa estatura conseguía Ariana apoyarse con suficiente fuerza sobre el marco para deslizarse a través de él, menos aún

con el temor suyo de que nuevamente se le fuese a escapar la famosa carta sin abrir. Fue cuestión de segundos para que las dos se hallaran sudorosas y coloradas, y en los blancos brazos de la menor comenzaron además a marcarse los dedos de la otra, sin que a cambio hubiesen logrado nada.

—¡Carambas, Ari...! —bufaba su impaciente prima—. ¡Y yo creyendo que por ser vos flaquilla te iba a poder jalar facilito...! ¡Del pelo es que te debería subir, como la *carajilla* del cuento^[31]...!

—¡No, del pelo no! —como un bólido chispeante le atravesó a Ariana la mente una de sus peculiares inspiraciones—. ¡Rápido, pásame una cobija, o una sábana!

María Consuelo entendió enseguida lo que se proponía su joven prima, y enseguida se abalanzó hacia la sobrecama que cubría el desocupado lecho, el cual arrebató y amontonó entre sus ágiles manos. Instantes después empezaba Ariana su torpe escalada, aferrada a uno de los cabos, mientras la otra tiraba furiosamente del extremo opuesto. Con esta oportuna ayuda logró la colegiala izarse a fuerza de brazos hasta el borde de la abierta ventana, donde acudió su cómplice para auxiliarla; pero cuando ya se disponía a pasar su pierna por encima del marco para ingresar a la habitación, se enredó en la cortina y vino a caer estrepitosamente del lado interno, llevándose consigo todo el armazón que la sostenía y también a la pobre María Consuelo.

El saldo del percance resultó complicadísimo: no solo terminaron las dos muchachas sumamente golpeadas y atrapadas debajo de las pesadas telas, sino que la colcha que les había servido de cuerda presentaba una delatora desgarradura, y para colmo vino a salirse a Ariana de entre su blusa el escurridizo pliego que aún no había podido leer, el cual quedó casi a los pies de su prima. ¡Y era cuestión de segundos para que, atraídos por el escándalo, viniesen a asomarse los demás habitantes de la casa cuyos pasos precipitados ya se oían!

—¿Qué es eso, Ari...? —chilló María Consuelo al verlo, dejando súbitamente de dolerse de la caída—. ¿Más cartitas misteriosas...?

—¡Callate, que te van a oír! —alcanzó a responder desde el piso la “enferma”, pugnando todavía por liberarse de la colcha y las cortinas que la mantenían prisionera y por recobrar al mismo tiempo la endemoniada misiva del General, que el viento no le permitía atrapar. Apenas tuvo tiempo de empujarla debajo de su cama, antes de que se abriera rudamente la puerta del dormitorio y aparecieran tras ella los rostros de Rafael, Felicia y la tía Dolores, a cual más desencajado por el espanto.

—¿Qué diantres está pasando aquí, por María Santísima? —exclamó esta última, dando un respingo entre la sorpresa y el disgusto al ver la ventana abierta y, al pie de esta, el glorioso conjunto de caos que representaban la colcha rota y los cuerpos de ambas jóvenes tirados en el piso, una casi encima de la otra.

—¡Nada, tía... no es nada! —comenzó a aletear desesperadamente María Consuelo como una gallina aterrada, mientras iba trabajosamente poniéndose de pie—. ¡Fue que esta *babosa* de Ari se despertó de pronto y seguro se asustó al verme aquí con ella... porque al querer levantarse se enredó en las cobijas, se agarró de las cortinas y se trajo todo al suelo!

—¿Y por qué está la ventana abierta?

—Pensé que el aire fresco... ¡me iba a aliviar el dolor de cabeza...!

No tenía mucha fe Ariana en que su tía y sus primos se tragaran esas píldoras, pero así pareció eventualmente. Las caras de temor fueron transfigurándose rápidamente en expresiones un poco burlonas, y no tardó Rafael en comenzar a reír descaradamente, como rieron también María Consuelo y ella misma al salir a empellones del cuarto y mirarse la una a la otra. ¡Habían logrado engañar a toda la familia! A la única que no parecía divertir mucho aquel embrollo era a la tía Dolores, quien no paró de rezongar detrás de ellas en el pasillo ni en el comedor durante la cena, a pesar de las numerosas veces que el tío Elías y su esposa le hicieron señas para que cerrara el llavín de aquella correntada verbal.

Pero hacía tiempo que Ariana se había inmunizado contra esos repetitivos conciertos de espaventosos reproches vacíos. Esa noche, además, nada podía distraerla de la sensación que todavía percibía en sus labios, ese embriagante calor de los labios de Ernesto ansiosamente presionados contra los suyos, ni impedir que la devorase el irresistible deseo de buscarlos nuevamente. Excepto un solo pensamiento siniestro, que persistía en meterse entre ella y esa etérea sensación que la adormecía dulcemente. Allí, debajo de su cama, yacía todavía el papel que tenía el potencial de acabar, acaso definitivamente, con su honra y su credibilidad. La carta cuyo contenido seguía ignorando, pero cuya existencia ya no podía negar, ni ante su desconfiado vecino ni ante la no menos acuciosa María Consuelo.

Verano en ciernes

Comió poco Ariana esa noche, aduciendo que lo había hecho en exceso en Casa Presidencial. Y habló todavía menos, aunque sobre esto último no le fue necesaria excusa alguna por no ser en absoluto cosa ajena a su natural temperamento retraído. Mas al llegar la hora del chocolate caliente, que siempre se servía después de la cena, vino don Elías a romper inopinadamente la rutina con un anuncio imprevisto: era su intención, reveló, trasladarse con toda la familia a pasar la temporada de verano en la preciosa quinta lechera que poseían en las montañas de San Isidro, al noreste de la ciudad. La partida debía ser el día después de la Navidad, y la estadía se había de prolongar hasta principios de febrero, pues era su pretensión aprovechar la estación seca para dejar encaminados ciertos trabajos y reparaciones en los establos de la finca, afectados por las recientes erupciones del volcán Irazú.

—Papá... ¿pero cómo me voy a ir yo para allá en medio de los enredos de la boda? —la objeción de Felicia, aunque superficialmente desganada, no se hizo esperar—. Le salgo yo a José María con que me voy así, de buenas a primeras, ¡y capaz que me manda a volar!

—Bueno, en realidad parte de mi idea era que vos también fueras, porque seguramente es el último verano que vas a pasar con nosotros—respondió el patriarca, sin inmutarse—. Pero el viaje lo vamos a hacer de todas formas. Y si vos no querés o no poder ir, yo esperaré que podás quedarte al cuidado de Dolores... es decir, si ella no tuviera inconveniente.

—Ay, Elías, por favor... ¿cómo voy a tener yo inconveniente en hospedar a mi ahijada? —pese al afectado entusiasmo que quiso demostrar la tía al dar su parecer, Ariana pudo captar cuán rápido se apagó su semblante al oír la propuesta del jefe de la familia, pues eso dejaba a las claras que no pensaba invitarla—. Por supuesto que yo encantada la recibiría bajo mi techo todo el tiempo que fuera necesario... pero pensándolo mejor, tal vez resultaría más práctico para Felicia que sea yo la que me venga a dormir a esta casa, y así pueda ayudarla a salir con todo ese tanate...

—Vean, ustedes pueden organizarse como más cómodo les quede, que por mí no hay problema—no tenía muchas ganas don Elías de dejar zanjados todos los detalles cotidianos de quienes voluntariamente se quedaban atrás,

pues bastante tenía con los del viaje mismo—. Además, todavía faltan como dos meses para el casorio, de modo que todavía nos da tiempo de ir y volver... Y por otro lado, me imagino que Rafael va a estar viniendo también, porque dudo que tenga la paciencia para quedarse allá tanto tiempo sin sus amigotes y sus fiestas...

No ponía Ariana mayor cuidado a las palabras de su tío, pues además del torrente de distracciones que atosigaban su espíritu sensible, su atención había quedado momentáneamente atrapada por las dos o tres miradas de inteligencia que creyó sorprender entre Felicia y la tía Dolores. Pero no tuvo tiempo de conjeturar qué podían significar, pues de un momento a otro se volvió hacia ella don Elías para preguntarle a quemarropa:

—Y vos, Ari... ¿preferís acompañarnos o quedarte aquí en San José con tu tía y tu prima?

Todos los sucesos del día colisionaron como sendos trenes dentro de su cabeza al oír la interrogante. ¿Qué debía hacer? En su mente oscilaron las planeadas vacaciones entre un celestial bálsamo y un infernal suplicio, según considerase ella más terrible estar lejos de Ernesto o cerca de Joaquín. Por añadidura no se hallaba la jovencita nada deseosa de contrariar a su tío, quien hablaba del proyecto con desusado entusiasmo y en vano había intentado disimular su malestar por la renuencia de Felicia... Y antes de tener tiempo de sopesar toda esa ardiente olla de factores, sintió también cómo el furtivo codo de María Consuelo le pinchaba con malicia las costillas dos veces seguidas.

—Mm... lo que usted diga, tío—balbuceó sumisamente ella, aunque con anómala angustia—. A mí, sinceramente me gustaría en algún momento viajar unos días a Puntarenas y ver a mi familia... pero por mí no habría problema en hacer lo que usted considere más útil.

—Yo diría que Ariana definitivamente sería mucho más útil aquí, ayudándonos a nosotras con tanto mandado por hacer—ante la maligna prisa con la que intervino la tía Dolores, no pudo María Consuelo reprimir una mueca impaciente, aunque logró desaparecerla sin que su padre la observara.

—Puede ser que sí—el irremediable aire señorial de don Elías siempre dejaba flotando en el ambiente su autoridad, blanda en la forma pero a la postre rigurosa en el fondo—, pero también me parece a mí que ella se tiene muy merecido ese descansito después de las notas que trajo del colegio todo este año... máxime que incluso los mismísimos Tinoco la invitaron a comer por eso mismo, ¿no es cierto? Y además... estoy seguro de que a Lucía y a María Consuelo les va a hacer más falta la compañía de Ariana allá en la finca

que a cualquiera de ustedes dos aquí en la ciudad, donde les va a sobrar con qué entretenerse. Si ella quiere ir con nosotros, ¡pues la llevamos y listo! Y cuando vengamos podríamos discutir el otro tema, el de enviarla unos días a Puntarenas...

Aunque no dejó Ariana de impresionarse con el insólito dejo de amargura que creyó advertir en el entrecejo de su incómoda tía, lo cierto es que la determinación del padre de familia le produjo en el corazón una onda de alivio agrídulce, que apenas a medias logró disimular. No solo iba a librarse, al menos temporalmente, del pertinaz asedio al que la tenía sometida el diestro general Tinoco—sitio del cual debía ser parte la bendita carta cuyas garras llameantes crepitan impacientemente debajo de su cama—, sino también del ácido tormento de quedarse otra vez al cuidado de esa farragosa parienta, quien a no dudarlo la reduciría fácilmente al rango de mera doncella de compañía para Felicia o para sí misma, como había pasado tantas otras veces. Pero por otra parte, le dolía ver con cuánta ligereza le era postergado el permiso para su ansiado viaje a Puntarenas... ¡Y extrañaría tanto, más que nunca antes, a Ernesto...! ¡Se quedaría por tantas semanas su boca delicada con la inagotable sed de volver a recibir aquel delicioso calor, el que hacía apenas hora y media había saboreado por primera vez...!

—Diay, Ari... ¿qué te pasó, por qué estás tan colorada? —la plástica voz de Rafael le cayó encima al ver los notorios arreboles que desencadenaba aquel último recuerdo en la faz de su joven prima. Por supuesto, la pulla no hizo más que duplicar aquellos carmines, mientras su víctima agitaba desmañadamente la cabeza y balbuceaba una desinflada contestación que nadie en realidad consiguió entender.

Sin haber transcurrido ni cinco minutos, Ariana pidió disculpas y se levantó de la mesa, cuidándose de mencionar que había tenido un día particularmente pesado, que aún no se sentía del todo repuesta y que prefería irse pronto a descansar. Don Elías y su esposa Lucía le dieron de una vez las buenas noches sin mucho rodeo, lo mismo que el distraído Rafael; pero al encontrarse con el semblante travieso de María Consuelo, volvieron a hormiguarle sus nervios anticipando alguna punzada.

—¡Ay, Ari, pero quedate un ratito más! —exclamó esta última, remedando maliciosamente los altisonantes ademanes tan típicos de la tía Dolores, y con la dosis justa de doblez para que Ariana percibiese el verdadero sentido de sus palabras—. De por sí, mentira que te vas a poder acostar todavía... porque ahí deben estar todavía en tu cuarto las pobres de

Cristina y Secundina, bien fajadas recogiendo todo el tiradero que dejaste antes de caerme encima...

“*¡Entonces van a encontrar la carta!*”, la sola conjetura le hizo correr instantáneamente por la piel un lívido fagonazo de gélida palidez. Tal fue su turbación que no pudo responder siquiera a la pomposa invitación de su endiablada prima, que por supuesto no tenía la menor intención de ser aceptada, y que tuvo más bien el efecto contrario: acelerar la partida de la “enferma”, quien en el acto dejó el comedor con tanta precipitación, que probablemente no habría pasado inadvertida para sus tíos si no hubiesen estado estos entretenidos en sus paliques.

En cuatro o cinco pasos había arribado ya a su pieza, en cuya puerta se cruzó con Cristina, una de las criadas más antiguas de la casa, quien salía de allí con una mezcla de satisfacción y severidad. Pero adentro encontró también a Secundina, la que tenía casi su misma edad, y que en ese momento se enderezaba, luego de recoger del suelo... ¡el terrible sobre!

—Perdóneme usted, niña Ariana... —la muchacha, de tez muy morena y contextura redondeada, se dirigía a esta última con esa apocada sumisión que, lejos de complacerla, le resultaba acongojante—. Pero... esto que me acabo de encontrar aquí, ¿es suyo, o es de la niña Felicia?

—Eh... ¡no, no te lo lledes, déjalo ahí...! —se apresuró ella a responder, tomando el pliego de entre las manos de la criada, aunque dudando si admitir explícitamente que le pertenecía.

—Es que... lo preguntaba porque se me pareció a unos que he visto en el cuarto de la niña Felicia... y pensé que se le había perdido—admitió ella, con apenada candidez, bajando la mirada que de todas formas no se animaba a posar directamente sobre la muchacha—. Pero entonces aquí se lo dejo...

¿En el cuarto de Felicia? La extrañeza dobló hacia arriba las cejas de Ariana, antes de transformarse en franco recelo. Recordó de pronto un detalle que había olvidado por completo: ¡María Consuelo le había expuesto ya sus sospechas acerca de cierto idilio clandestino de su comprometida hermana! Las siguientes interrogantes germinaron de forma tan natural como violenta: ¿eran por ventura esos sobres la prueba de lo que suponía María Consuelo? ¿Cuán enterada estaba Secundina, o peor aún, el resto de la servidumbre? ¿Sería la joven trabajadora lo bastante suspicaz para deducir la procedencia y la naturaleza de tales recados? Y la duda crucial: en caso de serlo, ¿optaría por la discreción o, por el contrario, comprometería la honra de Felicia y, quizá, la suya propia?

—Cundi... vos sabés que yo casi nunca acostumbro andarlas molestando, ni a vos ni a las otras, pero ahora voy a tener que pedirte algo... un favor muy personal... No es nada difícil, no creo que te vaya a costar nada, pero necesito estar completamente segura de que vas a hacerlo.

Una petición tan encarecida era más que suficiente para plantar en la cara de la muchachilla una fugaz expresión de desconcierto. Y máxime cuando provenía de Ariana, la más noble y campechana de las personas que habitaban aquella casa. La que siempre trataba a todos con un respeto casi rayano en la reverencia, la que jamás lastimaba a nadie, la que más que dar órdenes, las suplicaba. La que nunca rehusaba compartir sus tareas, especialmente en la cocina o el aseo. La que mejor había sabido, con su modo apacible y su temperamento tímido, ganarse el afecto y el cariño de todo el personal doméstico que laboraba para los Cantillano, quienes hubiesen dado la vida misma por verla coronada como legítima princesa del hogar, con prelación sobre sus altaneras primas o el infumable Rafael.

—Cualquier cosa, lo que usted diga... —la espontánea viveza del gesto con el que acompañó Secundina la respuesta, tan lejana a la resignada sumisión que hubiese podido suponerse, sin duda debió haber sido interpretada por Ariana como una señal positiva, aunque todavía no podía juzgar cuánta lealtad había detrás.

—Bien... el favor que necesito es que no le contés a nadie de este sobre. A nadie, ¿me entendés? No es nada grave, simplemente se trata de... evitar, pues, malos entendidos.

—¡Cuenta con eso, niña Ariana! —la joven criada, cuya estatura llegaba apenas a la barbilla de la espigada colegiala, pareció haberse agigantado al prometer su discreción—. Voy a ser una tumba si eso es lo que usted quiere, y más todavía con doña Dolores, que a veces es medio lengua larga... Y tampoco tenga miedo de que yo vaya a andar leyendo las hojitas esas... porque yo, por más que quise, nunca pude ir a la escuela.

—Entonces podemos hacer un trato—oyendo aquello le vino a Ariana otra de sus repentinas inspiraciones—. Vos me guardas muy bien el secreto... y si vos de veras quisieras aprender, yo te enseño a leer y a escribir. ¿Te gustaría?

El ofrecimiento debió haber tomado a la cándida Secundina por completa sorpresa, o al menos eso podía deducirse a partir de la mueca de enmudecida euforia que se apoderó de sus generosas facciones. Sus ojos pardos y redondeados se frenaron por largos e incrédulos segundos sobre los

de Ariana, mientras recobraba poco a poco el control de su entreabierto boca y recaudaba sus dispersas reservas de buen sentido para responderle:

—¡Uy, eso sería un sueño para mí! ¡Es... qué bárbara, es usted muy amable! Pero... —el inocultable entusiasmo de su semblante dio paso a una gota de contrariedad—, ¿cómo hacemos? Yo no tengo ni un lápiz, y menos un cuaderno... y además aquí pasamos muy ocupadas, casi no tenemos tiempo para nada... y para peores, usted en unos días se nos *jala* para la montaña con sus tíos...

—Por eso no te preocupés—sonrió Ariana, muy aliviada de ver en el interés de la muchachita un sincero cariño y una no menos segura garantía de su discreción—. Yo voy a tratar de arreglar las cosas para que podamos hacerlo sin problema. ¿Está bien?

Cuando la joven empleada, convertida su faz en un sol que irradiaba su gratitud hacia Ariana, dejó a ritmo festivo la habitación, el aspecto de esta era nuevamente tan primoroso como solía serlo la mayor parte del tiempo, y muy lejano al campo de batalla en que la habían dejado convertida ella y María Consuelo. Pero no reparó en eso la azurumbada colegiala por muchos segundos: ahora, hallándose al fin sola y con la puerta cerrada, bailoteaba una vez más entre sus temblorosos dedos el sobre a medio rasgar, sin que ella pudiese decidirse a terminar de abrirlo. ¡Era su propia caja de Pandora^[32], el mítico recipiente del que solo podrían salir todo tipo de desgracias, pero el cual se sentía ella impelida a abrir por un destino inexorable y una funesta curiosidad en la que reconocía su inminente perdición!

“Señor... no sé exactamente lo que voy a encontrar aquí dentro... pero si es lo que sospecho, dame la gracia para soportarlo”, se dijo en sus adentros. Y terminó de romper el amarillento sobre.

La carta de Pandora

La primera sorpresa que se llevó Ariana fue constatar que la misiva que por tantas horas la había mantenido tan intrigada no constaba más que de una sola hoja, doblada con extremo cuidado en tres tantos que dejaban visible el indiscreto membrete de la Presidencia de la República. El descubrimiento la hizo experimentar, aunque muy fugazmente, una especie de alivio perverso. ¡Ni siquiera llegaba a la extensión de aquel otro mensaje, el que en presencia de María Consuelo le había hecho entregar Joaquín Tinoco por mano de uno de sus jóvenes cadetes!

Al desdoblar atropelladamente el pliego, empero, la aguardaba una segunda campanada. “*Pero... ¿esta carta está en francés!*”... ¿Qué se proponía el General con eso? ¿Jugar a los acertijos con ella? ¿Una forma de guardar cierta discreción frente a terceros, previendo que aún en el caso de que la carta cayese en manos erradas no pudiese descifrarse con facilidad un texto tan supuestamente comprometedor? ¿Establecer un nexo peculiar con ella a través de un lenguaje que compartían? ¡O quizás un ominoso recordatorio de la noche de su primer encuentro, en aquel estruendoso baile que tanto maldijese y lamentase ella después...! Su memoria le trajo de un golpe todas las veces que se había dirigido Joaquín a ella empleando seductoramente la forma francesa de su nombre, “*Ariane*”... y cómo ella, acaso pecando de ingenua, le había seguido el juego llamándolo “*mon Général*”...

Comenzó a leer. “*Mademoiselle Ariane*”, la depurada caligrafía con la que se esmeraba el General en escribir el predecible apelativo inicial le resultaba a un tiempo dulce y chocante. Aquel sentimiento confuso se incrementó a tal velocidad, que sin terminar la segunda línea tuvo que frenar y devolverse al mismo principio. ¡Cuán imposible le era asimilar el violento contraste entre la delicada elegancia con la que estaba redactada la carta desde sus primeras líneas, y la perfidia de los designios que ya no intentaba disfrazar!

“*Mademoiselle Ariane:*

He luchado mucho por contenerme, pero todo ha sido inútil. A despecho de ser un general, y por añadidura mucho más orgulloso de lo que jamás podría ser usted con su intrínseca modestia, he salido

vergonzosamente vencido y me veo en la penuria de arrastrarme a los pies de quien ha sido a la vez mi ángel y mi verdugo.

Usted, bien lo sé, no ignora mi actual situación. No pretendo por ello hablarle con fingimientos, ni forzar la embriagadora quimera de que su intachable virtud y su magnífica discreción le permitan pasarla por alto sin contemplación alguna. Pero aunque se empeñe en no escucharme, obligándome con ello a la desesperante necesidad de escribirle lo que sus nobles oídos rehúsan, es indispensable para mí que usted también sepa lo que ha causado su existencia en la mía. La tempestad que ha desencadenado es mucho más fuerte que yo, y me ha embargado de una forma incontenible, sin que para aplacarla me haya servido de nada mi veteranía en los salones, mi experiencia en idilios o mi frialdad en las pasiones.

Sepa usted que no veo ya cómo otra mujer, ni aun la virtuosa e inocente dama a la que he dado mi nombre y a la que hoy engaño tan villanamente, pueda hacerme dichoso. Usted, y sólo usted, ha rasgado con la espada de sus encantos el odioso velo de la insulsa y falsificada rutina a la que vivo encadenado, mal reemplazo para la verdadera felicidad. Y por usted, mi querida Arianne, estoy dispuesto a sacrificar mi honor, mi conciencia, mi vida misma, con tal de darme a mí mismo la oportunidad de ganar su corazón y gozar al fin de una auténtica dicha.

¿Se indigna usted? Quizás. No esperaría menos. Pero lo que he escrito, he escrito. Sé muy bien que tendría yo merecidos el escarnio y la deshonra pública, si mis impertinencias ofenden su exquisita sensibilidad y su inquebrantable sentido del decoro. Al atreverme a confesar todo esto, lo hago consciente de que queda a su entero arbitrio el ajusticiarme dando a conocer mi escandalosa insensatez, exhibiéndome ante todo el país como un impúdico libertino. Pero este impulso incontestable que me ha llevado a tanto, me hace albergar todavía la lejana esperanza de que no le sea a usted del todo indiferente un corazón consumido en las llamas de la pasión, y que acaso haya en el suyo una chispa de clemencia que me permita quedar a salvo.

En su altar sacrificaré, si es preciso, mi reputación y mi honorabilidad de caballero y hombre público. Bástele a usted una simple palabra, o siquiera un gesto con el que me haga entender que mi incontrolable pasión no carece de esperanzas, y me verá hacerlo aunque eso signifique dejar mis actuales privilegios y marcharme para siempre de Costa Rica.

Rendido a sus pies espera esa palabra o ese gesto, Joaquín”.

A medida que sus azules pupilas recorrían los atrevidos renglones, iba acrecentándose en Ariana una tremebunda ofuscación que le habría sido imposible disimular ante terceros si se hubiese hallado alguno presente en su dormitorio. Desde las primeras líneas, trazadas con firme y paciente elegancia, a las últimas, mucho más abigarradas e inseguras, toda la tinta parecía gritarle desde el papel con la misma violencia que lo hiciese desde la tierra la sangre del bíblico Abel^[33]. Y al instante mismo de rebasar sus ojos la última palabra, saltó en su fuero interno, como el fulminante de un revólver, una rabiosa frustración que le amargó el vientre y le exacerbó el dolor de cabeza que persistía en no apagársele.

“¿Qué se está creyendo ese hombre, por Jesucristo?”, el clamor surgió desde lo más recóndito de su cerebro, al cabo de los largos minutos en los que observó alelada la hoja que se estremecía en sus manos, dándose tiempo de asimilar la terrible conmoción que exprimía de sus párpados lágrimas coléricas. “¿Y cómo se supone ahora que debo yo responder a esto?”...

Arduo fue el esfuerzo que tuvo que realizar para enfriar la caótica ebullición de sus pensamientos y analizar con alguna calma su nueva situación. “Está clarísimo que ese tipo no contempla siquiera la posibilidad de que yo lo rechace”, reflexionaba, “¡o de lo contrario no se hubiera permitido semejante grado de insolencia!”... Pero entonces, ¿qué objeto tenían tantas súplicas suyas acerca de guardar el desliz en el más estricto secreto para mantener a salvo su honor de caballero? ¿Acaso le temería tanto el General a un escándalo? ¡Pamplinas! En labios de él parecía la idea tan ridícula, que Ariana tuvo que morderse los labios para no emitir en alto una cínica risotada. ¡Escrúpulos de ese tipo en un mujeriego consumado, jugador impenitente e implacable duelista, cuyas andanzas se habían divulgado ampliamente por tantos años en todos los círculos sociales del país! Pura palabrería, ¡eso tenía que ser! O tal vez algo más: un ardid para expoliar su aparente ingenuidad... “Seguramente cree que yo no tengo malicia y que diciéndome todo eso me va a hacer creer en la sinceridad de esa supuesta pasión”...

O no. Quizá se tratase de algo mucho más trascendental... una sospecha que, al ir tomando forma progresivamente en la imaginación de la muchacha, la fue llenando de ese frígido pavor que le endurecía los hombros y el cuello. Debajo de esas frases que calificaba ella de fanfarronadas debía

esconderse una bomba, una letal advertencia: si ella se dignaba rechazarlo, y agravaba su desdén mostrándole a alguien más las pruebas de su falta, ¡habría nefastas consecuencias! Desgracias para ella, para su hermano Miguel, para los Cantillano, para Ernesto y su familia, para quien quiera que pudiese significar algo en su vida... *“Y si algo tan estúpido como lo del baile me lo cobró torturando a don Fernando... ¿qué le va a temblar el pulso para hacer ahora?”...*

Y ya no le cupo duda. Lo que había abierto era, en verdad, la carta de Pandora.

La partida

Después de los paroxismos emocionales de ese ardoroso domingo, hubiese ansiado Ariana algún tipo de tregua, una pausa que le permitiese rehacerse, reflexionar con la cabeza fría y trazarse calmamente un derrotero para enfrentar ese terrible sitio, que ya le resultaba más desgastante que el de Verdún. ¡Cuán bienvenido habría sido tener ese respiro! Pero tal posibilidad pereció en definitiva desde el momento mismo en que hubo terminado de leer esa maldita carta de *Mano Lagarto* (como enconosamente lo llamaba la maestra María Isabel).

A partir de entonces se desató en su alma una tóxica espiral de miedos y zozobras, que de día la forzaban a enclaustrarse entre cuatro paredes, sin asomarse ni siquiera al jardín, y le truncaban por las noches el sueño con el menor ruido que proviniese de la calle. Cualquier peatón le parecía un espía; el trote de los caballos que pasasen frente a su ventana evocaba en su imaginación a la Guardia Rural poniendo sitio a su casa, y la sirena de un automóvil la hacía palidecer de espanto ante la suposición de que fuese a aparecer de un momento a otro en el umbral de su habitación la imperiosa figura del Ministro de Guerra, presto a exigirla como caprichoso botín. Cada sombra le traía a la mente la imagen del General encapuchado frente a las velas, y la escalofriante voz monótona de Ofelia Corrales. Y cada minuto adicional que debía permanecer en San José le era así un agotador suplicio, tanto o más atroz que el cepo y las cadenas que desollasen la piel de don Fernando.

¡Ah, en qué interminable siglo de espera se le estaban convirtiendo los pocos días que faltaban para emprender el ansiado viaje a *La Centella*, nombre de la hacienda que poseían los Cantillano en las alturas de San Isidro! ¡Con cuánta desesperación ansiaba treparse en el carretón que debía conducirla, al lado de la tía Lucía y de María Consuelo, a través del poblado de Guadalupe, los cafetales, los potreros y los sembradíos, hasta la adorable quinta en la que debía sentirse, al menos por un tiempo, a salvo de la obsesiva tenacidad de Joaquín Tinoco! De muy poco le valían sus intentos por distraerse mediante la lectura y el piano, o sumiéndose incluso en las tareas domésticas para las cuales le sacaban tanto provecho sus primas; pues de

inmediato acudían sus miedos a darle una nueva tarascada en el pecho, en inocularle su fatídico veneno que le robaba a su semblante la lozanía. Ni siquiera le representó alivio alguno la esperada carta de su hermano Miguel desde Puntarenas confirmándole su anhelado ascenso, pues aun ese triunfo perdía mucho de su brillo al presentarse en su mente como una obra del General.

Era tan visible su decaimiento, que la despistadísima tía Lucía llegó a notarlo, y al comentarlo con su esposo Elías, llegó este a considerar brevemente retrasar la partida. ¡Flaco favor le hubiese hecho a su desventurada sobrina con tal postergación! Habiendo escuchado por casualidad semejante sugerencia, se vio Ariana en la ingrata necesidad de empujar el péndulo hacia el extremo opuesto: cuanto más triste y asustada se sentía, tanto más debió fingirse alegre y entusiasmada por cualquier fruslería. Y cuanto más enfermizo fuese el terror de toparse en plena calle con Joaquín Tinoco, tanto más se ofrecía para ir al Mercado Central o a los almacenes si así lo requerían sus tíos.

En una de estas salidas, ya en vísperas de emprender el viaje, halló precisamente el resquicio que necesitaba para salir de su incertidumbre. Enviada por su tía Lucía a cierta pulpería situada en las vecindades del Parque Morazán, donde se elaboraban deliciosas cajetas de coco, bizcochos y tamales asados que gozaban de justa fama en toda la capital, resolvió detenerse antes en la casa de la maestra María Isabel, situada casi al lado. ¡Solo ella podría darle una palabra de aliento y una luz para encontrarle la salida al horrendo galimatías que la aprisionaba!

Con su largo cabello envuelto en un sencillo pañolón, y una enorme canasta en la que llevaba oculto el libro que la educadora le había prestado, se detuvo frente a una puerta herméticamente cerrada. “*Antes era más fácil saber si había gente o no en una casa, porque todo el mundo mantenía siempre abiertas las puertas*”, recordaba la inquieta jovencita mientras aguardaba una respuesta. ¿Cuándo había comenzado a cambiar esa costumbre, otrora tan arraigada? Muy poco tiempo después que los Tinoco llegaron al poder.

Escuchó descorrerse un pestillo y, casi enseguida, el metálico crujir de la cerradura. Se asomó furtivamente una cabellera despeinada, una frente amplia y un redondeado par de ojos que se amplificaron bruscamente al reconocerla.

–¡Arianita! ¿Qué estás haciendo aquí?

–Venía ahí donde *Las Niñas*, a comprar unos tamalitos y unas golosinas

para la comida de Nochebuena... y quise aprovechar para pasar dejándole a usted este libro que me prestó...

La mujer dio una ojeada al grueso tomo que dormía dentro de la canasta y advirtió la esquina del papel que se distinguía apenas, prensado entre las páginas.

—*¿Mano Lagarto?* —preguntó en un susurro. Ariana asintió ligeramente con su cabeza.

—Bueno, voy a verlo. Andá vos a hacer tus compras y cuando ya vengas de vuelta parás un segundito, para darte otro librito. ¿Listo? Saludos a tus tíos...

La muchacha esbozó su acuerdo en una sonrisa y siguió su camino sin chistar, con la canasta vacía. Eso sí, su andar fue ahora mucho más pausado, como si estuviese ganando tiempo. Y cuando las señoras le indicaron que tardarían un poco más de lo usual en prepararle su pedido, la serenidad con la que acogió el retraso la amable señorita—tan contrastante con los acostumbrados reclamos, no siempre educados, de otros clientes—fue tan perfecta que debió haberles resultado sospechosa.

Al fin emprendió Ariana el camino de regreso, e instantes más tarde se detenía otra vez frente a la misma puerta. Tocaba apenas cuando la maestra se asomó nuevamente.

—¡Una sinvergüenzada del tamaño de la Catedral! —fue su exclamación de recibimiento, mientras le ofrecía un libro solo un poco menos grueso que el anterior—. Pero claro, ¡es muy de él una cosa de estas! Sabrá Dios a cuántas otras pobres muchachas les habrá mandado esa misma hablada, porque de fijo tiene hecho el *machote* y nada más cambia el nombre y la fecha...

—¿Pero qué hago? ¿Qué le respondo?

—Nada. Absolutamente nada.

—¿Nada? ¡Pero si no digo nada, me puede ir mal... y no solo a mí!

—Nada, Ari. Si no vas a darle el sí, no le des nada. Después de todo, tenés las excusas perfectas: primero que todo, él mismo te está pidiendo discreción, de modo que podrías decir después que no le escribiste por miedo de que alguien interceptara la carta... Y además, tenés encima los preparativos de Nochebuena y de la Misa del Gallo, los del viaje a San Isidro con tus tíos, los de la boda de tu prima, y después resulta que ya es la entrada a clases... Para entonces, lo más probable es que se aburra de esperarte y se busque entre su legión de enamoradas alguna otra que lo entretenga...

—¿Y qué hago si a él se le ocurriera irnos a ver a la finca?

La educadora suspiró y echó luego una larga mirada a su antigua discípula. Alta, esbelta y bien modelada, de estrecha cintura y levantadas caderas, tez blanca, ojos claros y perfil inocentemente sensual. ¡Qué hermosa era!

—Ojalá no le interesaras tanto como para tener que preocuparnos de eso.

Se despidieron con cierta premura, prometiéndose mutuamente seguir en contacto. Y enseguida Ariana, sintiendo que se había aligerado un poco el pesado yugo que le doblaba el cuello, reanudó el trayecto hacia su casa, aunque ahora a ritmo mucho más presuroso. Casi al mismo compás que hubiese ansiado ella que transcurriese el tiempo, pese a que íntimamente tenía la certidumbre de que los dos días que faltaban para la partida se le iban a volver milenios.

Y milenios se le volvieron, en efecto. Aunque de alguna manera no llevaron consigo el crispante terror de los días previos, ya fuese por efecto del tranquilizador consejo de la maestra María Isabel, o ya porque las celebraciones navideñas hacían mucho más improbable que el General apareciese de improviso en casa de los Cantillano. Pero al contemplar por fin por la ventana de su pieza la aurora del anhelado día, no pudo Ariana menos que elevar a Dios una lacrimosa plegaria de agradecimiento y experimentar, aunque tiritando de frío y envuelta en un grueso abrigo, la extraña mezcla de alivio y regocijo que constituía para ella la venida de la libertad.

Ya se hallaban María Consuelo, la tía Lucía y las dos criadas de confianza seleccionadas por ella para la temporada a bordo del amplio carretón de resortes, y adelante jineteaban don Elías y Rafael sus respectivos alazanes, cuando Ariana se encaminó dando tumbos con su valijita a través del jardín, como si quisiese disipar cualquier impresión que hubiese dado sobre la impaciencia con la que había esperado aquel instante.

—¿Qué pasa, Ari? —chilló desde la puerta la intranquila Felicia, quien llevando encima una espesa cobija presenciaba toda la escena—. ¿Por qué no te subís de una buena vez?

—Esperate, que acabo de acordarme, se me está olvidando algo—la menor se devolvió sin hacer caso a los ademanes de impaciencia de su prima. Corrió a su habitación y echó mano del libro que le había prestado la maestra; pero de él extrajo un cierto papel doblado en varios tantos, que puso en manos de Secundina, la joven y fiel criada que se disponía a salir con los tamales que había encargado la tía Lucía para el camino.

—Esta hojita—la instruyó en voz muy baja—se la vas a entregar a Ernesto, el muchacho de la casa del frente. Pero eso sí, no lo hagas hasta después de que nos hayamos ido... ¡y por favor, procura que Felicia no se dé cuenta, y menos todavía la tía Dolores! ¿Cuento con vos, Cundi?

—¡Lo que usted diga, niña Ariana!

—Que Dios te lo pague.

Los silbidos de burla de Rafael, las exclamaciones de impaciencia de Felicia, el intenso tinte rosáceo de la aurora que recortaba las oscuras siluetas de las montañas, y la silenciosa pero imperial estampa de don Elías al frente de la procesión, todo se mezcló en la mente de Ariana para formar el memorable cuadro de su partida. Segundos después sintió cómo se ponían en movimiento las ruedas del carretón, y experimentó por fin la paradójica sensación de alivio que, en palabras de Camus, “*no hizo más que exacerbar con más crueldad la estrechez de la celda*”^[34]. Porque era verdad que, al menos por un tiempo, se encontraría relativamente a salvo del acoso de Joaquín Tinoco... pero su boca sedienta de calor y sus ojos enturbiados por la humedad tuvieron también que despedirse en silencio de la adormilada casa de los Herrera, que lenta pero inexorablemente iba quedando atrás.

6

A la distancia

El viaje transcurrió sin incidente alguno, y la familia llegó a *La Centella* muy a tiempo para almorzar en el comedor de la amplia y bien ventilada casona que allá poseían. Aunque se trataba de una edificación notablemente más modesta que la de Barrio Amón, y rara vez era utilizada más que unas cuantas semanas al año, no por ello le faltaban las comodidades y lujos que podía permitirse un personaje tan acaudalado como don Elías Cantillano: un espacioso corredor cerrado por ventanales corredizos, una azotea con baranda metálica que permitía contemplar hacia el Oeste toda la singular magnificencia del Valle Central, una sala pródigamente amueblada, una terraza poblada de todo tipo de plantas y un sendero que corría desde la entrada misma de la hacienda, el cual—rodeando los primorosos rosales—remataba en una ancha glorieta cuyo centro era ocupado por la descomunal circunferencia de una robusta ceiba.

Al igual que sucedía en la mansión citadina, Ariana solía ocupar sola la habitación más austera y retirada de esta casona. Pero también aquí sabía la jovencita sacar la mejor ventaja de su peculiar ubicación, pues esta le permitía eludir con cierta facilidad a las frecuentes—y no siempre oportunas—visitas que recibía don Elías en su finca, particularmente los domingos. Y también le era muy conveniente para salir discretamente al hermoso jardín, a dar largos y solitarios paseos a pie o a caballo por la extensa finca, o simplemente a contemplar las estrellas durante las noches de verano.

Tal disposición, sin embargo, vino a modificarse temporalmente al cuarto día con el arribo de Pilar, la hija mayor de los Cantillano, invitada junto con su esposo a recibir el Año Nuevo al lado de sus padres. Al requerir la pareja una habitación propia, no hubo más remedio que desplazar a María Consuelo a compartir la que ocupaba Ariana. En otro momento un cambio de esa naturaleza no hubiese caído nada bien a la primera, y probablemente a la segunda le habría generado algún grado no pequeño de decepción; pero ahora, con el entorno empujándolas sin remedio hacia una persistente complicidad, la desganaada convivencia de antaño había ido dando paso al regocijo constante y, con él, a una estima mutua que se iba fortaleciendo cada noche al calor de alocadas conversaciones que con frecuencia se extendían hasta la pura

madrugada.

No había de lamentar la jovencita la presencia de la hermosa Pilar, con quien su relación siempre se había caracterizado por una distante cordialidad. No era ella ni con mucho tan arrogante como Felicia—con quien poseía, eso sí, un notable parecido físico—pero contaba en cambio con la misma picardía desenvuelta de María Consuelo, aunque atemperada por un espíritu más juicioso. Sin embargo, quienes se adueñaron rápidamente de la escena fueron su marido Víctor—heredero de una rica familia de cafetaleros heredianos—y el acordeón alemán del que era a la vez propietario y virtuoso intérprete, pues juntos le agregaron un ingrediente novedoso a las improvisadas veladas de las tardes.

Porque cuando la lluvia o el frío arreciaban—algo nada extraordinario en aquellas altitudes—, era usual que se sentasen todos juntos en el salón principal, en derredor de la chimenea encendida, a tomar café o chocolate caliente, y a escuchar a don Elías y Rafael tocar las guitarras mientras alguna de las muchachas aderezaba con su canto la velada. Y al unírseles Víctor con su acordeón y Pilar con su bandurria, la música iba y venía entre el despreocupado regocijo y la desesperada melancolía, despertando siempre en la viva imaginación de Ariana un inexplicable anhelo de amor y libertad.

Pero el viejo don Elías no estaba dispuesto a permitir que tales ratos de ocio lo distrajesen de sus tareas habituales. Por el contrario, procuraba mantenerse al tanto de lo que sucedía en sus otras propiedades y en el país en general, de modo que diariamente se hacía llevar hasta la quinta la edición ordinaria de “*La Información*” y algunas revistas de su interés. Ese capricho suyo, naturalmente, redundaba en un profundo agradecimiento por parte de Ariana, de quien ya sabemos que era lectora voraz en extremo y que por consiguiente era invariablemente la segunda en hojear tales publicaciones.

Allí festejaron con tamales, abundante rompopo y triquitraques la llegada del Año Nuevo, ocasión para la cual ordenó don Elías preparar una enorme hoguera al aire libre y destazar una de sus mejores reses. Claro está, la peonada participó alegremente en estos y otros preparativos, pues sabían todos en este tipo de circunstancias tenía el hacendado por costumbre repartirles generosas raciones, y especulaban por consiguiente que esta noche no había de ser la excepción. Y cuando Víctor y su acordeón se situaron frente a la fogata y arremetieron a una con su arsenal de melodías alegres, el entusiasmo se propagó de tal modo que los presentes resolvieron combatir el frío mediante el baile, en el que ni siquiera la tímida Ariana desdeñó tomar

parte, conducida firmemente por el brazo nervudo de uno de aquellos enérgicos y animados mozos.

Fue por boca de Víctor, quien por temperamento y por decisión se mantenía generalmente muy al margen de la política, que se supo en *La Centella* sobre el fallecimiento de Alfredo Volio, acaecido en la ciudad nicaragüense de Granada el mismo día que emprendieran los Cantillano su viaje.

—¿Y cómo es posible que una noticia de esas no haya salido en primera plana de “*La Información*”? —la instintiva reacción de don Elías fue la de ordenar que le buscasen el periódico correspondiente, pues no podía concebir cómo podría haberla pasado por alto en su minuciosa lectura matutina.

—A lo mejor—observó Rafael distraídamente—fue que no quisieron dignificar de esa forma a un traidor a su Patria, haciendo mención de sus conspiraciones.

—¡Pero si eso es como para que hubieran hecho un brindis *Pelico* y Joaquín! —insistió el viejo hacendado, sin salir de su asombro y comenzando a pasar una tras otra las hojas del diario—. ¿O no sabe todo el mundo que ese desgraciado andaba en Nicaragua con su hermano Jorge, el que era padre, y algunos otros atarantados de Cartago, viendo cómo armar una revolución desde allá para botarlos?

Si a Ariana, que terminaba en el comedor su pausado desayuno, le causó un inmediato acceso de náuseas imaginarse al General al lado de su hermano, sosteniendo una copa de champaña entre los dedos para festejar el deceso de un temido adversario, terminó de revolverle el estómago el despreocupado comentario con el que remató Pilar aquella macabra sobremesa:

—Pues a mí, después de oír eso, no me cabe la menor duda... ¡Definitivamente Dios y la Virgencita son los que pusieron en el poder a los Tinoco! —no era posible saber si la mueca ladeada de la joven dama era sarcástica o desdeñosa—. ¿No ven ustedes, que desde el sedicioso de Fernández Güell hasta ese señor Volio, el que le quiere hacer daño a don *Pelico* no llega vivo al fin de año?

Aún más atónita iba a quedar la colegiala, al escuchar cómo sus tíos y Rafael emitían un murmullo de aprobación hacia la irrefutable verdad que recién proclamaba la hermana mayor. A duras penas logró contener su rabia, pero de todas maneras esta acabó por hallar el resquicio para expresarse:

—Que Dios los tenga a ambos en la gloria—se atrevió a decir,

arrebatada otra vez por su inflamado sentido de la justicia y sin pensar mucho en la reacción de sus parientes—, y que les dé sabiduría a los Tinoco, para que la gente no piense mal de esas muertes tan oportunas.

—Uy, sí... ¡la gente sí que habla tonterías! ¿Verdad? —la espontánea exclamación de Pilar dejó a las claras que no se había ocupado mucho de figurarse si en las arriesgadas palabras de Ariana dormitaba alguna ironía. En cambio para Rafael, suspicaz por naturaleza y recalcitrante adicto a los Tinoco por añadidura, no hubo la menor duda de que así era, a juzgar por la manera inamistosa con la que sus pupilas alancearon sumariamente a la jovencita. Y aun pareció captarlo así el viejo tío Elías, quien al momento alzó su vista por encima del periódico que revisaba para dirigir a su sobrina una inquisitorial mirada. Pero la atmósfera caldeada que comenzaba ya a gestarse en el comedor se vino a disipar con la oportuna entrada del mozo que traía la correspondencia.

Mientras su tío y los demás se distribuían rápidamente las cartas recién llegadas, no movió Ariana un músculo. Impasible se mantuvo en su asiento frente a una taza de café a medio beber, aparentando una gélida indiferencia. ¡Cómo se había visto obligada por las circunstancias a perfeccionar en las últimas semanas esa coraza de mármol, capaz de evitar que se delatasen ante terceros sus ansiedades internas, mas inservible para impedir que estas le incendiasen el sensible corazón! Pues debajo de esa externa reserva, la muchacha se encontraba en realidad aprisionada por una rara agitación cuyo origen estaba precisamente en esos sobres que se iban distribuyendo ante sus ojos. ¿Habría alguno para ella? ¿Quizá de Ernesto... o a la larga, de Joaquín?

Escuchó con atención, perfectamente disimulada por su habitual pose retraída. Tres misivas para don Elías, una para Rafael y una para María Consuelo. Nada para ella. Sin moverse de su silla se encogió de hombros, pero el ratón de la zozobra ya había comenzado a mordisquear con impaciencia los cimientos de su serenidad. “*Ya va más de una semana que estoy aquí, y Ernesto no me contesta*”, pensaba con crecientes ansias. “*¿Será que no le llegó la carta que le puse apenas llegué... o peor, que Secundina no le entregó la hoja con la clave? Porque sin esa hoja, ¿cómo va a entender el montón de garabatos que le envié?*”

Determinada a cumplirle a Ernesto su promesa de escribirle desde la quinta, pero también a no cometer nuevas torpezas que comprometiesen su seguridad y la de su familia, habíase tomado Ariana innumerables previsiones. No solo había acordado con Secundina que aceptase ser la “destinataria” que

figurara en los sobres, con el encargo de trasladarle inmediatamente al guapo vecino cualquier carta que le fuese entregada. Sino que también—espoлеada por las reiteradas advertencias de la maestra María Isabel, involuntariamente confirmadas por el mismísimo *Mano Lagarto* al escribir en francés sus misivas—se había ocupado durante varias noches de idear esa creativa precaución adicional que, según sus cálculos, debía inmunizar sus recados frente a lectores no deseados. Pero al ver que seguían transcurriendo más y más días sin que viniese la anhelada respuesta, empezó la jovencita a desesperarse. ¿Habría fallado Secundina en su cometido? ¿La habría traicionado? O peor aún, ¿había ocurrido alguna nueva desgracia a Ernesto o a los suyos?

Con desazón que se acrecentaba cada día seguía atisbando furtivamente la venida de la correspondencia, esperando que Felicia o la tía Dolores les comunicasen cualquier novedad acaecida en el vecindario. Y también hojeaba frenéticamente los periódicos, sin olvidar jamás la humillante indiferencia con la que había acogido “*La Información*” el arresto de don Fernando, ni las insinuaciones, rayanas en la injuria, con las que había anunciado también la reciente detención del licenciado Zelaya, ocurrida pocos días después de interponer el recurso de hábeas corpus a favor del padre de Ernesto. ¡Cuántas lágrimas le habían arrancado esos textos desvergonzados...! Pero ni las misivas de su parentela ni las páginas del aborrecido diario le ofrecían ninguna luz adicional. ¿Señal que nada grave había sucedido, o tan solo que la consigna oficial era la de un cínico silencio como el guardado ante la muerte de Volio?

Al cabo de un par de semanas, cuando partieron satisfechos Pilar y su esposo de *La Centella* hacia su casa en Heredia, la desmoralización de Ariana comenzaba a intoxicar incluso su semblante. ¡Era demasiado tiempo para no haber recibido nada! ¡Algo debía estar sucediendo con Ernesto! ¿Estarían los esbirros del General interceptando sus cartas? ¿Habrían obtenido de alguna forma la hoja con su clave secreta? ¿O era simplemente—y esta hipótesis la aterraba y enfurecía a la vez—que el muchacho carecía por completo de interés alguno en responderlas?

Si antes había albergado expectativas de descanso y alivio respecto de aquella temporada en la montaña, aquel suplicio las estaba destruyendo con cruel facilidad. Pero empeorábalo todo su necesidad de soportarlo con una mordaza de acero. ¿Acaso no había comprobado ya el fatídico resultado de un insignificante desliz? Por fortuna para ella, se había iniciado mientras tanto la

remodelación de los establos, trabajo que mantenía a don Elías y a Rafael lo bastante ocupados para que ninguno de los dos se interesase mucho en observar cómo la aflicción volvía a apagar la lozanía de su aspecto. Y de la siempre desorientada tía Lucía no había mucho que temer, de modo que su única preocupación adicional debía ser una María Consuelo que se había ido convirtiendo—aunque casi por inopia—en la depositaria de algunas confidencias suyas particularmente delicadas, pero ante la cual por ninguna razón se hubiese arriesgado a exteriorizar el verdadero origen de su actual desasosiego. ¡Antes habría elegido Ariana perecer lentamente en la furiosa hoguera de sus penas!

Lo único con que podía consolarse la desalentada jovencita—si bien “*con un confuso sentimiento de dicha y de rabia*”^[35], al decir de García Márquez—era con haberse escabullido de los libidinosos avances de los que la hacía objeto el donjuanesco General. Y si ciertamente la impacientaba el estruendoso silencio por carta de Ernesto, el de Joaquín en cambio hacía crecer en su corazón el convencimiento de que sus galantes impertinencias y su profesada pasión no eran más que caprichos de macho, susceptibles de ser igualmente satisfechos en cualquiera otra de las muchas admiradoras que poseía.

¡Ay, cuán pronto había de derrumbarse sobre ella el castillo de su alivio, como antaño su amado hogar en la ciudad de Cartago! La mañana del domingo siguiente planeaba Ariana asistir a misa junto con su tía y sus primos, pero habiéndoselo impedido una indisposición estomacal de última hora, se resolvió en cambio que permaneciese en la casona. Y poco después de las diez, hallándose sentada en un agradable sillón del corredor, con el predecible libro abierto entre sus manos, escuchó de pronto un gran alboroto entre los peones de la finca, que la obligó a levantar su azul vista. A la distancia se abría apresuradamente el portón, y una nube de ocre se levantaba como anunciando el ingreso de cuatro jinetes, todos en uniforme militar. La jovencita palideció rudamente y dejó caer el libro. ¡Al frente de aquel reducido pelotón, con porte resuelto y despreocupado, venía Joaquín Tinoco!

Dos visitas

Se conmovió toda *La Centella* ante la intempestiva visita. Don Elías, sorprendido por el aviso en la esquinera habitación que le servía de improvisado despacho, se levantó de pronto y corrió hacia la glorieta, donde acababan de detenerse los cuatro hombres delante de la escalinata. Casi de inmediato se le unió Rafael, que había adelantado su retorno y venía apenas de dejar en el establo el caballo con el que había bajado hasta San Isidro para asistir al servicio religioso. Pero si bien ambos varones experimentaban un mayúsculo desconcierto, sin atinar a explicarse el inesperado arribo del Ministro de Guerra, no había punto de comparación con el terror que agitaba hasta la última célula del cuerpo de Ariana, como si aquellos hubiesen sido los cuatro jinetes del Apocalipsis^[36].

De todos ellos solamente echó pie a tierra el General, quien venía a lomos de un magnífico caballo negro y luciendo como acostumbraba un nítido uniforme, aunque menos enjaezado de lo que acostumbraba en la capital. También fue mucho menos ceremonioso su efusivo saludo a don Elías y a su primogénito, a quienes repartió sendos abrazos antes de explicar que había subido desde temprano a ver un terreno que le habían ofrecido vender y que, enterado de la presencia de los Cantillano en las inmediaciones, había resuelto simplemente pasar a saludarlos.

—¡Cómo! ¿Entonces hoy tampoco se va a quedar para almorzar con nosotros? —inquirió el viejo, sin salir todavía de su aturdimiento—. Con esta ya van tres veces que nos desprecia la invitación...

—No se moleste usted, don Elías—respondió el imperturbable Joaquín, dirigiendo sin embargo ocasionales y furtivas miradas a la puerta principal—. Total, siempre ando yo agarrándolo desprevenido, de modo que si antes no le he aceptado es por no causarle inconvenientes. De todas maneras hoy sería imposible, porque tengo que volver a la capital cuanto antes. Federico me mandó a llamar porque aparentemente hay algunos problemas en la frontera con Nicaragua. Creía yo que con la muerte de Alfredo Volio se iba a calmar por un tiempo esa caterva de traidores que está escondida allá, pero pareciera que está sucediendo todo lo contrario... y me temo que vaya a ser necesario aumentar el número de efectivos militares y mover algunas tropas a

Guanacaste, por si estuvieran por cometer la estupidez de invadirnos... ¡Pero tenga usted, don Elías, la plena seguridad de que el domingo próximo...!

—Pues hoy no se me va usted sin tomarse por lo menos un fresquito— interrumpió el anfitrión, empeñado en demostrar su imperiosa amabilidad—, porque el sol está muy picante esta mañana, y usted y sus hombres deben tener mucha sed. Mi señora y mi hija María Consuelo ya deben estar por llegar de misa, pero por mientras aquí está mi sobrina Ariana, que con mucho gusto los puede atender... ¡Rafael, andá a llamarla y le decís que me les vaya preparando al General y a sus hombres una limonada...! Y lo que es de hoy en ocho, mi estimado Joaquín... queda usted invitado para almorzar, y no valen pretextos, así nos esté invadiendo Nicaragua o los mismos Estados Unidos.

—Bien, muchachos—se volvió Joaquín hacia los tres jóvenes que lo escoltaban, con esa amplia sonrisa de complacencia que denotaba su hábito de mandar y ser obedecido—, pueden desmontar.

Desde donde se hallaba la infeliz Ariana se podía ver y escuchar con absoluta claridad lo que ocurría en el jardín. Así llegó a sus oídos la despiadada sentencia que inconscientemente le imponía su tío Elías, seguida por el curioso ruido de las botas de los soldados posándose reciamente en tierra, y condimentada por la ávida mueca de triunfo que decoró al instante las sensuales facciones del General. Y fue esta última la que detonó en ella un zumbido glacial, que se propagó desde sus tímpanos a través de toda su cabeza, y se transformó en un amenazante mareo que fue ennegreciendo rápidamente la periferia de su campo visual. ¡No había refugio, no había escape!

Aturdida, tambaleante, sintiendo que sus energías la abandonaban bruscamente y que su lucidez mental se desconectaba a causa de la sobrecarga de tensión, tuvo que apoyarse en el sillón que antes ocupase para no quedar tendida en el corredor. Ninguna fuerza sobre la faz de la Tierra habría podido hacerla sentir preparada para un momento como este. ¿Podría acaso imaginarse una peor circunstancia para encontrarse de nuevo con la inclemente máquina de seducción que era el general Tinoco?

Atropellada por la avalancha de emociones desbocadas que explotaban a una en sus adentros, Ariana perdió completamente la noción de su entorno y se quedó allí como en sueños, sin hacer otro movimiento que el de inclinarse casi por instinto a recoger su libro. Así la encontró Rafael al ingresar al corredor para repetirle las órdenes de su padre, palabras que su profundo azoramiento desfiguró hasta convertirlas en un tartamudeo

incomprensible. Su semblante inexpresivo hacía pensar en la resignación de un condenado, esa que alguna vez describiese Carlos Fuentes como “*la monstruosa tranquilidad con que aceptaba su propia muerte*”^[37].

No salía aún la jovencita de su estupor cuando ingresó a la galería el hacendado, y junto con él sus ilustres huéspedes. Hacia ella avanzó entonces el General, con una firme seguridad que contrastaba casi hasta el grado de lo cómico con los titubeos de sus jóvenes escoltas, a quienes la insólita hospitalidad del viejo anfitrión no debía haber intimidado tanto como la estampa de la preciosa señorita de sencillo vestido blanco y ondulante cabello castaño, con la que en ese mismo momento tropezaban sin previo aviso. El galante jefe, sin embargo, no dio muestras de la menor turbación al verla. Por el contrario, con la estudiada altivez que lo hacía casi irresistible, adelantóse hacia ella para besarle la mano y acribillarla al mismo tiempo con el fuego graneado de sus insaciables pupilas.

Fue este último contacto el que hizo a Ariana volver de su ofuscación, y sentir cómo su piel se encendía de pronto como lava volcánica. Sus ojos huidizos se fueron a sepultar entre el entarimado del piso, único escudo que encontraron frente a la imparable ofensiva de los de Joaquín. A duras penas logró ella dominarse lo suficiente para responder al pomposo saludo del Ministro de Guerra con una reverencia cortés, aunque anormalmente desmañada y muy ajena a la natural distinción que solía caracterizar todos sus movimientos. Pero sus músculos faciales, cobrando voluntad propia, se negaron rotundamente a esbozar el menor gesto de amabilidad, y sus labios y lengua secundaron la rebelión rehusándose a articular sonido alguno. Dichosamente vino Rafael a interrumpir el embarazoso momento, rogando a los huéspedes que pasasen a la vistosa azotea, y permitiendo así a Ariana escabullirse hacia la cocina con la excusa de preparar y servir las bebidas.

Al verse sola en la penumbra, tuvo ella que apoyarse en la pared y tomarse algunos segundos para oxigenar de nuevo su maltrecho cerebro antes de poner manos a la obra. Le seguían estremeciendo el pecho y la cabeza los mazazos de su corazón, que repercutían en su aliento y amenazaban todavía con causarle el temido desmayo. Pero cuando su espanto inicial fue derivando hacia una burbujeante confusión, resolvió evitar a cualquier costo el menor diálogo con el General, y menos aún a solas.

No tardó en subir, por supuesto, a la azotea, llevando una bandeja con los seis vasos de limonada que preparase. Encontró al visitante departiendo amigablemente con su tío y su primo, entre espesas bocanadas de humo

procedentes de los puros que fumaban, y que luego el viento irreverente empujaba hacia la lejanía, mientras los tres jóvenes cadetes, apoyados en la metálica baranda, competían entre sí por reconocer a simple vista los edificios josefinos que alcanzaban a divisarse a lo lejos.

—¿Y qué tal está la finca que vinieron a ver? —preguntaba en ese momento Rafael.

—Debo confesar que me gusta mucho, pero mucho—respondió sonriente Joaquín, antes de lanzar un significativo atisbo hacia las gradas de donde acababa de emerger la trastornada jovencita—. Ustedes saben que tengo alguna experiencia en esa materia, y quizás habrán notado que me he vuelto también bastante exigente... pero admito que los atractivos que tiene han bastado y sobrado para excitar mi interés. Aunque por supuesto, quisiera venir de nuevo y explorarla un poco más... pero honestamente creo que vale la pena.

La exactitud con la que coincidió la culminación de estas frases con el arribo de Ariana al lado de su asiento dejó de parecer casual en cuanto se vio subrayada por el ligero arquearse de las cejas y la sonrisilla ladeada con las que recibió de sus manos el vaso. La muchacha se estremeció de pies a cabeza, y apenas logró conservar el aliento para servir a su tío y a su primo sin provocar con su temblor un húmedo accidente. Solo ella, entre todos los presentes, podía captar las verdaderas implicaciones de aquello que parecía una inocente picardía.

—Pues yo llevo aquí más de dos semanas, y sin embargo no había oído que estuvieran vendiendo ningún terreno por estos lados—comentábale don Elías con extrañeza—. ¿Cuál quinta será?

—Si ustedes quieren, vamos juntos el domingo próximo a verla—propuso festivamente Joaquín, antes de dar un largo sorbo a su limonada—. Yo vendría desde temprano y pasaría aquí por ustedes para subir todos a caballo. Y sería un privilegio—añadió, volviéndose súbitamente hacia Ariana, quien ya hacía ademán de retirarse—que también la señorita pueda acompañarnos.

El rayo arrojado por aquel semidiós la golpeó por la espalda y la paralizó sin permitirle el repliegue. El trueno tardó nada más un segundo en sacudirle sus tímpanos y dejarla boquiabierta, aunque lo hizo con suave ironía a través de la voz señorial de don Elías, quien se apresuró a aceptar la invitación, tanto en nombre propio como en el de su hijo y su sobrina, y de excusar en cambio a su esposa y a María Consuelo—quienes, en todo caso, no habían sido mencionadas siquiera por el General—alegando que no eran tan

adeptas a los rigores físicos de una cabalgata.

¡Cuán violenta llamarada de furia le derritió entonces las arterias! ¡Y cuán doliente frustración, al verse una vez más convertida en un impotente peón del ajedrez del Destino, precisamente cuando este parecía sonreír más a los inefables caprichos de Joaquín Tinoco!

Terminaba de bajar los escalones Ariana, su mano sobre el vientre para aplacar el renovado dolor, cuando vio entrar a la casa a la tía Lucía y a María Consuelo, que volvían por fin de la misa preguntando a quiénes pertenecían los cuatro caballos que permanecían amarrados a la glorieta. Alguien más se encargó seguramente de responderles, pues de inmediato ambas corrieron hacia la azotea sin reparar apenas en la trastabillante jovencita que, valida únicamente de sus últimas reservas de ecuanimidad, daba tumbos en sentido opuesto, buscando con desesperación la puerta de su oscurecido dormitorio. Allí logró llegar casi a rastras, para dejarse caer sobre la cama y, con la cabeza oculta entre las almohadas, estallar en amargo llanto.

Escuchó al poco rato el ruido de los caballos que indicaba la partida de los huéspedes, pero ni siquiera eso pudo hacer ya amainar la correntada de lágrimas furiosas. Indignada ciertamente con el desvergonzado General por la perseverante asiduidad de sus indebidas atenciones, pero más aún consigo misma. ¿Por qué? Porque, sin que importase nunca la dignidad con la que ella quisiese hacerle frente, su entereza desaparecía invariablemente en el momento mismo en que lo veía aparecer. Y porque esa mirada suya, profunda y escrutadora, dotada de “*un vivo fulgor*”^[38] como el que atribuía Dostoyevski a su Gran Inquisidor, la amedrentaba con una absoluta violencia que la hacía sentir pavorosamente débil, incapaz de seguir resguardando por más tiempo su integridad y su limpio corazón.

Y ahora no solo había encontrado—una vez más—la manera de obligarla a pensar continuamente en él, sino que con su intempestiva aparición en *La Centella* había destruido de un plumazo el último reducto de su tranquilidad: la cómoda ilusión de que ella no pasaría nunca de ser *una más*, un entretenimiento fácilmente sustituible, del que desertaría el voraz tenorio en cuanto encontrase algún lance que no se hiciese rogar tanto. Pues el hecho de valerse de un pretexto cualquiera para ir expresamente hasta la quinta, y por añadidura hacerse convidar también para el siguiente domingo, ¿no atestaba un duro golpe a esa hipótesis? ¿Y no demostraba más bien que no eran del todo tan falsas ni artificiosas las inflamadas frases de la famosa carta que tanto la perturbase?

De pronto se aterrorizó Ariana al pensar que su virtuosa resistencia, lejos de desanimar a un cazador nato como Joaquín, estimulase en él la excitación de un inédito desafío, que nunca le proporcionaban las fáciles conquistas a las que estaba tan habituado. Y la horrorizó aún más preguntarse si, después de todo, realmente eso la disgustaba tanto como ella quería creer.

Llamada de socorro

Toda esa semana anduvo la muchacha huraña y melancólica, como si un duende maligno hubiese robado de repente su gracia y su encanto. Su semblante descolorido bien podía atribuirse, como cándida y despreocupadamente lo hacían sus familiares, a los efectos tardíos de la indisposición estomacal que la afectase. Pero el decaimiento de su ánimo debía tener otro origen, mucho más hondo de lo que podían o querían hurgar los Cantillano. Ya no demostraba tanto interés por los periódicos del día, y leía con visible desgano la escasísima correspondencia que recibía, a excepción de las semanales cartas de su madre y de su hermano mayor. Pero además había perdido el apetito, hablaba aún menos que de costumbre, evitaba la compañía de todos, y pasaba largas horas encerrada en su pieza, de la que únicamente salía para dar breves paseos a solas por el jardín.

En la soledad de su habitación, empero, la frágil máscara de cordura que aún intentaba mantener ante sus familiares caía a tierra y se hacía trizas, para dar paso al gemir nocturno y al amargo clamor que apenas conseguía ahogar entre las sábanas. ¡Cuánta impotencia, cuánta frustración! ¡Si tan solo tuviese alguien en quien confiar, a quien pedir auxilio...!

Y sin embargo ahora, precisamente ahora que se veía atrapada en una encrucijada tan crítica, se hallaba catastróficamente sola, sin poder contar con nadie... ¡ni siquiera con Ernesto, que por la razón que fuese no se había dignado a responderle una sola de sus laboriosas misivas codificadas!

Pero aún si no hubiese sido así, ¿qué auxilio podría ofrecerle el muchacho en aquel trance? ¿Haría alguna diferencia? El hecho de que Ernesto supiera lo que acontecía, ¿acaso la dejaba menos vulnerable ante el general Tinoco? Y si con todo estuviese en manos de él intervenir, ¿qué intención iba a tener de interponerse en los designios del todopoderoso militar, luego de haber recibido de este último un escarmiento tan atroz como el sufrido por su padre? Con el alma destrozada saliéndole por los párpados, tenía Ariana que concluir que, a diferencia de las doncellas de las muchas novelas sentimentales que había leído, ella carecía de un paladín dispuesto a la defensa de su amenazada honra...

¿Su honra? No, por cierto. No era esa fama glorificada lo que más la

preocupaba en realidad. Recordaba uno de tantos consejos que le oyese alguna vez a la maestra María Isabel: “*La verdadera honra es estar en paz con la propia conciencia. Todo lo demás se pierde con cualquier chisme*”. Era algo mucho más profundo: su propia integridad, el concepto que tuviese de sí misma. En la situación actual, sería cuestión de unas pocas semanas para que su reputación estuviese irremediadamente perdida, una vez que Joaquín abatiese por bien o por mal su digna resistencia. O que al menos así pareciese. Tarde o temprano trascendería al público, habría un gran escándalo social que arruinaría definitivamente su respetabilidad como señorita y pondría además una mancha indigna en el buen nombre de los Cantillano; pero la mayor censura que podía temer provendría de ella misma. ¿Cómo justificaría frente al espejo el haberse entregado a un hombre de tal catadura, haberse envilecido tornándose en la simple concubina de un seductor crónico, sin siquiera amarlo? ¡No se lo podría perdonar jamás!

“*En cambio... si yo me fugara con Ernesto*”... la peregrina idea la escandalizó inicialmente, pero dejó muy pronto de parecerle tan descabellada al comparar sus consecuencias. ¿Trascendería al público? Definitivamente. ¿Provocaría un gran escándalo social? Con toda seguridad. ¿Destruiría su reputación y afectaría colateralmente la de sus tíos? Muy probable. Pero al menos alzaría la frente sin sentir pena o remordimiento alguno, y al mirar a su lado encontraría al muchacho del que se había enamorado sin remedio desde su infancia...

La decisión estaba tomada. Se levantó muy de madrugada y a toda prisa garrapateó una nueva carta en clave, un mensaje que bajo sus abigarrados símbolos escondía tintes dramáticos que hubiesen merecido la pluma de Shakespeare.

“*Adorado Ernesto:*

¡No resisto más! Me atrevo a escribirte de nuevo porque no sé a quién más acudir. ¡Me acecha un peligro espantoso, algo de lo que no puedo escapar, y de lo que los demás ni siquiera sospechan! Estoy en camino de ser pisoteada de la forma más ignominiosa, y la única esperanza que me queda sos vos. No tengo más salida que ponerme bajo tu amparo y suplicar tu intervención.

Quisiera explicarte con más detalle para que entendieras mi desesperación, pero por este medio no es posible. Por ahora que te baste con recordar que yo jamás te pediría una cosa de estas a la ligera, y que si ahora lo hago es porque no tengo más salida. ¡Necesito que vengas, que me

saques de aquí y me lleves donde mejor te parezca! Porque si de todas maneras me van a juzgar y voy a terminar en el basurero de la deshonra, ¡prefiero mil veces que sea al lado de alguien que por lo menos me conoce y me estima genuinamente!

*Te suplico de corazón que, si mi vida y mi cariño significan algo para vos, vengas por mí este viernes, justo al atardecer. La finca de mi tío, **La Centella**, sólo tiene un acceso ‘normal’, pero casi desde cualquier lado podés entrar saltando unas cuantas cercas. Para que nadie te vea, lo mejor es que entres subiendo por el lado de la quebrada y pasando a través de la lechería de los Montalvo. Yo voy a estar esperándote en la cerca de alambre, a la orilla de la naciente. Pero si por alguna razón decidieras no venir, ten por seguro que me iré yo sola o me moriré en el intento.*

¡Por favor, no me dejes sola!

Ari”.

Iba rayando el alba, comenzaban a cantar los gallos y se oían ya a la distancia las voces alegres de los peones que se dirigían a ordeñar las vacas, cuando la inquieta jovencita se envolvió en una gruesa manta para combatir el intenso frío, y atravesó a la carrera el extenso jardín para depositar furtivamente en el buzón el ardoroso sobre. Secundina debía tenerlo en sus manos esa misma tarde o a lo sumo al día siguiente... y Ernesto, suponía ella, solo unos minutos después.

Muy pronto, sin embargo, estuvo a punto de arrepentirse de haberlo enviado. Durante el desayuno escuchó al tío Elías leyendo en voz alta una nota de “*La Información*”, en la cual el Ministro de Guerra se refería al inminente peligro de una invasión desde Nicaragua y justificaba así el extensivo reclutamiento de tropas que se estaba realizando en todo el país. Se preguntaba el hacendado si tanta actividad militar no daría al traste con la prevista venida del General al almuerzo del domingo. Pero la ambivalencia que produjo en Ariana la posible cancelación del convite se disipó groseramente esa misma tarde, con el arribo de un telegrama en el que Joaquín confirmaba su asistencia, comprometiéndose a llegar a eso de las nueve de la mañana en compañía de Rafael, quien había regresado a San José desde el miércoles. No habría ya cambios ni titubeos. ¡La suerte estaba echada^[39]!

Naturalmente, al llegar el viernes la agitación de Ariana era tal, que reducía a la futilidad todo esfuerzo suyo por esconderla. Desde muy temprano se le vio en pie, asistiendo a las dos criadas en la preparación del café y las tortillas del desayuno, y cuando llegaron a la mesa sus tíos y María Consuelo,

pudo sorprenderlos con tenerles la mesa ya servida. Posiblemente supusieran los adultos que su sobrina se iba recuperando ya del malestar que presuntamente sufriese, pero a María Consuelo—desconfiada como siempre— se le hacía muy peculiar ese súbito despliegue de actividad de su prima después de verla mohína y dispersa por tantos días, así como ese dejo de tensión latente que parecía vibrar en su entrecejo y su mandíbula. ¡Le parecía tan poco natural ese estado...!

Don Elías no duró mucho tiempo en el comedor, empeñado en volver al establo a supervisar los trabajos que bajo su estricta vigilancia avanzaban rápidamente. Mas la tía Lucía, a quien nada ni nadie podía sacar de su permanente amodorramiento, se tomó allí casi la mitad de la mañana, hasta que llegó la correspondencia. Enseguida suplicó a María Consuelo que leyese en voz alta las cartas de la tía Dolores y de Felicia, lectura que por supuesto tuvo que escuchar Ariana con notable desasosiego. Una y otra daban cuenta, cada cual a su manera, del trajín cotidiano en que vivían, de los colosales gastos que implicaban los minuciosos preparativos de la boda, y del incesante río de cotilleos que burbujeaba en San José sobre la supuesta invasión promovida por los exiliados desde Nicaragua. Pero su desidia se rompió de un momento a otro, al escucharse mentar de improviso en la misiva de Felicia. Enderezóse de golpe en su asiento y parpadeó incrédulamente una, dos veces.

—Perdón, María Consuelo... —detestaba tener que interrumpir a su prima y se sonrojó mucho al hacerlo—. ¿Podrías repetirme esa parte? Es que no te estaba poniendo atención...

—Sí, claro—la morena estiró sus carnosos labios antes de retroceder una o dos líneas, arqueando mucho sus escasas cejas en una afectada mueca de malicia que no pasó inadvertida para la menor—. Lo que dice es esto: “*Me pide Secundina que por favor le mande decir a Ariana que ya está hecha la tarea y que seguro le llega el viernes en la tarde*”...

El eco de la frase penetró en su cerebro como un meteorito, detonando en sus adentros una renovada ebullición que electrizó todo su cuerpo. Nunca antes le había Secundina enviado mensaje alguno, de modo que era obvio que algo extraordinario estaba ocurriendo. ¿Intentaba simplemente tranquilizarla acerca de “*la tarea*” de entregar sus cartas para Ernesto... o acaso transmitiéndole la promesa del muchacho de acudir a su rescate? El chispazo de esperanza le iluminó el semblante mucho más allá de lo que conseguía disimular.

—Mm... ¡quién sabe qué travesura se tendrán entre manos vos y esa

muchachilla! —al levantar la vista Ariana se tropezó con la habitual picardía de su prima—. ¿De qué “tarea” están hablando?

—No, no... es que desde antes de venirmos para acá, ya yo le había ofrecido enseñarle a leer y a escribir un poquito... —la jovencita ya tenía bien pensada esa salida en caso de ser necesaria—. Y lo que hice fue mandarle un par de ejercicios facilitos, para que no se atrasara por nuestro viaje...

Después del almuerzo se metió Ariana en su habitación, aunque tuvo el buen cuidado de aclarar que se sentía físicamente bien y que solo estaba un poco fatigada. No volvió a salir sino hasta la hora del café, y pasó el resto de la tarde hojeando uno de sus libros en la sala, con su semblante oscilando entre la gravedad y la melancolía, antes de volver sigilosamente a su pieza. Pero acababa de llegar, cuando advirtió a sus espaldas un movimiento, y al volverse halló a María Consuelo de pie en la puerta.

—Ari, decime una cosa... —su voz rebosaba de curiosidad, por supuesto, pero no carecía de afecto—: ¿está todo bien con vos?

—Pues... sí, claro... —la turbación con la que respondió contradecía sus palabras—. ¿Por qué?

—Es que desde hace días te vengo viendo un poco... pues, rara—la recién llegada dio dos o tres pasos hacia el interior del dormitorio—. Es decir... cuando nos vinimos para acá te veías radiante, feliz por el viaje... hablábamos de todo, y más cuando nos tocó compartir el cuarto... Y en cambio ahora...

—No es nada, María... —la anómala gesticulación que acompañó a la negativa de Ariana probablemente obedecía a su afán de desviar la atención de su prima y evitar que reparase en su pequeña valija, que abierta y con un par de prendas adentro yacía a un lado de su cama—. Ya vos me conocés, yo siempre he sido calladilla... y además sabés que esta semana estuve un poquillo enferma... Aunque ya desde ayer me he ido sintiendo mejor...

—¿Estás segura de que fue solo eso? —para feroz angustia de la colegiala, María Consuelo vino a sentarse justo al lado de la dichosa valija—. No sé... es que tengo rato de estarte viendo muy intranquila... pero me parece que te pusiste peor desde el día que estuvo aquí el General. En confianza, Ari... ¿qué es lo que está pasando con él en realidad? Ya vos sabés, me ha tocado ver algunas cosas, y...

—María... por favor... ahorita no tengo ganas de hablar de eso.

—¿Te estás... enamorando?

—¡Te repito que no quiero hablar de eso! —no recordaba Ariana

haberle respondido tan bruscamente a alguien en toda su vida. Otro tanto debió pensar María Consuelo, quien al recibir el relámpago se quedó mirándola con expresión sobresaltada—. Y perdóname si sueno muy grosera, pero de veras, ¡no insistas con ese tema, por favor!

—Está bien, como vos digás—replicó ella desde un resignado suspiro—. Pero eso sí, como te dije la otra vez, ¡no vayas a cometer ninguna locura!

Después de un rato salió nuestra trémula heroína a la sala y dio una ojeada al reloj. “*¡Las cinco ya!*”, se dijo con el pecho palpitante. ¿Iría en verdad Ernesto a venir por ella, como parecía sugerirlo el cifrado mensaje de Secundina? ¿Estaba realmente a pocos minutos de escabullirse por fin de las acosadoras garras del General, y a dar en cambio el paso que convertiría su pasión de niña en una realidad irreductible, feroz y madura, capaz de vencerlo todo y de conquistarlo todo?

Corrió de vuelta a la habitación, y con mucha cautela abrió la ventana para poner a continuación la valijita afuera, en medio de unas tupidas macetas. Enseguida se envolvió en un abrigo, se puso un sencillo sombrero y enfiló hacia la puerta de atrás, anunciando de pasada que daría una breve caminata por la quinta y que volvería antes de la cena.

—¿No es un poco tarde ya? —oyó a la distancia la respuesta perezosa de la tía Lucía—. ¡Te va a agarrar la noche y te podés perder!

—No, no... es simplemente que quiero ver el atardecer desde allá arriba...

—¿Por qué no le decís a María Consuelo que te acompañe?

—Gracias, tía... pero ahorita prefiero estar sola.

Al salir tuvo que sujetar fuertemente el sombrero, por culpa del recio viento que desparramaba la hojarasca y teñía de rubor sus mejillas al rozarlas con su frío soplo. Pero ya no era hora de dudar. Dio un rápido rodeo, tomó el maletín que había quedado al pie de su ventana, y luego de exhalar un largo suspiro y de otear a su alrededor para cerciorarse de la ausencia de mirones, se dejó impulsar por el vendaval de su libertad para internarse precipitadamente entre las arboledas.

La decisión

Abrigada por el tenue carmesí del crepúsculo, avanzó Ariana con gran sigilo a través de bosques y plantaciones, escondiéndose de las voces de los mozos que galopaban a través de los potreros para recoger el ganado, y rodeando cautelosamente el establo donde se hallaba todavía el propio don Elías, a la vanguardia del pelotón de carpinteros y albañiles. A pesar de que la luz natural mermaba rápidamente en aquellos frondosos parajes, y de no llevar consigo linterna alguna, no experimentaba la muchacha temor alguno; al contrario, estaba bastante familiarizada con los entresijos más recónditos de la enorme propiedad, gracias a los frecuentes paseos de los primeros días. Tampoco la inquietaba la posibilidad de tropezar con la fauna salvaje que pululaba en la densa sierra, ni mucho menos las abundantes y tenebrosas leyendas que había oído contar desde la infancia. *“Si a Joaquín Tinoco”,* razonaba con mueca socarrona, sin dejar de caminar hacia la espesura, *“con tantas trastadas no le ha salido todavía la Segua... ¿qué se me va a aparecer a mí el Cadejos o la Llorona? Y si de historias de terror se trata... ¡ninguna peor que la que ya estamos viviendo!”*

Un solo pensamiento la hacía temblar de verdad: que Ernesto fuese a faltar a aquella desesperada cita. Estaba resuelta a no volver a la casona esa noche, a no dejarse atrapar, a huir hasta lo más remoto del Universo si fuese preciso. Con su amigo o sin él, su resolución de escapar era irrevocable. *“Y si voy a terminar muriéndome de frío, o sirviéndole de almuerzo a un tigre, o despeñada en un barranco, ¿qué más da? ¡Tampoco sería la primera persona que muere por culpa de los Tinoco!”*

Con los últimos estertores del día, y después de un inesperado resbalón que le ocasionó un aturdidor golpe en la cabeza y algunos raspones en las manos, halló lo que buscaba: una alegre naciente de agua pura y helada, que brotaba sinuosamente de las entrañas de la tierra casi al pie de una empinada colina, emitiendo apenas un sonido juguetón mientras iniciaba su zigzag en busca de un incipiente cauce. Allí, a dos o tres pasos nada más, estaba la cerca de alambre, al lado de la cual una gran roca y unos arbustos proveían un adecuado escondrijo en el que se atrincheró Ariana.

Fue cuestión de poquísimos minutos para que la penumbra se

transformara en espesas tinieblas que no conseguían romper los anémicos destellos de las luciérnagas, y para que se trocara el fuerte vendaval vespertino en una brisa menos brusca pero infinitamente más fría, húmeda y penetrante. La jovencita comenzó a tiritar y se hizo un puño en su improvisado cubil. “*Dios mío... ¿dónde puede estar Ernesto? ¿Irá a venir?*”... Pero ninguna señal de él llegaba a sus oídos: solo el tenaz goteo de la naciente, el interminable chillido de las cigarras, el revoloteo de los murciélagos, el chasquido de las hojas acariciadas por el viento y el ocasional aullido distante de un perro. El frío era cada vez más áspero, y comenzó a sentir hambre también.

De pronto escuchó a alguna distancia un ruido peculiar, como de ramillas u hojas secas que se hiciesen pedazos bajo el peso de un ser vivo. Ariana sintió un inclemente escalofrío. ¿Sería el muchacho al que esperaba, o alguno de los jornaleros que sin duda habría enviado ya el tío Elías en su búsqueda? ¿O se trataba más bien de algún ávido depredador en procura de su cena? La muchacha sabía que no tenía escapatoria frente a un jaguar o incluso un par de coyotes, teniendo por enemigos adicionales al irregular terreno y a la impenetrable negrura. El sonido se repitió dos, tres veces, cada vez más cerca... Se santiguó y conteniendo el aliento se refugió en sí misma.

Le hirió de pronto las pupilas el indeciso destello de una antorcha que surgió de entre los arbustos al otro lado de la alambrada, y casi de inmediato cimbró en sus oídos una voz grave de varón en un imponente susurro:

—¿Ari...? ¿Estás aquí? ¡Soy yo, Ernesto...!

Toda la tensión que le había oprimido el pecho durante aquellos días se desahogó en un estrecho gemido que deformó tanto sus cuerdas vocales como su rostro. El joven puso a un lado la antorcha por un instante, para deslizarse con ágil prisa a través de la alambrada, y precipitarse luego a su lado envolviéndola con un poderoso abrazo que solo tardó un segundo en evolucionar hacia el cálido y ansioso beso por el que los labios de Ariana llevaban semanas suplicando con violenta intensidad.

—Pero... ¿qué te pasó? —al examinar el rostro de ella bajo la danzante luz anaranjada, Ernesto le encontró en la sien derecha la huella severa de una herida que había sangrado. Ariana quedó anonadada: esperaba que el doloroso golpe sufrido al caerse no hubiese dejado una marca tan visible—. ¿De dónde te hiciste esa herida? ¿Alguien te hizo daño, o...?

—¡No es nada, solo que me caí cuando venía... pero tenemos que irnos ya! —exclamó ella, separándose torpemente y dejando ver en sus delicados

rasgos las huellas de una alarma insólita—. Mi tío de fijo ya tiene que haber mandado a todos los peones de la finca a buscarme, y ahorita mismo pueden aparecer por aquí... ¡Y si te ven, te entregan a la policía o te matan ellos mismos a machetazos...!

Ernesto ya había echado de ver el maletín que dormía a los pies de su novia, y al momento frunció el ceño y la tomó firmemente del hombro.

—Pues yo no voy a dar un paso—espetó con total determinación—hasta que no me expliques qué diantres está pasando con vos.

—¡Ahora no hay tiempo, Ernesto! —gimió ella, intentando ponerse en pie—. ¿No entendés, que si nos agarran juntos aquí, yo estoy frita y vos ni para qué...? ¡Y encima vos con esa lumbre que andás en la mano, le estás gritando a todo el país en dónde estamos!

—Es verdad—dijo lacónicamente el muchacho, antes de bajar la antorcha y meter con pasmosa calma el extremo ardiente en la gélida caída de agua que casi salpicaba sus pies. La llama emitió un corto siseo al morir, dejando a Ariana atónita y tan envuelta en las tinieblas como un minuto antes.

—¿Pero qué estás haciendo? —gritó con desesperación, aferrando y sacudiendo a tientas la camisa de su acompañante—. ¡Esa era nuestra única luz...!

—Pues ahora vas a tener que confiar en mí a ciegas.

—¡Qué gracioso! —en otro momento la salida de Ernesto hubiese causado a Ariana una incontrolable risa, pero no ahora, cuando el redoble guerrero de su tensión le tambaleaba el pecho y sentía ya sobre sus talones las pisadas del tío Elías y de toda la peonada de *La Centella*.

—No estoy bromeando, Ari—la prodigiosa frialdad con la que respondía el joven exasperaba aún más a la impaciente fugitiva, a la que tomó sólidamente de los brazos—. ¡Lo único que te pido es lo mismo que vos me has estado pidiendo todos estos meses! Eso sería lo más justo, ¿no crees...? Ahora, si no estás dispuesta a confiar en mí a ciegas y sin explicaciones, como lo he tenido que hacer yo, ¡no me pidas que yo arriesgue hasta mi vida sin saber siquiera a cuenta de qué lo estoy haciendo!

Aún temblorosa y sin salir de su pavor, la muchacha echó de ver por primera vez cuánta justicia había en el velado cargo de egoísmo que le hacía Ernesto. Al tomar su arrebatada decisión de fugarse, ¿acaso había considerado, siquiera por un segundo, las necesidades e inquietudes del muchacho al que quería imponer la carga y la responsabilidad de velar por ella? Y a pesar de todo, ¡helo allí, respondiendo a su llamado y presto a

cumplir lo que él consideraba su doble deber de caballero y amigo!

—Está bien... tenés razón... —musitó, cabizbaja y casi llorosa—. Hasta ahora no había querido... para no perjudicarte más... ¡pero creo que ya es hora de que lo sepas todo...!

—Primero pasemos la cerca y sigamos por la quebrada... unas cincuenta varas tal vez—ordenó el muchacho, cuya pétrea serenidad comenzaba a tranquilizar a Ariana—. Ahí es más difícil que nos puedan seguir el rastro, y podemos hablar... ¡Rápido, agarra tus cosas!

El palo de la difunta antorcha, que Ernesto había dejado caer despectivamente a un lado de la naciente luego de apagarla, resultó tener una inesperada utilidad: apuntalar los alambres metálicos, creando entre ellos la brecha necesaria para permitir al muchacho deslizarse hacia el lado contrario y desde allí ayudar a la atribulada jovencita a pasar también. Luego la tomó de la mano y, utilizando nuevamente el palo para tantear el inclinado terreno, la fue haciendo descender en paralelo al arroyo, a través de la densa vegetación, hasta que se sintieron un poco más seguros. Hubiese querido la ansiosa Ariana no detenerse, alejarse de *La Centella* y de su pasado tan pronto como fuese posible, pero en la firme mano del joven se sentía su rotunda determinación de informarse a cabalidad del proyecto en el que se estaba viendo embaucado.

—A ver, Ari... —al ver que sobre sus cabezas se abría a través del follaje una ventana que permitía ver las estrellas y discernir el brillo de una Luna que apenas comenzaba a asomar, Ernesto la hizo detenerse y se sentó entre los arbustos—. ¿Qué es exactamente lo que querés hacer? Para venir aquí preparaste una valijita, y ni siquiera te importó haberte hecho una herida en el camino... Y además, hablaste de irte, de escapar de un gran peligro y de que no te importaba la deshonra... ¡Quiero la verdad! ¿De qué estás pretendiendo escapar, Ariana?

La respuesta se gestó como una gota de amargura que finalmente cayó de los labios de la colegiala en medio de un gemido.

—Escapar... ¡del general Tinoco! —exclamó ahogadamente, cubriendo su cara con las manos.

Y de un tirón resolvió destapar de una vez el pozo de ajeno que la venía intoxicando a partir de la noche del aciago baile: la implacable obra de seducción emprendida con palabras y gestos por Joaquín desde el primer momento, el subrepticio chantaje al que la había sometido a cambio de la libertad de don Fernando, la invisible espada de Damocles^[40] que la había obligado a alejarse de él y de toda la familia Herrera para evitarles nuevas

represalias, las furtivas y fugaces visitas nocturnas del militar acompañadas de suntuosos obsequios, la aterradora visita a la *médium*, la vívida imagen del hombre en su capuchón negro ante las velas encendidas, y finalmente la fogosa declaración por escrito, contenida en el fatídico sobre que él mismo había tenido en sus manos.

A medida que a oídos suyos iban desenvolviéndose como un sonoro papiro los secretos de la infamia, comenzaba a soplar por las arterias de Ernesto un vendaval de indignación que, alimentado por las lacrimosas revelaciones de Ariana, fue creciendo hasta tornarse en un colosal torbellino de furor. Se cerraron sus puños, se tensaron sus mandíbulas, crujieron sus dientes y en su frente hizo erupción una galaxia de puntos brillantes que espantaron de él cualquier resabio de frío. No podía verlo la jovencita en la oscuridad, pero lo percibía en la forma forzada en que su respiración iba transformándose en una sorda serie de bufidos casi volcánicos, y en la temperatura y dureza que iban adquiriendo sus manos, que mantenía aferradas para protegerse del frío.

—¿Y cuál es tu idea? —la interrumpió al fin, con palpable rencor—. ¿Hacer que yo te “rapte” y así librarte de él?

—¡Es que ya no puedo más con esto... es demasiado, estoy cansada de luchar! —las abundantes lágrimas que acompañaban su sollozo reflejaban fugazmente la exigua luz plateada que comenzaba a derramar el redondo satélite desde el espacio, antes de resbalar y confundirse en la espuma del arroyuelo que corría frente a ella—. ¡Créeme, he intentado todo para hacerle ver que no está bien, y que aunque él no me fuera indiferente, jamás podré ser suya... pero de nada ha valido! Por más que me esconda, siempre insiste... ¡y ya no tengo más fuerzas para resistir...! Ya es solo cuestión de tiempo... y si no me escapo ahora, sé que tarde o temprano me va a vencer.

Ernesto se mordió los labios por largos segundos, antes de que estos se atreviesen a escupir el nauseabundo veneno que en vano luchaban por neutralizar:

—Ese hombre está enamorado de vos.

—¡Ernesto!

—Hace falta estar muy enamorado para querer venir hasta aquí solo por verte.

La muchacha dio un largo y ansioso suspiro, preguntándose en sus adentros si Ernesto decía esto por Joaquín o por sí mismo.

—¡Pero yo jamás le pedí que viniera!

—Ese no es el punto. El punto es lo que él está tratando de demostrarte.

—¡A mí no me interesa lo que él esté tratando de demostrarme! —la desesperanza de Ariana hizo una repentina erupción de impaciencia—. ¿No sé yo muy bien que todo esto no es más que una farsa, el circo que él acostumbra para aturdir muchachas incautas, seguramente con la complicidad de esa bruja descarada? ¿O esperas que yo le crea todo eso, y que me sienta especial porque el gran Joaquín Tinoco jura y perjura que está dispuesto a dejar a su esposa por mí?

—¿Y hace cuanto estás esperando el momento en que se aburra de vos y busque a cualquier otra para entretenerse? —tronó a su vez Ernesto, antes de bajar bruscamente la voz al recordar que se hallaban escondidos—. Te aseguro que él no ha dejado de “entretenerse” por el hecho de que vos estés de viaje... ¡y sin embargo aquí lo tenés, dispuesto a venir hasta dondequiera que estés vacacionando, con tal de verte y seguir tratando de conquistarte! ¡Y hasta te llevó a donde la bruja para que ella te persuadiera...! ¿Vos tenés idea de lo que eso significa en realidad? ¿O todavía querés seguir engañándote con la idea de que solo sos un capricho, un simple pasatiempo para él?

—¿Y qué diferencia hace eso? —interrumpió amargamente ella—. Si lo que decís es cierto, ¡con mucha más razón tengo que huir, largarme de todo esto! Sé muy bien las consecuencias... pero por la única persona que estaría yo dispuesta a soportarlas, serías vos. Sos el único con el que puedo contar... y no quiero tener a nadie otro. ¡Esa es mi verdad, Ernesto, es toda mi explicación...! ¿Ahora sí? ¿Vas a ayudarme?

La rocallosa expresión de Ernesto se hizo visible en toda su plenitud al colarse entre las copas de los árboles el primer resplandor de la Luna llena.

—No, Ariana. No tiene caso escapar.

—¿Cómo? —el destello de espanto que surgió de las facciones de la muchacha habría escalofriado a cualquier otro joven menos valeroso.

—Temo que todavía no has entendido el enredo en el que estás— sentenció él sin pestañear—. ¡Vos sí le importás a Joaquín Tinoco! Y eso quiere decir que, si ahorita nos está buscando toda la peonada de tu tío... ¡mañana a estas horas nos va a estar buscando todo el Ejército!

—¡Pero podemos escondernos!

—Dos, tres días a lo sumo. Tarde o temprano nos van a alcanzar. Y ya sabemos lo que sigue después: a mí me matan, y a vos... no quiero ni imaginarme...

Silencio. Ariana bajó lentamente la mirada, y su larga y desordenada

cabellera ofrecía un efecto mágico bajo las caricias lunares.

—Entonces... ¿qué alternativa nos queda? —musitó al fin, haciéndose oír apenas por encima del penetrante cantar de los grillos—. A mí solo se me ocurre... matarme.

—¡No, Ari! —replicó de inmediato Ernesto, en cuyo semblante se enlazaban los estandartes de una indoblegable determinación y una ira reconcentrada—. Ni vos ni yo solucionaríamos nada matándonos. El que tiene que morir... al que hay que matar... ¡es a Joaquín Tinoco!

¡No puedo hacer algo así!

Al oír aquello saltó Ariana como si hubiesen hecho explotar la roca en la que se había sentado. Ojos muy abiertos, respiración agitada, manos temblorosas que se buscaban la una a la otra.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad? —balbuceó, al ver en la mirada de Ernesto ese mismo brillo feroz que la hiciese temer por él antes de los disturbios del Día del Armisticio, y que ahora sugería que aquella idea no era tan espontánea—. ¿O a vos se te está olvidando quién es Joaquín Tinoco?

—No lo he olvidado ni por un segundo—respondió en seco el muchacho—. Es el que ordenó poner a mi papá en el cepo nada más porque una señorita amiga de su hijo no quiso bailar con él. El que mandó a asesinar a don Rogelio Fernández Güell. Es el que provocó a duelo al licenciado Argüello de Vars para después matarlo. Es el que ha pretendido pisotear las tres cosas más sagradas para mí: mi familia, mi Patria... y a vos misma.

Ariana solo pudo sentir en silencio cómo pasaban por sus oídos las flechas de rencor que disparaban las cuerdas vocales de Ernesto. Le daba pena admitirlo, pero la mordía el temor de que Ofelia Corrales pudiese de alguna manera hurgar en aquella conversación y revelarla luego al General.

—¿O qué esperabas? —continuó el muchacho, al ver que no había en labios de su compañera refutación alguna—. ¿Oírme decir que es el hombre más valiente y decidido de este país? Probablemente lo fuera en algún momento, pero después de lo que hizo con don Rogelio y con mi papá, me convencí de que no es más que un reverendo *pendejo* de mierda.

—Pero *pendejo* o no, sigue siendo el mejor tirador—en la frágil voz de Ariana se escuchaba cuán abrumado se encontraba su espíritu ante el insospechado giro que tomaba la secreta conversación.

—Sí, es verdad. Sé muy bien que a él no le tiembla el pulso para disparar a matar... y si no, que lo diga el finado don Manuel... Y también sé lo que se dice de él, que manda monedas al aire y les pega un tiro antes de que caigan...

—No es un cuento, Ernesto. Yo lo vi hacerlo. El día que vino a la finca, cuando ya iban a salir, a Rafael se le ocurrió hacerle el reto... y no falla una... ¡Y por si fuera poco, a él siempre lo anda resguardando en todas partes un

buen grupo de esbirros!

—Sí, todo eso es cierto—el joven suspiró largamente—. El que quiera meterle un plomo al General tiene un noventa por ciento de probabilidades de que lo maten. Pero... como me dijo alguien, todas las personas tienen un punto débil... y creo saber cuál es el suyo.

—Las mujeres...

—Una mujer.

Si hubiese venido sobre ella la bíblica tempestad de fuego que desintegró a Sodoma y a Gomorra^[41], no habría sido más grande el terror que sobrecogió a Ariana. Aun con el tinte blanquecino que a todo le imprimían los rayos de la Luna, la palidez que arrasó con su rostro fue notoria a simple vista.

—¡Ernesto... jamás! —exclamó, estallando otra vez en llanto—. ¿Cómo se te puede ocurrir tan siquiera una cosa semejante...? ¿Acaso no tenés temor de Dios? ¡Estás loco, estás delirando...!

—¿Loco yo? ¡Supongo que vos estabas muy cuerda cuando tuviste la idea de hacerte raptar por mí, de un día para otro y sin tener la más remota idea de adónde diantres ir, o de cómo iba a agenciármelas yo para mantenerte! ¿O quizás lo estabas ahorita mismo cuando dijiste que era mejor matarnos? Pues no... ¡esas sí son espléndidas locuras!

No tuvo la muchacha nada que replicar, de modo que prosiguió el estudiante:

—En cambio lo que te digo yo es completamente real: ¡Joaquín Tinoco es un tirano, y el que mata a un tirano está haciendo la voluntad de Dios... hasta Santo Tomás de Aquino lo dice^[42]! Entendelo de una vez, Ariana: esta dictadura no va a caer mientras ese hombre siga viviendo, porque es él quien la mantiene en pie. ¡Y mientras los Tinoco no caigan, nosotros dos no vamos a tener paz, ninguna persona va a estar a salvo, y Costa Rica tampoco va a tener futuro...!

—Pero... ¿y la revolución esa que supuestamente están organizando desde Nicaragua...? —se expresaba la jovencita como si tuviese la esperanza de amortiguar la terrible determinación de su airado compañero—. Es decir... a mí me consta que a Joaquín lo tiene bastante inquieto esa gente... ¿Vos no crees que puedan...?

—A los Tinoco no los va a tumbar ninguna invasión del extranjero—la réplica de Ernesto fue muy contundente—. ¡Al contrario, eso sería una bendición para ellos, porque los haría más fuertes...! El camino es otro: a ese

tipo de dictadores hay que bajarlos desde adentro. Y don Rogelio lo sabía muy bien, tanto que fue eso lo que intentó... ¡Por eso Joaquín lo mandó a acribillar! ¿Y sabes qué nos estaba tratando de decir el General con esas balas? ¡Que a él solo muerto lo sacan del poder!

Y no pienses que estoy delirando, Ariana—prosiguió ante el apabullado mutismo de la adolescente—. Estoy seguro de que muchísima gente piensa lo mismo que yo... pero puedo asegurarte que ninguno de todos ellos tiene lo que tengo yo... ¡una oportunidad, una posibilidad real de tenderle una trampa a esa rata inmundada y cobrarle de una sola vez todos los agravios que nos ha hecho a los *ticos*!

—¡Ni siquiera tenés un arma!

—Vos sos mi arma.

—¡Ya no! —murmuró entre dientes la muchacha. Ya llegaban a sus oídos, lo mismo que a los de Ernesto, los muy lejanos ladridos de dos o tres perros, seguidos de otras tantas voces que la llamaban angustiosamente, montaña arriba—. ¡Ya todo esto se acabó, ya me escapé de la casa...!

—No, no te escapaste—respondió calmamente Ernesto, mirándola fijamente—. Simplemente te perdiste y te agarró la noche en media quinta... te caíste y te hiciste esa herida en la cabeza, y no sabías cómo volver...

—¡Yo no pienso volver! —aulló Ariana, fuera de sí—. Te pedí que vinieras porque creí que yo te importaba, y que ibas a querer hacer algo por mí... ¡Te llamo para rogarte que me ayudes a escapar... y lo único que querés vos es hacerme volver a las manos del general Tinoco! ¡Qué estúpida! Pero ya basta... ¡con tu ayuda o sin ella, me largo de aquí!

Ernesto la aferró por los hombros y la obligó a permanecer sentada. Los ladridos y los llamados sonaban cada vez más cerca, permitiendo discernir su nombre con más claridad, pero aún no se veía luz alguna. La jovencita reprimió dos sollozos, aturdida por la severidad de la faz del muchacho.

—¡Dejate de arrebatos y pensá por un momento! —espetó, sacudiéndola como si quisiese despertarla de un sueño profundo—. Con tu plan hay dos muertos, vos y yo, y todo lo demás sigue igual. Con el mío solo hay un muerto, Joaquín Tinoco... ¡y Costa Rica vuelve a ser libre...!

—También podría ser que el muerto de tu plan sigas siendo vos.

—Es verdad. Pero al menos moriría como un héroe y no como un tonto.

Temblando todavía sepultó Ariana su rostro contra el pecho de Ernesto para sofocar un acceso de tos en el que se mezclaban todavía sus lágrimas.

—Y si es inevitable que haya un segundo muerto—añadió este último sin conmoverse—, va a ser él, no vos. ¿Entendés ahora...? Todo depende de que vos regresés mansamente a la casa y sigás adelante como si esto no hubiera pasado nunca.

La muchacha bajó otra vez la mirada, cubriéndose el rostro con el sombrero y dejando que sus ímpetus se disolviesen en una prolongada exhalación. A espaldas suyas los ladridos continuaban creciendo, y las voces roncadas y desgajadas que llamaban con patética insistencia a Ariana se hincaban en los oídos de ambos como agujijones tóxicos. ¡Parecían estar tan próximas...! Ernesto volteó su cabeza hacia las densas tinieblas que dejasen atrás momentos antes, y demandó silencio con una de sus manos, sin reparar en que de todas formas estaba ya Ariana demasiado aterrada para proferir sonido alguno.

Arroyo arriba, en medio del grueso telón de oscuridad, advirtió de pronto el joven un titilante punto luminoso, amarillento y débil, que se desplazaba con acongojante lentitud de derecha a izquierda. Pudo verlo tan solo durante un volátil segundo antes de que fuese devorado por la insaciable negrura, pero bastó para hacer al muchacho conjeturar su origen. ¡Los trabajadores de *La Centella* se aproximaban peligrosamente a su escondite!

“*No será esa la única linterna que lleven*”, se dijo Ernesto, experimentando en su espalda un latigazo de temeroso fuego. “*Y si nos da una de esas luces, aunque sea un instante*”... Pero no por ello perdió su sangre fría, ni tuvo la menor duda acerca de lo que debía hacer: envolviendo a Ariana entre sus robustos brazos, y tapándole la boca con su mano para impedirle hacer el menor ruido, se dejó caer sigilosamente con ella entre la humedad de los arbustos que orlaban la corriente de agua y que se tornaron de improviso en salvadora guarida. Y así se quedaron ambos, completamente inmóviles, conteniendo el aliento y mirando juntos hacia las estrellas con sus espaldas empapándose en el barro que bordeaba el arroyo, hasta que el volumen de los ladridos caninos y de las vociferaciones humanas fue disminuyendo en inversa proporción al aumento de su distancia.

—¡Vamos, Ari! —ordenó de pronto el joven, enderezándose con tanta energía como sigilo y tendiéndole la mano a su sobresaltada compañera—. ¡Tenemos que seguirlos!

—¿Seguirlos *a ellos*? —la Luna iluminó el pasmo que se dibujó en la faz de Ariana—. ¿Para qué? ¡Nos van a agarrar en menos de lo que canta un gallo...!

—Todo lo contrario, es la forma más probable de que *no* nos encuentren—respondió Ernesto sin inmutarse—. ¡No van a buscar donde ya buscaron! Y sus luces y sus voces nos pueden servir de guía para que podás regresar sin contratiempos...

—¡Ya te dije que no quiero regresar!

—Vas a regresar. En silencio. Cuando estemos cerca de la casona, te tiras al piso y simulas que estás golpeada y que te duele algo, para que vengan por vos. Yo voy a subirme a un árbol con tu maleta, y cuando te recojan, bajo de nuevo y te la dejo escondida entre las matas, o por algún lado donde la podás encontrar luego. Vas a decir que te perdiste, y entretanto yo me escapo hacia el camino y regreso a casa. ¡Y ahora apurate, o nos van a dejar atrás!

A regañadientes, con las ropas muy mojadas, y azotada por una terca brisa que la hacía tiritar de frío, Ariana se dio por vencida y comenzó a avanzar presurosamente, cogida de la mano por Ernesto. Volvieron a pasar el cerco y tomaron luego colina arriba, en la dirección por la que el ruido les indicaba que habían tomado los peones y sus perros.

—¿Y qué hago yo con don Joaquín ahora? —inquirió ella con voz desmayada, intentando mantener el frenético paso del muchacho, mientras atosigaba su mente el que era ya sin discusión su más profundo desvelo—. Porque no creo que estés esperando que lo acepte... ¿o sí?

—No estarías vos aquí si quisieras hacerlo, ni yo tampoco si te creyera capaz—la insólita capacidad de Ernesto para verter frases lapidarias, de la que parecía estar haciendo gala aquella noche, habría quizá deleitado a su amiga en una situación menos apremiante—. Pero no se trata de que lo aceptes... sino de que lo hagas creer que estás por hacerlo.

—¿Cómo? —la incredulidad le arrancó un respingo a la muchacha—. ¿Me estás diciendo que no solo tengo que seguir soportando esto, sino que además debo fingir que me agrada...?

—Hay algo que debes tener muy claro, Ari... y es que, en la medida en que logres avivar el interés del General por vos, va a ser más probable que las cosas nos salgan bien...

—¡No, Ernesto... no puedo hacer algo así! Ese hombre... si siendo yo quitada con él se ha comportado como lo ha hecho... ¿qué no sería capaz de hacer si yo le diera el mínimo espacio?

—Antes me dijiste que tu intención al dejar que él se acercara había sido la de “negociar” que soltaran a mi papá—razonó el muchacho, mientras con el palo continuaba sondeando las irregularidades del terreno—. Pero

ahora es más sencillo: lo que tenés que ofrecerle es esperanza, y lo único que tenés que pedirle es tiempo, paciencia, ¡qué sé yo...! Decile que lo admirás, que te halagan mucho sus atenciones, pero que preferirías ir más despacio... que él es un hombre casado... ¡en fin, vos sabrás, lo conocés mucho mejor que yo...!

—Él no es de los que le ruegan a nadie. Está acostumbrado a obtener lo que quiere sin esperar.

—Tanto mejor. ¡Ojalá se aburriera y te dejara en paz...! Pero no nos engañemos otra vez con eso: ya has visto cómo ha seguido insistiendo... hay algo en vos que él desea intensamente, y si tuviera el acicate de que está lográndote, es todavía más probable que se encapriche... Tenés que parecerle un reto más que una quimera... porque nada se desea con más ardor que lo que parece difícil de obtener^[43].

—¡Pero es demasiado... yo no soy buena para simular nada...! — volvió a objetar la jovencita, cuyas cuerdas vocales se negaban ya a continuar funcionando—. Y si a como están las cosas ya es para mí casi imposible seguírmele resistiendo, ¿de dónde voy a sacar yo las fuerzas para hacerlo, si en lugar de evitarlo tengo que estar exponiéndome ante él y haciéndome de rogar?

—Confío en vos—una vez más, la réplica de Ernesto pudo haberse escrito en una lápida—. Sé que vas a hacerlo bien... porque ya lo has hecho, y gracias a eso mi papá está libre.

—Eso fue muy diferente, Ernesto...

—Por supuesto que lo fue. Porque no sabías lo valiente y lo fuerte que podías llegar a ser. Pero ahora lo sabes... y eso hace que yo te admire más.

Diciendo esto el muchacho dejó de hablar y envolvió en sus brazos el delicado talle de Ariana para besarla de nuevo, condensando en un par de segundos una incomparable dosis de pasión que ella correspondió sin titubeos. Mas se apartó Ernesto bruscamente y demandó silencio. Los ladridos de los perros apenas sí podían oírse más adelante, y no había a la vista linterna alguna. Volvió entonces a tomar la mano de Ariana y la apretó con mayor fuerza.

—Ahora sí, Ari—dijo, no sin cierto pesar, y evitando por vez primera las pupilas de su compañera—. Desde aquí podés pedir auxilio. Yo voy a encaramarme en este palo de mango que está aquí, y después te llevo el maletín, como lo hablamos... Así que es hora de despedirnos.

Se abrazaron. Se dieron un fulgurante beso. Y Ariana, conmovida,

persignó al joven casi espasmódicamente, dos o tres veces consecutivas, sin dejar por un segundo de mirarlo a los ojos.

–Gracias por todo, Ernesto... ¡y por favor, escríbeme en cuanto llegues a casa!

–Te amo.

–Yo también. Pero lárgate.

Búsquedas y hallazgos

Todo resultó como Ernesto se lo había figurado: apenas un minuto y medio después de que Ariana respondiese a voces a los llamados del pelotón de búsqueda, se hallaba casi una decena de hombres a su alrededor, entre ruidosas exclamaciones de asombro y sorpresa, encabezados por Rigoberto, el alegre y laborioso mandador de la finca, montado en su viejo y paciente jamelgo. Por supuesto, la hallaron medio azurumbada entre unas espesas y húmedas plantas, casi al pie de un grueso árbol de mangos, con el cabello y las ropas en desorden, cubierta de polvo y barro, y quejándose de un fuerte golpe en su cabeza cuyo grosero rastro enrojecido era bastante visible. Su sombrero apareció a varios metros de distancia.

Acababan de levantarla los mozos y se aprestaban a conducirla de regreso a la casona cuando al frente de otro grupo llegó casi al galope el tío Elías, montado en su magnífico potro alazán y llevando en su mano otra lámpara. Por enérgica disposición suya fue subida la desvencijada muchacha sobre la montura, donde él mismo, horrorizado de su aspecto y aún más de sentirle las manos y el rostro tan helados, la envolvió en una gruesa manta y picó enseguida las espuelas. En el acto lo siguieron Rigoberto y otro de los jóvenes en sus respectivas cabalgaduras, mientras los demás peones comenzaron a dispersarse, ciertamente aliviados de haber dado al fin con la extraviada sobrina del patrón, pero a la vez muy preocupados de que la agraciada señorita hubiese sufrido algún daño grave.

A lomos de aquella excelente bestia no tardó ni cinco minutos el trayecto de regreso a la casona. Pero durante ellos el ánimo del viejo hacendado sufrió todo tipo de cambios violentos, oscilando entre sus coléricos reproches a Ariana por su irreflexiva aventura vespertina, y los no menos intensos clamores de preocupación por su estado y por la afectación que podía sufrir su frágil organismo.

Su atropellado arribo a la casa, empero, puso en movimiento al resto de la familia: mientras Rigoberto y el otro jornalero cargaban en peso a la debilitada muchacha hasta un sillón de la sala en las vecindades de la chimenea, desde el umbral mismo de la puerta dictaba don Elías una ráfaga de órdenes, como resultado de las cuales corrieron despavoridas María Consuelo

y la tía Lucía hacia el corral, para despescuezar una gallina y prepararle un caldo que le devolviese el aliento.

—¡Duramos más de una hora buscándote! —le seguía recriminando el viejo Elías con el ceño fruncido y las líneas de su rostro más marcadas que de costumbre, mientras su esposa terminaba pacientemente de servirle el consomé —. ¿Acaso no oías que te estábamos llamando?

Aunque se encontraba visiblemente apenada por el magno alboroto que su desaparición había originado, y no necesitaba simular los estragos que le había ocasionado el penetrante frío montañés de enero, Ariana llevaba ya tiempo de haber preparado su explicación, basada naturalmente en el audaz libreto que le sugiriese Ernesto. Los accesos de tos que la interrumpían, el persistente mareo y la tenue pero perceptible huella de sangre en su sien derecha hacían su historia casi irrefutable.

Aunque el servicial Rigoberto, a despecho de su enorme fatiga, se ofreció a bajar al poblado en busca de un médico, y a despecho del apoyo que diese la preocupada tía a su moción, don Elías decidió que lo mejor era que Ariana pasase directamente a su aposento y guardase cama, añadiendo que era muy prematuro para saber si la situación realmente lo ameritaba. Sin embargo, no por ello dejó de tomar algunas previsiones: la más notable de estas fue ordenar a María Consuelo pasar esa noche en la misma habitación, presta a socorrer a su prima si se presentaba alguna complicación inesperada.

No fue aquel un plácido mandato para ninguna de las dos inquilinas: una, porque la responsabilidad que le habían asignado le impedía entregarse muy alegremente al sueño profundo; y la otra, porque la legendaria suspicacia de su improvisada compañera de cuarto le haría casi imposible escabullirse de la casa durante la noche para recuperar su maletín... en el hipotético caso de que Ernesto hubiese conseguido traérselo sin que lo interceptasen los perros o alguno de los peones.

Tuvo Ariana que luchar contra su terrible cansancio y contra lo mal que se sentía, para dar tiempo a su prima de quedarse dormida; y luego se escabulló con gran sigilo hacia el patio, resuelta a buscar su valija. Tardó poco en encontrarla, pero de todas formas el demoniaco frío de la madrugada la hirió nuevamente con su espada de plata a pesar de las muchas prendas con que se había abrigado, obligándola a replegarse precipitadamente bajo una incipiente hipotermia. Por añadidura el retorno a su habitación estuvo salpicado de mil nuevas congojas, gracias al pánico de que el menor ruido pudiese despertar a María Consuelo: un miedo que alcanzó por un instante

proporciones catastróficas gracias al ininteligible bisbiseo que emitió de pronto. A punto estuvo la fugitiva colegiala de desmayarse... ¡hasta que advirtió al cabo de unos segundos que su prima no hacía más que murmurar en sueños!

Solo entonces pudo reunir la entereza para meterse calladamente en su cama y envolverse en sus propias frazadas, rogando al cielo que su compañera de cuarto estuviese efectivamente más alerta a los etéreos mensajes de Morfeo^[44] que a lo que acontecía con ella. Pero para desventura suya, su combate contra el húmedo y penetrante frío que se había alojado dentro de ella resultó un rotundo fracaso, sin que hubiese cobija ni sábana capaz de compensar la debilidad en que la habían sumido en maligna alianza la tensión y la fatiga. Al día siguiente amaneció con una intensa fiebre, que atizó también el dolor de los golpes sufridos en su caída, y que la forzó a permanecer todo el día en cama.

Por supuesto, se necesitaba mucho menos para alarmar a la tía Lucía, tan adicta a la rutina; pero esta vez hasta el propio don Elías se impresionó lo suficiente para al fin decidirse a ordenar al fiel Rigoberto ir a buscar unas medicinas poco después del mediodía. Ahora bien, la actitud de María Consuelo, tan enigmática como de costumbre, dejó en ascuas a la colegiala. ¿Era simplemente su incorregible fisga, o se había enterado de algo más?

—¡Ahora sí que la hiciste completa, Ari...! —el tono plañidero de su prima al llevarle otra ración de gallina tenía un punzante dejo sardónico—. No solo estás aniquilando todo el gallinero de mi mamá y poniéndome un montón de trabajo como enfermera, ¡sino que acertás a enfermarte precisamente la víspera del día que viene el General a almorzar con nosotros...!

—Ni me digas—murmuró la enferma, enderezándose a desgana para recibir el plato y sin darse por enterada de que la otra estuviese insinuando algo—. ¡Con las ganas que tenía yo de ir a la famosa cabalgata...! ¿No ves que a mí ya me tiene extrañada eso de que, cada vez que él se arrima a la casa nuestra, me pasa algo raro? Cualquiera diría que a mí me echaron un maleficio...

De nuevo volvió a oprimirla el recuerdo de la sesión espiritista. Dejó de hablar.

—Pues a mí también me extraña tu actitud—tomó María Consuelo asiento en su propia cama, contigua a la de ella. La malicia en que nadaban sus ojos negros intrigaba a Ariana—. Sobre todo porque ayer estabas tan inquieta y no quisiste hablarme del asunto...

—¡Es que no tengo nada que contar! —la réplica de esta última pareció devolverle algo de brillo a sus agobiados ojos azules, apagados por la fiebre—. Entre nosotros no ha pasado nada de lo que te imaginás. Y... a decir verdad, ni sé si pueda llegar a pasar... Es decir, el tipo es un prodigio de galán y tiene unos modales que ya se los desearan otros... pero, ¿qué va a estar un hombre de esos tomándola a una en serio? Y aún si fuera así... ¡a mí me daría muchísimo miedo terminar metida en un escándalo...! Por ejemplo, ¿qué diría tu papá si se diera cuenta? ¿Y mi mamá, que de fijo tía Dolores le contaría?

—A mí lo que me da temor en realidad es lo que vaya a pensar *él* si vos te seguís dizque “enfermando” cada vez que él se aparece por la casa—apuntó María Consuelo, mirando de reajo hacia la puerta entreabierta para disuadir cualquier posible espionaje, aunque poco había de temer en esta materia no estando presente la tía Dolores—. Porque el escándalo que vos tanto temés, con todo y lo feo que podría ser, sería de juguete comparado con el problemón que se nos vendría a todos nosotros si al hombre en algún momento se le acaba la paciencia con vos... ¿O no te estás dando cuenta que está ceñido en hacer que te enamores de él?

—Ya, María... no sigas con eso... ¿no ves que me haces sentir más perturbada? —protestó Ariana con voz desgastada por la resequedad que la fiebre causaba en su garganta—. Vos misma terminás siempre recordándome que no haga ninguna locura... pero ahora no sé ni a cuál locura te referís: la de dejarme enredar por un viejo casado siendo yo una chiquilla, o la de mandar al diablo por puro orgullo al hombre más codiciado de Costa Rica y darle motivos para que me lo quiera cobrar...

La morena prima se quedó pensativa por unos segundos.

—Mm... poniéndolo en esos términos, ahora sí que no tengo idea de qué decirte—musitó al cabo, abriendo mucho sus ojos redondeados. Su imbatible sonrisa se había esfumado sin rastro—. Lo único que se me ocurre es que, si yo estuviera en tus zapatos, elegiría la locura de la que menos me fuera a arrepentir el resto de mi vida.

La segunda venida

Al llegar el domingo la fiebre de Ariana ya había cedido, pero el día amaneció en cambio más frío, nublado y ventoso. Temprano apareció en su dormitorio la tía Lucía con un generoso desayuno y con la previsible recomendación de quedarse en su cama y desentenderse del almuerzo con el general Tinoco, en cuyos preparativos se hallaban sumidas tanto ella como su hija y las dos criadas. Pero cuando, poco después de las nueve de la mañana, se abrió atropelladamente de nuevo la puerta de la habitación, la enferma jovencita pudo adivinar en el semblante de María Consuelo lo que venía esta última a anunciarle:

—¡Ari...! —repitió tartamudeando, con entrecortada respiración—: ¡Te vienen a ver...!

Sin darle tiempo siquiera para quitarse del rostro el mechón castaño que lo atravesaba, o menos aún para sentarse entre sus almohadas, María Consuelo se apartó del umbral para dar paso a una figura masculina de regular estatura, vestida de paisano y envuelta en un largo gabán gris, medio oculto por la capa impermeable que se ajustaba a la perfección a los hombros sólidos y a los brazos musculosos. Ariana entornó sus ojos como intentando convencerse de que no alucinaba, pues jamás lo había visto sin uniforme. Pero un rápido examen de las facciones que tenía enfrente acabó de convencerla y derramó por sus arterias un tonel de asombro. El inconfundible bigote pequeño, la pincelada bajo el labio inferior, el cálido don de gentes y, sobre todo la mirada intensa de los ojos oscuros, solo podían pertenecer al más ilustre huésped jamás recibido en *La Centella*: ¡el general Joaquín Tinoco!

—Disculpe usted que haya venido a importunarla a su propio cuarto, *mademoiselle*—el visitante debió haber observado a través de la penumbra la expresión azorada de la muchacha—. Pero acaban de informarme que lleva usted dos días en cama, y quise enterarme personalmente de su estado de salud.

—¡Uy, don Joaquín... qué vergüenza, no se imagina usted...! —exclamó desmayadamente la jovencita, acometida por una oleada de sudoroso calor que habría bastado para barrer de su organismo los últimos vestigios de la calentura—. ¡Si por lo menos me hubieran avisado un par de minutos antes,

para ponerme un poco más presentable...!

—Una señorita como usted jamás deja de estarlo—la requebró el apuesto gentilhomme, sonriendo afablemente, pero sin pasar de la puerta—. Y yo mismo pedí que me dejaran pasar a verla de una vez, para cerciorarme de su estado y ver si hace falta mandar a traer al doctor Soto, que es mi médico de cabecera...

—Es muy amable de su parte, don Joaquín—se escuchó detrás de él la voz de don Elías, evidentemente vencida por la congoja—pero creo que no será necesario, porque ya hoy amaneció mejor... aunque usted entenderá que tampoco esté como para acompañarnos a la finca que queríamos ir a ver...

—Les aseguro que ya me siento mucho mejor de lo que aparento—replicó ella, esbozando por primera vez su propia sonrisa—. Sin duda se irá usted con una muy mala impresión, pero espero de aquí al almuerzo estar en condiciones de revertirla.

—¡Usted preocupándose por eso, *mademoiselle*! —el General abrió los brazos en un gesto de afectada sorpresa—. ¡Por favor...! Ya tengo bien formado mi criterio sobre usted, y no va a cambiar por un infortunio que a cualquiera puede pasarle... Le ruego que no esté afanándose por esas cosas, y que se dedique solamente a estar en reposo y a recuperarse cuanto antes...

Joaquín se retiró tan abruptamente como había llegado, y apenas unos minutos más tarde escuchó Ariana el ruido de los caballos que partían. Inmediatamente, y a contrapelo de las súplicas de la tía Lucía y del no menos clamoroso sobresalto de María Consuelo, la jovencita se puso en pie, arregló precipitadamente su habitación, y pidió a las criadas que le calentasen agua para lavarse a toda prisa, cumplido lo cual corrió de regreso para escoger el atuendo más refinado de cuantos tenía disponibles en la quinta y rogó a su prima que la auxiliase con el peinado.

El retorno de los jinetes, poco después del mediodía, sorprendió a Ariana leyendo en la galería del frente; pero no quiso quedarse allí, de modo que se apresuró sigilosamente hacia su pequeña habitación. Allí cerró el libro y, postrándose sobre su cama, elevó una callada plegaria.

Pronto le inundó los oídos desde el amplio comedor el hablar de su bullanguero primo Rafael, y casi enseguida, superponiéndose la una a la otra, la voz ampulosa de don Elías girando instrucciones a las criadas, y las gentiles palabras del atildado General que saludaba de nuevo a la tía Lucía y a María Consuelo. La torpe confusión de la respuesta de esta última dejaba a las claras cuán difícil le estaba resultando mantener la compostura sin dejarse abrumar

por el aura que rodeaba al insigne huésped.

—¿Y la señorita Ariana no va a acompañarnos en la mesa? —oyó inquirir a Joaquín, con lo cual se agolpó en su rostro la totalidad de su torrente sanguíneo. Escuchó al tío Elías asegurándole que probablemente fuese necesario todavía llevarle la comida a su habitación, pero en eso se interpuso la voz de María Consuelo, con alguna reminiscencia de su habitual tono chispeante, diciendo:

—No sé, papá... yo creo que ella estaba alistándose y quería comer aquí con nosotros...

“*Dios mío... ¡en tus manos me encomiendo!*”, pensó Ariana, santiguándose antes de salir finalmente de su habitación y recorrer casi flotando los pocos pasos que la separaban del salón. Aunque su vestido rojo era relativamente modesto comparado con lo que se habría utilizado en la capital, lucía realmente soberbia gracias a la oportuna habilidad con que María Consuelo le arreglase el cabello, y al rubor que reemplazase en sus mejillas la palidez dejada transitoriamente por la enfermedad. Su nervioso ingreso acaparó al momento las miradas de todos, especialmente la de Joaquín, a quien el sitio de honor que ocupaba en aquella mesa lo dejaba directamente de frente a ella, permitiéndole entonces contemplarla larga e intensamente.

Si la decoración de la mesa, obra de la tía Lucía, demostraba un regio gusto, la comida no le fue a la saga en exquisitez. Don Elías acostumbraba agasajar espléndidamente a quienes gozaban de su estima, y no fue esta la excepción, pues incluso encargó secretamente a Rafael que trajera de San José una selección de los mejores vinos que poseía en su bodega. Pero no era menos dadivoso el General cuando de recompensar la lealtad se trataba, y así lo hizo ver a mitad del almuerzo cuando hizo un sorpresivo ofrecimiento al viejo hacendado: la opción de aceptar, en las elecciones programadas para principios de marzo, un escaño seguro en el Senado representando a la provincia de San José, cortesía del Partido Peliquista.

El patriarca de los Cantillano escuchó atónito mientras explicaba Joaquín que el objetivo de su propuesta era darle lustre a la papeleta oficialista con un nombre de reconocido prestigio. Añadió que contaba ya con la venia de su hermano Federico, y que lo único que faltaba para concretar la candidatura era su respuesta afirmativa. El asombro era aún mayor entre todos los demás comensales, incluyendo a Rafael, quien tampoco tenía la menor idea de las intenciones que venía acariciando su amigo. Pero tocó al General su

oportunidad de asombrarse cuando el viejo, después de un rato de embarazoso silencio, declinó cortés pero rotundamente el ofrecimiento.

—Yo le agradezco mucho, don Joaquín, que *Pelico* y usted hayan considerado mi nombre para un cargo de esos—razonaba el tío Elías, dejando a un lado los cubiertos por un instante para inclinarse hacia su digno invitado—, así como todas las cosas bonitas que expresan sobre mi persona... pero ustedes ya saben que nunca me ha interesado inmiscuirme en esos enredos de la política. ¡Y menos a estas edades, cuando tengo encima la boda de mi hija Felicia y cuando la única aspiración que me queda es la de llegar a chinear nietos...! Al contrario, toda la vida me he dedicado a cultivar la tierra y a vender los frutos de ese esfuerzo mío, y siempre he creído que con mi trabajo y mis productos doy un mejor servicio a la Patria... y que, como decía mi *tata*, que Dios lo tenga en la gloria, “*es mejor hacer pocas cosas bien que muchas mal*”...

—Con el debido respeto, don Elías, debo insistir en que acepte usted—el sorprendido huésped hizo acopio de toda su persuasiva cordialidad para volver a la carga sobre el renuente anfitrión—. Tanto mi hermano como yo comentamos ese tema precisamente, y consideramos que el hecho de que nunca haya usted tenido participación política, lejos de ser problemático, es quizá lo que haría más virtuosa su candidatura. Usted sabe que nuestro país atraviesa momentos difíciles, empeorados por algunas personas que, habiendo sido colaboradores nuestros en cierto momento, hoy nos han dado la espalda, volviéndose incluso cómplices de nuestros enemigos. Eso hace necesario no solo que oxigenemos y renovemos la función pública, sino que demos además una bofetada a los que se atreven a poner en duda nuestra probidad y a enlodarnos con toda suerte de infundios y calumnias... y la mejor forma de hacerlo es integrando a nuestro movimiento a una persona de tan intachable reputación como usted: ¡don Elías Cantillano, un caballero de auténtica alcurnia, que se mueve en los más selectos círculos de nuestra sociedad, y de quien se puede decir que inspira plena confianza...!

—Puede usted ahorrarse el resto del discurso, don Joaquín—amagó el viejo una sonrisa, dándole al otro una palmadita en el hombro—. Le repito que me halaga mucho que tanto usted como su hermano me tengan en tan alta estima como yo a ustedes, pero no por eso va usted a convencerme de involucrarme en algo tan contrario a mi temperamento. Sin duda encontrarán ustedes otros ciudadanos íntegros y viriles, más jóvenes y sobre todo dispuestos a echarse a los hombros la carga del país. Y en cuanto a mí... ¡mis dotes para la política

son tan mediocres, que no me creo capaz de ganar una elección ni siquiera en esta mesa!

Todos los presentes descargaron una nerviosa risa ante aquella salida, incluso el General. Pero Ariana, que en silencio seguía con gran atención la insólita charla, intervino de pronto diciendo:

—Si me permiten una opinión, diría yo que mi tío se menosprecia demasiado... aunque veo que, al menos en lo que se refiere a esta mesa en particular, le sería mucho más fácil el triunfo si a las mujeres se nos permitiera votar.

Si en lugar de verter aquella frase hubiese la muchacha removido la espoleta de una granada, no habría sido más violento el silencio que cundió en el comedor, ni menos escandalosas las miradas que cayeron a una sobre ella. El azul desconcertado de sus pupilas pasó del tío Elías al General, y de este a Rafael, sin que por un instante pudiese figurarse una razón lógica para el aparente linchamiento ocular que estaba sufriendo.

—Carambas, Ari... ¡pensé que ya te había salido la fiebre, pero por lo visto todavía estás delirando! —exclamó Rafael, con tales aspavientos que no parecía sino una copia de la tía Dolores, antes de volverse hacia Joaquín y añadir—: ¿No estás oyendo esa locura de que dejen a las mujeres votar? ¡Bonitas ideas le están metiendo a esta pobre en la cabeza desde el colegio! ¡Vas a tener que ir poniendo orden, o dentro de poco va a ser insoportable el alboroto que van a armar con ese *telele*!

—¡Como si no nos hubiera servido de escarmiento la elección del 14! —agregó el viejo hacendado, cargando la dosis y gesticulando con verdadera impaciencia, aunque sin dirigirse directamente a su sobrina—. Viene don Ricardo jugando de moderno y de liberal, con la *cartagada* esa del tal “voto directo”... ¿y qué pasó? ¡Todo el mundo votó como le dio la gana, ningún candidato ganó, vino la famosa componenda en el Congreso y terminamos con ese supuesto Gobierno improvisado, ilegal, desvergonzado y saqueador... que seguro estaríamos soportando todavía si no hubiera sido por la valentía y el patriotismo de don Federico y de don Joaquín! Después de ver ese espectáculo tan deprimente, estoy convencido de que no solo las mujeres, sino por lo menos la mitad de los hombres de este país, carecen del grado de inteligencia, preparación y seriedad suficientes para ejercer una responsabilidad tan delicada como la de votar... ¿No cree usted, don Joaquín?

Abrió el General la boca para contestar, pero antes sus ojos intensos se detuvieron sobre la acongojada Ariana, que no cesaba de abanicarse con la

servilleta al ver la explosiva reacción que había detonado con su no del todo inocente comentario. Y a la vista del profuso carmín que invadía el rostro de la jovencita, el cual parecía haberse propagado a los de sus otras dos anfitrionas, quizá conjeturase que lo que iba a decir no iba a ser galante ni oportuno, porque en vez de palabras lo único que surgió entre sus labios fue su cordial sonrisa.

Terminado el almuerzo salieron los hombres a fumar al jardín, mientras Ariana se apresuraba a levantarse y recoger la vajilla antes de que la tía Lucía o la siempre mordaz María Consuelo tuviesen oportunidad de amonestarla o hacer adicional mofa de lo sucedido. Después, todavía evitando penosamente cualquier encuentro con sus parientas, se replegó hacia su dormitorio y se encerró nuevamente a leer, o a simular que lo hacía.

Al cabo de un par de horas la hizo salir el sensual aroma del café y las tortillas que se preparaban en la cocina, cuyo solo pensamiento le abrió de inmediato el apetito. Imaginándose que los hombres se hallarían en la azotea o quizás en las caballerizas, decidió ir a tomar aire fresco al corredor; pero al pasar confiadamente por la sala, se sorprendió de encontrar allí al General, en el preciso momento en que se levantaba de su sillón para comenzar a despedirse de su tío y de Rafael, aduciendo que debía volver a la capital cuanto antes por hallarse en vísperas de celebrarse el segundo aniversario del golpe de Estado que los llevase al poder.

—¿Cómo se me va a ir usted ahora, don Joaquín, cuando ya prácticamente le tenemos listo el cafecito? —escuchó Ariana claramente con cuán vehemente mezcla de energía y afabilidad protestaba el viejo don Elías la determinación de su insigne visitante—. ¡Y con todo lo que se me hizo usted de rogar antes de decidirse a venir...! No, no... por lo menos haga el sacrificio de quedarse una hora más...

—No debería yo retrasar tanto mi partida—oyó responder al apuesto Ministro con su acostumbrado modo que hermanaba firmeza y suavidad, y sintió casi al mismo tiempo el peso de sus pupilas atómicas siguiéndola—, pero ya me da pena que piense usted que me importuna su gentileza... y por otra parte no soy capaz de despreciarle ni un café a una familia tan digna de mi aprecio...

Inalterable en apariencia, Ariana no demostró interés alguno en detenerse a escuchar el resto, prosiguiendo en cambio con sus pies ligeros hacia el refrescante corredor que, con sus hermosos ventanales y su preciosa vista, constituía uno de sus lugares favoritos en *La Centella*. Pero apenas

terminaba de acomodarse en una de las plácidas mecedoras de la galería, cuando escuchó abrirse la puerta principal; y a través de ella vio salir a un calmoso Joaquín que, pasando a su lado con aparente indiferencia, descendió por la blanca escalinata y avanzó hacia los dos jóvenes uniformados que conformaban su habitual escolta, los cuales llevaban toda la tarde aguardándolo a la sombra de la gran ceiba.

Alguna instrucción extraordinaria tuvo que haberles dado, porque uno de los dos montó inmediatamente y salió casi al galope para tomar el camino de San Isidro. Pero antes de que la jovencita pudiese elaborar sus conjeturas, el General se dio media vuelta y la miró. Ariana escondió en el piso sus tímidos ojos azules, pero no necesitó de ellos para advertir hacia dónde enfilaba Joaquín: directo hacia ella. Con sus intensas pupilas fijas en su espigada figura, como si fuesen microscopios capaces de descifrar hasta sus pensamientos más privados. Una certidumbre repentina envolvió entonces a la colegiala: ¡la hora temida estaba finalmente por llegar!

Esto es demasiado para mí

Sin dar nunca la espalda al visitante, Ariana se replegó hacia uno de los extremos de la galería, en el cual algunas plantas frondosas aportaban su frescura y colorido, y se volvió para abrir una de las ventanas corredizas que cerraban el amable corredor. Vio a Joaquín subir por la escalinata a ritmo vivaz, pero en vez de seguir hacia la sala, torció el rumbo para llegar a ella en solo dos o tres pasos. La muchacha, eludiendo su mirada, dejó perderse su vista por la ventana en el lejano paisaje; pero en breve pudo aspirar y sentir su aliento quemándole la cabellera a pocos centímetros de distancia.

Dentro de su mente, sin embargo, se producía un estruendo infinitamente mayor que el de la respiración acompasada del General. Allí en las profundidades de su pensamiento se mezclaban en glorioso desorden las sugerencias cautelosas de la maestra María Isabel, los alucinantes planes de Ernesto y el decisivo papel que tendría ella que desempeñar en estos últimos. Y solo en ese instante, cuando ya tenía encima al suspirante *Mano Lagarto*, vino a caer en cuenta la jovencita de cuánto tenían en común los consejos que había recibido de ambos para enfrentarse a él. ¿Habría acaso alguna complicidad secreta entre su amigo y su mentora? ¿Serían parte de alguna red mayor de conspiradores, determinados quizás a acabar de un golpe feroz con la dictadura de los Tinoco? Apenas alcanzaron las interrogantes a enunciarse en su mente, pero no hubo ya tiempo de conjeturar respuestas desde el momento mismo en que el gentilhomme despegó sus labios.

—Hay muchas cosas que quisiera decirte en este momento, *Arienne*—si había en la faz de Joaquín una inusual pincelada de agitación, también sus primeras palabras brotaron con poca energía. Diríase que casi inseguras—. Pero temo que ya he dicho demasiado, de modo que por ahora... me limitaré a afirmar que me complace mucho verte en franca mejoría...

—Gracias... —respondió cortésmente Ariana, de nuevo enzarzada en esa pugna entre su ansiedad y su anhelo de reprimirla, que tanto la hacía relumbrar. No sabía qué otra cosa agregar, de modo que guardó silencio, aunque no dejaba de notar que, por primera vez, aquel hombre tan impenetrable lucía tan nervioso como ella misma solía estarlo.

—Puedo comprender, por supuesto—añadió el militar, en cuya voz se

amalgamaban la turbación y la melancolía—que mi impertinencia y mi absoluta falta de decoro haya resultado ofensiva para la virtud de una damisela como vos. Reconozco mi falta y por ella te suplico mil perdones. Pero no retiro ninguna de mis palabras, Ariana. Y no puedo retirarlas, porque no hice más que expresar, aun si fuese de una forma muy impropia, lo que ya no me sentí capaz de ocultar. Así que... luego de haber hablado de más, es preciso que yo ahora guarde silencio y escuche. ¿Hay algo que quisieras decir sobre esto?

—¿Yo? —la indescriptible turbación que embargó a Ariana ante la oleada de palabras del gallardo y varonil Ministro solo terminó de convencerla de lo mal preparada que estaba para asimilar este momento, a pesar del mucho tiempo que había dedicado a imaginar la mejor forma de hacerlo.

—A la larga no estoy haciendo ahora más que remendar una grave impertinencia con otra peor—agregó Joaquín, todavía presa de un anómalo embarazo muy ajeno a la confiada osadía de la que tanta gala le gustaba hacer —, pero hace más de un mes que la pasión me arrastró a cruzar el Rubicón, y me tiene en ascuas la falta de una respuesta de tu parte... cualquiera que esta pudiera ser.

La jovencita no levantó su vista, y se mordió por unos segundos los labios, como si con eso pudiera amortiguar el crepúsculo que se subió sin permiso a sus mejillas.

—Ni en un mes ni en mil años, *mon Général*, habría sabido yo cómo responder ante una cuestión tan delicada—replicó al fin, visiblemente alterada, pero llena a la vez de un raro valor que parecía haberse apoderado de su lengua—. ¡Es demasiado para mí! Usted, don Joaquín, que se ha tomado la molestia de averiguar tanto sobre mí, y que tiene de su parte a los Grandes Maestros que le hablan a través de doña Ofelia, debe saber mejor que cualquier otro con quién está tratando. Porque yo no soy una mujer como las muchas que habrá podido conocer en el pasado... no soy una de esas diosas de salón que saben por experiencia cómo responder al galanteo de los hombres más apuestos y cómo escoger de entre ellos al que más les apetezca... ¡sino una simple colegiala de provincia que nunca en la vida ha sabido lo que es tener siquiera un novio de juguete!

—Desde luego que lo sé. Y eso, lejos de desanimarme, me ha vuelto quizá más imprudente. Porque sin medir las consecuencias de mis actos, me he dejado deslumbrar por la perfección y la pureza del insólito diamante

femenino que he encontrado, y no puedo ya renunciar a la idea de obtenerlo para mí, aunque eso implique desprenderme de todo lo que hoy poseo... aún de lo que me da cierta reputación de hombre honorable...

Ariana irguió lentamente su cabeza y, antes de responder, inspeccionó con relampagueante rapidez visual los alrededores. Pero solo los rodeaban el vasto horizonte y el coqueto aroma del café.

—Tanta franqueza suya me está dejando sin palabras... y más todavía el hecho de que usted pareciera muy seguro de que no voy a darle una bofetada por atrevido—repuso ella, intentando aplacar un poco el volcánico vaivén de emociones que amenazaba con estrangularla—. Pero... no me atrevería a tanto... porque, en primer lugar, el respeto y la admiración que le tengo yo no me lo permitirían jamás... y en segundo lugar, para serle completamente honesta, ¡toda esta situación me da demasiado temor! Quiero decir... y le suplico que no se ofenda, pero... así como usted sabe con quién está tratando, ¡yo también...! No puedo pasar por alto que usted es el general Tinoco, el señor Ministro de Guerra de este país... y eso me infunde una presión enorme y un miedo terrible de ofenderlo, de desairarlo... ¡o simplemente de no estar a la altura de sus expectativas!

—No pienses en eso—musitó nerviosamente él—y decime solo lo que esté en tu corazón.

—No me pida eso, se lo ruego—en el temblor de las palabras de ella, lo mismo que en sus facciones trémulas, se discernía lo conmovida que estaba—. Más bien trate de comprenderme... yo apenas voy a cumplir diecisiete años, nunca he pensado en casarme ni he tenido un pretendiente, y ciertamente nunca he buscado granjearme de forma alguna los favores de ningún hombre... ¡Y sin embargo, de un momento a otro, estoy hablando de todo esto con un caballero hecho y derecho, que además es el hombre más admirado y poderoso de Costa Rica! ¿No ve usted lo difícil que es para mí asimilar todo esto? Todo esto va demasiado rápido... me asusta tanto, que no logro ni pensar con claridad. Y por si fuera poco, viene usted ahora a pedirme una respuesta, ¡cuando no puedo dársela!

—¡Cómo! —la estupefacción de Joaquín no parecía menos genuina de lo que había sido la inexplicable inquietud que la había antecedido.

—Usted me pide que acepte algo que no está en condiciones de ofrecerme—añadió Ariana, casi asustándose de su propia determinación al decirlo—. Porque, aunque fuera verdad todo lo que dice sentir, y aunque yo le correspondiera con toda la pasión arrebatada que suele asociarse siempre con

las señoritas de mi edad... usted no está libre.

—¿Y si lo estuviera? —una emoción tan viva impregnando las palabras de un hombre normalmente tan impassible, hacían estremecer de confusión el pecho de la acalorada jovencita, cuyos ojos azules se habían replegado de nuevo—. Le dije antes, y no me retracto, que haría yo lo que fuese necesario para merecerla a usted... incluso canjear mi honor por mi libertad. Pero... ¿estaría usted anuente a que yo diera ese paso?

—Le ruego que me entienda, don Joaquín... ¡pero eso no es algo que yo pueda responder ahora! —estuvo a punto de estallar en lágrimas la angustiada jovencita, cuyas manos temblaban violentamente sobre el marco de la ventana—. Por favor compréndame, téngame paciencia... porque, aunque ya debe usted haberse dado cuenta de que no me es para nada indiferente, y que sus atenciones hacia mí no han pasado inadvertidas... ¡no tengo yo ningún derecho a exigirle que sacrifique todo por mí!

Y aun si usted—hizo un esfuerzo para contenerse, frunciendo los labios—resolviera su... situación actual... a quien tendría que pedirle mi mano es a mi tío Elías, que es quien hace las veces de padre mío... aunque le puedo adelantar que, con el aprecio que les tiene él a usted y a toda la familia Tinoco, la respuesta sería más que obvia.

El omnipotente Ministro de Guerra dio muestras de recibir las razones de Ariana con tanto asombro como resignación. Su cabeza siempre erguida y altanera se doblaba ahora sobre su pecho, como apabullada por un peso gigantesco; y en los rasgos de su lívida cara se notaba cuán difícil le era conservar su proverbial serenidad, y cuán disciplinadamente mantenía sus labios cerrados.

—Me estás dejando más confundido y ansioso de lo que estaba antes—solo habló el gentilhomme cuando tuvo certeza de que sus palabras serían gobernadas por la frialdad de la razón y no por la ebullición pasional—. No puedo culparte de titubear, *Arienne*, aunque esos reparos no me auguran nada positivo... y me hacen además preguntarme, con todo respeto, si no estoy cometiendo la torpeza de intentar la conquista de un corazón ya comprometido.

A pesar del espeso velo que imponía sobre sus ojos el derroche de emoción que flotaba en la galería, la jovencita pudo discernir a tiempo la sutil tenaza que se tendía ante ella. Y luego de un suspiro que disipó el fantasma pícaro de los besos que había intercambiado con Ernesto dos noches antes, articuló en tono firme y terminante:

—Le repito, *mon Général*, que nunca he tenido novio, ni mucho menos

un pretendiente formal. Pero aún si lo hubiera... no tendría punto de comparación frente a un competidor de su categoría.

Joaquín, todavía en sólido control de sí mismo a pesar de la inesperada acometida de nervios que amenazaba con desencajarlo, simuló no poner atención a lo que de esta última frase podía interpretarse como un cumplido para él. Pero no pudo impedir que, por este diminuto resquicio que creía encontrar en el corazón de Ariana, se filtrase hacia su rostro el vestigio de una sonrisa.

—Tal vez mis nervios me hayan hecho ser muy áspera o muy cortante— siguió diciéndole ella, aunque el pecho se le oprimía en cada respiración—, pero no quiero que usted se quede con la impresión de que... no me ha hecho sentir nada... Es solamente que... necesitamos tiempo. No quisiera precipitar las cosas y echarlo todo a perder... y yo siempre he creído que “*la prisa es mala consejera*”... Y además, muy dentro de mi alma sé que, a pesar de los obstáculos tan obvios que existen, esto de nosotros puede funcionar si llevamos las cosas con mucha calma...

De pronto guardó silencio, como asustada de lo que estaba oyéndose a sí misma decir. Escuchó a su derecha que el General daba un sonoro suspiro, preludeo de una de esas miradas hipnóticas con las que sabía subyugar la imaginación de quienes departían con él. Más intimidada aún, Ariana quiso esquivar el poderío de esa varonil máquina de guerra que parecía querer aplastarla, pero no tuvo ya la entereza para hacerlo rápidamente, de modo que su rostro de trémula expresión quedó como flotando enfrente del de Joaquín.

—Ahora soy yo el que ha quedado sin habla, mi querida *Ariane*... — acabó por exclamar, con evidente complacencia y no poca sorpresa—. Cada vez que creo que ya he descubierto todas tus virtudes, venís a deslumbrarme una vez más... Sí, me dejás completamente asombrado... porque, aunque siempre he tenido tan alto concepto de tu inteligencia y tu discreción como de tu cautivante belleza, ahora más bien estoy casi avergonzado de que, de nosotros dos, hayas sido vos la de la mente tranquila y despejada, la que ha sido capaz de anteponer a la pasión el sentido práctico y el buen juicio... y la que a pesar de tu increíble modestia, estás demostrando una madurez y una serenidad que no suele encontrarse con frecuencia, ni siquiera en damas de mucho más edad. ¡Bien te había dicho yo que me parecías una Minerva encerrada en el cuerpo de Venus...! Una razón más para que te admire y para que anhele continuar descubriendo más y más sobre vos...

Sin que Ariana tuviese tiempo de rehacer su ecuanimidad, se escuchó

el crujido desapacible de la puerta principal que se abría bruscamente, y por ahí se asomó la remilgada cabezota de Rafael, quien al verlos hizo una mueca maliciosa antes de dejar oír su voz irremediablemente empachosa:

—¡Ajá... así que ahí estaban ustedes dos! ¡Y mi *tata* creyendo ya que Joaquín se había *zafado* a escondidas para San José, y que nos había dejado con el café en la mesa...!

—Todo lo contrario, lo que hice fue salir a decirle a Araya que se adelantara a San Isidro y que de ahí le pusiera un telegrama a Federico para avisarle que voy a llegar una hora más tarde. Así puedo tomarme tranquilo ese café y disfrutar un tiempo más de tan agradable compañía—al proferir esta última frase deslizó hacia Ariana un atisbo fugaz.

—Bueno, Ari... —picoteó Rafael, volviéndose hacia su prima con un guiño bromista—: ¡entonces dejá de estar atrasando al General, que ya está todo servido y se nos va a enfriar!

En silencio galantemente cedió el paso Joaquín a la jovencita, y a la saga del primogénito se encaminaron ambos de regreso al interior de la casa. Él, sereno y sonriente, con desusada animación en su semblante, intercambiando ocasionales bromas con su risueño amigo. Y ella, muy callada, con aire pensativo, rogando al Cielo que la perdonase por fingir tanto, pero dudando muy en sus adentros sobre cuánto de lo dicho había sido realmente mentira.

Parte IV

El desafío

Regreso anticipado

Gracias al arduo tesón con el que emprendían su trabajo los jornaleros y a la tenaz supervisión de don Elías, las obras de remodelación del establo ya estaban muy adelantadas, lo que naturalmente tenía henchido de placer al viejo hacendado. Eran tales su satisfacción con la rapidez del avance y su confianza en la absoluta honradez de Rigoberto, el fiel mandador de *La Centella*, que acabó por resolver que él podría encargarse de vigilar la terminación de los trabajos. Y en vista de que también se avecinaba ya la fecha del magno casorio de su hija Felicia, comenzó a trazar planes para emprender en el plazo de una semana el regreso a San José.

La perspectiva de retornar, sin embargo, no resultaba tan apetitosa para Ariana. En la mesa del café, y de nuevo antes de despedirse, había insinuado el general Tinoco su intención de ceder a las instancias de don Elías y de Rafael, menudeando sus visitas a los Cantillano una vez que estuviesen de vuelta en la capital. Y el gesto relampagueante que dirigiese hacia ella en ambas ocasiones no dejaba la menor duda de que tal propósito obedecía, más que a ninguna otra cosa, a la actitud tibiamente alentadora asumida por ella durante la conversación del corredor. ¡Con cuánto pavor, más que simple expectativa, veía consumirse las hojas del calendario y apresurarse hacia ella el día señalado, sabiendo íntimamente que aquello no significaría para ella más que el estrechamiento del cerco!

Aquella prolongada estancia en *La Centella*, lejos de ser el remanso de tranquilidad que se había figurado, le había resultado agotadora: ¡semanas de empeñosa y solitaria lucha por mantener ocultos sus más apremiantes temores, inquietudes, pasiones...! Y si había sido tan ardua su pugna hallándose ella tan lejos del epicentro, ¿no iba a recrudecer la asfixiante presión una vez que volviese a la capital? La pregunta la atormentaba tanto, que apenas sí podía mantenerla fuera de su semblante, aunque su actitud reservada y un tanto melancólica durante los días posteriores a la venida del General no pasasen del todo inadvertidas para el melifluo Rafael ni para la suspicaz María Consuelo.

¿Cómo podría esquivar las asiduidades del General, ahora que él iba a tenerla mucho más a mano y que pretendía frecuentarla sin rodeos? ¿Y cómo

sería ahora su anhelada relación con Ernesto, ahora que ambos tenían plena certeza de sus recíprocos sentimientos, en el preciso momento en que más peligrosa podía volvérselos a ambos su ansiosa cercanía? ¡Ah, cuánto se arrepentía ahora de haberse dejado persuadir, de haber atendido a la fría voz de la razón y no haber huido sin rumbo cuando pensó hacerlo! ¡Y cuánto miedo sentía de haber comprobado aún más lo vulnerable que podía llegar a ser ella en realidad, frente a las expertas artes seductivas del irresistible Joaquín!

Porque, incluso estando convencida de que sus encendidas proclamas de amor no pasaban de ser fútiles pantomimas, no dejaba de resultar halagador para su ánimo de niña el hecho de haber despertado siquiera la sombra de una pasión semejante en el alma de un hombre tan frío, tan aureolado de grandeza y poder, y tan habituado a encadenar conquistas fáciles a su triunfal carruaje. ¿Era verdaderamente el hombre desalmado y perverso que le retrataba Ernesto y que ambiguamente le daba a entender la maestra María Isabel? ¿O el magnánimo benefactor que había otorgado un oportunísimo ascenso a su necesitado hermano mayor, y que además había querido complacerla ordenando la liberación de don Fernando? Ahora que sabía con claridad que Ernesto conspiraba contra el régimen, ¿no se volvían más creíbles las justificaciones dadas por el General para el arresto del talabartero?

Al atropellarse en su cerebro todas estas interrogantes en arrasador torbellino, solamente veía Ariana una cosa clara, y esta era suficiente para llenarla de espanto: detectaba en su propio corazón los primeros síntomas de una extraña simpatía hacia ese hombre viril y apuesto, que perseveraba a regañadientes en brotar como una mala hierba. “*Dios mío*”, clamaba cada noche en su aposento antes de dormir, “*¡por favor, no permitas que me confunda y que cometa una locura!*”

En medio de todas sus acongojantes reflexiones, el miércoles notó cierta brusca mudanza en el ánimo del tío Elías. Era como si un soplo maligno, venido de la nada, hubiese barrido de él todo rastro de entusiasmo y deleite, reemplazándolo con un ceño permanentemente fruncido y un trazo de angustia y rabia empeñado en colgarse de sus ojos. Por añadidura, a la hora de almuerzo les espetó a sus familiares la inesperada orden de preparar su equipaje, anunciando que había decidido adelantar su regreso a casa y que partirían al amanecer del día siguiente.

No dejó de sobresaltar a Ariana la repentina determinación del señorial patriarca, y menos aún el peculiar dejo de zozobra que creyese advertir en su voz. “*Algo grave tiene que haber pasado*”, razonaba con

aprensión, “*porque hoy temprano estaba igual que de costumbre, y en cambio ahora*”... Un giro tan enfático no podía carecer de una explicación. ¿Se trataría de alguna mala nueva relacionada con sus negocios, o...? La jovencita, apuntada de repente por los cañones de su conciencia, comenzó a preguntarse si tal explicación no tenía algo que ver con ella misma. ¿Se habría enterado por desventura el viejo de sus furtivos devaneos con Joaquín... o tal vez con Ernesto? No era probable; pues de ser así, ¿para qué pretendía regresar a San José, cuando lo más lógico habría sido más bien llamarla a cuentas ahí mismo? ¿O era acaso que, enterado de alguno de esos deslices y arrastrado por su predecible indignación y sus valores de caballero a la antigua, hubiese decidido llevarla de una sola vez a la Estación al Pacífico y despacharla sin escalas a casa de su madre en Puntarenas?

—María... ¿a tío le pasó algo? —al cruzarse en el pasillo con su despabilada prima, supuso que estaría mucho mejor informada. La inmediata respuesta vino en formato de susurro.

—Mm... no puedo asegurarlo, Ari, pero creo saber por dónde anda la cosa... Papá estaba de lo más normal en el desayuno... pero en eso trajeron el correo y... entre las cartas que le llegaron venía una que, cuando la leyó, se le fue desfigurando el gesto y cambiándole el color... Al principio creí que podía ser algún problema con los productos de las fincas de Juan Viñas, o alguna cuenta de las que le acostumbra traer Rafael para salir de sus enredos, algo así... pero al ratito me llamó a mí aparte y me empezó a preguntar si antes de venirnos yo había notado algo raro... con Felicia.

—¿Con Felicia? —los ojos eternamente ingenuos de Ariana se abrieron como dos géiseres.

—Así como lo oís, Ariana—su prima la obligó con un gesto a bajar aún más la voz—. Por lo que me estuvo sonsacando mi *tata*, para mí que alguien le pasó el santo de que, ahora que se quedó sola en la capital, Felicia ha andado medio mal portada... aparentemente teniendo ciertas citas a escondidas... Y bueno... vos sabés que hace tiempo yo vengo sospechando lo mismo... aunque no puedo censurarla del todo, ¡porque a vos te consta, ese novio que tiene es un completo idiota!

—Pero... ¿qué le dijiste vos a tío Elías?

—¿Qué iba a decirle? ¡Nada, por supuesto!—la caricatura de inocencia que forjó con sus gestos María Consuelo hubiera sacado fácilmente una fluida risa a Ariana de no haberse hallado ambas en peligro de ser escuchadas—. ¿Para qué iba yo a comerme esa bronca? Más bien le dije que dejara de

estarle poniendo atención a los chismes, y que mejor le preguntara a tía Dolores, que es la que ha estado con ella y también la que le presentó a José María... Pero ahora que lo pienso, si la cosa fuera cierta y José María es tan bruto para no darse cuenta, ¿no habrá ni un alma caritativa que le abra los ojos?

—¿Y no sabés quién pudo haberle mandado esa carta a tu papá? —la cortó Ariana con inquietud—. Porque... para mí tendría que ser alguien que quisiera ver roto ese compromiso, ¿no crees?

La misma interrogante tenía que haber cruzado cien veces por delante de los entornados ojos oscuros de María Consuelo. Pero por mucho que esta se había devanado los sesos en busca de una hipótesis, a Ariana le resultaba evidente que ninguna le resultaba plausible.

—Mm... no tengo ni idea—masculló al fin, estirando mucho su gruesa boca—. Lo que decís vos tiene cierta lógica... pero a mí sinceramente no se me ocurre cuál mujer podría estar celosa de un solemne cretino como José María Sánchez, ¡a menos que fuera pensando en la famosa herencia, por supuesto! Tendría más sentido que fuera un hombre... ¡a lo mejor alguno de los ex novios que ha tenido esa mula arrogante de Felicia...! Pero en fin, ¿qué importancia tiene eso, Ari? Aquí lo que en realidad interesa es la reacción de mi papá... Y aunque me parece que, con todo lo que le dije, lo debo haber puesto al menos a pensar un poquito más, lo tiene que haber inquietado el hecho de que se ponga en entredicho la honorabilidad de su propia hija... ¡y peor ahora, casi en vísperas de la boda! De fijo tiene que ser por eso que anda con humor de león hambriento, y que si por él fuera ya estaríamos en camino a San José...

La conversación se interrumpió enseguida al oírse a poca distancia el andar acompasado del padre de familia, que forzó a las intranquilas primas a dispersarse sigilosamente, cada una en dirección a su respectivo dormitorio. Pero muy pronto descubrió Ariana que no iba sola: llevaba consigo un torrente de nuevas conjeturas e interrogantes que venían a agravar el incendiario caos en que su alma tenía ya semanas de haberse convertido, y que convertían en una titánica batalla hasta una tarea tan trivial como la de empacar sus pertenencias.

“Me acuerdo que hace tiempo María Consuelo me había dado a entender que era el mismísimo General el que andaba enamorando de a callado a Felicia... y por otra parte ella nunca ha ocultado la afición desmedida que tiene por ese hombre”, se decía agitadamente, incapaz de

concentrarse siquiera en doblar sus ropas. “*¡Si hasta al pobre José María se lo pasa restregando en la cara!*”... ¿Había incurrido su soberbia prima en un desliz mayor, o era cuestión de meras habladurías malintencionadas? En caso de existir en realidad el teórico seductor, ¿se trataría efectivamente de Joaquín Tinoco, o de algún otro? Y fuese cual fuese la respuesta a las dos primeras preguntas, ¿quién habría enviado esa carta para alertar al tío Elías sobre el supuesto desaguisado?

Desfilaba todavía una ronda de sospechosos dentro de la cabeza de Ariana a la mañana siguiente, cuando llegó la hora de abordar el carruaje y emprender el polvoriento trayecto hacia la ciudad. Melancólica y callada, sumida en sus graves cavilaciones, no tenía casi ánimos para dar mucha importancia a la apacible despreocupación que pregonaban a los cuatro vientos las caras de la tía Lucía y de la propia María Consuelo. O sabía discernir cuán superficial era esta aparente calma que todos se esforzaban por demostrar, vana máscara para disimular el clima de maligna tensión que agobiaba a la familia irradiando desde el fruncido entrecejo y las fatigadas ojeras de don Elías.

Al llegar a Guadalupe se ofreció Rafael a adelantarse para dar aviso de su inminente arribo, de modo que se les tuviera listo el almuerzo, pero el desgano con el que el viejo patriarca desechó la propuesta le despejó a Ariana cualquier duda. “*Debí suponerlo... ¡un regreso tan precipitado solo puede tener por objeto agarrar desprevenidas a Felicia y a tía Dolores!*”, conjeturaba la jovencita. ¡Claro, ese método debía aumentar las posibilidades de sorprender en flagrancia a la supuesta infractora, y de paso confirmar o desechar la complicidad de su guardiana! ¿No había sido también imprevisto el arribo de su anterior viaje, apenas unas horas después de que acabase aquel escandaloso baile organizado por los jóvenes y que, en la mente de la colegiala, era la génesis de todas sus posteriores tribulaciones?

La licencia

El carruaje, escoltado como de costumbre por los caballos de don Elías y su hijo mayor, se detuvo al fin delante de la mansión capitalina en el preciso instante en el que regresaban de las tiendas Felicia y su tía, a quienes acompañaban otras dos señoritas, amigas de la primera. Naturalmente, en todas ellas cundió un mismo gesto de sobresalto, pero la muchacha se recobró enseguida para lanzarse con brazos abiertos al encuentro de su padre. Y desde el momento mismo en que llegaron José Luis y otros dos criados a auxiliar a los viajeros con su equipaje, hasta que se sentaron a la mesa para almorzar cerca de una hora más tarde, no dio Felicia tregua a su lengua ni por un segundo; sin dar lugar a interrupciones, parloteó sobre los múltiples preparativos de su boda con tal euforia y tanto lujo de detalles, que hubiesen debido bastar para aturdir a su desconfiado padre y amortiguar en él cualquier infausta sospecha que pudiese haberle traído tan pronto de la montaña. ¡Cuán prolija fue en la descripción del vistoso y costosísimo traje que había encargado, en la de las flores y adornos que debían coronar las mesas en la posterior recepción, y en el repaso de la lista de invitados ilustres que habían confirmado ya su asistencia, encabezada por los mismísimos hermanos Tinoco y sus respectivas esposas!

En su acostumbrado sitio a la cola de la gran mesa, y habituada a ser más observadora que protagonista de los sucesos de aquella mansión, Ariana escuchaba a su locuaz prima simplemente porque no le quedaba más remedio, pero estaba más distraída por el entusiasmo de sus expresiones que por el contenido de ellas. ¿La había acometido finalmente, después de meses de aceptar con evidente desgano y casi a regañadientes el cortejo del ilustrísimo José María Sánchez, la repentina ilusión de convertirse en su mujer y convertirse por derecho propio en una respetable dama de sociedad? ¿O era que solo ahora, en vísperas de celebrarse el casamiento, se sentía con la libertad de expresar sentimientos que antes había querido disfrazar de menosprecio y de mal entendido “decoro”? La jovencita no podía menos que estar confundida. La Felicia ordinaria era de lejos la más petulante de las hermanas Cantillano, y aunque había sido siempre distante y desdeñosa con ella, ni por accidente le había atestado pullas tan feroces como las que

continuamente dedicaba a su prometido. ¿Acaso era este repentino fervor suyo por casarse un consciente desmentido para los ingratos rumores que, según María Consuelo, debían haberle llegado a don Elías? ¿O quizás se trataba todo de un ardid de la propia María Consuelo para alejar cualquier atención de sus propios devaneos clandestinos con Rubén Carrillo...?

—Y esto seguro te interese a vos, Ariana—de sus cavilaciones la despertó de pronto la novia, volviéndose hacia ella con un gesto casi involuntario de exacerbada arrogancia—. Yo le había mandado la invitación a tía Beatriz, aunque ya te podés imaginar que lo hice pensando quede allá nadie iba a venir... ¡Y mirá vos qué sorpresa...! ¡Ahorita mismo, en la mañana, me pasaron una carta de tu hermano Miguel, donde nos pide posada, porque del cuartel le otorgaron licencia y sí va a poder...!

Quizá la teatral perorata de Felicia tuviese más de mofa que de benignidad, pero no por ello iba a resultar su anuncio menos impactante para Ariana, cuyos ojos se inundaron al punto de lágrimas.

—¿Miguel va a... venir? —sus conmovidos balbuceos lograban a duras penas sobrepasar el valladar de sus labios—. Dios... ¡no puedo creerlo, si tengo más de dos años de no verlo...!

—Sí, eso dijo—ratificó Felicia, con esa fría amabilidad bajo la cual dormía lo que Vasili Grossman habría llamado “*un desprecio imperceptible, y sin embargo, al mismo tiempo, perfectamente palpable*”^[45]—. Por cierto, me reí mucho leyendo esa parte de la cara... ¡porque mencionó que sus superiores se quedaron de una pieza cuando vieron que la orden venía directamente del general Tinoco!

—¿Del General? —el pasmo y la gratitud se encontraron en los párpados de la muchacha.

—Claro... ¡de fijo allá en Puntarenas seguro ni se figuran que el pobre muchacho tenga en la capital parientes tan influyentes...! ¿Verdad, Ariana?

—Eh... sí, seguro—sin salir todavía de su hormigueante júbilo se vio la jovencita comprometida a responder, pero luego volvió en sí para agregar—: ¡De verdad, qué bendición de Dios que ustedes tengan tanta amistad con los Tinoco, porque si no fuera por eso...!

—¿Ves, Ariana? —intervino altisonantemente la tía Dolores, quien parecía estar deseando un resquicio para caerle encima a su sobrina con uno de sus gratuitos memorandos—. Esto, que te sirva de lección, para que vos al fin comencés a valorar en serio el privilegio que tenemos de estar emparentados con una familia de la alcurnia de los Cantillano, y tanto más el

hecho de que te hayan acogido tan generosamente a vos bajo su techo...

Si en otros momentos los dardos de la inefable parienta solían producir en la retraída muchacha mucho abatimiento y no poca frustración, esta vez su ácida ponzoña iba quedando neutralizada casi en el acto. ¡Detrás de ella, con implacable sigilo, se había puesto en pie la traviesa María Consuelo, para darse a remedar sus exageradas muecas y aspavientos, con tan perversa exactitud que tuvieron Ariana, Felicia y hasta la mismísima tía Lucía que sostenerse sus bocas con ambas manos para no estallar en carcajadas delante de la otra!

Pero no estaba el tío Elías con ganas de escuchar aquellas rimbombantes chácharas, y menos todavía de tolerar que para adularlo a él se recurriese a denigrar implícitamente a Ariana, por quien el incidente de su extravío nocturno en *La Centella* y los subsiguientes quebrantos de salud lo habían hecho preocuparse y encariñarse más—aun cuando su temperamento frío y ceremonioso no le diese mucho margen para demostrárselo. Ya el semblante del viejo parecía haber ablandado su rigor durante la comida, quizás a causa de la fatiga del viaje, de la distensión de hallarse de vuelta en casa o del hecho de no detectar las esperadas anomalías en la conducta de Felicia; pero pareció suavizarse del todo al volverse inesperadamente hacia su delicada sobrina y decirle:

—Mira, Ariana... vieras que me encantaría que todo eso que dice Dolores fuera cierto, y que de veras le hayan dado a Miguel ese ascenso por influencia de nosotros, lo mismo que la licencia... ¡y más ahora, con el país amenazado de invasión y el Ejército reclutando gente por todas partes! —la solemne convicción con la que se expresaba el patriarca dejó atónita no solo a la jovencita, sino a la propia tía, cuya adulación se veía tan rotundamente desmentida de repente—. Pero estamos entre familia, y entre familia hay que decir las cosas como son: ya vos sabés que yo no me meto en política y tampoco tengo muchas influencias... así que, aunque con don Joaquín me atreví a tocar el tema un par de veces, no creo haber tenido mucho que ver en lo sucedido. Para que quede claro, esas son decisiones puramente del General... pues ya sabemos la pieza de caballero que es, y sin duda habrá querido ser generoso para honrar la amistad de tantos años que hemos tenido con él y su familia...

El verbo de su elocuente tío había pulsado en el alma de la muchacha una cuerda emocional que ya de por sí era extremadamente sensible. ¿Cómo podría disociar ahora su corazón la imagen de Joaquín de los incipientes

éxitos que asomaban en la carrera militar de su hermano? A pesar de su instintiva desconfianza hacia ese enigmático y gallardo caballero, ¿no eran aquellos favores muestra de una genuina fineza, y credenciales más que suficientes para exigir, o al menos esperar, de ella una actitud más receptiva hacia sus galanteos?

—Ahora bien, quería preguntarte algo más—prosiguió el tío Elías, indudablemente ajeno a las ondas de confusa gratitud que corrían dentro de las arterias de Ariana—. ¿Te escuché mal, o de veras dijiste que tenías más de dos años de no ver a tu hermano?

—Sí... eso dije... —la cortedad de la jovencita hacia su tío se acrecentaba como río desbordado cuando era emplazada directamente por él, y se multiplicaba ahora por lo íntimo del tema sobre el que indagaba—. La última vez fue cuando vino con mi mamá... para una Navidad...

—Ajá, me parece acordarme, fue la del 16 si no me equivoco... Pero entonces, ¿hace cuánto no ves al resto de tus hermanos?

—Para serle sincera, tío... creo que desde que se fueron a vivir a Puntarenas con mi padrastro. Seguro que los más chiquitillos ni se acuerdan de mí... y yo no conozco ni la casa.

—¿Y por qué vos nunca decís nada de eso? ¿Qué es, que no te gustaría verlos?

La ansiedad de Ariana parecía empujarla en cuerpo y alma hasta las profundidades del mar.

—Por supuesto que me gustaría... pero... ustedes han sido tan buenos conmigo, que me daría demasiada vergüenza que fueran a creer que no me siento a gusto aquí... o que no me interesa la oportunidad que ustedes me dan para estudiar... ¡y que encima de todo lo que yo los hago gastar, también tuviera que pedirles plata para hacer ese viaje, porque de allá... no me lo pueden pagar!

El silencio irrumpió como un tanque de guerra en el aposento, convirtiendo al viejo hacendado en su cañón para apuntar sucesivamente a su esposa Lucía y luego a la tía Dolores.

—Esto es inconcebible... ¡sencillamente inaudito! —sentenció, sorprendido y dolido a la vez, sin dejar de pasear su vista entre ambas adultas—. ¿Cómo hemos podido pasar tanto tiempo así, reteniendo a esta pobre chiquita con nosotros? ¡Pobre Beatriz! ¿Cómo hacen ustedes dos, que son las hermanas, para no pensar siquiera en lo que debe estar extrañando a su hija?

Y de inmediato, reprimiendo en sus manos un gesto de impaciencia

hacia ambas mujeres, se volteó otra vez hacia la melancólica estampa de Ariana, a cuya vista fueron adquiriendo sus facciones un vibrante sabor a misericordia.

—Ariana, necesito que le escribas a Miguel cuanto antes para indicarle que con muchísimo gusto puede alojarse en esta casa, y que estaríamos muy orgullosos de recibirlo—su imperiosidad, lejos de intimidar a la sobresaltada jovencita, resonó esta vez como una tierna música celestial en sus oídos—. Y en buena hora que venga... porque Rafael tiene amistad con el Administrador del Ferrocarril al Pacífico, que es familia del General, y te puede conseguir un boleto a Puntarenas, para que te no te toque viajar sola. Te vas con él y pasas unos días con tu mamá y tus hermanitos, y de paso les llevás algunas cosas de nuestra parte... Pero eso sí, tenés que estar de vuelta aquí antes de que empiecen las clases. ¿Estarías de acuerdo?

—¡Ay, tío... por supuesto que sí... sería un honor! —aunque de reojo pudo advertir cuán atónitos estaban todos, especialmente la tía Dolores, con la sorpresiva determinación de don Elías, no había fuerza en el Universo capaz de contener o atenuar siquiera el descomunal júbilo que se rebalsó por los ojos y la boca de Ariana: un irrefrenable fulgor cuya magnitud fue tan notoria que al instante envolvió todo el comedor en una espesa toga de silencio—. ¡Que Dios los bendiga todavía más y les pague tanta generosidad... porque yo nunca voy a saber cómo hacerlo!

El subteniente Cortés

Ni siquiera en ocasión del casorio de Pilar, un año y medio antes, recordaba Ariana haber visto tan tremenda agitación en casa de los Cantillano como la que se desenvolvía ahora frente a sus ojos. A falta de tan solo dos días para la resonante ceremonia, tanto el salón principal como el aposento que compartían la novia y su hermana eran un continuo frenesí de ricos vestidos, sombreros emplumados, velos insinuantes, arreglos florales, tempraneras tarjetas de felicitación y un inacabable desfile de visitantes de última hora. La desesperada tía Lucía ya no sabía ni cómo atender a tanta gente, pues a despecho de la obsequiosidad que era reputación de su marido, ya no había café, aguadulce ni tortillas que fueran suficientes, y tuvo que despachar varias veces a Cristina y a Secundina de emergencia para el mercado a reaprovisionar las maltrechas alacenas domésticas. Y la tía Dolores, colorada y dando resoplidos por el inclemente calor, iba y venía entre la cocina y el comedor, sin dejar de rezongar a diestra y siniestra contra la servidumbre, cuyas cejas levantadas, ojos giratorios y labios fruncidos dejaban a las claras que tales pomposas e injustas amonestaciones no le granjeaban a la matrona muchos afectos.

Pero hacia las cuatro de la tarde ya se encontraba Ariana rasgueando nerviosamente su abanico y lanzando continuas miradas de impaciencia al reloj, en medio de una rebullida muchedumbre de parientes y curiosos que deambulaban entre los coches y los caballos en los alrededores de la Estación del Ferrocarril al Pacífico, a la espera del tren que debía arribar en cualquier momento, procedente de la lejana Puntarenas. Enfundada en un magnífico traje verde oscuro que le dejaba visibles el cuello terso y los delicados hombros, y con un discreto pero elegante tocado coronando su recogida cabellera, no parecía sino que se hubiese ataviado con sus más perfectas galas para recibir a un héroe de guerra después de largos años en el frente. Y en cierta forma, así lo veía ella.

Había ido sola. Aunque desde un principio se había ofrecido María Consuelo a acompañarla, un encargo paterno de última hora la había forzado a desistir. Hubiese querido en cambio hacerse escoltar por Ernesto, con quien—aparte de unas cuantas cartas secretamente trasladadas por la fidelísima

Secundina—no había tenido más comunicación que un par de fugaces saludos desde su retorno de *La Centella*, pero las actuales circunstancias la obligaban a suprimir su profundo anhelo en aras de una prudencia casi inhumana. De modo que había acabado por emprender sin compañía alguna el prolongado trayecto, una parte a pie y la otra en tranvía, llevando consigo algunos colones facilitados por su tío Elías para contratar el coche de regreso previendo el equipaje del viajero. “*Aunque tal vez sea mejor así... que nadie más esté con nosotros*”, pensaba ella en sus adentros. “*Es cierto que la expectativa se me hace más terrible estando sola... ¡pero así también va a ser la felicidad cuando por fin lo vea!*”

El potente silbar de la serpiente de acero llegó antes a su corazón que a sus oídos. La jovencita alzó sus ojos humedecidos y una ansiosa sonrisa se dibujó en sus rosados labios, a medida que iba en *crescendo* el metálico estrépito que preludiaba la aparición de la jubilosa columna de danzante humo negro, y de los vagones por cuyas ventanillas se agitaban festivamente decenas de sombreros y coloridos pañuelos. ¡Al fin iba a culminar la espera, al fin vería a su amado Miguel!

Así que se hubo aplacado el estruendo ocasionado por el arribo del tren, se comenzó a aglomerar el gentío frente a las salidas de la Estación, a veces con menos prudencia de la debida. Así lo atestiguaron primero los airados relinchos de los caballos, y poco después las no menos vehementes maldiciones de los cocheros aquí y allá, así como un par de empujones y pisotones recibidos por la desdichada Ariana, por parte de curiosos más impertinentes que el insensato Anselmo imaginado por Cervantes^[46]. Pero no tardaron en brotar de entre los portones las desgarradas siluetas de los viajeros, sudorosos y cubiertos de polvo pero no por ello menos sonrientes, cargando o arrastrando sus valijas, o pidiendo ayuda para echarse al hombro baúles y cajas que luego iban siendo colocados en alguno de los numerosos carruajes allí aparcados. Y la jovencita, enalbardada por la ansiedad, estiraba el cuello y movía su cabeza en zigzag, en vano intento por eludir el sinfín de obstáculos y alcanzar la atiborrada acera de la Estación, esperando divisar por alguna parte una fisonomía que, si bien temía que hubiese cambiado mucho al cabo de tanto tiempo, le resultase al menos vagamente familiar.

—¡Miguel! —reconocerlo resultó, sin embargo, mucho más fácil de lo que especulaba. El joven uniformado, que cargaba un sencillo morral, levantó al momento su vista y comenzó a pasearla en todas direcciones, sin atinar con quién lo llamaba. Era delgado y apuesto, de tez curtida por el sol porteño y

cabello castaño como el suyo; y en su rostro oval se disputaban el espacio una boca sensitiva, una nariz bien perfilada y una mirada enérgica, que replicaba con insólita exactitud la suya cuando estaba concentrada. La muchacha repitió su nombre sonriendo y agitando frenéticamente el pañuelo de seda que ondeaba en su mano enguantada, pero cuando se encontraron al fin sus pupilas no surgió en la faz del viajero la esperada expresión eufórica, sino una de momentánea confusión.

Se miraron de hito en hito durante un incansable segundo: ella extrañada y al borde de la desilusión, él casi aturdido por la irreconocible silueta femenina que despuntaba ante sus ojos. ¿Cómo iba a serle fácil al recién llegado discernir, en aquella hermosa y distinguida mujer cuya elegancia destacaba tan absolutamente entre la caótica muchedumbre, a la adorada hermanita menor con quien cada semana intercambiaba afectuosas cartas?

—¡Arianita! —la exclamación del uniformado rompió sus cadenas de desconcierto y les permitió lanzarse, sin ceremonia ni cortedad alguna, hacia el calor de un abrazo impaciente por acabar con veinticinco meses de separación—. ¡No puedo creerlo...! ¡Qué bárbara... qué elegancia! ¡Estás altísima, y así de emperifollada sos una auténtica señorita josefina...!

Era la impresión, más que su natural timidez, la que casi le impedía hablar a Ariana. Su hermano no solo estaba transformado en un hombre completo a pesar de sus persistentes facciones de agradable chiquillo, sino que además le sentaba tan perfectamente el uniforme que no tardó en advertir la facilidad con la que captaba el interés de las damiselas que pasaban a su alrededor. Y en medio de aquellas olas de asombro y fantasía que hacían mecerse de un lado al otro el bote de su cordura, no tardó en asomarse la veta de inexpresable gratitud hacia el general Tinoco, hacia ese afable y siempre galante Joaquín que seguía derrochando precisas amabilidades sobre ella sin arredrarse siquiera un poco por lo inapropiado de sus pretensiones románticas. ¡Cuán débil habría resultado su corazón para resistírsele, si no lo hubiese tenido ya entregado a Ernesto desde hacía tanto!

En cuestión de minutos abordaron ambos el coche para atravesar la capital de un extremo al otro, dando tumbos por sus avenidas más concurridas. Pero aunque el trayecto les llevó probablemente cerca de un cuarto de hora, era tan absoluta la estupefacción de ambos jóvenes, que apenas pudieron intercambiar palabras durante él, eligiendo sencillamente paladear esos “*primeros minutos de exquisita emoción*”^[47] que describiese la pluma certera

de Jane Austen. En algún momento, empero, se vieron ya frente a la mansión de los Cantillano, donde un criado acudió con presteza a auxiliar en la descarga del escaso equipaje.

El designio divino quiso que su llegada pasase por largo rato inadvertida en medio del atropellado frenesí que se vivía dentro de la casa. Pues así pudieron ambos hermanos sentarse en el corredor casi hasta el anochecer, y permitir que floreciesen allí las palabras que debían ayudarles a reponerse lentamente de la inicial embriaguez del reencuentro. Ciertamente el temperamento retraído de la jovencita no era el más a propósito para desgajar con rapidez la coraza de hielo que suele forjarse luego de las separaciones largas, y menos aún mientras en su fuero interno reinaba la incertidumbre sobre cuánto podría compartirle acerca de los terribles aprietos que en secreto la torturaban. Pero en cambio Miguel, ajeno a tales zozobras, y dotado además de una personalidad más desenvuelta y de un trato franco al que no encorsetaban las abrumadoras rigideces de alta sociedad, no tardó en derretir buena parte de esos recatos con el fervoroso cariño que podía expresar sin titubeos.

Al caer la tarde comenzó a correr la característica brisa fresca del norte, y como por ensalmo se fue también apaciguando paulatinamente la residencia. Fue hasta entonces que apareció en el umbral la tía Lucía, a saludar personalmente a su sobrino con muchas exclamaciones de asombro por la magnífica estampa que ofrecía en su atuendo de militar. Y el joven, a pesar de no haberse movido jamás en los encopetados círculos que ya había paladeado su hermana menor, y que tan naturales eran para los Cantillano, tenía buenos modales y los condimentaba con su natural afabilidad, de modo que la anfitriona quedó encantada y Ariana íntimamente orgullosa.

Pronto, sin embargo, tuvo oportunidad de agrandar también al resto de la familia: mientras en el largo salón se las ingeniaban los agotados sirvientes para recoger con asombrosa pericia las huellas del caos vespertino y poner al mismo tiempo la mesa, el recién llegado departía sueltamente con el siempre ceremonioso tío Elías y con Rafael, que acababa de llegar. Y aunque sus primas inicialmente dudaron para acercársele, seguramente intimidadas por su varonil aspecto y sus maneras francas, al fin lo hizo la extrovertida María Consuelo, so pretexto de disculparse por no haber acompañado a Ariana a la Estación. Se apresuró el recién llegado, en cambio, a ofrecer a Felicia sus parabienes y a entregarle los recuerdos que, a falta de recursos para un obsequio más vistoso, le enviaba desde Puntarenas su madre.

Durante la cena respondió Miguel, con el despreocupado aplomo del que hacía gala, al sinnúmero de preguntas con las que fue cordialmente acribillado por el pleno de la familia, desde el detalle de los ejercicios armados que se realizaban rutinariamente en el cuartel, hasta el continuo arribo de nuevas tropas y el clima de agitación que se vivía en toda la zona ante la rumorada invasión que se preparaba desde Nicaragua.

—De hecho, para serles sincero, yo ni siquiera iba a pedir la licencia ahora—concluía el muchacho, a la mitad de un bocado—. ¡Si ni siquiera me la habían dado para Navidad, con esa historia de que el enemigo podía entrar en cualquier momento...! Pero entonces vino al cuartel el general Tinoco, el Ministro de Guerra en persona, a pasar revista y a hablar con el Comandante... y se pueden imaginar ustedes el alboroto que provocó esa noticia. La cuestión es que en una de tantas, en lo que estaba yo limpiando el *máuser* antes de la práctica de tiro, ¡llega un compañero mío a decirme que me mandaba a llamar el General! Pensé que era un error, o algo peor... pero cuando salí de ahí, tenía la licencia y el Comandante no sabía ni dónde ponerme.

—¿Entonces conversaste con el General...?

Miguel apuró un sorbo de refresco, y al poner luego el vaso a un lado, advirtió con una agraciada sonrisa que las miradas expectantes de todos se hallaban fijadas en él. Entonces vino la contestación:

“La verdad es que yo estaba muy acongojado, y aunque quería darle las gracias, no hallaba ni cómo acercármele... Quiero decir, yo había oído ya que es un señor muy amable, un verdadero caballero, y que le agrada compartir con sus hombres... ¡pero es que no quería que el Comandante se diera cuenta, por aquello de que luego no malinterpretara las cosas y me fuera a agarrar entre ojos, como dicen...! En fin, estaba yo todavía pensando en eso cuando oigo que se abre la puerta, y va saliendo el General, me ve... ¡y se viene directo hacia mí! Por supuesto que me solté en un puro temblor, porque el hombre tiene ese don de mando que a uno, simple soldado, lo deja frío con una simple mirada... A como pude me cuadré y le hice el saludo, pero él sonrió y me dijo:

“—Descanse, subteniente... ¿Fuma usted?

“Y mientras tanto se iba sacando del bolsillo un estuche dorado lleno de puros, y lo extendió hacia mí como invitándome a agarrar uno. Sinceramente me sacó de paso, porque yo no sabía si de veras me estaba ofreciendo o si solo me estaba poniendo a prueba, a lo mejor para ver si yo

me atrevía a fumar estando en servicio.

“—Mil gracias, mi General... pero estoy de alta y no nos está permitido fumar—le dije yo, más muerto que vivo—. Además, de todas maneras soy alérgico al tabaco, señor.

“—¿Ah, también usted es alérgico? —me preguntó con cara de sorprendido, antes de echarse una gran sonrisa—. Ajá, como que eso debe ser de familia... Porque usted, subteniente, es el hermano mayor de Ariana Cortés, ¿verdad que sí? Es notable el parecido que tiene usted con ella, especialmente en la forma de mirar cuando están serios.

“Por supuesto, yo me quedé de una pieza, pensando qué diablos tendría que ver el General con mi hermana. Pero él me debe haber leído la mente, porque se puso serio y añadió luego:

“—He tenido el privilegio de entablar amistad con ella a través de sus tíos, los Cantillano, que son viejos amigos míos y de mi familia. Y uso la palabra ‘privilegio’, porque en efecto lo es: la señorita Cortés, a más de ser una de las jovencitas más bellas y virtuosas que engalana la ciudad, es también una de las personas más inteligentes y de más exquisito trato que he conocido.

“—Gracias, mi General, es un honor—fue lo único que se me ocurrió contestarle, de lo atarantado que estaba yo. El hombre volvió a sonreír tranquilamente.

“—Aproveche muy bien estos días libres—me dijo, siempre con ese trato amable que de alguna forma no me terminaba de tranquilizar, tal vez por el simple hecho de ser el Ministro de Guerra—. Va a pasar algún tiempo antes de que vuelva a tener otros, porque es cosa de semanas para que esos maleantes que están en Nicaragua invadan nuestro territorio. Por supuesto, usted es libre de emplearlos como le plazca... pero si me permite una recomendación de amigo, le diría que asista a la boda de su prima Felicia, a la que también *Pelico* y yo estamos invitados. Sería una excelente ocasión para que usted y su hermana puedan reencontrarse y pasar algunos días juntos. Ella estaría muy feliz de verle, y sin duda se merece que le demos esa alegría”.

Cuando el huésped alcanzó este punto del relato, el sonrojo de Felicia y la tía Dolores alcanzaba ya el tinte y la visibilidad de un eclipse total de Luna. ¿Y cómo no habían de abochornarse? Apenas unos días antes habían estado insinuando ante Ariana, en sutil pero hiriente jactancia, que los rápidos progresos de Miguel habrían resultado imposibles sin el tácito respaldo del prestigioso apellido Cantillano... ¡y ahora venía a desmentirlas vergonzosamente el mismísimo Ministro de Guerra, atribuyéndoselos en

cambio a la discreta intercesión de la insignificante colegiala! En la mente de las dos mujeres tenía necesariamente que estarse escribiendo con extrañeza e irritación una misma interrogante: ¿cómo y por cuáles medios había adquirido esa *arrimada* sin abolengo tantísima influencia sobre el hombre más poderoso de Costa Rica?

—Bueno, Ari... —vino a rematarlas la voz eternamente socarrona de Rafael, quien seguramente estaría recordando cabalmente ese desdichado episodio—. Ahora sí que me dejaste mal, porque ni por ser Joaquín Tinoco compinche mío por tantos años le hubiera sacado tanta ventaja... ¡Y usted, tía Dolores, tenga cuidado... porque ya está visto quién es oficialmente la persona más influyente de esta familia, así que nada de volver a mandarla a traer fideos al mercado!

El embarazoso instante se alivió gracias a esta ocurrencia del primogénito, que permitió a María Consuelo y a la tía Lucía verter alternativamente sobre la mesa una serie de bromas y desviar así la conversación. Pero aunque hubiese tenido la menospreciada jovencita algún derecho a sentirse reivindicada frente a los suyos, su aspecto no daba de ello la menor muestra. ¡Todo lo contrario! Sus mejillas encendidas, sus ojos entornados, su cabeza inclinada y su respiración fatigosa, todo en ella proclamaba una congoja casi dolorosa, que hizo a Miguel preguntarse con gran pena si los profusos cumplidos que le transmitía por parte del General, lejos de resultarle agradables, podían haberle causado alguna especie de disgusto, dada la extraordinaria modestia de su temperamento.

El hogar invadido

Hasta las once de la noche permaneció Miguel en la sala, a pesar del evidente cansancio por el largo viaje, entreteniendo a Ariana y a sus primos con numerosas anécdotas picantes sobre el cuartel y el Puerto. Pero al día siguiente, víspera de la boda, resolvió la muchacha sustraerlo del inminente alboroto en que con toda certeza iba a convertirse la mansión, de modo que le propuso salir con ella de paseo. Aceptó gustoso el joven subteniente, y en cuestión de minutos se hallaban ambos recorriendo pausadamente las empedradas calles capitalinas, dando y recibiendo los amables saludos de los demás transeúntes, observando el paso ocasional de las volantas, escuchando las sirenas de los automóviles y reconociendo los edificios más conspicuos de la capital, que él tenía tantos meses de no visitar. Y al mismo tiempo, mientras iban deshojando los lejanos recuerdos de su compartida infancia en el Cartago de antaño que constituían el más sólido pilar de su mutuo afecto, iban disipando poco a poco la violenta impresión de la víspera y haciendo germinar de nuevo—aunque ahora a viva voz—el tono confidente de sus recíprocas epístolas.

Se admiraba mucho Miguel de la opulencia en que vivía Ariana bajo el ala protectora de sus adinerados tíos, contrastante en grado casi ridículo con la espartana dureza de la vida en las barracas atestadas de zancudos, o con la insalubre tosquedad de las viviendas que caracterizaban a Puntarenas. Y se mostraba también asombrado de que, a pesar del temperamento retraído que le atribuían todos, la frecuencia y efusividad con la que su linda hermana era saludada por otros paseantes daba a entender que ella, o al menos su familia, gozaban de muy alta estima entre la sociedad josefina. A Ariana, por su parte, la divertía mucho contemplar la magia que un muchacho guapo en uniforme de oficial podía obrar sobre las señoritas que iban saliéndoles al paso, y la mal disimulada envidia con la que la miraban luego a ella, suponiendo a buen seguro que no se tratase precisamente de una hermana.

La propia jovencita, empero, iba también descubriendo que la tinta y el papel no bastaban para develarle en toda su plenitud el carácter de su hermano mayor. Hablábale con tanta franqueza de la aguda miseria que se padecía en el Puerto, de la escasez de alimentos básicos, de las constantes intervenciones

del Ejército para sofocar incipientes o supuestos movimientos de oposición, y de la zozobra efervescente que cundía entre los locales ante los rumores de guerra, atizados por el incesante paso de tropas rumbo a Guanacaste, que no pudo ella menos que agitarse ante la posibilidad de que alguno de los innumerables espías del Gobierno cazase fragmentos equívocos de la plática y los empleara para causarles problemas. ¿No habían apresado por mucho menos a don Fernando...? ¿No se había visto obligada a comunicarse con la maestra María Isabel y con Ernesto por medio de rudimentarias claves para evadir cualquier riesgo...?

Argumentando así en las profundidades de su interminable debate interior, sorprendióse Ariana aún más oyendo que, a despecho de la funesta realidad cotidiana que recién describía, el muchacho declaraba sin ambages su espléndido fervor por el régimen de los hermanos Tinoco, y particularmente por la energía, el valor y el patriotismo que desplegaba el incomparable Joaquín, en quien veía la óptima madera de un auténtico caudillo nacional, destinado con el tiempo a sobrepasar ampliamente a don Federico. Y muy pronto fue notando también que, como consecuencia directa de tal opinión, había empezado a surgir en el joven militar un nuevo tipo de veneración por ella misma.

Porque ahora, a los ojos de Miguel, la preciosa señorita que departía con él en un poyo del parque no era tan solo la tímida y querida hermanita piadosamente adoptada por los parientes ricos, y apartada desde entonces del núcleo familiar desgarrado por la tragedia de Cartago. Sino que había florecido en una encumbrada princesa que habitaba a sus anchas entre la más ostentosa aristocracia costarricense, y que incluso se daba el lujo de despertar la admiración y el respeto de un hombre tan poderoso como Joaquín Tinoco. Y sin embargo, con sus acciones demostraba aquella noble señorita no haber olvidado sus humildes orígenes, y hallarse presta a emplear sus nacientes influencias sociales en beneficio de su empobrecida familia...

Siendo ella por naturaleza tan poco adepta a recibir encendidas alabanzas, indistintamente de si las merecía o no, no es difícil imaginar cuán anonadada iba quedando Ariana al escuchar cómo su hermano se las iba expresando, siempre a su manera franca y vehemente. Pero el efecto de estas estaba destinado a retumbar hasta los últimos entresijos de su corazón, y a hacerla estremecerse de miedo y frustración a la vez. Pues no solo veía cómo la larga sombra del General iba invadiendo, con la sutil destreza de sus atenciones, los últimos vínculos que tenía ella con un pasado que atesoraba

con pasión, ¡sino que empezaba ya a desnaturalizar también el concepto que tenía sobre ella su familia, llevándola más y más a ser para ellos una completa extraña...!

¡No, eso no iba a permitirlo ella jamás! Si algo consideraba sagrado, era el recuerdo de su hogar, malogrado quizás en el plano físico, pero empeñado en sobrevivir dentro del altar privado de su corazón. Y por otra parte, su propio espíritu justiciero se rebelaba contra la idea de que toda su casa, comenzando por el entrañable pero cándido Miguel, fuese a basar su juicio acerca de ella en méritos que no eran suyos... ¡mucho menos cuando debajo de ellos dormía en su tenebroso esplendor toda una trama de seducción en la que contra su voluntad se había visto atrapada sin remedio!

El alma se le estremecía con violencia, azotada por el anhelo de confesarle a su hermano toda la verdad: que ella no se habría atrevido jamás a pedirle nada al Ministro de Guerra en beneficio de sí misma o de su familia, que tanto el ascenso de Miguel como su licencia, y aun la plaza otorgada a su madre como jefa de lavanderas en el cuartel, eran producto exclusivamente de la calculada iniciativa del general Tinoco... ¡y que las intenciones detrás de tales favores estaban muy lejos de ser nobles o desinteresadas!

Al cabo, sin embargo, se impuso una vez más ese sentido de la prudencia que la necesidad y el miedo le habían ido afinando a golpes durante los últimos meses, y que ahora le aconsejaba callar. *“Tal vez sea mejor simplemente no discutirle mucho, evitar esos temas por ahora... y en cambio dedicarme solo a disfrutar estos días con él, para que cuando viajemos a Puntarenas ya a él se le haya refrescado bien la memoria de cómo soy yo en realidad, y para que más bien me ayude a dejárselo bien claro también a mamá y a los demás... Porque me daría terror que allá todos me estén olvidando y se queden con una idea que no es real”...*

Una boda y un viaje

Al anochecer del sábado podían decir con orgullo Felicia y su prometido que por fin, a despecho del agotamiento y la tensión, tenían todo listo para la suntuosa ceremonia. Pero de todas maneras la familia entera se vio compelida a irse muy tarde a dormir, pues ya entrada la noche tuvo José María la ocurrencia de presentarse con varios amigos—y algunas botellas de aguardiente—a ofrecerle una prolongada serenata a su novia, de la que Ariana y Miguel obtuvieron musical provecho desde la ventana de la habitación de la primera.

Otra serenata, desdichadamente de una naturaleza muy distinta, despertó a todos el domingo antes de salir el sol: un estrepitoso concierto de triquitraques, cortesía de Rafael y de varios compinches suyos. Naturalmente, superado el inicial sobresalto, los Cantillano celebraron la gracejada del primogénito con no pocas risas, pero enseguida se entregaron de lleno al laborioso acicalamiento de los instantes finales. Y apenas tres horas más tarde se estacionaban delante de la casa los magníficos coches que se habían contratado para trasladar a la Catedral a la familia completa—incluyendo, además de los habitantes usuales de la casa, a la tía Dolores, a Miguel, a Pilar y a su esposo, que habían arribado la noche anterior. Una volanta adicional debía trasladar a la estrella del día, la bella Felicia, que a pesar de su evidente nerviosismo lucía espectacular en su vestido de novia. Y a pesar de los tropezones que este le provocó al momento de abordar, el gracioso trote de los caballos le devolvió al punto su aire de cortesana altanera y segura de sí misma. Al paso de tan pomposo desfile de carruajes se detenía la gente a ambos lados de la calle, ya fuese para saludar a la hermosa novia rindiéndole el sombrero o con una simple sonrisa, o tan solo para contemplarla con muda admiración.

No le iba a la saga Ariana, ataviada con un oscuro y ceñido vestido, y luciendo además un ancho sombrero decorado con un hermoso velo, el cual cobijaba esas perfectas facciones suyas que hubiesen inspirado a Durero. Pero en sus labios contraídos, su respiración rápida y superficial, y su mirada inquieta que relampagueaba en todas direcciones al ritmo que se agitaba también su abanico, se translucía su anómala tensión, que solo conseguía

aplacar forzando la minúscula ilusión de que algún acontecimiento de última hora impidiese al General asistir.

Aquella agónica esperanza se apagó brutalmente en cuanto se asomó su coche a la esquina de la Catedral. A ambos lados del frondoso templo, en hileras casi perfectas, se alineaba un respetable escuadrón de la policía montada, mientras que en los peldaños del frente se distinguía una selecta formación de soldados en uniformes de gala. Al momento dejó Ariana caer su cabeza sobre su pecho, trazándose en su mente resignada la misma deducción que un segundo más tarde afloraría por los entusiasmados labios de Miguel: semejante aparato de seguridad solo podía explicarse por el hecho de que el Ministro de Guerra, o inclusive el propio Presidente de la República, se hallasen ya presentes.

La iglesia, en efecto, estaba abarrotada, y en rincones estratégicos se advertía la presencia de soldados con sus armas. Se apresuró la familia Cantillano a ocupar los primeros asientos, reservados para ellos al lado de la parentela de José María, quien se paseaba como tigre hambriento por delante del altar mayor sin conseguir disimular siquiera un poco su impaciencia. Pero si la preocupación principal del novio había sido el consuetudinario retraso de su prometida, la de Ariana era determinar con absoluto disimulo en cuál de las naves de la iglesia se hallaban los Tinoco. Vio primero a don Federico, semblante casi inexpresivo, con un excelente traje negro que la acongojó enseguida por su mucha similitud con el otro traje que ella le echase a perder en casa de don Buenaventura Corrales. A su lado vio también a la majestuosa doña María, sonriéndole fugazmente al reconocerla a través del pañolón. Pero estuvo a punto de desplomarse sobre el reclinatorio al advertir que Joaquín, con su imperial uniforme, sus brillantes galones, su joven esposa y sus tres pequeños hijos, no se encontraba en la misma banca que su hermano, sino al otro lado del pasillo... ¡al lado de Rafael y casi directamente detrás de ella!

Una sensación helada le quemó al instante la espalda, los hombros y las sienas, mientras sentía cómo el cuello se le endurecía de súbito y la obligaba a mantener la cabeza inclinada y casi inmóvil, con la mirada fija en el Cristo del altar. ¿De qué otra manera podría soportar el tortuoso suplicio de tener a Joaquín Tinoco justo allí, a menos de medio metro de distancia, con sus vastos atractivos exacerbados por lo bien que le sentaba el uniforme de gala? Comenzó a suplicar a Dios que aquello terminase rápido y que, de ser posible, le permitiese escapar indemne a ese mudo pero despiadado cerco.

Quizá no fuese tan larga la ceremonia como pareció a Ariana, para

quien ya de por sí eran bien arduas las misas en general; pero lo de esta mañana se le volvió disparatadamente eterno. Sentía que habían transcurrido más de cuarenta horas antes de que finalmente desfilaran hacia el exterior de la iglesia los recién casados, y detrás de ellos, toda la ruidosa muchedumbre que se disputaba la oportunidad de felicitarlos. Desde luego, el tumulto impidió a Joaquín y a los suyos movilizarse con facilidad, y la atribulada jovencita pensó en aprovechar la coyuntura y escabullirse furtivamente por la puerta lateral más cercana. Pero en eso sintió cómo la tomaba de la mano su hermano Miguel, para conducirla a través del gentío hacia el pasillo principal... ¡directamente hacia el General!

Llegaron hasta él en el momento en que tomaba cariñosamente en brazos a la menor de sus dos niñas, pero de inmediato volvió sus ojos hacia Ariana primeramente, y luego hacia el joven oficial cuya expresión oscilaba entre la reverencia y la aprensión.

—¡Carambas, miren quién está aquí con nosotros! —exclamó Joaquín en tono jovial, sonriendo ampliamente mientras acomodaba a su hijita de modo que le quedase libre la mano derecha para tendérsela al nervioso muchacho—. ¡El flamante subteniente Cortés, nada menos! Me agrada notar que decidió usted seguir mi consejo...

—¡Así es, mi General! —respondió Miguel, con mucho énfasis e intentando conservar incólume su seriedad, aunque curiosamente su mano había empezado a apretar más reciamente la de Ariana—. Hacía tiempo que quería venir a visitar a mi hermana, y me terminé de decidir cuando usted me dio a entender que veía con buenos ojos esa posibilidad. Mi plan es quedarme unos días más en San José en casa de mis tíos, si Dios y usted lo permiten.

—¿Y cómo se ha comportado el subteniente, *mademoiselle Arianne*? —el General se volvió bruscamente hacia la muchacha, encendiendo con sus intensos ojos una hoguera a sus pies.

—Le aseguro, *mon Général*, que Miguel es mi huésped favorito—ni siquiera la prolongada agonía en que se le había trocado la misa logró hacer fracasar su determinación de no arredrarse—. Llegó apenas antier, y ya hoy estoy sufriendo de pensar en el día que se devuelva a Puntarenas.

—Si fuera por usted, *mademoiselle*, arreglaría inmediatamente que lo trasladaran a San José—las pupilas fogosas de Joaquín, fijas en ella con ominosa persistencia, eran infinitamente más elocuentes que su lengua—. Pero supongo que estará de acuerdo conmigo en que, para su familia y para la Patria en general, es mucho más útil mantener al subteniente Cortés en Puntarenas.

Aún estaba hablando el General, sin embargo, cuando observó Ariana a su esposa, la dignísima y elegante doña Merceditas, quien luego de una breve conversación con el sacerdote intentaba con gran trabajo abrirse paso a través de la inclemente aglomeración, llevando de la mano a sus restantes dos hijos. Esa imagen de angustiosa lucha pareció ahuyentar de la jovencita la gélida parálisis que hasta entonces parecía embotarle los pensamientos, y la invitó a tomar una rápida resolución: disculpándose con presurosa reverencia, se apartó acto seguido para correr en auxilio de la dama y de sus niños, a quienes logró conducir, no sin algún trabajo, al lado del gallardo padre de familia. Naturalmente se deshizo la atildada mujer en agradecimientos para ella por el oportuno socorro, pero su marido se limitó en cambio a hacer con la cabeza un movimiento aprobatorio y—casi de inmediato—a despedirse.

—¿Entonces no se van a quedar a la recepción? —las facciones de Ariana intentaron el milagro de apagar el alivio que instintivamente quiso brotar en ellas, cambiándolo por la apariencia de tristeza.

—Lamentablemente no nos va a ser posible—respondió Joaquín, mirándola sin pestañear—, pues hay un par de asuntos urgentes que mi hermano y yo debemos atender esta misma tarde... Pero no se preocupe usted por disculparnos ante los novios, que ahora mismo queremos ir y darles personalmente nuestros parabienes... Y en cuanto a usted y al subteniente, espero que mis ocupaciones me permitan pasar a saludarlos en estos días, antes de que él tenga que regresar a Puntarenas. ¡Hasta pronto!

Tuvo que empeñarse Ariana en no considerar como una amenaza velada la anunciada visita de *Mano Lagarto*, aunque no dejaba de maravillarla la experta soltura con la que era capaz ese hombre de mantener firmemente sobre ella la tenaza de su sugestión, sin dar ante los suyos muestras de nada anormal. Pero el semblante cariacontecido con el que dejó la Catedral era un vivo contraste con el indescriptible regocijo de Miguel, a quien poco parecía haber sido partícipe de una sonada boda de la aristocracia josefina en comparación con el privilegio—magnificado por su propia condición de militar—de ser distinguido por el propio Ministro de Guerra, y quien no se cansaba de repetir a su hermana lo impresionado que estaba de ver cuántas deferencias tenía para con ella ese preclaro caudillo.

De la iglesia pasaron los invitados a la señorial residencia de la suegra de Felicia, que estaba bastante cerca, para el gran baile con el que los contrayentes pretendían agasajarlos. Pero durante él observó Ariana la mayor cautela, sin comprometerse a bailar más que con su hermano, su primo, su tío o

el alegre pero torpe José María, ni prestar apenas atención al aguacero de figurines que, despabilándose ante la arrebatadora belleza de la repentinamente famosa prima de la novia, comenzaban a revolotear a su alrededor en busca del tesoro de una pieza, el honor de una palabra o el destello de una sonrisa. Llegó a tanto su hermetismo, que acabó por ganarse una severa reprimenda de la tía Dolores, debido a haber ignorado olímpicamente al primogénito del senador Calderón Muñoz, un apuesto joven que en un par de ocasiones se acercó con evidente, aunque tácita, intención de invitarla a la pista.

Miguel, en cambio, tuvo en aquel ambiente que para él era tan exótico una inigualable oportunidad para divertirse lindamente. Pues aunque sus dotes de bailarín eran bastante menos depuradas que las de muchos otros de los jóvenes presentes, aventajaba a la mayoría por su buen porte realzado por el uniforme y, sobre todo, por el hecho de ser un virtual desconocido en la capital: características suficientes para garantizarle que hasta las más conspicuas señoritas se esponjasen de placer al merecerle una simple mirada y que casi le rogasen sin palabras que las llevase a bailar. De tanto en tanto, por supuesto, volvía donde su hermana, para inquirir de ella la identidad de las muchachas que más le llamaban la atención, antes de volver sobre ellas como águila y afianzar su corona como príncipe del salón.

¡Ah, cuánto dolor le ocasionó entonces a Ariana recordar que sus vecinos, los Herrera, hubiesen declinado ese convite...! Esa ausencia era de esperarse, por supuesto: a través de una de sus cartas furtivas le había confirmado Ernesto que no tenían el menor deseo de coincidir allí con los Tinoco. Y por otra parte la irrefrenable lengua de la tía Dolores le había revelado además—con violenta aunque reprimida indignación de su parte—que la invitación se les había enviado por puro compromiso, sin la menor intención de que fuese aceptada. Pero al escuchar los tiernos acordes de los vales y las contradanzas en los expertos dedos de una fastuosa orquesta, experimentó nuevamente el furioso anhelo de hallarse en sus brazos y dejarse llevar por él a través de la pista, como lo había hecho furtivamente esa otra noche en la que su romántico ímpetu había originado sin quererlo la espiral de consecuencias incalculables que hasta hoy padecía. Mas esta vez llegó incluso a decirse a sí misma que, si a precio de gozar un privilegio tan sublime debiese afrontar al lado de él la cárcel, el destierro o la ejecución, gustosamente entregaría su propia cabeza antes que renunciarlo.

Hallábase, sin embargo, en medio de una mazurca del brazo de Miguel,

cuando se alzó en su mente el hongo explosivo de una nueva inspiración. Sus ojos azules chispearon vivamente al erguir su cabeza y, sin perder el paso de la danza, espetarle una pregunta venida en apariencia de la nada:

—¿Exactamente qué día prevés regresar a Puntarenas?

—El próximo sábado, en principio... Lo que tengo de licencia son diez días, y el lunes ya tengo que reportarme a servicio otra vez...

—¿Y no podés adelantar el viaje?

—¿Cómo? ¿Tan rápido te aburríste de mí? —aunque la mueca de Miguel al plantear la interrogante dejaba a las claras que se trataba de una broma, en su voz había una indisimulable huella de amargo desconcierto—. ¡Si no llevo aquí más que dos días...!

—¡No, no, Miguel... para nada! —se apresuró a contestar ella, irradiando ilusión en sus ojos y en su sonrisa, mientras daba un juguetón manotazo en el pecho de su hermano—. ¿Cómo se te ocurre pensar eso siquiera? ¡Todo lo contrario! Es más bien que... bueno, era una sorpresa para vos y para los otros chiquillos, pero mejor te lo digo de una vez para que me ayudes a planearlo... Tío Elías me habló de que tal vez podía irme yo con vos para Puntarenas, a pasar unos días antes de que entren las clases... ¡y ya no puedo esperar, de tantas ganas que tengo de ver a mamá y a los chiquillos...! Y bueno... así también aprovecharía yo que a vos te queden todavía unos cuantos días libres para enseñarme el puerto y llevarme a conocer también los alrededores, si te parece...

“Además de que, por unos cuantos días por lo menos, lograría también que ese hombre me deje tranquila”, agregó para sí misma. “Y tal vez así tener tiempo para pensar con más tranquilidad en cómo salirme de todo esto”...

Sus especulaciones quedaron en suspenso al ver en la faz de Miguel un mapa de perplejidades que se tradujo casi simultáneamente en un doloroso pisotón.

—¡Uy... perdón, Ari...! —intentó él disculpar su evidente distracción—. Es que... ¡sería perfecto, no sé cómo no se me había ocurrido antes...! Pero... ¿no crees que tío Elías y tía Lucía podrían tomarse a mal que yo me vaya antes de tiempo...? Y además... ¿no es cierto que el general Tinoco dijo algo sobre llegar a casa en estos días?

—¡Ah, Miguel, no te preocupés por eso...! —por primera vez tuvo Ariana la certidumbre de que podría manejar la situación—. Ya yo he hablado de esto con tío Elías, y sé que ellos van a entender muy bien que yo esté tan

impaciente... Y en cuanto a don Joaquín... es cierto, él dijo que iba a tratar de darse una vueltita, pero mejor no contemos con eso. Y no es que él sea *pajoso*, ni mucho menos... al contrario, es un... un hombre de palabra, y todo... Pero ya viste que no pudo venir al baile a pesar de que estaba invitado desde hace semanas... ¡y eso, que hoy es domingo! Así que... aunque tenga la voluntad de hacer esa visita, y sé que la tiene... estoy segurísima de que lo esperaríamos en vano.

Casi por instinto hizo el muchacho ademán de objetar, pero su gesto se congeló en el acto bajo el imperioso dictado de su despejada razón. Si Ariana hacía una afirmación tan categórica acerca del señor Ministro, ¿quién era él para desmentirla, habida cuenta de que ella demostraba conocerlo muchísimo mejor?

—Mm... bueno, si así es la cosa... podríamos viajar el miércoles temprano... Estaríamos allá a media tarde lo más, y entonces puedo conseguirte una habitación en el mejor hotel de...

Ariana dejó de bailar casi en seco, y se enderezó con las cejas arqueadas en gesto de indignada extrañeza para interrumpirlo:

—¿En un hotel? Miguel, por favor... yo nada más quiero ir a estar con ustedes... ¡en casa!

—Yo estaría feliz de que así fuera, y mamá ni para qué, porque te recibiríamos con todo el amor del mundo... —carraspeó el joven subteniente, tan sonrojado como normalmente lo hubiese estado ella misma, y dudando sobre si reanudar el baile o llevarla mejor afuera del salón—. Pero... también me daría pena con vos, que estás tan acostumbrada a las comodidades que hay aquí en la capital... porque la casa, bueno... por más que queramos recibirte con todas las de ley, no es un lugar como para vos, es bastante humildita... y mucho más pequeña que la de Cartago...

—¿Y eso qué? —pocas cosas habían conmocionado tanto a la jovencita como aquella inesperada reacción de Miguel, al punto de sentirse repentinamente incapaz de mirarlo cara a cara o de levantar del suelo sus pupilas—. ¿Vos pensás que me está importando mucho lo material? ¡A mí esas cosas no me interesan! Yo... yo he sido muy bendecida por Dios viviendo con mis tíos y teniendo oportunidad de estudiar... pero llevo años lejos de ustedes, que son mi familia... ¡y yo lo único que quiero es saber cómo están, nada más! Y aunque te parezca raro, porque no la conozco ni he ido nunca allá... pero donde vivan ustedes, ¡esa también es mi casa!

La vehemente ternura con la que se expresó Ariana dejó al muchacho

atónito primero, y casi enseguida más pensativo. Cuando, después de algunos segundos de titubeos, sus pupilas finalmente se atrevieron a ir al encuentro de las de ella, se sonrojaba de haberse atrevido a plantearle una propuesta que, aunque bienintencionada, pudiese haberle resultado tan ofensiva. Pero, en vez del temido acero del reproche o del tizón humeante del resentimiento, encontró más bien un melódico gesto de afectuosa benevolencia, y unas manos cálidas y delicadas que, al estrechar cariñosamente las suyas, tuvieron el efecto de hacerlo quererla y admirarla aún más.

—¡Pero vamos, sigamos bailando! —le susurró calmosamente ella, con ese límpido candor que la hacía adorable sin remedio.

Declinaba ya la tarde cuando los flamantes esposos recorrieron el salón para despedirse uno a uno de los invitados, antes de partir hacia su luna de miel. Temprano al día siguiente habían de partir en tren hacia Limón, para embarcarse allí con rumbo a las Antillas y volver al cabo de dos meses a ocupar la espaciosa casa que entretanto había hecho construir José María en Barrio Otoyá. ¡Claro, hubiesen deseado ellos una temporada larga en Europa o en los Estados Unidos, destinos mucho más acordes con su elevada posición social! Pero la devastación de la Gran Guerra, los rumores de inquietud y revuelta en España y las malas relaciones entre Washington y San José los habían forzado a moderar sus pretensiones, de tal manera que Cuba dejó de parecer una idea tan modesta.

Al momento de intercambiar con Felicia un abrazo tan solemne como frío, sin embargo, ya no pensaba Ariana en lo vacía que iba a sentirse la mansión de los Cantillano ante su prevista y definitiva ausencia. Sino en su propia partida. Porque su decisión estaba ya tomada: saldría ese miércoles en compañía de Miguel, para tomar el ferrocarril hacia Puntarenas. Lo anunciarían en conjunto al día siguiente, durante el almuerzo. Y aunque sabía muy bien que su brusca determinación causaría a sus parientes cierta sorpresa y, por qué no, algún pesar por coincidir con la ausencia de Felicia, no por ello estaba dispuesta a postergarla. Pues aquella tristeza momentánea se le antojaba un precio más que aceptable, exiguo incluso, frente a la incontenible alegría que iba a experimentar ella misma al verse de nuevo, después de tanto tiempo de lejanía, en el regazo amoroso de su madre... y al menos temporalmente, fuera del temible alcance de Joaquín Tinoco.

6

Volcán durmiente

A decir verdad, Ernesto no había tenido un minuto de reposo mental desde su furtiva visita vespertina a *La Centella*. Y no precisamente por los mil malabares que tuvo que hacer para justificar ante sus padres esa extraña jornada, de la que había regresado en plena madrugada, cubierto de polvo y de barro, temblando de frío y completamente exhausto. Sino por el huracán de confusión que arrasaba con sus sentimientos y planes como si fuesen castillos de arena, y que casi lo obligaba a forzar la quimera de que ese encuentro con Ariana jamás había ocurrido en realidad, y que tan solo se había tratado de una delirante alucinación.

De allá se había traído una sola certidumbre: amaba profundamente a Ariana. Ya hacía tiempo que había comenzado a admitirlo sin las ambivalencias de antes, pero el hecho de ver flamear en ella idéntica pasión lo llenaba de bríos para luchar por hacerla suya para siempre. Y también, paradójicamente, de una larga veta de frustración: la seguridad de haber tenido delante de sí mismo a la mujer de sus sueños por tanto tiempo, sin haber sido capaz de reconocerla... y el pesar de que, cuando al fin comenzaba a hacerlo con la suficiente intensidad y ternura para vencer sus ridículos escrúpulos de muchacho inexperto, ¡habían empezado también a florecer los más impensables obstáculos...!

“Antes, por ejemplo, no hubiera tenido que pensar yo en que la familia de ella fuera a meter la mano... ¡siempre habíamos sido buenos vecinos! Hasta me parecía que la idea podría causarles cierto agrado... ¡Ah, pero tenía ese infeliz que hacer detener a mi papá!”... El incidente que había venido a imbuirles a sus antiguas amistades ese insultante pudor que los alejaba, poniendo a la floreciente señorita repentinamente lejos de su alcance y forzándola a ella hacia un odioso dilema entre corazón y prudencia... Y por ese camino sus pensamientos llegaban inexorablemente al causante último de todos sus males. El gran enemigo. El adversario terrible. ¡El tirano que debía morir!

Al momento de revelarle a Ariana sus drásticos planes para terminar en definitiva con la dictadura, su convicción tenía ya varias semanas de estarse madurando bajo el fuego impetuoso de sus rencores acumulados. ¿Qué

le había dejado a él ese régimen? Sus libertades, cercenadas. Su padre, ultrajado. Sus amistades, destruidas. Su prometida, usurpada... Pero cuanto más acariciaba la idea de asesinar a Joaquín Tinoco, más absurda le iba pareciendo.

Era clarísimo que su eliminación física significaría la herida de muerte para el régimen; pero, ¿acaso lo ignoraba el propio General? ¡De ninguna manera! No solo era él mismo un experto y despiadado tirador, sino que rara vez se le veía sin alguno de sus jóvenes edecanes, o sin una estela de esbirros armados hasta los dientes. “*¡Y yo, en cambio, ni siquiera cuento con una pistola propia!*” ¿Acaso creía posible lanzarse sobre el hombre más importante de la tiranía con solo sus manos, o a lo sumo con un machete o un cuchillo de cocina? Las posibilidades de éxito serían ínfimas, y las de morir en el intento, casi absolutas.

¡Una emboscada! La idea le volvía con obsesiva insistencia, presentándosele como la única que le ofrecía una oportunidad, aunque minúscula, a un atacante solitario. Pero tendría que prender a Joaquín Tinoco solo, desprevenido y, de ser posible, desarmado: condiciones que únicamente tenían probabilidad de cumplirse durante una de sus frecuentes y celebérrimas citas amorosas. Y al pensar en eso se alzaba frente a él una verdadera muralla de angustias y terrores, pues significaba arriesgar a su máspreciado tesoro: Ariana. La única mujer por la que le constaba un verdadero interés del General... y también la última que quisiera ver caída en sus brazos.

“*Pero a la misma Ari le sonó repugnante la idea de liquidar a ese tipo*”... Y Ernesto creía comprenderla hasta cierto punto. Por muy patriotas que fueran ambos, por muy déspotas y corruptos que fuesen los Tinoco, o por inaceptables que fuesen para ella las artimañas de seductor de Joaquín, a un alma tan sensible como la suya debía parecerle éticamente injustificable una acción tan extrema. Pero además—y esto tenía que inquietarlo profundamente a él—la jovencita era lo bastante esclarecida para entender que ella misma podía ser la más perjudicada si tomaba parte en la conjura y esta terminaba por fracasar. Si él decidía persistir por esa terrible senda, ¿lo amaría ella lo suficiente para acompañarlo a despecho de los severos peligros que aquello le significaría a ella y a los suyos?

Le gustaba soñar que así era, y que la firma ardiente de sus labios, depositada sobre los suyos aquella noche en su casa y de nuevo en el cerco de *La Centella*, había sellado ya el eterno compromiso en sus corazones. Mas nunca faltaba alguna circunstancia, alguna aciaga minucia, que hiciese

tambalearse su confianza en esa ingenua pasión y pusiese en el primer plano la posibilidad de que ella, a pesar de lo valerosa y resiliente que había demostrado ser, acabara por quebrantarse bajo la inmensa presión que llevaba tanto tiempo soportando. ¡Cuánta inquietud experimentaba cada vez que algún carruaje o automóvil se detenía frente a la mansión de los Cantillano, hacia la cual no conseguía jamás dejar de mirar cuando se hallaba en su habitación o en la sala de su casa! ¡Cuántas noches de insomnio, cuando lo atosigaba la idea de que el General podría estar en ese mismo instante visitando furtivamente otra vez la ventana de Ariana, y que quizá la mañosa insistencia del tenorio podría estar al fin haciendo mella en su sensitivo corazón de niña! ¡Y cuánta incertidumbre lo embargó por aquellos días, cuando la vio entrar y salir varias veces de esa residencia llevada del brazo por un apuesto joven en uniforme, cuyos rasgos no alcanzaba del todo a distinguir!

Con esa daga de enamorada inseguridad clavada en el pecho, mil dudas se lanzaron al asalto sobre su maltrecha determinación. Ese flamante oficial, ¿sería acaso un pretendiente? ¿O una imposición del General para servir de mampara a sus propios encuentros subrepticios? *“O tal vez el tipo desconfía de ella y la está haciendo vigilar... porque de fijo ella debió haber llamado mucho la atención en la boda de su prima, y ahora deben ser varios los galanes que quisieran arrimársele”...*

El domingo, al volver de misa con sus padres, pudo observar por la ventana que de la silenciosa y hermética casa de los Cantillano surgía con nerviosa rapidez la morena silueta de Secundina para cruzar la calle. A tales horas los dueños de la mansión debían hallarse en pleno baile, de modo que la pícaro criada—supuso el muchacho—debía traer consigo algún mensaje secreto. ¡Quizá la anhelada explicación sobre el intrigante oficial...! En efecto, habían transcurrido apenas unos instantes cuando advirtió que, a través de la delgada rendija que separaba del suelo la cerrada puerta de la calle, se deslizaba un parco sobre de papel amarillento y grueso, sin remitente. ¡Sí, tenía que venir de Ariana!

Lo primero que lo sorprendió fue advertir que los trazos firmes y redondeados de la letra de Ariana no habían empleado la alambicada simbología de las cartas enviadas desde *La Centella*, sino los habituales caracteres de la lengua castellana. ¿Estaba tan segura la jovencita de que esa misiva no sería interceptada, o simplemente no había en ella nada que pudiese llamarse comprometedor? Solo tenía una manera de averiguarlo.

“Príncipe mío:

Antes de empezar, perdóname por no haberte mandado ni un renglón en tantos días. No es que haya querido ponerte en el olvido, porque primero me olvido yo de mi propio nombre que de vos, la persona que desde el primer momento en que vine a vivir a San José me extendió una mano de comprensión, y a quien hoy quisiera con todas mis fuerzas entregar mi mano para siempre. Pero no ha sido sino hasta ahora, en plena madrugada, que he podido estar a solas por el tiempo suficiente para escribirte algo, gracias a haberme desvelado por culpa de la serenata que le trajeron a Felicia, que seguramente te tocó oír a vos también (por cierto, si ha sido así y para colmo hubieran despertado a tus papás, les ruego mil disculpas en nombre de mi alegre pero imprudente familia).

Ya te habrás imaginado que esta casa está patas arriba con todos los enredos de ese condenado matrimonio, y que por si fuera poco tía Dolores se la pasa metida aquí y anda con un humor que se lo desearía un carcelero romano. ¡Ni los sirvientes la soportan, y menos todavía María Consuelo...! Pero si yo me he podido librar casi por completo de ella, y si más bien he tenido en estos días una felicidad que hace tiempos no experimentaba, ha sido enteramente gracias a mi hermano Miguel, que llegó de Puntarenas este viernes para asistir a la boda y se está hospedando aquí con nosotros. ¡Ay, no sé ni cómo explicarte lo feliz que me ha hecho su venida, después de estos dos años sin vernos! Es tanto lo que nos queremos contar, que a veces no sabemos ni por dónde empezar, y que no nos han alcanzado dos noches enteras. Y esa es, naturalmente, la principal explicación de que no haya tenido sino hasta ahora un instante libre que dedicarte.

Por supuesto, de tanto que le he hablado de vos en mis cartas, desde que llegó ha estado preguntándome por vos: que por qué no te hemos visto, que cuándo vamos a pasar a saludarte, que si vos ibas a ir a la boda de Felicia, en fin... Como sé que en el fondo lo hace por molestarme, hasta ahora me la he podido jugar metiéndole una larga y otra corta, y aprovechando el trajín del casorio para despistarlo, pero ya eso se acaba hoy, de modo que me gustaría que pudiéramos encontrarnos ‘accidentalmente’ mañana lunes, cerca de la talabartería de tu papá, por ahí de las once y media. La idea que tengo es llevar a Miguel a pasear un poco por la ciudad antes de la hora de almuerzo, de modo que si vos estás por ahí, podríamos toparnos por ‘casualidad’ y conversar un poco.

Probablemente, además, ese encuentro me sirva para despedirme de vos. Ya mi tío Elías me dio permiso para que, si Dios así lo permite, yo

pueda viajar a Puntarenas junto con Miguel, para así pasar allá una corta temporada con mi mamá y mis otros hermanos. Es algo que he anhelado por mucho tiempo, como ya lo sabes, pero parece que al fin se va a volver realidad, y eso me tiene muy entusiasmada, aunque también nerviosa. Sé que será un momento importante para mí, no sólo por volver a las entrañas de lo que siempre ha sido mi hogar, sino por el descanso que significará eso para mí en otros aspectos también.

No será, por supuesto, una estadía larga, pues el plan es volver a San José para el inicio de las clases. Serán probablemente diez o quince días cuando mucho, aunque sé que habrá momentos en que se me vuelvan un siglo, como suele pasarme cuando no estamos cerca. Pero creo muy improbable que tengamos otra oportunidad de vernos antes de mi partida, y sinceramente yo no tengo corazón para irme de esa manera, sin poder expresarte a viva voz todo lo que no me atrevo a escribirte. Ojalá pudieras avisarme pronto si vas a ir, para salir yo de mi casa a lomos de la ilusión y no de la ansiedad, y para tener un lindo recuerdo que acariciar mientras estoy lejos.

Gracias por todo: por tu paciencia, por tu constancia, por haber estado siempre ahí para mí cuando te he necesitado, y sobre todo por esa esperanza de amor que en nadie más he querido encontrar, y que tanto me gusta creer que existe.

Me encantaría rogarte que conservaras esta carta, pero para evitarnos males mayores es preferible que sólo la guardes en tu memoria.

Te quiere,

Tu Princesita”.

¡Cuántas veces tuvo Ernesto que releer aquella epístola, mientras una fuerza incontrolable lo impulsaba a deambular por su casa como un alma en pena, sin atender los hipnóticos llamados de las frazadas hasta mucho después de la medianoche! ¡Cuántas veces se sorprendió a sí mismo repasándola línea por línea, como ansiando aprendérsela de principio a fin, desde las frases más circunspectas y enigmáticas hasta aquellas donde rebosaba con toda transparencia el portentoso cariño que los unía! Era tanta la impresión que le habían causado, que lo acometió al instante una profunda vergüenza por haber seguido dudando de la sinceridad de la pasión que tan cálidamente proclamaba Ariana.

Se acostó finalmente, pero de poco sirvió. Pues al lecho no lo siguió su cansancio, sino los pensamientos mortificantes que se enunciaban incluso con

más claridad. Nunca había cesado su valerosa vecina de demostrarle su lealtad una y otra vez, su disposición a confiarle su honra y hasta su propia vida, ¡y sin embargo, a la menor bagatela él persistía en alimentar suspicacias hacia ella! “*¡Pero si yo la conozco hace años, sé mejor que nadie la calidad de muchacha que es... y sin embargo ahora, cuando más necesitamos creer el uno en el otro, y cuando más abiertamente nos hemos dicho lo que sentimos, no hago yo más que insultarla con mi desconfianza!*”... ¿De dónde había venido esa cancerosa hiedra de zozobra, que minaba con tan maligna insistencia su fe y su determinación? La respuesta surgió con la portentosa cólera de un bramido terrestre: ¡la había plantado el maldito Joaquín Tinoco!

¿Y cómo podría entonces desarraigarla? No habría nada que temer—razonaba entre sus cobijas—mientras el corazón de Ariana se mantuviese íntegro y firme. Pero... ¿qué podía él exigirle si la sombra macabra del General, a fuerza de argucia o de insistencia, lograba hacerla flaquear? ¿Qué tenía él a su favor, si no eran las implícitas promesas de ella? ¿Y qué tranquilidad tendría él mientras el alma de ella, por muy amurallada que estuviese, continuase bajo el constante martilleo del ariete que parecía poseer aquel experto seductor?

Poco o nada logró conciliar el sueño. Mas cuando se levantó ese lunes para acompañar sorpresivamente a su padre al negocio, en su semblante no había huella del insomnio, ni de titubeo, ni mucho menos de tristeza. Sino solamente eso que García Márquez diese en llamar “*una determinación inflexible, inequívoca*”^[48], dispuesta a atropellar cualquier obstáculo. Porque a fuerza de cavilaciones, creía haber discurrido un curso de acción que le permitiría, de una vez por todas, convertir aquellas etéreas promesas en algo tangible, y desterrar para siempre de su espíritu aquella tóxica suspicacia. Y asegurarse de que, persistiese él o no en su designio de asesinar al Ministro de Guerra, tuviese él certeza de que Ariana seguiría a su lado a cualquier precio. Solo restaba plantárselo a ella, y estaba decidido a hacerlo en cuanto la viera.

Una propuesta inesperada

A la hora prevista y escoltada por el benigno Miguel vestido de civil, dobló Ariana la esquina norte de la cuadra donde se enclavaba la *Talabartería de los Condes*. A pesar de su hablar ecuánime y del ritmo calmoso de sus pasos, electrizaba sus facciones un dejo de nerviosismo que no habría dejado su hermano de notar si hubiese estado más familiarizado con las expresivas sutilezas de su cara. Pero a medida que se acercaban a la entrada del establecimiento, sin que se viese la menor señal del anhelado Ernesto, no pudo ella soportar más la tensión. Su respiración se fue acelerando y su mirada se quedó como congelada hacia el frente, mientras se iba derrumbando su cabeza hasta dejar su faz casi escondida por el ancho sombrero que el irrespetuoso viento matutino amenazaba con arrebatarse.

—Este es el negocio de tus vecinos, ¿verdad que sí? —preguntó de pronto Miguel, como si el aire mismo le hubiese revelado la raíz de la reprimida ansiedad de su hermanita, que la hacía sudar a pesar del frescor imperante esa mañana.

—Eh... sí, claro... —con dificultad atinó la muchacha a articular su respuesta, dirigiendo por primera vez un fugaz atisbo hacia el interior del establecimiento y maravillándose al mismo tiempo de la excelente memoria que demostraba su hermano—. Y no es por ser mis amigos... pero la verdad es que da gusto la forma en que ellos trabajan y atienden a la gente.

—¿Y vos no crees que me puedan ayudar a mí con una cuestión por acá, que anda medio rota? —el muchacho se señaló un punto del cinturón.

—Todo sería preguntarles—aunque no veía ningún desperfecto en las prendas del joven subteniente y sí algo de suave picardía en su mirada, Ariana no tuvo inconveniente alguno en ingresar al recinto. Allí, detrás del mostrador, encontró solamente a don Fernando y a uno de sus ayudantes; de Ernesto no había señal alguna. Y aunque al viejo se le alegró el semblante al verla y de inmediato se apresuró a su encuentro con la paternal efusividad que solía hacerlo, la muchacha solo pudo corresponderle a medias, sus ojos azules ejecutando entretanto una rápida ronda por los estantes y los oscuros pasadizos, en busca del fugitivo.

—¿No te topaste de casualidad a Ernesto cuando venías? —no había

rastró de malicia en el campechano tono con que don Fernando se dirigió a la muchacha, pero ella lo conocía lo bastante bien para suponer que no ignoraba los sentimientos que albergaba hacia su hijo. Negó Ariana con la cabeza, y entonces añadió el caballero—: ¡Qué lástima! Lo mandé al taller de don Adolfo por un pegamento que me está haciendo falta, y acababa de salir cuando ustedes vinieron. Pero no te preocupés, eso es aquí nomás... así que ya debe volver...

Apenas había terminado de decirlo, cuando en el umbral de la puerta se alzó una sombra hacia la que no se atrevió a mirar Ariana. Tampoco le hizo falta: al punto intuyó de quién se trataba.

—¡Ari...! —no por esperado el encuentro le resultó menor el sobresalto de verse frente a frente con ella en ese lugar. La muchacha no lo había visitado allí prácticamente nunca—. ¿Y ese milagro?

—Es... es que... supongo que te acordás de mi hermano Miguel, ¿verdad? —comenzó por tartamudear, pero gradualmente su gesto fue tomando un dejo de astucia traviesa para agregar—: Pues él me estaba pidiendo referencias de una buena talabartería y... bueno, le recomendé la mejor que conozco...

Ernesto amagó a sonreír, aunque en su rictus podía leerse la subterránea agitación que lo asediaba sin permitirle siquiera quedarse quieto. Se volvió de inmediato hacia el subteniente—de quien solo tenía un vago recuerdo—y luego de tenderle la mano, le inquirió precipitadamente acerca de su viaje y también del estado de su familia allá en Puntarenas. Mas fue anómalamente corta la conversación entre ambos, pues a pesar de la natural amabilidad de Miguel y al no menos genuino interés de Ernesto, era obvio que ninguno de los dos había presupuestado este encuentro.

Por fortuna para ambos, y acaso más para el improvisado anfitrión, don Fernando llamó a Miguel desde su mesa de trabajo para preguntar por el trabajo que deseaba encargarse, y la trémula pareja se vio repentinamente sola. Y entonces el muchacho tomó de la mano a Ariana y la condujo velozmente al rincón más retirado del taller.

—¿Puedo saber qué carajos estás haciendo aquí? —le reclamó, con más preocupación que cólera—. ¡Me dijiste que íbamos a encontrarnos “por accidente” en los alrededores, no que ibas a venir directo al negocio!

—Perdóname si estoy siendo imprudente—se descargó ella en un susurrante gemido—, pero cuando mi hermano insistió en que entráramos, no hallé cómo decirle que no... Y pensándolo bien, quizás aquí estemos más

seguros que en la calle... al menos para ciertas cosas—a su última palabra siguió su arremetida en busca de un beso que, a pesar de lo fugaz que fue, terminó de encender en Ernesto la hoguera de ansias que ya ardía desde temprano.

—No sabes lo que me tranquilizó tu carta... la que me llevó Cundi ayer—a pesar de su innata elocuencia, que sus estudios de Derecho iban depurando rápidamente, las palabras le salían al muchacho entre visajes de torpeza que lo sonrojaban e irritaban en grado sumo—. Sobre todo la parte... donde aclaraste que era tu hermano el que estaba visitándote... Es decir, no es que desconfíe de vos... pero pasaste un par de días sin mandarme a decir nada, y por otra parte ya debes sospechar que últimamente me dan un poco de alergia los uniformes...

—Por lo visto los dos hemos estado ocupados atendiendo visitas en estos días—no dio Ariana en un principio muestra alguna de incomodidad o disgusto, mas al lanzar sus ojos un lívido destello advirtió tardíamente Ernesto la ágil flecha verbal que se le venía encima—: Aunque para no pensar mal, voy a conjeturar que Mariela Quesada, mi compañera del colegio, también es medio familia tuya.

El joven bajó la cabeza para acusar recibo de aquella merecida estocada.

—Supongo que, para que ella y la mamá estén viniendo tan seguido a tu casa últimamente, habrá alguna explicación—prosiguió ella en tono sereno y firme a la vez, mientras empezaba a abanicarse con el sombrero, del que se había despojado al momento de entrar—. Pero no pienso pedírtela. Y tampoco es que me crea con algún derecho de hacerlo, Ernesto. Después de todo, allá en la finca me pediste aquella noche que creyera en vos de la misma forma que vos lo hacías conmigo, ¿no es cierto?

Un silencio eléctrico flotó por unos instantes entre ellos. Sus miradas se evitaban.

—Es verdad—al cabo se llevó el muchacho su mano a la barbilla, su voz convertida en el suspirante *pianissimo* de un corno inglés—. Perdóname si estoy siendo injusto con vos... es muy difícil para mí soportar todo esto en silencio, y a veces me desespera no tener nada bajo control... Pero tenés razón, entre nosotros no hay nada que nos obligue a darnos explicaciones. Y eso, Ari, es justamente lo que está destruyéndonos.

Ariana dejó súbitamente de abanicarse y se volvió hacia él. El pasmo reinaba en su expresión.

—¿Qué querés decir?

—Que no podemos seguir así. Esto es agotador... y ese hombre lo sabe muy bien.

—No entiendo nada. ¿De qué estás hablando?

—Ese desgraciado sabe que, si nos mantiene separados, aislados y ciegos, nos va a derrotar fácilmente a los dos. Va a hacernos como a él le dé la gana. Y solo nos queda una forma de ganarle: acercarnos más, seguir unidos, incluso más que nunca antes... dar el paso y jurarnos ante Dios que estaremos juntos a muerte. Es... —la correntada de su verbo se interrumpió como si en su cauce hubiese caído una avalancha de titubeos, pero su fuerza ya era incontenible—: ¡Es casarnos... vos y yo!

Como si repentinamente la hubiesen convertido en Juana de Arco atada a la atroz hoguera, el magno espanto que sobrecogió a la jovencita dejó blancas sus mejillas, rígida su espalda y muy abiertos sus ojos y su boca. El sombrero se hizo un puño entre sus manos tambaleantes, mientras sus azules pupilas, dilatadas y temblorosas, atosigaron a Ernesto durante un terrible segundo, durante el cual no fueron sus cuerdas vocales capaces de emitir el más ligero sonido.

—Quizás debí habértelo pedido hace meses, cuando nada de esto había pasado—continuó él, entre la angustia y la amargura—. Pero fui muy necio al no querer admitirme a mí mismo cuánto te amaba, y ahora... ¡en fin, Ari, ya no podemos esperar más! Solos y aislados no vamos resistir mucho tiempo... pero juntos sí. Porque nunca más tendremos que dudar ni esperar explicaciones. Porque si nos seguimos manteniendo en ascuas y sin tomar decisiones, al único que beneficiamos es a ese maldito dictador. Y porque la seguridad de tu amor me va a dar la fuerza para enfrentarlo todo... y espero que también te la dé a vos para no ceder. Y cuando todo esto termine (porque sé que algún día tiene que terminar), vamos a ser realmente libres, sin temerle a los caprichos de ningún tirano, y entonces podremos seguir amándonos hasta el fin...

Sacudida por una emoción incontrolable, Ariana trituró contra su propio cuerpo el sombrero que todavía aferraba, cerró fuertemente los ojos y bajó la mirada, como queriendo empujar hasta el fondo de su conciencia lo que acababa de escuchar. Exhaló dos, tres veces seguidas, sin conseguir adivinar si lo que traspasaba forzosamente sus labios eran suspiros o sollozos en gestación.

—Ernesto... ¡por favor, no jugués con eso... me dolería demasiado! —

gimió al cabo, con un dejo de amargura maltratándole la voz, aunque sin levantar la vista—. Tenés que estar delirando... no podés estar diciéndomelo en serio... ¡si no hace ni un mes me dijiste que era una locura tratar de escaparnos, y supongo que no estarás pensando ahora en ir a hablar con mi tío Elías para pedirle mi mano...!

—No. Tenemos que hacerlo sin preguntarle a nadie. En secreto.

—¡Uy, ahora vamos a hacerlas de Romeo y Julieta^[49]! ¡Pues vamos a terminar igual!

—Ese era tu plan cuando nos vimos en *La Centella*.

—Y en ese momento te pareció absurdo.

—Pues no lo será el mío, si me dejás explicártelo. Yo puedo hablar, si vos estás de acuerdo, con el cura párroco de San Francisco, que es amigo de mi papá. Iríamos de noche sin que nadie se entere, a que nos den la bendición. Solo vos y yo, nadie más. Y después cada uno de nosotros regresa a casa y seguimos con nuestra vida “normal”... pero sabiendo ya que no estás sola ni desamparada, y que ante Dios nos pertenecemos el uno al otro...

—Ernesto... ya debes haber entendido cuánto he soñado yo con que esto llegara a pasar... ¡pero así no! ¡A escondidas, como si fuéramos un par de delincuentes...! —la intensa emoción de la jovencita le encendió el rostro—. No sé siquiera si te has detenido a pensar realmente en lo que estás diciendo... es decir, me parece muy lindo de tu parte que me considerés digna de ser tu esposa, y yo desearía con toda mi alma decirte que sí... ¡pero todo esto es un disparate, no tiene ningún sentido! O decime vos... aparte de cumplir a medias el sacramento, ¿qué diferencia haríamos asumiendo tanto riesgo? Seríamos una pareja secreta, ni siquiera viviríamos juntos... y de todas formas, a nuestro “amiguito” nunca le ha importado mucho su propio estado civil, como para que vaya a inquietarse por el mío...

—Una diferencia hay—la lacónica ecuanimidad de Ernesto siempre afloraba cuanto más firmes eran sus decisiones—. Y es que yo voy a tener el deber, y el derecho además, a defender el honor de mi esposa, de modo que no habrá ningún Tinoco que pueda pisotearlo, ni separar lo que Dios unió^[50]...

—¡Te volviste loco, ya no sabés ni lo que estás diciendo! —las manos de Ariana cobijaron desesperadamente su cara, como intentando beberse su propio sobresalto—. ¡Una boda para justificar un atentado...! Ya no sería cuestión de escándalo... ¡es que si alguien se entera, podrían hasta matarnos!

—¿Y eso qué? Si nos matan, ¡igual ya habríamos sido felices! La otra vez te dije que prefería morir como un héroe y no como un tonto... y si a mí

me mataran por quererte a vos, sería lo único heroico que habría hecho yo en mi vida. ¿O no es de eso mismo que se trata el amor... de darnos el uno por el otro y de perseverar juntos hasta la muerte misma? Y además... ¿de todas maneras ya nos están matando poco a poco esos malditos, y lo único que cambiaría es la rapidez con que lo harían!

No respondió Ariana, aturdida casi hasta las lágrimas. Ernesto le tomó suavemente una mano, y con la otra le dio a su barbilla una pincelada de ternura.

—Pero no pensés que no puedo entenderte—agregó, su voz trocada en un susurro afectuoso y melancólico al mismo tiempo—. Yo también hubiera preferido que todo esto fuera un poco diferente... por ejemplo, haber ido a tu casa con toda la formalidad del caso, hablar con tu tío o inclusive con tu mamá, haberte ofrecido de una vez el anillo y por lo menos una rosa... ¡pretenderte con plena libertad, a la luz del día, y no desde las catacumbas!

—Todo esto es absurdo... no sé ni qué responderte, son demasiadas cosas ya las que andan dándome vueltas por la cabeza...

—No... no quiero que decidas sobre esto ahora mismo, Ari. Si de mí dependiera, lo haríamos esta misma noche... pero también sé que todo esto te debe haber tomado muy desprevenida, y que necesitas tiempo para reflexionar... así que te va a caer muy bien el viaje a Puntarenas.

—Salgo pasado mañana. Miguel adelantó el viaje.

—Tanto mejor. Así vas a poder meditarlo por un buen rato, y a mí no se me va a hacer tan larga la espera—el muchacho detuvo el vaivén que hasta entonces tenían sus manos sobre las monturas sin terminar que los rodeaban. Sus labios se embolsaron por un segundo, antes de agregar—: Sin embargo, hay algo que sí quisiera pedirte... y es que, cualquiera que sea el camino que vayas a elegir, lo hagas con toda la libertad que hasta ahora se te ha negado. Si dijeras que sí, se acaban las zozobras y vamos para adelante con todo, porque ninguna tiranía es más fuerte que el amor. Pero si al final decidieras que es mejor rechazarme, no pasa absolutamente nada. Nadie va a ir a la cárcel ni a ser torturado para obligarte a cambiar de opinión. Yo simplemente no volvería a mencionarte siquiera el asunto, porque ya sabría a qué atenerme... pero igual, seguiría considerándote a vos como la hermana que has sido para mí todos estos años...

Acabando de decir esto, la estrechó repentinamente contra su pecho y con idéntico ímpetu se apartó de ella luego de una corta pero profunda exhalación, cuando escuchó al lado opuesto del local la voz de Miguel que la

llamaba, anunciándole alegremente que su prenda estaba lista.

—Que tengas un buen viaje—le dijo, casi al oído—. Y por favor, escribime apenas llegués.

Al salir del establecimiento, Ariana escondía bajo el ala del sombrero sus labios apretados y sus ojos muy enrojecidos. Dijo a su hermano que la había afectado la polvareda que levantaba el fuerte viento, o acaso el penetrante vaho del pegamento, pero a juzgar por la forma en que arqueó sus cejas el joven al oírla, pudo ella deducir que no le creía.

Puntarenas

Sorpresa, y no pequeña, acometió a don Elías y a todos los Cantillano al escuchar el anuncio, hecho por sus sobrinos ese mismo mediodía, de que habían decidido adelantar su partida hacia Puntarenas. En otro momento habrían acogido la noticia con poco más que la “*benigna indiferencia*”^[51] de que hablase Camus; pero no ahora, encontrándose todos en medio del arduo proceso de adaptarse a la definitiva ausencia de Felicia. María Consuelo y la tía Lucía derramaron abundantes lágrimas, y hasta la tía Dolores vino a percatarse repentinamente de las muchas virtudes que tenía Ariana y de lo difícil que le iba a ser componérselas sin ella en su vida cotidiana. Sin embargo, ni siquiera ella se atrevió a obstaculizar los atropellados preparativos del viaje—que incluyeron a instancias del tío Elías un rápido pero jugoso paseo por los almacenes, en busca de alguna ropa que llevar a sus otros sobrinos—, aunque sí tuvo en ascuas por algunas horas a los dos jóvenes con su amenaza de acompañarlos.

Quizás abrigase Ariana la ilusión de que al fin iba a sentirse segura al ocupar un asiento al lado de su hermano, ostentando este último la bizarría de su uniforme, en el primer tren del miércoles. Después de todo, su equipaje había sido minuciosamente preparado por Secundina, y además de los veinte colones que le asignase su tío para cubrirse cualquier gasto, le había deslizado al despedirse de ella otros dos billetes de la misma denominación y uno más de diez colones, para que se los entregase como obsequio a su madre. ¡Y además se vería libre del tenaz asedio del General y de las inquietantes alternativas con las que intentaba contrarrestarlo el ardoroso Ernesto...! Pero esa quimérica seguridad que anhelaba experimentar se desbarató en mil pedazos al advertir la enorme cantidad de soldados que, fusiles en mano y mirada altanera, se paseaban por los vagones en actitud vigilante, como para hacerle saber que la férrea presencia del régimen—que en su mente tomaba siempre la fisonomía de Joaquín Tinoco con su tenebrosa capucha negra—iba a seguirla hasta la esquina más recóndita del país.

Al fin arrancó el tren después de las alegres proclamas de sus silbatos y de la profusa emisión de humo carbónico, para enfilarse velozmente hacia la lejanía y dejar atrás la capital. Por la ventanilla iba mirando Ariana el

vertiginoso desfile de árboles y cercados, sin decir una palabra; mas lo que tenía ella de ensimismada y pensativa, lo compensaba Miguel con su talante festivo y parlanchín, mientras iba nombrando uno tras otro las diversas estaciones y los ríos que les salían al paso: Pavas, el Virilla, San Antonio, Ciruelas, Río Grande de Atenas...

Al detenerse en Orotina el convoy, para ser momentáneamente invadidos sus vagones por los vendedores de frutas y de refrescos, se había vuelto ya tan enfático el calor que la jovencita se vio obligada a despojarse de su sombrero y emplearlo otra vez como abanico. Pero al cabo de un rato, cuando el tren volvió a arrancar, comenzaron a colarse por las ventanillas las primeras ráfagas de brisa salina, que muy pronto se adueñaron por completo del ambiente; y al contacto con ellas pareció revivir Ariana. Aires de mar, aires de esperanza: no solo estaba a punto de conocer el océano, del que no tenía más idea que la forjada en su imaginación por libros y pinturas... ¡sino que se encontraba apenas a hora y media, o quizá menos, del regazo de su madre y de los añorados canturreos de sus hermanitos!

—¿Por cuál lado del tren vamos a toparnos el mar? —preguntó de pronto a Miguel. El subteniente sonrió ampliamente, recordando seguramente el momento en que él mismo lo descubriese años atrás, y señaló hacia su izquierda. La muchacha resolvió entonces pasarse al asiento del frente, que estaba desocupado, y soltarse momentáneamente el cabello, que traía retocado desde San José, para recogerlo nuevamente en un estilo más sencillo y apropiado para aliviarle el pesado calor. Minutos después reanudaba la locomotora su marcha, y desde entonces se mantuvo Ariana firmemente anclada a la ventanilla, pero ahora con la desusada animación de niña fantasiosa que solo en raras ocasiones florecía plenamente en su faz.

A la altura de Caldera el tren dio un pronunciado giro hacia la derecha para rebasar el último telón de abruptas colinas y enfilarse hacia la estrecha lengua de tierra, salpicada de pequeñas manchas blanquecinas, que se divisaba a lo lejos cortándose contra el verdoso fondo de las cordilleras de Nicoya. Era el momento que había esperado Ariana: el instante en que sus pupilas azules encontraron al fin su equivalente en la abrumadora extensión de las aguas que, rizadas por la brisa y punzadas ocasionalmente por el vuelo rasante de pelícanos y gaviotas, lanzaban un continuo susurro que era sin embargo capaz de traspasar limpiamente el aire denso y de vencer con facilidad al ruidoso traqueteo de las ruedas metálicas sobre rieles y durmientes. La muchacha se quedó arrobada contemplándolo durante largos

segundos, hasta que una nueva cortina de selva lo ocultó de su mirar.

—Se nota que nunca lo habías visto antes—graznó alegremente Miguel, mientras le daba una palmadita en el hombro como para despertarla del trance—. Así me pasó a mí también cuando nos vinimos... pero viviendo aquí, uno termina acostumbrándose a tenerlo al frente.

—Yo nunca me podría acostumbrar—respondió melancólicamente ella, cuya imaginación brillaba en todo su esplendor desde instante mismo de recibir el beso marino—. Soy demasiado soñadora.

Una última parada en Chacarita le dio otra oportunidad de observar con largueza el absorbente mar, al tiempo que le espoleaba ya la impaciencia por llegar. El calor era insoportable, y el polvo que levantaba el tren al pasar, volviéndose pegajoso al contacto con el sudor, había terminado por ser una verdadera amenaza para el minucioso atuendo de nuestra juvenil viajera, más empeñada en causar a su familia una hermosa impresión que en obedecer el consejo de Miguel acerca de usar ropa más fresca.

Absorta en el paseo que daban sus ojos sobre las anchas aguas del Océano Pacífico, no echó de ver que llegaban a su destino sino hasta que la arena y las palmeras desaparecieron súbitamente de su vista al ingresar el tren al patio de la Estación, anunciado por su poderoso silbato. Los pasajeros, que se habían agolpado en las ventanillas para responder a los entusiastas saludos de los lugareños congregados habitualmente en los alrededores, se pusieron parsimoniosamente en pie y comenzaron a descender con desesperante lentitud, cada cual echando mano de su equipaje.

—Bien, Ari... —resopló Miguel, con el rostro coloreado por la violenta temperatura—. Esta vez no vas a tener a José Luis para que te baje ese montón de maletas, así que me va a tocar a mí...

—¡Pero no las cargués vos, tonto! —protestó amistosamente ella—. Yo traje algún dinero, y con eso podríamos contratar un coche que nos las lleve...

—¿Un coche?—el subteniente sacudió la cabeza para enfatizar su escepticismo—. Nunca hay coches para los viajeros, porque hace tiempo que el Comandante de Plaza mandó que los reservaran todos para trasladar a los jefes de las tropas que pasan por aquí para Guanacaste... Aquí lo único que vale es estar en el Ejército, así que si alguien nos deja subir los *tiliches*, aunque fuera en un carretón de verdulería, será gracias a mi uniforme y no a tu plata. Pero no te preocupés, yo tengo bastantes amigos por aquí que podrían ayudarnos... y de todas formas, si hubiera que caminar, la casa no está tan lejos.

Por bien intencionado que fuese Miguel, sin embargo, no tenía mucho de profeta. Por las calles aledañas se veían peatones y unos pocos jinetes, pero ningún vehículo; y tampoco dio el muchacho con ninguno de sus conocidos. De manera que la habría pasado bastante mal el desventurado anfitrión cargando por sí solo las numerosas valijas de su hermana bajo el africano sol de la tarde, de no haber tropezado ella con un niño moreno y descalzo al cual ofreció diez céntimos para que los auxiliase.

Bajo la hábil guía de Miguel avanzó nuestra jovencita a través de las arenosas calles que amenazaban con tragarse sus tobillos. Rebosaban sus mejillas de rubor caluroso, y sus ojos devoraban ávidamente el paisaje que se ofrecía a su alrededor: niños desgarrados y poco aseados, que correteaban de un lado al otro sin recibir en apariencia más alimento que el sol, pelotones de soldados de rostro enrojecido y mirada recelosa, patios tristes de escasa y reseca vegetación, zanjas llenas de basura, casas insalubres de madera desgastada y ventanas abiertas con bisagras carcomidas por el aire salino... Ni siquiera en las barriadas más pobres de la capital o en las poblaciones rurales de los alrededores, había visto una emboscada tan aterradora de omnipresente miseria. ¿Cómo podía ser posible la existencia humana en tales condiciones? ¿Acaso eran también las que padecían los suyos?

—Aquella es la casa, Ari—le dijo súbitamente su hermano mayor, señalando una vivienda en el fondo de una estrecha callejuela. La jovencita se echó a temblar, poseída de una expectación incalculable que le inspiraba a la vez ternura y miedo, pero se atrevió a alzar su vista y observar la casa que le mostraban. Ligeramente más amplia que las otras, pero mostrando en sus paredes de madera las mismas rendijas maltratadas, el mismo techo titubeante y las mismas ventanas sin cristales, indefensas ante las incesantes acometidas de innumerables zancudos. Rodeada por una sencilla cerca que cortaba una infructuosa tentativa de jardín, y dotada de un tosco letrero de madera que rezaba “*Zapatería*”.

—Aquí mismo puso el taller Antonio, nuestro padrastro—explicó Miguel en tono sutilmente humorístico, anticipándose a la pregunta—. Él hace lo mejor que puede, por supuesto, y yo se lo agradezco... pero el pobre tiene una asombrosa suerte para escoger precisamente los negocios menos oportunos. Por ejemplo, el trabajo de él siempre fue de jornalero, y ya viste que aquí no hay ni jardines... ¡Ah, pero después se le ocurre aprender un oficio... y elige el de zapatero, cuando por estos lados todo el mundo anda descalzo! ¡Hubiera sido sastre, o por lo menos fabricante de sombreros...!

Pero en fin, la cosa es que él al menos le pone ganas, de hecho aprendió a pescar y hasta se armó él mismo un botecillo... ¡y con eso, más las gallinas, nos salvamos de pasar hambre! Pero si no fuera por el Ejército nos estaría llevando el diablo, porque los únicos clientes que tiene son los oficiales que usan botas...

Habían alcanzado mientras tanto el desvencijado portoncillo de la cerca, donde se detuvo ella para saldar su deuda con el niño del equipaje. Mas luego, cuando empezaba a voltearse para arrastrar junto con Miguel la más grande de las valijas, advirtió que la puerta de la calle se abría con ímpetu, y se olvidó de la carga, del calor, del cansancio y del mundo entero al reconocer los brazos cariñosos de su madre Beatriz, que se le venían encima entre una nube de gozosas lágrimas.

Tardó un poco Ariana en recobrase lo suficiente para distinguir, tímidamente asomados en el umbral, las cabezas de varios niños que la contemplaban con incrédula curiosidad, intercambiando susurros y guiños pero sin atreverse a venir hacia ella. Al fin lo hizo, sin embargo, una de ellas, cuya aparición resultó una nueva maravilla para la recién llegada: una fina y bien desarrollada muchachita de unos catorce años, cuyos rasgos se asimilaban tanto a los suyos propios que por momentos le parecía hallarse delante del magnífico espejo de los Cantillano.

—¿Eugenia? —hipotetizó, con una sonrisa de jubiloso escepticismo. La había dejado siendo una niña de siete años, ¡y ahora la encontraba convertida en una princesa!

—¡Ariana! —replicó ella, arrojándosele encima sin ninguna ceremonia. Desde sus movimientos hasta su forma de mirar, dejaba claro que no tenía mucha noción de los modales urbanos a los que estaba habituada la recién llegada; pero ¿qué le iban importar a esta última esos benditos modales, cuando su gran interrogante era si la recibirían con el mismo afecto sublime que venía a entregarles?

Su quebranto total vino, sin embargo, cuando se adelantó hacia ella Isabelita, la menor de la casa. Al verla aparecer, con el negro cabello formándole dos trenzas, y con el habitual titubeo de una chiquilla huraña, su hermana mayor se dejó caer de rodillas y comenzó a llorar sin control alguno. Aunque todavía podía evocar en ella las facciones de la bebida amada, la niña contaba ya con nueve años... la misma edad a la que Ariana había sido apartada de ella. Pero el gélido recuerdo que reflató en su corazón se la presentó con apenas once meses, bien envuelta en sus cobijitas, esa noche

terrible en que apenas había tenido tiempo de arrebatarla de la cuna y protegerla con su propio cuerpo mientras su casa de Cartago se precipitaba sobre ellas sin piedad. En su espalda todavía eran visibles las marcas dejadas por los escombros.

—Isabelita... vení para que saludés a tu hermana—apenas pudo salirle a la madre una voz ahogada por la emoción. La niña, modesta pero limpiamente vestida, se detuvo delante de la elegante señorita cuyas fértiles lágrimas provocaba, y la abrazó fuertemente sin decir palabra. También ella conocía la historia, pero solo entonces pareció adquirir de golpe la consciencia de que no era una leyenda.

La estadia

Con gran alharaca fue conducida Ariana a la titubeante mesa, rodeada de toda la bulliciosa familia que la examinaba con extrañeza y curiosidad, maravillándose de su distinción y el refinamiento de su porte. También ella, sin embargo, observaba con detenimiento a los suyos, divertida de encontrarle a su madre ciertos rasgos en común con la tía Lucía y casi ninguno con la tía Dolores, pero también asombrada del indomable rastro de belleza fresca que poseía: una primaveral lozanía abrigada por un temperamento poético y apasionado, que no lograban imitar los muchos cuidados y lujos a los que tenían acceso sus hermanas josefinas, y que ni siquiera la pobreza o la edad conseguían aplacar.

No mermó el alborozo después de la comida, cuando la ilustre huésped fue conducida a una pequeña habitación situada detrás del corredor. Por cierto que era tan pequeña esta pieza, que Ariana supuso inicialmente que no era sino la antesala de una más amplia... hasta que advirtió que no había más puertas, y que su único menaje eran dos camas de gastada madera, cuyos “colchones” no eran sino hojas de palmera, aunque bien apelmazadas y cubiertas de una suave tela por obra de las capaces manos de Beatriz.

—Aquí es donde dice mamá que vas a dormir—explicó Eugenia, cuya amplia sonrisa adornaba el ímpetu de sus palabras—. Espero que no te moleste compartir conmigo el cuarto... ¡aunque eso sí, tenés que buscarle otro lugar a tus *chunches*, porque aquí no caben!

El desparpajo y la innecesaria vehemencia de la jovencita le depararon una inmediata reprimenda materna, la cual produjo un curioso alboroto que a Ariana le resultó desconcertante. ¡Nunca pasaba nada similar en casa de los Cantillano! Allí solo se oían, muy ocasionalmente, los diez mil recordatorios sobre el decoro, la prudencia y la discreción que recetaba a diestra y siniestra la inflexible tía Dolores, para quien el silencio era la única respuesta permitida. Pero aquí las voces se traslapaban unas sobre otras, en forma casi juguetona, hasta que la de Beatriz finalmente terminaba por imponerse con autoritaria dulzura.

No fueron estas más que las primeras entre muchas escenas peculiares que había de presenciar Ariana en aquella casa, y que la llenaban de cierta

extrañeza a pesar de la excelente disposición que tenía hacia los suyos. Habituada a observar sin intervenir, le tomó muy poco tiempo trazar una verdadera radiografía de su familia, en especial de la relación—cordial siempre pero nunca vibrante—entre su madre y su padrastro Antonio, hombre laborioso, de temperamento amable, responsable y afectuoso con los chiquillos, y carente de vicios a excepción del omnipresente tabaco. Y también de la manera en que tanto él como Beatriz debían madrugar a diario y multiplicar esfuerzos para llevar el sustento a la familia, ella en la lavandería del cuartel militar y él en su taller de zapatería o en su lancha pesquera cuando escaseaban los encargos, dejando el peso del hogar casi exclusivamente en los frágiles hombros de Susana, la mayor de quienes quedaban en la casa.

Dicho peso, por cierto, resultaba doblemente abrumador para la jovencita a causa de las vacaciones escolares, pues implicaba—además de prepararles a todos el almuerzo, lavar la ropa y mantener algún resabio de orden y limpieza dentro de la casa—lidiar con Pablo, Isabel y el aluvión de amiguitos que acostumbraban invitar a la casa, cuya constante algarabía resultaba un verdadero martirio para una naturaleza delicada y nerviosa como la de Ariana. Y al verlo comenzó esta última a sentir por su sobrecargada hermanita una profunda compasión que barrió de su alma el recelo que le despertaran en un principio sus actitudes bruscas y su temperamento irascible.

Quizás fuese esta compasión, unida a su deseo de no aparecer ante los suyos como desdeñosa o altanera como si su privilegiada educación o su aspecto de “señorita encopetada” la liberasen de cualquier deber, las que inundasen a Ariana de una ansiedad por serles útil y aliviar de alguna manera las ásperas condiciones en que vivían. Así, y aunque Miguel les había advertido de entrada que su huésped era una chica “de ciudad”, fina, delicada y ajena por completo a las penurias, ella no cesaba de asombrar al flamante subteniente y a la fogosa Eugenia presentándose a todas horas en la cocina, ofreciéndose a limpiar o a vigilar el fuego, reparando prendas averiadas o intentando poner en raya a los hermanos menores—aun si su actitud tierna y su hablar suave no contribuían mucho a hacer respetar la incipiente autoridad que procuraba conquistar sobre ellos.

Pero si a todos asombraba continuamente el espíritu cooperador de Ariana, a ella misma la iba maravillando a su vez la exuberante personalidad de Eugenia, que iba descubriendo durante las largas y desveladas noches de conversación inacabable en la pequeña y calurosa habitación que compartían bajo el terco acoso de los zancudos. La encontraba muy lista, despierta y

dueña de un sentido de responsabilidad insólito que la impelía a corregir de alguna manera los males que agudamente detectaba en su hogar. Y aunque quizás su inmadurez le impidiese elegir para sus reformas el método más idóneo—a menudo apelando a los rudos coscorriones contra los más pequeños y a una tosca actitud de desafío frente a los mayores—, no podía dejar de reconocérsele una vocación de servicio, una claridad mental y una determinación dignos de ser pulidos por manos experimentadas. “*Ay... ¡cómo se beneficiaría una chiquilla como ella de las oportunidades que he tenido yo!*”, se decía Ariana mezclando compasión y pesar, y acariciando la idea, a todas luces tan noble como descabellada, de llevársela consigo a la capital, ponerla a estudiar y enderezar si fuese posible las ramas torcidas de sus ímpetus adolescentes.

Por las tardes tomaba el hospitalario Miguel la iniciativa de llevar a su ilustre hermana a recorrer los alrededores, a pasear por la cercana playa, al Muellecito para contemplar la ocasional llegada de algún buque de pasajeros, a ver la partida de lanchones cargados de soldados en dirección a la Península de Nicoya, o el periódico arribo de los trenes procedentes del Valle Central, igualmente atiborrados de hombres de uniforme. Mas no dejó de notar ella el enfático recelo, rayano casi en abierta repugnancia, con el que acogían los lugareños una presencia militar tan patente: nadie alzaba la mirada al caminar, los rostros se volvían vacíos e inexpresivos, las conversaciones bajaban bruscamente de tono, las señoras y los niños cambiaban de acera en presencia de los soldados, y los comerciantes evitaban abrir las puertas de sus negocios. Y aquí y allá, en retazos de conversaciones pescadas al pasar, escuchaba acerca de requisas, torturas, violentos despojos o arrestos nocturnos perpetrados por policías o militares, y del pavor generalizado a ser blanco de las delaciones, calumniosas o no, de algún esbirro gobiernista. ¿Acaso temían más los puntarenenses al propio régimen que a la hipotética invasión? ¿Se estaría gestando una rebelión? No dijo nada a su hermano, a sabiendas de cuán firme era el apoyo de este último a los Tinoco; pero no tardó en adivinar, a través del adusto semblante con el que volvía el joven de cada paseo, que también él debía estar percibiendo aquella latente hostilidad popular.

Confesión en la playa

Domingo por la tarde. Las plegarias de Ariana durante la obligada misa de la mañana debieron haber sido escuchadas: la brisa refrescó mucho el ambiente y trajo consigo algunas nubes que aplacaron por ratos al voraz sol, lo que mejoró mucho el talante de la muchachada y adelantó en algunos minutos el arranque de la anhelada excursión. ¡A la Punta, a bañarse en el mar! Pero al andar descalza por la arena, dando ocasionales saltitos para evitar quemarse con ella, mientras sus hermanos menores recogían conchas para hacerla escuchar a través de ellas el indefinible canturreo del mar, encontró una adicional respuesta divina en la mirada gentil con la que su madre la invitaba sin palabras a quedarse a su lado. El tumulto hogareño, ese enloquecedor trajín diario que tenía a Beatriz prisionera entre el orden doméstico y el extenuante horario de su esclavizado trabajo, no le había concedido siquiera una grieta de tiempo para sentarse con su hija y tener un verdadero encuentro de corazones. ¡Hasta esa quieta tarde, con el Océano Pacífico por testigo!

Tomaron asiento en una pareja de troncos secos que para tal efecto hiciese rodar Antonio unos cuantos metros, dejándolos colocados en ángulo recto de frente al mar, a la sombra de unos árboles medio secos. Y mientras los más chiquillos, vigilados por sus hermanos mayores, se daban a corretear por la arena y a chapotear alegremente entre las olas que alcanzaban a lamerles los pies, también Ariana se daba alegremente las primeras zambullidas de su vida. Pero luego quiso más bien auxiliar a su madre para extender un amplio mantel y poner sobre él las hogazas de pan, las tortillas palmeadas, los frijoles y el aguadulce que a modo de merienda habían traído desde la casa en unas amplias alforjas.

—¿No tenemos pescado para hoy, mamá? —inquirió la jovencita, envuelta en una toalla, como dando a entender sus ansias de iniciar una conversación más fluida.

En vez de contestarle, le echó Beatriz sus brazos a los hombros y la estrechó contra sí misma.

—¡Ay, Arianita...! ¡Cómo me cuesta creer que esta muchacha tan preciosa que tengo abrazada sea la misma chiquita que vi hace un par de años en San José...! ¡Has crecido tanto, y además tenés ese corazón de miel, ese

modito tierno y esa estampa de princesa de cuento, que no he parado de darle gracias a Dios desde que te vi entrar...!

—¡Mamita... no me diga esas cosas, por favor! —a decir verdad, Ariana tenía poquísima práctica en ese extraño oficio de las expresiones espontáneas de cariño. En San José solo las había visto en casa de los Herrera, pero le parecían tan insólitas y se sentía tan poco digna de ellas, que le había bastado a Ernesto con ofrecérselas gratuitamente para plantar en ella la semilla de la pasión que hoy florecía. La mansión de los Cantillano, por el contrario, era un verdadero palacio de la frialdad y el rigor, y entre el espartano trato de la tía Dolores y el intimidante señorío de don Elías, le era imposible imaginárselos manifestándole algún afecto—. ¿No ve lo roja que me pongo y el calor que me da?

—Si no podés aguantarle un piropo ni a tu mamá—repuso Beatriz con la impecable sonrisa dulce que siempre había recordado de ella—, ¿cómo vas a hacer cuando se envalentone algún galán y te empiece a rondar la esquina? Por tu forma de escribir tengo yo la impresión de que vos, a pesar de ser estudiada y de ferir un poco tímida, en el fondo sos igual a mí... una chiquilla soñadora y enamorada, como era yo a tu edad...

—En serio, mamá... ¡le repito que por favor no me diga esas cosas! —si la primera vez lo había dicho bajo la guía de su excesiva modestia, ahora lo reiteraba con verdadera angustia, sintiendo cómo se arremolinaban ante sus ojos las imágenes del General y de Ernesto, superpuestas como sendas nubes grises en un tormentoso cielo de temor.

—Perdón, Ari... pero no lo digo por molestar—la dama bajó suavemente la mirada, un gesto en el que su hija vio reflejados los suyos propios—. Yo sé que te incomodan los halagos... Pero lo cierto es que ya estás grande, sos preciosa y no creo que estén tan ciegos los muchachos de la capital como para no notarlo... por ejemplo Ernesto, ese amigo tuyo, el que vive frente a tu casa... ¿Qué ha pasado con él? ¿No se ha decidido todavía a hablarte de amor?

—¡Ay, mamita...! —en la mueca de Ariana, lo mismo que en la forma tensa en que se entrelazaban sus dedos, se advertía lo escabroso del tema para ella. Pero eso, lejos de disuadir el interés de la madre, lo espoleaba más, a juzgar por la manera en que inclinó hacia ella su oído—. No... no sé qué decir, cómo empezar... porque han pasado algunas de cosas que... es peligroso decir en una carta...

La manera en que su hija bajaba la voz al hablar, la aprensión con la

que se inclinaba su cabeza, la instintiva búsqueda que hacían sus ojos de un escondite bajo el ala de su blanco sombrero, los brazos cruzándose sobre sus rodillas como queriendo protegerse de una invisible amenaza: todos los signos apuntaban a una inmensa caldera de tribulaciones que, ante los deductivos ojos de Beatriz, empezaba por fin a resquebrajarse, dejando salir los primeros resoplidos de una presión descomunal.

—No tenés porqué asustarte, conmigo podés hablar sin miedo—aunque no había convivido con Ariana en tantos años, poseía su madre una instintiva capacidad de conectarse con sus emociones, y se hallaba además empeñada en descifrar a esa hija tan amada, que por momentos lucía hermética y casi lejana—. ¿Hubo algún problema... con ese muchacho? Porque hasta donde he sabido yo, vos lo querés... pero también he notado que tenés un par de meses de no nombrármelo... ¿Pasó algo con él?

Entre ambas se arrastró trabajosamente un callado segundo.

—Me... propuso matrimonio—confesó al cabo la menor entre dientes, sin sacar del mar su vista.

—¿De veras? —se vio Beatriz en la necesidad de reprimir un sonoro respingo para no atraer la atención de nadie a su alrededor. A cierta distancia continuaban retozando los demás entre el oleaje, y como la playa donde se hallaban, además de la amplitud de su terso gris oscuro, estaba flanqueada del lado contrario por un ligero promontorio coronado de vegetación, las dos podían respirar un poco más tranquilas a sabiendas de que ningún tercero podría espiar impunemente la charla. Sin embargo, costó mucho a la jovencita reunir el valor para responder:

—Sí... el lunes, antes de venirnos.

—¿Y aceptaste?

—Ojalá pudiera.

La réplica de Ariana, lapidaria y enigmática a la vez, inundó de confusión la cara de su madre.

—¿Y por qué no ibas a poder? No me digás que tus tíos no te dejan... porque si él es tan buen muchacho como vos decís, no se me ocurre qué podrían alegar...

—Hay un rival.

—Mm... ya voy entendiendo—frunció Beatriz sus labios, intentando sacar algo en claro del persistente laconismo de su hija—. Y me imagino que Elías y Lucía preferirían a ese otro que a Ernesto, ¿cierto? ¿O será que a vos misma te atrae más, y no estás segura de lo que querés?

—¡Ya quisiera yo ese tipo de problemas, en vez del que tengo! —Ariana se despojó de su sombrero para ocultar la cara detrás de él, y el temblor de sus manos empezó a alarmar seriamente a su mamá—. Es mucho más grave... porque esa persona... ¿cómo decirlo? Es... es alguien a quien poco le importa si yo lo quiero o no, pues no tengo ni siquiera la opción de rechazarlo...

—¿Cómo es eso, Ari? ¿Quién es? —se apresuró la mano de Beatriz a posarse en el hombro de la muchacha, como si con ello quisiera transmitirle sus fuerzas.

—Usted no me lo creería, si yo se lo contara—gimió ella, comenzando a derrumbarse—. Y además... ¡es demasiado peligroso que alguien más lo sepa!

—¿En qué enredo estás metida, Ariana? —se asomaron a las mejillas de la madre unas líneas de consternación, mientras en su garganta se deslizaba una gota de severidad—. Cualquiera pensaría, oyéndote hablar, que ese otro pretendiente tuyo es como mínimo el hijo de un Ministro, o hasta algún muchacho pariente de los Tinoco...

—Peor que eso, mamá... ¡mucho peor! —una fuerza irresistible empujó las manos de Ariana a cubrirle la cara—. Y si yo me atreviera a decirle que no, los que recibirían las consecuencias serían ustedes... ¡las personas a las que más amo!

El fognazo lívido de una suposición aterradora petrificó a Beatriz al escuchar aquello. Su respiración cesó por un momento, durante el cual sintió sobre su cabeza y espalda el peso gélido de un témpano de hielo, que tornó bruscamente el agradable calor de la playa en el infernal hielo de Dante^[52]. Y luego se volvió bruscamente hacia la muchacha, para sujetarla por el hombro y atornillar sus ojos sobre los de ella en actitud implorante. ¿Acaso le estaría hablando de...? De pronto los enigmas y cabos sueltos de las cartas de aquella hija suya adquirieron un sentido espeluznante.

—Ariana, Ariana... ¡por Dios! —exclamó de súbito, enzarzándose en una maraña de gestos descompuestos, mas sin dirigir una simple mirada a su hija que, cabizbaja y llorosa, tampoco alzaba su vista y había retomado más bien una posición reminiscente de la de un feto en el vientre materno—. ¿Cómo se te ocurre decir siquiera una barrabasada como esa? ¡Un hombre casado, nada menos...! ¿Y cortejándote a vos? ¿En qué cabeza va a caber semejante cosa...?

—¿Ve usted, mamá? Le dije que no me iba a creer si se lo contaba... — un sorbo de agua de mar habría resultado dulce en comparación con la amargura con la que se expresó Ariana—. ¡Pero así es...! Al principio no

estaba segura de lo que pasaba, tengo que admitirlo... y tal vez haya sido por eso que me faltó energía para ponerlo en su lugar de una vez—a pesar de su propia turbación, la menor discernía cuán volátil mezcla de espanto y escepticismo atormentaba a su mamá ante sus tenebrosas revelaciones—. Así que, si alguna falta he cometido yo, ¡ha sido solamente esa...!

—¡Ariana...!

—Le ruego que me trate de entender, mamá—no quería la muchacha dejarse interrumpir, después de la enorme lucha que le había significado a ella cobrar ánimo y dejar al descubierto toda aquella sombría trama—. Dígame, ¿a usted no le hubiera costado creer que un hombre tan caballero, tan atento y amable, pudiera volverse al siguiente minuto un ser tan ruin y tan infame? ¿Y menos todavía siendo ese hombre el Ministro de Guerra, el mismísimo hermano del Presidente, miembros ambos de una familia de tanta alcurnia en este país?

La jovencita parecía haberse resignado ya a la azurumbada incredulidad de su madre, pero de alguna manera esa resignación suya le permitía narrarlo todo sin exaltación alguna y, por consiguiente, dotaba sus palabras de una descarnada e irresistible veracidad.

—Además... ¡a mí nadie nunca me había cortejado formalmente, ni siquiera Ernesto...! ¿Cómo me iba yo a imaginar que esas delicadezas de don Joaquín iban a ser algo serio, y no simples desplantes de una normal galantería? Duré una eternidad para comenzar a entenderlo... pero cuando finalmente me fue quedando claro, lo que me entró fue dio un miedo terrible... porque eso me confirmaba que yo tenía la culpa de lo que había pasado con el papá de Ernesto... ¡y me daba terror que luego fuera a venirse contra ustedes también...!

No pudo replicar Beatriz a tal razonamiento, aunque el sórdido relato le hacía trepidar el pecho y le empapaba las sienas de angustioso sudor. Sus pupilas seguían eludiendo a las de su hija, y guardaba ante ella un silencio tan denso que la hizo dudar sobre seguir hablando. Pero lo hizo, sin ocultar nada, casi como si estuviese deseosa de arrancarse del alma la espina malévola de los secretos que se había visto forzada a guardar. Y así desfilaron por los tímpanos de Beatriz las subrepticias visitas de Joaquín a la ventana de la jovencita, la invitación a Casa Presidencial, la siniestra escena en casa de Ofelia Corrales, la repentina aparición del General en la quinta de los Cantillano... y finalmente, las terribles cartas que le había dirigido ese hombre, y que ella había traído consigo a Puntarenas para evitar que alguien

pudiese hallarlas en su ausencia.

—¡Dios, por vida mía, que esto no puede estar pasando...! —a la mujer le costaba ya articular sus palabras en medio de los profundos jadeos de su agitación—. Porque si las cosas son como vos decís, ¿cómo es que tus tíos no se están dando cuenta de lo que está sucediendo bajo sus propias narices...? De Lucía no me extraña, porque toda la vida se la ha pasado medio dormida... pero, ¿y Elías? ¿Y Dolores, que no tiene otra cosa que hacer más que andarse metiendo en lo que no le importa? ¿Por qué no les has contado nada?

—Porque eso no haría ninguna diferencia—Ariana se encogió de hombros—. Si a usted misma le cuesta creerme, ¿cómo espera que lo hagan ellos, que han sido amigos de los Tinoco por tantos años? Pero bueno, supongamos que yo les contara y que además me creyeran. ¿Qué podrían hacer para ayudarme? ¿Armarle un escándalo a Joaquín Tinoco? ¡Nadie en sus cinco sentidos querría tener un problema con ese tipo... es intocable! Así que no sé si ellos sospecharán algo o no... pero da igual, porque sea que no sepan o que les dé miedo, ¡de todas maneras no pueden hacer nada...!

—¿Y hay alguien más que esté enterado de este asunto?—se decidió finalmente la mujer a desgarrar su mordaza de hierro invisible, y lo hizo fijando de repente sus ojos sobre los de Ariana—. Con lo que le pasó al papá de Ernesto, le habrás contado por lo menos a él la verdad... ¿o no?

—Ernesto lo sabe todo—respondió resueltamente esta última—. Sin faltar una palabra. Y se lo hubiera contado aunque a él mismo no lo afectara, porque no tengo cerca a nadie más a quien acudir...

Beatriz bajó tristemente la cabeza y enterró una vez más entre la arena sus pies descalzos.

—¡Y aun así ese muchacho te pide matrimonio! —murmuró, compungida—. Ay, Ariana... ¿cómo hacés vos para seguir dudando todavía sobre la respuesta que tenés que darle?

Beatriz apunta el camino

Como si hubiese oído un disparo se enderezó bruscamente la muchacha, volviéndose en el acto hacia su madre, con los discos azules de sus ojos abarcándole la mitad de la cara. Las pupilas de Beatriz le salieron resueltamente al paso como la guarnición de una fortaleza, con ese preciso equilibrio entre firmeza y dulzura que solo puede lograr un corazón materno.

—¿Usted me está diciendo... que yo debería aceptar? —en el rostro de Ariana se desarrollaba una emotiva paradoja: las palabras se rehusaban a salir, y las lágrimas en cambio pugnaban por hacerlo.

—Casarse por amor, Ari, es un privilegio que muy pocas tienen. Y vos... lo querés a él, ¿cierto?

—Pues... sí, desde que llegué a vivir allá de chiquilla, pero...

—¿Y entonces? —el suspiro de Beatriz disimuló su pesar, mientras sus manos se ocupaban de las tortillas—. ¿Qué más necesita hacer ese pobre muchacho para convencerte de que él también te ama?

—¿Y si ese amor trae consecuencias para otras personas que una también ama? —aunque su voz todavía desplegaba su habitual gentileza, en el gesto de la jovencita se mostraban los primeros indicios de frustración—. Porque esto no se trata solo de mí y de Ernesto... ¡sino de ustedes mismos! A mí... a mí me da mucho miedo también por usted y por mis hermanos... porque yo sé que la mayoría de la gente la está pasando muy mal, que muchos no tienen ni qué comer... y yo no quisiera verlos a ustedes así... Pero el único recurso que tengo, mal que bien, es ser... pues, amiga del General, y que también lo sea la familia de tío Elías... Porque seamos realistas: los Tinoco son los dueños de este país, gústenos o no, y lo van a seguir siendo Dios sabe hasta cuándo... Y si trato de mantenerme, digamos, en buenos términos con ellos, no voy a ser yo la única que tenga un futuro asegurado, sino ustedes... Pero en el momento en que yo le diga que sí a Ernesto, ¡todas esas posibilidades se acaban! Y no solo eso... sino que me echo de enemigo al General... ¡con todo lo que eso implicaría para la gente que más quiero...!

—No te engañes, Ariana—respondió Beatriz sin pestañear siquiera—: nosotros nunca hemos dependido de vos, y menos de los Tinoco, sino solo de nuestro Padre que está en los Cielos. Y si vos no querés ser responsable de lo

malo que pueda pasarnos, tampoco yo quiero cargar con la culpa de que vos renunciés al amor de tu vida, por plata o por cálculo. Si fuera que yo me opusiera a tu relación, otro gallo cantaría; pero estando yo de acuerdo, no voy a aceptar jamás que más adelante termines diciendo que fue por mí que lo rechazaste.

La muchacha no pudo reprimir un gesto impaciente de sus ojos y brazos.

—¿Todavía no me entiende usted? ¡El problema no es que yo quiera a Ernesto o no...! Es que, en el momento en que yo le diga a él que sí... ¡a ustedes les pueden hacer daño, y a él lo pueden matar...! ¡Matarlo! ¡Y yo a él lo amo, mamá! ¿O acaso usted cree que yo lo quiero ver muerto?

—Seguramente no... pero está claro que tampoco él te quiere ver pisoteada por un insolente, y que preferiría morir antes de permitirlo.

—Pues si él daría su vida por mi honor—respondió ella con determinación—yo daría mi honor por su vida. Prefiero dejarme pisotear mil veces antes de que a él le hagan daño por mi culpa.

La reseca desolación con la que Beatriz le frunció el ceño al oírla era inédita para Ariana.

—Entonces el General no estaba equivocado sobre vos al proponerte todo esto —sentenció, con un dejo de severa amargura y una turbia palidez en su semblante—. Te le estás vendiendo, como lo han hecho tantas otras... ¡Lo único que estás cambiando es tu precio!

La muchacha se estremeció de asombro al ser atravesada por la espada del desdén. La palabra retió cientos de veces en sus tímpanos, más atroz que cualquier insulto. “*Precio... precio... ¡regatear el precio!*”... ¡Pero un momento! ¿No había sido precisamente esa la recomendación de la maestra María Isabel al iniciarse aquella crisis? Quiso responderse que sí, que estaba acatando al pie de la letra el consejo recibido... pero muy dentro de sí misma halló la perturbadora voz que la acusaba de no haber sido del todo honesta al seguirlo. “*¿No me dijo también ella misma que, por encima de todo, mantuviera la dignidad y no me entregara jamás? ¡Y a pesar de todo, no me he entregado!*”...

—¡Mamá...! —exclamó, más desmoralizada que ofendida—: ¿Cómo me puede decir usted una cosa... tan grosera? ¡Después de que yo no hago otra cosa que pensar en ustedes...! ¡No puedo creer que piense eso de mí... que me haya soltado algo tan horrible!

—¿Horrible? —la réplica de Beatriz tuvo un tono vibrante y resuelto,

pero también se impregnó en ella un tinte nostálgico—. ¿Sabes lo que es horrible en realidad? Horrible es no poder devolver el tiempo ni tener otra vez a mi lado al hombre que amé con todo mi corazón... el hombre que me dio una época de felicidad y unos hijos preciosos, y que perdió su vida por salvar la mía y las de ustedes. Horrible es tener la certeza de que esos momentos queridos no van a volver jamás, por mucho que yo los añore. Y más horrible todavía ver que vos, teniendo al frente la oportunidad de unir tu vida con el hombre que decís amar, seas capaz de dejarte llevar por el miedo y hasta estés jugueteando con la idea de pasarlo por alto y entregarte en cambio a un verdadero infame...

—¡Por salvarle la vida a él! —graznó Ariana, iracunda y a la vez sorprendida de emplear con su madre un tono áspero y retador que jamás había empleado antes para dirigirse a ningún adulto—. ¡Y por el bienestar de ustedes, también...!

—¿Salvarle la vida? —la despectiva frialdad con la que acogió Beatriz su defensa la hizo enrojecer aún más de ira—: ¿Y qué clase de vida sería esa? Vivirá él, si es que eso se puede llamar “vida”, maldiciendo por el resto de sus días ese “sacrificio” tuyo que les impidió a ambos tener siquiera unos pocos instantes de felicidad juntos... Y vos, llevándolo todo en tu conciencia, sin remedio ni escapatoria... sabiendo muy bien lo que hiciste, aunque nadie más llegue a enterarse... sin dignidad, sintiendo cada día vergüenza y rabia contra vos misma, sin poder ni verte al espejo... quizá tratando de inventar justificaciones como lo estás haciendo ahora, ¡pero en el fondo sabiendo que no fuiste digna de ese amor, que te negaste a luchar... que al final no pasaste de ser una cobarde!

¿Es esa la ‘vida’ que tanto querés salvar, Ariana...? —la germánica artillería de tales razonamientos reducía al polvo de la ignominia los irritados y altaneros arrestos de la muchacha, antes de descargarle la estocada final—: ¿O es solo una excusa elegante, y muy conveniente además, para dejarte seducir por un hombre con plata y con poder, que bien te debe gustar aunque aquí lo andés negando? Y no te pongás ahora a decir que no... porque si tus valores fueran tan fuertes como a vos te gustaría creer, ¡al primer toque le habrías reventado la puerta en la nariz a ese sinvergüenza, por muy Joaquín Tinoco y Ministro de Guerra que fuera!

—Pues va a perdonarme usted, mamá... ¡pero yo no le estoy contando esto para que se ponga a juzgarme! —explotó la hija, fuera de control—. Y además... si usted aceptó volver a casarse por pura necesidad y además se

deshizo de mí apenas le ofrecieron cuidarme en otro lado, ¡no me venga a hablar a mí de cobardía...!

No tuvo tiempo de decir más: un discreto pero penetrante pellizco le hizo hervir la delicada piel del descubierto brazo derecho, al tiempo que la ágil mano libre de la mujer le atenazaba su larga cabellera para impedirle cualquier ulterior resistencia.

—Con las sandeces que estás diciendo, debería más bien darte por la bocota—descargó Beatriz entre dientes, rostro empurpurado y entrecejo fruncido, sin soltarle el hombro a su hija—, pero no quiero que los demás se den cuenta de lo que acabás de hacer... ¡Bonita cosa te están enseñando esos hijos de ricachones allá en la capital! ¡Ah, pero si vos pensás que, como venís con plata de la ciudad, podés tratar a tu mamá como te dé la gana, te voy a enseñar una leccioncita de humildad...!

La encolerizada Ariana iba a replicar, pero antes de poder abrir la boca su mamá tiró aún más fuertemente de su mojado pelo, hasta hacerla casi caer de espaldas sobre la arena y quedar mirando hacia el cielo. Sobre ella se iban agolpando rápidamente en el horizonte gargantuescas masas de nubes grises y turbulentas, por delante de las cuales se interpusieron los encarnizados ojos de Beatriz.

—Yo a vos no tengo porqué andarte dando explicaciones—añadió esta última en voz baja aunque penetrante, sin hacer caso de los rencorosos bufidos que emitía la aprisionada muchacha—. Pero antes de que volvés a atreverte a abrir esa boca, quiero que entendás un par de cosas: primero, que si yo decidí que fueras vos y no Miguel el que se fuera a vivir a San José cuando me lo ofrecieron tus tíos, fue porque vos eras la más inteligente, la que mejor rendía en la escuela... pero también la más frágil, la que había sufrido más... ¡la que probablemente no resistiría venirse acá y se iba a morir con la primera fiebre que le entrara! Y veo que seguís siendo así... una chiquita delicada, como bien dijo Miguel... ¡una mocosa insolente que no está acostumbrada a pasar trabajos! ¡Pero agradecida podrías estar vos con Dios, de que no te ha tocado vivir en mis zapatos!

Y lo otro que tenés que entender—prosiguió, aflojando poco a poco la tensión del cabello de Ariana y adosándole lentamente a sus palabras una creciente dosis de dulzura—es que fue por amor que Antonio me ofreció matrimonio... y fue por amor, no por ninguna otra razón, que lo acepté. ¡Por amor a ustedes, mis hijos! Para que tus hermanos vieran en su casa a un hombre trabajador, cariñoso con una mujer y esmerado en sacar adelante una

familia, sin importarle que ninguno de ustedes fuera hijo de él... ¿Que estábamos en la ruina? ¡Sí, por supuesto! ¿Que al cabo de todos estos años seguimos siendo pobres, y seguramente nos moriremos pobres? ¡Sí, también...! Pero Dios es mi testigo de que he hecho lo mejor que he podido, de que nunca más pasamos hambres, y de que puedo mirarlos a la cara a todos ustedes sin tener nada de qué arrepentirme... ¿Vas a poder vos decir lo mismo dentro de unos años, si rechazas ahora a Ernesto y terminas en cambio como apagaintendios del tal Tinoco?

Cuando soltó del todo el pelo de Ariana y esta pudo finalmente mirar otra vez a su mamá cara a cara, estaban sus ojos inundados de llanto y su faz completamente transformada.

—Perdóneme, mamá... ¡por favor, perdóneme! —suplicaba entre gemidos, metiendo su rostro en el pecho de Beatriz y refugiando allí su contrición—. Es que... ¡es tan difícil para mí estar en medio de todo esto...! Pero... tampoco quiero que usted piense que soy una gran egoísta, que no me importa la felicidad de Ernesto o que no le agradezco a usted tantos sacrificios...

—Los sacrificios solo valen la pena si se hacen por amor—espetó Beatriz, con alguna tosquedad aunque empezaba a conmovearse—. ¡Pero no se puede sacrificar por amor al mismo amor!

Ariana suspiró varias veces y se fue secando luego las lágrimas con el pañuelo que llevaba consigo. Un viento de fresca y doliente melancolía disipó en breve su anterior enojo, mientras escuchaba en silencio las reflexiones de su madre. Y luego, a instancias de la propia Beatriz, se olvidó la jovencita por un momento de sus angustias y corrió de nuevo por la suave arena para dejarse abrazar por las olas del mar donde chapoteaban sin cesar sus gozosos hermanos.

—Mm... ¡Creo que ya casi vamos a tener que devolvernos! —oyeron exclamar de pronto a Antonio, quien en pie sobre la misma orilla del mar defendía a duras penas su sombrero frente al repentino ataque de una brisa que arreciaba, mientras señalaba a lo lejos un titánico yunque azulado que flotaba amenazante, con su base rozando el mar y su cúspide a una altura fabulosa. Bajo este relumbraban continuos fogonazos eléctricos, y comenzaban a llegar hasta la costa los broncos comentarios de los truenos—. ¡Aquello está poniéndose bien feo...!

Consentimiento

La tormenta se abatió sobre Puntarenas poco después del anochecer, salvándose la familia por muy pocos minutos de una empapada monumental. No era el techo de la casa, sin embargo, una defensa segura contra los brutales chorros de agua que rebotaban violentamente contra él, pues en varios puntos de la sala y de los aposentos comenzaron a surgir goteras. Y tampoco se mostró muy clemente el húmedo ventarrón que a través de las ventanas perseguía a los habitantes de la casa, haciendo cimbrar y crujir la frágil estructura de la casa, y apagando una y otra vez con sus tercas ráfagas las velas que en vano intentaban competir con los rabiosos destellos de los relámpagos. Pero no habría bastado toda esa furia climática para siquiera equilibrar la tempestad que durante largas horas azotó los pensamientos y las emociones de Ariana después de la anterior escena, y que iba a dejar su marca en el resto de los días que había de pasar allá. Pues si algo le había quedado claro de la discusión, era que su obstinada estrategia de fingida neutralidad no solo carecía de sentido, sino de todo valor moral, y que además hacía tiempo que había dejado de ser sostenible en la práctica. ¡Tenía que haber una decisión!

A pesar de que le restaba todavía casi una semana de estadía antes de volver a San José, durante casi todo ese lapso respetó su madre ese tácito acuerdo de no tocar nuevamente el tema, pretendiendo con eso darle el tiempo y el espacio necesarios para recapacitar, para rumiar argumentos, criterios y corazonadas, y dar con la decisión más sensata. Solo que sus ratos de reflexión no eran abundantes: con Miguel de regreso al cuartel, Beatriz forzada otra vez a madrugar cada día para cumplir con su oficio, Antonio todo el día en el taller y los menores todavía en vacaciones, volvió la retraída huésped a formar yunta con la impaciente pero tenaz Eugenia para resolver el inacabable trajín hogareño.

Aquel intenso trabajo en equipo, naturalmente, no tuvo únicamente el efecto de introducir en la casa algunas mejoras notables en cuanto a ornato y aseo, sino que incrementó en proporciones casi milagrosas el cariño que se profesaban ambas hermanas y le añadió los críticos ingredientes del respeto y la confianza mutua, además de exacerbar en la más joven el anhelo—

largamente acariciado, por cierto—de conocer la ciudad, familiarizarse con la vida urbana y tener además la posibilidad de poner en uso los modales, actitudes y conocimientos que a cucharadas le había ido transmitiendo Ariana durante días y noches de indeclinable conversación. Mas no fue suficiente para lograr que esta última se decidiese aún a confiarle a Eugenia la gris encrucijada por la que estaba pasando, habida cuenta de que—como había comprobado ya en el accidentado episodio vivido con Beatriz—no era fácil de comprender, ni siquiera para personas mucho más curtidas por el mundo que una muchachita de catorce años.

Es posible que fuese Eugenia misma la más visiblemente afectada por la tristeza al aproximarse el sábado, día programado para la partida de Ariana. Desde la tarde anterior, mientras le ayudaba a preparar sus maletas, era notorio el desánimo con el que lo hacía, y su hermana mayor creyó inclusive observar la escapada de una lágrima a través de su mejilla. Y quizá fuese ese detalle el que la motivó, después de la austera cena de ese viernes, a sentarse aparte con ella frente al jardín y quedarse hablando por varias horas hasta que se acercó Beatriz, cálida y suave como solía ser—y posiblemente un poco más melancólica de lo habitual pese a su empeño en no aparentarlo—, a recordarles lo temprano que debían levantarse al día siguiente. Las dos muchachas se miraron la una a la otra, con nostálgica resignación, y se levantaron calladamente para entrar a casa; pero Ariana se detuvo inesperadamente al pasar ante su madre, y se volvió a darle un abrazo en cuya intensidad y longitud había algo de angustioso. Pues más que un simple “*buenas noches*”, parecía ser un adiós definitivo, quizás eterno.

—Gracias por todo, mamá... —le musitó varias veces al oído, sin soltarla ni por un parpadeo—. Nunca voy a olvidar este viaje... ¡esta oportunidad de verlos otra vez...! Y por favor... ¡perdóneme, le ruego que me perdone por haber sido tan bocona el otro día en la playa...!

—Ya, Ari... no estés mortificándote más, yo ya ni me vuelvo a acordar de eso—le respondió cariñosamente ella; y luego, casi furtivamente, agregó—: Lo más importante para mí es que ya vayas en paz con Dios y con vos misma, y ojalá ya decidida...

La jovencita agonizó por unos segundos, incapacitada para hilar una respuesta. Beatriz debió haber intuido el grosor de su aflicción, pues aflojó momentáneamente su abrazo y se metió la mano en el bolsillo de su delantal, como buscando algo.

—Toma, quiero que te lleves esto—le deslizó entre los dedos un papel

muy delgado, doblado en varios tantos, mientras se apartaba lentamente de ella y la miraba directamente a los ojos—. Sería mejor que no lo leyeras hasta que estés segura de lo que querés, por aquello de que no vayas a sentir que te estoy presionando... Pero cuando la leas, y si ves que calza con el camino que hayas escogido...

—Ya... creo que ya sé lo que voy a hacer, mamá... —intentó decir Ariana; pero Beatriz la interrumpió dulcemente, llevando con tibia suavidad sus dedos a los labios temblorosos de su hija.

—No hace falta que me lo digas ahora, si todavía tenés dudas. Lo único que quería decirte es que, cuando sepas si esta carta va más o menos por la misma línea de lo que estés planeando hacer, vas a saber también a quién se la estoy dirigiendo, y se la vas a entregar de mi parte a esa persona.

Con un gran peso en el corazón examinó Ariana la hojita, que se estremeció nerviosamente entre sus dedos. Pensó en abrirla, y comenzaba ya a hacerlo cuando titubeó y acabó por arrepentirse. *“Ya me imagino qué podrá ser lo que escribió aquí mamá, y de fijo me va a sacar las lágrimas... y después llego yo al cuarto moqueando y sale también la pobre Eugenia preguntándome más cosas de la cuenta... ¡Mejor lo leo mañana, en el tren, cuando ya esté sola!”*

Apenas rayaba el alba cuando salió Ariana por última vez de aquella casa de aspecto tan endeble, pero al mismo tiempo tan llena de imperecedera vitalidad interna, escoltada por Antonio y el pequeño Pablo que se habían ofrecido a colaborar con el traslado de su equipaje hacia la Estación. Eugenia se empeñó también en acompañarla, dispuesta a exprimir hasta el último segundo de su compañía, de modo que en el pórtico solo quedaron Beatriz y la menor de sus hijas, la hermosa Isabelita, quien conmovió a todos al atenazarse entre lágrimas a su hermana mayor para suplicarle que no se fuese. Tuvo que hacer la viajera un esfuerzo casi cruel para separarse de la niña, pero con cada paso que daba sobre la arenosa callejuela para alejarse, se percataba del pesado grillete emocional que llevaba encadenado sin remedio a su cuello, y crecía también su certidumbre de que esta segunda despedida le resultaba infinitamente más desoladora que la original separación sucedida casi siete años atrás.

Volvió a llorar al despedirse de Pablo, y más aún al abrazar por largos minutos a Eugenia, a quien prometió escribir con asiduidad de aquí en adelante. Y ya acomodada en el vagón de primera clase, desde el cual presenció el arribo de otro tren atiborrado de soldados desde la capital, alzó

Ariana al Cielo una corta plegaria y, al oír el entusiasta rugido de la locomotora que había de conducirla de regreso, se enjugó los ojos.

Muy temprano a la mañana siguiente, cuando se disponía el ansioso Ernesto a salir de su casa para la Escuela de Derecho, escuchó unos golpecitos que daban discretamente en la puerta de la calle. Corrió a abrir, impaciente y temeroso a la vez, pero no vio a nadie alrededor. Únicamente le salió al encuentro un delgado pliego de papel que, doblado y prensado en la cerradura, cayó mansamente a sus pies e hizo arder al instante sus más contradictorias expectativas. Se apresuró a recogerlo y corrió de regreso a su cuarto, donde encontró al abrirlo, con el trazo un tanto rudo de una mano poco habituada a las letras, las cuatro líneas más inimaginables que hubiesen podido recorrer sus ojos:

“Señor Ernesto Herrera:

Perdone la mala letra y la ortografía, pero le escribo solo para desirle que mi hija Ariana me a puesto al tanto de sus relaciones con ella, y que por tener de uste las mejores referencias, las apruebo sin reservas y se la encomiendo a Nuestro Señor Jesucristo y a su persona. Por favor trátemela bien y hágala tan feliz como yo lo fui con Miguel el papá de ella, y yo lo voy a querer como a un hijo mío.

BEATRIZ ALVARADO”.

Opresión y esperanza

La lectura de esta breve nota transfiguró completa y definitivamente el semblante de Ernesto. Pues si antes se veía en él un continuo rictus de fatiga, tensión y recelo, a partir de ahora esgrimía una armoniosa mezcla entre el júbilo reprimido y la febril expectativa del mañana, como si un soplo de esperanza hubiese disipado para siempre la sombría nube que pendía sobre Ariana y sobre él mismo. En efecto, aquel providencial papelito no solo revelaba implícitamente el anhelado asentimiento de la jovencita—lo que ya constituía por sí sola una noticia sensacional, capaz de trastornar largamente la rígida cordura del muchacho—, sino que tenía otro significado mucho más práctico, que el joven estudiante tardó un poco más en asimilar a plenitud: neutralizaba por adelantado la previsible oposición de los Cantillano si llegasen a descubrir el plan, dejándolos sin argumento alguno para interponerse en su ejecución. Después de todo, ¿qué derecho tendrían a exigir que su criterio prevaleciese sobre el de la propia madre de la novia?

El gesto favorable de Beatriz volvió irrevocable la determinación de Ernesto: consultaría con el sacerdote cuanto antes acerca de la añorada boda, a fin de realizarla en el plazo más corto posible. La rapidez y el sigilo serían decisivos. Necesitaría, por supuesto, revelar también la terrible razón que hacía imprescindible que tal ceremonia se realizase en secreto; pero en realidad no temía hacerlo. No solo contaba con la amistad del padre Tomás con don Fernando, y también con el deber de confidencialidad propio de su investidura, sino además con la presunción—bastante bien fundada hasta donde creía estar informado—de que a estas alturas una apabullante mayoría de los curas eran ya rabiosos opositores de los Tinoco, y estaban lejos de ser inmunes a sus atropellos.

Pero, ¿podría obrar y moverse con tan perfecto disimulo, sin peligro de ser detectado? En esos días San José estaba repleto de espías e informantes a sueldo del régimen, con motivo o con pretexto de la famosa invasión desde Nicaragua, sobre la cual se rumoraba insistentemente que podría producirse en abril o mayo. Por entonces convertirse en delator resultaba un tentador negocio, pues las apetitosas recompensas ofrecidas por los Tinoco eran prácticamente el único antídoto conocido contra la miseria generalizada, la

escasez de víveres y el caos monetario que padecía el país. ¿Cómo, pues, no iba a sospechar Ernesto que tanto él como Ariana debían ser objeto de especial vigilancia?

Su condición de hijo de un “conspirador” habría sido por sí sola más que suficiente para hacer este tipo de conjeturas, pero también había creído notar, en más de una oportunidad, que alguien lo seguía con disimulo en sus caminatas a la talabartería, la Escuela de Derecho o incluso a la iglesia. Para remachar, las visitas de la linda Mariela Quesada y su madre habían disminuido súbitamente en frecuencia y longitud, y un discreto comentario de la muchacha durante uno de sus fugaces encuentros a la salida de misa le había revelado la causa: la inesperada llegada a su casa del temido coronel Santos, el comandante de la Guardia Rural en persona, sin otro objetivo que el de advertirles lo contraproducente que podía serles su visible asociación con “elementos sospechosos” de hostilidad hacia los Tinoco, en clara alusión a él y a su padre. “*Y ya se sabe*”, concluía Ernesto con rabiosa frustración, “*que esos desgraciados nunca hacen dos advertencias*”...

¿Y Ariana? El propio Joaquín Tinoco se había jactado repetidas veces de conocer cada uno de sus movimientos. ¿Y cómo no iba a saberlos, si en la misma casa vivía Rafael, íntimo amigo del General y uno de los más notorios y disolutos paniaguados del régimen? Por si fuera poco, ¿no tenían también allí enquistada a la siempre entrometida tía Dolores? Y siendo ya manifiesto el desvergonzado interés del General en ella, ¿no era de suponerse que se hallaría constantemente en la mira de sus esbirros?

Si aún hubiese tenido Ernesto alguna duda al respecto, un hecho del sábado habría terminado de confirmárselo sin tapujos: a la hora en que estaba previsto el arribo del tren que traía a Ariana de Puntarenas, el joven había intentado ir de incógnito a toparla... solo para llevarse la sorpresa de que allí, casi enfrente de la propia Estación del Ferrocarril al Pacífico, la aguardaba el mismísimo Ministro de Guerra en su opulento automóvil.

¡Sí, la esperaba a ella! No había equívoco posible; el galán uniformado había echado pie a tierra para recibir a la azorada señorita en cuanto la vio aparecer, sin duda invocando un pretexto cualquiera para justificar su presencia allí, y había ordenado además a su chofer que subiese su equipaje al vehículo para conducirla de regreso. Todo lo había tenido que presenciar Ernesto desde la furiosa impotencia, mezclado entre la multitud que como de costumbre se había congregado allí para acoger a los viajeros. “*¿Pero cómo supo ese infeliz en cuál tren venía Ari?*”...

El plan de la jovencita, según la enmarañada carta que le hiciese llegar dos días antes de su retorno, incluía cambiar a última hora el tiquete para ocultarle a los Cantillano la hora exacta de su llegada, y una vez en la Estación Josefina, telefonarlos desde un establecimiento vecino para rogarles que enviaran por ella el coche. ¡Una magnífica coartada para escamotearse unos minutos al lado de su novio...! Pero la intempestiva aparición del general Tinoco había estropeado todo. ¿Cómo se las había arreglado él para anticipárseles? Aquello jamás podía haber sido casual, razonaba Ernesto. “*Una de dos: o Ariana misma le avisó, o el tipo tiene espías siguiéndola hasta en Puntarenas*”... ¿Acaso habría instruido a los encargados de los boletos ferroviarios para que le diesen a conocer el itinerario preciso de la muchacha? ¿Hasta ese grado llegaba la obsesión del poderoso Ministro con la ingenua colegiala, aun teniendo a su disposición toda una legión de admiradoras incondicionales? ¿O era aquella la prueba concluyente de que Ariana había preferido ceder ante el General y dejarse ir mansamente en sus brazos, echando al olvido su desesperada propuesta matrimonial?

El recado de Beatriz pulverizó sin contemplaciones esa última hipótesis, y desterró en definitiva los vestigios tóxicos de las dudas que por tantos meses torturasen a Ernesto, mucho más de lo que a su padre lo desollara el cepo tinoquista. La euforia del enamoramiento, más encendida ahora que nunca en su corazón, arrollaba todo a su paso y le devolvía a él la sonrisa confiada que había desaparecido de su semblante por largo tiempo. ¡Sí, Ariana lo elegía a él! ¡Su eterna amiga, su amada, esa dulce y retraída jovencita que, al decir de Tolstoi, “*le parecía tan perfecta, un ser tan por encima de todo lo de la tierra*”^[53]... le otorgaba su mano a despecho de todos los riesgos!

Esfuerzo, y no poco, le tomaba desplazar de su mente y de su alma ese benigno aturdimiento, para concentrarse en resolver el problema más urgente que tenía a la mano: ¿cómo burlar el asfixiante cerco de los esbirros de los Tinoco, para convertir tan agradable quimera en una realidad tangible, sin despertar una sospecha que pudiese resultarles fatal?

Ernesto salvó el primer obstáculo en cuestión de unos días, gracias a una inadvertida ayuda de don Fernando: la invitación a comer hecha por este último a su viejo amigo el padre Tomás, un domingo después de la misa. Cuando después de una larga sobremesa se fue a despedir el sacerdote, para emprender a pie el regreso a San Francisco, resolvió el muchacho ofrecerse a acompañarlo al menos por una parte del trayecto, aunque lo que realmente buscaba era el momento de conversar con él en privado. Y mientras bajaban la

cuesta hacia el río Torres, los oídos del cura iban llenándose de sobresalto, temor incluso, a medida que Ernesto le exponía, a media voz y con frases cortas y cuidadosas, el peligroso dilema en que él y Ariana se encontraban, así como su delicada e intimidante pretensión.

—¿Debo entender entonces, hijo mío, que si ese enlace llegara a trascender... los señores Tinoco podrían interpretarlo como una afrenta o como un desafío personal? —la forma titubeante en que el padre Tomás planteaba la pregunta dejaba traslucir lo difícil que era para él recobrarle del enorme asombro causado por las historias de su singular feligrés.

—Si así no fuera, padre, yo no le pediría hacer esto en secreto— respondió él con decisión—. Yo no tengo de qué avergonzarme... y ella, por su parte, es una señorita intachable, que vive bajo el amparo de una familia muy católica y de mucho prestigio... y además nos queremos, eso está clarísimo ahora... Pero estando de por medio el General, ya es otra cosa... porque usted mejor que nadie sabe lo que puede pasarle a uno si se lo echa encima...

—Sí, hijo, entiendo... —el huesudo semblante y las pobladas cejas del sacerdote desnudaban un hondo pesar—. Pero por lo menos tenés el apoyo de tus papás, ¿o no?

—Más o menos... —no era habitual que Ernesto se sonrojase o tartamudease tanto como lo hizo ahora—. Es decir, a la muchacha mis papás la adoran, y me imagino que muchas veces habrán pensado que tarde o temprano íbamos a terminar casándonos... pero específicamente de esto que estoy planeando, no les he hablado todavía... ¡porque primero quería planteárselo a usted!

—¿Y los papás de ella?

—Mm... ella no tiene papá, solo la mamá está viva, aunque no vive con ella... pero gracias a Dios la señora está de acuerdo—mientras iba hablando, Ernesto iba rebuscándose los bolsillos hasta extraer de ellos el pequeño y delgado papel—. De hecho por aquí tengo la carta de la señora...

—Por cierto—interrumpió el clérigo, mientras abría distraídamente el pliego que le entregaba el muchacho—, aún no me has dicho quién es la muchacha...

—Bueno... no tiene sentido ocultárselo a usted, que tarde o temprano va a saberlo. Es mi vecina, Ariana Cortés... una muchacha muy linda, inteligente, decente...

—¿Ariana Cortés? —la entonación del cura detuvo en seco las palabras

de Ernesto. También los pies de ambos dejaron de andar al instante, y se encontró entonces el joven examinado de cerca por las pupilas pardas del clérigo, mirándolo por encima de los anteojos—. ¡Uy... ahora sí me cayó el *cuatro*...! Es de Cartago, esa muchacha, ¿verdad que sí? ¿No es ella una de las hijas del finado Miguel Cortés, el que estaba casado con Beatriz Alvarado...?

—Padre... ¡no me diga que usted...!

—Sí, claro, ¡ya sé quiénes son...! —dijo el sacerdote una rápida ojeada a la carta, sin dejar de hablar—. Verás... yo era muy amigo del padre Octavio, que Dios lo tenga en la Gloria... un santo varón, quizás el católico más genuino que yo haya conocido jamás, el que más estudiaba y mejor explicaba las Escrituras... Y él fue el que me habló de esa familia Cortés, hasta que un día me llevó a conocerlos. Gente exquisita, muy educados y nobles todos... Y varias veces tuve el privilegio de que me invitaran a comer, cuando iba yo a la Basílica... Por cierto, ¿verdad que Ariana es la que tiene ojitos gatos?

Ernesto asintió con la cabeza, temeroso de que la efusividad con la que el padre Tomás deshojaba sus recuerdos acabase por llamar la atención de los esbirros, que sin duda no andarían muy lejos.

—Sí, sí, ya me acuerdo de la “*Gatita*”, así era como le decían... una *mocosilla* muy despabilada, ya sabía leer desde antes de entrar a la escuela... —prosiguió el transportado párroco, con la nostálgica mirada en la lejanía—. ¡Ah, qué gran tragedia fue ese terremoto! Muerto el padre Octavio dentro de la iglesia, muerto Miguel con dos de los chiquitos... Beatriz viuda, sin casa y con el resto de la catizumba... y después ella se volvió a casar, se *jaló* de Cartago a vivir a otra parte y total, les perdí la pista... Pero ahora decime vos, ¿cómo fue a parar Arianita a esa casa tan elegante?

—Ahí le cuento la historia otro día—sonrió nerviosamente Ernesto—. Pero por el momento, padre, lo que más me urge es saber si puedo contar con usted.

El sacerdote pareció despertarse bruscamente de un sueño profundo al conjuro del directo emplazamiento que le hacía el estudiante. Miró hacia los lados, con aparente displicencia, y finalmente volvió a dirigir su vista en dirección al joven.

—Te aclaro que no es normal que yo haga una cosa de estas—repuso luego de un benévolo suspiro—, pero no me cabe duda de que esto lo está poniendo el Señor para librar a esa pobre muchachita de una desgracia... y a mí, siendo un simple siervo, no me queda más salida que hacer la voluntad de Dios... así que, tratándose de ella y de vos, ¡contá conmigo! Pero una cosa sí

tengo que decirte: yo estaría más tranquilo si le consultaras a tus *tatas* antes de dar un paso tan serio... porque yo a Fernando lo respeto mucho, y no quisiera que él tenga nada que reclamarme si te ayudo con esto y después resultara que él no está conforme...

—Está bien, yo les digo... Pero, ¿cuándo lo hacemos? Me imagino que es mejor de noche y bien tarde, para que no lo vean a uno... ¿no cree?

—Todo lo contrario, hijo... va a ser mucho más sospechoso que salgan de noche, y es más probable que los agarren—el padre Tomás agachó un poco la cabeza y bajó por completo la voz—. ¡Con tanto policía rondando, y en cualquier momento vuelve el tal *Pelico* a suspender las garantías y a implantar estado de sitio, con el cuento de la invasión...! No, no, lo mejor que pueden hacer es aprovechar estos días, que acaban de entrar las clases y que además estamos en media Cuaresma... Me dijiste que la “*Gatita*” está en el colegio, ¿verdad? Pues eso significa que sale de la casa temprano y no vuelve hasta tarde... de modo que es posible que después de clases se quede por algún lado, tal vez donde una compañera, sin que los tíos se alarmen ni lo echen de ver siquiera... cosa que de noche dudo mucho que pueda pasar... Y además, ¿qué tendría de raro que en plena Cuaresma un buen católico vaya por la tarde a misa, o a visitar a un sacerdote...?

“Lo único que tenés que conseguirte—mientras iba hablando, hacía sobre Ernesto la señal de la cruz como bendiciéndolo, para despistar a cualquier posible vigilante—es un par de testigos de confianza, pero que estés seguro de que no te vayan a vender. Y cuando ya los tengás y hayas también hablado con tus *tatas*, me avisas para poner una fecha... pero por favor, lo antes posible, porque ahora viene la Semana Santa, y ya te podés imaginar lo ocupado que voy a andar yo”...

El muchacho asintió con la cabeza, antes de inclinarse reverentemente tomando de la mano al cura para despedirse. Acto seguido dio media vuelta y emprendió el ascenso a paso veloz, mirada entornada y expresión contraída bajo el enérgico sol, como si a pesar de haberse imaginado los requerimientos que podría hacerle el padre, estos le resultaran sorprendidos e incongruentes de todas maneras: “*Lo que es la rigidez de un procedimiento... ¡pedir testigos para una boda secreta!*”...

Testigos y confesiones

Las demandas del padre Tomás inquietaron a Ernesto por largos días. ¿Cómo recibirían sus padres aquella impetuosa y casi quijotesca determinación suya, que sin saberlo ellos lo pondría otra vez en ruta de colisión con el general Tinoco? Y peor aún, ¿de dónde iba a sacarse él dos testigos para validar un enlace cuya sola realización podía traerle consecuencias nefastas a él y a su prometida?

Por supuesto, a pesar de haberse vuelto un tanto huraño últimamente, aún le quedaban amistades a las que habría podido acudir en circunstancias normales... ¡pero qué difícil era confiar en alguien, en medio de aquel ambiente enrarecido por la miseria, los rumores de guerra, los arrestos arbitrarios y palizas gratuitas, el espionaje inclemente y el difundido temor! ¿Podría garantizarse Ernesto que ninguno de sus posibles padrinos acabara por traicionarlo, bajo la seducción de las opíparas recompensas que ofrecían los hermanos dictadores, o frente a la gélida intimidación de sus bayonetas?

“Solo me quedan dos opciones: que mis testigos sean enemigos a muerte de los Tinoco y no quieran venderse, o meterles la yuca de que la boda la hacemos a escondidas por otra razón... porque tampoco es que todo el mundo sabe que ese zaguatón de Joaquín Tinoco anda detrás de Ari”... Mientras daba vueltas al asunto se acordó de Agustín, el ebanista que había venido a reparar la puerta que destrozase la Guardia Rural. ¿Cómo no había pensado en él antes? No solo era un amigo de mucho tiempo, quien sin duda encontraría muy divertido participar en una “travesura” como aquella, sino también un ardiente patriota que no temía expresar su disgusto con el régimen, y a quien podría en todo caso dársele una explicación distinta para lo apresurado y furtivo del matrimonio. Una fugaz visita del muchacho al taller donde laboraba su compinche, con pretexto del encargo de un mueble cualquiera, selló fácilmente el trato. En cuanto a la segunda persona, supuso que la fiel Azucena no tendría inconveniente en cooperar: por un lado conocía y estimaba mucho a Ariana, y por otro su lealtad incondicional a la familia Herrera la había convertido, desde el día mismo del arresto de don Fernando, en enemiga rotunda del régimen. Pero antes de planteárselo a ella, resolvió dar Ernesto el paso crucial de obtener la aprobación de sus padres.

Se atrevió a pedirla una noche, después de la cena, cuando no se hallaban en la sala más que ellos tres. Pero la reacción de ellos cuando él terminó de hablar, solo la podría haber descrito la flotante pluma del gran Rubén Darío: “*quedó el asombro ciego, quedó el espanto mudo*”^[54]... ¿Casarse tan precipitadamente con Ariana... y además en secreto? ¡Vaya insensatez! Por mucho cariño que tuviesen hacia la muchacha doña Elena y don Fernando—habituados ambos a verla casi como hija propia—, y por más que considerasen casi inevitable que ella y Ernesto se enamorasen en algún momento, se necesitarían razones muy poderosas para persuadirlos de que no era una tontería precipitar el acontecimiento. Y no quedó entonces más remedio al angustiado muchacho que revelar a sus padres los pormenores del asedio que sobre la desventurada jovencita tenía el General: una historia que, al estar directamente ligada con las grotescas huellas del cepo en los brazos y piernas de don Fernando, sacudió violentamente la incredulidad de ambos adultos.

—Pero si haces eso, no solo le declararías la guerra a Joaquín Tinoco, sino que le causarías un gran perjuicio a esa pobre muchacha—objetó con voz frágil pero con semblante firme doña Elena—. Si esto resultara en un escándalo, olvídate de que ella tenga un colón de dote, ni mucho menos que pueda ayudar a su familia... ¡Y además los Cantillano son tinoquistas! ¡Don Elías jamás va a aprobar eso!

—No necesito que él apruebe nada, si ya la mamá está de acuerdo—respondió con decisión el muchacho, esgrimiendo en el acto la salvadora carta de Beatriz. La leyeron ambos con ilimitada estupefacción, la madre primero, luego don Fernando.

—Y esa señora... ¿sabe la verdadera razón de todo esto?

—Ariana se la tuvo que haber explicado. De lo contrario jamás habría dicho que sí.

Nuevamente se irguieron en medio de la sala los baluartes de un silencio electrizante.

—A ver si te entiendo, Ernesto—empezó a balbucear el talabartero al cabo de unos segundos, todavía cegado por el barril de asombro que arrojase sobre él su hijo—: ¿quieres casarte con Arianita por protegerla del General...?

—Al menos esa es una de las principales razones—admitió el joven estudiante, sin ánimos para mirar a los ojos de su padre, ni mucho menos para examinar la expresión aterrada de doña Elena.

—¿Y qué te hace pensar que eso la va a proteger? Vos... vos has oído,

lo mismo que yo, las historias de ese hombre... solteras y casadas, jóvenes y maduras, las que él conquista y las que solitas se le ofrecen... ¡sin que nadie se atreva a marcarle el alto, porque todos le tienen miedo...! ¿Acaso no entendés que a él le da igual Arianita soltera que casada?

—No lo hago por él, sino por ella. Para ponernos los dos juntos al amparo de Nuestro Señor. Para demostrarle que la quiero, que confío en ella, que no va a estar sola ni indefensa frente a ese hombre... ¡Para darle una razón más por la cual defenderse... para darle ánimo y energía de forma que ella sepa cómo cuidarse sola!

Iba a protestar nuevamente doña Elena, pero la frenó su esposo con un gesto de su mano bondadosa, en cuya descarnada textura se adivinaban todavía las consecuencias de la prolongada prisión.

—No creo que haga falta decirte que tu elección es la mejor parte de esta historia—afirmó don Fernando, sus palabras combinando la solemnidad de los momentos graves con la afabilidad natural de sus gestos y modales—. A Arianita la conocemos desde hace años, la hemos visto crecer y la queremos como a una hija... y sé que hablo por mí y por tu mamá cuando te digo que no vas a encontrar una muchacha más apropiada que ella para esposa. Es una chiquilla preciosa, educada, inteligente, y como lo dice muy bien su apellido, cortés hasta decir basta... No sé, Ernesto, en qué momento te diste cuenta de que estabas enamorado de esa chiquita... pero sí te puedo decir en cambio que ella te ha amado prácticamente desde que llegó a vivir a este barrio. Siempre se le ha notado, en la forma de mirarte y de tratarte... Y no es para menos, porque desde chiquillo fuiste siempre un caballerito, gentil y amable, y creo que ella encontró en vos el cariño incondicional que seguramente nunca iba a encontrar viviendo con gente tan fría como los Cantillano.

La intervención del padre, con su hablar campechano y siempre pausado, iba aplacando lentamente la mueca de inquietud en la cara de doña Elena, mientras a la vez dibujaba una de fascinada sorpresa en la de Ernesto.

—Honestamente yo hubiera preferido—continuó calmamente don Fernando, quien aunque se daba cuenta perfectamente del efecto de sus palabras en su esposa e hijo, sabía disimularlo muy bien—que esto sucediera más adelante, ya vos con tu carrera completa y ella por lo menos habiendo salido del colegio... pero por otro lado comprendo muy bien lo que está pasando. Sé que no se trata simplemente de que ustedes dos se hayan enamorado, sino de algo mucho más sublime... ¡defender su dignidad! Porque esta sería su revancha... una *trompada*, un escupitajo en la cara de ese

insolente de Joaquín Tinoco... y como ya bien dijo tu mamá, sería declararle la guerra...

—Esa guerra está declarada desde el día que vino la Guardia Rural a esta casa—replicó Ernesto, ya sin poder contenerse—. Y va a continuar... ¡juro que va a continuar hasta que uno de los dos caiga!

Don Fernando y doña Elena se miraron recíprocamente, sin decir palabra.

—Así que... lo único que les quiero pedir yo—la emoción hacía tartamudear al muchacho, más nervioso aún ante el silencio de sus padres— es... que me apoyen. Nada más.

—De todas las maneras en que se puede desafiar a los Tinoco—sentenció el viejo talabartero con aire resuelto—no puedo pensar en una más noble que la tuya. ¡Retar a la indecencia con el amor! Porque los tiranos, y eso es lo que son ese par de desgraciados, solo pueden alimentarse de miedo. ¡Así es como logran que la gente los obedezca! Y el miedo puede convertirse en odio, pero el odio no puede vencer al miedo. Solamente el amor es más poderoso, porque se vuelve esperanza. Si vos estás decidido a dejarte guiar por el amor, es porque ya perdiste el miedo, ¡y sin el miedo los Tinoco no son nada!

“Lo que estás por hacer, Ernesto, no solo vale por el amor que hay detrás, sino porque acerca un paso más el final de esta dictadura. Porque cada persona que le pierde el miedo al dictador, lo debilita un poco más. Cada acto de desafío, por insignificante que parezca, lo va botando paso a paso del poder. ¡Hasta los peores déspotas se derrumban, una persona a la vez! Es cuestión de tiempo, porque todas las avalanchas empiezan con una pequeña piedra... Pero por lo menos en esta casa, los Tinoco ya están caídos. ¡Caídos, sí, porque ya para mí no cuentan, ya yo los boté! Y también vos mismo, al casarte con Arianita, vas a botar a los Tinoco en tu vida, y con eso su caída definitiva va a estar un paso más cerca, por más que mienta “*La Información*” o por más que ganen esas supuestas “elecciones” de partido único que tanto les gusta hacer... ¿Y qué sabés vos, si en muchas otras partes de este país también a alguien se le está acabando esta misma noche la paciencia con ese par de maleantes? Ya va a llegar el momento en que todos a una reventemos como Fuenteovejuna^[55], o como reventó el Cuartel Principal hace año y medio... ¡Lo único que falta es la chispa! Porque a los *ticos* nos podrá sobrar la paciencia, pero que no olviden los Tinoco que a todo chanco le llega su diciembre... y que cuando a los *ticos* se nos termina la paciencia, ¡nos sobra

el valor!”

Dicho esto, don Fernando se levantó de su silla, lo imitó doña Elena, y caminaron ambos hasta la de su hijo. Este comprendió al instante lo que estaba a punto de suceder, y se puso también en pie para recibir el más estrecho abrazo del que tuviese memoria desde la niñez. El abrazo que no había podido intercambiar con su padre el día que salió de la prisión, por causa de sus muchas lastimaduras. ¡El abrazo de una indómita libertad!

—¿Cuándo es la boda? —la voz de don Fernando, zozobrando momentáneamente luego de aquel paroxismo de vehemencia, alcanzó a duras penas a mover los tímpanos de su hijo.

—La fecha... la fecha exacta aún no la sé—conmovido hasta las profundidades y con la pasión estrujando sus cuerdas vocales, Ernesto tuvo que iniciar dos veces su frase para poder terminarla—. Todavía tengo que ver con Ari cómo vamos a hacerlo... pero de todas maneras, ustedes entenderán que no vamos a poder invitar a nadie... que tampoco tendremos luna de miel y que, como ya les expliqué, pasará un buen rato antes de que podamos irnos a vivir juntos...

—No pasa nada, hijo... ¡anda con Dios y con nuestra bendición! —exclamó el padre, con el acento firme de un mariscal de campo arengando a su tropa—. Echa para adelante, sin miedo, porque como dice la Biblia, “*el amor perfecto expulsa al temor*”^[56]. ¡Y que pronto se termine esta pesadilla, para que vos y Arianita puedan ser tan felices como lo merecen!

La violenta perturbación emocional terminó de ahogar a Ernesto mientras atinaba a percibir apenas cómo se refugiaban en su hombro los callados sollozos maternos. Sintió cómo lo santiguaban los dedos de su padre. Y en su corazón ardió, una vez más, el terrible pero placentero deseo de no conformarse con acercar un paso la ruina de los Tinoco... sino atestarle de una vez a su tiranía la anhelada herida de muerte.

Parte V

La revuelta

Planes de boda

A medida que en las calles josefinas se iba densificando la presencia militar y policial, y que entre los habitantes se empezaba a respirar una atmósfera de insoportable aprensión, abanicada por los continuos rumores de redadas y arrestos, los vivaces ímpetus de Ernesto comenzaban a desalentarse. Era tan asfixiante la vigilancia, que no había día en que no se apostaran en el vecindario dos o tres esbirros bien identificados, sin contar a los extraños “peatones” vestidos de civil que, sin explicación aparente, rondaban las aceras y permanecían por horas enteras en aquellos vagabundeos. Y como resultado, habíase reducido sensiblemente el tránsito de mensajes escritos entre él y Ariana, temerosos ambos de llamar la atención de las suspicaces autoridades y de causar con ello dificultades con la tiranía a Azucena y a Secundina, portadoras usuales—y no del todo inocentes, además—de las delicadas misivas.

¿Y cómo no iba a desesperarse el impaciente muchacho? Ni siquiera había podido escamotearle a Ariana un encuentro “casual” para discutir los pormenores de la ceremonia secreta, que les era imposible acordar por carta debido al inherente peligro de resultar descubiertos si por alguna razón la correspondencia fuese interceptada y descifrada su clave. “*Y si no podemos ni siquiera vernos para hablar algo tan simple, ¿cómo diantres vamos a hacer cuando de verdad llegue el día, cuando ella tenga que zafarse y robarle la vuelta a todos los esbirros habidos y por haber, empezando por el tal Rafael, que lo tiene en la propia casa?*”

Un domingo, sin embargo, al salir de misa creyó divisar a su novia a la distancia, alejándose rápidamente de la iglesia, en compañía de Rafael y de María Consuelo. “*¡Qué raro!*”, se dijo con inquietud. “*Ni siquiera la vi llegar... y hubiera sido un buen momento para al menos ponernos de acuerdo*”... Nada comentó a sus padres, en el trayecto que los separaba del mercado, donde quisieron ir a realizar las compras de la semana... pero en uno de los enroscados pasadizos repletos de verduras se cruzó Ernesto con dos de las criadas de los Cantillano, una de las cuales era Secundina. Ni una palabra intercambiaron, ni mucho menos una mirada; pero al pasar la muchachilla junto al canasto de víveres que llevaba él, le pareció observar un

ágil y rapidísimo movimiento de sus manos. Y unos minutos más tarde, al momento de verificar lo adquirido en el siguiente tramo para hacer el pago correspondiente, advirtió el joven un papel doblado que dormitaba tibiamente debajo de los rollos de vainicas. No quiso leerlo entonces; le bastaba con la simple existencia del papel para comprender su procedencia. Y por consiguiente, resolvió guardárselo en el bolsillo, para desdoblarlo en cuanto volviese a casa, donde tendría más a mano la hoja con las claves.

Antes del almuerzo tenía ya descifrado el mensaje: la dirección de una casa en las inmediaciones del Parque Morazán. Un nombre por el cual preguntar: “*Carmen Lyra*”. Una hora concreta: las cuatro y media de la tarde. Y un curioso epígrafe: “*Llevo uniforme*”.

¿Qué significaba eso último? La punzada de juguetona curiosidad volvió a poner en la faz de Ernesto una sonrisa dubitativa. ¿Sería capaz la jovencita de hacerse notar con tanto desparpajo, vistiendo (¡un domingo!) el inconfundible atuendo colegial, como si con eso pretendiese hacer mofa del General y de sus espías? ¿O se trataba de alguna insinuación que él no lograba captar?

Al salir de su casa a pie, poco antes de las cuatro de la tarde, optó por anunciar simplemente que iría a dar un paseo y posiblemente se detendría a oír el rutinario concierto dominical de la Banda Militar. Difícilmente iban a dar sus padres por válido aquel pretexto, pero se abstuvieron de cuestionarlo, y él tampoco quiso decir una palabra más. ¿Para qué les añadiría preocupaciones, explicándoles que tendría en cambio un encuentro clandestino con su prometida, y por si fuera poco en casa de una mujer cuya identidad probablemente ignoraban? ¿Y para qué los expondría a saber más de lo necesario, si por desgracia se presentase luego algún esbirro inoportuno a averiguar su paradero?

La dirección que le habían dado se hallaba bastante cerca del negocio de su padre. Pero, no queriendo el muchacho guiar a los hipotéticos espías gobiernistas directo al escondite, tuvo la viveza de dar un largo y tedioso rodeo. Avanzó primero hasta la Avenida Central, y de un momento a otro resolvió tomar el tranvía para ir a bajarse en las inmediaciones de la Estación del Ferrocarril al Atlántico, alrededor del cual (en el llamado “*Paseo de las Damas*”) comenzaban a aglomerarse jóvenes galanes y guapas señoritas, aunque en número muy inferior al que creía recordar en otros tiempos. Ahora bien, en una ciudad tan furiosamente aferrada a sus costumbres como lo era por entonces San José, nada tenía de anómala esta escena... hasta que advirtió

el muchacho la inquietante presencia, en cada esquina del largo viaducto que en sentido descendente conectaba la Estación con el Parque Morazán, de nutridos pelotones de la policía montada, y tuvo al instante la certidumbre de que aquella debía ser la razón por la que debía hallarse en declive la afluencia de público. Pues a juzgar por la rocallosa actitud con la que sus miembros, crucetas en mano, contemplaban altaneramente a los peatones desde la altura de sus caballos, parecían estar más a la espera de sofocar un motín o de la captura de un fugitivo peligroso, que de la simple vigilancia de un espectáculo público promovido por el propio Gobierno.

No le resultó tan difícil abrirse paso en zigzag a través de la desgranada multitud, hasta llegar al kiosco del Morazán; y allí torció nuevamente el rumbo como si se dirigiese a la talabartería. Había memorizado las señas de la casa lo bastante bien para no tener necesidad de llevar consigo la carta, de modo que al reconocerla se acercó confiadamente y tocó la puerta. Desde el otro lado, sin abrirle, una voz femenina le preguntó qué se le ofrecía.

—¿Aquí vive Carmen Lyra?

—¿De parte de quién?

Aunque la nota de Ariana había sido excepcionalmente escueta, no había dejado por fuera el detalle de la contraseña con la que debía responder:

—*Tío Conejo.*

La puerta se abrió de golpe, dejando ver únicamente una frente amplia y morena circundada por oscuros cabellos, y unos ojos redondeados donde la aprensión se enlazaba con la valentía. Sin tiempo de decir más, se vio Ernesto cogido de una mano e introducido bruscamente a una casa no muy grande, casi espartana en su decoración, y en la cual faltaban conspicuamente las imágenes y estampas religiosas tan omnipresentes en la vasta mayoría de los hogares costarricenses. Al venir directamente de la calle le fue un poco difícil acostumbrar su vista a la penumbra, pero cuando su temporal ceguera se fue disipando, se vio al frente de una mujer diminuta, bien vestida, de unos treinta años, que lo contemplaba fijamente con una expresión indecisa entre la desconfianza y la admiración.

—Usted debe ser el amigo de Ariana, supongo... —dijo, guardándole una recelosa distancia y sin animarse siquiera a tenderle la mano.

—Y usted, la maestra María Isabel—el muchacho parecía apenado de verse objeto de tanta suspicacia, aunque la comprendía muy bien—. Bastante me ha hablado Ari de usted... pero no tenía hasta hoy el gusto de conocerla...

—Síntese usted por aquí, mientras voy por un bocadillo... ¿Prefiere

café o aguadulce?

–Por favor, no se moleste. Con que nos haya facilitado la casa es más que suficiente.

La mujer salió de todas maneras, para volver instantes después con sendas tazas de café y con unos deliciosos tamales asados. Merendaron ambos en la modesta mesa de la sala, aunque sin conversar mucho a causa del natural temor; pero aunque el único tema en común que tenían en realidad era Ariana, bastaron algunas medias frases pronunciadas por la improvisada anfitriona para que Ernesto terminara de persuadirse de que era una de las más furibundas enemigas del régimen con las que hubiese tenido contacto hasta entonces.

Apenas comenzaban a entrar en confianza, empero, cuando escucharon unos golpes secos y repetitivos, que dando en la puerta de la calle reverberaban amenazantes por toda la casa. La maestra dirigió a Ernesto una mirada de temeroso rencor, y le espetó:

–Vaya de una vez y escóndase allá en el patio, entre las macetas... porque a como puede ser su vecinita, también puede ser que a usted lo vinieran siguiendo... ¡y si se pone fea la cosa, se brinca la tapia y se zafa de una vez, porque si por desgracia lo agarran aquí, a mí es a la que me lleva el diablo, por andarlo escondiendo!

No esperó otra instrucción el muchacho; se levantó precipitadamente y corrió en la dirección que le indicase la mujer, mientras esta se dirigía con tensa parsimonia a la puerta, donde habían vuelto a dar entre tanto tres o cuatro fuertes toques. El joven contuvo la respiración y se acurrucó entre las frondosas plantas del húmedo patio. El mínimo sonido anormal, el menor estrépito o grito masculino, debía servirle como señal para la inmediata huida.

Al husmear a través de la cerradura, empero, la educadora experimentó un tipo distinto de sobresalto. Le habían dicho de la calle la contraseña correcta, pero la voz era tan diferente a la que estaba acostumbrada a oír de Ariana, que sintió la necesidad de asomarse furtivamente... y el corazón le dio un violento vuelco que arrastró el resto de sus órganos al precipicio del terror. ¡Era un militar! Tenía el aspecto de un recluta extremadamente joven, no muy corpulento, de facciones finas, cargando solamente una pequeña mochila y sin armas visibles, pero le bastaba con el relumbre del bien planchado uniforme para que su estampa resultase tan intimidante como la del veterano más endurecido. ¿Habría sido interceptada la jovencita, y estaban todos a punto de ser detenidos...? La maestra María

Isabel flaqueó y le faltó el oxígeno, pero respiró hondo y se decidió a abrir.

La silueta uniformada ingresó atropelladamente a la casa y cerró con brusquedad la puerta.

—¡Ay, maestra... ya me tenía nerviosa! ¿Por qué duró tanto para abrirme? —protestó, arrancándose la gorra azul para descubrir así su larguísima cabellera castaña, y usándola para limpiarse de pasada el tizne con el que simulase un incipiente bigote—. ¿Ya Ernesto llegó?

—¡Muchacha de Dios, por poco me matás del susto! —rezongó la pálida anfitriona, con una de sus manos intentando jinetear el desbocado corazón—. ¡Venir a tocarme la puerta vestida así...! ¿Cómo se te ocurre? ¿Te volviste loca...?

—Perdóneme, maestra, jamás quería asustarla... —la recién llegada, sin dejar de restregarse la cara con la gorra, se sonrojó profusamente—. ¡Pero es que andar en uniforme, creo yo, era la mejor manera de evitar que alguien me atajara o me siguiera!

—¿Y de dónde diantres agarraste esa carajada? —todavía no lograba la maestra reponerse del enojoso temor que la había sobrecogido, por causa del cual regañaba con los ojos a la recién llegada—. ¿Y esas botas, que te deben quedar inmensas?

—Paciencia, paciencia, ya casi les explico todo... ¡pero por favor, maestra, primero dígame si Ernesto ya está aquí!

—¿Y así es como querés casarte con ese pobre? ¡Le hubiera dado un ataque si hubiera estado en mis zapatos! Pues que Dios lo agarre confesado, porque si no... ¡qué futuro el que le espera!

Ariana solo pudo sonreír a medias mientras la anfitriona, aun sosteniéndose el pecho y respirando ruidosamente, retornaba al patio en busca del fugitivo. Instantes después la vio regresar, seguida por un titubeante Ernesto en cuyas ropas se veían todavía algunas hojillas secas, y en cuya faz cogobernaban el desconcierto y la desconfianza. Sin poder contenerse corrió a su encuentro y se abalanzó en sus brazos, antes de ofrecerle sus labios para el beso más suplicante que hubiesen podido intercambiar: un beso largo, caluroso e intenso, que se habría prolongado aún más si la sonrojada maestra no le hubiese puesto término con un indiscreto aclararse de la garganta.

—Ari... ¿pero qué es esa ropa? —en lugar de las frases amorosas que habría ansiado decir, lo que le salió de entre los labios al muchacho fue un gruñido suspicaz que se acompañó por las cejas levantadas. En efecto, de no haber sido por el pelo largo y las inconfundibles facciones que ahora,

removido el tizne, brillaban en todo su cálido esplendor, nada en el atuendo que llevaba habría sugerido siquiera las delicadas formas femeninas que adornaban el esbelto físico de la jovencita.

—¡No te burles, que es nada menos que mi vestido de novia! —respondió resueltamente Ariana, fingiéndose molesta—. Dicen que el novio no tiene que verlo antes, pero con los vientos que corren no tuve otra alternativa...

El joven no pudo sostener la seriedad oyendo aquello, y con indubitable regocijo la miró a modo de burlona interrogación.

—¡Es en serio! —el puño de Ariana aterrizó jocosamente en el hombro de su prometido—. ¿No te dije yo bien clarito que iba a llevar uniforme? ¿O estabas creyendo que me iba a encaramar el del colegio un domingo?

“*Carambas, por lo visto me conoce bien*”, suspiró Ernesto, encogiéndose de hombros y dejando romperse toda su tensión en un corto pero sentido amago de sonrisa.

—¿De dónde lo sacaste? —inquirió, tratando de simularse amoscado—. ¿Te lo regaló el General, para que hicieras juego con él?

—¡Ingrato! —exclamó la jovencita, dándole otro empujón y formando con sus expresivas facciones un malicioso guiño—. ¡Si hasta te traigo uno a vos, para que estés a la última moda...! ¿No estás entendiendo que con esto podemos andar por cualquier parte de San José, sin que nadie nos moleste o nos reconozca siquiera?

—¿Pero dónde los conseguiste?

—¿Ya te olvidaste de que mi mamá es la lavandera del cuartel de Puntarenas? Lo único que no pude traerme fueron unas botas... pero estas me las encontré en el armario de Rafael. ¡Es que no se me ocurrió encargarle unas de mi talla a mi padraastro, que ahora trabaja de zapatero...! Y sí, me quedan enormes y además huelen a diablo... ¡pero por lo menos son buenas y están bien lustradas...!

—Aunque quizás haya sido mejor así—intervino con una mueca sardónica la maestra, examinando la desproporción entre el tamaño de aquel calzado y la fina contextura del “recluta” que lo llevaba puesto—. Con unas botas de tu talla y un piecito tan diminuto como el que te manejas, ¿quién te hubiera creído que fueras un hombre?

—¿Y qué te proponés con todo esto, Ari? —el muchacho dejó atrás las bromas y adquirió un semblante severo y pensativo—. Está bien que a ese par de sinvergüenzas les gusten las mascaradas y los disfraces... puesto que el uno

siempre anda vestido de *káiser* y el otro no se apea jamás el peluquín ni las cejas postizas... ¡sin mencionar la reverenda payasada que fueron esas últimas elecciones! Pero... ¿qué tiene eso que ver con nosotros? Porque eso que dijiste, de que ese iba a ser tu vestido de novia... ¡no lo estarás diciendo en serio...! ¿O sí?

La colegiala, con un gesto pícaro jugándole entre los labios, asintió lentamente con su cabeza. Mas entonces intervino la maestra María Isabel, sin dejar de contemplar a la pareja “*con esa simpatía rayana en veneración que sienten por los héroes de aventuras amorosas las personas que nunca las han tenido*”^[57], al decir de nuestro cuentista Gagini.

—¿No prefieren pasar al comedor? Ahí es menos probable que los oigan de la calle... y además pueden ir tomándose el cafecito mientras conversan... ¡Ah, y si necesitan hablar en privado, me lo dicen y punto, con toda confianza!

La entrevista no se prolongó más que quince o veinte minutos, y estuvo marcada por un acelerado laconismo completamente ajeno al ambiente festivo y casi carnavalesco de los primeros momentos. Pero al salir Ernesto de la casa, una desusada animación iluminaba su semblante. Llevaba bajo el brazo un discreto canasto facilitado por la educadora, dentro del cual reposaba—disimulado entre hojas de periódico—el atuendo militar que le llevase su prometida. Y dentro de su alma, un tonel de alivio y una renovada e inquebrantable resolución. Volvía a casa con una fecha tentativa para la ceremonia secreta: el segundo miércoles de abril. También con un sitio probable: alguno de los sembradíos o cafetales que circundaban al Beneficio *Tournon*, a los que se podía acceder con relativa facilidad desde ambas riberas del río Torres. Y lo más importante, con un plan afinado y detallado en extremo, producido a partir de la vibrante imaginación de Ariana alrededor de los benditos uniformes clandestinos que a la postre debían ser cruciales para el éxito final.

La jovencita solo se quedó unos minutos más, apenas los necesarios para encerrarse en la habitación de su anfitriona y metamorfosearse de nuevo en una digna señorita capitalina, para lo cual había traído consigo un cómodo pero elegante vestido verde, así como un práctico tocado para su cabeza.

—Ariana... ¿estás segura de que vas a hacer eso? —le preguntó ominosamente la maestra al verla salir de su pieza, intentando todavía dar los retoques finales a su cabellera.

—Nunca antes había estado tan segura de algo—respondió

decididamente ella—. Y sinceramente hubiera querido que usted fuera mi madrina... pero preferí no pedírselo, para evitarle un problema.

—Bueno... ya sabes que estoy un poco peleada con la religión... pero de todas maneras te agradezco el honor—María Isabel, al suspirar e inclinar por un instante la cabeza, se veía aún más pequeña al lado de la espigada Ariana—. Aunque tal vez te pueda ayudar en algo... ¡guardándote aquí tu uniforme! Así no vas a tener que pensar en dónde cambiarte de ropa... ¡y además no vas a poder darme otro susto como el de hoy!

La adolescente se ruborizó, mientras sus ojos y cejas expresaban una ingenua preocupación.

—No... creo que no va a hacer falta... Cuando le expliqué mi plan a Ernesto, me dijo que íbamos a hacer algo un poco diferente, y que era mejor que el otro uniforme lo usara alguien más, porque a mí me queda un poquito grande, la verdad... así que más bien tengo que decirle a él que pase a recogerlo una tarde de estas... Pero... ¿de veras se inquietó usted tanto?

—No voy a negarte que me sobresaltó ver un uniforme frente a mi puerta, hija... —respondió maternalmente la dama, encogiéndose de hombros—. Pero desde que conocí el poder de las ideas, lo único que me asusta de verdad es la ignorancia.

Amor entre cafetales

Hubiese anhelado Ernesto que las semanas que faltaban para la fecha establecida transcurriesen más rápido. O que al menos el transcurso del tiempo hiciese menos frustrantes las cortas y furtivas visitas que de noche en noche seguía haciendo a la ventana de su prometida el desvergonzado personaje de la gabardina y el sombrero hongo. Aunque a veces, al contemplar sus arribos y partidas, le hacía cosquillas dentro de la boca una sonrisa sarcástica. ¿No era irónico, después de todo, que debiendo el General buena parte de sus triunfos de alcoba a los disfraces con los que podía tomarse impunemente libertades de señor feudal con todo tipo de mujeres, estuviese él a punto de arrebatar de sus garras la mejor presa, sin más arma que... un disfraz?

Cuando se espera un día concreto, sin embargo, se tiene la certeza de que eventualmente llegará. Pero ya desde la víspera, al volver de la talabartería al anochecer en compañía de su padre, y observar desde su acera cómo Ariana se asomaba como una fantasmagórica exhalación a su ventana abierta y le dirigía una relampagueante mirada antes de cerrarla apresuradamente, tuvo la certidumbre de que su lecho sería invadido por el más invencible desvelo que hubiese experimentado jamás.

Con sus retinas repitiéndole millones de veces la fugaz expresión con la que su prometida parecía decirle: “*Todo está en pie*”, se vio Ernesto entre sus sábanas infructuosas contemplando las encaladas paredes y el inerte cielorraso... hasta que escuchó algún ruido de pisadas en el silencioso exterior. Era transparente el aire de esa noche veraniega, sin viento ni nubes, iluminada desde el poniente por una Luna en cuarto, de modo que no le cupo duda al muchacho de que alguien rondaba la calle. “*¡Ahí debe andar otra vez ese viejo pocapena!*”, se dijo con resignada molestia, levantándose para buscar una ventana desde la cual confirmar su deducción. No se equivocaba: delante de la ventana de Ariana, vagamente iluminado por la indecisa luz callejera, se alzaba la silueta del sombrero y la gabardina. Esta vez, sin embargo, no experimentó el joven estudiante la burbujeante indignación de otros momentos, sino un raro sabor a victoria en el paladar. “*Adelante, General*”, lo retaba en su pensamiento: “*Siga echándole el cuento, endúlcele*

el oído, confíese si quiere en su porte y su parla de Juan Tenorio^[58] y dígale lo mismo que a todas las otras... pero mañana a estas horas, aunque la venga a ver al mismo lugar y piense que nada ha cambiado, ¡ya ella habrá elegido su camino ante Dios! Y tendrá que respetarla, gústele o no... o lo va a salir pagando”...

La ventana se abrió un poco, y por un instante flotó una de las cortinas sobre la acera, antes de poder reconocer el rostro temeroso de Ariana. La sombra alargó entonces su mano para poner ante ella algo que parecía un sobre o un pequeño envoltorio; pero al instante desapareció la joven cerrando tras de sí la ventana con aire presuroso, y el contrariado intruso tardó uno o dos segundos en volver en sí y eclipsarse presurosamente cuesta abajo. Ernesto sonrió amplia y casi malignamente: aquello había tenido más aspecto de huida que de despedida. *“Eso es, General... ¡vaya practicando cómo se huye, porque muy pronto usted y su hermano tendrán que hacerlo, con el rabo entre las piernas, como el par de delincuentes que son, aunque jueguen de finos!”...*

Sin una brizna de sueño se levantó Ernesto antes del amanecer, y pudo luego ver a Ariana, con su atuendo de estudiante, su cabello arreglado y sus impecables útiles, emprender a pie el camino al colegio. Hasta media tarde se desarrolló su rutina con normalidad: caminata, clases en la Escuela de Derecho, traslado al negocio familiar para socorro de don Fernando, retorno a casa. Allí, sin embargo, ya se había puesto en marcha la primera parte de la subterránea estrategia: el envío de Azucena, inmediatamente después del almuerzo, a casa del padre Tomás, con pretexto de la entrega de unas empanadas de chiverre preparadas por doña Elena. El joven, satisfecho y expectante a la vez, se puso el pantalón del uniforme, antes de volver a salir poco antes de la hora estipulada, presuntamente con rumbo a la talabartería. Pero en algún momento se desvió intempestivamente y—desapareciendo de la acera para atravesar con furtiva agilidad los solares y los cercados de los alrededores—fue a salir casi en el propio corazón de la ciudad, por donde anduvo calmosamente, entrando y saliendo de diversos establecimientos comerciales, como si anduviese de compras o en procura de una merienda.

A su paso por el edificio ocupado por el periódico *“La Información”*, se detuvo a contemplarlo por un instante, apenas el necesario para proferir tres o cuatro iracundas maldiciones en voz baja. ¡Prensa soez e injuriosa, carente de ética y plena de servilismo, capaz de “demostrar” que la Tierra era plana si tal era el capricho de los Tinoco, y de no escatimar rebuscados epítetos ni

infundios desvergonzados contra quienes se dignasen a asegurar lo contrario...! Siguió su camino por un par de calles más, hasta detenerse nuevamente frente a una conspicua plantación de maíz, ubicada bastante cerca del Teatro Nacional, y por consiguiente no muy lejos del Colegio Superior de Señoritas. Y en un instante que creyó propicio, saltó ágilmente la pequeña valla de madera que la rodeaba y se esfumó entre el verde follaje de la milpa.

De allí emergió unos minutos más tarde, completamente transformado en un apuesto militar. El uniforme completo y bien planchado, las botas impecablemente lustradas, la gorra calada hasta las cejas, y la imbatible seguridad de que, aunque alguien lo hubiese visto salir del maizal y saltarse de nuevo la cerca, jamás se atrevería a importunarlo. “*Se supone que con esto estoy renunciando al miedo, ¡y ahora el miedo es mi aliado!*”, se dijo triunfalmente, antes de reanudar su caminata como si nada hubiese pasado. En aquel terreno, bajo el generoso cobijo de las alargadas hojas, quedaba la alforja en la que había dejado las prendas de las que recién se despojase. Más adelante volvería por ellas.

Deambuló por los alrededores durante algunos minutos, y luego tomó hacia el norte y abordó el tranvía de Guadalupe. Volvió a bajarse en la calle de la Estación del Atlántico, y de allí emprendió una marcha pausada hacia el Oeste. ¡Ya casi era hora...! “*Ahora todo es que Agustín salga a tiempo y esté listo cuando lleguemos*”...

Por ese tiempo no era raro en las empedradas calles de San José presenciar el traslado de alguno de los numerosos ciudadanos detenidos por la policía o el Ejército hacia la Penitenciaría Central, situada en el extremo septentrional de la ciudad. Por el contrario, las gentes intimidadas solían apartar la mirada e inclusive cerrar sus ventanas en cuanto se acercaban aquellos tristes desfiles. De tal modo que a nadie debió haber llamado la atención el paso solemne, a plena luz del día, de una pareja de soldados que a empujones hacían avanzar a un pilluelo de unos catorce o quince años a lo sumo, brazos amarrados, boina en la cabeza y venda en los ojos que ocultaba a medias un fino y blanco rostro. Una observación más detenida, sin embargo, habría hecho a cualquier peatón entrar en suspicacias: no solo carecían ambos “soldados” de arma alguna, sino que a uno de ellos, joven corpulento y de abundante cabello oscuro, el uniforme parecía quedarle un poco estrecho. Y por si fuera poco, su “prisionero” tenía las ropas en perfecto estado y los zapatos limpios, no presentaba huella de haber recibido golpe alguno, y se dejaba conducir con anómala docilidad por aquella reducida guardia.

Serían las cuatro y media de la tarde cuando el “pilluelo” y sus dos escoltas comenzaron a descender la pendiente del río Torres; pero al final de esta, donde comenzaba a espesarse la vegetación, dieron un giro brusco y se esfumaron del camino. Después de adentrarse unos cuantos metros, se detuvieron al pie de un árbol y desataron a Ariana, quien debajo de la venda apenas podía contener una risa nerviosa. Enseguida Ernesto tomó la delantera, mientras el “soldado” del uniforme tilinte, que no era otro que Agustín el ebanista, la auxilió para comenzar el descenso en zigzag hacia la abrupta hondonada que acunaba el lecho del río. El sitio acordado se encontraba en la ribera opuesta, pero no hubo gran dificultad para vadear la corriente: al hallarse el verano en su punto culminante, el caudal estaba lo bastante bajo para que los tres jóvenes, saltando de piedra en piedra, lo atravesasen sin apenas mojarse. Resultó más incómodo para ellos trepar por el paredón que se levantaba al frente, pero lograron hacerlo en poco tiempo, e instantes más tarde se vieron delante de una cerca de madera que bordeaba las intrincadas callejuelas de un cafetal. Se hallaban al fin en los terrenos del Beneficio *Tournon*.

—¿Están seguros de que aquí es? —inquirió el ebanista, colorado y sudoroso, aunque evidentemente seguía disfrutando la aventura. Su ancho pecho estiraba aún más con cada respiración la martirizada tela del uniforme, hasta hacer crujir sus botones—. Al padre no lo veo por ningún lado...

—No debe tardar—espetó Ernesto, sentándose al fin entre los cafetos después de ayudar a Ariana a saltar la cerca—. Es decir... si todo sale bien de aquel lado.

—Pues ojalá que aparezca rápido—remató el primero, sacándose de entre las ropas un cigarrillo y encendiéndolo en el acto—, porque entre más duremos, más probable que algo salga mal... ¡De por sí ya hemos tenido mucha suerte de poder llegar hasta aquí sin que nadie nos haya seguido!

—¿Puedo decirle algo, don Agustín? —hasta entonces no se había atrevido Ariana a dirigirle la palabra a su otro acompañante. En realidad apenas sí había hablado en el trayecto, temerosa de que su voz dulce y femenina arruinase el plan—. Es que... ¡no tengo palabras para decirle lo agradecida que estoy con usted...! Porque... bueno, en realidad usted y yo ni siquiera nos conocemos... de hecho solo recuerdo haberlo visto un par de veces... y sin embargo aquí anda usted, arriesgando hasta la vida por hacerme un favor...

—¡Ah, no, señorita, eso no es nada...! —aunque la sonrisa del aludido

fue espontánea y amable, la bocanada de humo que la acompañó irritó al instante los sensibles ojos de la jovencita—. Más bien me da pena con usted, que tenga que vérselas a palitos para poder casarse con un chavalo tan legal como Ernesto... ¡y que de feria le pongan de padrino de bodas a un tipo sin saber ni quién es!

—¡Shh...! —interrumpió Ernesto, apagando las otras voces con un gesto rotundo de su mano. Los tres contuvieron la respiración y se eclipsaron entre las plantas, mientras intentaban descifrar un ruido persistente que les traía la briza—. ¡Creo que alguien viene...!

Los chasquidos de la hojarasca seca fueron volviéndose más distinguibles, y no tardó Ariana en distinguir el brillo de una cabeza medio calva que, en medio de las tupidas ramas de los cafetos, parecía desplazarse lentamente como si buscara algo.

—¿Será el padre Tomás? —susurró a Ernesto, que muy alerta se encontraba agazapado a su lado. El muchacho, sin embargo, la siseó sin ofrecerle una respuesta. Permaneció al acecho con el sigilo de un cazador indígena, hasta que de un momento a otro se volvió hacia ella y le espetó:

—¡Vamos!

—¿Adónde?

—¡Nada más síganme!

El muchacho tomó de la mano a su prometida y la hizo avanzar de un suave tirón. Pasaron los tres, un poco agachados y con extremada lentitud para minimizar el ruido, a través de las frondosas hileras de cafetos, hasta que a una señal de Ernesto se detuvieron de nuevo.

—Sagrado Corazón de Jesús... —exclamó de pronto, en voz baja pero suficientemente audible.

—¡En vos confío! —le respondieron desde el lado contrario. Al momento se dibujó en la faz del muchacho una enorme y aliviada sonrisa, mientras se enderezaba calmosamente para voltearse hacia su séquito e indicarles que no había nada que temer. Ariana salió lentamente de entre la vegetación, y así vino a encontrarse con la fisonomía avejentada del padre Tomás, quien le dirigió una mirada de nostálgico cariño antes de hacer hacia ella la señal de la cruz, y luego con la expresión, coloreada por el calor y demudada por la tensión, de Azucena, todavía con sus alforjas al hombro.

—Disculpen el atraso, hijos... —carraspeó el cura, a quien el cansancio hacía temblar un poco la voz, mientras acomodaba sobre sí mismo los atuendos santos y se iba encaramando en los hombros la indispensable estola

—. Pero ahí a la salida de San Francisco nos atajaron un par de policías y empezaron a hacernos preguntas... Me pareció un retén normal, no creo que estén sospechando nada... pero lo mejor es que procedamos de una vez, por si las moscas.

—Pensé que nos íbamos a devolver a la iglesia—intervino Azucena, un poco desconcertada.

—Sería muy arriesgado, sabiendo que andan por ahí los esbirros— declaró el clérigo con una agobiada sonrisa—. Además... no hace falta un templo consagrado por los hombres, cuando tenemos a nuestro alrededor uno hecho por el mismo Dios—añadió al cabo de un segundo pensativo, antes de volverse hacia Ernesto y Ariana—: ¿Están listos, hijos?

Al despojarse de su boina y dejar libre su hermoso cabello castaño antes de cubrirlo de nuevo con un improvisado velo facilitado por Azucena, Ariana sintió un intenso zumbido dentro de su cabeza, y comenzó a marearse. La pregunta casual del sacerdote la había desencajado visiblemente. ¿Estaba ella realmente lista? En sus delicadas facciones se leía fácilmente un pensamiento: “*Nunca me imaginé que algo con lo que tanto había soñado, pudiera asustarme de esta manera*”... Respiró profundamente, se santiguó varias veces casi por instinto, y al fin, adquiriendo de pronto esa solemne serenidad que se apoderaba de ella cuando de verdad era exigida, irguió su faz y respondió:

—Adelante, padre... ¡cuando usted guste!

El sacerdote sonrió fugazmente otra vez, y luego inclinó el rostro para officiar, mientras los vibrantes ojos de Ariana y las apasionadas pupilas ámbar de Ernesto se buscaban mutuamente, como si intuyesen la irreplicable oportunidad de jurarse su amor ante el altar de la libertad.

Luna de hiel

Aún estaban ellos pronunciando sus votos matrimoniales, empero, cuando escucharon a cierta distancia el ladrido de dos o tres perros, que se repitió unos segundos más tarde, esta vez seguido de voces masculinas. ¿Había alguien más en el cafetal? ¿Los estaría buscando la policía? El atardecer se acercaba inexorablemente, pero las ventajas que pudiese ofrecer la oscuridad nocturna para ocultarse serían neutralizadas por el olfato de los canes. ¿Y cómo podrían aventurarse en medio de las tinieblas a las escabrosas riberas del río Torres? Ariana experimentó la gélida embestida del pavor: cualquier retraso en volver a su casa significaría indefectiblemente el descubrimiento de su temporal fuga, y por consiguiente el fracaso del plan.

—¡Los declaro marido y mujer! —exclamó precipitadamente el padre Tomás, mirando con visible nerviosismo en todas direcciones—. Podés besar a tu novia... pero con todo respeto, mejor lo haces en otro momento, porque tenemos que salir de aquí cuanto antes si no querés pasar tu luna de miel en la Penitenciaría...

—¡Vean, hagamos esto! —intervino resueltamente Agustín, adelantándose hacia los contrayentes—. Den ustedes tres la vuelta por atrás, y salen al camino de San Francisco... y mientras tanto yo me llevo a la muchacha por el lado del río y la dejo puestita en Barrio Amón, bien cerca de la casa... Con eso despistamos a los perros, y si a ustedes los llegan a alcanzar, no tiene nada de raro que Ernesto haya acompañado a la empleada de su casa a ver a un padre... Porque lo que de fijo no puede pasar es que a ustedes dos los vean juntos, ¿verdad?

Con indecible angustia vio Ariana cómo una vez más la atosigante opresión del régimen amenazaba sus sueños más amados. Pero Ernesto, mucho más práctico, inclinó la balanza con su lógica implacable: el plan del ebanista era quizá la única alternativa que tenían para zafarse de aquel aprieto.

—Agustín... ¡cuidamela muy bien, te la encomiendo! —exclamó, antes de tomar la mano de Azucena y emprender la ruta. El improvisado padrino no perdió tiempo: sin aguardar siquiera a que la agitada Ariana se volviese a recoger el cabello y a poner la boina que debía camuflarlo, la cargó en sus potentes brazos y la hizo pasar así la cerca, para luego internarse con ella en

la penumbrosa vegetación.

Ya oscurecía cuando Ariana y su nuevo guardaespaldas alcanzaron la orilla del Torres, mitad andando, mitad resbalando por la empinada pendiente y aferrándose a las ramas, arbustos y raíces que a manera de frenos les iban saliendo al paso. Intentaron otra vez vadear el río saltando de una roca a otra, pero esta vez las sombras le jugaron una mala pasada a la colegiala, al intentar ella apoyarse inadvertidamente en un guijarro suelto. Por supuesto, la piedra traidora se dio una rápida vuelta, y como resultado quedó el pie de Ariana dolorosamente atrapado entre dos rocas. El ebanista tuvo que devolverse en su auxilio, y aunque no tuvo problema para liberarla, constató con gran preocupación que, además de haberse empapado la pierna, tenía una seria torcedura en el tobillo y la piel llena de sangrantes desolladuras. La muchacha, con los ojos muy abiertos, inhalaba fuertemente y se mordía los labios para no proferir queja alguna; pero no pudo evitar que rebrotara el recuerdo de la lesión simulada de la que se valiese para eludir las invitaciones del General a bailar aquella fatídica noche del anterior noviembre. “*Bien decía mi mamá... ¡todo en la vida se paga!*”, se lamentaba con no poca ironía al ver la manera casi burlona en que le pasaba el Destino esa factura.

—Me da mucha pena... pero se me hace que voy a tener que subírmela en la espalda para poder sacarla de este barranco—murmuró su enérgico acompañante, sin poder ocultar su contrariedad. En efecto, la escabrosa ladera que tenía ante sí no invitaba a llevar carga alguna—. Y mientras tanto, ¡vaya pensando usted qué excusa va a ponerle a sus tíos para llegar con esa pata así de *jodida*...!

A estas alturas Ariana habría aceptado cualquier sugerencia que le diese una posibilidad de volver a casa sin que su escapada fuese advertida por los Cantillano. Y viendo que se le estaba acabando el tiempo, y que como una punzada de temor envenenado seguían oyéndose a alguna distancia los ladridos de los perros, se olvidó de sus instintivas reservas y se dispuso a obedecer. Pero en tales condiciones, y a pesar del enorme esfuerzo que revelaban sus bufidos, el joven no pudo avanzar más que unos cuantos metros antes de hacerla descender.

—Así no podemos, señorita... ¡señora, digo! —deploró, secándose con la manga del uniforme el sudor de la frente—. Pero... por aquí me parece andar todavía el mecate con el que la traíamos a usted amarrada... ¡Eso es, aquí está! Vea... voy a amarrármela a la espalda para que me queden las manos libres y así poder trepar con más facilidad... ¿le parece?

La soga surtió el efecto deseado, pues el corpulento ebanista pudo escalar con mucho más agilidad, empleando manos y pies, aunque la fatiga lo obligaba a detenerse cada cierto tiempo. Pero el dolor de la muchacha iba aumentando, y la inflamación de su tobillo iba haciéndose más y más notoria.

—Ay, don Agustín... —balbuceó ella al cabo, con voz desmayada—: ¿cómo vamos Ernesto y yo a pagarle tantos favores?

—¿Favores, dice? —las manos callosas de Agustín iban atando febrilmente los nudos, pero su indomable espíritu bromista encontraba en los obstáculos un verdadero fertilizante—. Imagínese... la llevan a casar amarrada, le ponen un padrino que ni conoce, y la misma noche la devuelven a la casa, sin esposo, sin luna de miel y toda *desguabilada*... ¡y tras de todo, usted agradeciendo...! Dígame usted, Ariana... ¿de veras son tan bravos sus tíos, como para que hayan tenido que hacer así la boda, en lugar de *zafarse* de la casa de una sola vez y *jalarse* a vivir a otro lado como marido y mujer?

—En realidad—dudó ella por largo rato antes de contestar la interrogante—el problema es que mis tíos y mis primos son muy amigos del General... y nada les hubiera costado hacer que nos buscara la policía...

—Ah... ¡ya caigo! ¡Seguro agarraron “entre ojos” a Ernesto por lo que pasó con el papá de él... eso de que los Tinoco lo mandaron a arrestar...! —el comentario de Agustín, entrecortado por los bufidos, resultaba para Ariana tan veraz como mortificante—. Sí, sí... me acuerdo de la trabajada que tuvimos que darnos él y yo para poner una nueva puerta esa misma noche... Pero entonces... ¡todo este enredo también es culpa de ese par de *pendejos*...! ¿Será que ni para eso van a dejarnos vivir en paz?

La jovencita lo escuchaba sin interrumpirlo, tanto porque las molestias de su tobillo le restaban ganas de hablar, como por el instintivo temor a expresar sus opiniones a oídos de personas desconocidas: un miedo que no se dejaba vencer, ni por la obvia confianza que tenía Ernesto en Agustín, ni por el desparpajo con el que este último dejaba ver sus escasas simpatías por el régimen.

—¿Será que ya en este país no queda nadie que tenga los pantalones para poner en su lugar a ese par de engreídos, y sobre todo al tal Joaquincito, que es el que en realidad hace y deshace como le da la gana? —continuaba plañendo el ebanista, en uno de sus descansos. Habían ascendido con bastante rapidez, y las luces del alumbrado público que se veían a través del follaje les daban a entender que se encontraban cerca de la calle—. Porque *Pelico* es un completo pelele, lo único que tiene en la cabeza es un montón de humo...

¡pero en cambio ese infeliz de Joaquín...! Un tipo que día y noche se pasa insultando a todos los *ticos*, tratándonos de cobardes, humillándonos, alzándose con nuestras hermanas, novias y esposas como si fuera un sultán turco... ¿y que no haya uno, pero ni tan siquiera uno solo, que se arme de valor y le cobre la ofensa? ¡Diay... con razón dice él que somos una manga de *pendejos*! Y conste, Arianita, que yo en lo personal no tengo ningún agravio contra esos dos, a mí nada me han hecho directamente... pero de veras que, como hombre y como *tico*, ¡me da mucha rabia ver que en todo este país no haya ni siquiera un Juan Santamaría que le dé fuego a ese zángano...!

Terminaba de decir esta frase cuando vislumbró entre la vegetación un claro, por el cual se filtraba suficiente luz para conjeturar que se hallaban a pocos metros de la calle. Agustín se detuvo entonces para desatar los nudos y poner a Ariana nuevamente en tierra, pero casi de inmediato constató ella que no podía siquiera apoyar su pie derecho a causa del sordo dolor de su tobillo y del complementario ardor ácido que le producían las cortaduras.

—Me duele mucho, no sé si voy a poder caminar así—gimió ella, desmoralizada, llevándose las manos al rostro luego de sentarse apuradamente sobre un tronco—. ¡Y además no puedo llegar a mi casa en este estado... primero tengo que pasar a donde una amiga para cambiarme de ropa...!

—¿Dónde es eso?

—Por el Morazán.

—¡Ah, carambas! —el forzado ebanista, que hasta entonces daba la impresión de ser inmune a la alarma, pareció al fin desconcertarse—. Mm... ¡qué va...! Es un tirón bien largo todavía, y de fijo tendríamos que irnos por los solares y los patios para que nadie nos viera, así que con toda seguridad vamos a durar de aquí a Semana Santa...

El volumen con el que iba pronunciando su frase se desplomó de un momento a otro, al tiempo que su semblante iba reviviendo con idéntica rapidez, para completa confusión de Ariana, quien se quedó mirándolo como si lo hubiese acometido un acceso de burlona locura.

—¡Pero qué bruto...! —exclamó, radiante de felicidad, dándose una palmada en la sien—. ¿Por qué no lo pensé antes? ¿Acaso que ando yo metido por gusto entre este uniforme tan incómodo...? ¡Ya te tengo esto resuelto, Ariana, vas a ver...!

Y ante la mirada atónita de la jovencita, el atrevido joven se lanzó precipitadamente a media calle y, con la exuberante prepotencia de un experimentado sargento, le marcó rudamente el alto a un boyero que iba

pasando con su humilde carretón cargado de leña, seguramente en ruta hacia el mercado. El aterrado campesino obedeció en el acto, imaginando sin duda que le iban a ser arrebatados tanto el vehículo como la mercadería, infortunio bastante habitual para los comerciantes y agricultores desde la llegada de los Tinoco al poder. Pero el solitario “soldado”, muy en su papel, se dio media vuelta, se internó en la espesura y reapareció al momento de entre las sombras con la lastimada Ariana, que aún no daba crédito a sus sentidos. Enseguida la hizo sentar encima de los atados, para luego ordenarle al asombrado carretero conducirlos inmediatamente al Parque Morazán, bajo la agradecida promesa de que inmediatamente después quedaría en libertad.

Se escuchaban a la distancia las campanas de la Iglesia del Carmen dando las siete de la noche, cuando en el portoncillo de la residencia de los Cantillano apareció por fin Ariana, luciendo el tranquilizador uniforme del colegio, pero con una media ensangrentada, una notoria cojera, y un persistente dolor que le contraía periódicamente el rostro sudoroso y muy enrojecido. Desde luego, la tía Dolores—que como de costumbre se había quedado a cenar—fue la primera en venir a su encuentro, llevando en su lengua el estrepitoso apóstrofe de rigor por haber venido tan tarde; mas al descubrir la lesión de su sobrina, lejos de preocuparse por paliar sus consecuencias, se dedicó a interrogarla con inquisitorial desconfianza acerca del origen, aunque sin quedar muy convencida de la explicación que recibió (un severo tropezón en un inadvertido desagüe del vecindario).

Pero ni esta desagradable bienvenida, ni las tortuosas curaciones que le hicieran luego las benignas pero inexpertas criadas, pudieron desalojarle del rostro a Ariana la expresión victoriosa y serena que reposaba en él. Porque era verdad que nada parecía haber cambiado en la superficie, pero en el indomable espíritu de la jovencita llameaba la fulgurante certidumbre de que, después de aquella aventura vespertina, su vida se había transmutado definitiva e irreversiblemente. Pues aunque siguiese teniendo ella el mismo aspecto de ingenua fragilidad, aunque hubiese venido a pasar la noche en la misma habitación estrecha y retirada de siempre, o aunque tuviese que continuar soportando por algún tiempo el degradante asedio del insaciable Joaquín, sabía que había muerto en ella la niña insegura y temerosa. Y que esa mujercita esbelta y tierna que se introducía sola y calladamente en su lecho de adolescencia había dejado de ser simplemente la señorita Ariana Cortés, colegiala de diecisiete años ya cumplidos... para convertirse ante Dios en la flamante y dignísima esposa de Ernesto Herrera, el único hombre al que había

amado durante toda su vida.

Se desnuda el terror

Durante los primeros días de su “matrimonio”, lo único que compartieron realmente Ernesto y Ariana fue cierta sensación de alivio. A pesar de las peripecias vividas por ambos al volver de la clandestina ceremonia—que en el caso de Ernesto incluyeron la de hacerse pasar por un oficial del Ejército en misión especial para librarse de un retén policial—, parecía evidente que sus estratagemas para burlar la vigilancia de las autoridades habían sido un éxito rotundo. Nadie había sido inquietado, ni se habían producido las temidas “visitas” de los esbirros del régimen. Ernesto continuaba yendo y viniendo a diario entre la Escuela de Derecho, la *Talabartería de los Condes* y su casa, en apariencia sin ser molestado; y Ariana hacía lo propio, aunque su lastimado pie le entorpeciese un tanto el viaje al colegio y de vuelta, y le sirviese también de excusa para no asistir al teatro el sábado con sus primos y una pareja de amistades de estos últimos, eludiendo así un posible encuentro con el General.

Aquella forzada percepción de seguridad, sin embargo, se desmoronó al primer soplo. El propio Lunes Santo se encontró Ernesto con que dos de sus profesores no habían acudido a dar lecciones. Los vientos de nerviosismo que rompían por toda la ciudad le revelaron rápidamente el motivo: habían sido detenidos esa misma mañana por la policía, y se rumoraba insistentemente que, por orden expresa del general Tinoco, sus hombres estaban recorriendo las calles para practicar arrestos similares. El pavor se adueñó del muchacho al pensar en su padre, de modo que dejó botados hasta sus libros por correr hacia la talabartería. Al hallarlo sano y salvo tuvo un fugaz respiro, pero previendo alguna complicación decidieron ambos cerrar el negocio inmediatamente y refugiarse en casa de un pariente de doña Elena, que vivía en el lejano Barrio Santa Lucía, hasta poco antes del anochecer. Por cierto que aquella intempestiva determinación tuvo una consecuencia imprevista: hacer enfermar de angustia a la propia doña Elena, a quien no se pudo dar aviso hasta muchas horas después.

Para el Jueves Santo la capital se había tornado en una insoportable olla de habladurías. Se decía que más de cien ciudadanos habían sido detenidos, y que pronto habría muchos más, pues los Tinoco estaban resueltos

a desarticular la red de cómplices que—según ellos—poseían en el centro del país los exiliados que estaban por invadir el distante Guanacaste. En efecto, el diario “*La Información*” anunciaba triunfalmente que a varios ciudadanos prominentes se les había abierto causa judicial por un delito del que Ernesto jamás había oído hablar en toda su carrera: “tentativa de rebelión”.

Fue tanta la irritación de su padre al leer aquellas crónicas que glorificaban el nuevo atropello, que inmediatamente ordenó reunir todos los ejemplares de “*La Información*” que fuesen posibles... y colocarlos en la letrina, para darles lo que él dio en llamar “el único uso decente que se le puede dar a ese pasquín”. Mas sin dejar de compartir gran parte de esa fulminante indignación, el muchacho experimentaba más bien un culpable alivio. “*Es un milagro que a estas alturas, cuando ya tienen enjaulado a medio San José, no nos hayan llevado presos a ninguno de los dos*”, reflexionaba. “*Después de todo, ¿no le dijo el General a Ari que mi papá era un ‘elemento peligrosísimo’ para la seguridad del país? Pero bueno... al menos vamos a poder terminar la Semana Santa sin pasar por la Vía Dolorosa*”...

Aunque no habían podido comunicarse más que por un par de cartas furtivas, Ernesto discernía muy bien la intranquilidad que experimentaba Ariana. Cada mañana, al salir ella con su uniforme de colegiala, lanzaba hacia su casa uno o dos atisbos aderezados de desazón, y a través del cristal podía leer él la expresión de temor que los subrayaba. Pero llegada la culminación de la Cuaresma, tuvieron ocasión ambos de coincidir varias veces en los actos litúrgicos, durante los cuales surgieron las inevitables miradas chispeantes de inteligencia. Y el Domingo de Resurrección, ¡oh milagro!, se acercaron don Elías y su esposa a saludar a don Fernando y a doña Elena luego de la Procesión del Encuentro, lo que propició que también la secreta pareja pudiese conversar durante algunos exiguos minutos sin temor a ser inquietados por los adultos...

¡Ay, cuán efímera fue su paz! El lunes llegó a casa de Ernesto una noticia devastadora: el padre Tomás había sido detenido la víspera, luego de los oficios religiosos, y por orden de las autoridades le habían administrado sin mucho preámbulo más de treinta varazos. Y esa misma noche, poco antes de las ocho, vio el muchacho detenerse el automóvil del general Tinoco frente a la mansión de los Cantillano. Al instante se agolparon mil conjeturas en su esófago, produciéndole unas violentas náuseas. ¿Se habría destapado el gatuperio? ¿Los había delatado alguien? ¿Habría sido torturado el sacerdote

para obligarlo a confesar? ¿En qué momento daría la orden de arrestarlo... o incluso la de ejecutarlo?

La visita del Ministro de Guerra a la residencia de sus vecinos fue en extremo corta, pero no lo suficiente para evitar que el apasionado joven pudiese observarlo salir brevemente al porche llevando del brazo a Ariana y dando la impresión de entablar con ella ese íntimo coloquio a media voz en el que los gestos estudiados y sutiles dicen mucho más que las palabras superficiales. Y le pareció notar, a pesar del esfuerzo que realizaba la muchacha por mostrarse ecuánime e incluso receptiva a las galanterías del atildado visitante, que se le escapaban por un instante sus pupilas para cruzar la calle con un silencioso grito de pavor. ¿Acaso sabía ya el General que se habían casado a escondidas? ¿Estaría, quizás, a un paso de ejercer las terribles represalias de las que solo es capaz un orgullo herido y ayuno de principios? ¿Habrían acarreado ellos dos, con su irreflexivo matrimonio secreto, la desgracia para sus respectivas familias?

La sirena del automóvil de Joaquín, al alejarse, fue el disparo de salida para una nueva maratón de insomnio, como no la había vuelto a padecer desde la eufórica tarde de la improvisada boda. ¡Otra vez esa incertidumbre envenenada, paseándose como un voraz gusano por sus arterias para robarle las fuerzas! ¿Cuándo se libraría de ella, cuándo dejaría de ser su prisionero?

Muy temprano al día siguiente apareció en el pórtico de la casa Secundina, de quien Ernesto había aprendido a esperar invariablemente nuevas sobre Ariana. Pero en vez de su típica sonrisa despreocupada, traía la muchachilla un semblante casi fúnebre que se trasladó a sus palabras cuando acudió Azucena a abrirle la puerta. Instantes después la oía sollozar en la sala.

—¿Qué fue lo que pasó? —se apresuró a indagar el muchacho, asomándose al salón donde Azucena, después de quitarle el platón de rezagadas empanadas de chiverre que pretextase su venida, intentaba consolarla.

—Dice que a un hermano de ella lo apresaron, allá en San Pablo de Heredia—fue esta última la que respondió, pues la infeliz criada vecina no podía hablar siquiera—. Parece que tuvo un problema con un esbirro y lo mandaron de una vez al calabozo...

La noticia, claro está, dejó al muchacho consternado. Sí, él había pasado por la misma experiencia meses atrás con su padre, pero... ¿qué consuelo podría ofrecerle? ¿Pretendería ignorar la clase de suplicios por los que hacían pasar los Tinoco y sus secuaces a cualquier ciudadano que tuviese

la desgracia de atraer sus iras, como lo padeciese en carne propia su desdichado padre? Aun así su corazón caritativo lo empujó a tomar asiento al lado de la muchachilla, con quien se había encariñado profundamente gracias a su avispada forma de ser y su fiel cooperación. Y allí permaneció largo rato, ofreciéndole frases cariñosas y alentadoras, hasta que ella se hubo desahogado un poco.

Al cabo se levantó ella para despedirse, pero al instante simuló recordar que debía llevarse de una vez el platón y rogó a Ernesto que se lo trajese. El ardid fue efectivo: allí encontró el joven estudiante una “empanada” cuidadosamente envuelta en una hoja de cuaderno, la cual retiró enseguida antes de pasar las demás empanadas a un recipiente apropiado y devolver luego, con una afable sonrisa, el trasto metálico.

Hubiera ansiado el muchacho, al encerrarse en su habitación para descifrar ansiosamente los garabatos de aquella hoja, una crónica detallada de la entrevista entre Ariana y Joaquín. Pero quedó un poco defraudado al inicio, observando apenas unos quince apretujados renglones, trazados a lápiz con mano evidentemente apresurada. *“Dijo que solo venía para saludar”,* casi podía oír la voz de su amada en brasas de ansiedad, *“pero a mí después me llevó aparte y me mencionó lo de los arrestos, aunque de una forma un tanto rara... ¡me da pavor que esté sospechando algo!*

“Me habló primero de que hasta a un par de sacerdotes los había tenido que mandar a detener por ciertas cosas que dijeron en las homilias, y yo supuse que se refería al padre Tomás pero no me atreví a preguntarle. Después me soltó que la invasión desde Nicaragua estaba casi encima, que cuando eso pasara tendría él que irse a Guanacaste para dirigir a las tropas, y que en todo caso había llegado la hora de tomar decisiones fuertes... pero entonces, de un momento a otro, me preguntó a mí qué decisión estaría dispuesta a tomar para salvar lo que más amaba. Te confieso que no supe si tomarlo como un simple comentario o como una advertencia.

“Y desde ese momento se puso otra vez en sus planes, me dio un sobre con una carta de aquellas, y dijo que lo esperara una noche de estas porque venían ‘tiempos difíciles’ y ahora más que nunca me necesitaba cerca de él... ¡y hasta me dio a entender que yo debería irme con él a Guanacaste! ¡Ah, si ese hombre supiera donde están mi corazón y mis pensamientos...! Pero no, prefiero que ni siquiera lo sospeche, y que no tenga así un pretexto para hacerte daño”...

Al leer este párrafo de la carta se enderezó Ernesto de pronto, sobrecogido por un espantoso concepto que al enunciarse en su cabeza derramaba por todo su ser un frío funesto: ¡ahora nadie estaba a salvo ante los Tinoco! La magnitud de la represión desatada por los tiranos revelaba tanto su empeño de mantenerse a toda costa en el poder, como la consciencia que tenían sobre el descontento popular que enfrentaban, y también la seriedad con la que tomaban al movimiento revolucionario que se gestaba desde Nicaragua. Ahora bien, el hecho de que el Ministro de Guerra, aun en medio de semejante crisis, se tomase el tiempo para visitar a los Cantillano y estrechar el cerco sobre Ariana, era indicativo de la profundidad de su interés en ella. Y quizás, incluso, de que comenzaba a impacientarse al no obtener de ella respuestas concretas. ¿No querría el caprichoso dictador, aprovechando el clima de intimidación que se acrecentaba a su alrededor, precipitar una decisión de la jovencita, como ominosamente se lo había dado a entender?

Así afloró de pronto a los ojos de Ernesto, en toda su horrenda desnudez, la fría e inexorable lógica de un tirano. “*¿Y cómo logró antes ese desgraciado que Ari le pusiera un poco de atención? Muy fácil... ¡mandó a arrestar y a torturar a mi papá... y lo utilizó después como moneda de trueque!*”... ¿Acaso no podría ahora, en una coyuntura tan propicia, apelar al mismo truco para terminar con los desesperantes escrúpulos de ella...?

Su conclusión fue inmediata: era cuestión de tiempo, quizá de horas nada más, para que su padre o él mismo se volviesen blanco de los implacables esbirros. Y en consecuencia, era preciso huir.

La firma del General

“*Escapar, sí... ¿pero a dónde?*”... De fijo serían buscados en las casas de parientes y amigos, de modo que se hacía indispensable salir de la capital. ¿Pero acaso había alguna región del país donde fuese menos pesado el yugo de los Tinoco? Si normalmente eran vigilados los caminos y los ferrocarriles que conectaban al Valle Central con las costas, lo estarían mucho más ahora con motivo o pretexto del inminente ataque, lo que obligaría a buscar rutas menos practicables. ¿Podrían acaso llegar hasta Nicaragua y sumarse al movimiento opositor acaudillado por Julio Acosta y Jorge Volio? ¿Soportaría su padre, quizás no repuesto por completo de los estragos causados en su salud por la brutal estadía en los calabozos del Gobierno, un viaje largo, a pie y sin provisiones, a través de montañas y selvas, bajo la probable persecución de las fuerzas tinoquistas? ¿Quién velaría por la rezagada doña Elena en la ciudad? Y si llegasen a ser alcanzados, ¿no podrían correr la misma suerte que Fernández Güell y sus cuatro compañeros, acribillados a mansalva en los alrededores del remoto poblado sureño de Buenos Aires, cumpliendo “*al pie de la letra*”—en palabras del propio homicida—las órdenes de los tiranos?

No, necesitaba un plan mejor. Tal vez renunciar él mismo a la fuga y ocuparse únicamente de poner a salvo a su padre... Una huida más corta, una madriguera más segura, donde pudiera permanecer más tiempo sin hallarse continuamente burlando agotadoras persecuciones... “*¡La finca de don Elías, allá en San Isidro!*”, el grito interno acalló con su fagonazo todos los titubeos. “*¡Ah, ese sería un lugar tan perfecto...! Ahí a nadie se le ocurriría buscar, y aún si así fuera, sería mucho más sencillo escabullirse*”... El ímpetu inicial, sin embargo, se agotó rápidamente como el de una nube volcánica, dejando como única estela la zozobra. “*Pero no, qué va... ¡es casi imposible...! ¿Cómo haría yo para lograr que ese señor quiera arriesgarse a enojar a los Tinoco por ayudarnos? ¿Y cómo hacer para que ninguno de los peones nos acuse?*”...

Pensaba todavía en esto cuando vio salir a Ariana de la mansión del frente, con su hermoso cabello primorosamente recogido, su impecable uniforme y sus útiles, en su papel de inofensiva colegiala. ¡Ariana...! Ella

misma, con su impresionante capacidad para improvisar, podía ser la respuesta... ¡sí, ella era su única posibilidad! ¡Quizás podría persuadir a don Elías, o dar con alguna otra salida...! Resolvió arriesgarlo todo: ¡tenía que hablar con ella, inmediatamente! A toda prisa se colocó Ernesto su característica boina café, junto con un abrigo para combatir el frío matutino, y sin avisar a nadie salió de la casa. Enseguida tomó rumbo al Sur, con la más discreta presteza posible, dispuesto a dar alcance a su amiga, vecina y esposa secreta.

A su alrededor la vida cotidiana no parecía sino un mero disfraz: las carretas de los lecheros, las amas de casa con sus canastos y sus pequeñuelos conducidos de mano, los hombres que caminaban a sus trabajos, los muchachos en uniforme colegial... Sin embargo, debajo de la apacible superficie se respiraba una lóbrega radiación de temor que quemaba la piel y agrietaba los huesos, ante la continua presencia de piquetes de policía que en actitud recelosa y desafiante a la vez recorrían también las calles, ostentando sus armas. La gente alegre y decidora del San José de antaño se había tornado sombría y desconfiada, saludándose apenas con un movimiento de cabeza o un ligero alzar del sombrero, y las pocas conversaciones que se prolongaban más allá del “*buenos días*”, se desarrollaban a volumen de murmullo, casi ahogadas por la neblina de un reprimido temor.

Guiado por su prudencia más que por el apuro, Ernesto dio una serie de atropellados rodeos por calles aledañas, abriéndose camino como una flecha entre peatones y coches con la esperanza de salir por delante de Ariana antes de que esta última alcanzase la Avenida Central. Sabía que el grácil andar de la jovencita le haría bastante difícil este cometido, pero contaba con su propia agilidad y con unos cuantos atajos que emplearía en caso de extrema necesidad.

Llegó a la concurrida esquina del Teatro “*Variedades*” casi al mismo tiempo que lo hacía ella. A tan poca distancia y tratándose de quien era, era imposible que ella no lo reconociese en el acto; pero en un principio, presa de una nerviosa indecisión, simuló no hacerlo y apartó la mirada como preparándose para cruzar la avenida. Ernesto, en cambio, se fingió el encontradizo y acto seguido avanzó resueltamente hacia ella, despojándose caballerosamente de su boina para saludarla.

—Ernesto... ¿qué estás haciendo aquí? —le disparó ella entre dientes, aferrándose a sus cuadernos como formando con ellos un escudo sobre su pecho—. ¡Aquí nos puede ver juntos todo San José!

—¿Me permitirías llevarte tus cuadernos? —en el gesto del muchacho quedaba muy claro que tanta notoriedad no era cosa que le inquietase en ese momento; pero de inmediato, apretando mucho las sílabas, añadió: —¡Necesito tu ayuda, de emergencia!

Tan siniestra introducción bastó para llenar de palidez las sonrosadas mejillas de Ariana. Bajando la mirada y respirando profundamente, se volvió ella como una autómatas a poner en brazos de Ernesto sus útiles, y al momento se hizo seguir por él para atravesar al trote la transitada avenida, mientras él la iba poniendo rápida y escuetamente al tanto de sus afanes. Y a pesar del esfuerzo de la muchacha en no demostrar ninguna emoción, la forma en que comenzaron a temblar sus manos delataba lo mucho que la consternaba lo que estaba escuchando.

—No, amor... ¡eso no se va a poder, sería inútil siquiera preguntarlo! —exclamó por fin, tan arrollada por la emoción que sus palabras apenas se oían—. Yo sé que mi tío Elías en el fondo tiene un buen corazón... y tal vez buscaría la manera de hacer algo por vos y por tu papá, si no estuvieran de por medio los Tinoco. Pero ahora ni siquiera me atrevería yo a pedirle ese tipo de favores... no solo porque estoy segurísima que él me diría que no, sino también porque, teniendo en mi casa a mi tía Dolores y a Rafael, eso sería como decirle al General adónde buscarlos primero... y también de qué lado estoy yo.

En el entrecejo de Ernesto hizo erupción la lucha interna que arreciaba. Pues, aunque comprendía muy bien las razones de Ariana y no podía negarse a darle la razón, ello no mitigaba su apremiante temor ni la consiguiente frustración ante la respuesta adversa.

—¿Y no crees vos que yo podría simplemente decirle a mi papá que se esconda allá, sin decirle nada a nadie? —planteó impulsivamente, sin poder disimular su naciente impaciencia—. De por sí ya yo conozco, gracias a vos, por dónde se puede entrar a esa finca sin que nadie lo vea a uno...

—¡Ernesto, por Dios Santísimo! —la jovencita, cada vez más acongojada, no pudo contener el gesto de llevarse una de sus manos a la cabeza—. ¿Cómo se te ocurre? ¡Lo agarra la policía o le pasa algo en el camino...! Y aun suponiendo que lograra llegar hasta allá, ¿dónde lo metemos para que no lo vean los peones ni le avisen a mi tío? Porque si me decís que lo hagamos dormir al aire libre, con el frío que se suelta allá por las noches, lo matás... Y eso, sin pensar en qué vaya a comer... Y si trata de meterse al establo o a alguna casa, capaz que le hacen daño ellos mismos, o lo agarran y

lo entregan... ¡y ahí sí que ni con la firma de don Joaquín sale el pobre don Fernando de la Peni...!

De repente se interrumpió en seco, dejó de caminar y se quedó como congelada en una especie de trance, con sus hermosos ojos perdidos en las lejanas montañas de Aserrí. Ernesto quedó también desconcertado al verla en aquel estado, pues no parecía sino que los cielos le hablasen obligándola al silencio^[59], a la manera de la Juana de Arco dramatizada por Schiller.

—La firma de don Joaquín... —repitió, pálida y con labios trémulos, antes de girarse de pronto hacia su amado—. ¡La firma de don Joaquín, sí! ¡Eso es... esa es la solución!

—¡Ay, Ariana... ya estás delirando otra vez! —la perplejidad dio paso a un dejo de sarcasmo en la exclamación del muchacho—. ¿Qué te estás imaginando? ¿Que como el tal Tinoco es tu *amiguito*, te va a aflojar una orden firmada por él para que nadie nos moleste, mientras nos vamos a esconder de sus propios esbirros...?

—No necesito pedirle ninguna firma... ¡si ya la tengo!

—¿Cómo, que ya la tenés?

—En sus cartas.

Si antes lucía un tanto aturdido el joven estudiante, ahora su azoramiento fue total. No atinó siquiera a traducirlo en una pregunta, pero la muchacha tampoco pensaba darle una respuesta. Lo miró en cambio directo a los ojos, para decirle en tono firmemente imperativo:

—¡Andá, devolvete de una vez a tu casa, y le decís a tu papá que aliste todo lo que pueda llevarse, y que no olvide un par de buenos abrigos... pero que ni se le ocurra asomar ni la nariz a la calle hasta que yo regrese del colegio para la hora de almuerzo! ¿Entendiste?

—¿Qué voy yo a entender nada, Ariana? ¿Qué estás pensando hacer?

—Si acepté casarme de la manera que lo hice—sentenció ella, con cierto tinte cáustico, sin despegar de los ojos del joven sus fulgurantes pupilas de cielo despejado—fue para ganarme el derecho de exigirte que confíes en mí. De todas formas yo esperaré que ya hubieras aprendido a hacerlo.

Hacia las dos de la tarde estaba Ariana de regreso a clases, después de haber almorzado en su casa como era su imperturbable costumbre diaria. Pero aunque ninguna de sus compañeras habría podido sacar nada en claro del impasible semblante con el que ingresó al aula, en sus adentros el péndulo de las emociones oscilaba constantemente: una diversión casi infantil por la temeridad que acababa de emprender, una estremecedora zozobra ante la

posibilidad de que no fuese a dar el fruto esperado, y luego el agobiante terror de que su eventual descubrimiento pudiese significar una catástrofe para la familia entera de Ernesto y también para ella misma.

Atrás, en su casa, había quedado el propio muchacho, todavía conmocionado por la rapidez con la que había sido ella capaz de urdir y poner en marcha un plan tan arriesgado, sin más preparativos que unos cuantos papeles extraídos de lo más recóndito de sus gavetas y una increíble dosis de chispeante audacia. O quizás asombrado de que tanto él como su padre se hubiesen hallado lo bastante desesperados como para apostarle su vida y su libertad a ese peligroso ardid, engendrado de un momento a otro por la mente bulliciosa de una simple adolescente.

Pues a la misma hora exacta en que terminaba la colegiala de acomodarse mansa y plácidamente en su pupitre, partía apresuradamente de la herrería de Guadalupe cierto jinete en uniforme militar, a lomos de un corcel de gran alzada, propiedad de don Elías. En sus alforjas, ropa y provisiones para varios días. En sus ojos, la febril ansiedad de un fugitivo. Y en su bolsillo, doblada dentro de un sobre de papel amarillento con el oportunísimo membrete de la Casa Presidencial, la nota que había hecho posible la entrega inmediata de la bestia por parte de los sorprendidos herreros, y que sin duda le abriría también en el acto, gracias la inconfundible firma que llevaba, las puertas de *La Centella*.

“A QUIEN INTERESE:

El portador de la presente actúa en cumplimiento de mis órdenes y por el bien del Estado. Tiene además, a solicitud de mi persona, la grata autorización del señor Elías Cantillano para utilizar sus bestias y alojarse en sus propiedades por el tiempo que estime pertinente para la confidencial misión que le he encargado. Procédase a auxiliarlo con la mayor discreción, bajo el apercibimiento de que cualquier acto tendiente a impedir, entorpecer o revelar su misión será severamente castigado.

*General J. J. TINOCO, Ministro de Guerra y Marina.
22 de abril de 1919”.*

6

Tiranía aplicada

La atrevida estratagema ideada por Ariana iba a demostrar su valía apenas unas pocas horas más tarde. Justo antes del atardecer se presentaban casi simultáneamente en casa de los Herrera y en la *Talabartería de los Condes* sendos esbirros, exigiendo ver de inmediato al propietario o a su hijo con la excusa de que se les llamaba por orden del general Tinoco para “hacerles personalmente algunas preguntas”. Pero en el negocio no hallaron más que a los dos jóvenes ayudantes, y en el hogar únicamente a Azucena, ninguno de los cuales tenía la menor idea del paradero de don Fernando o de Ernesto. Naturalmente, el muchacho y su madre habían salido furtivamente apenas unos minutos después de que lo hiciese el talabartero, para buscarle refugio a la dama en el Barrio Santa Lucía, en casa del mismo pariente que los acogiese el anterior Lunes Santo, al iniciarse la oleada de arrestos. Y de esa casa había partido Ernesto poco más tarde, con rumbo desconocido.

Del éxito temprano de su gigantesco embuste no recibió Ariana más que una ligera pero significativa señal, apenas al día siguiente. Al volver del colegio para su hora de almuerzo, encontró casi en la propia puerta de la casa a José Luis, el jardinero y cochero, visiblemente acongojado, terminando de explicarle a un perplejo don Elías la aparente desaparición del caballo que había dejado en la herrería de Guadalupe días atrás.

—¿Requisado? —gruñía el viejo hacendado, rascándose la cabeza como si con eso taladrase en ella una rendija por la cual cupiese la idea—. ¿Eso te dijeron? ¿Pero qué clase de abuso es este? ¿Requisarme un caballo a mí de un día para otro! ¿Y por orden de quién?

—Aparentemente, del mismísimo general Tinoco... —remataba el otro, agachando la cabeza como a la espera de un castigo por la mala noticia—. Dicen que ayer en la tarde llegó un militarote a llevárselo, y que les enseñó una orden firmada por él...

Al pasar la colegiala por delante de su tío, simulándose la desentendida, pudo captar a simple vista cómo se disipaba su molestia en un gesto de forzada resignación.

—¡Qué raro! —lo oyó decir con tono apagado—. ¿Tan escasos de bestias andarán el Ejército y la Policía? Pero ni modo, si la cosa salió del

mismo Joaquín, nada podemos hacer... ¡Solo rezar para que por lo menos no se vayan a llevar a ese pobre caballo a la guerra ahí en Guanacaste...!

No fue fácil para Ariana enterarse de que Ernesto se hallaba también oculto y a salvo en casa de su pariente materno, pues si antes era extremadamente difícil la comunicación entre ambos, las nuevas circunstancias la hacían casi imposible. ¿No se habían arriesgado ya en exceso con su conversación del martes en plena calle? ¿No podría el propio Joaquín Tinoco, enterado de esta y asociándola con la súbita desaparición de los Herrera apenas unas horas más tarde, conjeturar que la propia jovencita podía haberlos advertido de su inminente detención, pescando en el aire las sutiles insinuaciones hechas por él mismo la noche previa?

La estrujante treta, empero, fue determinante para que los Herrera corriesen con una mejor suerte que muchas familias del país en aquellos días. No pasaba un día sin que Ariana escuchase, en boca de alguna de sus compañeras, de sus profesores o de un peatón cualquiera, el nombre de uno o varios infelices que pasaban a engrosar la siempre creciente lista de los prisioneros políticos. Se decía que la infame Penitenciaría Central y el no menos lóbrego Cuartel Bellavista estaban abarrotados de opositores al régimen, e inclusive que hasta altas horas de la noche se escuchaban, mal ahogados bajo los gruesos muros de ladrillo y piedra, los desgajados lamentos de los presos mientras eran torturados. ¡Cuán asqueada se sentía después, cuando habiendo escuchado tan sórdidos relatos, se veía de pronto convertida en la improvisada depositaria del sufrimiento de Joaquín si este llegaba a merodear por su ventana, o si se tomaba la indiscreta atribución de interceptarla en automóvil a la salida de clases, como lo hiciese en un par de ocasiones ante la callada sorpresa de algunas de sus condiscípulas!

Ni siquiera ella, sin embargo, podría haberse imaginado que aquella ola de represalias y atropellos no era una reacción hepática del régimen ante la inminente amenaza de revolución armada, sino que tenían un origen mucho más frío y metódico. Lo habían urdido los propios hermanos Tinoco encerrados en el despacho de Federico, después de una nueva sesión en casa de Ofelia Corrales, y de una cena sabatina en la que habían abundado tanto el vino como las quejas presidenciales acerca del injustificado descontento de aquel pueblo, tan malagradecido siempre con sus mayores benefactores.

—¡Y lo que faltaba, ahora vienen ese par de patanes de Castro Quesada y de Jorge Volio, a querer meterse en Guanacaste! ¡Y como gran gracia, a hacerlo con un atajo de mercenarios y delincuentes armados por los gringos y

por ese gran *pendejo* del general Chamorro, y poniendo como mascarón de proa a ese intrigante de Julio Acosta, que en su vida ha tocado un arma! — despojado de su eterno peluquín en un arrebatado gesto de rabia, la cabeza de *Pelico* demostraba las inclemencias de la alopecia total que sufría desde hacía años, mientras sus labios intoxicados por el rencor despotricaban contra los cabecillas rebeldes—. ¿Qué va a seguir después, si permitimos que esos salvajes lleguen siquiera hasta Liberia? ¿Pensarán esos traidores regalarle después toda la provincia a Nicaragua, como “agradecimiento” por patrocinarles su maldita revolución?

—Yo dudo mucho que esos atarantados de veras estén creyendo que pueden derrotarnos militarmente—intervino Joaquín, quien a pesar de compartir la exasperación de su hermano, lucía un tanto menos impetuoso de lo habitual—. Castro Quesada será un taimado de marca mayor, y los hermanos Volio unos simples “cabezas calientes”, pero... ¿con qué nos van a ganar? Lo único que tienen, aparte de los cuatro gatos que se han zafado para allá, es al inútil del general Chao y a un puñado de aventureros *nicas* que solo van a pelear por la plata que les han ofrecido, y que seguramente van a salir en carrera cuando oigan los primeros cañonazos y vean que tienen al frente un Ejército de verdad. Ellos no llegan ni a quinientos hombres, la mitad de los cuales deben ser “generales”, mientras nosotros, solo en Guanacaste, tenemos ya cinco mil, mucho mejor armados, entrenados y alimentados. Y ellos lo saben, ¡tienen que saberlo! Podrán estar locos, pero no me atrevo a creer que además sean tontos.

—¿Y entonces para qué insisten en ese suicidio? —la impaciencia del Presidente se traducía en los constantes ademanes de sus manos pálidas, y en su incesante deambular a través de la oficina—. ¿Será que simplemente quieren darle por ventura alguna excusa a Wilson para intervenir en contra de nosotros? ¡Porque si el insolente ese necesita una, yo podría mandar a ejecutar mañana mismo a todos los gringos que haya en este país!

—Wilson no necesita excusas para meterse donde quiera en América— el calmoso laconismo del Ministro de Guerra comenzaba a desconcertar a su molesto hermano mayor—. Si quisiera intervenir, hace meses lo hubiera hecho... ¡y nada hubiera hecho más felices a Acosta y a su pacotilla! No, *Pelico*... lo que buscan no es persuadir a Wilson, estoy seguro... ¡si no lo ha conseguido González Flores en los dos años que lleva metido en Washington...! De hecho yo creo que la procesión anda por otro lado. Esa gente sabe muy bien que no nos va a ganar con las armas... pero nos odian

tanto que están dispuestos a dejarse matar de todas maneras, con tal de alborotar el panal y crearnos un problema...

—¿Una revuelta? —la inexpresiva mueca de Federico dejó a las claras su escepticismo—. Claro... ¡lo mismo que intentó Fernández Güell! ¿Y en qué quedó eso? ¡En nada! A la hora de la verdad lo dejaron solo, nadie se atrevió a seguirlo... ¡Así es este país... quejarse y quejarse, pero cuando llega el momento de poner el pecho, todos se *apendejan*...!

—Pero eso fue hace más de un año—objetó Joaquín, comprimiendo sus labios antes de encender un puro—. Ahora estamos mucho más solos que antes. O sino decime, ¿quiénes son nuestros aliados? ¡Nada más “*La Información*”! El resto, solo a medias nos apoya: los grandes cafetaleros, la banca privada y Mr. Keith... En cambio, date cuenta de lo que tenemos al frente: los revoltosos de Sapoá, los maestros, los curas, los obreros, los artesanos, los agricultores, los comerciantes, y hasta algunos de nuestros propios antiguos colaboradores... Y ese es, para mí, el verdadero peligro que nos significa esa invasión. Tengo informes de que Acosta y su gente tienen contactos en San José, Cartago y Alajuela, así como en otras poblaciones. ¿Qué pasaría si, cuando llegue la noticia de que ya entraron al país, se envalentonaran y empezaran a causar problemas aquí en el centro?

—¡Pues para eso están el Ejército y la Policía, para dejar bien claro quién manda aquí! —en todo su maligno esplendor se rebalsó con esta exclamación el temperamento despótico del Presidente—. Yo diría que lo que hay que hacer es poner a unos cuantos soldaditos a marchar por las calles, bien apertrechados y ojalá con sus buenos cañones detrás, para que esos agentes del enemigo que puedan andar por aquí se convenzan de una vez de lo inútil que va a ser tratar de botarnos por la fuerza... Y si después de todo insisten en intentar hacer desórdenes, perfecto... ¡cuando vea la gente lo que hacemos con ellos, y cuando vean también cómo le va a esa banda de revoltosos en la primera batalla, ahí sabremos cuánta esperanza les queda!

—Por supuesto que hay que desbaratar a los invasores apenas entren, y de eso voy a ocuparme yo—replicó resueltamente Joaquín, con ese gesto de confiada osadía que su hermano mayor conocía tan bien—. Pero entendamos algo desde ya: eso jamás va a ser suficiente. A la revolución no la aplastamos allá... sino aquí, en San José. Y el momento de hacerlo es ahora, antes de que empiecen el ataque.

—A ver, a ver... ¿qué es exactamente lo que tenés en mente?

El hermano menor sonrió lentamente y se dejó caer en una silla de la

oficina. Tamborileó sus dedos contra el puro para sacudirle la ceniza, apuntó al Presidente con la frialdad de su mirada, y con su hablar engañosamente comedido, respondió:

—Estimular el miedo.

—Explícate, Joaquín.

—Vos querías sacar a las tropas a desfilar, como advertencia, ¿verdad? —empezó a razonar el joven General—. Yo estoy de acuerdo con esa idea, pero creo que este pueblo tan testarudo y tan ignorante requiere advertencias mucho más... claras.

—¿Como cuáles? —Federico se había detenido ya, y ahora arrojaba sobre su hermano menor el peso imperioso de sus ojos oscuros.

—Por ejemplo—exhaló el otro una lánguida bocanada de humo azulado —ya tenemos una idea bastante precisa de quienes son los simpatizantes de Acosta, los que andan llevándole recados a la Legación de Estados Unidos, los que andan intrigando aquí y allá en contra del Gobierno y los que esconden fugitivos, ¿no es cierto? ¡Pues es hora de sacarlos de circulación y pegarlos directo al cepo, para que sirvan de escarmiento y no les queden ni las ganas de rebelarse!

“Pero no se tiene que tratar solo de encarcelar gente y listo—prosiguió al ver que Federico deponía lentamente su impaciencia y empezaba a demostrar verdadera avidez por escucharlo—. Lo que hagamos con los presos es lo de menos; los que nos tienen que interesar de verdad son los que quedan afuera. Y aquí es donde más nos puede servir “*La Información*”, y donde también nos conviene hacer circular rumores de toda clase. A toda esta gente hay que transmitirles con toda crudeza una idea muy concreta: al que se ponga contra los Tinoco, le va mal. Muy mal. Nada de pudores: estamos por enfrentar una revolución, y tenemos que hacerlo sin contemplaciones, sin dar la menor señal de flaqueza... para que a la gente se le pare el corazón antes de pensar siquiera en ponerse del lado de Acosta y su séquito de soldaditos de alquiler. ¡Cero clemencia, cero debilidad! Si logramos que eso quede clarito como el agua, da exactamente igual si están con nosotros o si nos odian, ¡porque el miedo se va a encargar de mantenerlos a todos bien quietecitos...!”

—Puro miedo... no sé si será buena estrategia—interrumpió el mayor, todavía escéptico—. Pero supongamos que funciona. ¿Y cuando ya comience la invasión?

—En parte estoy deseando que empiecen de una vez—respondió con firmeza Joaquín, levantándose de su asiento—. ¡No saben el favor que nos

harían! Estaríamos defendiendo la soberanía y la independencia de Costa Rica frente a las botas de mercenarios extranjeros, y tendríamos toda la razón en querer encarcelar y darles su merecido a los que traicionan a la Patria... Es crucial que convenzamos a la gente, sobre todo a la que vive en el campo, que al defender a los Tinoco están defendiendo al país. Por nosotros dos habría unos cuantos que darían la vida; pero por la Patria, ¡lo harían casi todos! Con una mano agarramos del pescuezo a los enemigos, y con la otra emocionamos a la gente a punta de patriotismo... ¡hasta los que están dudosos van a terminar poniéndose de nuestra parte!

—Bueno, admito que eso tiene sentido—observó el Presidente, que había reanudado entre tanto sus paseos por la oficina—. Nadie quiere ver a su país ocupado por extranjeros... y se me ocurre entonces que sería muy productivo restregar por todas partes la conexión de los revolucionarios de Sapoa con Wilson, con Chamorro, con Pancho Villa y, si se puede, hasta con el bolchevismo y la Revolución Rusa... ¡y ojalá en términos bien estridentes! Tal vez este tipo de afirmaciones ponga incómodos a los delicados del Olimpo, ¡pero de fijo sería muy efectivo entre la gente más sencilla, que es la que podría volvérsenos un problema si no hacemos nada! Escribimos una proclama al estilo de las de Juanito Mora, y que la lean por todo el país... decimos que esos son filibusteros, que son otra banda de aventureros y maleantes armados por los gringos, y que si ellos llegan a triunfar, estarían cambiando a patriotas como los Tinoco por vendidos como Acosta y Castro Quesada o por extranjeros como Chao...

—Exactamente—con sutil parsimonia apagó Joaquín la colilla de su puro en un lujoso cenicero que yacía sobre el escritorio de su hermano—. Y pienso también que, aprovechando la circunstancia, podríamos establecer un tipo de “*impuesto de guerra*”... y apretar con eso a los grupitos más incómodos, por ejemplo los maestros y los artesanos. Pero sobre todo a los maestros, que son asalariados del mismo Estado. Les rebajamos una tajada del sueldo, para que ayuden a pagar los gastos de nuestro heroico Ejército que se bate contra los invasores... y a los que se niegan, los exhibimos como traidores y tenemos una perfecta excusa para empezar a despedirlos...

—Muy bien, tengo que decir que, de todas las ideas que estás chorreando esta noche, esa es tal vez la que más me gusta—el dedo índice de Federico pareció querer tocarla, como si quisiese ser una varita mágica que pudiese tornarla en instantánea realidad—. De hecho voy a irla comentando con Tacho Alfaro, para que vaya pensando desde ya en la forma más cabal de

implementar eso...

–Sí... pero vayamos poco a poco. Por lo pronto, lo que más urge es estrangular el apoyo de Acosta aquí en San José, y pegar al cepo a unos cuantos necios... ahí iremos viendo a cuáles. Cuando llegue la hora, preparamos las proclamas... y el impuesto de guerra lo podemos crear después de que ganemos la primera batalla importante, para que les sea más difícil todavía resistirse a la ola de entusiasmo patriótico...

No debieron esperar ya muchas semanas para poner en marcha el resto de las ideas que hiciesen flotar esa noche. Por la tarde del 6 de mayo se le dio un aviso urgente al General: las fuerzas rebeldes se habían apoderado de Peñas Blancas, sobre la frontera nicaragüense, desde la noche anterior, y avanzaban ya hacia La Cruz, el primer poblado de importancia que se interponía en su camino. Joaquín no dio, empero, la menor muestra de alarma. Se apresuró a comunicarse con su hermano por teléfono y, concluida la breve conversación, salió de su casa y con su acostumbrada escolta de edecanes emprendió pausadamente la ruta hacia la Casa Presidencial. ¡Al fin llegaba su gran momento, la ansiada hora de salir de la sombra de su hermano, el instante para brillar con luz propia y para ajustar con sus más enconados adversarios las cuentas definitivas!

La invasión

Ariana tuvo el primer indicio de que algo extraordinario estaba ocurriendo poco antes de salir de clases. Desde su aula se escuchaba con toda claridad el aullar de las sirenas del Ferrocarril y el insistente tañido de las campanas de la Catedral, al que se sumaban desde cierta distancia las de las iglesias de La Soledad y La Merced, ninguna de las cuales distaba más de cuatrocientos metros de su colegio. Y apenas unos minutos más tarde vio aparecer en su aula al Director, con su acostumbrada estampa distinguida, pero esgrimiendo en su semblante cierta pálida alteración que la observadora alumna logró detectar pese a los ingentes esfuerzos que hacía el caballero por disimularlo. Por supuesto, evitó el recién llegado dar a las estudiantes explicación alguna sobre su intempestiva aparición, concretándose apenas a susurrar unas cuantas palabras al oído del profesor de turno, cuya fugaz mueca de alarmada sorpresa bastó para encender en la sensible alma de Ariana los más escalofriantes presentimientos.

Apenas dos días antes había recibido de Puntarenas una carta firmada por su hermana Eugenia, en la cual le comunicaba que a Miguel lo habían enviado a Liberia junto con el grueso de las tropas acantonadas hasta entonces en el puerto. La noticia, por sí sola, no habría hecho estremecer tanto a la destinataria de la misiva, de no haberle lanzado su despabilada hermanita una conjetura que, por lo verosímil, resultaba más temible: aquel despliegue solo podía deberse a que el Gobierno tenía ya la certeza de que el ataque desde Nicaragua estaba por producirse. ¿Sería acaso esa la noticia que se estaba derramando ahora por todo el país gracias a las estaciones de telégrafo y a los campanarios de los templos? La jovencita sintió cómo se le aflojaba el estómago y le flaqueaban las rodillas, al recordar las crónicas horribles que había leído por años acerca de las desalmadas trincheras europeas, y suponer que fuese su amado hermano a correr algún peligro semejante en el frente. Pero apenas se hubo repuesto un poco, corrió despavorida hacia su casa en cuanto se anunció la suspensión de lecciones.

Durante su ruta a través del burbujeante sembradío de inquietud en que se habían trocado las calles josefinas, fue recogiendo ella toda suerte de rumores e informaciones. Se decía, por ejemplo, que el Congreso y el Senado

se reunirían de emergencia esa misma noche, y que el Presidente estaba por solicitarles la inmediata suspensión de las garantías constitucionales en todo el territorio nacional—el tercer o cuarto episodio de este tipo que se producía en los veintisiete meses que llevaba su mandato—, petición a la que sin duda accederían los parlamentarios con su acostumbrada docilidad. Aquello, por supuesto, la llenaba aún más de temor. ¡Otra vez los retenes policiales, los pelotones montados recorriendo las calles con sus crucetas y revólveres, el despiadado toque de queda, los arrestos y registros al por mayor...! ¡Las cárceles atiborradas de supuestos espías y agentes enemigos...! Pero al arribar a la mansión de los Cantillano, se encontró Ariana con la misma atmósfera de aprensiva agitación que reinaba en toda la ciudad.

Rafael había venido con la sensacional noticia menos de media hora antes, y en consecuencia tanto don Elías como su esposa temían que el estallido de aquella guerra fuese a complicar el regreso de Felicia y de José María, que debía producirse por esos días, mientras que la tía Dolores parecía más ocupada en lanzar furiosas invectivas contra los dirigentes revolucionarios y en proclamar las virtudes que llevarían al general Tinoco a una fácil y segura victoria. Pero también encontró a la joven Secundina y a otra de las criadas derramando abundantes lágrimas, y no tardó en enterarse de la razón: ambas tenían parientes cercanos a los que se había reclutado, como a tantos otros sorprendidos costarricenses, para enviarlos “*con una escarapela en el sombrero y el rifle al hombro*”^[60], en palabras de Carlos Luis Fallas, al lejano Guanacaste en defensa del régimen.

La angustia le robó el apetito, al grado que apenas pudo tocar el plato de su cena. ¿Qué iba a acontecerle a Miguel si llegaba a entrar en batalla? ¿Dónde estarían don Fernando y Ernesto? ¿Seguiría el talabartero refugiado en *La Centella*, como suponía? Y su hijo, ¿estaría todavía en libertad, o habría sido capturado sin que ella pudiese enterarse siquiera? ¿Ocuparía tal vez una mazmorra en la Penitenciaría Central, o a la larga habría sido reclutado a la fuerza y enviado al combate para que diesen cuenta de él los propios revolucionarios del Sapoá? ¿Cuán fácilmente la privaban del hambre y del sueño tan aciagas incógnitas, que convertían en un verdadero cepo su lecho!

Escaso y frágil fue su dormir esa noche, pero a la postre vino a despertarla muy de mañana la voz del cartero desde la calle. Se incorporó con fatigosa torpeza sobre su cama, sin tener certeza alguna de si ese día habría o no clases; pero entonces comenzó a escuchar también a su tío Elías en el comedor, llamando a los suyos. “*¿Habrá pasado algo?*”, se preguntó con

algún temor, mientras trotaba para salir sin recogerse siquiera el caótico cabello. Hubiese debido ser captada su curiosidad por el semblante aliviado del patriarca, mientras desempacaba e iba leyendo en voz alta el recién venido telegrama de Felicia, en el cual anunciaba a su familia que había atracado junto con su esposo en Limón la tarde anterior. Pero no: el acerado azul de sus ojos se quedó en cambio atrapado por el ejemplar de *“La Información”* que reposaba sobre la mesa, y del cual se apoderaron en el acto sus ágiles dedos.

—¡Espera un momento, Ari...! ¡Todavía no lo he leído yo! —intentó detenerla el viejo hacendado, quien consideraba casi un acto litúrgico ser el primero en hojear el periódico.

—Perdón, tío... ¡pero nada más necesito ver si hoy hay clases o no! —respondió ella, en ese tono suplicante con el que sabía doblegar las reticencias de don Elías. En efecto, el hombre arqueó las cejas con cierto recelo, pero acabó por ablandarse. Y así pudo leer Ariana, simulando pasar apresuradamente las páginas, la noticia de la suspensión de las garantías, y la vibrante proclama del presidente Tinoco en la que denunciaba la invasión perpetrada por *“una banda de aventureros de diversas nacionalidades, de malhechores y presidiarios de la peor clase”*(entre los cuales, según decía, solo eran costarricenses poco más de treinta), así como el encendido discurso del presidente del Congreso, el gran tribuno Astúa Aguilar, profusamente alabado por el diario como ejemplo del *“más acendrado patriotismo”*.

—¿Al final qué hubo, Ari? —preguntó rápidamente María Consuelo, con su eterno gesto sardónico revistiendo una cierta crispación que su sensible prima no tardaría en detectar—. ¿Vas a ir al colegio o te vas a dar libre?

“Mm... no he encontrado ningún aviso al respecto”, los pensamientos relampaguearon a través de su mente febril en procura de una respuesta conveniente, *“pero está claro que, si digo que no hay lecciones, lo más probable es que mis tíos se alarmen más de la cuenta y no me dejen salir ni a la esquina... ¡y yo necesito averiguar qué ha pasado con Ernesto!”*...

—Parece que las clases siguen normalmente—terminó por decir, encogiéndose de hombros como simulando indiferencia, mientras volvía a poner el periódico en el mismo sitio del que lo había tomado—. Tampoco es que los revolucionarios van a estar aquí hoy en la tarde...

—¿En San José? —exclamó Rafael en tono socarrón, ingresando desde el extremo opuesto del comedor, y hablando a grandes voces como para ser oído en toda la casa—. ¡Ay, Ariana... les das demasiado crédito a esos bochincheros, o muy poco al general Tinoco y al valor de sus hombres! ¡Vas a

ver, a esos payasos les van a quemar el culo con los cañones que mandó llevar el General para arriba de Liberia! ¡Te juro que me cambio el nombre si esos no terminan igual que los filibusteros del 56, que de Santa Rosa no pasaron!

—Dios primero, Rafita —Ariana se mordió fugazmente los labios antes de proseguir—. Aunque, para ser sincera, por lo que más voy a rezar yo es para que Dios proteja de las balas a Miguel y lo guarde sano y salvo, si es que por alguna razón le toca ir a pelear... Pero después hablamos, ¡porque ahora tengo que correr!

Con cuadernos bajo el brazo y el uniforme siempre impecable salió por fin la jovencita de su casa, aunque en realidad no tenía ni la más peregrina idea de si encontraría abierto el colegio. Día muy soleado, sin brisa y con amagos de bochorno, como era usual en la época de transición entre la estación seca y la lluviosa. En las calles, mucha tensión y poca gente. Algunos establecimientos comerciales estaban cerrados, en tanto que otros abrían tímidamente sus puertas. Uno o dos policías decoraban amenazantemente cada esquina, y de tanto en tanto se divisaban también parejas de jinetes uniformados, cuyas crucetas envainadas parecían ansiosas de surgir ante el menor jaleo. Los peatones, desde las aceras, les dirigían furtivas y recelosas miradas, mientras avanzaban cabizbajos y silenciosos por las calles, saludándose apenas entre sí. Pero a diferencia de todos ellos, el andar de Ariana resultaba muy vivo y rítmico, además de tener un destino mucho más definido. Y no precisamente el colegio, por cierto... sino el taller de ebanistería en el que esperaba hallar a Agustín, su “padrino” de bodas.

Claro está, la inesperada visita causó un mayúsculo sobresalto al joven obrero, y también a sus compañeros. Era insólito que en el taller se presentase una muchacha, y menos aún una de tan distinguida y agraciada estampa. De modo que, al escucharla preguntar por él, los demás lo convirtieron al instante en blanco de todo tipo de pullas, que tuvo el otro que soportar en risueño silencio y encogiéndose de hombros como si no les diese la menor importancia.

—¿Qué tal, Ariana...? ¿Viene para ver cómo anda el encargo de su tío? —le espetó el corpulento muchacho, con una gran sonrisa y un guiño que a ella estuvo a punto de escapársele inadvertido. Los demás trabajadores fueron poco a poco volviéndose a sus puestos luego de la momentánea distracción, aunque de tanto en tanto alguno de ellos se volteaba disimuladamente a examinar por unos segundos más a la preciosa colegiala.

—Eh... sí, supongo... —balbuceó ella, sin captar del todo la intención

de Agustín, pero intuyendo que contradecirlo en público no era una buena idea —. No sé... si usted sabrá algo...

—Vea, Ariana... dígame que necesito que me tengan un poquito de paciencia, porque la cosa está poniéndose un poco espesa en estos días—le dijo el joven, empuñando con cierta displicencia una de sus herramientas—. Parece que el material lo tienen todavía en la Estación del Ferrocarril al Atlántico... al cuidado de un carajo ahí, de apellido Carrillo...

—¿Rubén Carrillo?

—Sí, sí, creo que así se llama—un segundo guiño, esta vez más evidente, disuadió a la muchacha de continuar haciendo comentarios—. Yo espero ir mañana o pasado, a ver si puedo traérmelo para mi casa y adelantar trabajo en las noches... Pero tal vez sea mejor dejarlo ahí guardado, por aquello de que en cualquier momento nos lo puedan requisar y dejarnos *jodidos*...

—Mm... entiendo... —Ariana aferró sus cuadernos e hizo ademán de retirarse—. Ojalá se lo pudiera traer usted, por aquello de que tal vez haya un momentito para verlo... pero si es muy complicado, mejor lo deja donde está y ahí lo entrega cuando pueda... ¿Está bien?

—¡Una cosa más, señorita...! —ya pisaba ella el umbral cuando la alcanzó la voz del ebanista—. Si no fuera mucha molestia, ojalá que para la próxima me pudiera usted traer un adelanto... porque le cuento que sería muy bien recibido.

La muchacha percibió súbitamente a qué se refería Agustín, de modo que desplegó por fin su hechicera sonrisa y respondió:

—Está bien, cuente con eso.

—Si lo tuviera para ahora más tardito, sería genial—remató el otro, en cuyo semblante no podía esconderse el júbilo de saberse comprendido—. Pero todavía mañana podría ser, si fuera tempranito...

—¿Y más o menos cuánto puede ser?

—Con dos cincuenta me la juego por mientras...

—Tranquilo, Agustín, no se angustie por eso, que yo misma se lo traigo.

Se había detenido Ariana en la ebanistería por los minutos suficientes para que le fuese imposible llegar temprano a clases, pero poco parecía importarle ese detalle al reanudar con andar casi festivo su ruta por las aceras josefinas. “*¡Entonces Ernesto está bien!*”, se repetía con alivio, mientras doblaba la esquina y tomaba de nuevo hacia el Sur. “*Pero... ¿qué tiene que ver en esto Rubén Carrillo? ¿Le entendí mal a Agustín, o es que de verdad es*

en casa de ese muchacho donde está escondido?”...

La hipótesis lucía inverosímil a primera vista: nunca había estado enterada de que Rubén, empleado ferroviario de día y bohemio impenitente de noche, tuviese amistad alguna con Ernesto. Aun suponiendo que pudiesen conocerse entre sí, lo que no era del todo imposible en una ciudad tan relativamente pequeña como el San José de aquellos días, ¡esos dos no tenían prácticamente nada en común! Por el contrario, el parlanchín e irreverente jovenzuelo tenía bastante amistad con Rafael, en cuyas juergas participaba ocasionalmente; y hasta entonces no había dado la menor muestra de interés hacia la realidad nacional, o menos aún de hostilidad alguna hacia el régimen. “*Aunque ahora que lo pienso*”, se dijo de repente ella, “*eso lo haría la persona ideal para esconder a un fugitivo... ¡porque a nadie se le ocurriría buscarlo allí!*”... Recordó ella de un momento a otro que ese joven también cortejaba subterráneamente a María Consuelo, que era correspondido por ella a contrapelo de los deseos de sus padres y de la tía Dolores... y al punto tuvo la atónita certidumbre de que a Rubén, en efecto, le sentaba muy bien asumir grandes riesgos.

De tales cavilaciones germinó en Ariana una reflexión mucho más retadora. Si era correcta su interpretación de los enigmas de Agustín, la personalidad de Rubén Carrillo se volvía súbitamente contradictoria en la superficie, y por ende fascinante en sus desconocidas profundidades. La despreocupada frivolidad de la que siempre hacía gala, su marcado desdén por las luchas políticas, su afición a las fiestas y a las apuestas irreflexivas, ¿serían apenas la simple careta que escondía a un furibundo opositor, o inclusive a un agente de la revolución? ¿O era su insólito cambio de actitud un síntoma de la pasmosa rapidez con la que el grueso de la ciudadanía veía colmada su paciencia hacia los desmanes de los Tinoco, alguno de los cuales habría quizá sufrido en carne propia?

Sumida en tales pensamientos llegó la muchacha al colegio, con tanto retraso que en circunstancias normales no le hubiesen permitido pasar de la portería. Pero esa mañana en particular reinaba en el edificio y sus alrededores una fantástica confusión: aparentemente se había registrado un número insólito de alumnas ausentes, mientras que otras muchas, en cuenta Ariana, habían llegado tarde. La mayoría de estas últimas se hallaban arremolinadas en torno a la puerta principal, donde se podía oír una acalorada discusión colectiva salpicada de enfáticas gesticulaciones. El reclamo parecía ser unánime: ¿por qué no se les permitía ingresar, si era obvio que las clases

no habían iniciado? Varias alumnas, desperdigadas por las aceras, atisbaban por las ventanas al interior del edificio, con actitudes que oscilaban entre el desinterés y la indignación, presenciando cómo sus compañeras que sí habían llegado temprano no se hallaban tampoco en las aulas, sino en la ruidosa anarquía de los corredores. Pronto advirtieron también que los propios educadores se encontraban tan desconcertados como ellas mismas: aparentemente no habían recibido instrucciones claras acerca del impacto de la suspensión de las garantías en el desarrollo del curso lectivo, y en consecuencia ninguno se atrevía a poner algún orden en medio de tanto barullo.

A diferencia de ellos, sin embargo, Ariana no dudó ni por un instante acerca de lo que debía hacer. Dentro de su febril cabeza se imponía una determinación muy concreta, que hacía oídos sordos al caos exterior y que más bien lucía decidida a aprovechar el conveniente escudo que ofrecía dicho desbarajuste. Se apartó del atiborrado pórtico para sentarse en el cordón de la acera, extrajo apresuradamente una hoja en blanco de uno de sus cuadernos, y apoyándola en su regazo empezó a escribir a ritmo casi frenético.

Hizo falta que apareciese en escena el Director, curiosamente escoltado por una pareja de policías cuyas crucetas brillaban amenazantes en el cinto, para que las aguas comenzaran a encauzarse de nuevo; pero para cuando se lograron iniciar las cercenadas clases después de más de una hora perdida, ya Ariana se había trazado su plan para conseguir el “adelanto” que Agustín le había solicitado. Sabía que su primo Rafael acostumbraba llegar a la casa con gruesas sumas de dinero, obtenidas ya fuese mediante la especulación con las infames “*tercerillas*”^[61], o bien como resultado de alguna noche especialmente afortunada en el póker, de modo que difícilmente notaría la desaparición de un par de billetes. ¿No podría ella, tomando ventaja de su hora de almuerzo, husmear en la habitación de su primo para obtenerlos? A pesar de su riguroso sentido de la justicia, o quizás más bien por su culpa, la idea de la sustracción no le ocasionaba el menor escrúpulo. Pues para ella tales ganancias no eran sino el producto de una de las injusticias más groseras que hubiese podido imaginarse. En efecto, gracias a los pavoneos de su propio primo conocía ella muy bien la manera en que las “*tercerillas*” les facilitaban a tiburones como él un desvergonzado enriquecimiento, permitiéndole adueñarse olímpicamente del salario de otros. “*Toda esa plata se la saca Rafael a la gente aprovechándose de ella... así que es justo que alguien de entre la gente recupere al menos un par de colones... y tal vez sirvan para*

sacar de apuros a Ernesto”...

Y así, al final de la tarde, pudo desviarse nuevamente Ariana de su camino hacia la mansión de los Cantillano, y encaminarse con toda tranquilidad hacia la ebanistería. En su bolsillo llevaba los dos colones y cincuenta céntimos, en su mano el sobre con la carta que por mano de Agustín enviaría a Ernesto, y en su pecho la adictiva ansiedad de saberse una vez más desafiando las finas pero despiadadas iras del general Tinoco, y la esperanza de que los amotinados de Guanacaste lo mantuviesen lo bastante ocupado como para desentenderse de ella y de sus movimientos por algún tiempo.

De los salones, para las trincheras

La melodía de sus expectativas, empero, ya estaba empezando a volvérselle monótona. ¿Cuántas otras veces había albergado en su espíritu atribulado la agradable sensación de verse libre del pertinaz acoso de Joaquín? ¿No había sido esta inalterable ilusión suya la que, empeñada en contradecir a la realidad y a la experiencia, había dirigido cada una de sus negativas a ceder ante los deseos de aquel hombre? ¿No le había venido acaso ese mismo fútil optimismo antes de su partida hacia *La Centella*, y de nuevo al marcharse ella a Puntarenas, entre muchas otras oportunidades? Y en todas esas ocasiones había terminado igual: sintiendo cómo se le escapaba del alma ese espejismo de libertad que se burlaba atrocemente de su sed, y luego cómo el agua que había probado terminaba amargándole el vientre a medida que el cerco del General se le iba volviendo más y más asfixiante después de aquellos respiros que a la postre solo servían para prolongar su agonía.

Iba Ariana a experimentar ese odioso trance una vez más antes de que terminase esa inquieta semana. El viernes, al volver a casa para la hora del almuerzo, pudo leer en “*La Información*” una escueta crónica sobre un primer encuentro entre fuerzas rebeldes y tropas leales, acaecido precisamente en la histórica Hacienda Santa Rosa; pero el hecho de que el periódico, a despecho de proclamar la acción como una “victoria” gobiernista, la minimizase al mismo tiempo como una “simple escaramuza”, la hizo sospechar que quizás el resultado no había sido tan favorable a los Tinoco como se pretendía dar a entender... y que por consiguiente la presencia del gallardo y vanidoso General al frente de sus soldados se volvía imprescindible.

Al reunirse todos los Cantillano en el comedor—incluyendo nuevamente a Felicia y a su esposo, invitados a almorzar por primera vez desde su retorno a San José—, sin duda esperaba la jovencita que la charla de sobremesa fuese acaparada por la noticia del día, y posiblemente extraer de Rafael algún nuevo detalle sobre el itinerario de Joaquín Tinoco. Pero casi desde el momento mismo de sentarse volvió a atrapar sus oídos un ruido distinto, y sin embargo terriblemente familiar para ella dentro de aquella mansión: el sonido de la frivolidad. María Consuelo se apresuró a poner sobre el tapete un asunto que, publicado también en “*La Información*”, le había

parecido de capital importancia: el anuncio de un rumboso baile de suscripción que se organizaba para ese mismo sábado en el Hotel *Washington*, “a beneficio de nuestros valerosos soldados, que exponen en Guanacaste sus vidas en defensa de la soberanía del país”.

—¡Carambas, qué suerte tienen ustedes! —graznó entonces Rafael, dándole un amistoso codazo al siempre desorientado José María—. ¡Casi bajándose del barco, y ya les toca el primer baile como pareja casada! Porque de fijo esa fiesta va a ser bien sonada... ¡nadie puede faltar!

—Bueno... no sé... es que el viaje nos salió bastante caro... y cansado además... —la torpeza de lengua y de modales que derrochaba aquel joven parecía haberse empeorado desde el matrimonio—. Y tampoco sé yo... si Felicia se sentirá ya tan pronto recuperada como para ir a una cosa de estas...

Sin que terminara José María de hablar, lo fulminaba ya su rutilante esposa con una de esas miradas impacientes e indignadas con las que solía recompensar tan generosamente cada salida suya. ¿Cómo podría él suponer que ella sería capaz de perderse una actividad de tal magnitud? Al instante se forjó en derredor suyo el habitual remolino verboso que la caracterizaba en tales ocasiones, en el cual giraban ricos trajes, joyas relucientes, peinados ostentosos y sombreros emplumados, y que tan frustrante aburrimiento producía siempre en Ariana.

—¿Y vos qué, Ari...? —cuando más ansiaba pasar inadvertida, vino sobre ella la pregunta, tan bienintencionada como incómoda, de María Consuelo—. ¿Tenés tiempo a la salida del colegio, para ir conmigo a buscar un vestido nuevo? Porque después de lo visto en la boda de Felicia, de fijo a vos no te van a dejar ni sentarte...

La jovencita levantó muy lentamente su vista, sin dirigirla por completo hacia su prima ni hacia ninguno de los demás comensales.

—Para serles sincera—articuló, tímida pero firmemente, con el predecible sonrojo haciendo acto de presencia en sus adelgazadas mejillas—no me sentiría yo muy cómoda con la idea de pasar la noche del sábado bailando en un salón de lujo mientras mi propio hermano la pasa a descampado dentro de una trinchera en medio de la nada.

No se habría disipado tan bruscamente la atmósfera despreocupada de aquella mesa si hubiese entrado a casa alguien anunciando la muerte del Papa. La lengua de Felicia quedó petrificada detrás de sus labios, la tía Lucía apuró su vaso de aguadulce, y hasta Rafael, a quien tanto costaba inquietar, carraspeó varias veces sin encontrar siquiera una broma para salir del

atolladero.

—Bueno, si lo viéramos de esa forma, sería un pecado hacer ese baile —observó con gravedad don Elías desde la cabecera de la mesa—. Pero por otro lado, si de veras estuvieras tan preocupada por Miguel y sus compañeros allá en el frente, vos tendrías que ser la primera en comprar una entrada. Porque la plata que se recoja, y eso lo dijo bien clarito María Consuelo cuando nos leyó el anuncio, va para ayudar al Gobierno cubrir los gastos de la comida y el equipo de esos pobres muchachos, porque deben estarla viendo bastante fea ya para conseguirlo... Y a como anda la cosa en este tiempo, más bien es una ingratitud que andemos nosotros haciéndonos de rogar, siendo de los poquitos que pueden pagar lo que están cobrando, y estando la Patria en el peligro que está... ¿Cómo vas vos a salirnos ahora con que no querés ir?

—¡Ay, Ari...! ¿Siempre tenés que andar de aguafiestas? —el chillón tono plañidero de Felicia forjó en el salón un ácido contraste con el hablar pausado y señorial de su padre—. ¡Ya aburrís con esa *vaina*! La verdad es que ya se sabe que a vos nunca te han gustado las fiestas y los bailes... pero *salada*, porque si vas a seguir viviendo aquí, tenés que acostumbrarte, ¡o sino, mejor agarrás los hábitos y te haces monja, que bastante bien te quedaría!

“¿Ah, sí? ¡Si esta supiera que yo estoy tan casada como ella!”... Los labios de Ariana reaccionaron despegándose casi por instinto, pero seguramente le pareció fútil responder al ataque directo de su prima, pues en lugar de palabras se trazó en sus labios un fino amago de sonrisa, antes de encogerse de hombros con tanta displicencia como ironía. ¿Para qué continuar esa discusión tan estéril, si de todas maneras la intervención decisiva de don Elías le había dejado claro que asistir a ese baile le resultaría un compromiso ineludible? Le sería mucho más conveniente, supuso, guardar silencio y pensar en la mejor manera de afrontar la situación para obtener de ella algún provecho, o al menos evitar que le multiplicase aún más las dificultades.

Con esa ascua quemándole el cerebro regresó al Colegio esa tarde. ¿Qué debía hacer? Su primera idea fue la más predecible: simularse indispuesta y excusarse de asistir. Pero la desechó casi enseguida. En primer lugar, ignoraba si el General o su hermano estarían allí, y en consecuencia le parecía más sensato reservarse ese cartucho para otro momento en que le pudiese ser más necesario. “Y además, ya lo he hecho varias otras veces, entonces podría hasta resultar un poco sospechoso... ¡si hasta me lo dio a entender María Consuelo la otra vez, allá en la finca!”... Al final de muchas cavilaciones retornó al punto de partida: ineludiblemente tendría que arrostrar

el viento adverso, guardando en lo posible la dignidad, el decoro y la lealtad hacia sí misma y hacia su esposo secreto, sin aparecer excesivamente huraña ni hacer entrar en malicia a sus parientes con una actitud torpemente distante. Y pese a todo, ese corazón valeroso y atrevido que dormía bajo su inextinguible superficie de frágil timidez no pudo resistir la tentación de guardarse una carta, por si a Joaquín Tinoco se le ocurría acercarse...

Poco después del anochecer se detuvo frente a la mansión de los Cantillano el coche ordenado por don Elías, en el cual subieron de inmediato él y su esposa. Ariana, sin embargo, se estaba tomando una eternidad para salir, y entonces el impaciente tío ordenó a María Consuelo devolverse y averiguar qué pasaba con ella. Así lo hizo la traviesa prima, tan ansiosa por llegar al baile que no habría dudado en sacar a la otra del pelo, si con eso se hubiese ganado unos segundos. Pero tuvo que detenerse a contemplarla cuando la vio atravesar la sala en dirección hacia ella.

—Ari... ¡qué bárbara! —exclamó, abriendo mucho sus ojos, ya de por sí oscuros y redondeados. Mas no se refería a la delicadeza con la que brillaba su mirada, ni al cabello regiamente arreglado, ni al espléndido corte de su vestido que dejaba ver sus bien torneados hombros. Sino a algo mucho más evidente—: ¿Un vestido verde? ¿Cómo se te ocurre?

—¿Por qué, María Consuelo? —las facciones de Ariana trazaron en el aire un signo de inocente sobresalto—. ¿Qué tiene de malo ese color? ¿Me veo mal, o...?

—De fijo vas a ser la única que se ponga algo verde para este baile— respondió la otra, con su acostumbrada fisga camuflando un inequívoco aire de preocupación—. ¿O es que vos no sabés que ese es el color de los revolucionarios de Sapoa? ¿Si desde el primer día salió en “*La Información*” y en “*La Prensa Libre*”...!

—¿De veras? —la jovencita se llevó las manos al rostro, en una mueca de espanto anómalamente expresiva—. ¡Uy... esa sí es una torta! ¿Por qué no me dijiste antes?

—¿Acaso que te había visto? ¿Qué iba a saber yo, que se te iba a ocurrir usar ese color?

—Bueno, pero... ¿y ahora qué hago? Porque si me pongo a cambiarme, atraso más... ¡y no se me ocurre qué otra cosa ponerme en lugar de esto...!

—¡Ya, ya, déjalo así, que mi papá te va a matar si duras más...! —la desesperación de María Consuelo fue tanta, que poco le faltó para echar a perder su propio tocado con sus atolondradas gesticulaciones—. ¡Vamos!

Ya había comenzado la música dentro del amplio e iluminado salón principal del Hotel *Washington*, cuando arribó la familia. Y de inmediato comenzó a notar Ariana numerosas peculiaridades. Lo primero que advirtió fue que el lugar lucía bastante menos abarrotado de lo que ella estaba acostumbrada a ver. Pero luego echó de ver también que, aunque la concurrencia no era nada despreciable, en ella era patente la escasez relativa de gente joven, en especial de varones—una carestía que sin duda desanimaría a María Consuelo y posiblemente también a Felicia, aunque el novedoso estado civil de esta última la forzase a guardar mucho más disimulo. Y que de esos pocos muchachos presentes, entre los cuales predominaba el característico atuendo de los oficiales militares, no conocía prácticamente a ninguno, a excepción de un par de ellos a los que identificó como edecanes del General, y cierto personaje al que solo pudo ver de reojo, encontrándole algún dudoso parecido con Rubén Carrillo. Pululaban en la estancia, en cambio, los petimetres entrados en años, mucho más familiarizados con don Elías y su esposa que con sus hijas, o menos aún con la advenediza sobrina a la que muchos de ellos veían apenas por primera vez.

Pero solo después de examinar con minuciosa cautela a los asistentes, pudo Ariana comprobar, con cierto recelo y alguna íntima picardía, el tragicómico acierto del pronóstico de su prima: ya fuese por casualidad o por temor, ¡ningún invitado, salvo ella misma, llevaba tono alguno de verde en su vestimenta, o siquiera un accesorio de dicho color!

Claro está, la excepcionalidad de su hermoso traje fue el mejor aliado de su natural belleza y de su nítido semblante, que la catapultaron instantáneamente a ser una de las estrellas del baile. No tardaron en hacerle rueda jóvenes y viejos por igual, en diplomática disputa por adjudicarse alguna pieza con la reluciente muchacha, sin imaginarse ni remotamente que su corazón y su mano pudiesen estar ya comprometidos, o mucho menos figurarse cuán incómoda estaba por haberse convertido sin proponérselo en el ojo de aquel voluptuoso huracán. Y a ella, desde luego, no le quedó más salida que asumir con docilidad su papel de gentil señorita, aceptando con su encantadora sonrisa unas cuantas de tales invitaciones.

Volvía a su asiento luego de bailar con el primer valiente, joven oficial a quien no conocía, cuando advirtió en su vecindad a sus tíos conversando animadamente con don Julio Esquivel, recién reelecto como Primer Secretario del Congreso, y con su bella y afable esposa Adelia, a quienes no había vuelto a ver desde la boda de Felicia. Al instante sintió una vaga aprensión: no solo

por el instintivo desagrado que le producía aquel caballero—cuyo temperamento irascible y desmesurado le había tocado presenciar en más de una ocasión—, sino porque la presencia de aquel matrimonio resultaba invariablemente un anuncio de la inminente llegada de alguno de los hermanos Tinoco. Al momento sintió, una vez más, ese expectante mareo y ese trepidar del corazón que solían avasallarla cuando retornaba a su mente la siniestra imagen del General encapuchado delante de las velas macabras. Pero le tenía sincero aprecio a doña Adelia, y en consecuencia se acercó a saludarla, en el preciso instante en que lo hacía también un joven como de la edad de Ernesto, alto, muy bien vestido, de mirada firme, boca delgada y pronunciada nariz, cuya identidad quiso inútilmente adivinar a tiempo.

—A propósito, Ariana... no sé yo si a ustedes dos los han presentado ya —se apresuró a decir la dama, con esa inevitable sonrisa juguetona que la caracterizaba—. Él es tocayo de tu primo, se llama Rafael Ángel... Es el hijo mayor del doctor Calderón Muñoz... un muchacho brillante, estudioso y muy formal, que según entiendo está por seguir los pasos de su padre en la medicina.

Al momento se sonrojó intensamente la jovencita, recordando cómo había desairado sin quererlo a ese mismo joven, dándole la espalda en las dos o tres ocasiones en que intentase acercársele el día de la boda de Felicia, y recibiendo por ello los implacables rapapolvos de la tía Dolores. Temblando de la pena se atrevió a tenderle la mano.

—Gracias, doña Adelia... de hecho ya nos conocemos, aunque solo de vista—aclaró a su vez el mozo, esbozando una sonrisa un tanto escamada mientras estrechaba con estudiada soltura la frágil manecita—. Fue en el matrimonio de su prima, ¿verdad?

Por breves instantes intercambiaron palabras ambos jóvenes, tan aplomado él como apenada ella; pero en cuanto se apartó Ariana en procura de sentarse, se acomodó a su lado la tía Lucía, desacostumbradamente alerta, quien tomándola del brazo le susurró:

—¡Cuidadito te me vas a poner altanera otra vez con ese muchacho, como me contó Dolores que hiciste el otro día! ¿No ves que es un partidazo, guapo, inteligente, estudioso, de plata, y además el papá es íntimo amigo y hombre de plena confianza de los Tinoco...? ¡Esas son las cosas que tenés que ver, muchacha de Dios, y no dejarte ir con cualquier *patas vueltas* solo porque te gusta que te den cuerda...! A ver si al fin le tapás la boca a Dolores, que no se cansa de decir que vos siempre andás en otras y nada que sentás cabeza...

¡En todo caso, a este pobre muchacho le debés un buen desagravio, así que más te vale que, si te viene a sacar a bailar, le digás que sí sin hacerte rogar...! ¡Condenada...!

La invitación, claro está, no tardó en producirse; y Ariana la aceptó sumisamente, aunque al encaminarse a la pista de baile la mordisqueaba cierto temor que entorpecía su conversación con el apuesto joven. ¿Estaría de nuevo moviendo sus fichas la astuta tía, esperanzada quizás en obtener un matrimonio socialmente ventajoso también para ella, e ignorando completamente que su pretendida víctima no estaba ya libre...? ¿Por cuánto tiempo lograría ella continuar guardando las apariencias y evadir los arreglos, antes de que se supiese toda la verdad?

Esta y todas las demás cavilaciones suyas, sin embargo, se transformaron de un violento golpe en una oleada de categórico pavor: en medio de los giros abigarrados de una polonesa, fueron sus azules ojos a tropezar con una viril y opulenta figura uniformada que la contemplaba con ficta indiferencia desde el umbral de una puerta, antes de erguirse y comenzar a abrirse paso a través del populoso entarimado. Ariana estuvo a punto de caer desmayada: ¡hacia ella avanzaba, pausada pero firmemente, y arrastrando tras de sí las miradas de toda la concurrencia, el todopoderoso general Joaquín Tinoco!

Intimidación

—¿Me permite usted? —dijo con voz suave, inclinándose hacia el gallardo joven que en ese momento conducía por la pista de baile a la deliciosa señorita de verde. Por supuesto, el otro se puso pálido y abrió mucho los ojos al reconocer quién era el que le hablaba, y al punto se hizo a un lado sin proferir el menor sonido. De esta manera quedó por fin Ariana, sin tiempo siquiera para percatarse de ello, enlazada por los calurosos brazos del apuesto Ministro de Guerra.

—*Mademoiselle Arianne...* ¡Ya sabía yo que no iba usted a faltar! —exclamó el hombre en su perfecto francés, haciéndola perderse en la intensa profundidad de sus ojos oscuros que parecían devorarla—. Y como de costumbre, luciendo como una princesa de cuento...

—*Merci beaucoup, mon Général*^[62]—logró ella rehacerse con alguna rapidez a pesar del sobresalto que se derramó como petróleo encendido por sus arterias, irguiendo el rostro para responderle, también en francés y esgrimiendo al mismo tiempo la mejor sonrisa que logró fabricar—. Debo confesarle, sin embargo, que no me sentía del todo bien como para venir, pero al final terminaron mis primas convenciéndome...

—Supuse que así sería, aunque ni por un momento dudé que su patriotismo iba a hacerle más sencilla la decisión—mientras hablaba con su usual tono atemperado, el donjuanesco militar la contemplaba fijamente, atusándose el bigote y recorriendo con sus voraces pupilas los descubiertos hombros de Ariana, al tiempo que le posaba una mano en la cintura para reanudar el baile—. Aunque, casualmente a propósito de su patriotismo, debo suponer que el color de su vestido no es más que una lamentable coincidencia...

—¿Por qué lo dice, mi General? —ese gesto de ingenua sorpresa era quizás el más convincente del repertorio no verbal de la muchacha.

—¿Ah, no lo sabe usted? —al compás embriagante de la música, la fue impulsando el seductor con vertiginosa firmeza, atrayendo rápidamente la atención de buena parte de la concurrencia—. Mm... pensé que estaría enterada, dado su hábito de leer e informarse, de que el verde es el color que eligieron los traidores del Sapoa para identificarse. Pero en tal caso me habría

parecido inconcebible que una señorita tan culta y tan noble como usted fuese a cometer voluntariamente una ligereza de semejante categoría, sobre todo considerando que su propio hermano se encuentra en el frente de batalla.

—¡Uy, no, don Joaquín, claro que no...! —exclamó Ariana, con un voluminoso sonrojo que podría haber alumbrado por sí solo todo el hotel—. Le aseguro que todo esto no ha sido más que una torpeza de mi parte, que no tenía la menor idea del asunto... y que de haberlo sabido antes, habría escogido cualquier otro traje que no fuera este...

—Lo cual, desde luego, habría sido muy triste—mientras hablaba se sintió el General con el derecho de recorrer otra vez con su vista el esbelto físico de la colegiala, a modo de énfasis para sus requiebros—. Le doy mi palabra, *mademoiselle*, que ese vestido le hace plena justicia a su belleza, y que difícilmente otra mujer podría hacerlo brillar de la misma forma.

La ruborizada muchacha bajó su mirada, aparentándose vencida en el primer encuentro. Pero en sus adentros seguía ardiendo una antorcha de temple que se rehusaba a apagarse con tanta facilidad.

—Sinceramente, don Joaquín, no esperaba verle por aquí—balbuceó tímidamente al cabo de unos segundos de silencio, deslindándose graciosamente del incómodo tema de su vestido verde—. La verdad, yo lo hacía a usted en vísperas de partir a Guanacaste.

—Y no se equivoca usted—con la arrogante confianza que daba el creerse dueño de la situación, Joaquín estrechó sutilmente a la jovencita contra sí mismo—. Mi viaje sigue en pie. Salgo para allá la próxima semana, martes o miércoles a más tardar... En realidad estaba por hacerlo mañana mismo, y ya tenía listo un tren expreso hacia Puntarenas; pero luego me indicó el coronel Santos que ayer rechazamos el primer avance enemigo, y ya la urgencia no es tan grande... o al menos, no como para impedirme venir esta noche, aunque fuera solo a saludar y compartir con ustedes por unos minutos.

—Después de una semana tan agitada como la que debe haber tenido usted, sin duda debía merecerse algún recreo—observó ella, añadiendo a su natural talante retraído y a su agilidad para la danza un tibio brochazo de intencional coquetería, apenas la suficiente para despertar aún más atracción en el insaciable *Mano Lagarto*.

—Y un “recreo” casi perfecto, además—la apuntó el hombre con los cañones de su vista enteramente fijos en ella—. No solo me recibe en el salón la incomparable princesa de la fiesta en persona, sino que además me concede finalmente el privilegio de una pieza que por tantos meses me había negado...

¡Cualquier guerrero de la Antigüedad habría querido tener presagios tan excelentes en vísperas de marchar a un combate...!

—Si de presagios se tratara, don Joaquín—comentó Ariana, aprovechando los giros del baile para esquivar como mejor podía la andanada visual que caía implacablemente sobre ella—, me gustaría tener alguno de que esa tonta guerra vaya a terminar cuanto antes. Porque del resultado, honestamente, no tengo ninguna duda...

—Tampoco debería tenerla sobre la duración—se expresaba el General con ese endemoniado optimismo suyo, el mismo con el que parecía darle a entender que también ella acabaría inexorablemente rindiéndose a sus pies—. Lo de antier fue nada más una escaramuza, pero le garantizo que, a menos que intervengan directamente los nicas o los gringos, este alboroto queda resuelto de aquí a quince días, en una sola batalla. Y la vamos a ganar nosotros, ¡hasta nuestros enemigos lo saben! No solo somos más numerosos y tenemos mejores armas... sino que, sobre todo, estamos defendiendo lo nuestro. ¡No como esos supuestos “patriotas”, que más bien son capaces de atestar una puñalada a su propio país, precisamente cuando más mal la estamos pasando y cuando más necesaria es la unidad de todos los hijos de la Patria para sacarla adelante...! Y además, a mí me consta lo valientes que son su hermano y todos los otros “patillos” que tenemos allá en Guanacaste, de forma que no va a ser ese rejuntado de filibusteros y presidiarios el que los ponga en fuga.

—Me anima mucho escucharlo tan convencido, mi General—la música había terminado mientras tanto, y al girar con felina suavidad hacia uno de los sillones que rodeaban el espacio abierto, dejó Ariana a las claras su deseo de tomarse un descanso—. Pero, ¿le entendí mal, o de veras piensa usted que el enemigo está seguro de que su invasión va a fracasar?

—Absolutamente, *mademoiselle*—sin inmutarse ante su repliegue le ofreció Joaquín su brazo, derramando siempre en francés su conversación afable pero arrogante—. Si están casi desarmados, sin ningún apoyo militar internacional, no tienen ni la quinta parte de los hombres que tenemos nosotros, y aun así insisten en invadirnos, es obvio que su objetivo no es derrotarnos militarmente.

—¿Y entonces? ¿Qué es lo que quieren?

—Crear inestabilidad. Tal vez hasta impresionar a Wilson y convencerlo de que mande a sus *marines* contra nosotros. Pero hay un punto que para ellos es crucial... y es incitar contra nosotros a los “cabezas calientes” que aún quedan en el centro del país. De hecho ha sido

precisamente por esa última pretensión que nos hemos visto mi hermano y yo obligados a tomar algunas medidas preventivas, un poco drásticas quizás, pero indispensables para preservar la seguridad de la Nación... Y personalmente siento yo que esas medidas, aunque dolorosas, han sido efectivas hasta ahora... porque hemos logrado sacar de circulación a una buena cantidad de traidores, mientras que otros muchos, tal vez convencidos ya de que van a ser derrotados tarde o temprano, han tenido que abandonar sus malignos planes y buscar escondite.

Ariana se aprestaba a tomar asiento cuando escuchó esa última frase, y aunque procuró mantener inmóviles sus músculos faciales, no consiguió disimular del todo la turbación que la embargó en el acto. Al desprender su brazo del de Joaquín, empero, se encontró con un semblante que, sin perder ni por un momento la estudiada gentileza que lo caracterizaba, se había puesto notablemente más serio.

—Y ahora que menciono eso de los “escondites”—dijo, afectando cierto tinte de misterio—, tengo alguna curiosidad por un par de personas de su vecindario, de los que hace días no se sabe nada... y me estaba preguntando si tal vez usted, que conoce mucho mejor los tejemanejes de esa calle, habría notado algo extraño...

Al momento se puso la muchacha densamente pálida. ¿Era inocente esa pregunta, o sospechaba de ella el General? A punto estaba de quebrantarse, cuando de algún rincón de su espíritu le llegó un resto de ecuanimidad que le despejó un poco la cabeza y le permitió reaccionar.

—Me va a perdonar usted, don Joaquín—ella asumió a su vez un aire un poco altanero, oportuno pretexto para esquivar los ojos del caballero—pero tal vez es mejor que le pregunte esas cosas a Rafael o a alguna de mis primas, o incluso a mi tía Dolores, que suelen andar mucho más enterados que yo. De mi parte, la pura verdad, no acostumbro andarme metiendo en los asuntos de mis vecinos.

—No esperaba menos de una señorita tan educada y virtuosa, por supuesto—aunque el arroyo de requiebros y galanterías que manaba de los labios de Joaquín se mantenía tan fluido como de costumbre, Ariana percibía sin embargo algo sutilmente siniestro en su forma de hablarle, bajando más y más la voz y mirándola con esa extraña frialdad que lo hacía tan temible—. Pero supuse que usted podría a la larga revelarnos algo más, porque esos dos vecinos suyos “desaparecieron” al día siguiente de mi última visita a la casa de ustedes... y también porque al más joven de esos dos lo vieron por última

vez conversando con usted en plena calle... a lo mejor para despedirse.

La muchacha quedó atónita, sus manos temblando, sus sienes y su cuello plagados de repentina humedad, y su pecho agitándose violentamente. Miró por un instante su flamante vestido verde y comprendió de pronto las verdaderas dimensiones de la atrevida imprudencia que había cometido en su infantil afán de jugarle una broma pesada al General. ¡Era tanta gente la que dependía hoy de cuán incondicional lealtad al régimen y a la persona de Joaquín pudiese ella aparentar! Ernesto, don Fernando, Miguel, su familia allá en Puntarenas, sus tíos, inclusive la maestra María Isabel... ¡Y tenía que venir precisamente ahora con su ridícula ocurrencia de mostrar simpatías hacia los rebeldes...!

Cerró eléctricamente sus ojos, inhaló lenta y profundamente, e inclinando con espontánea suavidad su cabeza hacia el gélido rostro del General, dijo con sincera inquietud en su impecable francés:

—Otra vez le ruego mil perdones, don Joaquín, pero... —hubo algún tembloroso flaquear en su voz, mas luego vino a ella el anhelado soplo de astucia y serenidad gracias al cual pudo atreverse—: ¿Cómo decírselo...? Por las palabras que usa usted, me queda la impresión de que, a pesar de los muchos secretos que he sabido guardarle en estos últimos meses, sigue usted sin tener mucha confianza en mi lealtad... y no puedo evitar sentirme... pues, un poco ofendida.

—Si es así, soy yo quien debe disculparse, *mademoiselle*—se apresuró a replicar el General, ablandando momentáneamente su expresión—. Le garantizo que no ha sido esa mi intención... pero no puede usted culpar a un hombre de sentirse incómodo cuando la mujer de sus pensamientos es asediada continuamente por un posible rival. Y no intente negármelo, *Arianne* —añadió enseguida, al ver que ella hacía ademán de querer interrumpirlo—. Yo sé que usted es capaz de guardar un secreto, pero debe tener también el buen tino de saber cuáles secretos merecen ser guardados.

¿Acaso cree usted—continuó, acercándose al oído de ella como invitándola a mirarlo—que no estoy yo bien enterado de que ese muchacho ha sido por años un amigo suyo muy, muy cercano? ¿O piensa que ya he olvidado con cuánta intensidad me suplicó usted que pusiera en libertad al padre de él, a pesar de los indicios de que estaba vinculado con los revolucionarios? Desengáñese usted, *Arianne*: no soy tan iluso como para no suponer que esa amistad no sea más que una máscara para ocultar otros sentimientos. Pues si yo mismo, con mi edad y mi posición, no he sido capaz de resistirme a esos

arrolladores encantos que usted ni se imagina que tiene, ¿va a poder hacerlo un joven impetuoso, sin experiencia ni madurez?

Oyendo los susurros del General le iba faltando más y más el oxígeno a Ariana, cuyo campo visual se iba estrechando rápidamente y en cuyos oídos resonaba un fatídico zumbido. Era imposible que el hombre no se diese cuenta de lo aterrorizada que estaba, pero la gélida indiferencia con la que continuaba hablando daba a entender que aquel era precisamente su deseo.

—¿Y no va a decirme usted de qué hablaron esa mañana? —la emplazó directamente, con una suavidad que paradójicamente aumentaba en gran manera el filo de sus palabras—. Siendo usted y ese muchacho tan íntimos “amigos”, y sintiendo él sin duda alguna el tipo de afecto que solo puede ser inspirado por una señorita bella y virtuosa como usted, lo lógico sería suponer que al menos le dijo adónde pensaba irse... por ejemplo a Guanacaste para tratar de unirse a la revolución... A menos, claro está, que él y su padre improvisasen esa fuga de un momento a otro, en cuyo caso la única explicación posible es que alguien les hubiera advertido que estaban a punto de ser arrestados...

—¡No, don Joaquín, jamás...! —la exclamación de Ariana no fue suficiente para descargar el enorme terror que le congelaba las arterias, ni para devolverle a su corazón y a sus pulmones un compás apacible—. Le juro que... ¡que eso ni se mencionó entre nosotros...! Yo no tengo ni idea de adónde puedan estar... ¡ni siquiera sé si de verdad se andarán escondiendo o si simplemente estarán de viaje...! Y además... ¿cómo iba yo a avisarles de algo que yo misma no tenía forma de saber? Porque... usted, cuando estuvo en mi casa, jamás me habló de que tuviera la intención de encarcelarlos...

—De ninguna manera me atrevería yo a suponer que usted haya sido capaz de alertarlos—el General le ofreció nuevamente el brazo, como queriendo llevarla a bailar otra vez—. ¡Esa sería una conclusión tan ajena a su forma de ser, y tan ingrata para mí mismo...! Pero eso no cambia en nada el hecho de que usted sea una de las últimas personas que fue vista hablando con un aparente fugitivo y, por consiguiente, que podría hallarse en posesión de algún dato que contribuya a su eventual captura.

Ariana se levantó como un robot, sin erguir la cabeza ni despegar la vista del suelo, y se dejó conducir de vuelta al corazón de la estancia, trayecto que se vio entrecortado por las dos o tres personas que se acercaron a saludar al Ministro de Guerra. La orquesta inició el prelude de una mazurca, y el caballero tomó ceremoniosamente su posición frente a la pulverizada

jovencita, como si la tensa conversación no lo alterase en lo más mínimo.

—Créame, *mademoiselle*—habló otra vez Joaquín sin pestañear siquiera, una vez que los músicos lanzaron sobre ellos la conveniente cortina sonora—que, aunque quizá la agobie mi impertinencia, guardar silencio no es la estrategia más conveniente para usted.

—De lo que hablamos... ¡no hay nada que pueda interesarle, *mon Général!* —gimoteó ella en tono suplicante, mientras su cabeza daba diez mil vueltas frenéticas buscando algún señuelo lo bastante convincente para liberarse del estrangulamiento psicológico en el que estaba—. No me dijo que se iba, ni a dónde... ni me habló de revoluciones ni de política...

—Bueno, ¿y de qué le habló entonces?

—De amor.

Aquella contestación sacó de paso al General, cuyo rostro casi impenetrable se fue desarticulando rápidamente en un coctel de sorpresa, disgusto y alarma. Frente a él se había erguido repentinamente la faz de Ariana, llevada de un encandilador destello de inspiración, que lo cegaba desde sus pupilas azules.

—¿De amor, ha dicho usted?

—Sí... eso fue... ¡una declaración amorosa! —viendo que su granada había tomado desprevenido a *Mano Lagarto* y doblado las planchas de acero que tenía por facciones, la muchacha puso todo su empeño en hacerla aún más creíble, dando por fin rienda suelta a la visible congoja que hasta entonces había procurado a toda costa reprimir—. Ese día... no sé si lo habría planeado o no... pero apenas me vio fue a mi encuentro, comenzó a decirme cosas... y me acompañó casi hasta el Colegio, insistiendo en lo mucho que me amaba y que siempre había soñado en convertirme a mí en su mujer...

—Entonces no andaba yo tan extraviado en el juicio que hacía de ese joven—comentó lacónicamente Joaquín, reponiéndose con notable presteza de su evidente extrañeza inicial—. Pero eso hace, naturalmente, que el resultado de esa charla me siga interesando, ahora en un plano mucho más personal. ¿Puedo saber qué respondió usted?

Una semilla de alivio comenzó a germinar en el fértil corazón de Ariana al ver que el militar, a pesar de su intimidante sagacidad y del valioso auxilio de los Grandes Maestros espirituales que invocaba para él Ofelia Corrales, parecía haberse tragado la dorada píldora que le había administrado. Dio un prolongado suspiro, como si intentase con ello recobrar la calma, y respondió:

—Le dije que no, mi General.

—¡Usted! —otra vez se acercaba a ella el rostro de Joaquín, permitiéndole degustar con su fino olfato el aroma seductor de una exclusiva colonia—. Pensé que usted tenía la costumbre de darle largas a ese tipo de decisiones... incluso a sabiendas de la calidad de sus pretendientes.

—Tuve que hacerlo. A pesar del cariño tan grande que le he tenido siempre... ¡como esposo no podría haberlo aceptado nunca!

—¿Y por qué no? Entiendo que usted no es una joven conformista y que no iba a entregarle su mano al primero o al segundo que la pretenda... pero, teniendo asegurada la estima y el afecto de un joven, por inmaduro y volátil que pudiera ser él, tendría que haber una razón de peso para desecharlo.

—Es que no había mucha vuelta que darle—razonó ella, sonrojada y bajando su voz casi hasta lo inaudible, antes de apuntar a Joaquín y dejarle ir otra granada, aún más explosiva que la primera—: Yo... yo he ido reconciliándome poco a poco con mi Destino... porque en el fondo yo sé muy bien cuál es, y lentamente lo he ido asimilando y entusiasmándome con él. Así que solo tuve que serle muy honesta... y decirle de una vez que amaba a otro.

La expresión del seductor militar al acoger sus tímpanos aquel disparo no pudo ser más ambigua. Sus labios apenas se dignaron a esbozar una especie de sonrisa entre complacida y triunfante, pero aunque el resto de sus facciones permaneció fríamente impávido, las cejas fugazmente arqueadas y los ojos un poco más abiertos de lo normal delataban cierto grado de asombro y uno todavía mayor de dominio propio para reprimirlo.

—¿Así que eso le dijo? —el tono de su voz brotó tan enigmático como el gesto precedente, sin dejar en claro si lo dominaba la curiosidad, el escepticismo o la ironía tóxica con que acostumbraba referirse a sus adversarios—. ¡Pobre muchacho... con razón se lo tragó la tierra! Debe haberlo lastimado mucho escuchar de sus labios un rechazo tan contundente... aunque por experiencia puedo decir que tiene usted una peculiar habilidad para improvisar maneras de sacarse fácilmente de encima a los enamorados que más la incomodan.

—No hago más que decirles la verdad, de modo que si con eso me basta para ahuyentarlos es mala señal—replicó resueltamente la muchacha, vislumbrando al fin una escapatoria para ese túnel escabroso en el que por un momento se sintiese arrinconada sin remedio—. Alguien habrá que prefiera creer en mentiras, don Joaquín, pero ese tampoco ha sido nunca mi estilo.

El Ministro de Guerra se sorprendió aún más de la audacia de aquella

respuesta, sin estar muy seguro del verdadero sentido que tenía, aunque no por ello flaqueó en esa imperturbable amabilidad tan suya. Ariana se estremeció en sus adentros al verlo, intuyendo que, aunque el gigante que tenía al frente había recibido no uno, sino varios proyectiles suyos, ninguno había podido derribarlo. En ese instante, sin embargo, recibió el más oportuno socorro de quien menos hubiera esperado: su prima Felicia, quien casi arrastrando torpemente de la mano a su flamante esposo José María, se acercaba con franca y alegre coquetería al atildado General para saludarlo. Así tuvo la atribulada colegiala el ansiado puente de oro para escabullirse hacia el pasillo exterior y tomarse finalmente un respiro luego de aquel agotador duelo mental, pues la incisiva y bullanguera presencia de Felicia le hizo imposible al otro continuar distinguiéndola con sus suaves pero asfixiantes atenciones.

Inclinada sobre la baranda de mármol que circundaba el jardín del hotel, cuya tropical vegetación entrecortaba la escasa luz que traspasaba las gruesas cortinas del salón principal, Ariana parecía contener al unísono mil pensamientos con los dos dedos de la mano que mantenía apoyados sobre sus labios, ignorando el paso ocasional de algún invitado solitario o alguna pareja en busca de privacidad. ¿En qué lío estaba metida ahora? ¿Había salido tan airoso de aquel terrible encuentro como quería creer, o solo había aplazado una irremediable derrota cuyas consecuencias le faltaba el valor para calcular? ¿Habrían acarreado al fin sus imprudentes provocaciones las temidas represalias del régimen contra su familia, que por tantos meses le habían robado el sueño? ¿Estaba firmándose ya por causa suya la sentencia de muerte para Ernesto y para su padre? Entre los fluidos acordes y el voluminoso murmullo de la concurrencia que emanaban del salón, casi creía escuchar al General susurrándoles a sus omnipresentes esbirros la orden de detenerla al momento mismo de poner un pie fuera del baile, o acaso ahí mismo, mientras estaba sola en el corredor...

La leve aunque punzante sensación que le brotó del hombro la hizo saltar y girar como una ratonera, robándole al mismo tiempo la capacidad de gritar. Era apenas un dedo índice lo que la tocaba, pero en la exacerbada tensión de su sistema nervioso se había transformado en una brutal puñalada. Y al volverse ella, pálida y con los ojos muy abiertos, su espalda curvada sobre la baranda y sus dedos rígidos y fríos aferrándola para sostenerse, se encontró frente a una silueta varonil de sombrero y ancha gabardina, oscurecida por la luz que le daba por detrás.

—Perdóneme si la asusté, Ariana—le espetó en seco la sombra,

retirando bruscamente la mano, y dando un paso al frente para ponerse junto a ella. Por un instante supuso que se trataría del joven con el que había bailado antes, pero al ejecutar tal movimiento un rayo de luz reveló fugazmente el rostro insólitamente grave de Rubén Carrillo.

—Eh... no, no se preocupe... —intentó balbucear ella, pero el hombre no la dejó hablar.

—Nada más estaba esperando encontrarla sola—dijo de prisa, con voz ronca y áspera—. Tengo que darle esto. Y no le diga a nadie que me vio. ¡A nadie, ni se le ocurra! Adiós.

Sin darle tiempo a la atribulada muchacha de comprender lo que sucedía, se encontró ella con un delgado papel enrollado entre sus guantes; y al levantar de nuevo su vista para agradecerlo, Rubén se había esfumado entre las penumbras con la sigilosa rapidez de un gato.

Al verse otra vez sola volvió a ella el sentido de la realidad, y su primer pensamiento fue el de correr hacia el tocador para leer el mensaje de Ernesto, pues no le cupo duda que de eso se trataba. Pero una salvadora aprensión la hizo titubear, apenas por el segundo necesario para que por la puerta emergiesen intempestivamente las figuras de la tía Lucía y de María Consuelo.

—¡Carambas, Ari! —exclamó la adulta, entornando los ojos como si le costase reconocer a su propia sobrina—. ¡Pensábamos que estabas aquí con don Joaquín...!

—No, ya hace un rato que no lo veo—replicó ella, procurando esconder entre las sombras el persistente recelo que por momentos la hacía volver a sudar—. ¿No está en el salón?

—Mm... creo que no—la dama rasgueaba sin cesar el abanico, sin duda acalorada por lo cerrado del recinto más que por lo poco que había bailado—. Debe haberse ido, entonces...

—Seguramente—la menor esquivaba con insistencia las pupilas de sus dos parientas, sobre todo las de su prima, cuya legendaria suspicacia temía despertar—. Me dijo que no iba a quedarse más que un ratito, porque tiene muchos asuntos que resolver y está pendiente su viaje a Guanacaste...

—¡Pues qué lástima! —volvió a decir la tía Lucía, trazando mal con sus labios una especie de sonrisa resignada—. Hubiera debido quedarse... y no solo por la belleza de caballero que es, ¡sino porque Elías lo estaba atisbando, para preguntarle por lo del caballo que le requisaron!

Ariana no llegó a exhalar el suspiro de maligno alivio que acudió

desde sus pulmones, pues a su oído se acercaron los labios de María Consuelo, preguntándole si no había visto pasar por allí al escurridizo y enigmático Rubén. Claro está, la jovencita tenía muy fresca todavía la ácida instrucción dada por aquel, de negar rotundamente cualquier encuentro, de modo que así lo hizo; y enseguida, ansiosa por liberarse cuanto antes de cualquier ulterior interrogatorio, propuso que volviesen de una vez al salón, aduciendo que tenía ganas de continuar bailando.

Un último detalle, empero, iba a salirle al paso para dejarla intrigada. No bien había traspuesto la ancha puerta principal, cuando tropezó de manos a boca con la desgarbada figura de José María Sánchez, metido de cuerpo entero en una especie de levita que le quedaba bastante mal a pesar de su empeño en forzar elegancia, visiblemente desorientado y por añadidura solo. “*Las indignidades de la estupidez (...) no suelen atraer mucha compasión*”^[63], habría dicho burlescamente Jane Austen al ver semejante espectáculo; pero el nobilísimo corazón de Ariana sí tenía la capacidad de experimentar esa pizca de lástima.

—¡Uy, Ariana...! ¡Qué dicha que la veo! —a pesar de que eran rarísimas las ocasiones en que aquel joven le dirigiese palabra alguna, esta vez tuvo ella el sobresalto de ser el blanco directo de su primera exclamación—. ¿Usted no sabe por dónde estará Felicia? ¡Creí que estaría con ustedes!

—¿Cómo? ¿No estaba bailando con usted?

—Pues sí, pero... en una de tantas tuve que ir al baño... y cuando regresé a buscarla, ya no la vi más... ¡Ya tengo rato de no encontrarla...! ¿De veras no sabe usted adónde se fue?

Al principio se lo planteó ella misma con toda la ingenuidad del caso. “*De veras, ¿dónde se puede haber ido? Si no estaba con las otras, y tampoco está con el esposo*”...Pero luego tropezaron sus ojos azules con la peculiar expresión de María Consuelo: una mueca que revelaba un inocultable dejo de pánico bajo su aparente malicia. ¿Acaso estaba pensando ella que...? Ariana dio un respingo. Bien sabía ella que su prima no solía tragarse las “casualidades”, pero solo entonces pudo vislumbrar, en toda su tenebrosa magnitud, la gravedad de la infausta sospecha que, al conjuro de la simultánea desaparición de Felicia y del General, comenzaba a burbujear de nuevo en su cabeza luego de largos meses de estar adormecida.

—No, José María—nunca antes había sido Ariana tan consciente de estar profiriendo una mentira misericordiosa—. Va a perdonarme usted... pero no tengo ni la menor idea.

La invisible Felicia terminaría por aparecer al cabo de un largo rato, justificando su previa ausencia en una súbita indisposición, y repeliendo con altanería cualquier ulterior interrogatorio al respecto por parte de su marido y su hermana. Pero de poco valdría su empeño en minimizar el misterio; en el corazón de Ariana, como antes en el de María Consuelo, se hallaban ya firmemente clavadas las espinas del recelo y la alarma.

El soldado desaparecido

La nota de Ernesto, que no pudo leer la ansiosa jovencita sino hasta mucho más tarde, era en extremo corta: escuetamente indicaba haber recibido lo enviado por ella a través de Agustín. Para Ariana, sin embargo, aquellas tres o cuatro líneas resultaban mucho más conmovedoras y apasionadas que si en cambio le hubiesen dedicado a ella las rimas de Bécquer. ¡Su amado estaba a salvo! No solo se encontraba todavía en San José, cobijado por el que posiblemente debía ser el más insospechable cómplice... sino que aquí y allá dejaba entrever cuánto cuidado tenía por su asediada esposa, y cuán enterado estaba de sus angustias y necesidades.

Fue este quizás el único oasis de calma que experimentó Ariana en aquellas semanas. Aunque el general Tinoco partió para el frente el miércoles siguiente de conformidad con lo programado, su ausencia, lejos de procurarle el alivio que había imaginado, aumentó exponencialmente su zozobra. “*¡Son tantos meses ya, y siempre tengo que andar pensando lo mismo: en qué va a hacer ahora ese infeliz!*”, sus lamentos teñidos de rabia devoraban sin clemencia las horas de sueño. No le era posible saber hasta qué grado estaría Joaquín disgustado con ella, si es que realmente lo estaba; pero era evidente que el apetecido galán comenzaba a perder la paciencia ante la aparente indefinición amorosa de ella. Y era muy probable, además, que hubiese tomado nota de los livianos pero persistentes síntomas de rebeldía que imprudentemente comenzaba ella a demostrar. ¿Estaría considerando quizás adoptar medidas más drásticas? ¿No podría, por ejemplo, haber dejado a sus esbirros alguna instrucción específica respecto a ella o a los suyos, a ejecutarse mientras él se encontrase en el frente? ¿Y no calcularía volver luego con todo el cinismo del que era capaz, a ordenar un alto en tales atropellos, y presentarse así ante ella como un amoroso y desinteresado redentor?

Para mayor inquietud suya, le tocó ir enterándose de que, uno a uno, sin excepción, todos los jóvenes que se habían atrevido a bailar con ella en la velada del Hotel *Washington* acabaron por ser alejados de la capital en el término de pocos días, invariablemente por orden del Presidente o del Ministro de Guerra. Incluyendo, claro está, al hijo del doctor y ex senador Calderón Muñoz, obligado a acompañar a su padre a Honduras en una

repentina misión diplomática. ¿Sería mera coincidencia? ¿O pretendía con esto el General dejarle claro que la consideraba suya, y que no vacilaría en desembarazarse de cualquier potencial competidor, fuese quien fuese?

Tampoco le resultaban muy esperanzadoras las novedades que se divulgaban desde Guanacaste, ni las cartas preocupadas que recibía de su madre Beatriz y de su hermana Eugenia, que llevaban varios días sin recibir noticias de Miguel. Sobre las operaciones de la fuerza invasora reinaba un ominoso silencio en la prensa, y tampoco dejaba nada en claro la interminable correntada de rumores callejeros que caían unos sobre otros, en los cuales la tensa expectativa de los primeros días iba siendo reemplazada gradualmente por una molesta impaciencia. ¿Estarían avanzando rápidamente hacia el corazón del país? Era casi seguro que no, pues ello habría precipitado algún combate de suficiente importancia para que mantenerlo en secreto se volviese imposible. ¿Habrían sido derrotados y puestos en fuga? Tampoco, pues el Gobierno y “*La Información*” se hubiesen apresurado con toda avidez a divulgarlo. ¿Qué estaba ocurriendo, entonces?

Nada.

A despecho de las optimistas proclamas con las que volvió de Liberia el general Tinoco, generosamente divulgadas en los dóciles periódicos capitalinos, a nivel colectivo iba quedando la impresión de que el Ejército procedía con excesiva cautela pese a su aplastante superioridad numérica y armamentística, y que los rebeldes tampoco debían ser una tropa muy resuelta ni disciplinada, ni mucho menos tan grande como maliciosamente exageraba “*La Información*”. En efecto, durante esas tres semanas los hombres de Julio Acosta prácticamente no habían dado un paso desde La Cruz, y los de Tinoco tampoco se habían movido hacia el norte de Liberia, lo que dejaba las famosas haciendas Santa Rosa, Los Ahogados y El Jobo como “tierra de nadie” entre ambas fuerzas. Y por supuesto, tanta inacción era verdaderamente desesperante para el ansioso público del Valle Central, por su violento contraste con el ritmo sostenido que mantenían los arrestos y palizas ordenados por el régimen, y la crónica escasez de productos básicos que, agudizada por la huelga de panaderos, se sentía en todas partes.

Aquella situación iba a cambiar bruscamente a finales de mayo, pocos días después del regreso del General a San José. Se hallaba Ariana a mitad de su desayuno en la habitual compañía de la tía Lucía y de María Consuelo, justo antes de salir para el Colegio, cuando se escucharon en el pequeño jardín del frente algunas exclamaciones altisonantes cuyo contenido no logró descifrar,

pero cuya autoría no dejaba dudas: era la voz de la tía Dolores. Instantes después aparecía en el comedor don Elías, llevando en sus manos el mañanero ejemplar de “*La Información*”, y en sus ojos el indiscutible reflejo de una enorme impresión en la que jugaban juntas la alegría y la incertidumbre. Y antes de que alguna de las sobresaltadas mujeres pudiese preguntar lo que acontecía, ingresaba detrás de él la mismísima tía Dolores, con su expresión jubilosa decorada por sus enfáticos aspavientos, exclamando:

—¡Justicia de Dios, justicia de Dios! ¿Se estaban imaginando esos bandidos que iban a poder salirse con la de ellos así de fácil...? ¡Pues ahí tienen, para que se termine de una vez esta *carajada*! ¡Que aprendan que aquí todos los filibusteros que se meten, acaban igual, miserablemente derrotados! ¡Y si los *nicas* o los hondureños quieren tumbar al Gobierno de Costa Rica, que vengan ellos mismos!

—Pues sí... eso es lo que anuncia hoy el periódico—explicó el viejo patriarca, un poco escamado de ver cómo su cuñada había adelantado ya la noticia—. Parece ser que por fin entró en acción el Ejército, ¡y les dio una buena tunda a esos revoltosos en la Hacienda “*El Jobo*”! No vienen muchos detalles sobre la batalla en sí, porque por lo visto se basaron en el informe que dio ante el Congreso el general Tinoco anoche... pero sí dice que fue muy dura, que aparentemente duró varias horas, y también que los rebeldes tuvieron un montón de bajas y dejaron botadas hasta las pocas armas que traían...

—¡Bendito sea el Señor, y María Santísima! —la tía Lucía se puso en pie, santiguándose y abriendo dramáticamente sus brazos. Pero atrás de ella Ariana palidecía espantosamente y se echaba a temblar sin control alguno. No solo por sus resueltas simpatías hacia los invasores, de las que cada vez se convencía más, sino por una pregunta que le había clavado sus envenenados colmillos en el alma desde el momento mismo de oír el pomposo festejo de la tía Dolores: ¿habría participado Miguel en ese arduo combate? ¿Y habría sufrido algún daño?

—Eh... ¿y dice algo el periódico sobre... muertos o heridos de nuestro Ejército?

Un rodillo de silencio apabulló a todos los presentes, quienes al punto comprendieron la verdadera razón por la que su joven prima se había puesto tan afligida de pronto.

—Bueno... la valentía es cosa de familia—graznó la tía Dolores, intentando una especie de sonrisa que no dejaba de lucir incómoda entre sus

severos labios—, de modo que no deberíamos extrañarnos de que tu hermano haya poseído el valor para caer heroicamente. ¿Acaso iba él a querer ser menos que su papá?

Semejante comentario no podía menos que atraer hacia su autora las horrorizadas pupilas de Ariana, quien difícilmente podría tomarlo como un honrado intento de consolarla. ¡Menudo bálsamo le ofrecía, dando por muerto a su hermano y por añadidura parangonando su caída con la herida insanable que abriese en ella el terremoto de Cartago...!

Probablemente lo percibiese así el viejo don Elías, a quien no le faltaba tacto, pues de inmediato se acercó al asiento donde había quedado interrumpido el desayuno de su sobrina, y pasando su brazo por los hombros de ella en un insólito despliegue de afecto, le dijo:

—Tranquila, Ariana... tomate esto con calma, por favor. No es bueno mortificarnos con esa clase de conjeturas, y lo peor que puede pasarnos es que una hora tan jubilosa para la Patria venga a sernos trágica a nosotros como familia, solo por suponer algo de lo que no podemos estar seguros. Más bien, confiemos en Dios y recemos para que tu hermano esté bien, pues a la larga ni siquiera haya sido su tropa la que tuvo que pelear.

Siguieron días de insoportable confusión para la jovencita. Frente a sus ojos y oídos el Gobierno y la prensa oficialista celebraban larga y ruidosamente su rotunda victoria, con gestos altisonantes que iban desde el otorgamiento, por parte del servil Congreso, del grado de General de Brigada para el comandante vencedor, hasta la burlona publicación de una cierta “Proclama del Sapo” firmada por Julio Acosta en el diario “*La Información*” pocos días después. Pero mientras eso sucedía, comenzaban también a llegar a la capital algunos heridos y prisioneros a bordo de los trenes que venían de Puntarenas, e iban circulando en las calles más versiones, a menudo contradictorias, acerca del enfrentamiento. En boca de amigas y compañeras de clase escuchaba Ariana, entre otro millar de habladurías disímiles, que el Ejército se había limitado estrictamente a defenderse de un arrojado pero irreflexivo asalto frontal de los rebeldes a sus trincheras. Y que lo ocurrido en los llanos de “*El Jobo*” había terminado por convertirse un despiadado ejercicio de tiro al blanco para las tropas del Gobierno, pero que por alguna incomprensible razón, el jefe de estas últimas se había abstenido de perseguir a los invasores a pesar de los visibles estragos que se habían ocasionado en sus filas. Mas sobre lo que verdaderamente le interesaba, que era la suerte corrida por su amadísimo hermano mayor, no había ninguna fuente de

información fiable, y eso la hacía desfallecer en silencio bajo un creciente fardo de temor.

Su rabiosa sed de noticias exactas la llevó incluso, durante un receso, a correr del Colegio hacia el Hospital San Juan de Dios, que estaba a varias calles de distancia y donde, según le habían asegurado, estaban siendo atendidos algunos de los lesionados del combate. ¡Vano intento y tremendo disgusto el que la esperaba! No solo le impidieron en pésimo tono el ingreso unos polizontes armados e insolentes, sino que ni siquiera tuvo alguien la cortesía de ofrecerle el menor dato acerca de los pacientes; y así hubo de volver a casa la muchacha añadiendo a sus muchas preocupaciones una enorme frustración que iba a quedar esa noche transformada en lágrimas entre sus sábanas.

Hasta aquel mediodía de martes en el cual, a su llegada del Colegio, se encontró con que su tío Elías se encontraba esperándola casi sobre el propio umbral de la casa, y con un lacónico gesto la invitaba a seguirlo a su despacho. La sensitiva muchacha padeció al instante el humedecerse de su cuello y frente a causa del profuso sudor, intuyendo por el semblante severo del patriarca que seguramente se le avecinaba una tormenta. Pero lo que recibió en cambio fue el golpe seco de un rayo feroz.

—Ariana, espero que no te vayas a alterar por lo que estás a punto de oír—le anunció el viejo luego de cerrar meticulosamente la puerta de su oficina. Le era inevitable representar la temible solemnidad de un juez, aunque en su voz reposada parecía haber una pincelada de clemencia—. Pero esta mañana recibimos un telegrama de Beatriz... tu mamá.

Los libros que llevaba consigo la colegiala se deslizaron de entre sus dedos y fueron a dar al piso, pero ella ni siquiera pareció percatarse de ello, presa de un aturdidor frío que le desgarraba la espalda y las sienes. Dentro de su pecho se debilitaban los latidos de su corazón bajo el glacial presentimiento de una desgracia. ¿Qué otra cosa podría haber puesto en don Elías un semblante como aquel, o haber impelido a su madre a malgastar sus exiguos recursos en un medio de comunicación tan urgente y costoso? En lo profundo de los oídos de su memoria, casi ahogando la voz de su tío, volvió a rugir el que siempre había reconocido como el sonido del terror.

—¿Qué... qué pasó? —probablemente los endurecidos oídos del caballero no captaran a plenitud las débiles palabras de Ariana, pero de todas maneras las habría discernido con facilidad por la temblorosa mueca de espanto que la subrayaba. Bajó por un momento su mirada, carraspeó con

notoria congoja, y finalmente apuntó a su sobrina y apretó el gatillo:

–Tu hermano Miguel está desaparecido.

Cuando Ariana volvió de su desmayo, se encontró tendida sobre el sofá de la sala principal, vigilada por el cariacontecido tío Elías y por la no menos alarmada María Consuelo, cuyos rostros apenas fue capaz de distinguir a través de la densa neblina de angustia que le estorbaba todavía la vista. Instantes más tarde reconocía también el rostro angustiado y cariñoso de Secundina, que le traía un caldo de pollo y una generosa porción de aguadulce. La jovencita se resistió a probarlos, pero las súplicas de la joven criada y, sobre todo, la presencia de su tío, la persuadieron de hacer al menos el intento.

A pesar del énfasis que ponía el patriarca de los Cantillano en conservar la fe y en no precipitarse a suponer lo peor, lo cierto es que la aciaga novedad conmovió a toda la casa, incluyendo a la tía Dolores, a Felicia y a su marido, quienes estaban invitados para el café de la tarde. Sin duda era bastante probable que el subteniente no hubiese perdido la vida en la cruenta refriega, puesto que el Ejército vencedor había quedado dueño del campo de batalla y, por consiguiente, de los cadáveres que sobre él habían quedado. Pero, ¿no podría haber sido herido? ¿O peor aún, hecho prisionero de los revolucionarios, a los que la prensa gobiernista retrataba una y otra vez como salvajes y desalmados?

Esa misma noche, poco antes de la cena, empezó a sonar con insistencia el teléfono de la casa. No podía Ariana escuchar el anémico zumbido desde el encierro de su habitación, donde a fuerza de llantos se habían consumido las pocas energías que le quedaban, sin dejarle otra cosa que los párpados inflamados y enrojecidos; pero al cabo de unos segundos escuchó a la distancia la voz de su tío Elías que la llamaba.

–Es para vos, Ariana—el anuncio la golpeó en la cara apenas la hubo asomado a la sala. Era ya de por sí bastante infrecuente que alguien preguntase por ella, salvo que se tratase de las pocas compañeras suyas de clase que también tenían línea telefónica en casa. Pero a juzgar por el gesto del viejo hacendado mientras tapaba con su mano la bocina que sostenía, debía tratarse de algo mucho más insólito. ¿Acaso se trataría de una voz masculina?

–¿Para mí? —su voz continuaba en huelga a causa de la abrumadora tristeza.

–De parte del general Tinoco.

–No, por favor... ¡dígame que no puedo hablar ahora!

—Ariana, ¡agarrá el teléfono, que tal vez él sepa algo más en claro sobre lo que pasó con Miguel!

Si el argumento por sí solo no hubiese bastado para convencerla, lo habría hecho mágicamente el tono autoritario en el que le lanzó la orden su tío. La desvencijada jovencita avanzó con trágica lentitud hacia el aparato, como si fuese la reina María Antonieta camino del cadalso, antes de tomar la bocina y dejar caer a través de esta un anémico saludo.

—*Mademoiselle Ariane*—el característico apelativo que empleaba Joaquín para ella la obligó una vez más a pensar en francés, idioma en el que solían desarrollarse la mayor parte de sus conversaciones más privadas. Lo escuchó suspirar al lado opuesto de la línea, y añadir luego—: Hubiera preferido mil veces que el motivo de mi llamada fuese más placentero, pero desgraciadamente ha sucedido algo que, aunque ya se le hizo llegar a su señora madre una notificación oficial, considero mi deber de caballero comunicárselo a usted personalmente. Se trata de su hermano, el subteniente Cortés...

—¡No, por favor, *mon Général*...! —el precipitado gemido de ella fue posiblemente el sonido más fuerte que había brotado de su boca desde que escuchase a su tío adelantarle la malas nuevas—. ¡Dígame... dígame que él no está muerto...! ¡Dígame que no está muerto...!

—Sabe Dios lo mucho que quisiera yo poder garantizárselo—la estudiada parsimonia con la que se expresaba el Ministro de Guerra desesperaba en tales momentos a la ofuscada Ariana—. Pero desdichadamente no está en mis manos. Lo único que le puedo decir con certeza es que él no volvió a su puesto después del combate, y que tampoco se encuentra entre los heridos que fueron enviados a Liberia ni a San José. No estoy, sin embargo, en condiciones de confirmarle que haya caído, dado que no tengo información de que hayan encontrado su cuerpo en el campo de batalla... de modo que solo me quedan dos posibilidades: una es que haya desertado, cosa que me parecería inverosímil dada la valentía y la lealtad que ha demostrado siempre, así como la orden que hay para fusilar a cualquiera que abandone las filas... Y la otra, que me inquieta más por usted que por nadie en el mundo, es que haya sido capturado por el enemigo... en cuyo caso no puedo prometerle que esta gente vaya a respetar su vida ni su integridad física.

Duró la muchacha un largo tiempo para que los brutales impactos recibidos se asentasen lo suficiente para permitirle hilvanar una respuesta.

—Dios... pero... ¿y si de veras fuera así, si lo tuvieran preso los

revolucionarios? ¿Habría alguna oportunidad de hacer algo por él?

—Es incierto—casi podía ella imaginar la imperturbabilidad con la que debía estar hablándole Joaquín, seguramente sin levantarse de su escritorio siquiera—. Por el momento no tenemos ningún tipo de contacto con Acosta ni con sus hombres, como para pensar siquiera en una negociación que nos permita intercambiar prisioneros. Además... tiene usted que entender, por si acaso alguna duda le queda al respecto, que no son más que mercenarios. Son combatientes irregulares, nada diferentes de los piratas y los filibusteros de antaño, sin ningún sentido de la caballería o del honor, ni mucho menos de patriotismo, pues la mayoría ni siquiera son *ticos*, y los pocos que dicen serlo, son vulgares traidores de la peor categoría, que no han vacilado en tomar las armas contra su propio país...

Ariana jamás hubiese querido permitirse aparecer débil ante el General, ni mucho menos que la oyese sollozar. Pero esta vez no pudo evitarlo.

—Me da muchísima pena—reanudó este su verbo al no oír de ella más que un mal reprimido llanto—haber tenido que ser el portador de una noticia tan negra para su alma, *mademoiselle*. Quisiera decirle que, así como he tenido la angustia de informarla acerca de esto, puede usted contar con mi persona si necesita cualquier tipo de consuelo. Y prometerle también que, dadas las circunstancias en que nos encontramos, y sin que esto implique no tener esperanza acerca de su hermano, voy a procurar que a su señora madre y al resto de su familia se les tramite con la mayor celeridad la pensión de guerra que corresponda, de acuerdo con sus méritos militares.

Pero sepa además—agregó luego de un rato de silencio, tras notar que la muchacha seguía sin controlar su gemir—que me encuentro muy conmovido por el dolor que usted sin duda está experimentando... y que no voy a detenerme hasta no haber hecho pagar a esos infames cada una de esas lágrimas que hoy usted derrama. Llegó la hora de ajustar cuentas con ellos, que son los únicos responsables de que lo que está pasando... y también con sus simpatizantes, especialmente con esos que enquistados entre nuestros educadores y empleados públicos, andan sembrando intrigas cobardes y odios rastreros... Pero ahora serán ellos mismos los que tengan que asumir los costos de esta situación tan lamentable que han contribuido a provocar... Y van a pagarlo, van a pagarlo muy caro, *mademoiselle*, ¡le doy mi palabra!

Enzarzada entre su dolor y su ofuscamiento, Ariana apenas pudo captar a medias el sentido de las rumbosas palabras con las que el General intentaba

a un tiempo expresarle sus simpatías y granjearse su gratitud. Pero en medio de ellas saltó la chispa iracunda de un pensamiento incendiario que calcinó de inmediato la totalidad de su mente y que a duras penas capturó de nuevo cuando estaba a punto de traspasar sus labios.

“No, General... nada de esto lo han provocado ellos... ¡sino su hermano y usted!”

Se enciende la mecha

¡Qué abrumadora soledad la de Ariana, rodeada de personas amables pero imposibilitada por diversos motivos de confiar en ellas, y en cambio aislada a la fuerza de aquellos seres a quienes habría deseado abrir las bóvedas de sus terribles penas! ¡Cuánto extrañaba a Ernesto! ¡Cuánto anhelaba poder hablar con la maestra María Isabel o con el padre Tomás! ¡Cuánto maldecía cada kilómetro que la separaba de su madre Beatriz y de su hermana Eugenia, quienes al menos se tendrían la una a la otra para hallar una pizca de alivio en medio de aquel abominable cáliz!

Dos días estuvo la devastada colegiala encerrada en su habitación, sin asistir a clases y prácticamente sin probar bocado. Y quién sabe cuánto tiempo más se habría prolongado su pesaroso enclaustramiento, si no hubiese mediado el furtivo ingreso de María Consuelo al anochecer del segundo día, para hacerle honor a su nombre ofreciéndole palabras de aliento, y rogándole cariñosamente que al menos intentase comer.

Los Cantillano no podían menos que sentirse consternados por la aciaga noticia acerca de Miguel, especialmente por el hecho de haberlo tenido con ellos apenas un par de meses atrás en ocasión de la boda de Felicia. Y naturalmente, cada uno de ellos, inclusive el frívolo Rafael y la rígida tía Dolores, comprendían—al menos en la superficie—el duro trance que atravesaba la sensible hermana del desaparecido. Pero a la vez, cosa curiosa, se mostraban en general mucho más inclinados que la propia Ariana a aferrarse a la esperanza de que su joven pariente no hubiese sufrido daño y que simplemente se hubiese extraviado o sufrido algún contratiempo de poca monta. Y lo hacían con tanta insistencia, que a la desolada jovencita no le quedaba más que preguntarse si era realmente por darle ánimos a ella, por hallarse emocionalmente más distantes, o tan solo porque no se sentían a gusto con la idea de sumirse tan inesperadamente en un periodo de duelo.

Todavía el lunes no se sentía Ariana en condiciones de volver a clases, a pesar de la insistencia cada vez más severa de su tío Elías en que ella no podía permanecer allí encerrada para siempre. Pero a media mañana recibió en su pieza una visita muy distinta: la de Secundina. “*Ah... ¡si solo pudiera traerme una carta de Ernesto!*”, la primera idea que se le vino a la mente.

—Niña Ariana... una carta para usted—anunció la joven criada, aunque la ausencia de la habitual sonrisa pícaro le dio a entender al instante que el remitente no era el esperado. La rápida desilusión volvió a encender instintivamente sus nervios, exacerbados hasta el borde de lo insoportable a causa de la infausta sucesión de acontecimientos que le caían encima uno tras otro; y como resultado le temblaba visiblemente la muñeca al extender su brazo para tomar el envoltorio que le ofrecía Secundina.

—Es de Eugenia, mi hermana—musitó casi por instinto, al localizar primero los sellos del correo de Puntarenas y casi de inmediato la dirección garrapateada en una esquina del sobre. Pero sus ojos azules parecieron saltar de un momento a otro y, por primera vez en todos esos días, relumbrar con un melódico destello de alivio, al advertir un detalle crucial: ¡no había señal de luto en la orla!

—Quiera Dios que sean buenas noticias—cobró Secundina un poco de valor para balbucear, animada por el súbito cambio que observase en el rostro de Ariana. Hizo ademán de retirarse, pero la dueña de la habitación le rogó con un gesto de su mano que se quedara. Rasgó apresuradamente la cubierta y desdobló la hoja, que le presentó el texto siguiente, fechado el viernes anterior:

“¡Hola, Ari!

Mamá está muy preocupada por vos, pues no nos has escrito desde que pusimos el telegrama. Insiste mucho en que debes estar pasándola mal, y quiere saber de vos. Ganas le sobran de mandarte otro telegrama, pero vos sabes lo que cuesta eso.

Un soldado conocido nuestro vino anoche a casa. Estuvo sólo un ratito y se despidió, pero igual nos dejó con la boca abierta con sus historias, y después de oírlas quedamos mucho más tranquilos. Los detalles que nos contó sobre lo de “El Jobo” fueron suficientes para dejarnos llenos de paz y de esperanza. Varias veces nos insistió en que te hiciéramos saber a vos que no tenías que estar triste, que tuvieras paciencia y que confiaras en Dios. Inmediatamente decidió mamá que había que mandarte esta carta. Veremos si te llega pronto, porque ahorita hay problemas con el correo. Oramos y esperamos, sin embargo, que te sintás mejor y que, quizás muy pronto, alguien de esta casa pueda llegar a darte el abrazo que sabemos que te hace falta.

*Con mucho amor,
Eugenia”.*

Por largo rato estuvo Ariana contemplando la misiva, sin poder figurarse todavía cuál era su objeto. El tono de cada frase era esperanzador, y la ausencia de luto en la cubierta dejaba a las claras que nadie en Puntarenas creía que Miguel estuviese muerto, aunque parecía cuidarse de decirlo explícitamente, quizás por temor a los censores del Gobierno—a lo que seguramente aludía su hermana al mencionarle los “*problemas*” que había con el correo. Pero el verdadero sentido de la carta solo pudo saltarle a la vista cuando notó de un momento a otro las mayúsculas anómalamente grandes con las que Eugenia había iniciado cada oración en los dos párrafos principales... y descifró al punto una frase mucho más contundente, que la llenó de un explosivo júbilo imposible de contener: “*MIGUEL VIVO*”.

De inmediato se puso en marcha una verdadera máquina de conjeturas en el cerebro de Ariana. Ese “soldado” que había venido a casa de sus familiares, ¿tenía que haber sido el propio Miguel en persona! ¿De qué otra manera habrían podido Eugenia y los suyos quedar tan tranquilos como decían estarlo, y por añadidura enfatizarle tanto a ella que no estuviese triste? Ahora bien, si había permanecido tan poco tiempo en Puntarenas, ¿no sugería ello que lo suyo hubiese sido más bien una deserción, y que posiblemente se estuviese ahora ocultando de las autoridades?

Ese pensamiento la condujo sin remedio a otro mucho más terrible: las represalias que había prometido el General. Sus palabras siniestras se repitieron como un eco macabro dentro de su cabeza, congelando rápidamente el arroyuelo de júbilo que le produjese inicialmente la aparente noticia de que Miguel estaba con vida y libre, y reemplazándola con ese sombrío terror que la perseguía a todas partes asumiendo el rostro y la voz de aquel hombre osado y altanero. ¿No le había dicho muy claramente que la orden que había dado era la de fusilar a quienes abandonasen las filas? ¿Y no habría descargado también resueltas amenazas contra los “simpatizantes” de la revolución, jurándole solemnemente que les haría pagar cara su “traición”?

De pronto recobró Ariana el sentido de la realidad: ante sus ojos aterrados aparecía, en toda su infernal magnitud, el panorama trazado por el pincel brutal de los labios del hombre fuerte del régimen. Ya no se trataba simplemente de resistirse a sus artes de donjuán, de desairarlo en un baile cualquiera, ni de preservar en secreto su relación amorosa con Ernesto para evitarle problemas a él y a los suyos. Ahora ella había contribuido a ocultar a dos fugitivos políticos, falsificado una orden del Ministro de Guerra para favorecer la huida de su suegro, alardeado en público de su afición a la causa

rebelde, y posiblemente influido en la deserción de un suboficial del Ejército. ¿Y qué otra cosa le había prometido Joaquín Tinoco, que no fuesen venganzas, persecuciones y ajustes de cuentas? “No... ¡no soy solo yo la que está en peligro! ¡Es toda mi familia, son los Cantillano, son Ernesto y su papá, es la maestra María Isabel y todos los demás educadores... es todo el país!”

—Niña Ariana... ¿está todo bien? —la alarmada voz de la criada pellizcó sus tímpanos—. ¿Usted se siente bien?

—Sí... por el momento... después te explico—articuló maquinalmente la jovencita, acariciándose con cierta torpeza el cabello largo y suelto; pero su conciencia ya le dictaba con toda claridad lo que debía hacer a continuación —: Por ahora necesito que me acompañes a algún parque... al Parque Morazán, tal vez, porque está más cerca... Necesito dar una vuelta, tal vez respirar un poco de aire fresco... para ver si se me despeja un poco la cabeza.

—Como quiera, yo estoy para servirle—al responder demostraba Secundina en su mirada esa ingenua valentía tan propia de una adolescente—. Pero, ¿no puede ser mejor en la tarde? Su tía Dolores acaba de llegar otra vez, y ya sabe usted cómo se pone ella si no aparecemos cuando nos llama...

—Por lo visto en esta casa, igual que en la Casa Presidencial, las órdenes las da alguien que ni siquiera debería estar ahí en primer lugar—tras soltar este mordaz comentario, en el que flotaba un inédito sabor a amargura, Ariana dio un suspiro y se puso en pie—. Pero está bien, Cundi. No te quiero meter en un problema, así que vamos al final de la tarde. Tal vez es mejor para mí también... pues así puedo pensar un poco más...

No quiso ella revelar a los Cantillano una palabra de lo insinuado por Eugenia, razonando que ello equivaldría a hacérselo saber al propio General; no en vano se hallaban en la misma mesa el disoluto Rafael y la discretísima tía Dolores, cualquiera de los cuales podría transmitírselo en el término de pocas horas. Pero la mejoría en su semblante era tan notoria, que atrajo el interés de sus tíos y primos, y entonces resolvió tomar ventaja: anunciando que, en efecto, se sentía un poco mejor, aceptó sin chistar el ofrecimiento hecho por don Elías de facilitarle un coche para asistir, al menos, a las lecciones de la tarde en el Colegio. Antes de irse, sin embargo, cuidó de instruir a Secundina para que la esperase a las cinco en la esquina suroeste del propio Parque Morazán.

En cuanto se hubo detenido el carruaje bajo una lluvia torrencial frente a las instalaciones del centro educativo—en cuya puerta principal le dio grima observar a una pareja de policías—, Ariana saltó de él para correr

primeramente a la Secretaría, donde debía entregar la nota con la que su tío suplicaba que le fueran justificadas las ausencias de la semana anterior. Pero a la mitad de las gradas vino a toparse de frente con el Director, que con un dejo de gélida aflicción en sus distinguidas facciones avanzaba titubeantemente en la ruta opuesta. Se detuvo al verla y la examinó con detenimiento, como si por alguna razón hubiese perdido por un momento la noción de quién era la alumna con la que se cruzaba.

—Señorita Cortés... —las palabras que dejó salir querían indudablemente presentar amabilidad, pero solo demostraron agobio—. No sabe el gusto que me da tenerla otra vez con nosotros por acá. Estábamos preocupados por usted.

—Gracias, don Fidel, es usted muy amable—respondió ella, intentando una sonrisa que no pasó de simulacro, mientras se hacía a un lado para dejarlo pasar—. Venía a dejarle una cartita de mi tío, pero veo que va usted con mucha prisa...

—Va a tener que disculparme, señorita... pero ya lo dijo usted, voy muy apurado... para la Casa Presidencial. El Ministro nos mandó a llamar a todos los directores y a los inspectores de San José...

—¿Pasó algo, señor?—la Ariana retraída y apocada de unos meses atrás no se habría atrevido siquiera a pensar en esta pregunta, pero la de ahora la lanzaba con esa audacia depurada por el crisol de tantos meses de temor e incertidumbre. Aunque de inmediato fingió volver sobre sus pasos, encogiéndose un poco de hombros y refugiándose detrás de los cuadernos que cargaba, al añadir—: Perdone mi impertinencia, don Fidel... pero no puedo dejar de notar lo inquieto que luce usted... y además, sé que hay dos policías esperándolo allá afuera.

La conjetura era muy atrevida, se dijo ella casi arrepintiéndose de su irreverencia; pero la reacción del Director le demostró la exactitud de su hipótesis. En efecto, el hombre pareció desconcertarse por un segundo, mas enseguida arrojó sobre su ansiedad la máscara de una sonrisa enigmática.

—Por favor, déjeme el sobre allá con el Secretario—le indicó con nerviosa calma, antes de agregar, inclinándose hacia su oído y bajando mucho la voz—: Y quiero pedirle algo más, señorita... que rece por nosotros.

Arreciaba el aguacero y se veían destellos de tormenta eléctrica cuando Ariana ingresó a su aula, para ocupar al fin su pupitre ante las atónitas miradas de sus compañeras. Pero su mente jamás entró a la lección. Se dedicó en cambio a reiterar la escena que recién presenciaba, entre signos de

interrogación, y a ponerle como banda sonora la voz, suavemente amenazante, de Joaquín Tinoco a través de la línea telefónica: *“Llegó la hora de ajustar cuentas con ellos, (...) con esos que enquistados entre nuestros educadores y empleados públicos, andan sembrando intrigas cobardes y odios rastreros”*... ¿Acaso había venido a clases únicamente para presenciar el inicio de la purga que le anticipase el temible General?

Al caer la tarde había dejado de llover, pero las calles estaban convertidas en un rosario de pozos llenos de agua y lodo, que los caballos y los coches se complacían en hacer saltar hacia las aceras salpicando a los transeúntes. A Ariana, sin embargo, el detalle la tenía sin el menor cuidado; podían haberse abierto abismos llameantes en ellas, que eso no hubiese alterado su determinación de emprender la caminata hacia el Parque Morazán, donde debía estarla esperando una Secundina que con toda seguridad estaría tan embarrialada como ella misma iba a quedar. Intentaron detenerla varias compañeras suyas, empeñadas en informarse de los motivos de su ausentismo; pero ella se escabulló como mejor pudo y echó a correr sin tapujos hacia el norte.

—¡Niña Ariana! —desde veinticinco metros antes de llegar escuchó las voces que le daba la joven criada, y pudo verla casi sobre la propia esquina agitándole los brazos—. ¡Aquí estoy, venga por acá...!

—¡Sabía que no me ibas a fallar, Cundi! —aceleró Ariana el paso para ir a su encuentro y envolverla en un rápido pero potente abrazo—. Pero ahora vamos... porque esto que viene es delicado.

—Ojalá sea rápido... ¡porque ando escapada! —le replicó la criada, con el espejo de la congoja en sus pupilas—. Dije que tenía que ir de urgencia al mercado, supuestamente a comprar algunas cosas que necesitan el señor Elías y su esposa para el viaje de mañana a Juan Viñas, y salí antes de que la señora Dolores me empezara a hacer preguntas...

—Sí, tiene que ser muy rápido. Necesito que vos... bueno, avancemos un poquito, y cuando yo te diga, agarrás mis cuadernos y mis libros un momento y te vas luego por aquel lado, como si estuvieras por ir a comprar unos tamales asados donde aquellas señoras, mientras yo toco la puerta por acá...

—¿Qué es lo que va a hacer usted, niña Ariana?

—Necesito dar un mensaje importante... de aquellos, que ya sabés... y si nos viniera siguiendo algún esbirro, vos lo vas a distraer porque sos la que lleva los papeles... ¿Entendido?

No dudaba Ariana que su despierta acompañante captaría en el acto la existencia de algún plan previamente elaborado, ni mucho menos que comprendería el riesgo que le estaba pidiendo asumir. Pero, habituada a la obediencia y conducida por una irrompible fidelidad, no hizo la menor objeción. Y en cuanto escuchó la señal, tomó de sus manos los útiles y prosiguió con calmoso andar en la dirección que le había indicado la colegiala, mientras esta última se introducía en la conveniente penumbra ofrecida por el cajón de la puerta que se disponía a golpear.

—¿Quién es? —reconoció al instante la voz femenina que hizo la pregunta desde el interior de la casa sin abrir la puerta, aunque de alguna manera se asombró de encontrarla allí.

—¡Yo, maestra, Ari... digo, *Tía Venada!*—en medio de su crítica ansiedad estuvo Ariana a punto de olvidar la contraseña convenida tiempo atrás. De modo que, en cuanto se abrió bruscamente la puerta, el primer gesto que obtuvo de la maestra María Isabel fue el de un enérgico reproche.

—Ariana Cortés, ¿qué estás haciendo aquí? —le espetó a modo de bienvenida—. ¿No sabes que cada día que pasa se vuelve más peligroso que nos vean juntas?

—Créame, maestra... ¡le aseguro que a estas horas yo soy el más pequeño de sus peligros!

—¡Eso ya lo sé, tengo uno mucho más grande ahí adentro!

—¡Ariana! —desde las profundidades oscuras de la casa brotó una inesperada voz varonil que ella reconoció inmediatamente, y cuyo timbre bastaba por sí solo para hacer rebotar por todo su pecho el balón desinflado de su bamboleante corazón. Flaquearon por un eterno segundo sus rodillas, mientras sus ojos azules, inundados de lágrimas que el asombro secaba casi de seguido, se levantaban al encuentro del espectro vestido de negro que se aparecía ante ella desde el fondo del pasillo, precipitándose para abrazarla y cubrirla de besos—. ¡Mi amor, mi princesa...! ¿Cómo supiste que yo estaba aquí?

—¡No... lo sabía! —se sintió ella tan desconcertada ante Ernesto como la primera vez que lo había visto, en la acera de los Cantillano siete años atrás. Tanto, que no le fue posible conciliar la magnitud de ese sobresalto con la idea de que el muchacho que tenía ante sí, despeinado, ojeroso, adelgazado y con dispersa barba, pero irremediamente guapo de todas formas, era ya su esposo ante Dios.

—Y entonces... ¿por qué viniste?

Abría la boca Ariana para replicar, cuando advirtió en la mal iluminada sala una segunda sombra de varón, cuya simple presencia la obligó a refrenarse instintivamente. Supuso que se trataría de Agustín, pero se quedó helada al advertir cómo la penumbra le revelaba en cambio el perfil, mortíferamente serio, de Rubén Carrillo.

—¿Por qué tan callada, Ariana? —en las palabras del joven se percibía un resto de su característica entonación guasona, pero muy atemperada ahora por la rechinante tensión—. A estas alturas ya deberías saber muy bien en quién podés confiar.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —la jovencita, enhiesta y agitada, se apoyaba contra la fría pared.

—Nosotros preguntamos primero—apostándose en el pasillo a un lado de Ernesto, Rubén le dio a Ariana una mirada burlona y se cruzó de brazos, quizá parodiando la arrogancia del general Tinoco.

—He tenido que cambiar un par de veces de refugio—añadió lacónicamente el joven fugitivo, tomando de las manos a su inquieta visitante—. Llevo dos noches oculto en el patio de esta casa, y justo ahora venía Rubén para llevarme a otra parte, porque no quiero poner en más compromisos a la maestra. Pero... nadie me avisó que ibas a venir.

—Es que nadie lo sabía... ni siquiera yo misma, hasta esta mañana. Pero...

—Entonces decinos de una vez. ¿A qué viniste?

—Solo quería ponerla sobre aviso a usted, maestra—nunca antes había visto la educadora tanto fulgor en las pupilas de Ariana como ahora, que la apuntaban a ella como la lanza de un gladiador romano—. Usted y todos los educadores están en peligro... porque los Tinoco los tienen en la mira... ¡el General mismo me lo dijo!

—¡Carambas, Ariana, qué novedad! —ironizó la anfitriona, con sus cejas arqueadas y su boca formando una mueca desdeñosa—. Eso lo sabemos hace meses. Han tratado por todos los medios de cerrar la Escuela Normal, quitaron a García Monge de la Dirección por no dejarse manejar, han despedido gente a la menor sospecha de ser de oposición... y apenas la semana pasada, en plena conferencia con el doctor Barcos, se armó un alboroto de los diablos porque a una compañera de nosotras le niegan los ascensos solo por ser prima de los Volio... ¿Vos crees que nos van a estar queriendo mucho ese par de necios?

—¡Sí, pero esto es mucho más serio! —gimió Ariana, sujetando por los

hombros a la maestra María Isabel—. Hace unos días que el General... bueno, ustedes ya saben lo que pasa con él... pero me anunció que iban a empezar a tomar medidas directamente contra ustedes... ¡me dijo que los iba a hacer pagar por su apoyo a los revolucionarios...!

—Llegaste tarde, Ari—interrumpió la educadora, quitándose lentamente de los hombros las manos de su antigua alumna—. Ya nos llegó el rumor de la reunión esa que tuvieron los inspectores y los directores con los Ministros de Educación y de Gobernación, porque Joaquincito se zafó otra vez a Guanacaste, para no dar la cara... Y sí, literalmente nos van a hacer pagar. ¡Porque lo que quieren esos hediondos es rebajarnos a nosotros el sueldo todavía más, para que les patrocinemos a sus soldaditos!

—¿En serio?

—De hecho a mí me avisaron ya que a partir de mañana nos van a poner a firmar una circular, donde ofrecemos nuestra contribución “voluntaria”... pero ya sabemos que lo único que quieren es ver quiénes se niegan... ¡Claro, lo que menos se imaginan es que ese robo no lo vamos a aguantar!

—¿Y qué pueden hacer para impedirlo? —el gesto de Ariana se volvió casi desesperado—. Ellos saben que todos ustedes necesitan el trabajo... ¡por eso lo hacen!

—Te vas a sorprender, muchacha... —el fuego que se encendió en los redondeados ojos de la maestra iluminó toda la sala—. ¡Porque no va a haber ni uno de nosotros que acepte someterse!

—¿Usted cree? Al final el miedo siempre nos ha ganado...

—Porque no hemos tenido esperanzas. Porque nadie nos ha inspirado atreviéndose a desafiarlos. Por eso es que les hemos aguantado tanto palo, y por eso es que se sienten ahora tan confiados y altaneros... ¡Pero ya es suficiente, ya les llegó la hora! Alguien tiene que marcarles un alto a ese par de tiranuelos engreídos... y si ni el Olimpo ni los cafetaleros han tenido una peseta de hidalguía para hacerlo, ¡es tiempo de que los maestros, con la gente humilde y honrada que todavía queda en este país, les demos unas clasecitas de dignidad!

—¡Ojalá pudieran! —gimió la estudiante, con una inundación de lágrimas nublandole la vista, mientras sus brazos buscaban instintivamente los de Ernesto—. Pero... los van a aplastar... ¡Esa gente no va a tener piedad! ¡Y además ustedes no tienen como defenderse... y lo peor es que van a estar solos!

—¿Solos? Eso depende de vos, Ariana.

—¿De mí? —el pasmo de la muchacha al oír a su maestra fue tal, que derritió rápidamente el abrazo con el que se mantenía aferrada a su amado—. ¡Por favor...! ¿Qué voy a poder hacer yo, que soy una estudiante cualquiera?

—Ese es el punto—de la dueña de la casa brotaban febrilmente las frases al rojo vivo—. Sos estudiante. Y nosotros somos maestros. Solos, quizá no nos vaya bien. Los Tinoco tienen las armas en una mano y nuestros salarios en la otra. Pero a los jóvenes no los asustan tan fácilmente. Y si los estudiantes se pusieran de nuestro lado... detrás de ellos vendrían sus familias, y también los obreros, los artesanos, los comerciantes, ¡todos los que hemos padecido con estos canallas...!

—Maestra, Ernesto... ¡ustedes dos me conocen, saben lo tímida que soy, y que a mí ni me suman ni me restan en mi propia casa! ¿Qué influencia voy a tener yo sobre nadie? ¡Ni caso me van a hacer mis compañeras, o menos la gente adulta... y lo único que me voy a sacar es que me echen de la casa y que el General me haga algo...!

—Ariana... vos sabés la historia de Juana de Arco, ¿verdad que sí?

La muchacha giró sus hermosos ojos hacia la educadora, indudablemente confundida por una pregunta tan fuera de lugar en apariencia. Asintió con la cabeza, pero por el gesto era obvio que no entendía qué podía tener que ver la Doncella de Orleans con todo el embrollo que se gestaba allí.

—Sí, yo sé que la conoces—la voz de la adulta perforó sus tímpanos con inédita firmeza, mientras sus pupilas hipnóticas la inmovilizaban—: La muchacha iletrada y del campo que, aun convencida de que nadie la iba a tomar en serio, creyó en su misión, alzó el estandarte, inspiró a un pueblo desmoralizado y cambió definitivamente el curso de la historia. La recordás, ¿verdad?

—La he leído muchas veces, sí... pero...

—¿Sabes cuántos años tenía Juana de Arco cuando derrotó a los ingleses en Orleans y salvó así la independencia de Francia?

Ariana no respondió. Ernesto la tomó entonces de la cintura y la hizo girar hacia él, para introducirse por la ventana de sus ojos hasta el propio corazón.

—Diecisiete, Ariana—fue él quien descargó el cañón—. La misma edad que tenés vos ahora.

—Y ahora te toca a vos—la remató María Isabel, imponente pese a su corta estatura—. ¡Levantar la bandera y ser nuestra Juana de Arco... la Juana de Arco *tica*!

—¡Están locos...! ¡Nadie va a escucharme, y menos a seguirme!

—Con la desesperación que hay ahora entre la gente, seguirán a quien sea, si tiene el valor de plantársele a los Tinoco—el verbo grave de Ernesto estremeció las entrañas de Ariana—. Y vos lo has tenido... como ninguna otra persona que yo conozca. Sé que no nos vas a fallar. Creo en vos.

—Espero que entendás desde ya que, pase lo que pase, los maestros no vamos a aceptar más abusos de esos dos sinvergüenzas—repitió la anfitriona, sin dejar de mirar a la aterrorizada colegiala—. Vamos a resistirnos, vamos a decirle “no” a esa tal circular, y a enfrentar lo que se nos venga encima. Y lo vamos a hacer con o sin ustedes los estudiantes... pero sin ustedes será más difícil.

Muchas veces, en el transcurso de aquellos meses grises, había experimentado Ariana la sensación de un yugo cruel que la hundía con su peso ingrato entre el fango de la vida. Pero nunca había sentido sobre sus hombros una responsabilidad tan abrumadora como aquella que hoy le salía al encuentro sin darle margen alguno para prepararse. Cerró ella fuertemente sus ojos, inclinó la cabeza en actitud de clamorosa súplica, y se cubrió la cara con sus temblorosas manos, antes de exhalar forzosamente varias veces seguidas.

—¡Por favor, les suplico que me entiendan...! —musitó, casi sollozando, mientras reclinaba su cabeza atribulada contra el hombro de Ernesto—. Yo... yo tengo cosas que cobrarles a los Tinoco, tanto o más que todos ustedes... ¡Pero no me pidan algo que yo no puedo hacer! Yo... soy demasiado tímida, ¡de mí se ríen hasta cuando pido la palabra en clases, y peor aún las dos veces que me han sacado de un aula...! Nunca he servido para armar bochinchas ni para hacer discursos... y además, no puedo asegurarles que las chiquillas del Colegio vayan a reaccionar como ustedes esperan, por más que crea yo que estén en contra de los Tinoco...

—No se trata de que te pongás a hacer tribuna, ni nada de eso... sino solo que seas la que inspire a las demás con su actitud digna y valerosa—las razones de Rubén Carrillo tenían siempre ese inescapable ingrediente de sorna que caracterizaba su conversación—. ¡Y si se necesitaran discursos para alborotar el panel, lo que tenés que hacer es lo de Moisés, que ponía a hablar al hermano^[64]...! ¡Convencete a alguna compañera tuya, de las que tenga más labia, y que ella haga el resto... porque al final lo único que importa es que alguien reviente el panel, para que después las avispas salgan solas!

—Es inútil, amigos... ¡Yo no soy capaz de inspirarle emoción a nadie!

—No es cierto. Yo soy la prueba viviente de que sí lo sos. Y quizá sea

ese el único punto en que puedo estar de acuerdo con ese perro de Joaquín Tinoco.

La certera descarga de Ernesto pulverizó en definitiva las tenaces objeciones de Ariana.

—Está bien—dijo ella, al cabo de un tremebundo instante de silencio—. No puedo prometerles nada... pero sepan que voy a hacer lo posible por ayudarles. Mañana salen mis tíos para Juan Viñas, de modo que por lo menos voy a poder moverme con un poco más de libertad... pero de una vez les digo, que si las cosas salen bien, no va a ser por nada que yo haga, sino solo porque Dios quiere...

La joven pareja se fundió en un breve pero emotivo abrazo.

—¿Adónde vas a esconderte ahora? —maulló ella, en tono casi lastimero, a modo de despedida.

—Prefiero no decírtelo, aunque creo que podrás suponerlo—la sentenciosa frialdad con la que respondió Ernesto se acompañó de una mirada esquiva, que volvió súbitamente a posarse sobre las azules pupilas de ella—. Pero eso sí, necesito que vos estés tranquila y serena. Yo no voy a dejarte sola, ni a quedarme encerrado de brazos cruzados mientras vos te comés sola todas las broncas. Voy a estar cerca, muy pendiente de vos... y listo para asegurarme de que nadie te haga daño.

Al volver a la calle la jovencita, con la misma prisa que había ingresado, se encontró que ya la esperaba allí Secundina, visiblemente impaciente.

—¡Gracias a Dios, niña Ariana! —exclamó al verla, trocando en jubiloso alivio su ansiedad—. Ya estaba yo pensando que...

Dejó de hablar bruscamente la criada, y se quedó contemplando largamente el semblante que traía su acompañante. Flaqueó entonces, bajó su rostro, pero al fin se atrevió:

—Perdóneme la indiscreción, pero... ¿pasó algo?

—No es lo que pasó, Cundi—replicó la otra, con su voz tan apagada como la expresión de su cara—. Es lo que está a punto de pasar.

La negativa

Martes. Luego de despedirse de sus tíos Elías y Lucía, quienes partiesen de madrugada hacia sus plantaciones de Juan Viñas, Ariana desayunó apresuradamente y corrió hacia el Colegio. Llegó muy temprano, pero no antes que los dos policías de la víspera, a quienes encontró nuevamente en el propio umbral del portón principal.

En el patio, sin embargo, reinaba una tensa calma, más típica de la temporada de exámenes finales en noviembre y diciembre, que de un día cualquiera de junio, casi de frente a las vacaciones de medio periodo. Las pocas chicas que habían llegado ya al edificio se aglutinaban en pequeños y apretados grupos, prefiriendo las esquinas y los pasillos retirados. Y a medida que iban arribando gradualmente sus compañeras, el zumbido colectivo de sus voces iba en *crescendo*, contagiado de ese raro clima de expectativa que todas percibían pero que ninguna sabía explicar. Pero Ariana prefirió mantenerse al margen, buscando un rincón para sentarse a leer, o al menos a fingir que lo hacía, mientras vigilaba furtivamente sus alrededores.

Muy poco antes del inicio de las lecciones, advirtió la jovencita que llegaba el Director, con semblante riguroso, escoltado a ambos lados por los dos oficiales que antes viese en la entrada, y por otra persona con atuendo de civil, que cargaba bajo su brazo un fajo de papeles. Y minutos más tarde, cuando no iba ni por la mitad la primera clase del día, escuchó ella el conocido repique de la campana que convocaba a asamblea general, seguida del paso apurado del portero de un aula a otra:

—¡Solo para los profesores! ¡Todos los profesores, favor presentarse a la Dirección! —exclamaba una y otra vez, para extrañeza de las muchachas. Tan solo Ariana, entre todas ellas, podía sospechar a qué se debía esa súbita invitación. El profesor de turno se levantó con parsimonia y echó a andar con cierta desgana torpeza hacia la puerta, pero al observar que dos o tres muchachas se incorporaban para seguirlo, se volvió a ellas y les ordenó permanecer en sus sitios, afirmando que no tardaría mucho.

La promesa resultó falsa. Siguiéron minutos de confusión para la mayoría de las estudiantes, y de franca tensión para Ariana, quien tenía que esforzarse mucho por dominar su impulso de adelantarse hasta la puerta y

atisbar desde allí el regreso del docente. Pero a medida que se prolongaba más y más la espera, y que comenzaban a oírse en el pasillo los pasos y las voces crecientes de otras chicas que emergían a cuentagotas desde las aulas vecinas, iba diluyéndose la fuerza de la orden dada por el educador al salir del aula, bajo el embate combinado de la impaciencia y la curiosidad. De boca en boca empezó el vaivén de especulaciones y conjeturas, pues a todas les resultaba obvio que algo muy grave debía estar ocurriendo en la Dirección para provocar que los educadores no regresasen. ¡El Colegio entero estaba a la deriva!

Varias chicas se resolvieron por fin a abandonar sus pupitres y empezaron a agolparse en la puerta, sacando ocasionalmente sus cabezas, pero sin atreverse a salir por completo del salón. La indecisa Ariana acabó por sumarse a ellas, y abriéndose camino a través del tumulto casi hasta el propio umbral, procuraba encontrar algún resquicio por el cual vigilar el fondo del corredor. Le costó hallarlo, habida cuenta de lo difícil que la tenía su esbelta contextura frente a la mayor corpulencia de algunas de sus compañeras que le cerraban el paso; pero cuando al fin logró asomarse, vio a una muchachita de unos trece años a lo sumo, quien caminaba a ritmo eléctrico y aparentaba provenir de la Dirección o sus alrededores. Muchos la conocían: era la hija del anterior Ministro de Instrucción Pública. Pero Ariana tenía amistad con ella, gracias a la enorme frecuencia con la que coincidían en la biblioteca y también en las ternas de alumnas sobresalientes.

—¡Psst...! ¡Fresia! —la llamó—. ¿Vos venís de allá? ¿Sabes algo de lo que está pasando...?

La otra se detuvo de pronto, muy sobresaltada; y casi en el acto cayeron sobre ella como aves de rapiña las demás estudiantes, acribillándola con una batería de preguntas ininteligibles. Del barullo resultante nada pudo sacarse en claro, de modo que la recién llegada pidió silencio con la mano.

—Vean, chiquillas... —inició, demostrando con sus cuidados gestos un temperamento extrovertido y sereno que se oponía al de Ariana como el océano al continente—. A los profes los metieron juntos en la oficina de don José Fidel, junto con una gente del Ministerio de Instrucción Pública y un par de policías... y parece que hay ciertos desacuerdos entre ellos...

—Yo tengo entendido—se atrevió a decir Ariana, casi sin detenerse a pensar si realmente deseaba hacerlo—que lo que quieren hacer es prensarlos, para que ofrezcan rebajarse el salario y regalarles la plata a los Tinoco... con el cuento de colaborar con los gastos del Ejército en Guanacaste...

—¿Cómo? —la interrogante saltó a una de todas las demás bocas, mientras la retraída jovencita sentía sobre sí misma el peso combinado de decenas de pupilas.

—Mm... bueno, por ahí va la cosa—confirmó Fresia, quien por su forma seria de conducirse aparentaba muchos más de sus trece años—. Los están poniendo a firmar una carta...

A medida que se les iba explicando lo que acontecía, envolvía a las demás colegialas una densa nube de consternación y sorpresa, que convirtió en un pétreo silencio el anterior desasosiego. ¿Soportarían sus educadores aquella desvergonzada extorsión? ¿Se verían todavía a sí mismos como individuos débiles, vulnerables a las previsibles represalias de los Tinoco si se negaban a obedecerlos, o estarían dispuestos a protegerse unos a otros? ¿Había tanto en juego en esa lejana y hermética oficina...!

Para el receso del mediodía, sin embargo, la situación había quedado más que clara. Los emisarios del Gobierno habían vuelto a sus cuarteles y los profesores a las aulas. Y ante los atónitos oídos de sus alumnas, cada cual había narrado lo acontecido y expresado calmamente su decisión personal. Pero únicamente cuando las chicas comenzaron a entrelazarse en el patio del Colegio, cotejando uno a uno los diversos fragmentos para forjar un panorama más completo, fueron comprendiendo ellas en todo su esplendor lo que había sucedido en realidad, y quedando a la vez espeluznadas y admiradas. El repudio a la circular de los Tinoco había sido unánime.

El desbordamiento

Llevada de rincón a rincón por los labios de cientos de niños y jóvenes, la noticia del desafío recorrió la capital en el término de pocas horas, electrizando a todos sus pobladores. Muy pronto pudo enterarse Ariana de que lo del Colegio Superior de Señoritas no había sido un incidente aislado: en el Liceo de Costa Rica, en todas las escuelas primarias de San José, en la oficina de inspectores, se habían presentado escenas similares. ¡Los maestros cerraban filas en todas partes contra la imposición!

Al volver a casa para la cena, encontró la muchacha a su primo Rafael indignadísimo, comentándole ruidosamente a María Consuelo los sucesos de ese día, sin escatimar impropiedad alguna contra los rebeldes educadores. Y aunque el aroma etílico que desperdigaba el primogénito de los Cantillano, tan adepto a “festejar” con juergas cada viaje de sus padres, hacía dudar hasta cierto grado de su credibilidad, sus afirmaciones le resultaban a la colegiala bastante verosímiles: ante la manifiesta agitación de los docentes, la siguiente medida del Presidente tendría que ser el retiro de la malhadada circular, el cierre inmediato de esos focos de desobediencia en que se habían tornado los centros educativos, y por supuesto el despido rotundo de los insumisos, “aunque nos quedemos sin un solo maestro”.

Ningún comentario al respecto intercambiaron ella y María Consuelo esa noche, al salir de nuevo Rafael en busca de la taberna, a pesar del largo rato que permanecieron ambas en la sala departiendo con aparente despreocupación. ¿De qué lado estaría su prima? Sabía muy bien que continuaban sus flirteos con Rubén Carrillo, a quien creía haber visto llegar a ventanear en un par de ocasiones nocturnas, pero... ¿tendría ella la menor noción de las actividades subterráneas de su novio? ¿Las aprobaría, sabiendo las consecuencias que podrían venirle si eran descubiertas? “*Me muero por averiguarlo... pero capaz que ella no está enterada de nada y termino yo vendiéndolo a él, ¡precisamente cuando más está ayudando a Ernesto!*”... Eventualmente se fueron ambas a la cama en cuanto oyeron llegar a la tía Dolores, quien se había ofrecido una vez más con su desinteresada humildad, a pasar las noches en la mansión acompañando a sus pobrecitas sobrinas mientras duraba la ausencia de los adultos.

Poco o nada, empero, había de dormir Ariana. Y al despertar ese miércoles se hallaba tan sobrecogida de expectación y temor como no recordaba haberlo estado desde la mañana en que presenciase el arresto de don Fernando. ¿Qué encontraría al llegar al Colegio? Era obvio que don Federico no iba a estar ni remotamente satisfecho con la actitud del cuerpo docente, y por otro lado a ella le constaba personalmente el temperamento despótico y soberbio del Presidente. ¿Qué medidas tomaría? ¿Serían certeras las conjeturas de Rafael, o respondería con aun mayor furia?

Al cruzar la última calle antes de alcanzar el portón principal, Ariana casi temía encontrar sitiado el centro de estudios. Casi podía imaginarse la horda de soldados que, entre gritos y golpes de vara, estaría allí desde temprano destrozando los pupitres, rompiendo los instrumentos de laboratorio y arrojando los muebles y los libros por las ventanas del piso alto... Pero al no encontrar nada de esto, y comprobar además que sus compañeras iban llegando a ritmo resuelto, no pocas de ellas con algún indiscreto accesorio verde, empezó a preguntarse si no estarían más bien los dictadores tendiéndoles una trampa, quizá planeando incendiar el edificio con todas ellas adentro.

Las lecciones matutinas transcurrieron en medio de una tensión generalizada. Varios profesores les informaron que la famosa circular había sido retirada, e hicieron mención de las presuntas intenciones gubernamentales de cerrar las escuelas y colegios y ordenar la inmediata “reorganización” del personal... consistente, desde luego, en el despido de quienes se habían rehusado a adherirse al Gobierno la víspera. Pero poco después de reanudarse las clases en la tarde, estando Ariana y sus compañeras en un salón del segundo piso, comenzó a llegar desde la calle un insistente murmullo que, aunque inicialmente se asimilaba al ruido lejano de un nutrido aguacero, se fue convirtiendo con rapidez en el rugido colérico de cientos de voces. De inmediato se lanzaron varias de las muchachas hacia las ventanas.

—¡Son los del Liceo! —exclamó una de ellas, morena y un tanto gruesa de carnes, gesticulando mucho—. ¡Y vienen todos para acá... deben ser más de cuatrocientos!

Oyendo aquello se agolparon todas las demás muchachas en las ventanas que daban al sur, desde las cuales cundieron los festivos saludos a los marchantes. Pero tras ellas se fue el profesor de Gramática, quien con más nerviosismo que molestia parecía olfatear ya el aroma de la tempestad que anunciaban desde la calle los rencorosos “vivas” a Julio Acosta y a la

revolución.

—Muchachas... ¡muchachas...! —parecía más una imploración que una orden—. ¡Me hacen el favor de volver inmediatamente a sus asientos, que nada tienen que estar mirando para afuera! ¡Además es peligroso estar ahí, en cualquier momento llega la policía y empieza a volar garrote!

Pero ninguna de las jovencitas obedeció. Por el contrario, a medida que los gritos de desafío de los muchachos en la calle se incrementaban en intensidad y volumen, crecía también la transportada fascinación con la que contemplaban la escena.

—¡Allá está la policía! —gritó otra de las muchachas, señalando hacia la esquina que miraba hacia el oeste—. ¡A caballo, cruceta en mano...!

—¡Señoritas, por favor! —la angustia del educador rechinaba en sus labios—. ¡Aléjense de esas ventanas, que puede haber bala! ¡Ustedes dos, Quesada y Cortés, me vuelven a sus asientos ya mismo!

Ariana comprendió al instante que la amonestación iba para ella, pero por alguna razón no atinó siquiera a darse por enterada. El vibrante fulgor de sus pupilas estaba sobre la calle, mientras observaba con aliento contenido cómo se iba reduciendo rápidamente la distancia entre los manifestantes y el pelotón montado. Y entonces aquella muchacha, de ordinario tan retraída, tan discreta y tan elegante, sintió que desde lo más recóndito de su espíritu se propagaba por todo su pecho una oleada de llameante valor que, si tal vez recordaba haber experimentado antes, nunca se le había presentado con tan violenta intensidad.

Sin pronunciar palabra, sin apartar la vista de sus compañeras, sin apenas respirar, se inclinó con solemne lentitud sobre la ventana abierta y, sacándose del bolsillo un hermoso pañuelo de seda verde, comenzó a agitarlo de un lado al otro como una bandera, ante la atónita mirada de toda su clase y la de los gallardos muchachos de uniforme gris que pasaban frente a ella, quienes saludaron el insólito espectáculo con redoblados gritos de febril entusiasmo, y blandiendo a su vez hojas y ramilletes arrancados de las plantas, que llevaban a manera de estandartes. Cundieron entre ellos con más fuerza los “vivas” a la revolución, a Julio Acosta y a los profesores renegados... y empezó a arder también en sus gargantas el grito definitivo: “*¡Abajo el gobierno! ¡Mueran los Tinoco!*”

Y para escalofriante asombro de Ariana y aturdida conmoción del profesor de Gramática, esta última consigna resonó como un eco terrible dentro de su propia aula.

—¡Ariana Cortés! ¡Guarde inmediatamente ese pañuelo! —a pesar del volumen que puso a su voz, era evidente que a la orden del educador le faltaba sinceridad—. ¿No entiende que la policía puede tomarlo como una provocación, y empezar a disparar para acá?

La muchacha volteó sus ojos azules, despejados y serenos, hacia el docente. Pero su pañuelo verde continuó ondulando de un lado al otro con impertérrita pasión, y pronto advirtió que otras compañeras suyas agitaban también alguna prenda del mismo color, o que corrían al patio para volver con hojas desgarradas de las plantas que luego esgrimían como insignia.

En ese preciso instante alcanzaba la esquina el pelotón policial, que cerraba así el paso a los manifestantes. Pero al ver cuán enérgico era su galope y cuán amenazante el brillo de las crucetas y sables que empuñaban, tuvieron Ariana y sus condiscípulas una trágica certidumbre: la orden que traían era la de cargar sin miramientos contra los jóvenes desarmados...

¿Desarmados? ¡De ninguna manera! A los pies de la muchachada dormía un arsenal casi inagotable, del que no iban a vacilar para echar mano: el empedrado de las calles. Y así se volvieron todos como un solo hombre, y la emprendieron a pedradas contra la caballería que ya se les venía encima, logrando dispersar momentáneamente su formación y desmontar a dos de los jinetes, que ya estaban bastante cerca y fueron rápidamente desarmados y vapuleados por los manifestantes. Pero la tropa gobiernista maniobró con notable rapidez para reanudar la carga, y sus cintarazos comenzaron a derribar a los estudiantes por decenas.

Las chicas del piso alto presenciaban la desigual batalla con tanto pavor como esperanza, mas viendo que la policía comenzaba a imponerse, un mismo pensamiento las electrizó a todas. Y a despecho de las gesticulaciones del profesor por evitarlo, corrieron en masa hacia el patio, y volvieron con piedras, vasijas y macetas, que en sus manos se transformaron en contundentes proyectiles dirigidos desde las ventanas a las cabezas de los jinetes enemigos.

Aquel ataque desesperado no causó entre las filas gobiernistas los estragos previstos, pero sí constituyó para ellos una molesta y peligrosa distracción. No tardaron, sin embargo, los policías en ubicar la procedencia de aquella nueva agresión, y entonces el iracundo capitán destacó a varios de sus hombres, que doblaron la esquina al galope, amagando ingresar al edificio a darles una paliza. De inmediato se cerraron con ruidosa brusquedad las ventanas del piso alto, y las aterrorizadas jovencitas se replegaron en desorden desde sus aulas hacia el patio, sin tener dónde huir debido al

hermético cierre de los portones que había ordenado el Director desde el primer momento.

Entre la polvareda empezaban a desbandarse precipitadamente los estudiantes del Liceo de Costa Rica, muchos de ellos heridos o golpeados, saltando tapias, internándose en solares o escabulléndose a través de las puertas que los vecinos les abrían para ayudarles a escapar. Pero algunos de ellos cayeron de todas maneras en las garras de los embravecidos policías, para ser luego conducidos a rastras por las calles en medio de una generosa dosis de palos.

Dentro del patio del Colegio, debajo de los ennegrecidos nubarrones que se cernían en el cielo para presagiar una tormenta, se vivieron minutos de agobiante terror. Las infelices estudiantes deambulaban por el patio o se agolpaban detrás de los portones, esperando que estos cayesen de un momento a otro bajo el embate furibundo de los esbirros del régimen. Pero aunque el portero, un par de profesores y varias alumnas habían arrastrado ya algunos pupitres y estantes para reforzar las trancas, nadie era muy optimista respecto a la utilidad que tendrían tales obstáculos frente a un asalto decidido.

Sudando y resoplando, todavía con su pañuelo verde en la mano, se paseaba Ariana igualmente de un lado al otro del patio. Sola, trémula, pálida, boca entreabierta, ojos entornados y respiración agitada. “*Dios, por favor... ¡haz que empiece a llover, y hazlo pronto!*”, gemía en su alma, calculando que quizás un chubasco pudiese contener a la policía antes de que se atreviese a asaltar el edificio. Pero en eso sintió el peso de una mano regordeta sobre su hombro, y al voltear se encontró de lleno con la reluciente calva y los poblados bigotes del profesor de Gramática, que la miraba con una expresión a caballo entre el reproche y la amargura.

—Señorita Cortés... permítame decirle que no alcanzo a explicarme lo que usted acaba de hacer—las primeras palabras del adulto daban la impresión de venir tintas en angustia y enojo—. ¡Usted, que siempre ha sido tan recatada, tan discreta, tan dócil...! ¿Cómo pudo ser tan imprudente, y además desafiar mis órdenes? ¿No se le ocurrió a usted que eso podía tener consecuencias terribles para todos nosotros? Usted no puede ignorar que estamos bajo un régimen dictatorial, y que la actitud de rebelión que ha asumido esta tarde pone en peligro a sus compañeras y a la Institución misma.

—Con todo respeto, profesor—balbuceó ella—si usted y sus colegas realmente opinaran de esa manera, tendrían que haber firmado ayer su adhesión a los Tinoco. Fueron ustedes los primeros en rebelarse... y nosotras

solo queríamos hacerles saber que los apoyamos a muerte.

—Eso lo entendí desde el primer momento—respondió él luego de unos segundos, con una ligera sonrisa intentando doblarle los labios—. Y lo agradezco, de corazón. Pero comprenda usted que sobre nosotros, como cuerpo docente, recae la responsabilidad de que nuestras alumnas estén seguras...

—Nadie va a estarlo en este país mientras esos dos sigan en el poder. Y menos las mujeres.

—¡Pues por esto de hoy van a venir represalias, y muy duras! ¿No lo ve?

—Para serle sincera, antes eso sí me asustaba. Pero poco a poco he ido entendiendo que los Tinoco no pueden hacerme nada peor de lo que ya he vivido.

—¿Cómo es eso? —la serena afirmación hizo recular al estupefacto profesor.

—Usted seguro no lo sepa... pero yo vi morir a la mitad de mi familia. Y bajo los pedazos de mi casa quedé enterrada viva por muchas horas, tragando polvo y sin poder siquiera gritar. Después estuve abandonada por varios días en un hospital improvisado, con la espalda desgarrada y revolcándome del dolor... He conocido el hambre y la miseria, y todas las humillaciones posibles, y lo duro que es ver sufrir a las personas que más amo, y también el ser arrancada de mi familia y crecer en un entorno al que bien sé que no pertenezco. Ahora dígame usted, profesor... ¿hay algo peor que puedan hacerme los Tinoco, como para merecer mi miedo?

Duró unos segundos el docente en recomponerse, mas al cabo trazó con sus labios una simulación de sonrisa.

—Ahora soy yo quien va a ser tan franco como ha sido usted, señorita—le dijo, mirándola fijamente—. No voy a negarlo, me emociona mucho oírle expresar sus convicciones con tanta firmeza y tanta candidez... Me está dando usted una cátedra de valor. Pero por favor... le suplico que tenga más cuidado de ahora en adelante. Usted y sus tíos son conocidos por su amistad con los Tinoco... y le confieso, me ha tocado oír alguna insinuación ingrata acerca de esa “amistad”, especialmente por las atenciones que tiene hacia usted ese Joaquín... La van a tener a usted en la mira, quizás más que a nadie.

—Eso tampoco es algo que me inquiete—se encogió de hombros la muchacha—. Ninguna mujer tiene su reputación a salvo si la ven cerca de Joaquín Tinoco. Pero a como se van viendo las cosas, muy pronto él y don

Pelico van a tener demasiados problemas para querer perder su tiempo ocupándose de una colegiala del montón.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a salpicarlos, y fue entonces cuando el docente le estrechó afectuosamente la mano y se alejó con cierta residual agitación. Pero al buscar ella refugio bajo uno de los aleros junto con otras condiscípulas suyas, halló a su lado a Fresia, la misma jovencita a la que había consultado la víspera sobre la reunión de los maestros en la Dirección, quien con gesto entre escéptico y risueño le dirigió llanamente la palabra:

—Mira, Ariana... perdóname que me meta, pero... no pude evitar oír la regañada que te estaba dando el profe... ¿Entendí mal, o en serio fuiste vos la que armó todo este bochinche? Porque nunca lo hubiera creído si me lo contara alguien más...

—Bueno... no, no precisamente...

—Y entonces, ¿qué fue lo que hiciste?

—Pues... nada... ¡solo arrimarme a la ventana y ondear esto! —al mostrar Ariana el vistoso pañuelo verde, se dibujó en el semblante de Fresia una expresión de divertida sorpresa que se rompió rápidamente en una gozosa carcajada.

—¿De verdad te sacaste eso en media clase? —las risas de gozosa incredulidad, aliadas con el estruendoso aguacero que arreciaba rápidamente, casi no permitían entender sus palabras—. ¡Qué bárbara, Ari...! ¡Con razón andaban diciendo que la policía estaba tan cabreada...! ¡Ahora sí es cierto, que los Tinoco van a dar orden de echarle candado a las escuelas y los colegios!

—No creo... Don Joaquín está otra vez en Guanacaste, con las tropas... y lo que es don *Pelico*, por lo que creo conocerlo, dudo que se atreva a hacer algo si no está el hermano a la par. ¿Te imaginás al yerno de Mauro Fernández cerrando escuelas?

—Pues según mi papá—suspiró Fresia, labios fruncidos—desde ayer anda el runrún de que el decreto ya lo tiene *Pelico* para firmar... y eso, que todavía no se les había armado este último zafarrancho. Porque con esto que acaba de pasar, ya no hay vuelta de hoja. Y te vas a acordar de mí, Ariana, que eso va a ser solo el principio. Se va a ir poniendo más y más espeso con cada día que pase.

De frente

Ariana volvió a casa más temprano de lo acostumbrado, para encontrar solas en la casa a María Consuelo y a dos de las criadas. De Rafael no había señales desde el mediodía, y su hermana anunció de entrada que muy probablemente no iba a llegar siquiera a dormir. Pero a diferencia de esta noticia tan poco sorprendente, sí resultó novedoso el siguiente anuncio de su prima: tampoco se presentaría la tía Dolores a obsequiarles su grata compañía.

—Llamó por teléfono antitos de que llegaras vos—le explicó su prima, con la usual desenvoltura jocosa—diciendo que había mucho alboroto en la calle, y que le daba miedo salir... Supuestamente iba a haber una reunión de maestros en algún lado, y la policía les cerró el local, o algo así... Y total, dijo que mejor venía mañana bien tempranito, antes del desayuno.

—Ni modo... ¡me va a hacer tanta falta rezar con ella antes de acostarme...! —la graciosa ironía con la que replicó Ariana las hizo reír a ambas. Un cortísimo remanso de calma en aquella noche tensa, en la cual solo el insoportable fardo de cansancio acumulado que llevaba sobre sus hombros pudo permitirle a la electrizada colegiala disfrutar de algunas horas de sueño.

Al despertarse el jueves, por supuesto, escuchaba ya ella en el comedor el interminable graznar de su tía Dolores, con su superficial benevolencia escondiendo a medias ese talante de sargento con el que distribuía entre las infelices servidoras las tareas de la cocina: labores que al cabo terminaba por hacer ella misma, bajo la arraigada convicción, expresada más por su gesto que por sus palabras, de que todas ellas eran en el fondo unas ineptas, y que solo conservaban sus trabajos gracias al enfermizo desinterés de su hermana Lucía. “*No sé cuántos años llevo de estar viendo y oyendo esta misma rutina*”, se decía la jovencita mientras en silencio comenzaba a acicalarse, “*y sin embargo todavía no logro evitar que me resulte tan chocante*”. Pero en cuanto se presentó ella al comedor, luciendo su uniforme íntegro, su peinado impecable y sus zapatos bien lustrados, la guillotina verbal de su tía la tomó inmediatamente por blanco.

—¡Ah, ahí estás vos, bandida...! —repiqueteó al verla—. ¡Bonita cosa! ¡Andá a ver si no estás vos metida entre ese montón de bochincheros que ayer

andaba haciendo desórdenes! ¡El país enfrentando una invasión, sin haberla expulsado aún, y aquí ese montón de bolcheviques que se creen intocables, y que ahora encuentran muy fácil carbonear a los chiquillos para que los defiendan...!

—¿Bolche qué? —todavía en su camión de dormir, María Consuelo lanzó la pregunta en el preciso instante de servirse un huevo frito.

—¡Bolcheviques! —reiteró enfáticamente la dama, limpiándose luego la boca con el delantal como si acabase de proferir una blasfemia—. ¡Así es como los califica el Presidente... y tiene toda la razón, porque así es como empiezan!

“*De fijo mi tía no sabe ni qué quiere decir eso de ‘bolchevique’... ¡y solo usa la palabrilla porque le sonó a insulto y porque Pelico la usó primero!*”, pensó con sorna la muchacha, antes de erguir el cuello y preguntar, simulándose ofendida:

—Pero tía... ¿por qué me dice a mí esas cosas? ¿Qué tengo yo que ver en todo esto?

—¡Vos sabés muy bien que yo me entero de todo, confisgada! —el achatado dedo índice la apuntó, haciéndola recordar fantasmalmente los fusiles que la miraban aquel amanecer de noviembre, cuando vino la Guardia Rural por don Fernando—. ¿O pensás que no supe yo de lo que hiciste la noche del baile, cuando te fuiste vestida de verde solo por provocar a don Joaquín? ¡Si ya sé yo muy bien la tusa con la que me rasco con vos... haciéndote la modosita pero sacando las garras a escondidas!

Ariana bajó bruscamente la mirada, sin darse por aludida. Pero frente a ella su tía, tomando el ejemplar de “*La Información*” que tenía enrollado en el sofá, se lo dejó ir sin ninguna amabilidad por encima de la mesa, mientras añadía con rencoroso acento:

—Y ahora que nombro a don Federico... ¡sería bueno, Ariana, que leyeras la entrevista suya que saca hoy “*La Información*”! Así te podés ir dando cuenta de lo que se les va a venir encima a ese montón de irresponsables que están jugando con la educación y mordiendo la mano que les da de comer. ¡Ojalá llegues a aprender que a la gente malagradecida nunca le va bien en la vida...!

Apenas pudo la colegiala atrapar el periódico que se deslizaba hacia ella, justo antes de que golpease su taza de café y lo hiciera derramarse sobre su nítido uniforme.

—¡Gracias! —exclamó, con tan tóxico sarcasmo que María Consuelo no

pudo contener del todo cierta risa maliciosa. Ariana se limitó en cambio a encogerse de hombros, mientras tomaba en sus manos el ejemplar. Ni siquiera tuvo que abrirlo: ahí mismo, en la propia portada, le salieron al encuentro a toda plana las declaraciones de Federico Tinoco, dejando en claro su pretensión de “reorganizar” el personal docente, reduciendo drásticamente el número de educadores para pagar mejores sueldos a los que quedasen.

La muchacha se quedó fría en su asiento, imaginándose la clase de reacción que podría generar este anuncio presidencial. Pero aún no se reponía de su inicial aturdimiento, cuando sus ojos encontraron una segunda publicación en el mismo periódico, cortesía del Ministro de Instrucción Pública, Anastasio Alfaro: no solo se suprimirían de inmediato los puestos de inspectores de escuela, para dar inicio a la tal “reorganización”, ¡sino que además se adelantaban las vacaciones de medio periodo para iniciarse al día siguiente!

Pocas veces se le había hecho tan corta la caminata hacia el Colegio como esa mañana. Rostro febril, mirada en la lejanía, ritmo decidido, aferrando un único cuaderno en el que llevaba oculto su pañuelo de seda verde. Tenía la corazonada de que, después del anuncio presidencial, ese día no iba a recibirse un minuto de clases. Y así parecían presentirlo también los dos piquetes de policía montada con los que se cruzó en el camino, primero al costado oeste del Parque Morazán, y luego al este del Teatro Nacional, casi al frente de la caballeriza del Gobierno.

Y no se equivocaba. Al llegar encontró, aglomeradas frente a los cerrados portones de la institución, a la efervescente masa de muchachas uniformadas como ella, distribuidas en gesticulantes manojos que producían al unísono un airado murmullo indefinible. El preciso oído de Ariana lo identificó y almacenó para siempre en su memoria: ¡era el sonido de la rebeldía!

—¡Mañana a vacaciones anticipadas, y quién sabe hasta cuándo! —al acercarse a uno de aquellos grupos, escuchó al azar la intensa rabia con la que se expresaba otra estudiante, de bien moldeada figura, porte altivo, verbo franco y desenvuelto, a quien luego reconoció como Mariela Quesada, compañera y rival suya de larga data—. ¿Y después qué sigue? ¿Dejamos a medio palo el curso lectivo, o volvemos a clases sin profesores? ¿Será que a esos dos les importan más sus sacadas de clavo que nuestra educación? ¡Esto hay que pararlo hoy, ahora que Joaquín Tinoco está todavía en Guanacaste!

Casi toda la mañana permanecieron allí las estudiantes, sin poder

entrar al Colegio pero tampoco queriendo dispersarse; mas luego los portones se abrieron de pronto, y las muchachas ingresaron apresurada y ruidosamente al patio principal, sin hacer el menor intento de buscar sus aulas. Abundaban los accesorios verdes en la vestimenta de las muchachas, y no tardaron en aparecer profesores en cuya ropa era conspicuo el color de la revolución, detalle que emocionó profundamente a Ariana al contrastarlo con la expresa censura que un par de semanas antes había recibido ella por eso mismo. ¡Ya no estaba sola! Casi inconscientemente corrió por las gradas al segundo piso, y asomándose al patio desde lo alto empuñó otra vez su pañuelo, para ondearlo otra vez con su brazo extendido: un gesto que rápidamente fue imitado por tres o cuatro jovencitas con sus respectivas prendas. Y al momento observó cómo numerosas alumnas en el patio hacían flamear a su vez sus propios pañuelos, o desgajaban hojas de las plantas para responder al saludo y para empezar a lucirlas con indomable orgullo. Resonaron dos o tres “vivas” a la revolución, a Julio Acosta y a la resistencia de los maestros, y segundos más tarde las voces femeninas que llamaban a sus condiscípulas a ocupar las calles.

—¡A La Soledad! ¡Todas a La Soledad, ahí vamos a toparnos con los muchachos del Liceo y el Seminario! —repetían con dramática insistencia, mientras se empujaban unas a otras en busca de la salida—. ¡Hay que exigirles a los Tinoco que no cierren las escuelas ni despidan a nadie!

Desde el piso alto titubeó Ariana por unos segundos. Su temperamento retraído no le permitía sentirse capaz de ponerse al frente de la improvisada marcha, ni creía tener ante sus compañeras el ascendente necesario para hacerlo; pero muy pronto entendió que ya no era necesario. El fuego heroico se propagaba por sí solo en las almas de aquella turba femenina, y al calor de este comenzaban a forjarse espontáneamente liderazgos inesperados. De un lado Mariela Quesada, más conocida hasta entonces por su avasalladora presencia y su ejército de pretendientes que por cualquier inclinación política, pero trocada esta mañana en fogosa dirigente; y del otro Fresia Brenes, quien a pesar de su corta estatura y sus trece años de edad, derrochaba energía y contagiaba de su entusiasmo a profesores y alumnas por igual. Ariana no lo pensó más: se zambulló entre la multitud, y a empujones se fue abriendo paso hasta ponerse resueltamente al lado de su joven amiga. Ambas se dieron un profundo abrazo y juntas iniciaron a ritmo solemne su trayecto avenida abajo, seguidas por centenares de ardorosas colegialas.

La ola humana se derramó rápidamente por las calles vecinas, haciéndose oír desde mucha distancia con sus cánticos y aclamaciones. Pero

no tardó en convertirse en un verdadero *tsunami*, agitado de desafiante patriotismo: pues además de los educadores que las acompañaron casi desde el inicio, y de los escolares y colegiales que fueron saliéndoles al paso, de las casas aledañas comenzaron a salir madres con sus niños, y también obreros y comerciantes que cerraban sus establecimientos para sumarse a sus filas. La muchedumbre iba desprendiendo hojas de las plantas que encontraba, y se las colocaba en los sombreros, e inclusive aparecieron aquí y allá dos o tres fotografías de Julio Acosta, mientras el resto de la ciudadanía se agolpaba en los pórticos de sus hogares y comercios para presenciar el imponente desfile. Y al final de la calle los aguardaba ya una vasta muchedumbre de estudiantes, que recibieron la llegada de las señoritas con una larga ovación y no pocos abrazos.

Al torcer hacia el norte en la plazuela de La Soledad y avanzar a la Avenida Central, empero, los aguardaba una tenebrosa sorpresa: un grueso contingente policial. ¡Diez o quince jinetes, ribeteados por unos sesenta efectivos de a pie, extendidos de lado a lado de la calle, y encabezados por un oficial montado de aspecto insolente que les dirigía fijas y amenazantes miradas! Ariana creyó reconocer a dicho oficial: ¡era uno de los que habían acompañado al General en su primera visita a *La Centella*!

—Están en todas las esquinas—le llegó desde su derecha la voz resuelta de Fresia—. ¡No van a querer dejarnos pasar hasta el Morazán!

—¡Y miren lo que viene por allá...! —otra voz obligó a ambas estudiantes a mirar en la dirección opuesta. Hacia el oeste, pasando por el costado del Teatro Nacional sobre la avenida que desembocaba a la izquierda de los manifestantes, avanzaba con intimidante lentitud otro pelotón de a pie, compuesto de unos veinticinco o treinta hombres armados con rifles, varas y látigos. ¡Iban a rodearlas!

—¡Alto ahí! —todavía estaban las muchachas contemplando el gris panorama, cuando desgajó la atmósfera el vozarrón escalofriante del estirado sargento del primer pelotón—. ¡Que nadie se mueva, o abrimos fuego! ¡Les estamos recordando que las aglomeraciones y reuniones públicas de toda clase están prohibidas! ¡Tienen dos minutos para dispersarse!

Las chicas que iban a la vanguardia vacilaron por un instante, pero casi enseguida, quizás impulsadas por la inercia de las que venían más atrás sin percatarse todavía del peligro, reanudaron su calmoso andar con la misma determinación que antes. Entonces los jinetes desenfundaron a una sus crucetas, cuyo intimidante chasquido metálico resonó por toda la calle que

había quedado repentinamente silenciosa. Y frente a ellos las manifestantes frenaron en seco, dejando un macabro vacío de unos veinticinco metros entre ellas y la línea policial.

Durante un eterno y terrible minuto se contemplaron ambos frentes entre sí: al norte la caballería del gobierno, inmóvil, con los sables en la mano y sus facciones duras y vacías. Y al sur los colegiales y la multitud que las acompañaba, revolviéndose en una tensa indecisión.

Al frente de la hilera uniformada, muy cerca de donde se hallaba Ariana, se aglutinaban varios profesores y estudiantes, deliberando con nervioso disimulo sobre la manera más digna y menos riesgosa de afrontar la visible amenaza. Entre los centenares de cabezas que la rodeaban, empero, advirtió la jovencita en la acera la aterrada silueta de una niña de unos diez u once años, desgreñada y de cara sucia, vendedora de flores y ramilletes, quien a pocos metros de ella zozobraba entre el deseo de huir y el de recoger apresuradamente su delicada mercadería... y vino entonces a ella una de aquellas atrevidas inspiraciones que se apoderaban de su voluntad.

—¡Pstt... chiquita! ¿Tenés un ramo de flores que me podás vender?

—¿Qué...? —en los ojos desorbitados con los que la miró la pequeña florista pudo ver Ariana el inhóspito reproche. ¿Cómo podía hacer una pregunta tan incongruente en un momento como ese?

—¡Unas flores, rápido! —insistió Ariana, sin dejar de atisbar el movimiento de los policías que las seguían vigilando en la esquina—. ¡Las que sean!

—Eh... ¡agárrelas usted, que yo ya me largo antes de que se les venga encima la policía!

Ariana le ofreció a toda prisa un billete de cincuenta céntimos, a la vista del cual dudó la niña vendedora antes de tomar precipitadamente las más variopintas flores que pudo, envolverlas en un trozo de papel y entregárselas. La colegiala examinó superficialmente el improvisado ramo, llenó de oxígeno sus pulmones y se santiguó. Y acto seguido, sin pronunciar una palabra ni pestañear siquiera, acunó las flores entre sus brazos y comenzó a andar lentamente por el centro de la calle delante de todos, a través de la tierra de nadie y directamente hacia la línea enemiga.

—¡Ariana...! ¿Qué estás haciendo? ¡Ariana, pará, te van a matar...! — escuchó las voces atrás de ella, pero nunca se atrevió a voltear, quizá temiendo que por hacerlo se tambalease su determinación.

—¡Deténgase! —se desgañitó el comandante del pelotón, señalándola

con su furibunda mano enguantada—. ¡Deténgase ahora mismo!

La colegiala prosiguió su marcha solitaria con tranquila tenacidad. Sus pupilas azules se hallaban atornilladas al sargento, a quien tenía exactamente al frente. “*Si este cobarde va a ordenar que me disparen, quiero estar viéndole la cara cuando lo haga*”...

—¡Ni un paso más o abrimos fuego! —volvió a rugir el oficial, empurpurado de furor. Sus hombres de a pie cargaron al unísono sus rifles y se los llevaron a la cara, mientras los de a caballo atenazaban con aún más fuerza sus pesadas crucetas. El semblante de Ariana se alteró por una momentánea descarga de gélido espanto, pero continuó avanzando inexorablemente. Le faltaban menos de diez metros para llegar hasta el sargento, que atónito la observaba con la cruceta en alto. A su alrededor el silencio era tan absoluto que podían oírse con toda claridad sus pasos sobre el empedrado de la calle.

—¡Apunten!

Ariana se detuvo apenas a cinco pasos del jefe enemigo, y extendió sus brazos como para demostrar que no traía armas, antes de dar dos pasos más y ofrecerle calmadamente las flores. El otro se quedó contemplándola sin bajar su cruceta ni hacer movimiento alguno, notoriamente desconcertado.

—Tómelas—apenas le salió la voz—. Son para usted.

A despecho de su evidente rabia, el hombre flaqueó por un instante, subyugado por la grácil amabilidad de la señorita que tenía ante sí, y que con esa dulce altanería se había atrevido a plantearle un reto insólito.

—¡Bajen las armas! —ladró de pronto, mirando a sus hombres, antes de girar de nuevo hacia ella su ceño fruncido y sus labios comprimidos—: Y usted, dígame a sus compañeras que se vayan para la casa de inmediato. ¡Le recuerdo que por orden del Presidente y del Ministro de Guerra están prohibidas las reuniones y aglomeraciones de gente en la calle, así que me van desalojando ya!

Ariana soportó impávida los gritos del jefe y, sin esperar a que terminasen, se dio media vuelta con la misma parsimonia sobrenatural que había avanzado hasta él. Y solo entonces, al tener de frente al estupefacto gentío, pudo ella comprender la magnitud que había adquirido aquella espontánea manifestación... y comprobar también el espanto descontrolado con el que la miraban casi fantasmalmente sus enmudecidas compañeras, varias de las cuales se desprendieron del tumulto para correr a su encuentro, indecisas entre la risa y el llanto.

—¡Por María Santísima, Ariana...! —le gritaban todas al mismo tiempo

—. ¿Te volviste loca? ¿Cómo te fuiste a encarar a ese idiota, y hasta dándole flores, viendo que todos te estaban apuntando a vos...? ¿Te pudieron haber matado, y todo por nada...!

Durante algunos segundos indecisos se revolvió la masa de jovencitas bajo el áspero calor, acaso pretendiendo darle a los esbirros del régimen la ilusión de una fácil desbandada; pero casi de inmediato reanudaron su marcha hacia el norte, desplegando una bandera nacional y pasando garbosamente por delante de los dos pelotones policiales que las contemplaron con más asombro que rabia, sin cerrarles ya el paso, y presentando mecánicamente sus armas al pendón tricolor. ¿Acaso no pensaban obedecer la orden? El sargento picó espuelas y galopó seguido de sus hombres por una calle paralela, para ir a salirles un poco más adelante, mientras que los dos destacamentos de a pie empezaban a avanzar por ambos lados, actuando a la vez como escolta y advertencia para las impetuosas colegialas y para el mucho pueblo josefino que se les había agregado durante el trayecto.

La batalla

Ahora Ariana marchaba en la extrema vanguardia, envuelta en un chal verde que alguien le había colocado sobre los hombros, y flanqueada por compañeras y profesores que aún no terminaban de asimilar el desafío simbólico que acababa ella de hacerle a la policía tinoquista. Aquel incomprensible valor que demostrase había encendido los ánimos de la muchedumbre, que iba hinchándose cada vez más al atravesar las calles más céntricas de la capital absorbiendo gente como una gigantesca aspiradora, y cuyos “vivas” a Acosta y a la revolución se hacían más y más penetrantes. Pero faltándole un par de cuadras solamente para alcanzar el Parque Morazán, sintió un brazo fuerte que se apoyaba en su hombro... y se encontró mirando de frente el rostro de Ernesto. Casi irreconocible a causa de la barba crecida y el cabello profuso que la boina no conseguía esconder.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exclamó ella, palideciendo al descifrar sus facciones—. ¿No estás viendo que hay policías por todas partes...?

—Vi lo que hiciste, Ariana—le dijo secamente, en voz apenas audible por encima del incisivo murmullo que se propagaba a su alrededor—. ¿Qué fue esa cosa tan... extraña?

—No sé... ¡simplemente algo me decía que eso era lo que tenía que hacer...! Es decir... esos tipos son violentos, y están entrenados para resolverlo todo con garrote y bala... pero tuve la corazonada de que yo podía lograr más haciendo algo que los tomara completamente desprevenidos...

—¡Y por averiguarlo decidiste arriesgar tu vida!

—El Señor dijo que había que amar a nuestros enemigos^[65]. Además... yo a ese tipo lo conozco, él llegó una vez a *La Centella* con el General, y creo que hasta alguna broma nos dimos... ¡estoy segura de que por eso no dio la orden de fuego y me dejó llegar hasta él...!

—¿Crees que haya servido de algo?

—Ya lo estás viendo. ¡No nos atacaron! A mí me tocó ver ayer lo que pasó con los muchachos del Liceo... y te aseguro que tenía miedo de que nos hicieran a nosotras lo mismo... ¡Pero en cambio vos, Ernesto...! ¿Para qué te viniste a meter aquí? ¡Debieras estar más escondido que nunca, en lugar de venirte precisamente al punto de la capital donde más esbirros armados hay!

—De hecho estoy escondido.

—¡Escondido! —la muchacha debió haber pensado que el joven se burlaba de ella—. ¿En media calle? ¿A plena luz del día, a vista y paciencia de toda la policía?

—Exacto—respondió él, esbozando una ingeniosa sonrisa—. A ningún detective del Gobierno se le ocurriría buscarme aquí, ¿no crees vos?

—Lo que creo—dijo ella, haciendo a un lado su normal timidez y echándole sus brazos al cuello—es que los dos estamos locos.

Sin mucho preámbulo sus labios se dejaron llevar por esa inexorable atracción recíproca que los había electrizado desde hacía tanto tiempo, para darse finalmente el beso por el que suspiraban desde mucho antes de su boda clandestina. Ariana sabía que a su alrededor tenía más de mil testigos, pero... ¿qué importaba? ¿No era Ernesto ya su esposo ante Dios, aunque su enlace no fuese todavía del dominio público? Y aun si alguien le llegase con el chisme a su tía Dolores, ¿no era aquella una falta minúscula comparada con todas las que ya debía haber cometido ese día, comenzando por manifestar abiertamente su desprecio por el régimen de los Tinoco y acabando por su singular enfrentamiento con la policía?

En el Parque Morazán esperaban sin duda las colegialas darse nuevamente contra una muralla de esbirros, pero encontraron un panorama muy distinto: a ambos lados de la calle una marea humana, compuesta por innumerables escolares y por casi todos los vecinos del sector, las vitoreó estruendosamente al pasar. Hacia ellas vinieron apresuradamente varias de las maestras de escuela del Edificio Metálico, las cuales se fundieron en emotivos abrazos con la vanguardia del desfile. Enseguida sintió Ariana que alguien la tomaba súbitamente de la mano y comenzaba a tirar de ella; y al voltearse encontró la silueta frágil de una mujer bajita, morena y bien vestida, con un lazo verde cruzándole el pecho. ¡Era la maestra María Isabel!

—¡Yo sabía que no ibas a defraudarme, Ariana! —exclamaba esta con fogoso júbilo, sin dejar de arrastrar consigo a la estupefacta colegiala—. ¡Ahora vení conmigo... vamos al kiosco para que hables, porque me encantaría que todos oyeran de tu propia boca porqué estás aquí!

—¿Yo... hablar? —lo que no lograron los rifles de la policía apuntados hacia ella, lo consiguió la sola insinuación de verse en una tribuna ante millares de personas: provocarle un atroz ataque de pánico que le cubrió la frente y el cuello de profuso sudor—. ¡No, maestra... por favor, no me pida que haga eso...! ¡Aquí hay demasiada gente... y yo nunca... uy, Dios, no puedo

ni imaginármelo...! ¡Usted sabe que a mí esas cosas me dan terror... no puedo hacer eso!

—¿Cómo, que te da miedo? —en el gruñido de la maestra se pulsaba la cuerda de la incredulidad—. ¡Ariana...! ¿Cómo vas a venirme ahora con ese cuento? ¡Si yo sé muy bien lo que hiciste ahorita, en aquella esquina! ¡Vamos, vamos, nada de *pendejadas*...! ¡Vas a ver que lo haces bien... porque no conozco a ninguna muchacha con la claridad y el verbo que tenés vos...!

—¡En serio, maestra... por favor, no me ponga a mí a hablar! —la súplica de Ariana comenzaba ya a trocarse en un gemido indecible—. ¡Usted... usted sabe mejor que nadie que yo de corazón he querido ayudarle... pero también sabe que yo no puedo con esto...!

Aturdida por el espanto, la jovencita no atinaba siquiera a forcejear con la impávida educadora, limitándose apenas a sacudir débil y espasmódicamente su cabeza. Pero sus ojos azules, en el amedrentado vaivén de su desesperación, tropezaron de un momento a otro con las despabiladas facciones de la pequeña Fresia, quien a pocos pasos de distancia recibía el animoso abrazo de otros maestros, de quienes era conocida gracias a su padre. Y al verla le volvió de súbito el aliento, junto con otra inspiración:

—¡Ya sé, maestra...! —exclamó, soltándose de pronto de la mano de María Isabel—. ¡Mejor dígale a ella, a Fresia Brenes... ella sí tiene mucha más pasta que yo para hablar en público! ¡Además al papá de ella todo el mundo lo conoce...! ¡Pónganla a hablar, va a ver que ella de fijo les dice que sí... y si quiere usted, yo también me subo al kiosco con ustedes, nada más que sin echar discursos!

La adulta pareció desconcertarse; pero era tan enfática la palidez de Ariana, y tan convincente el semblante resuelto de la otra jovencita, que acabó por aceptar la sugerencia. Segundos más tarde, ella misma escoltaba a ambas colegialas al entarimado, donde otros educadores comenzaban a improvisar un atril para los eventuales oradores de la tarde. Algunos de ellos dejaron esta tarea para irse a recibir con muchas exclamaciones y efusivas muestras de gratitud y entusiasmo; y muy pronto se vieron tanto Ariana como Fresia en lo alto del podio, estrechándole la mano a varios de los más conspicuos personajes de la actividad docente nacional, y también al conferencista argentino Julio Barcos, cuyo nombre habían oído mencionar infinidad de veces en las últimas semanas, y bajo cuya influencia acababa de fundarse un par de días antes la primera asociación de profesores en la historia de Costa Rica.

Todavía estaban ellas dos recibiendo aquel improvisado agasajo,

cuando se adelantó María Isabel a pedir silencio con la mano y—luego de una brevísima pero caldeada introducción—ceder inmediatamente la palabra a Fresia, quien no parecía desear otra cosa. Pero mientras la juvenil oradora, rebosante de soltura y energía, iniciaba su denodada arenga, Ariana se replegaba unos pasos más atrás, medio escondida entre las columnas del kiosco y paseando su mirada llena de inquietud por los alrededores del parque. Allí, por detrás de la muchedumbre que interrumpía a cada rato con sus fogosos aplausos el encendido discurso de Fresia, calladamente se iban desplegando de nuevo los temidos uniformes de la policía tinoquista. ¿Se limitarían a observar, como antes, o tendrían esta vez órdenes terminantes de caer como despiadadas langostas sobre ellas? Un terrible presentimiento la asaltó entonces, seguido de una nueva interrogante que al punto la erizó de terror: “¿Y qué se hizo Ernesto?”...

Lo había perdido de vista desde el instante mismo en que la interceptase la maestra María Isabel, pero algo le decía que permanecía allí, mezclado entre el gentío, siguiéndola a la distancia. Y en su estrangulante agitación comenzó a rogar al Cielo que desistiera de hacerlo y se pusiera a salvo, antes de que estallase la tormenta cuyos oscuros nubarrones ya veía cerrarse sobre aquel parque.

La arremetida fue tan repentina, empero, que no habría tenido tiempo de huir en caso de haberlo querido. De un momento a otro los escuadrones de la policía, luego de hacer al unísono tiros al aire, cargaron desde todos los flancos, abriéndose paso a varazos y latigazos a través de la muchedumbre, para convergir en el propio kiosco donde la emocionada Fresia continuaba su exaltado discurso, que quedó interrumpido por el brutal empujón con el que uno de los polizontes la derribó. El terror de Ariana ante tal escena fue tal, que su sentido del oído se interrumpió, y sus brazos y piernas se negaron a moverse, dejándola condenada a presenciar la siguiente fase de la pesadilla: la rabiosa reacción de la maestra María Isabel y de otra profesora mucho más atlética, que se arrojaban a su vez sobre el agresor, sin otra cosa que sus uñas y dientes. Fue lo último que distinguió antes de sentir en su propia sien izquierda el violento sablazo de plano que la abatió, haciéndola chocar bruscamente contra la columna en la que se apoyaba todavía antes de quedar tendida cuan larga era sobre la madera del piso, azurumbada, sin aliento y con el rostro y el uniforme ensangrentados.

En su semiinconsciencia nada podía distinguir Ariana desde el piso de aquel estrecho campo de batalla, salvo el brillo macabro de las botas que le

pateaban las costillas y le pisoteaban los dedos. El kiosco era ahora una caótica jaula en la que iban y venían puños, varas y puntapiés, y por cuyo entarimado rodaban mujeres y jovencitas que acudían en tropel a socorrer a sus aliadas, solo para acabar vapuleadas por las varas policiales. La aturdida muchacha vio caer pesadamente a su lado a una mujer adulta, y también cómo trastabillaba uno de los atacantes ante la embestida de un joven en traje de civil, que recién se sumaba al combate con sus puños por única arma. Y al volver a ella de repente la capacidad de escuchar, llególe a través de la muralla de gritos y golpes el ruido lejano de la sirena y la campana de la Bomba *Knox*, la famosa y potente máquina contra incendios. ¡También los bomberos, con sus mangueras a presión, se aprestaban a intervenir contra las indefensas colegialas!

Empezaba ella a apoyarse trabajosamente en la columna del kiosco para volver a ponerse en pie, cuando le cruzó la espalda un sonoro latigazo que la volvió a derribar, esta vez boca abajo. Y sin que hubiese terminado siquiera de caer, una recia patada le sacudió el vientre, dejándola sin aire y haciéndola deslizarse casi hasta el propio borde del entarimado. ¡Cuán eternos se le hicieron los segundos siguientes, en los cuales se renovó con nuevos bríos aquella terrible sensación de asfixia que experimentase bajo los muros de su derrumbada vivienda nueve años antes, con el pulverizado adobe obstruyéndole la nariz y la garganta, y con la fútil desesperación por llevar a sus maltrechos pulmones la indócil bocanada de oxígeno que se negaba a ingresar en ellos! Le zumbaba la cabeza, se le estrechaba rápidamente el campo visual como devorado por invisibles termitas, sentía en manos y pies un hormigueo incontrolable, y percibía con angustia cómo sus ojos se rehusaban a continuar abiertos. Y creíase ya a punto de perder el sentido, cuando experimentó la conmoción de una mano viril que le sacudía vigorosamente el cabello, mientras un brazo fuerte y musculoso la asía de la cintura y la empezaba a arrastrar fuera de aquella olla de látigos y palos.

—¡Ari...! ¡Ari, soy yo...! —la inconfundible voz de Ernesto se levantó por encima del maremágnum, y volvió a insuflarle a la maltratada jovencita el aliento que estaba a punto de perder. Apenas un segundo después, sin haber salido por completo de su doloroso estupor, se vio a sí misma acunada en brazos del joven—. ¡Vamos, vámonos de aquí, antes de que nos maten a todos!

—¡Bajame, Ernesto! —la adrenalina terminó de despertar a Ariana, quien al momento comenzó a forcejear con el muchacho tratando de incorporarse—. ¡Esos salvajes le estaban dando a las maestras... y no

podemos dejarlas solas!

—Pero Ari... ¿no estás viendo cómo te dejaron a vos? —le respondió airadamente el otro, sin permitirle zafarse de su tenaz abrazo—. ¡Te rajaron la frente y tenés la blusa llena de sangre! ¿Para qué te vas a ir a meterte ahí otra vez? ¿Para que terminen de descalabrarte a garrotazos? ¿O es que todavía pensás que por tu linda cara y por ser “amiga” del General no te van a tocar más esos animales? ¡Tenemos que correr, pero ya, antes de que lleguen también los bomberos!

—¿Correr? ¿Y para dónde? ¡La policía está por todas partes!

—¡A la Legación Americana! ¡Ahí sin duda nos dan refugio!

No puso Ariana más reparos, aturdida todavía por la golpiza que acababa de recibir. Pero en ese instante irrumpió en la escena la roja y escuálida silueta de la Bomba Knox, “*larga y monstruosa*”^[66] como la describiese José Marín Cañas, con su esqueleto de metal erizado de hombres que, desplegándose con pasmosa rapidez, accionaron sus potentes mangueras a modo de cañones para voltear despiadadamente a hombres, mujeres y niños. Uno de aquellos chorros atravesó como una lanza el kiosco en el que aún se libraba el desigual combate entre la policía y las maestras, derribando de él a una alumna de cabello oscuro que rodó dramáticamente por la escalinata. La siguiente descarga apuntó más a la izquierda, en la dirección hacia la que huían Ernesto y Ariana; y aunque el ágil muchacho logró arrojar al pasto para eludirla, no consiguió hacerlo la ya lastimada colegiala. Recibió ella en pleno pecho el acuático proyectil, que la arrojó trastabillando por un par de metros antes de causarle una ácida colisión con uno de los poyos del parque, sobre el cual dio una espectacular voltereta involuntaria antes de desaparecer entre unos arbustos.

Los brazos de Ernesto impulsaron el salto inmediato con el que se levantó, para abalanzarse en auxilio de la jovencita, a la que halló tirada entre las plantas que rodeaban al martirizado poyo, tosiendo descontroladamente, bañada de pies a cabeza y con varios botones de la blusa desgarrados por la presión de aquellos chorros atroces.

—¡Ari...! ¿Estás bien? —sus brazos la envolvieron precipitadamente, aferrándola de los hombros y despegándola del lodazal en el que se había tornado el suelo a su alrededor. Los ojos de Ariana se entreabrieron apenas, para encontrar en la faz de su secreto esposo un rictus en el que se mezclaban un horror tremendo y una ira a punto de detonarse. Con más dificultad que antes pudo la maltratada colegiala incorporarse a medias, auxiliada por el

firme brazo de su compañero; pero casi de inmediato pasó silbando sobre sus cabezas una nueva descarga líquida, tanto o más violenta que las anteriores, que los obligó a agacharse de nuevo y a parapetarse detrás de los arbustos.

A su alrededor podían verse solo las manchas blancas, azules y grises de los cientos de uniformes que corrían despavoridos, saltando acrobáticamente sobre los poyos y zambulléndose detrás de los troncos de los árboles, huyendo de los látigos policiales y de los certeros e inmisericordes chorros de los bomberos. Muy pronto debieron hacerlo ellos también, pues aquella trinchera natural no les ofrecía la menor seguridad contra tales disparos, capaces de desgajar fácilmente las plantas que se interponían en su implacable trayectoria. Pero apenas se había lanzado la pareja detrás de otro de los poyos, a poca distancia del camión rojo cuya más reciente descarga habían eludido apenas, cuando los dedos de Ariana se levantaron anémicamente señalándolo, y se despegaron tenuemente sus labios para emitir con voz desmayada un balbuceo casi inaudible:

—Las mangueras, Ernesto... ¡hay que cortarlas!

—¡Claro, eso es! —la sangre combativa del muchacho ya se había encendido, y su mirada de águila cazadora se clavó en las vulnerables líneas que alimentaban de municiones líquidas aquellos cañones—. ¡No te movás de aquí hasta que yo regrese!

Antes de que pudiese reaccionar la jovencita, su compañero saltaba otra vez por encima de los setos, y se precipitaba hacia las mangueras, gritando y agitando sus brazos para pedir ayuda. Y entonces ella, sin haberse repuesto del todo, se levantó también y se fue tras él, intentando hacerse oír a través de la impenetrable muralla sonora que los envolvía. Al principio, claro está, no hubo quien reparase en ellos: ¡había tanta gente que también gritaba y corría en cualquier dirección...! La mayoría de ellos buscaba el ángulo noreste del parque para doblar la esquina del Edificio Metálico y la escalinata hacia la Plaza de la Concordia, desguarnecida por la policía e idónea para proseguir desde allí el galope hacia el sitio que se consideraba más seguro en toda la capital: la avenida que pasaba frente al Consulado de los Estados Unidos, distante unos cuatrocientos metros. Pero muy pronto los dolorosos cañonazos líquidos apuntaron hacia ese preciso punto, amenazando con cortarles la retirada.

—¡A las mangueras! —seguía vociferando Ernesto, con desenfrenadas gesticulaciones que en vano intentaban detener la afanosa carrera del gentío—. ¡A las mangueras! ¡Hay que cortarlas!

Unos cuantos jóvenes parecieron de pronto salir del generalizado estupor y comprender las intenciones de Ernesto; y fue cuestión de pocos segundos para que toda aquella horda, aullando como lobos coléricos, arremetiera a pedradas contra el camión de los bomberos y comenzara enseguida a desgarrar las hinchadas mangueras, empleando para ello los cuchillos que llevaban algunos de ellos. Tardíamente se percataron los policías del atrevido lance, y se abalanzaron sobre ellos para dispersarlos a varazos, pero el daño estaba hecho: una desaforada orgía de tajos y desgarraduras las había dejado ya inservibles, reduciendo a la insignificancia el despiadado poderío de los chorros y permitiéndole al grueso de los manifestantes el desesperado repliegue hacia la Legación. Como testimonio de la ingeniosa hazaña iba en cambio desparramándose a inofensivos borbollones el agua de la Bomba *Knox*, convirtiendo en infinito cieno el polvo de la calle.

Esquivando por exiguo margen la persecución de un policía—gracias en parte al improbable socorro de una protuberante raíz de árbol—Ernesto se lanzó de vuelta hacia el poyo donde había dejado a Ariana; pero al encontrársela en pie delante de los arbustos, visiblemente desorientada, inmóvil y ostentando en su empapada ropa enormes manchas de lodo y sangre, tuvo un instintivo acceso de rabia.

—¡Pero Ariana...! ¿Qué diantres estás haciendo ahí parada? —volvió a espetar, abriendo mucho los ojos y sus manos en un mal reprimido gesto de impaciencia—. ¿No te dije yo que te quedaras en el lugar donde te dejé? ¡Vamos, vamos, a correr, que nos vienen persiguiendo!

—¡Yo estoy muy mareada, Ernesto! —trastabilló ella al intentar un par de pasos indecisos—. ¡Me dieron duro, no puedo ni correr bien... y además me duelen mucho las costillas! ¡Mejor escapate vos, que sí es peligroso que te agarren, y te puede ir muy mal...!

—¿Y según vos te va a ir mejor si esos orangutanes te ponen las manos encima? —la tomó de la mano y la arrastró sin contemplaciones hacia la esquina del Edificio Metálico, desde la cual una espontánea batería de ocho o diez colegiales arrojaba piedras contra la policía y los bomberos, como para cubrir la huida de los demás—. ¡Nada, Ariana... estas no son horas de ponerte a jugar de heroína! ¡Y ni te imaginés que voy a ser capaz de dejarte aquí tirada!

Intentó Ernesto correr llevándola del brazo, pero al percibir sus constantes tropezones, escuchar su respiración entrecortada y ver que si se quedaban rezagados serían fácil presa de los polizontes tinoquistas, resolvió

variar la táctica: se detuvo por un instante y, cargando a la jovencita sobre su espalda, echó a correr dando bufidos y saltó la baranda hacia la Plaza de la Concordia, antes de introducirse en la zigzagueante callejuela que bordeaba la amarilla sede de la Corte Centroamericana, y subir luego una cuesta que desembocaba casi frente al edificio esquinero que por entonces ocupaba la Legación de los Estados Unidos. En esta bocacalle y a lo largo de la avenida se congregaban ya varios cientos de personas, muchas de las cuales habían escapado de la batalla en el Parque Morazán, a quienes el asalto policial, lejos de intimidar, había enardecido aún más. Por todas partes se escuchaban apasionadas injurias a los dictadores, “vivas” a la revolución, a Julio Acosta y al cónsul norteamericano Chase—quien desde uno de los balcones agradecía silenciosamente las ovaciones—, y continuas salvas de aplausos interrumpiendo a un joven orador, hijo del Magistrado Zelaya y compañero de Ernesto en la Escuela de Derecho, que desde otro balcón despotricaba con febril intensidad denunciando el “ultraje” practicado por el régimen de los “bandidos”.

No tardaron, sin embargo, en verse otra vez inquietados: justo cuando el cónsul aceptaba al fin los ruegos de la gente allí aglomerada y se asomaba a la baranda para dirigirles unas palabras, se escucharon por encima del ruido generalizado los silbatos policiales, y allá a lo lejos, un par de cuadras al Oeste, surgió en cerrada formación un amplio destacamento de caballería, seguido por un numeroso contingente que corría por media calle y por las aceras, armado de fusiles. Comenzó a cundir el pánico, que se convirtió en generalizada histeria cuando, ante los llamados del joven estudiante a enfrentar la agresión, la tropa respondió con una descarga de balas que hicieron rechinar los muros de la Legación, y que fue apenas el preludeo de un atroz tiroteo. Al instante la muchedumbre empezó a revolverse en una despavorida indecisión, y entre gritos de espanto terminó desbandándose en todas direcciones; pero los agujijones de plomo alcanzaron a numerosas personas, dejándolas tendidas en plena calle o en aceras y desagües. Los alrededores del Consulado quedaron en breve convertidos en sembradíos de víctimas.

—¡Corramos, Ari... están volando plomo, ahora sí que nos van a matar! —a pesar de la mucha valentía que siempre había derrochado, esta nueva amenaza había dejado a Ernesto momentáneamente descolorido. Estaba seguro de que podría escaparse con relativa facilidad saltando el muro del Parque Bolívar, que no distaba más que unos metros de aquel lugar y cuyo solitario

acceso debía estar todavía sin vigilancia, pero... ¿cómo podría hacerlo con la maltrecha Ariana a cuestas?

—¡Andá vos, Ernesto...! —la muchacha seguía doliéndose de los muchos golpes recibidos, y el sablazo de la sien izquierda continuaba también sangrando profusamente—. ¡Yo... no puedo más!

—¡Otra vez con esa majadería! ¡Vamos, Ariana, no hay tiempo, porque si esos hijos de puta llegan hasta esta esquina, nos acribillan! —pocas veces había sido el muchacho tan vehemente en sus palabras hacia ella como ahora. Después de haberla amado por tanto tiempo, aún sin haber sido siempre consciente de esa mutua pasión, y después de todo lo que habían tenido que enfrentar para preservar la esperanza de un futuro común, ¡habría elegido la muerte antes que abandonarla! Y esa tarde, con las indiscriminadas balas de la tiranía rociando las calles y aceras, la muerte era una posibilidad terroríficamente real y cercana.

—No... ¡entremos en la Legación! ¡Ahí no van a perseguirnos!

—¿Ah, no? ¡Si ya hasta le dieron bala a los vidrios y a las paredes!

—¡Sí, pero no van a entrar, porque si lo hacen, nos invade Wilson y se acaban los Tinoco!

Ernesto alzó su vista, titubeando. Casi al frente de él se encontraba entreabierto el acceso principal a la Legación, pero sobre él se precipitaban ya decenas de amedrentados manifestantes, que en medio de la balacera pasaban unos sobre otros como alimañas enloquecidas en procura de la salvación. ¡Y sin embargo era la única oportunidad que tenía para asegurarse que Ariana saliese bien librada de aquel terrible embrollo! Tomó entonces una feroz resolución: levantando en peso a la ensangrentada muchacha, la hizo llegar casi hasta el propio umbral, donde manos amigas—posiblemente observando su lamentable estado físico—se extendieron para sujetarla y arrastrarla hacia el interior del edificio.

—¡Ernesto, metete vos también de una vez! —atinó a exclamar ella, viéndolo quedarse sobre la acera. Pero su llamado salía tarde: ya para entonces el muchacho, doblando la esquina a todo correr, se había eclipsado rápidamente en el oscuro callejón que bordeaba el Parque Bolívar, para luego saltar el muro y perderse entre la húmeda vegetación.

La venganza

La dantesca escena de la avenida frente a la Legación iba a repetirse por doquier hasta ya bien entrada la noche, pues según narraría luego Carlos Luis Fallas recordando estos días, “*la policía, que disparaba al cuerpo, anduvo por toda la ciudad tiroteando grupos de ciudadanos*”^[67]. Pero de ello no tuvo Ariana más noticia que el entrecortado ruido de las refriegas, que ocasionalmente alcanzaban a oírse en la lejanía, y lo poco que conseguía descifrar entre los alarmantes informes que de todas partes llegaban a la sede diplomática, ahora atiborrada de manifestantes lastimados y hambrientos como ella misma, y donde el mismísimo cónsul Chase y sus asistentes iban y venían tensamente de una habitación a la otra haciendo curaciones, repartiendo alimentos y palabras de aliento.

Oyó decir, entre otros mil rumores, que los esbirros de Tinoco, en su afán de intimidar a la sublevada población, habían llegado incluso a asaltar los cines y teatros para repartir en la penumbra latigazos entre los inocentes espectadores. Se hablaba de muertos, en número de seis o siete. Y también que, sabiéndose que no pocos manifestantes habían recibido balazos u otras heridas de consideración, se habían situado retenes militares en los alrededores del Hospital San Juan de Dios para capturarlos si venían a pedir atención.

Encontró allí a la maestra María Isabel, golpeada por los policías, y rescatada del kiosco por el argentino Barcos y por otros educadores, pero convertida ya en el corazón palpitante de la oposición a la tiranía, y a quien los demás refugiados veían ya con una especie de veneración. También encontró a numerosas compañeras suyas, entre ellas Mariela Quesada, con el pómulo derecho tumefacto y su hermosa nariz deformada por una tremenda inflamación. La mayor parte de las colegialas, empero, no presentaban más que ligeros golpes o a lo sumo crisis nerviosas, y pasado ya el terror inicial, se encontraban muy angustiadas por informar de su paradero a sus familias, suplicando que se les prestase un teléfono. Mas una angustia más urgente acometía el cuerpo y el alma de nuestra niña: ¿qué había sido de su Ernesto? ¿Por qué había decidido intentar su escape en otra dirección, en lugar de permanecer siempre a su lado? ¿Por qué la había dejado sola en aquel sitio

desconocido, a merced de la hospitalidad de un puñado de extranjeros?

—Ariana... ¿y ya vos llamaste a tu casa? —mientras devoraba ávidamente la jovencita un mendrugo de pan, primer alimento que recibía desde el desayuno, oyó el susurro gentil y enérgico a la vez de María Isabel—. Tus tíos deben andar medio locos buscándote...

—Están de viaje, en Juan Viñas—respondió ella sin dejar de comer—. Antier se fueron. En casa solo debe estar mi prima María Consuelo, porque mi primo Rafael hace días anda de farra, y con estos desórdenes de fijo mi tía Dolores no habrá querido ni asomar la nariz a la calle, del puro miedo...

—Igual, debe estar medio asustada ella de ver que vos no regresaste en todo el día—de alguna manera le transmitía la educadora esa vaga sensación de que, sin importar cuánto hubiese crecido ella y cuán dispuesta estuviese a compartir la misma suerte, jamás dejaría de verla como la frágil y vulnerable chiquilla que había cruzado por primera vez la puerta de su aula hacía ya tanto tiempo—. ¿Querés que hable yo con míster Chase, para que te dejen usar el teléfono...?

—Mm... no sé... me da un poco de miedo que alguien se entere de que estoy aquí... y menos mi tía Dolores, que es más tinoquista que los mismos Tinoco—embargada por un confuso presentimiento, la muchacha tuvo que poner a un lado el pan—. Es decir... de fijo el Gobierno tiene que estar espionando los teléfonos, y...

—¿Y crees que no saben todavía que la Legación está repleta de opositores? —la energía de María Isabel le prestó un ademán de impaciencia—. ¿O pensás que nadie te vio participando en la marcha ni recibiendo la paliza que te llevaste? ¡Ariana...! ¡Ya estas no son horas de andar jugando de tibia! Ya decidiste enfrentarte abiertamente a los Tinoco, como todos nosotros, y espero que antes hayas medido las consecuencias... porque ahora estamos en una verdadera guerra, contra *Pelico* y contra toda su horda de matones. Y si esta tarde *Pelico* se atrevió a derramar sangre costarricense, lo va a pagar... ¡juro que lo va a pagar antes de lo que piensa!

Así que vamos de una vez, hijita—agregó, luego de una pausa para controlar su flamígera exaltación—: ¡A llamar a tu casa, antes de que empeores las cosas por no querer hacerlo...!

Tuvo que esperar largo rato para que finalmente le permitieran usar el teléfono. Pero para desventura suya, quien tomó la llamada fue la iracunda tía Dolores en persona, que contrario a lo que suponía ella, había resuelto permanecer todo el día y la noche en la mansión de sus ricos parientes. ¡La

catilinaria que le dejó ir! Sobre Ariana llovió por largos minutos tal andanada de amenazas, injurias y apóstrofes, que la hizo llorar de rabiosa y callada amargura. Y luego de hacerle la promesa, predecible pero no por ello menos dolorosa, de azuzar a don Elías para que la expulsase definitivamente de la casa y la devolviese a Puntarenas, le anunció su determinación: ante las continuas balaceras, el agresivo despliegue policial y los muchos peligros que representaba emprender a tales horas el trayecto de regreso, consideraba preferible que pasase esa noche en el Consulado. Al día siguiente enviaría por ella.

—¡Y por la Virgen Santísima—acabó por sentenciarla, colérica y jadeante—, que de tu cuarto no vas a volver a salir hasta que regrese Elías, o me dejo de llamar Dolores Alvarado!

Jornada de angustia nocturna para la adolorida jovencita, obligada a acomodarse sobre el duro y frío suelo en la esquina de una de las oficinas, un poco aparte de otros refugiados, sin tener ropa limpia ni contar siquiera con una frazada para darle reposo a su maltratado cuerpo. Probablemente no habría conseguido dormir, de no haber mediado la inmensa fatiga que cargaba sobre sus hombros, agudizada por el mucho tiempo que había pasado sin comer. Y al día siguiente, desde el momento mismo de abrir los ojos, vino a descubrir cuánto se había intensificado el dolor en sus costillas, y también cuán inflamada y amoratada lucía su sien derecha bajo el vendaje que recubría la herida. Pero a despecho de aquel recuento de daños, de la zozobra acerca del paradero de Ernesto o de las furibundas bravatas de la tía Dolores, su espíritu no solo estaba intacto, sino que más bien se había acrecentado más y más con la intensidad arrolladora de un río desbordado. “*Todo esto te lo debo a vos, Joaquín Tinoco*”, se repetía con el acento vengativo que se atrincheraba en su mente: “*¡Sos vos el único causante de todo!*”...

Eran ya más de las diez y media de la mañana, y arreciaba el calor, cuando uno de los guardias del Consulado asomó su enorme cabeza al recinto y preguntó quién era Ariana Cortés. La jovencita, intimidada por el sobresalto, levantó su mano sin decir una palabra.

—¡Aquí la buscan! —le espetó toscamente el vigilante, señalándole la puerta que daba al exterior. “*Dios mío... ¡ojalá fuera Ernesto!*”, se dijo a sí misma mientras se ponía aceleradamente en pie, lo que por cierto le causó un mareo y la obligó a apoyarse momentáneamente en una de las paredes.

El recorrido hacia el pórtico, aunque corto, le sirvió a la colegiala para advertir que la maestra María Isabel había desaparecido, así como casi

todos los otros educadores y manifestantes adultos que habían venido a guarecerse en aquella sede. “¿Se habrán ido solos, o los echó el cónsul?”, se preguntó con cierto pánico. “Pero si fuera así, ¿por qué no me echaron a mí también, o a esta otra gente que anda todavía por aquí?”... Al salir, sin embargo, la aguardaba otra sorpresa: frente a ella, sosteniendo una bolsa de tela por cuyo borde se asomaba un periódico enrollado, y con una expresión de jubiloso alivio en su sudoroso rostro, se erguía la inagotable figura de Secundina.

—¡Niña Ariana! —la abrazó efusivamente por largos segundos—. ¡Gracias a Dios que pude llegar hasta aquí! Me manda por usted la señora Dolores, diciéndome que no me tarde mucho y que la lleve allá cuanto antes... pero resulta que aquí a las cien varas me atajaron unos policías y me revisaron la bolsa, y como vieron que venía para acá no me querían dejar pasar... —de pronto se apartó de ella y la examinó con más detenimiento, antes de exclamar con acento preocupado—: ¡Pero por Dios Santo...! ¿Qué me le hicieron a usted, que la dejaron así?

En efecto, la colegiala lucía todavía el mismo uniforme de la víspera, aunque embarrialado, medio roto y con visibles manchas de sangre, amén del tosco vendaje que le ajaba la frente y de los abundantes moretones en brazos y piernas. ¿Cómo iba a haberse imaginado la sencilla Secundina que iba a hallarla en tales condiciones, habiéndola visto salir el jueves como una primorosa señorita?

—Después te cuento... cuando se me vaya bajando el dolor que me da cada vez que me acuerdo... —a decir verdad, Ariana no tenía tantos deseos de relatar lo ocurrido como de informarse de lo que acontecía en el mundo exterior—. Pero decime vos, ¿qué traes ahí?

—El periódico de hoy... y también un juego de ropa limpia, para que usted pueda por lo menos cambiarse antes de irnos.

La colegiala extrajo lentamente el más reciente ejemplar de “*La Información*”, y casi de inmediato comenzaron a temblarle las manos y a empurpurársele el rostro. ¡El diario, sin malgastar una gota de tinta en ocuparse de la mortandad sembrada por los rifles del régimen, dedicaba en cambio su portada a advertir a la población de las exorbitantes multas ordenadas para quienes participasen en cualquier manifestación o reunión pública!

—Son unos sinvergüenzas—tal fue su único comentario, antes de arrojar al suelo el periódico en insólito gesto de cólera—. Pero ya hemos estado

callados por demasiado tiempo...

En silencio contempló el diario tirado sobre la acera, cuyas páginas comenzaba a pasar el viento irreverente. Lo pisoteó. Era su venganza simbólica contra “*La Información*”.

—¿La tía Dolores está en casa?

—Sí. Ahí durmió, con la niña María Consuelo, y también don José María y doña Felicia tuvieron que dormir ahí... ¡Pero por favor, niña Ariana... entre, cámbiese y nos vamos...!

Ariana se apropió de la bolsa que traía la joven criada, y al hurgar en ella se dibujó en sus labios un amago de sonrisa. Bajo la falda doblada en varios tantos, encontró un sombrero de ala ancha y una blusa de manga corta... ambas de color verde. Sus ojos se levantaron como interrogando a Secundina, y esta sonrió a su vez, afectando inocencia.

—La señora Dolores me pidió que le trajera ropa para ahorita—explicó, con un travieso guiño jugándole entre las tupidas cejas—y me pareció que tal vez usted querría ponerse esto...

—Me va a matar cuando me vea—intentó reírse la colegiala, aunque atenuó su regocijo el pertinaz dolor que seguía irradiando desde sus costillas—. ¡Pero aquí también va a haber revolución!

Minutos después emergía de la Legación una jovencita completamente renovada, saludando al sol con su flamante sombrero y su sobria blusa. Y escoltada por la joven y fiel servidora, echó a andar calle abajo con orgullosa lentitud, llevando colgada del hombro la bolsa con el uniforme destrozado y en su semblante un indomable orgullo. No estaba ella ya para soportar más ultrajes de tiranía alguna, fuese la de los hermanos Tinoco o la que en el ámbito más íntimo ejercía la insoportable tía Dolores. Y frente a ambas, juzgaba Ariana, se aproximaba al fin la hora de ajustar las cuentas de mil humillaciones acumuladas por meses y años.

Habían andado las dos muchachas apenas un par de cuadras, sin embargo, cuando observaron hacia el Sur un grupo de unas veinte o treinta personas, en su mayoría jovenzuelos o chiquillos, que parecían dirigirse hacia el centro de la ciudad, lanzando ruidosos “vivas” a Julio Acosta y gruesos insultos contra los hermanos Tinoco. A su alrededor, cosa extraña, la calle estaba totalmente desierta: los sorprendidos vecinos comenzaban apenas a asomarse a la calle, ¡pero no había señal de la policía!

—Ahora que venía para acá me topé yo con otra pelota parecida, allá por la cuesta—murmuró Secundina en tono lleno de aprensión, con la vista fija

al frente y sin dejar de caminar—. Eran como quince muchachillos, con palos y piedras, muy cabreados y echándole “mueras” a Tinoco... y me pareció oír que uno de esos dijo que venían de apedrearle y desbaratarle la casa al coronel Villegas, el jefe de los esbirros...

—¿Y no sabes para dónde iban?

—Sería mentirle, niña Ariana... a lo mejor para la Catedral, o para el Palacio Nacional...

Una idea se arrojó como una huidiza liebre a través de la mente de Ariana. ¿Estaría levantándose toda la capital? ¿Serían aquellos actos obra de grupúsculos aislados, o eran apenas las primeras migajas de una gigantesca avalancha de furor ciudadano, resuelto a cobrar a los dictadores la brutal afrenta sufrida por las colegialas y las maestras? Recordó que María Isabel y otros docentes habían salido bien temprano de la Legación. ¿Se trataba acaso de acciones concertadas? ¿Habría quizás algún punto neurálgico en el que iban a converger todas aquellas avanzadillas?

—Cundi... —sus labios se movieron pausada y solemnemente—. No sé qué vas a hacer vos... pero yo no puedo irme para mi casa como si nada. Tal vez hoy esté por decidirse nuestro futuro, el futuro de nuestro país... ¡y no puedo yo seguir escondiendo la cabeza como los avestruces! Tengo que ir allá, a ver lo que está pasando, tengo que saber también si Ernesto está bien... y sobre todo, necesito demostrarles a esos infelices que ya no les tengo miedo, ¡ni a ellos, ni a sus fusiles!

—¡Ay, Señor de la Misericordia! —el gesto despavorido de la criada puso el énfasis que pudiese haber faltado a las palabras—. No... ¡no me diga eso! ¿No ve que yo no puedo llegar a la casa sin usted? ¡Y viendo yo cómo la dejaron ayer...! ¡No, no... por favor, por lo que más quiera, no vaya allá, no me mande sola para donde doña Dolores, porque esa señora sí es capaz de agarrarme a mí a chilillazos...!

—Entonces venite conmigo. ¡Así no vas a tener que llegar sola donde ella!

Avanzaron dos cuadras hacia el sur, guiadas por un extraño rumor que parecía flotar hasta ellos desde la distancia. A su alrededor, en las aceras y en plena calle, se aglomeraban en corrillos los vecinos, casi todos muy exaltados, gesticulando vigorosamente y señalando hacia el corazón de la ciudad. Las dos jovencitas aceleraron el paso para ver qué cosa extraordinaria sucedía más adelante. Y en efecto, dieron sus ojos con una nutrida muchedumbre que desfilaba por delante de la bocacalle de la Avenida Central en majestuoso

desorden, a la sombra de numerosas banderas y estandartes en los que predominaba el color verde. “*Dios mío... ¡ahora sí es cierto, todo San José se tiró a la calle!*”, se dijo Ariana, presa repentina de una rara euforia que le recorrió la espalda, el cuello y los brazos.

—¿Y... si esta vez sale la Guardia Rural y nos agarra a tiros?

A Secundina se le quebraba la voz al plantear aquella angustiada conjetura. La colegiala, en cambio, la acogió con la fría resignación de un gladiador vencido.

—Puede ser—respondió, cruzando ya la calle para tomar imperturbable rumbo hacia aquel revuelto gentío, que parecía fluir torrencialmente hacia el Parque Central—. Pero ya hemos vivido asustados por suficiente tiempo, ¡y ahora les toca a ellos!

Al llegar a la esquina, el sitio donde pocas horas antes arreciase la arremetida policial, Ariana la encontró abarrotada por un océano de gente, que cubría densamente toda la calle y las aceras, y que parecía tener como eje el atrio de la Catedral. Allí, en medio de las exultantes ovaciones generalizadas, una oradora muy menudita, bien vestida y con un enorme lazo verde cruzándole el pecho, culminaba un incendiario discurso. La colegiala pudo reconocerla en el acto, con gran entusiasmo y no poco asombro: ¡era la maestra María Isabel, con su mirada y su verbo rebosantes de fuego, y ostentando todavía como trofeos bélicos los moretones de la víspera!

Ardiendo ya de febril valor y dispuesta a atropellar todos los obstáculos, hubiera querido Ariana llegar hasta donde ella estaba; pero Secundina vacilaba todavía, y por otra parte la apretujada muralla de gente les impedía el paso, de modo que no pudieron más que observarla arrancándose el lazo verde y ondearlo como una bandera por encima de su cabeza, e intentando inútilmente bajar del atrio. En torno a ella, llenos de contagioso entusiasmo, aplaudían frenéticamente todo tipo de personas: estudiantes del Liceo de Costa Rica con sus ceños vehementes y sus grises uniformes; alumnas del Colegio Superior de Señoritas, luciendo no pocas de ellas vendas y cardenales cortesía de los esbirros de Tinoco; zapateros, artesanos, amas de casa, maestras, carpinteros, niños de escuela, comerciantes... ¡todos luciendo en la ropa o en los sombreros escarapelas verdes! Continuaba llegando la gente como por oleadas, y eventualmente empezaron a invadir el parque, a arrancar hojas para prendérselas sobre el pecho, o a descuajar ramas que sirviesen luego como estandartes. Su iracunda pasión crecía y crecía con el calor del mediodía. Y al cabo alcanzaron las muchachas a escuchar un grito de

hombre, seguido de varios otros más fuertes y amenazantes:

—¡A “*La Información*”! ¡A “*La Información*”!

Ariana irguió al punto su cuello, creyendo reconocer en una de esas voces la de Ernesto; pero mientras intentaba rastrearlo con su mirada entre el sembradío de cabezas que la circundaba, sintió como una correntada de eléctrico heroísmo, que se transmitía de persona a persona, y que a ella misma la atenazaba para ponerle los pelos de punta. Momentos después sintieron ella y Secundina cómo el torrente humano, se desbordaba por la avenida y comenzaba a empujarlas hacia el este, bajando por la leve pendiente que se volvía más pronunciada a la altura del Teatro Nacional, profiriendo a gritos todo tipo de amenazas contra aquel periódico, el acreedor por excelencia del odio popular gracias a su incondicional alianza con la dictadura.

—¿Qué está pasando...? —preguntaba una y otra vez Secundina, cada vez más asustada, mientras veía cómo la gente iba arrancando y recogiendo de la calle las piedras que encontraba a su paso—. ¿Para qué hacen eso?

—Van para las oficinas de ese maldito periódico... ¡y no creo que sea para felicitarlos por su honestidad! —tal fue la cáustica respuesta de Ariana, quien la aferraba por el brazo para evitar que la presión del caldeado tumulto terminase por separarlas.

Habíanse detenido entretanto los manifestantes frente al bufete de don Cleto González Víquez, Expresidente de la República que, pese a su reputación como hombre honrado y de espíritu democrático, había aprobado el golpe de Estado de los Tinoco y guardaba ahora ante sus desmanes el mismo vergonzoso silencio que la mayoría de los “grandes” políticos de entonces. Pero, al ver que únicamente emergía de la oficina uno de sus colegas, asegurando que don Cleto no se encontraba allí, la muchedumbre prosiguió su marcha coreando: “¡Miedo, miedo!”...

Una cuadra más abajo, en la esquina del Teatro Nacional, el presuroso tumulto cambió bruscamente de rumbo para subir hacia el norte, y se vio de inmediato enfrente de la caballeriza del Gobierno. De inmediato la enfurecida turba comenzó a embestir los portones, hasta que se vinieron abajo entre una nube de polvo; y luego una granizada de piedras hizo roncar las paredes y el tejado del edificio. A rastras sacaron de allí a un par de hombres, posiblemente los guardias del sitio, a los que propinaron en la calle tremenda golpiza. Pero aquel martirizado lugar no había sido más que un macabro polígono de pruebas para la encolerizada ciudadanía, que ya tenía fija su mirada y su cólera en un blanco mucho más apetitoso, unas cuantas cuadras

más hacia arriba. Y mientras acortaban a toda prisa la distancia que los separaba de ese objetivo, el *tsunami* viviente no solo recogía piedras de la calle, sino también trozos de la leña empleada habitualmente para encender los fogones de las casas, alimentando con ellos el volumen y la ferocidad de su iracundo clamor.

La enardecida herradura humana, cubriendo la vía pública por largo trecho y emitiendo un escalofriante rugido de venganza, alcanzó el Parque Morazán—campo de batalla de la víspera—y se cerró luego en pocos minutos alrededor de un gran edificio esquinero, ostentosamente rotulado con bombillos eléctricos, donde rebullían los talleres del aborrecido periódico “*La Información*”. Desde todas las direcciones se levantó una embravecida tempestad de piedras, tan densa que hizo oscurecer el cielo durante un apocalíptico segundo antes de aniquilar casi al unísono los cristales de las ventanas. Ariana creyó escuchar entre la gritería algunos disparos ahogados, y en uno de los balcones del segundo piso apareció repentinamente la silueta de un hombre, que amenazaba a la embravecida turba con un revólver. Lo identificó en el acto: era Enrique Clare, reconocido agente gobiernista y socio además del periódico, de quien se rumoraba en los salones que había exigido —y obtenido— un mechón de la cabeza de Rogelio Fernández Güell como demostración de su muerte.

El brillo de su arma, empero, lejos de asustar al gentío, pareció enfurecerlo más: una andanada de gruesos proyectiles surcó la atmósfera para converger violentamente sobre el balcón, y una de tales piedras, vigorosamente lanzada por un joven sin rostro casi al lado de Secundina, acertó de lleno sobre el rostro del hombre aquel, que se desplomó bañado en sangre sobre la puerta, donde manos amigas lo arrastraron de nuevo hacia el interior del edificio.

—¡Ernesto! —Ariana quedó atónita al descubrir en el autor de la certera pedrada a su secreto esposo, quien con una sencilla camisa blanca y tocado con su característica boina pareció a su vez sobresaltarse al oír su nombre—. ¡Gracias a Dios...! ¡Pensé que...!

—¿Otra vez vos metida en esto, Ariana? —la angustia, la molestia y la desilusión se enlazaron en una efímera mueca en la faz del joven—. ¡Rápido, tenés que irte de aquí, lo más lejos que podás... porque cuando salga la policía o el Ejército, van a tirar de una vez a matar... y esta vez estamos preparados!

La respuesta de la muchacha quedó en la nada al escucharse el

estruendo de un ventanal desmontado a puntapiés, seguido casi de inmediato por el de una puerta derribada. Por el hueco se lanzaron al asalto varios hombres armados de palos y piedras, gritando como endemoniados y haciendo trizas las prensas del periódico, que instantes después empezaban a ser arrojadas por los balcones y las ventanas del segundo piso junto con grandes rollos de papel, sillas giratorias, máquinas de escribir y una valija abierta que, al volcarse, desparramó por los aires innumerables billetes.

—¡Ahí van las *tercerillas* de aquel hijo de puta...! —exclamó alguien entre la multitud, entre burlonas carcajadas, pues todos sabían que uno de los asociados del periódico, gracias a la cómplice benevolencia de los Tinoco, se había enriquecido desmedidamente a punta de especulación. Pero no habían transcurrido treinta segundos, cuando una gruesa voluta de humo negro traspasó una de las ventanas, seguida de otra mucho más grande, densa y continua.

—¡Fuego, fuego! —se oían más gritos a la distancia—. Así es como se quema a Judas, ¡carajo!

—¡A ver si se atreve a aparecer ahora la Bomba *Knox*!

Cuando Ariana volvió la cabeza, Ernesto se le había desaparecido entre el tumulto... y el edificio que se erguía ante ella empezaba a emitir por puertas y ventanas una oscura y pestífera humareda, a través de la cual se discernían resplandores anaranjados que provenían de sus entrañas. Las hambrientas llamas se desbocaron en pocos segundos, alimentadas por el viento húmedo que anunciaba una próxima lluvia, y se lanzaron con su implacable crepitar hacia los aleros y las paredes, emitiendo un ronco e intimidante fragor. En cuestión de minutos el edificio entero se hallaba convertido en una ventana del infierno, y sus flamas se propagaban también a las desdichadas residencias aledañas, mientras en la calle el gentío saludaba con alegres aullidos y soeces burlas aquel terrible espectáculo, y arrojaba hacia la gigantesca hoguera los centenares de leños que habían recaudado en el camino. ¡Un golpe feroz a la tiranía!

Sintiendo en su rostro descubierto el penetrante calor que irradiaba aquel incendio, Ariana contemplaba casi extasiada la inmensa columna de humo, la cual alcanzó muy pronto una altura fabulosa que debía hacerla visible desde todos los rincones de la ciudad e incluso desde las aldeas vecinas. Recordó que unas horas antes, en un rarísimo arrebató de cólera, había lanzado al suelo y pisoteado el ejemplar de “*La Información*” de esa mañana. ¿Acaso no se había puesto a sí misma, sin proponérselo siquiera, en el papel

del pueblo costarricense, anticipando simbólicamente lo que iba a acontecer esa memorable tarde de viernes? De su ensoñación la sacó rápidamente el distante estampido de armas pesadas, cañones quizá, que parecía llegar desde el sureste, hacia donde se hallaba el Cuartel Bellavista. Y casi enseguida, las voces de alarma y enojo que prorrumpieron desde todas partes, acompañadas de gesticulaciones desesperadas:

—¡La policía! ¡La policía! ¡Allá viene la Guardia Rural!

Desde el este, por la avenida que desembocaba en la incendiada esquina, galopaba con sus amenazantes crucetas al aire un numeroso pelotón montado, en formación de ataque. ¡Cincuenta o sesenta efectivos a caballo, determinados a dispersar aquel violento disturbio a como hubiera lugar! Pero bien había afirmado Ernesto que esta vez la sublevada población estaba lista y dispuesta a enfrentarlos: de aquellos miles de brazos se levantó casi al unísono una portentosa marejada de piedras que desmontaron brutalmente a casi todos aquellos jinetes, varios de los cuales fueron vapuleados en el suelo con sus propios látigos por la enardecida muchedumbre que también se apoderó de algunas de sus bestias. Los pocos que consiguieron llegar hasta la esquina sin ser derribados a pedradas, acabaron también siendo rodeados y arrancados de sus monturas por el enjambre de civiles rabiosos.

La victoria inicial, sin embargo, había de ser irremediabilmente efímera: a la distancia resonó, mezclado con las primeras gotas de una furiosa lluvia, el voraz tiroteo que proclamaba la llegada del grueso de las fuerzas gobiernistas, corriendo hacia los sublevados por media calle y por las aceras mientras hacía inmisericorde fuego con sus fusiles. El chillante rebote de aquellas balas contra los aleros y las paredes sembró el pánico entre la multitud; numerosas personas se arrojaron al suelo, mientras otras daban voces de cólera y recogían sendos guijarros de la calle.

—¡Están volando bala! —gimió Secundina, pálida de horror—. ¡Vámonos, vámonos de aquí!

De entre el tumulto algunos hombres se lanzaron a las aceras y, arrojándose a las paredes, empezaron a devolver los disparos. Pero la gran mayoría de los sublevados solo contaban para defenderse con sus palos y con el eterno arsenal de piedras callejeras, cuyo alcance era limitadísimo en comparación de los rifles y ametralladoras con los que arremetía el enemigo. De todas maneras intentaron usarlas, y la renovada pedrea logró contener momentáneamente a los uniformados, mas estos respondieron arrojando la balacera al mismo tiempo que un incontenible aguacero rompía desde los

cielos josefinos para empapar a propios y extraños. Entonces el gentío comenzó a desperdigarse, emprendiendo entre gritos de espanto y de despecho una caótica huida hacia el centro de la ciudad. En aquel remolino de empujones y manotazos se vio Ariana torpemente arrebatada del brazo de la aterrada Secundina, quien casi enseguida se desapareció de su vista, absorbida por la turbulencia humana. De Ernesto hacía rato que tampoco había rastro alguno. ¡Ahora estaba sola!

El escondite

Arrastrada a empujones por la correntada, y con los macabros silbidos de las balas agujijoneándole los tímpanos, no tuvo la colegiala más remedio que correr también. El sincero pavor que experimentaba la había hecho olvidar incluso los muchos golpes sufridos el día anterior, a despecho de los cuales emprendió ella un desbocado galope avenida abajo, sin tener idea de dónde guarecerse. ¿Acaso había en la capital algún lugar seguro esa tarde? Allá atrás escuchaba intensificarse las detonaciones, que rivalizaban con el ruido de la intensa lluvia y con el fiero crujir del incendio que se negaba a apagarse, mientras en su desafortunada escabullida se iba cruzando con hombres armados que se parapetaban en las aceras, y también con una mujer tirada en media calle, gimiendo lastimeramente con el hombro destrozado por un tiro. Tenía miedo de volver siquiera la cabeza, calculando que quizá tuviese ya encima a sus perseguidores, pero cuando al fin se animó a hacerlo, quedó helada de espanto. Sobre las piedras y el lodo, a lo largo de la avenida, yacía una enorme cantidad de heridos—o quizá muertos—cuyos ensangrentados cuerpos bañados por el inclemente chaparrón eran pasados de largo con insultante indiferencia por los esbirros del régimen, más empeñados en aumentar su número a costa de los que continuaban huyendo.

La policía se había adueñado entretanto de la esquina llameante, y empezaba a distribuirse para cazar a balazos a las masas de ciudadanos que doblaban precipitadamente las esquinas para eludir sus tiros. Muchos consiguieron refugiarse en casas que les abrían las puertas, o saltándose vallados y tapias a través de la cortina de lluvia, pero Ariana continuaba su escape con rumbo al oeste sin tener certeza de dónde se hallaba, metida entre una numerosa horda de manifestantes cuya retirada era cubierta por cuatro o cinco jóvenes empapados hasta los huesos, que de tanto en tanto se detenían a arrojar piedras a sus perseguidores. Uno de estos, sin embargo, se volvió de pronto hacia el grupo y, señalando hacia la bocacalle que acababan de rebasar, exclamó con voz desgajada:

—¡Miren lo que viene por allá...!

Doblando presurosamente la esquina y levantando a su paso grandes salpicaduras de agua lodosa, se aproximaba en airado galope un nuevo pelotón

de caballería, compuesto por unos diez jinetes de pétrea faz que apuntaban hacia ellos sus terribles crucetas. Ariana y los demás intentaron acelerar el paso, pero muy pronto fueron alcanzados, y un recio varazo recibido por la espalda hizo a la jovencita trastabillar y rodar hasta el borde de la acera. Allí quedó, tendida en el barreal, sin aliento, cegada momentáneamente por las múltiples salpicaduras que le enchilaban los ojos, calada de pies a cabeza por la lluvia y los charcos, y con ambos codos rotos. ¡Estaba indefensa! El agresor la miró con odio irracional desde lo alto de su montura, y tiró luego de las riendas para hacer girar a su bestia preparando una nueva acometida. La colegiala levantó instintivamente sus brazos para protegerse, pero en ese instante resonó un ácido grito y se interpuso a la carrera un caballero de elegante traje gris, con cierto aire de distinción, quien acabó por recibir en pleno pecho el cintarazo destinado a ella. La jovencita quedó estupefacta por un segundo, mientras lo veía tambalearse y dar dos o tres pasos en falso; pero luego su desconocido salvador se aferró a las riendas del corcel para no desplomarse, y así dio inicio un largo forcejeo contra el jinete, lucha que le otorgó a ella preciosos segundos para resguardarse a gatas en el cajón de una puerta cerrada.

Desde allí iba a presenciar otra escena no menos dramática: el trajeado peatón, separado a golpes de la montura por el encolerizado policía, iba a dar ásperamente al encharcado suelo, mientras su atacante, sosteniendo todavía en alto la intimidante cruceta, se llevaba la otra mano al cinto para sacar una pistola. Las arterias de Ariana se volvieron instantáneos glaciares, que le impidieron siquiera gritar: ¡iba a ejecutarlo! Pero desde el lado opuesto una corpulenta sombra se arrojó sobre el jinete, arrancándolo de la montura y conduciéndolo toscamente al duro piso. Intentó el uniformado defenderse atestando golpes con la cacha de su arma, pero el forzado joven logró arrebatarse el arma e inmovilizarle los brazos, para descargar luego sobre él tal golpiza que en pocos segundos lo dejó exánime. Se levantaba el triunfador de un salto, apuntando a otro de los jinetes con la propia pistola del vencido atacante, cuando Ariana lo reconoció: ¡era Agustín, el ebanista, el “padrino” de su boda secreta!

—¡Atrás, o lo mato a él! —rugió, volviendo súbitamente su arma hacia el que estaba inconsciente en el suelo. El segundo de confusión que envolvió al resto de su tropa fue aprovechado por otros sublevados, quienes socorridos por varios hombres que emergían a toda prisa de casas y comercios cercanos, hicieron nuevamente llover gruesas piedras sobre los esbirros, con tanta

energía y a tan poca distancia, que los obligaron a replegarse en desorden. Su huida fue saludada con jubilosos aullidos, gruesos insultos y silbidos de burla, aunque en el fondo todos parecían intuir que aquel pelotón se reorganizaría en breve para volver a la carga.

—¡Y ojo, que con esta misma voy a volarme al malparido de Tinoco! — exclamó exultante el vencedor, hinchando pomposamente el pecho y agitando en el aire la pistola capturada, mientras unos lo ovacionaban y otros acudían a ayudar a Ariana y al hombre del traje gris a levantarse. Terminaba ella de hacerlo, un tanto desorientada, con su cabellera y sus ropas impregnadas de agua sucia, y con el cuerpo irradiándole periódicas descargas de dolor, cuando encontró otra vez a Ernesto, también empapado, que la había reconocido desde la acera opuesta y de inmediato había corrido a auxiliarla.

—¡Ari...! ¡Vamos, por aquí, al taller de don Adolfo! —en su azoramiento no pudo ella comprender inicialmente las palabras que le daba su clandestino esposo mientras la sujetaba de la húmeda mano—. ¡Tenemos que escondernos antes de que regrese la policía, porque la próxima vez no vas a tener quien te rescate!

Dejóse conducir la consternada jovencita, y en pocos segundos se encontró hecha un ovillo al lado de Ernesto en la bodega más retirada y oscura del taller, detrás de unas grandes tablas, de las que se solían emplear para fabricar puertas y camas. Hasta aquella guarida llegó poco después el ruido de los portones del negocio, que se cerraban presurosamente, y sobre los cuales caían luego los celosos cerrojos, para dejarlos en una espesa sombra. Y luego... silencio. Un estrambótico silencio, roto periódicamente por el ruido de tiroteos distantes, o por el sordo golpeteo ocasional de los cascos de los caballos que pasaban sobre el empedrado callejero frente al taller.

—Shh... no hagas ruido, Ari... —escuchó ella las sombras la voz grave de su compañero. No había en ella la menor brizna de miedo, sino tan solo esa férrea y seca determinación que hacía chispear sus ojos y vibrar sus cuerdas vocales. Y esa irremediable pincelada de ternura que, queriéndolo o no, le surgía cada vez que la tenía cerca—. Si nos cogieran aquí, no solo me fusilan a mí, sino seguro también a don Adolfo, a Agustín y al resto de los chavalos... Y a vos... ¡no quiero ni pensar...!

—¿No viste a Cundi por alguna parte? —la espina de angustia no se arrancaba todavía del corazón de la muchacha, quien creía hallarse prisionera en una interminable cadena de pesadillas, una dentro de otra—. Apenas se nos vino encima la policía, se me perdió y no la vi más...

—Mejor reza para que esa pobre haya podido zafarse a tiempo— masculló él, con reprimido pesar—, porque esto tiene que haber sido ya una matanza, y ahora mismo andan todavía esos gorilas regando plomo por todo San José...

Durante algunos segundos no hubo más ruido en aquella bodega que el fluir de la adrenalina por sus arterias y el incontenible martilleo de sus dos corazones, entrelazados por un mismo temor: que la policía irrumpiese de un momento a otro. Y que ese, lejos de ser el final de una tortuosa agonía, fuese apenas el principio.

—Tengo frío... —se atrevió a musitar Ariana al cabo de unos tensos minutos, estrechando aún más su maltratado cuerpo contra el de Ernesto, quien pudo enseguida percibir cómo tiritaba.

—Yo también—por un momento la acogió el joven bajo su brazo con cálida suavidad, mas enseguida se apartó, y la jovencita lo sintió forcejear un poco en la estrechez de su escondite, antes de advertir que se había despojado de su empapada camisa y de sus no menos humedecidas medias—. Tal vez no sería tan terrible si toda nuestra ropa no estuviera tan mojada...

A través de la penumbra relampaguearon por un instante los ojos azules de Ariana, quien después de largos segundos de turbada indecisión, comenzó también a sacarse su propia blusa, que la lluvia había dejado pegada a su cuerpo.

—¿Qué haces, Ari...?

—Lo mismo que vos.

El sobresaltado Ernesto vio primero la suelta y húmeda cabellera de la muchacha, desparramada al extender ella sus brazos para liberarse de aquella prenda, y luego las blancas y torneadas siluetas de sus hombros y espalda.

—¡Ay, princesa...! —musitó, al observar en ella moretones y marcas enrojecidas, así como otras huellas menos conspicuas pero visiblemente más antiguas—. ¡Estás tan lastimada...! ¿Te duele algo?

—Sí, un poco... —a pesar de la penumbra era muy visible el sonrojo de ella, que nunca antes había dejado examinar tan detalladamente su cuerpo por un hombre—. Pero más por lo de ayer que por el cintarazo que me dieron ahorita...

—¿Y estas otras...? —el muchacho titubeó antes de poner su dedo por primera vez sobre la descubierta espalda de Ariana, que apenas comenzaba él a explorar. Ella exhaló un melancólico suspiro.

—Un recuerdo del terremoto—replicó lentamente, bajando por un

momento la cabeza—. Ya sabes la historia... la noche que perdí a mi papá.

Ernesto frunció brevemente sus labios, y luego se atrevió a pasar su brazo sobre los desnudos hombros de la jovencita: un movimiento que encendió mágicamente mil sensaciones dormidas en los rincones más lejanos de sus organismos.

—No sé si te fijaste—susurró el joven, volteando su rostro y señalándose el lado derecho, arriba de la ceja—pero a mí también me dieron. No fue mucho... ni siquiera me duele—se apresuró a explicar, al oír el involuntario respingo de ella—. ¡De hecho te puedo asegurar que a los Tinoco debe haberles dolido mucho más lo que acabamos de hacer con su maldito periódico...!

Vino una ligera risa mutua. Y luego otra pausa electrizante. Del exterior seguía llegando espasmódicamente el lejano tableteo de las armas oficialistas.

—¿Sabes algo, Ernesto...? —el desmayado suspiro de la colegiala, sobresaliendo por encima del espeso silencio de la bodega, se transformó dentro de sus exaltadas imaginaciones en un retumbo capaz de ser oído hasta la calle—. Seguramente me vas a decir que estoy loca por andar pensando en esto precisamente ahora...pero desde que nos casamos, esta es la primera vez que vos y yo estamos... pues, en privado, a solas...

—Es verdad... ¡estás loca! —el joven giró lentamente su rostro hacia ella. Estaba justo ahí, tan cerca, rozando la tibia delicadeza de su nívea piel... ¡Cuántas noches no había soñado con tenerla así...!

—¡Pero es tu culpa...! —el juguetón reproche de ella se ahogó en un extrovertido beso, uno genuino e intenso, ardiente como la mismísima pasión mutua que por tanto tiempo se habían obligado a reprimir. Un beso fiero y voraz, ayuno de las precauciones y las cortapisas que siempre habían tenido que interponer entre sí. Uno que solo se suspendió momentáneamente por el suave gemido de Ariana, cuyo rostro se apartó apenas por el vibrante segundo necesario para hallar a tientas las anhelantes manos de él y atraerlas hacia sí misma. Sorprendido y ansioso a la vez, Ernesto sintió repentinamente cómo lo abandonaban las fuerzas.

—Ari... yo... ¡no sé ni qué decir...! —el miedo y la euforia se abrazaban en sus dedos y en sus labios al contacto con las delicadas formas femeninas de la jovencita, al punto de hacerlo perder incluso la facultad de hablar—. Me da... me da temor lastimarte... ¡te has llevado tantos golpes...!

—Shh... sin hacer ruido, vos mismo me lo dijiste... —lo interrumpió

ella, sonriendo antes de reanudar el beso, ahora acompañado de sensuales caricias que invitaban sin disimulo las suyas propias—. Esta vez no vas a dejarme así... Ya soy tu esposa, Ernesto... y si hoy me va a tocar que me maten... no quiero irme sin haberlo sido de verdad...

Con el siguiente beso se adueñó el joven de la cintura de Ariana, y luego el tiempo se desintegró a su alrededor. En la polvorienta oscuridad de la bodega murieron los temores y las zozobras, y se entregaron ambos enamorados al más sublime ejercicio de la libertad por la que habían estado luchando con tanto agobio. Y de paso, proclamaron con sus cuerpos enlazados su triunfo completo sobre el general Tinoco, a quien privaban de una vez y para siempre de cualquier posibilidad de usurpar el fruto sagrado que con insistencia procurase arrebatarse para sí mismo. ¡Una victoria irreversible!

Una penetrante mirada y un largo suspiro simultáneo. Y luego la cabeza de Ernesto vino a reposar sobre los pechos de una extasiada Ariana, cuyos ojos cerrados le representaban una nube flotante de dulzura y paz como jamás había experimentado en sus diecisiete años de vida. ¡Cuán distante y ajena le parecía ahora la opresiva realidad exterior, y cuán ridícula la amenaza del implacable régimen, en comparación con aquel plácido delirio que paladeaba por primera vez! ¿Qué podían importar ahora el frío y la lluvia, o si su respiración podía oírse desde la calle, o si la policía incendiaba el taller con ellos dentro? ¿Quién podría borrar de su apasionado corazón aquel instante supremo, corona final de aquella tarde heroica?

Nunca pudieron calcular con exactitud cuánto tiempo permanecieron allí, dormidos bajo aquellos grandes tablones, envueltos el uno en la otra. Pero los despertó de pronto un desapacible crujido en el piso de madera, seguido rápidamente de otro más pronunciado, y luego el tambaleante resplandor de una linterna. ¡Alguien más estaba en esa bodega!

La estocada

Sin arriesgarse todavía a sacar la cabeza, Ernesto puso rápidamente su mano izquierda sobre la boca de Ariana para impedirle gritar, mientras con la otra se ajustaba de un recio tirón los pantalones. Pero ella, presa del sobresalto, no atinó más que a cerrar fuertemente los ojos y a extender su mano en fútil intento de dar con alguna prenda que le permitiese al menos cubrir un poco su intimidad. Su mente quiso implorar clemencia al Cielo, pero lo que salió en cambio de su espíritu fue un extraño canto de agradecimiento por la incomparable experiencia que acababa de vivir.

Ernesto giró sigilosamente sobre sí mismo, para atisbar a través de uno de los extremos del túnel triangular, pero a sus retinas llegó una imagen que lo dejó helado de horror. ¡Sobre la pared se proyectaba una corpulenta sombra tocada con el inconfundible quepis de la policía! El muchacho se santiguó con la mano libre, sin liberar nunca la embotellada boca de Ariana, durante el agónico segundo que antecedió a los dos o tres golpecitos tranquilizantes sobre las tablas que les daban cobijo.

—¡Ernesto, Ariana...! ¿Están ahí todavía?—oyeron a continuación una voz susurrante que les devolvió de inmediato el alma y la respiración—. ¡Tranquilos... soy yo, Agustín!

Con felina velocidad se envolvió el muchacho nuevamente en su camisa a medio secar, sin ruido ni palabra alguna de su parte. El fugaz alivio que produjo la constatación de que no se trataba de las autoridades se disipó en el acto, barrido por una congoja que ni siquiera los rifles de los Tinoco habían sido capaces de producirles: amigo o enemigo, lo cierto era que había un extraño en esa bodega... ¡y Ariana aún tenía que volver a vestirse!

La muchacha, por supuesto, había captado al instante el aprieto en que se hallaba, pero no estaba tan habituada como Ernesto a las reacciones veloces, y en breve se enzarzó en una fútil pugna con su blusa, que no se había terminado de secar y que parecía empeñada en no dejarse ceñir a su figura. Entretanto el joven, haciendo un esfuerzo mayúsculo por tragarse su nerviosismo, se las ingeniaba para entretener a Agustín con las más peregrinas ocurrencias, empeñado en ganarse algunos preciosos segundos para Ariana. Pero probablemente no habrían logrado tanto éxito sus tácticas dilatorias, si no

se hubiese hallado el ebanista todavía medio embriagado por la proeza de haber vapuleado y desarmado al policía un par de horas antes, y por el correlativo temor de que tal hazaña lo hubiese vuelto a él mismo un objetivo probable de las odiosas y casi seguras represalias del régimen.

A Ernesto, sin embargo, se le fueron acabando los subterfugios, y ya estaba por resignarse a presenciar lo peor, cuando del lado opuesto del improvisado túnel triangular germinó de pronto el destello azulado y soñador de los prístinos ojos de Ariana, primer anticipo de un semblante irresistiblemente hermo­seado por una plácida sonrisa.

—¡Carambas, Ernesto...! —el siempre bromista Agustín no podía menos que notar ese gozo tan sereno y tan perfecto, que no tenía congruencia alguna con las circunstancias de esa tarde, de modo que se acercó derrochando malicia al oído de su amigo—: A mí no me engañás... aquí algo raro tiene que haber pasado, porque esa contentera que se trae ahora esta chiquita, ¡no la tenía ni en pintura cuando ustedes dos se quedaron aquí solitos...!

No era Ernesto hombre habituado a sonrojarse, pero un rubor intenso y caluroso le quemó las mejillas y casi le arrancó una apenada risa. Alcanzó sin embargo a recomponerse lo suficiente para responderle, también al oído y en marcado tono de chanza:

—Diay, Agustín, ¿qué te puedo decir...? Ya vos has oído lo que siempre dice mi *tata*: “entre marido y mujer, nadie se ha de meter”... ¡y eso incluye al padrino!

Pasado el brevísimo interludio jocoso, el semblante de Agustín retomó una gravedad hasta entonces desconocida en él.

—Si piensan salir ahora a la calle, no les aconsejo que se vayan en esas fachas—afirmó, quitándose el quepis policial que hasta entonces seguía luciendo como trofeo de combate—. Con lo que llevan encima cualquiera echa de ver que anduvieron en la revuelta, y de fijo la policía los arresta. Lo mejor es que se pongan ropa limpia...

Enseguida expuso su plan: prestaría a Ernesto el uniforme que emplease el día de la boda secreta, el cual mantenía guardado en su cuarto de trabajo; y a Ariana una gabardina de su jefe, pantalones y un par de zapatos suyos que, complementados con el cabello recogido bajo la boina de su esposo, debían transformarla una vez más en un chiquillo “detenido”.

—¿Y qué vas a hacer vos, Agustín? —preguntó finalmente el joven, al momento de despedirse—. Con la sopapeada que le diste a ese payaso, de fijo te deben andar buscando ya... y capaz que en cualquier momento llegan aquí y

nos *joden* a todos.

—Ahora a media noche me zafo a pata para Alajuela—por el tono despreocupado que emplease por el ebanista al responder, habríase dicho que no estaba anunciando sus planes de fuga, sino los de unas rutinarias vacaciones—. Tengo unos familiares que viven en El Coyol, y creo que ahí me puedo esconder por unos días...

Ariana escuchó, conmovida, las palabras de su “padrino”, tan desprovistas de especial emoción. Hubiese pensado ella quizá que una despedida en tales condiciones iba a ser mucho más ceremoniosa, pero ni Agustín ni Ernesto dieron muchas largas al asunto; era preciso anticiparse a la casi segura persecución policial. Sin embargo el ebanista se detuvo un instante ante ella, y sin ánimos para mirarla directo a sus pupilas celestiales, la tomó de las manos.

—Sinceramente yo nunca he sido de ponerme en estas *vainas*—dijo, con insólita solemnidad que se reflejaba en sus ojos bajos y en el exiguo volumen con el que florecía su hablar—, pero por aquello de que alguno de nosotros no salga vivo de esta... quería decirte, Ariana, que sos de verdad una chiquilla muy valiente, y que me siento privilegiado de haberte podido conocer. Un chavalito como Ernesto se merecía una mujer como vos. De veras... ¡que la Providencia nos acompañe a todos!

Instantes más tarde se asomaba el corpulento obrero al portón del taller, con todo el sigilo posible. Frente a los hogares y comercios del vecindario, herméticamente cerrados y oscurecidos, no se oteaba en aquella cuadra más que un policía paseándose de allá para acá, vigilando a lo largo de la acera opuesta mientras jugueteaba con su gruesa y oscura vara. Y allá, a la distancia, sombras sin rostro que, distribuidas en varios grupos bajo el anémico alumbrado público, se inclinaban como para recoger del empedrado algún herido, o quizás algún cadáver, y colocarlo en un conspicuo carretón estacionado cerca de la esquina.

—Mm... ¡záfense ahora, que no hay moros en la costa! —sin acabar siquiera de pronunciar esta frase dio Agustín un súbito y recio tirón a la tranca, dejando apenas el resquicio necesario para que tanto Ernesto como Ariana se deslizaran en un santiamén hacia el exterior. De inmediato buscaron con la mirada al vigilante, y lo divisaron bastante lejos y dándoles la espalda. ¡El momento era propicio! Entonces tomó bruscamente el muchacho a la jovencita de su mano, y con ella casi a rastras echó a correr avenida abajo, como asustado de su propio atrevimiento. Al llegar a la esquina tomó la joven

pareja rumbo al norte, por la calle que desembocaba en la Iglesia de El Carmen, y viéndose momentáneamente a salvo aminoraron ambos el paso para tomar un poco de aliento.

—Y ahora, ¿para dónde? —a pesar de la severidad con la que la habían instruido Ernesto y Agustín acerca de guardar completo silencio, no pudo Ariana contener la inquietud que le había mordido por horas el alma—. Yo... tendría que haber llegado a mi casa desde las once de la mañana... y además no sé qué puede haber pasado con la pobre de Cundi...

—Pues no tengo otro lugar. Allá por lo menos te va a proteger un poco tu parentesco si no cae la dictadura tan rápido como pensábamos.

—¿Proteger? ¡Mi tía me va a matar apenas me vea!

—Si los esbirros de Tinoco no lo hacen antes.

Ni siquiera el brillo lánguido de los fusiles gobiernistas que la habían apuntado la víspera le infundió el temor que la vino a invadir con cada paso que la acercaba a la residencia de sus parientes. ¿Qué podía aguardarla allá, sino la fétida indignación de su tía Dolores, magnificada por la doble ofensa a su filiación política y a su credibilidad como autoimpuesta guardiana? El corazón se le encogía al suponer el recibimiento que habría dado ya a la infeliz Secundina... en el improbable caso de que esta última se hubiese atrevido a volver a casa sin ella pese a las órdenes recibidas.

Largos rodeos debieron dar los dos jóvenes, para eludir uno tras otro a los piquetes de policía que revoloteaban como mosquitos en casi todas las esquinas de Barrio Amón, especialmente en las cuadras que rodeaban el domicilio del General. Pero al divisar a la distancia la imperiosa mansión de los Cantillano, tuvieron que detenerse para sacudir de sí la incredulidad. ¡Era la única casa donde seguían encendidas las luces, y donde el paso de sombras furtivas frente a las ventanas dejaba adivinar que sus habitantes permanecían en actividad pese a la hora y al temor colectivo!

La puerta de la calle estaba entreabierta, y a través de ella salía hasta la calle un escuálido pero intimidante haz de luz. Ariana solo logró llegar hasta el portoncillo; allí la abandonó el valor.

—Vamos, Ari... ¡no te quedés ahí, tenés que entrar!

—¡No puedo!

Iba a objetar Ernesto, pero en lugar de esto, sin saber cómo ni por qué, enlazó más bien entre sus brazos enérgicos a la temblorosa jovencita y la estrechó intensamente contra sí mismo. Así los sorprendió el brusco graznido de la puerta principal al abrirse.

—¡Ariana! ¡Al fin apareciste...! —una rasgada voz femenina antecedió a la larga sombra que, enfundada en lo que parecía un camisón nocturno, se proyectó fantasmalmente sobre la pareja desde la corta escalinata. El sobresalto les paralizó la mente por un segundo antes de percatarse de quién era: ¡María Consuelo! Cabello en desorden, párpados hinchados, ojos enrojecidos, expresión tambaleante entre el júbilo, el terror y la cólera, dedos rígidos y filosos que se incrustaron en los hombros de la recién llegada y comenzaron espasmódicamente a zarandearla.

—¿Dónde diantres estabas metida? ¡Te juro que ya estábamos a punto de volvernos locas...! ¡A estas horas debe estar la pobre tía Dolores revolcando camas en el hospital o en la morgue...!

—¿Entonces ella no está?

—¡No, si salió como atacada apenas le vinieron a avisar lo de Secundina... y encima traían el uniforme ese con tus iniciales... todo sucio, roto y lleno de sangre...! ¡Imagínate nada más lo que fue para nosotras ver esa cosa y oír también la noticia...! ¡Yo... yo juraba que también a vos te habían...!

—¡Pará, pará...! ¿Qué fue lo que pasó con Secundina?

—¿Vos... de verdad no lo sabés?

—No... ¡veníamos para acá cuando nos separó el tumulto...!—el glaciarse de un presentimiento horripilante le congeló la espalda a Ariana. Detrás de ella Ernesto bajó la mirada—. Y después anduve toda la tarde escondiéndome, del miedo... ¿Dónde está ella...?

—Ari... ¡a Secundina la mataron!

Parte VI

La caída

Tren de medianoche

El penetrante silbato de una locomotora desgarró el arisco silencio de la madrugada josefina, muchos kilómetros antes de que el sordo y persistente matraqueo de sus ruedas fuese audible en los alrededores de la Estación del Ferrocarril al Pacífico. Apenas unos minutos más tarde, envuelto en una densa humareda que ennegrecía aún más la nublada noche, y precedido por el chispeante rechinar de sus frenos, ingresaba el convoy en el patio para detenerse finalmente con un último bramido y una larga exhalación de vapor.

Al frente de la Estación aguardaba un conspicuo automóvil, en cuyo asiento delantero dormitaba un uniformado chofer. Pero alrededor de aquel vehículo, y a lo largo de las calles vecinas, se había desplegado desde hacía cerca de una hora un insólito aparato de seguridad: un pelotón de caballería de unos treinta hombres, apostados en las esquinas; y sobre las aceras, a ambos lados del ancho portón principal, otros tantos soldados de a pie.

Hasta el exterior llegó un oficial proveniente del tren, quien luego de un rápido cambio de impresiones con el comandante a cargo de aquella escolta, volvió casi al trote a la línea y trepó con notable agilidad hasta el segundo vagón.

—¡Mi General! —exclamó el edecán, cuadrándose y haciendo un saludo—. El perímetro de la Estación está asegurado y su automóvil lo espera afuera.

—Gracias, teniente—respondió el aludido con imperturbable voz, aunque al levantar su vista se echaba de ver en su rostro lo fatigoso del largo viaje que estaba por culminar—. Y ahora dígame algo: ¿realmente era necesario traer cien soldados para resguardar la llegada de este tren, sin contar los que vienen en él con nosotros?

—Según me dijo el coronel Esquivel, esas fueron las órdenes del Presidente, señor. Y con todo respeto, mi General... si él consideró indispensable que usted se viniera inmediatamente de Guanacaste, es porque la situación se le ha de haber puesto muy complicada aquí en la capital.

—Le agradezco su opinión, teniente. Pero vamos de una vez, y que envíen a alguien adelante para anunciarme. A usted le encargo mi equipaje, que lo lleven directamente a mi casa.

Los portones se abrieron con un chirrido, y al momento los soldados se reagruparon presurosamente, para formar un pasillo a través del cual pasó a gran velocidad el garboso Ministro de Guerra, el esperado general José Joaquín Tinoco, seguido muy de cerca por dos o tres de sus edecanes. Sin mucho preámbulo uno de ellos le abrió la portezuela de su automóvil, y un segundo más tarde se acomodaba el militar en el asiento de atrás.

—¡Morúa, a Casa Presidencial de inmediato! —ordenó con su voz siempre calmada y sin hacer mayor aspaviento—. Y no importa la hora. Mi hermano me mandó a llamar con mucha urgencia, así que tiene que estar esperándonos.

Obedeció el conductor sin el menor reparo, y el vehículo tomó inmediatamente rumbo al norte por la prolongada calle de la Estación. El pelotón de caballería se movilizó en el acto, para tomar posición en derredor del automóvil, y escoltarlo al galope en su presuroso viaje hacia el Castillo Azul, mientras los hombres de a pie mantenían cubierta la retaguardia hasta que el grupo hubo partido.

Las calles josefinas no solían ser muy concurridas por las noches, y lo estaban aún menos después de la dureza con la que las habían despejado las fuerzas del régimen. Pero al estacionarse el automóvil del Ministro de Guerra en plena Cuesta de Moras, al cabo de cuatro o cinco minutos, se encontró con una visión muy distinta: alrededor de la opulenta mansión ocupada por su hermano, se concentraba un enorme despliegue de efectivos armados, mientras que en el vecino Cuartel Bellavista se recortaba contra el oscuro cielo una corona de ametralladoras y centinelas.

El General echó pie a tierra con el ceño fruncido, en una de esas raras ocasiones en que la molestia alcanzaba a mellar sus facciones. A su alrededor se cuadraron sonoramente las tropas para saludarlo, pero él no dio muestras de hacerles mucho caso, enfilando en cambio hacia la curvada escalinata por la que subió a toda prisa, sin dedicarles una palabra siquiera.

Al abrirse bruscamente la puerta principal, empero, solo encontró encendida una lámpara eléctrica en el vestíbulo, y un sirviente de blanco atuendo que en silencio le indicó que prosiguiese hacia la oficina del piso alto. Subió las gradas de dos en dos, y al traspasar el umbral se encontró con una de esas estampas a las que ni los años ni la resignación habían conseguido hacerlo acostumbrarse.

Sentado en un sillón del despacho, iluminado a medias por una lámpara de escritorio, lo aguardaba el Excelentísimo Señor Presidente de la

República, su hermano Federico, quien al verlo levantó hacia él una vidriosa mirada de serpiente, subrayada por la ausencia de pestañas y por las profundas ojeras aradas por la tensión. La monda cabeza carente de peluquín parecía amplificar su semblante, pálido y visiblemente alterado. Aún estaba vestido con un delicado traje a pesar de lo avanzado de la hora, pero de todas maneras había en su aspecto un inocultable dejo de repugnancia que desconcertaba a Joaquín, a pesar de los muchos años que llevaba este último presenciando los recios embates que la enfermedad atestaba al portentoso orgullo de *Pelico*.

—¡Por fin apareciste! —le espetó este último, con ese irremediable tono imperioso que lo había caracterizado desde siempre, y que su evidente agitación no hacía más que acentuar—. ¡Si te hubieras venido apenas te mandé a llamar...!

—Para que me hayas hecho dejar botados a los hombres y pegarme un viaje tan largo de un momento a otro, más te vale que de verdad sea algo urgente—no quiso andarse Joaquín con muchos rodeos, interrumpiéndolo con similar altanería—. A ver, ¿qué fue lo que pasó?

—A estas alturas ya deberías saberlo—graznó Federico despectivamente, como dando más importancia a su propio malestar que a la irritada pregunta de su hermano menor—. Si no te quedó claro con mi telegrama, alguien tendría que haberte adelantado los detalles mientras venías de camino...

—Disturbios graves y las cosas saliéndose de control... fue eso lo que dijiste, ¿o no?—el impaciente Joaquín comenzó a pasearse de un lado al otro del despacho, antes de detenerse delante de una conspicua copa de vino—. Nadie más ha querido explicarme gran cosa, por supuesto... ¡pero tiene que haberse puesto bastante peor para que tengas a medio Ejército aquí y a la otra mitad esperando mi tren! Decime, *Pelico*... ¿de veras era tan difícil meter en cintura a un puño de carajillas bochincheras, o fue que a vos te faltaron huevos?

—¡Alto ahí, Joaquín...! —no debió caer muy bien al mayor de los Tinoco la hiriente alusión de su osado visitante, a juzgar por el bufido que emitió antes de levantarse atropelladamente de su sillón para interrumpirlo—. ¡No te voy a permitir que...!

—¡Claro que te faltaron, yo te conozco...!—siguió hablando el hermano menor sin inmutarse—. Porque si los hubieras tenido desde el principio, ¡no se hubieran envalentonado tanto como para incendiar *La Información* en tu

propia cara! ¿O no sé yo que a vos te canta la gallina, y que tiene que haber sido tu mujer “filósofa” la que te endulzó el oído para que te quedaras tan mansito, sin darles a ese aterro de chiquillas malcriadas el escarmiento que pedían a gritos?

—¡Vos sabés muy bien que no podíamos agarrar a tiros a esas mocosas así como así...!

—Pues debiste haberlo hecho. ¡En un momento así no podías darte el lujo de ser tan *pendejo*!

—¿*Pendejo*, decís?

—Sí, *Pelico*, oíste bien. ¡*Pendejo*, *pendejo* de cuerpo entero! ¿O es que te estás imaginando todavía que infundís algún temor, después de lo que acabás de permitir que sucediera? ¡Yo en la frontera, tratando de darle valor a las tropas para terminar de una vez por todas con ese remedo de revolución... y ahora resulta que vos no pudiste agenciártelas contra una turba de colegialas, y que para colmo, cuando por fin reaccionás, lo único que se te ocurre es volarle bala a la Legación Americana...!

—¡Claro, ahora eso también es mi culpa!—interrumpió Federico, palideciendo de furor y agitando desacompañadamente sus brazos—. ¡Dejate de cuentos! ¡Eras vos el que andaba llenándose la boca, diciendo que con la que le ibas a dar a Julio Acosta y a su circo ambulante, a nadie de San José le iban a quedar ni las ganas de armar ningún desorden! ¿Y qué has logrado? ¡Nada, absolutamente nada... puras bravuconadas y nada más! ¡Por algo se sintió esta chusma con ánimos de atreverse...!

—¡Pues conmigo en San José no se hubieran atrevido! —le espetó a su vez Joaquín, ceño fruncido y mirada llameante—. Sí, *Pelico*... ¡ni se hubieran asomado a la calle, porque aquí ya se sabe quién es el de los pantalones! Pero no... tenías que flaquear precisamente hoy, dejarte ablandar por esa culterana pretenciosa de María, que ni para darte hijos ha servido... ¡y ahora esa turba de chiquitas descontroladas nos hizo en dos días más daño que Julio Acosta en dos meses! ¿No te insistí yo, que nuestro mejor aliado era el miedo, y que entre más miedo, mejor? ¡Pues ahora, se acabó el miedo... te lo perdieron!

Durante un terrible segundo cesaron las palabras entre ambos hermanos, quedando solo las miradas despectivas flotando en un mar de lava. En ese momento, sin embargo, se abrió de un golpe la puerta y en ella se irguió la nerviosa figura de un recluta que torpemente se cuadraba ante ambos.

—¡Dejé orden de que nadie viniera a interrumpirnos! —tronó el Presidente, iracundo y avergonzado a la vez del aspecto que ofrecía sin su

peluquín y sus accesorios—. ¡Fuera de aquí...!

—Es... un telegrama urgente, señor Presidente... ¡del comandante de Limón! —balbuceó el joven, avanzando con cierta timidez hacia el mayor de los Tinoco. Había dado apenas dos pasos, sin embargo, cuando lo interceptó Joaquín para arrebatarse el papel y abrirlo precipitadamente.

—Crucero yanqui—anunció, su gesto de cólera trocado en uno de gravedad—. Llegando frente al puerto. Parece que hay otro camino a Puntarenas. Pide instrucciones.

—Justo lo que faltaba. ¡Wilson nos va a invadir!

2

La pelea equivocada

El Presidente se dejó caer en el sillón, habiendo pasado del furor a la desolación en tan solo un segundo. Frente a él, con el papel todavía entre los dedos, Joaquín lo contemplaba con una calma en la que dormía aún cierto dejo de menosprecio.

—¿Qué? ¿Esperabas otra cosa, después de agarrar a tiros la Legación? —la voz impasible del hermano menor dividió el espeso aire de la oficina—. ¡Un titubeo, dejar que algo se salga del libreto... y mirá lo que pasa! ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué crees? —el volátil Federico osciló de nuevo hacia la exaltación febril—: ¡Recibirlos con plomo! ¡Matarlos a todos, acribillar hasta el último de esos hijos de puta apenas pongan un pie en suelo costarricense...! ¡Pelear, como un gobernante digno, y morir envuelto en la bandera si hacer falta...!

Sus gesticulaciones iban en *crescendo*, pero no daban muestras de impresionar mucho al General, quien a medida que iba oyéndolo meneaba más y más la cabeza, con una mueca casi insolente.

—¡Por todos los diablos, *Pelico*! —lo cortó de súbito, abriendo de golpe los brazos en una insólita muestra de impaciencia—. Vos, tan viejo y con tantos años de andar metido en política, ¿y todavía no has aprendido nada? ¡A estas alturas ya debieras saber por lo menos con quién vale la pena echarse un pleito! Pero no... ¡sos tan necio, que tenés que elegir siempre la pelea equivocada!

“¿O no te das cuenta de que lo estás haciendo todo al revés? Te arrugaste como un frijol frente a ese montón de viejas y de carajillos, a los que perfectamente hubieras podido aplastar con un poquito más de plomo... ¡y en cambio ahora querés ponerte de matón con la Armada gringa, como si no les bastara con la tripulación de dos barcos para acabar con todo nuestro ejército! Por favor, *Pelico*... ¿podés siquiera detenerte un minuto para usar el cerebro?”

Una avalancha de rabia se agolpó por un instante en los labios del Presidente, empurpurándole el rostro, pero se disipó luego en una prolongada exhalación.

—¿Y entonces qué proponés vos, sabelotodo? —el surco calloso de la

amargura se percibía aún en su acento—. ¿Arrodillarnos ante Wilson y pedirle piedad?

—No va a ser fácil zafarnos de esta—tardó Joaquín en responder—, y menos teniendo dos brasas encendidas en las manos. Pero se me ocurre una posibilidad... tal vez por medio de Amaral, tu concuño... Tenés que convencerlo de que se vaya cuanto antes para Limón, pero eso sí, en su carácter oficial como embajador de Brasil... ¡y ojalá vaya con él algún otro embajador o cónsul de Suramérica, a ver si es posible aplacar a los *machos*...! Y tal vez debieras hablarle también a míster Chittenden, el gerente de la Bananera, que bastantes favores nos debe...

—¿Y después qué? —otra vez esa mirada de vidrio, fría e imperiosa, que en las facciones de Federico disfrazaba a medias su frustrada irritación—. Supongamos que se hace el milagro y no nos atacan... ¿De qué nos va a servir? Si la gente se nos sigue tirando a las calles como hoy...

—De los de adentro me encargo yo —el General se encaminó a grandes pasos hacia la puerta—. Y oíme bien: voy a hacerlo de tal manera, que los que se hoy se atrevieron a desafiarnos tengan de qué arrepentirse por el resto de sus vidas. ¡De por sí no van a salir periódicos en San José por unos cuantos días, así que no habrá quién informe sobre el número de muertos!

Y acto seguido, sin detenerse ni esperar respuesta de Federico, marchó gradas abajo y acribilló al primer oficial que le salió al paso con una ráfaga de órdenes:

—Capitán... lléveleme usted mismo este mensaje al comandante Esquivel, y también al coronel Villegas... ¡Esta es mi consigna y la del Presidente: que la policía recorra las calles y los barrios, casa por casa si es preciso, para arrestar inmediatamente a todas las personas de las que se sepa o se sospeche que participaron en los desórdenes de ayer y de hoy! ¡No importa si son colegiales, o sacerdotes, o lo que sean, los quiero encadenados y encerrados en la Penitenciaría Central o en el Bellavista! ¡Que los pongan en el cepo, y a los más revoltosos, que los lleven a las plazas y les den palo ahí, donde todo el mundo los vea! ¡Informen a los médicos que tienen la obligación de denunciar a los heridos de bala que hayan atendido! Y a partir de este mismo momento, a todo el que escuchen lanzando “vivas” a Julio Acosta o a la revolución, ¡que le disparen! ¡Es hora de recordarles quién manda en este país!

Hizo una brusca pausa la erupción verbal de Joaquín; mas cuando ya el subordinado se precipitaba a obedecer, volvió a surgir la voz en tono mucho

más calmoso.

—Y una cosa más, capitán... eso sí, muy confidencial —otra vez aquella temible amabilidad que le hacía relumbrar los ojos oscuros—. Usted mismo se va a encargar de averiguarme exactamente cuáles alumnas del Colegio de Señoritas instigaron los desórdenes, y especialmente si tuvo algo que ver en ellos Ariana Cortés, la sobrina de Elías Cantillano. Hace meses le ordené a Villegas darle seguimiento especial a esa muchacha, ¡así que él o sus esbirros tienen que saber bien en qué pasos ha andado estos días! Me va a traer ese reporte directamente a mí, mañana a primera hora... ¡y de una vez me investiga también si ya cogieron a Ernesto Herrera Miranda, el hijo del dueño de la *Talabartería de los Condes*! ¡Lo quiero vivo y en mi presencia, ojalá antes del lunes! ¡Llegó el momento de ajustar cuentas!

Prisionera y aturdida

Sólo la vigorosa mezcla entre adrenalina y determinación había podido mantener a Ariana en pie a lo largo de las épicas jornadas del 12 y 13 de junio, a pesar de sus múltiples lesiones y al hecho de no haber probado bocado en casi dos días. Pero aquel glorioso coctel vino a disiparse abruptamente en el propio portoncito de la mansión Cantillano, al enterarse ella del trágico final de Secundina. Un segundo más tarde se derrumbaba en brazos de Ernesto, presa de un convulso desmayo. Sostúvola él en peso con el auxilio de la no menos alarmada María Consuelo, y entre los dos la condujeron hasta su lecho; pero apenas terminaban de colocarla sobre él, cuando el portón metálico chirrió otra vez para advertirlos de un nuevo desafío.

—¡Uy, Dios mío... alguien viene...! —la atribulada prima palideció de espanto, y con las desordenadas gesticulaciones de sus manos empezó a empujar al muchacho la ventana—. ¡Seguro mi tía, o Rafael, que de fijo anda borracho...! ¡Rápido, Ernesto... si te ven aquí metido, nos matan a los tres!

La explicación acerca del peligro resultaba ociosa. No había terminado María Consuelo de plantearla, cuando ya el joven uniformado deslizaba el postigo y se disponía a saltar a la acera, no sin antes dar un fugaz beso en la frente a la desvanecida y temblorosa Ariana.

—¡Le decís a Ari que por mí no se preocupe! —su despedida quedó flotando en el aire al desaparecer él entre la penumbra.

Apenas fue esta, sin embargo, la primera estación del largo calvario que aguardaba a la jovencita. El escándalo ocasionado por el arribo de Rafael —pues era él, en efecto—duró por fortuna muy poco, y cesó en cuanto el ebrio primogénito se enjauló a sí mismo en su caótico dormitorio, donde causó algún desorden adicional antes de que cesasen los ruidos. Pero casi a la medianoche, estando todavía María Consuelo velando entre sollozos la violenta fiebre de su prima, regresó también la tía Dolores, cuya desesperación se trocó en sulfúrica cólera al instante mismo de verla allí en su cama. De nada le valió a la lastimada adolescente su lamentable estado físico para obtener siquiera una clemente postergación de la tempestad. Del pelo la hizo sentarse la vieja, antes de propinarle una recia bofetada que le rompió el

labio inferior, mientras le iba tirando encima la madre de todas las diatribas: estúpida, cobarde, pérfida, traicionera, arpía, rebelde, bruja... Acaso la habría entregado esa misma noche a las autoridades, o despachado directo a Puntarenas en el siguiente tren sin tomarle siquiera el parecer a don Elías, o quizá mandado a dormir en la calle con todo y su calentura, de no haberse hallado allí María Consuelo para contener su desbocado furor.

—¡Está bien, aquí te vas a quedar por mientras... pero ahora vas a saber lo que es bueno! —la iracunda tía agitó su dedo retorcido frente a la aterrada muchacha—. Hasta ahora nunca has querido entender que aquí no sos más que una arrimada, una simple invitada que viviría en una pocilga si no fuera por los Cantillano... ¡pero se acabó! Ya es hora de quitarte esas ínfulas de princesa que tenés, y empezar a pagar los favores que te han hecho... y como por tu culpa, sólo por tu culpa, tuvimos que perder a la pobre Secundina, ¡ahora vas a ser vos la que ocupe su lugar en el servicio de esta casa!

—Pero tía... ¡mi papá jamás va a aceptar eso! —se atrevió a objetar tímidamente María Consuelo, y casi de inmediato se arrepintió de haberlo hecho.

—¡Pues que me lo diga él en persona cuando regrese de Juan Viñas, porque mientras tanto a la que dejaron a cargo es a mí! —la amenazante mano alzada de la vieja se proyectó sobre su sobrina, aunque nunca descargó la bofetada—. ¡Mocosas malcriadas, cuando Elías sepa todo esto, más bien me va a dar la razón... son una desgracia, ustedes dos!

Pasó Ariana toda aquella madrugada agitándose entre las sábanas, con las imágenes terribles de “*La Información*” en llamas, el infernal tiroteo y la desaparición de Secundina entre el gentío formando un delirante remolino en su mente con las no menos ardientes caricias de Ernesto... Al amanecer sufrió un nuevo desmayo que alarmó muchísimo a su prima, y como resultado debió pasar el resto del día encadenada a su lecho, sin lo cual habría intentado averiguar si había algún plan para enviar el acribillado cuerpo de Secundina a su familia en San Pablo de Heredia; aunque lo cierto es que se lo habría impedido de todas maneras la terminante pena de enclaustramiento que le impuso la feroz tía.

La incómoda parienta, sin embargo, dispuso más tarde asistir a misa en compañía de Rafael y de algunos sirvientes, dejando en casa únicamente a María Consuelo como carcelera de Ariana. ¡Oportuna y salvadora disposición la suya! Conversaban ambas en el cuarto de la enferma, cuando se oyeron en la calle voces masculinas muy próximas, y luego varios golpes secos que daban

en la puerta de la calle. Las dos jóvenes quedaron heladas bajo una simultánea y funesta sospecha. A la mansión de los Cantillano había llegado ya el rumor de que los agentes tinoquistas andaban desde la víspera recorriendo la capital casa por casa, practicando investigaciones, arrestos y registros sin contemplaciones de ninguna clase.

—¡Metete en la cama! —se puso en pie de un salto María Consuelo, antes de echar a correr hacia el pórtico principal—. ¡Y hacete la dormida!

Al punto Ariana se hizo un puño entre las sábanas y se tapó la cara con ambas manos. En aquellos crispantes momentos no deseaba otra cosa que ver aparecer en su puerta a la Muerte misma. Al cabo de unos minutos, empero, volvió al dormitorio su prima, agitadísima y con el rostro pálido.

—¡Ay, Ari...! ¿En qué te metiste? —gimoteó, sentándose con fecundas lágrimas a un lado de la enferma—. ¡Gracias a Dios que era yo la que estaba aquí! ¡Si hubiera estado tía o Rafael, te acusan!

—¿Quiénes eran? —a la jovencita se le revolvió el estómago del pavor.

—¡Un par de detectives del Gobierno! Unos tales Luna y Berrocal, según dijeron... y preguntaban por vos... ¡seguro averiguando si tuviste algo que ver en los alborotos de estos días...!

—¿Y qué les dijiste?

—Lo único que se me ocurrió fue meterles la yuca de que tenías tres días de estar en cama con una fiebre muy alta y que no habías salido ni del cuarto... ¡y para que no les dieran ganas de venir a verte, también dije que era algo muy contagioso...! En serio, sólo porque Dios es muy grande se la tragaron... ¡pero si vienen otra vez y por desgracia está tía Dolores en la casa, a vos te lleva el diablo!

Después de aquella inoportuna visita se sucedieron muchos días de temor y amargura. Ariana pudo soportar con ejemplar estoicismo la ardua recuperación, el aluvión de denuestos que de tanto en tanto arrojaba sobre ella la implacable tía, o la afrentosa obligación que esta le impuso de llevar atuendo de criada y realizar toda suerte de trabajos domésticos dentro y fuera de casa. Pero en lo profundo de sus entrañas la iba devorando con tortuosa lentitud un temor enfermizo y más intenso que cualquiera de estos castigos: ver aparecer otra vez frente a la mansión, en cualquier momento, a los detectives de la tiranía. O a la policía. O a la infame Guardia Rural. O quizás, incluso, al General en persona.

O peor aún, el carruaje de don Elías.

Se preguntaba cómo iba a reaccionar el hacendado al saber el papel

que había tenido ella en los graves sucesos de aquella sangrienta semana. Amigo y acérrimo partidario de los Tinoco, no era difícil adivinar cuán magna sería su indignación, y era un hecho que la pérfida tía Dolores la atizaría con todas sus fuerzas. Seguramente la culparía también de la tragedia de Secundina. Y sin duda la tendría por indigna de su techo. No habría clemencia que suplicar; recibiría una paliza segura y sería luego enviada definitivamente a Puntarenas. O acaso concordaría con lo decidido por la rezongadora guardiana, y la mantendría allí, reducida al rango de mera servidumbre...

Al cabo de dos semanas, el desaliento y el pesar abrumaban a la jovencita. Con el curso lectivo paralizado por orden directa de los Tinoco (y por la rumorada renuncia en masa del personal docente luego de los disturbios), sólo lograba salir de casa cuando a la tía Dolores o a Rafael se les ocurría enviarla al Mercado Central o a algún otro comercio de los alrededores. Conjeturaba, claro está, que lo hacían tan solo por humillarla públicamente, exhibiéndola en plan de sirvienta ante la “*flamante aristocracia josefina*”^[68] que describiese con ironía el profesor Gagini; pero al menos aquellas esporádicas salidas le brindaban alguna especie de respiro, sustrayéndola de la enrarecida atmósfera de la mansión. Y también le ofrecían una oportunidad de husmear—aunque fuese a medias—el volcán de susurrantes especulaciones en que se había tornado la capital en ausencia de periódicos, a la caza de alguna pista sobre lo único que realmente la angustiaba ahora: el paradero de Ernesto.

Volvió del mercado una tarde de tantas, cargando fatigosamente una canasta de víveres y rumiando con amargo dolor la ausencia de noticias sobre su clandestino esposo, cuando escuchó a sus espaldas la sirena de un automóvil inconfundible, y luego el sordo rumor de sus llantas acercándose lentamente sobre el empedrado callejero. Respiró profundamente, bajó la mirada e hizo un alto, pero no volteó. No necesitaba hacerlo para adivinar de quién se trataba.

El vehículo pasó a su lado con inquietante lentitud. Nunca alzó Ariana sus azules ojos hacia él, pero de todas maneras sintió cómo recorría su cuerpo el filo de una mirada viril, intensa y prolongada, que flotaba sobre ella desde el asiento de atrás y le coloreó profusamente el rostro.

Esa misma noche le pareció oír dos o tres golpecitos en su ventana. “¿Será él?”, la automática interrogante la empujó a enderezarse de un salto y deslizar precipitadamente la pesada cortina. Pero la calle estaba desierta. Se encogió de hombros y se dispuso a cobijarse de nuevo; mas advirtió entonces

un pequeño aunque indiscreto envoltorio, filtrado a través del marco de la ventana. Un destello de esperanza le iluminó por un instante el rostro, pero se disipó enseguida, cuando la textura del papel que recorrían las yemas de sus dedos pareció revelarle su verdadera procedencia.

Sus dedos temblorosos abrieron maquinalmente las hojas dobladas, que sus ojos devoraron en el acto. Estaba redactada, tal como temía, en francés; y aunque el lenguaje parecía ser más apremiante y directo de lo que era habitual, Ariana creyó más bien descubrir en cada línea el eco aterrador de sus propias pesadillas.

“Adorada Arianne:

Me faltan las palabras para expresar la angustia y el pesar que me ahoga por no haber podido gozar de tu presencia con la asiduidad de antes. Si de mí hubiese dependido, un simple gesto de tu parte habría tenido ya mi nave anclada de por vida junto al puerto de tu angelical belleza. Pero en las últimas semanas —y lo sé muy bien— los vientos nos han sido adversos a los dos.

Probablemente ignores, como casi todo el mundo, los heroicos esfuerzos que Pelico y yo hemos tenido que desplegar para impedir que se concretase la peor de las afrentas que pudiera sufrir nuestra Patria, la de ver su pródigo suelo hollado por la bota extranjera. Dos barcos de la flota de Wilson estuvieron por varios días frente a nuestras costas, pero ahora se han retirado, para desilusión de los traidores domésticos que anhelaban la invasión y se esforzaban en atizar desde el interior las llamas del odio. No te será difícil imaginar cuánto nos ha absorbido esta magna tarea, aunque por la falta de periódicos no haya trascendido al público la tortuosa amenaza que pendía sobre todos.

Es casi imposible, pues, que hayas tenido cómo enterarte de las angustias que he vivido yo, y de cuánto las ha agravado el hecho de no poder visitarte para obtener de ti el consuelo y la vitalidad que irradas, ni alimentarme de ese espíritu superior que ha sido puesto en ti por los Grandes Maestros. Pero en contraste, y a pesar de mis multiplicadas ocupaciones, yo no he cejado ni un instante en mi empeño de estar siempre al corriente de tu bienestar. De modo que me encuentro bien enterado, como podrás adivinar, de tu reciente enfermedad, así como de otras desventuras adicionales que sin duda han de haber causado gran penuria y dolor a tu delicado corazón.

Comprendo bien la dolida indignación de los Cantillano ante el

trágico destino de su joven sirvienta, más lamentable aún por cuanto vino a ser inocente víctima de su propia imprudencia y de la irresponsable perfidia de nuestros adversarios. Y por supuesto, puedo entender también la angustia y la rabia que debe significarles la mera suposición de que vos misma estuvieras implicada también en los bochornosos desórdenes del 12 y 13 de junio pasados, como tantas otras señoritas que deshonraron su condición de tales bajo la instigación de sus mal llamados “educadores”. Es muy posible que, preocupados quizá por el hecho de que eso afecte la añeja amistad entre nuestras familias, te hayan juzgado con excesiva prisa y te hayan condenado injustamente a llevar atuendos y realizar labores indignas de tu noble condición.

¡Ah, cuán distintas serían tus circunstancias si tan sólo tuviese yo la libertad de aclarar ante los tuyos la verdadera naturaleza de los sentimientos que llamean entre nosotros, y dejar así asentada mi absoluta convicción de tu lealtad! ¡Y cuán difícil es romper esta cadena de escrúpulos y temores a la incomprensión y a la maledicencia, para permitir que la pasión extienda sus alas sin tapujos!

Mas sin embargo, a través de tantas nubes tempestuosas, vislumbro un resplandor no muy lejano de esperanzas. Quizá la dicha parece negársenos hoy, pero aún nuestro Destino sigue siendo uno solo, como nos ha sido revelado desde tiempo atrás. Y al ir decidida y voluntariamente en pos de él, iremos con la venia del Universo mismo y seremos entonces invencibles. ¿Comprendes, Arianne? Bástame a mí una orden enérgica, y estas serpientes que han pugnado por separarnos y que aún hoy, prisioneras en mis manos, nos siguen amenazando con su veneno, perecerán pisoteadas sin contemplaciones. Y bástate a ti una sola palabra, un gesto nada más, para elevarte a la dignidad que mereces, y convertirme a mí en el hombre más dichoso, magnánimo y dócil de cuantos puedan poblar el mundo. Es mi supremo anhelo oír esa palabra o ver ese gesto, para desprenderme de cualquier titubeo, y sacrificar cualquier poder, prestigio o fortuna en el altar de nuestra felicidad. Tu recuerdo, preciosa Arianne, es suficiente para alentarme a salir vencedor, y frente a esta determinación no habrá lengua, ni brazo, ni arma que pueda intimidarme.

*Hoy y siempre rendido a tus pies,
Joaquín”.*

Tan grande fue la impresión que le ocasionó esta epístola, que el sueño huyó de sus párpados. La leyó y la releyó con maquinal frenesí, sin acabar de

explicarse qué intentaba transmitirle el General en realidad. La escalofriaba saber que, aún en medio del caos en que se había tornado la capital por esos días, vigilaba hasta el menor de sus movimientos, acaso con el sobrenatural auxilio de Ofelia Corrales y su adivinación; mas por esa precisa razón le resultaba aún más desconcertante la vehemencia con la que él se proclamaba convencido de su lealtad. ¿No había sido abierto y público su desafío al régimen? ¿No lo había manifestado sin el menor recato en las propias calles de San José? Y él lo sabía, ¡tenía que saberlo! *“Esto tiene que ser una farsa, es imposible que no sospeche siquiera... porque aún si no tuviera esbirros vigilándome día y noche como dice, ¡ya le habría llegado la historia por cualquier otro medio!”*

El recuerdo de las muchas otras cartas clandestinas que había recibido de Joaquín se agolpó en su mente. En todas ellas había una superficie cordial, seductora y sutil... pero bajo esta dormía siempre un ominoso dilema: plena sumisión a sus deseos, o represalias inimaginables. Y sin embargo ella había optado en cada ocasión por resistir, con tranquila dignidad en un principio, y más tarde con franca e imprudente osadía. La estremeció suponer que estuviese terminando ya con la paciencia del caprichoso Ministro de Guerra, que este decidiese al fin olvidar sus inusuales escrúpulos y poseerla por la fuerza... y pensando en esto reparó de pronto en una frase que antes no había saltado del papel: *“serpientes... prisioneras en mis manos”*... Una horrible sensación le acometió el estómago y le arrebató el resuello, antes de asaltar su espíritu con un presentimiento atroz: *“¡Ernesto...!”*

4

La mazmorra

Aún estaba oscuro, pero Ernesto no podía dormir. Arrinconado en una estrecha celda de metro y medio que compartía con ratas y cucarachas, devorado por el frío, el hambre, el ácido dolor de incontables golpes y la atmósfera pestilente, cada minuto que pasaba iba incrementando su frustración y su agotamiento. Le habían anunciado ya el desayuno que lo aguardaría al amanecer: cincuenta azotes en el patio, y luego unas horas de cepo bajo el tórrido sol de julio. De tanto en tanto, según la gracia especial del sargento de turno, se le brindaría sin duda algún privilegio adicional: un cubetazo de agua helada en plena madrugada, o una segunda paliza a la hora menos pensada.

Un brusco chirrido metálico lo sacó del letargo; y al levantar la cabeza, logró distinguir la lámpara que sostenía en alto el verdugo que abría la celda, justo antes de recibir un latigazo sobre su espalda desnuda y maltratada. El ardor irradió hasta el último rincón de su cuerpo, arrancándole un gemido; mas entonces sintió que lo levantaban de los brazos con grosera brusquedad.

—¡Muévase, mulo! —el apestoso aliento a tabaco y guaro del carcelero se le metió en la nariz a exigua distancia—. ¡No va a hacer esperar al General!

De un tirón lo arrastraron hasta el pasadizo, donde otros dos guardias sin rostro lo recibieron con idéntico mal modo. Sintió entre las costillas el lacerante impacto de una gruesa cachiporra, y luego lo condujeron a empujones por delante de una maloliente hilera de enmudecidos calabozos, en cuyo abovedado cielorraso se golpeó varias veces la cabeza debido a su estatura. Tras ser arrastrado por una apretujada escalinata y atravesar un frío y húmedo patio lleno de pestilentes charcos, el muchacho finalmente se vio en una especie de oficina hermética, de cuyos desnudos muros de ladrillo colgaban dos antorchas que proyectaban en todas direcciones largas y danzantes sombras. Y allí, detrás de una enorme y tosca mesa de madera con argollas metálicas en cada extremo—a la que se conocía como la “*zorra*”—, se erguía ante él la silueta uniformada y encapuchada del omnipotente Ministro de Guerra.

—Ernesto Herrera Miranda... supongo que usted no me consideraría sincero si le dijera que me alegra verlo —tal fue la bienvenida que le propinó el militar, escudado por el denso humo de su puro—. Sírvase usted tomar

asiento.

El prisionero frunció aún más el ceño y crujió sus dientes.

—¡Ah, claro... qué imbécil, yo ofreciéndole asiento, cuando aquí lo único que hay es esta mesa! —en cada palabra de Joaquín parecía tejerse una fina ironía que no llegaba a cuajar—. Pero déjeme, mis hombres resolverán eso en un momento nada más...

Apenas acababa de proferir la última palabra, cuando una mano endurecida aferró a Ernesto de los cabellos y estrelló sonoramente su cara contra la mesa. Cuando recobró el sentido, tres hombres forcejeaban por atarlo de manos y pies a los cuatro extremos de la “zorra”. Una oleada de rabia le quemó los nervios, pero se apagó rápidamente entre las mil correntadas que padecía su cerebro, conmocionado todavía a causa del golpe. Resistirse era fútil, y acaso no haría más que agravar el suplicio.

Mientras terminaban de amarrarle las muñecas y los tobillos para dejarlo boca abajo, el zumbido que estrangulaba sus oídos fue amainando poco a poco, permitiéndole discernir a medias las palabras que con álgido encono dirigía al General uno de los esbirros:

—... bien necio, el carajito este... ¡Como que le gusta estar pegado al cepo, porque no le ha dado la gana de cantar... ni un puto nombre nos ha dado!

—Me lo suponía —el tono casi zalamero con que respondió el Ministro de Guerra hacía temblar de cólera a Ernesto—. Orgulloso y terco, igual que el papá. Pero basta, déjenme a solas con él, y nadie entra hasta que yo lo ordene. ¡A ver cuánto le duran las ínfulas a este aprendiz de revoltoso!

El chillar de los goznes escalofrió al muchacho al cerrarse bruscamente la gruesa puerta. Frente a sus ojos comenzaron a desfilar, con pomposa lentitud, el cinturón y el sable plateado del militar.

—Lamento mucho que hayamos tenido que llegar a este extremo —dijo al fin el General, desparramando el pesado humo de su puro por toda la celda—. Pero esto va a ser rápido si los dos nos hablamos con sinceridad. Me informan que, desde que lo trajeron acá, no ha recibido una sola visita ni le han mandado nada. ¿Es que no tiene usted familia? ¿Ni un amigo... o una novia siquiera?

El cautivo guardó un colérico silencio.

—Para mí está bastante claro... afuera no hay nadie que quiera ayudarlo, ni que se interese por usted. No tiene apoyo, no puede contar con nadie. Lo dejaron completamente solo.

—En ese caso —masculló entre dientes Ernesto— lo único que nos

diferencia son estos mecates.

El paseo de Joaquín por la celda se detuvo en seco.

—No pienso malgastar mi tiempo, así que voy a serle muy franco. Yo no lo mandé a traer para negociar, ni mucho menos para pedirle nada. Si yo tuviera algún interés de verdad en usted o en su señor padre, no hubiera dejado una sola piedra sin levantar en toda Costa Rica hasta haberlos agarrado, vivos o muertos. Pero ni a eso llega usted; está aquí simplemente porque afuera me estorba y adentro me es útil. Y por supuesto, para todo esto hay una razón, que usted debe sospechar ya.

—¿Es que acaso usted y su hermano necesitan alguna razón?

—Pues la tengo. Y para desgracia suya, amigo, no tiene nada que ver con la política. Mi tema con usted es otro muy distinto: la distinguida señorita Ariana Cortés... su amiguita de la infancia.

La sudorosa cabeza de Ernesto se alzó al instante, como la de una cobra a punto de morder.

—¡Maldito hijo de puta, con mi mujer no se meta...!

—¿Su mujer? —un fogonazo de ira y desconcierto perturbó fugazmente el rostro, normalmente impertérrito, de Joaquín Tinoco; pero casi de inmediato se fue trocando su mueca hacia una sonrisa sardónica—. ¿Usted de veras cree que yo soy tonto? ¡Ahora resulta que la niña hermosa, la virginal sobrina de don Elías Cantillano, es en realidad la mujer de un Don Nadie...! ¿Qué se está imaginando usted, bocón? ¿Cree que voy a tragarme ese cuento y a irme mansamente para la casa con el rabo entre las piernas, vencido por un mocoso cualquiera...? Pues entiéndalo desde ahora: aun si fuera verdad, ¡eso no hace ninguna diferencia!

El prisionero volvió a levantar una mirada que palpitaba de furia; pero esta vez la enguantada mano del General lo aferró de los cabellos y le dobló hacia atrás el cuello, como queriendo arrancarle de cuajo la cabeza.

—Para ser “su mujer” —articuló con rencoroso acento, mordiendo las consonantes— debo decir que la señorita Cortés no pareciera muy urgida por averiguar sobre usted, ni mucho menos para rogar por su libertad. Y usted bien sabe que ella podría perfectamente hacerlo, ¿verdad? Somos muy cercanos, usted no lo ignora... es mi protegida...

—¡Del único que hay que protegerla es de usted mismo...! —la rabiosa exclamación de Ernesto se interrumpió al arreciar el firme tirón de Joaquín. Las sogas y la mesa crujieron a una, y de los labios del prisionero se desgarró un animalesco gemido.

—Terminemos de una vez, amiguito —retomó el Ministro de Guerra, afectando su acostumbrada amabilidad, aunque en la telaraña de sus palabras se traslucía aún cierto dejo de amargura—: Usted aquí no es más que una carnada. Si fuera verdad que Ariana Cortés es “su mujer”, o que por lo menos tiene algún interés en su miserable vida, tarde o temprano tendrá que acudir a mí para lograr clemencia. Y esa clemencia tiene un precio, por supuesto... ella sabe muy bien cuál es.

“Pero si es mentira, peor para usted, porque en ese caso seguirá pudriéndose aquí por todo el tiempo que yo lo necesite. No tiene más salidas. ¿Comprende usted? ¡Nada, ninguna escapatoria!”

La presión que ejercía la mano de Joaquín sobre la cabeza de Ernesto pareció aflojar por un momento, pero se incrementó súbitamente mientras el militar bajaba casi hasta un susurro burlón el tono de su voz, y acercaba su rostro al del prisionero, barriéndolo con el picante aroma del tabaco.

—Debe estar preguntándose por qué hasta ahora decidí echarle el guante, ¿verdad? Después de todo, han pasado meses desde que usted se atrevió a manipular a esa pobre muchacha para que me hiciera un desaire, ¿lo recuerda...? Ahí mismo, en casa de los Cantillano... yo estaba de incógnito en el baile, pero ella me reconoció y sé que usted también... Y esa insolencia suya tuvo consecuencias, por supuesto... ¡pero usted es un necio y no aprende la lección!

“¿Y sabe qué? Hasta ahora le había tenido paciencia por consideración a Ariana; ¡pero ahora todo eso se acabó! No pienso darle otra oportunidad de ser un estorbo. ¡Ni usted ni nadie va a detener lo que el Destino decretó para mí! ¡Ya es hora de que yo disfrute de lo que siempre ha sido mío!

“Lo que quiero que le entre bien en la cabeza es una sola cosa: Ariana Cortés es la que va a decidir lo que pase con usted. Una vez que ella haya cumplido con mis condiciones, usted puede largarse a donde le dé la gana. Pero mientras esté en duda que ella acepte mi propuesta, ¡la puerta de su calabozo va a estar tan cerrada como la del mismo Infierno!”

La mano del General soltó impetuosamente el cabello de Ernesto, cuya barbilla se estrelló un segundo más tarde contra el borde de la mesa. La descarga de ardor nuclear le derritió las arterias, y el enrojecido zumbar de la cólera homicida volvió a envolver sus oídos. Pero Joaquín, sin mirarlo siquiera, se encaminó lentamente hacia la puerta cerrada de la mazmorra. Oyó voces roncadas afuera, y casi de inmediato la orden del tirano:

—Llévense a este *pendejo* de regreso a su jaula.

El reaparecido

Desde que recibiese la última carta de su nefando pretendiente, Ariana vivía en una constante agitación que inútilmente pugnaba por reprimir. Bajo la terrible férula de la tía Dolores, la intrínseca monotonía de los quehaceres domésticos se transformaba en un verdadero suplicio al empavonarse con la mordiente pérdida de Secundina y la punzante incertidumbre sobre Ernesto. ¿Estaría de veras encarcelado, como parecía insinuarlo el texto de la enigmática epístola?

La sola idea la espantaba, robándole de día el apetito y de noche el sueño; y volvía a encender en ella la debilitante espiral de culpas que aflorase por primera vez al producirse el arresto de don Fernando. Habiendo visto por sí misma las huellas de tortura en el cuerpo del afable talabartero, y enterada también de los escalofriantes rumores que corrían por la capital acerca de lo que ocurría por las noches en los más profundos calabozos del régimen, no podía permitirse el lujo del optimismo. ¿Se ensañaría contra su amado el caprichoso y despechado General? ¿Le arrancaría, por ventura, la confesión de su secreto vínculo matrimonial? Una revelación de tal envergadura tenía que acarrearles tan horrendas consecuencias, que la desesperada jovencita no se atrevía siquiera a calcularlas.

A medida que iban transcurriendo esos días de angustiosa borrasca, empero, rebullía con más y más insistencia esa extraña ansiedad que solía apoderarse de ella, y que invariablemente terminaba por convertirse en una portentosa y casi temeraria determinación. ¡Al diablo con los temores! ¡Tenía que investigar si su esposo se hallaba en peligro, y si estaba en sus manos la posibilidad de librarlo, aun si para ello tuviese que arriesgar su propia vida!

“*Lo primero es averiguar dónde está*”, se repetía mientras zigzagueaba frente al fogón, o cuando entre un mueble y otro intentaba vanamente husmear alguna pista en las páginas de “*El Noticiero*”, un nuevo periódico que desde su primera portada venía a reclamar la infame herencia gobiernista de “*La Información*”, y del cual era asidua lectora la tía Dolores. “*Pero aquí encerrada no puedo enterarme de nada... ¡necesito ayuda!*”... ¿Y a quién pedírsela? ¿En quién podía confiar? María Consuelo quizás habría querido serle útil, pero estaba tan atemorizada como ella misma; y de la

maestra María Isabel no había vuelto a saber desde el 13 de junio. No tenía manera alguna de comunicarse con Rubén Carrillo o con Agustín, el combativo ebanista, quien había huido de la capital. Ignoraba qué había sido de don Fernando o de doña Elena, y a la fiel Azucena solo la había visto una vez a la distancia, en una de sus infrecuentes salidas al mercado. Y Secundina... “¡Ay, mi pobre Cundi... ahora es cuando más te echo de menos!”...

De pronto, el resplandor de una idea venida de la divinidad misma: ¡el padre Tomás! Hombre de absoluta confianza para ella y Ernesto... y por añadidura veterano él mismo de las mazmorras de los Tinoco. ¡Sí, él tenía que ser el indicado, era preciso hablarle enseguida!

—¿Y de cuándo acá te interesa tanto ir a misa? —el desconfiado gruñido de la santurróna tía Dolores, condimentado por una ceja arqueada y una mirada por encima de los lentes, azotó con rencor los oídos de la jovencita—. ¡Vos, que te pasás haciendo caras en la iglesia, que con costos te sabés el Padrenuestro, que siempre te desaparecés cuando hay que rezar el Rosario...! ¿No era que Dios estaba lo mismo aquí que en la Catedral, y que para oír tus oraciones le da igual si las hacés en tu cuarto o ante el altar mayor?

—Es que... ya llevo como seis semanas de no poner un pie en una iglesia... y necesito estar en paz con Dios —mucho se cuidaba Ariana de no mentir, esperando que su nerviosismo no la delatara—. Quiero ir a hacer un recito por Miguel... y también por Cundi... y necesito confesarme...

—Bueno, bueno... ¡la verdad es que ya era hora de que empezaras a sentar cabeza y a ponerte con Dios, que bastante falta te hace, a ver si aprendés de una vez a ser agradecida!—sosteniéndose el delantal en una mano y las gafas en la otra, no era la parienta muy capaz de guardarse un comentario—. ¡Pero será hasta la tarde, si es que no llueve, para que María Consuelo vaya con vos! Y cuidadito te me zafas otra vez, ¡porque ahí sí que vas a ver lo que es bueno...!

La exigencia de hacerse acompañar por su prima debió haber contrariado mucho a Ariana en un principio, pero a la larga acabaría por agradecerla. Resultaba, claro está, un infalible pretexto para librarse—al menos por unas horas—de los infames ropajes de sirvienta que la habían obligado a ponerse casi a diario; pero además podía convertirse en una impecable coartada si, como ella lo suponía, la traviesa María Consuelo iba a urdir sus propios planes frente a tan favorable coyuntura. No estaba equivocada: apenas habían andado dos cuadras ambas muchachas desde la

mansión, cuando los agudos ojos azules de Ariana descubrieron, entre las penumbras de un jardín esquinero, la sombra acechante de Rubén Carrillo que les salía furtivamente al encuentro.

—Un momento, Ari... ¿para dónde vas vos? —si Ariana se había figurado que podría desentenderse fácilmente de su prima y proseguir a su destino sin despertar la curiosidad ajena, la pregunta de aquel sagaz joven truncó al instante sus ilusiones. Por mucha pasión que hubiese en el beso que intercambiaba con María Consuelo, estaba lo bastante alerta para advertir al momento la peculiar dirección que parecía tomar—. ¿No te parece un poco tarde para salir sola de la ciudad?

—¡No, no...! —gimoteó ella, volviéndose por un vivo segundo antes de bajar su rostro—. Yo... ya estoy acostumbrada a ir sola a todas partes... y ahora solo quiero hablar con el padre Tomás...

—Mmm... Está bien —con el rostro medio escondido por un abanico, María Consuelo parecía pensar el nerviosismo entre sus labios apretados—. En realidad tampoco es que tenemos mucho tiempo, así que por mí, mejor... ¡Pero nos vemos aquí mismo antes de las siete y media!

Ya declinaba el sol, pero el calor del día se rehusaba a capitular y continuaba oprimiendo a Ariana a medida que avanzaba por la polvorienta cuesta del río Torres, cuyo solitario aspecto no dejaba de inquietarla. No tardó mucho en llegar a la iglesia de ladrillo de San Francisco, mas la encontró herméticamente cerrada. “*Seguramente la misa es hasta las 6... ¡Tal vez pueda hablar con él antes!*”, se dijo entre agitados resoplidos, mientras con sus mejillas todavía enrojecidas por el esfuerzo echaba a correr de nuevo, ahora hacia la casa cural, que no distaba más de cincuenta metros: “*una casita humilde, de bajareque y tejas de barro*”^[69], como la habría descrito con su pluma sencilla Carlos Luis Fallas.

Sudorosa y acongojada, llamó a la puerta una, dos, tres veces. Nada, salvo los insistentes ladridos de un perro. Otra llamada más. Nada tampoco; sólo el can, que seguía ladrando dentro de la casa. Desistía ya la viajera, con la frustración y la tristeza colgando de su cabeza, cuando el cerrojo emitió un áspero gruñido, seguido de una voz susurrante pronunciando su nombre. “*Jesús... ¡me deben haber seguido!*”, la irracional horda de temores que la había acechado durante todo el trayecto se arrojó de golpe sobre ella, dejándola como congelada sobre la empolvada callejuela; pero en medio de su estupefacción apenas sí pudo percatarse de que una mano, delgada aunque firme, la aferraba del hombro con imponencia, dándole un tosco tirón para

meterla en la casa.

—¡Rápido, por aquí! —no supo en qué momento traspuso el umbral, justo antes de oír el brusco cerrarse de la puerta y sentir luego cómo el perro olisqueaba su falda. Al levantar su vista, sin embargo, se vio de pronto frente a unas facciones femeninas que llevaba meses sin ver, pero que reconoció al cabo de un fulgurante segundo, a pesar de las visibles huellas de fatiga y pesar que le araban los ojos y las mejillas. ¡Doña Elena, la madre de Ernesto!

—Pero... ¿qué está haciendo usted aquí?

—¡Arianita, bendito sea el Señor...! —atinó a musitar, rodeándole el rostro con sus manos. Las dos respiraban agitadamente, sin dejar de mirarse—. ¡No lo puedo creer...! ¡Tiene que haber sido el mismo Dios el que te mandó para acá, no hay otra explicación...! ¿Viniste sola?

—Sí... eso creo...

—Nadie tiene que saber que estamos aquí. ¡Si alguien te siguió, aunque estemos en la pura casa cural, nos llevó el diablo!

El tono apremiante de la mujer y sus múltiples gesticulaciones afianzaron en Ariana la sospecha de que había acertado a llegar en medio de algún evento extraordinario.

—¿Dónde está el padre Tomás?

—En el solar... con Fernando.

—¿Don Fernando? ¡Dios mío... tengo que verlo! —dejando su exclamación a los pies de la mujer, la jovencita se precipitó hacia el solar sin poder contenerse más. Al emerger súbitamente a través de la abierta puerta trasera, divisó primero al sacerdote, cuya tensa mandíbula y ojos muy abiertos delataban el pavor que sufría a pesar de su empeño en parecer sereno. Y unos pocos pasos más atrás, oculto a medias por dos grandes pilas de leña seca que allí se almacenaban, distinguió también al afable y valeroso talabartero, el inconfundible Fernando Herrera... su suegro.

¡Cuánta euforia y cuánta desesperación se mezclaron en su garganta, al brotar de esta un jubiloso grito que inútilmente procuró sofocar! Al galope enfiló la muchacha hacia el sobresaltado caballero, temblando de emoción, antes de fundirse con él en un atropellado abrazo.

—Arianita, hija mía... ¡Dios te bendiga! —exhaló el cura un audible suspiro—. Cuando escuché ladrar a *Satanás*, lo primero que pensé fue que venía otra vez la Guardia Rural...

La trémula jovencita apenas podía respirar, y sus ojos cristalinos parecían a punto de romperse.

—¿Has vuelto a ver a Ernesto? —desde la puerta del solar lanzó la madre la angustiosa interrogante—. ¿Qué ha pasado con él?

—¡De eso mismo venía a hablar...!—gimió la muchacha antes de romper a llorar sobre el pecho del desconcertado don Fernando. Una intensa palidez brotó en la faz de doña Elena, en tanto que el sacerdote, no menos perplejo, se acercó a Ariana y le oprimió afectuosamente el hombro.

—¿Qué pasa con él, hija?

—No estoy segura... pero creo que lo tienen preso...

—¿Cómo, “creo”? —la interrumpió doña Elena, algo ofuscada ya—. ¿Vos no sabes dónde está?

—¡Les digo que no! —exclamó ella, sin poder apagar su voz—. ¡No sé dónde está, ni siquiera si está vivo! Y... ¡tengo miedo de que, si intento buscarlo, a él le pueda ir peor...!

—Pero... ¿cómo sabes que está encarcelado, y no escondiéndose en alguna otra parte?

—¡Porque recibí una carta del General! Y... bueno, no me lo dijo claramente, pero... me dio suficientes pistas para entender... ¡Por eso vine a buscarlo, padre! —dio un brusco giro para aferrar por los brazos al prelado, quien pareció turbarse—. ¡Usted es el único de nosotros que puede ir a averiguar algo sobre un preso sin despertar tantas sospechas...!

—Bueno, tampoco es que los sacerdotes estemos muy seguros que digamos con este Gobierno —murmuró el padre Tomás, cariacontecido—. Yo mismo estuve preso un par de semanas... y más bien Dios fue muy bueno conmigo, porque ustedes saben lo que pasó con el padre Gutiérrez, el párroco de Atenas, y también con el pobre padre Valenciano... Pero el Señor, que libró a San Pedro de las prisiones, también puede librarnos a nosotros...

—A mí me tuvieron en la Segunda Sección de Policía y después en la Penitenciaría —acotó don Fernando, rascándose la barba—. No sería nada raro que esté ahí, o en el Bellavista...

—¡Quién sabe! —replicó el clérigo, haciendo un involuntario gesto de pesar—. Han arrestado a tanta gente últimamente, que ya no deben tener ni dónde meterlos a todos... y eso, solo en San José y sin contar a los baleados, a los que mandan a San Lucas y a los que sueltan después de apalearlos...

—¡Por eso es tan importante que usted nos ayude! —las manos de Ariana se estremecían delante de la sotana del cura, sin llegar a tocarle—. ¡Es el que menos sospechas podría despertar! De verdad... ¿puedo contar con usted?

El cura se santiguó, pugnando por alejar de sí los temores. Había experimentado en carne propia los riesgos de atraer la atención del régimen; pero sabía también cuál era su deber.

—Mm... veré qué puedo hacer —suspiró, moviendo su cabeza en gesto condescendiente—. Por ahora, hija, yo diría que es mejor que vuelvas a tu casa lo antes posible. A como están las cosas, no es el momento de andar exponiéndose sin necesidad.

El consejo sacerdotal tuvo un efecto inesperado: detonar en Ariana la determinación de volverse hacia su suegro y dispararle a bocajarro la pregunta que desde hacía rato le quemaba la garganta.

—A propósito de “exponerse sin necesidad”... ¿para qué regresó a San José, don Fernando? ¡Precisamente ahora, cuando todo está peor...! ¡Y yo, tan tranquila, creyendo que usted estaba seguro en *La Centella*...! ¿Para qué se arriesgó a venirse a meter otra vez aquí, al puritico infierno?

—Vas a perdonarme, Arianita... ¡pero ya era demasiado! —el hombre bajó la mirada por un momento, para luego fijarla sobre ella con esa misma tenacidad que tan a menudo reconociese en Ernesto—. Necesitaba hacerlo... era demasiado tiempo sin ver a mi mujer y a mi hijo... y además, como pasaban los días y yo apenas salía de la finca, me pareció que el mandador y los peones ya estaban empezando a sospechar algo y podían denunciarme... Así que hace una semana decidí devolverme... ¡y aquí vine a dar, otra vez con el uniforme, el caballo y la orden firmada por el General...!

“*Firmada por el General... ¡firmada por el General!*”, la frase se repitió con hipnótica obsesión en la mente de Ariana, y en sus labios reverberó sin sonido. Sus manos comenzaron a temblar, entre la euforia y la agitación. “*¡Es cierto... todavía puedo hacer algo, todavía puedo salvar a Ernesto!*”... Al conjuro de aquellas palabras comenzó a resonar por los callejones de su cerebro una idea amorfa y casi disparatada; pero ella resolvió no mencionar nada hasta tanto no consiguiese ponerla en orden.

—Ahora que lo dice, don Fernando, creo que yo también voy a devolverme —optó ella por el repliegue táctico—. El padre tiene razón; no es bueno que yo me quede por acá mucho tiempo... ¡Pero eso sí —se dirigió a este último en renovado tono suplicante—, prométame que apenas sepa algo de Ernesto me va a avisar!

—Así será, hija mía.

—¡Ah, y otra cosa! —en las pupilas de la jovencita renacía otra vez aquel chispazo de energía incontenible que ocasionalmente se apoderaba de

ella, y que desterró de su faz hasta el último rastro de la pálida angustia con la que había arribado—. Don Fernando, ¿qué hizo usted con el uniforme que le conseguí?

—Iba a quemarlo apenas llegué —explicó el caballero, con una sonrisa pícaro que se disipó enseguida—, pero en eso el padre me dijo que tal vez podía llegar a servirnos de nuevo y que era mejor tenerlo ahí guardado, por si las moscas...

—En ese caso, es mejor que yo me lo lleve. Para ustedes sería un problemón si viniera la Rural y les encuentra aquí una cosa de esas... ¡y en cambio, adonde mis tíos ni se van a arrimar!

El sacerdote y el talabartero se miraron el uno al otro, como si a los dos los asaltase simultáneamente la sospecha de que, bajo la aparente fragilidad de la tímida jovencita, dormía en realidad un volcán de ingeniosos recursos.

—Está bien, Ariana... ¡pero recordá que vos no sos Pancha Carrasco, así que nada de andar rifándote el pellejo! —en el ceño fruncido de don Fernando se adivinaba cuán genuina era su preocupación por la preciosa colegiala—. ¡Elena, traete la alforja donde lo metiste...! Y agarrá del fogón algo de comer, para que lo envolvás... ¡por si acaso a esta chiquita la atajan y le preguntan qué lleva ahí!

6

El resucitado

Minutos después, con el abrazo de todos, la bendición del prelado y los ladridos de *Satanás*, Ariana emprendía a ritmo frenético la senda de regreso, llevando consigo el tibio envoltorio. Anochecía. Comenzaban a verse a la distancia, aquí y allá, las luces del alumbrado público capitalino. La muchacha aceleró el paso, esperando rebasar el río Torres antes de que lo devorase la oscuridad y se estableciese algún retén.

Terminaba de cruzar el puente, empero, cuando a sus espaldas se dejó oír un crujido entre el follaje, muy cerca de ella. Su corazón perdió un palpito, antes de repiquetear insistentemente dentro de sus sienes. ¡Alguien la acechaba desde lo profundo de las tinieblas! Apretó la alforja contra su pecho e intentó correr buscando el centro de la calle; pero la paralizó el espectro masculino que, envuelto en una especie de capa negra, emergió de entre los matorrales y la aferró del brazo para atraerla hacia sí.

—¡Ari, soy yo, no vayas a gritar! —le dijo casi al oído una voz viril que no alcanzó a identificar. De hacerlo, sin embargo, se encargaron sus ojos azules, que aguzados por el pánico lograron trasponer con rapidez las barreras que ofrecían la capa, el sombrero raído, una barba de varios días y una cabellera bastante crecida.

—¡Miguel!

—¡Ssst...! ¡Deja de gritar, si no querés que me fusilen!

—¿Y cómo querés que no grite? —apenas sí podía controlar Ariana el volumen de su voz y el ritmo de su respiración—. ¿Te parece poco el susto que acabas de darme? ¡Salirme así, de la nada y a oscuras...! ¿Y cómo sabías que era yo la que venía?

—Te estaba esperando. Te vi desde que pasaste para abajo. Ya tengo rato de estar aquí metido.

—¿Y mamá, y los demás? ¿Saben por lo menos dónde estás?

—No. Ellos saben lo que necesitan saber, nada más. Lo que no saben no les va a hacer daño.

—Pero Miguel... ¿te volviste loco? ¡Dejaste botado el Ejército, y en lugar de irte para cualquier otro lado, o coger la frontera ¡te venís al mero San José, justo donde es más probable que te agarren! ¿Qué es lo que querés?

¿Puedo saber qué diantres estás haciendo aquí?

La expresión del desertor se volvió seca y amenazante.

–Mamá me contó todo sobre el General y vos. Y yo no voy a permitir que ningún malparido juegue con mi hermana. Así que vine a una sola cosa: ¡a matar a Tinoco!

Penitencia

Bastantes preocupaciones tenía ya Ariana con la desaparición de Ernesto y los despiadados acertijos que sobre él le planteara el galante Ministro de Guerra; pero el inesperado arribo de su hermano se colocó al punto en la cúspide de los motivos de su ansiedad. Un fugitivo del Ejército, que por añadidura proclamase con tanto desparpajo y de buenas a primeras su intención de asesinar al hombre fuerte del régimen, habría sido una apetitosa presa para esbirros y cazadores de recompensas; pero Miguel contaba con una ventaja inefable: se le consideraba muerto desde el combate de El Jobo. Era bien sabido que los Tinoco eran más proclives a perseguir a los vivos que a los muertos, aunque no por ello se veían estos últimos libres de su asedio: los dos hermanos tenían el hábito de inquietarlos con sus frecuentes consultas, canalizadas por supuesto a través de Ofelia Corrales desde su oscura vivienda de Guadalupe. El hermano mayor de Ariana, sin embargo, podía respirar aliviado sabiendo que eran ínfimas las posibilidades de que lo invocaran a él en alguna de aquellas sesiones espiritistas, sin lo cual no dejarían de enterarse de su ausencia en el Hades.

Al amparo de su macabro anonimato, el desertor había conseguido atravesar medio país sin ser detectado. “*Pero ahora, ¿qué hago con él? ¿Dónde lo meto?*”, se preguntaba la afligida Ariana, sin avanzar del puente donde lo había encontrado. ¿No podía ser reconocido en la capital por algún acólito del Gobierno? No había que ir tan lejos: podría delatarlo el propio Rafael, o la tía Dolores, o inclusive Felicia. Y en su caso, aquello significaría la ejecución, sin mencionar las consecuencias que para ella misma acarrearía su complicidad. ¿Qué hacer? ¿A quién acudir?

La lógica inexorable de aquella pavorosa ecuación no dejó a Ariana más camino que una medida desesperada: confiar, una vez más, en María Consuelo y en Rubén Carrillo.

—Mm... está bien, yo me encargo de él —la sentencia del joven, después de oír la precipitada explicación de Ariana, no estuvo exenta de contrariedad, a juzgar por su previo carraspeo y por el ceño mortificado que la acompañó. A su lado presenciaba la escena una pasmada María Consuelo, mirada desorbitada y boca muy abierta—. Ya más o menos sé dónde podría

quedarse por estos días. Pero eso sí, mucha reserva, nada de andar cacareando... y si necesitas avisarle de algo, me lo decís a mí.

Solo el mudo ruego transmitido por los ojos azules de Ariana pudo persuadir al hosco Miguel de superar su instintiva desconfianza y ponerse en manos de aquel tipo casi desconocido. Al momento se eclipsaron ambos entre las abigarradas sombras callejeras; y casi enseguida arremetió María Consuelo contra su joven prima, aferrándola de los hombros y zarandeándola con histeria hasta arrinconarla contra una pared de adobes.

—¡Por todos los diablos, Ariana! —aunque reprimía a duras penas el volumen, le bastaba con el acento en las consonantes y con la mueca arremolinada para que sus palabras golpearan igual—. ¡¿En qué enredo nos estás metiendo ahora?! ¡Y para peores estás atollando también a Rubén...!

—¿Atollarlo yo a él? —se sacudió la jovencita, abriendo vigorosamente los brazos para alejar los de su prima—. ¡María, por favor...! ¿De veras vos no sabés nada, o te estás imaginando que lo único que él hace a escondidas es darte cuerda?

La confusión de la menor de las Cantillano era cada vez más profunda; y Ariana pudo conjeturar que, en efecto, ni le cruzaba por la mente que su novio clandestino, tan ajeno a la política en apariencia, pudiese tomar parte en actividades revolucionarias tan arriesgadas.

—¡Pero ahora lo estás comprometiendo, lo estás poniendo a esconder a...! ¡Uy, Dios mío...! ¡Por tu alma lo van a salir matando... y cuidado si esta vez no nos vamos todos en la colada!

—¿Y qué más podía hacer yo? ¡Es mi hermano... jamás voy a darle la espalda! Y no tengo a quién acudir... ¡las únicas personas en las que puedo confiar son ustedes!

El mandoble verbal pareció desarmar a María Consuelo, quien al momento comenzó a aflojar la presión que ejercían sus manos sobre los delicados hombros de su prima. Sus carnosos labios se fruncieron, como si fuesen la chimenea por la que escapase el calor de una tremenda lucha interna.

—Ni modo, ya estoy embaucada y ahora voy a tener que cubrirte una vez más... ¡pero Ari, ya te lo he advertido... le estás jalando demasiado el rabo a la chancha, y en una de tantas se va a dar vuelta y nos va a revolcar a las dos...!

—Si hubiera otra manera, si yo pudiera evitarles estas angustias...

Dos días más tarde, encontrándose Ariana en plena recolección de los utensilios del almuerzo, vio entrar a María Consuelo desde el jardín, donde

había salido en cuanto hubo acabado de comer.

—Acaba de pasar por aquí un padre, me imagino que con el que te fuiste a “confesar” la otra tarde —murmuró, con rígido semblante, aunque procurando que no pudiese oírla Rafael, que se hallaba en la sala—. Me dio esto para vos.

Un trozo de papel. Con una sola palabra garrapateada: “*Peni*”.

Al conjuro de aquella simple expresión, un raro estremecimiento agitó todo el cuerpo de Ariana, dejándola sin aliento e inundándole los ojos de rabiosas lágrimas. “*Ernesto... ¡tengo que sacarlo de ahí... a cualquier precio!*”... La desconcertada mueca interrogativa de su prima la hizo volver de su azoramiento, empero; y adivinó entonces que era indispensable tender otra cortina de humo: no por causa de ella, cuya complicidad estaba casi garantizada, sino por Rafael y la tía Dolores, a quien alcanzaba a oír en la cocina increpando a las criadas.

—Ah, sí... —balbuceó, rehaciéndose a duras penas—. Es que tengo que hacer una penitencia... y empezar mañana mismo, de ser posible.

—¿Una penitencia...? —María Consuelo captó al momento la duplicidad del comentario, y palideció violentamente al conjeturar qué podría estar tramando en realidad la colegiala.

—Sí, ya lo dijiste vos —musitó esta última, en voz muy baja pero resuelta—. Tengo que ir de rodillas al Ministerio de Guerra.

La súplica

Dando un bufido se sentó Joaquín Tinoco en su opulento diván de cuero, a la derecha del ostentoso escritorio de caoba que constituía el eje de su despacho, y que esta mañana aparecía lleno de papeles, desparramados en torno al conspicuo teléfono. Había llegado unos minutos antes de Casa Presidencial, donde solía tomar un opíparo desayuno en compañía de su hermano; pero en vez de la confiada satisfacción de otros días, sus edecanes lo habían visto arribar esta mañana con una mal contenida molestia que encendió al instante una hoguera de conjeturas. ¿A qué podía deberse el visible mal humor del Ministro de Guerra, justo en los días que más parecían sonreírle el éxito y la venganza?

¡Cosa extraña! Acaba de trascender al público su ascenso al rango de General de División que le había conferido por unanimidad el Congreso; y tal promoción había resultado ser una feliz coincidencia, al producirse apenas unas horas después de la decisiva victoria de sus fuerzas en La Cruz de Guanacaste, de donde se expulsó a la tropa invasora. Por añadidura, ¡había caído en aquel combate aquel traidor salvadoreño de nombre Marcelino García Flamenco, el mismo que en un periódico panameño los acusase a él y a su hermano de ordenar el asesinato de Fernández Güell! ¿Qué podía haber sucedido, entonces, para que en vez del altanero placer que debiesen causarle tan gratas novedades, su semblante recordase al de un león irritado? En el cuartel cundieron las especulaciones al respecto. ¿Habría tenido algún altercado con el Presidente? O peor aún, ¿se habrían dado ya los Tinoco por vencidos y abandonarían el poder, como se rumoraba desde hacía algunos días?

Con enérgica prisa encendió el militar un habano, antes de comenzar su mecánica rutina de hojear papeles, romper sobres y abrir cartas, algunas de las cuales emprendían casi enseguida un vuelo directo al cesto de la basura. Se hallaba a la mitad de alguna entre tantas, sin embargo, cuando escuchó que alguien llamaba a la cerrada puerta.

—¿Qué pasa? —la voz le salió cortante a pesar de su proverbial suavidad. La puerta se abrió apenas lo suficiente para dejar visible a un joven oficial que se cuadraba para saludar.

—Mi General, aquí lo busca una muchacha —exclamó con mucho garbo, como si no fuese la primera vez que anunciase a su superior este tipo de visitas—. Dice que...

—Ahora no puedo —el General ni se dignó a despegar sus ojos de la carta que leía—. Dígale que si gusta me puede dejar el recado con usted, y yo la busco más tarde.

—La señorita insiste, señor.

Joaquín levantó al fin la vista con irritada lentitud, arqueando una de sus cejas y exhalando una espesa bocanada de humo.

—¿Quién es ella?

—Dice llamarse Ariana Cortés, señor.

—¿Ariana Cortés! —la expresión del Ministro de Guerra se trocó súbitamente en una de inocultable sobresalto. El oficial advirtió el cambio al instante.

—¿Le digo que espere, señor?

—No, hágala pasar de una vez. Y cuide que nadie venga a interrumpir.

Se cerró la puerta por unos pocos segundos solamente, tiempo durante el cual se apresuró el Ministro de Guerra a ponerse en pie y apagar su puro, antes de dar una ojeada al reloj de péndulo que servía como centinela al lado opuesto del despacho. Suspiro. Aún no daban las ocho.

Reapareció el uniforme azul del edecán por un momento al abrirse de nuevo la puerta; mas al hacerse este a un lado, pudo por fin el General contemplar la esbelta y delicada figura de Ariana, que a ritmo pausado ingresaba al recinto, dejando a su paso la estela de esa indecisa ansiedad que la hacía irresistible. Con un magnífico tocado coronando una cabellera arreglada, y envuelta en un finísimo traje rojo—el mismo con el que Joaquín la viese por primera vez—, dio unos pasos titubeantes y se detuvo, paseando con timidez su mirada celeste por los detalles del despacho, y evitando a la vez los hipnóticos ojos oscuros de su anfitrión.

—*Mademoiselle Arianne... mon plaisir*^[70] —la obsequiosa exclamación del General mientras caminaba a su encuentro, coincidió con los primeros efectos del fuerte aroma a tabaco que flotaba en la atmósfera. La muchacha bajó su rostro, intentando no toser, mientras comenzaba a sentir un creciente escozor en sus sensitivos ojos.

—*Enchantée de vous voir de nouveau... mon Général*^[71] —las frágiles palabras de Ariana tomaban en el aire un cierto timbre de maullido; mas solo en la última sílaba se atrevió a levantar lánguidamente sus pupilas en

dirección a Joaquín.

—No sabe el gusto tan enorme que me da tenerte por acá —la alfombra amortiguó el sonido de los pasos con los que el hombre recortó la distancia que lo separaba de la muchacha—. Debo haber hecho algo bien para que, después de tantos meses, por fin te dejaras de escrúpulos y decidieras venir.

—Es verdad, don Joaquín... y lamento mucho haber abusado de su paciencia —la jovencita giró con gracia, dándole la espalda al militar mientras fingía reconocer el recinto. Le echó una fugaz mirada al reloj—. Pero supongo que a usted no se le ha olvidado lo que hablamos allá en la finca de mis tíos, ¿verdad? Ahí en el corredor, cuando le expliqué lo que me pasaba, que yo me sentía muy niña para una relación tan seria... y le rogué que me diera tiempo de prepararme... ¿lo recuerda?

—No lo he olvidado ni por un minuto —a pesar de la dulzura con que se expresaba el General, en el paladar de Ariana dejaban sus tersas frases un rastro fugaz de rencor—. Recuerdo cada palabra que dijiste esa tarde. Me confesaste, por ejemplo, que yo no te era indiferente y que mis atenciones te habían tocado el corazón. Y sí, también me aseguraste que estabas libre y tu amor no tenía dueño... lo cual, si hubiera sido cierto, haría inexplicable tu presencia en este lugar.

—¡Don Joaquín...!

—Dejémonos ya de juguetos, *Ariane*... —el ceño del General se frunció de repente, su voz volviéndose más suave y, paradójicamente, más amenazante—. Yo sé muy bien a qué viniste... a suplicarme que ponga en libertad a tu... ¿novio? ¿O debo llamarlo “esposo”?

La jovencita aparentó flaquear, arrollada por un sonrojo nuclear. ¡Una palabra mal elegida, y la situación de Ernesto podría volverse aún peor...! Dio otra mirada fugaz al reloj de la pared, como si pretendiese arrancarle la respuesta que la sacase del aprieto. Mas no de allí, sino de su oprimido corazón, surgió la misteriosa oleada de dignidad y sensatez que, adueñándose de su lengua en el instante preciso, la había mantenido a flote tantas otras veces.

—Mm... No puedo negar que vine a hablarle de él... de mi vecino, quiero decir —carraspeó al inicio, su garganta claramente irritada a causa del perseverante humo del habano apagado—. Aunque primero necesito aclararle, por mi propio honor de señorita, que no es por los motivos que usted se imagina... Más bien, me perturba venir a darme cuenta ahora que ese pobre se haya asustado tanto de verse en prisión, y de que a lo mejor por eso haya

soltado algún desatino sobre el tipo de relación que tenemos... Pero quiero dejarle en claro, *mon Général*, que nada de eso es verdad... ¡pregúntele a Rafael, o a cualquiera de mi familia, que son mis testigos!

—Y entonces, ¿por qué te interesa tanto? —con un aire desdeñoso se cruzó de brazos Joaquín.

—Usted sabe muy bien, pues nunca se lo he ocultado, que ese muchacho ha sido para mí más que un hermano—Ariana se sorprendió a sí misma mirando fijamente a su anfitrión, y dirigiéndose a él con voz firme y cabeza erguida. Casi como si ella fuese la Generala y el otro un simple colegial atemorizado—. Y de hecho, lo sabe tan perfectamente, que estoy convencida de que esa es la única razón por la que lo tiene encarcelado.

A juzgar por el involuntario gesto de asombro que atravesó al galope el rostro del General, era evidente que nada de su amplísima experiencia en materia de faldas le era útil para lidiar con aquella desesperante novata que de alguna manera parecía ir siempre un paso delante de él, y que se le resistía con una tenacidad que la hacía aún más admirable. Renació en sus adentros, sin embargo, esa imperturbable confianza suya que se expresó primero en una impasible sonrisa, antes de poner sobre ella esa “*mirada que escarbaba, que iba hasta el fondo*”^[72], como la habría descrito Vargas Llosa.

—Siempre me ha resultado encantadora tu audacia, *Arianne* —su tono se había vuelto más blando, casi conciliador—. ¡De modo que pensás que soy así de despiadado y que el arresto de tu “amiguito” no fue más que una treta para inducirte a que me buscaras...! Bien... si ese hubiera sido mi plan, tendrías que admitir que resultó a la perfección, puesto que en efecto viniste...

—Y usted tendría que admitir —repuso ella, casi sin parar mientes en su propio atrevimiento—que también piensa muy mal de mí. Porque con eso me estaría insinuando que yo solo me acuerdo de usted cuando alguien que yo aprecio va a parar a la cárcel. Dígame con sinceridad, don Joaquín: ¿de veras cree que yo he sido tan ingrata con usted? ¿O tal vez lo hice suponer que sus atenciones me molestaban, o que me eran... indiferentes?

El militar no respondió palabra, lo que ella interpretó como un desafío a proseguir.

—En cierta forma entiendo que haya pensado eso —dio otra ojeada furtiva al reloj de péndulo—. Usted debe estar acostumbrado a tratar con mujeres hechas y derechas, decididas y seguras de sí mismas... pero yo desde un principio le advertí de que yo no soy una de esas...

—Y esa es exactamente la razón por la que me resultas tan irresistible

—la interrumpió Joaquín, imperturbable en apariencia, pero avanzando otra vez hacia ella—. No sos como las conchas del mar, que pierden su encanto al cabo de unos instantes... sino como una perla, una joya de tanto valor, que obtenerla y conservarla es todo un reto, digno de los mayores esfuerzos y sacrificios...

—... y que no quería enredarlo a usted en un escándalo que pudiera servirle de distracción, estando hoy la Patria tan necesitada de sus servicios —Ariana sintió que empezaba a perderse en las abismales pupilas del General, y bruscamente le dio la espalda para replegarse de nuevo—. Pero si usted lo que deseaba era verme, ¿no podía simplemente ir a mi casa, donde siempre ha sido tan bienvenido? O si quería un encuentro más... discreto... ¿no me lo podía haber pedido por carta, con tantas que me ha mandado? Le aseguro que una simple invitación hubiera bastado... ¿Para qué tomar un camino más escabroso? ¿Para qué tenía que verse involucrada gente inocente?

Una mueca de pícaro deleite dobló los labios del Ministro bajo su bigote. Ella permanecía inmóvil, dándole la espalda, pero él podía ya percibir cómo la iba ahogando una creciente agitación.

—*Arianne, Arianne...* —aunque la jovencita estaba resuelta a evitar esos ojos subyugantes, como evitase Octavio los de Cleopatra a fin de no derrumbarse^[73], el tono casi inaudible de Joaquín la obligó a voltear hacia él su rostro—. Debo confesarte algo, con toda sinceridad: no puedo evitar tenerle un poco de envidia a ese muchacho. Le guardás a él un afecto tan grande, que no te atrevés siquiera a pensar que sea capaz de algo malo... mientras que conmigo no tenés ningún recato para atribuirme las perversidades más abyectas, aunque sea basándote en puras conjeturas.

Había llegado entretanto Joaquín hasta ella, y tomándola del brazo quiso conducirla con parsimonia hacia el diván, en el que con un gesto la invitó a sentarse. Ella, sin embargo, no obedeció.

—Si algo me han enseñado estos años al servicio de la Patria —prosiguió él, acercando su cara por encima del hombro de Ariana—es a dar pasos seguros. Pasos seguros, que conduzcan a tomar decisiones duras pero necesarias. No hay espacio para titubeos, ni conjeturas, ni inocentadas, ni malentendidos. Solo así me ha sido posible sostener a mi hermano en la Presidencia frente a tantos enemigos... y ahora, si él decidiera que su salud ya no está para soportar más esta carga, será la única forma en que yo pueda estar a su altura para tomar el relevo. ¡Pasos seguros, *Arianne!* Pero darlos tiene un precio, por supuesto... y acaso el mío sea que nunca dejes de verme como un

ogro malvado.

Trémula y sonrojada, sudando profusamente, Ariana no se atrevía a mover un músculo, sintiendo el picante aliento del General quemándole el cuello, la oreja y la mejilla, mientras las manos de él comenzaban a oprimir gradualmente sus hombros.

—Ahora bien, entiendo tu gratitud y tu devoción hacia ese muchacho... y aunque muchas veces me has demostrado ser prudente y discreta, con él pareces ser tan cándida y tan ingenua como cualquier otra chiquilla — prosiguió, cerrando sus brazos en torno al frágil talle de la muchacha—. Y a pesar de todo, hubo necesidad de detenerlo... aunque por eso me hiciera yo acreedor a tu desprecio. Mi querida *Ariane*, ¿estás tan segura de su inocencia, que preferís suponer de mí las intenciones más indignas? ¿No se te ha ocurrido pensar que podría haber sido orden de mi hermano y no mía, o que podríamos tener alguna otra razón para ordenar que lo detuvieran?

Con su cuerpo trocado en una rígida flecha, y sus ojos llorosos a causa de la nube de tabaco, Ariana se había quedado casi sin habla, dudando sobre cómo zafarse del incómodo abrazo sin llegar a un forcejeo que irritase a su anfitrión. “*Dios... ¡por favor, ayúdame a salir de esta!*”, gemía su alma.

—Yo... no podría decirlo... usted y don Federico sabrán las decisiones que toman —la humilde suavidad de su réplica parecía resuelta a apaciguar al General mientras tomaba sus manos para apartarlas lentamente—. Lo que sí puedo decirle, don Joaquín... y le suplico que no me malentienda... es que yo no quiero que usted siga pensando que lo desprecio o lo considero un ogro... y sé que, mientras lo de mi amigo no esté, pues, resuelto... ese tema va a quedar ahí entre nosotros, flotando como un fantasma que no me va a dejar en paz...

—¿Me estás pidiendo que ordene liberarlo? —la voz de Joaquín, sutilmente cortante e irónica a la vez, ejerció sobre la jovencita ese mismo efecto paralizante que también lograban sus ojos oscuros.

—Solo le estoy pidiendo quitar el último obstáculo que queda entre usted y mi corazón —casi sentía Ariana náuseas de la insincera cursilería que se veía obligada a utilizar para persuadirlo—. No podría pedirle un favor de este calibre a nadie más. Y entiendo que usted no tiene ninguna obligación de concedérmelo... pero conozco mejor que nadie su condición de hombre de honor... y por eso mismo tengo la esperanza de que mi ruego no le sea indiferente...

Cuando ella, después de un siglo de dudas, se atrevió por fin a girar su faz hacia el Ministro de Guerra, no encontró el habitual semblante frío e

inexpresivo, sino más bien una mueca que, sin llegar a ser sonrisa, cabalgaba entre lo compasivo y lo paternal.

—El último obstáculo... —aquella frase tuvo en labios de Joaquín un eco involuntariamente siniestro—. Casi diría que te estás aprovechando de mi impaciencia por tenerte para mí, *Arianne*... un momento que he esperado con ansias desde que te conozco, y del que hubiera desistido si no supiera que es nuestro destino ineludible... ¿Y quién me asegura a mí que, si decidiera complacerte en esta cuestión, después no te vas a inventar algún otro pretexto para seguir dejándome en ascuas y haciéndote de rogar? ¿No te das cuenta de lo desesperante que has sido ya conmigo?

—Con todo respeto, *mon Général*... su garantía es usted mismo —a medida que iban cayendo de los labios de Ariana las palabras en tono dócil, su cabeza se ladeaba con suavidad y sus dedos jugueteaban con la cabellera castaña que le cobijaba el cuello—. Es usted quien tiene el poder... Yo no tengo cómo obligarlo a hacerme el menor caso... y en cambio usted sí tiene todos los medios para lograr de mí lo que quiera. Es decir... si usted se sintiera defraudado por mí, y resolviera cobrarme de alguna manera ese menosprecio... tampoco tendría yo manera de impedirselo. A lo único que puedo apelar es a su corazón de caballero... y al cariño que con tanta vehemencia me expresa...

El General se decantó al fin por una especie de sonrisa lenta y vacilante, que no supo ella cómo interpretar. Las manos de él envolvieron de nuevo sus brazos, encontrando menos resistencia esta vez.

—Si es verdad —declaró, casi apoyando su rostro en la frente de la jovencita— que solo este asunto se interpone entre nosotros, torpe sería yo si no hago lo que esté en mi mano por apartarlo de en medio, de una vez y para siempre... No puedo prometerte nada, por supuesto... porque en este tipo de casos me es inevitable tomar el parecer de *Pelico*, que hasta ahora sigue siendo el Presidente...pero como que me llamo José Joaquín Tinoco Granados, te aseguro que a esto le encuentro alguna solución definitiva, de ser posible hoy mismo.

—Don Joaquín Tinoco Granados... —repitió ella en un frágil susurro, alzando fugazmente hacia él unos ojos que el tabaco y la emoción se turnaban para enrojecer—.Tenga plena seguridad de que yo sabré agradecerse.

Se sintió entonces el todopoderoso Ministro de Guerra con los arrestos para enlazar a la esbelta joven por la cintura, como lo había hecho en aquella otra oportunidad en que bailaron juntos en el Hotel *Washington*. La noche de

su infame y provocador vestido verde. Solo que ahora la provocación era muy distinta, una que había estado deseando recibir. Percibió ella al instante la presión seductora de los brazos y el pecho del hombre, y apenas un instante después, el tenue cosquilleo del bigote de él sobre su cuello. La estaba besando. Un beso suave y lento, que la hizo erizarse y le causó un inmediato mareo. ¡Dios mío, no tenía escapatoria! Dirigió una larga y angustiosa mirada al reloj...

—¿Pasa algo, princesa? —oyó murmurar a Joaquín, antes de que sus manos le rodeasen la cara y sus pupilas oscuras terminasen de desarmarla—. ¿Tenés prisa...? Te he visto mirar la hora varias veces...

—No... no del todo, quiero decir... —el pánico la estrangulaba a pesar de su empeño en guardar un último resabio de ecuanimidad. Frente a ella, apenas a unos centímetros, la fisonomía del Ministro de Guerra, contemplándola con inexpresiva voracidad—. Es que... nadie de mi casa sabe que estoy aquí... y temo que mi tía Dolores me arme un escándalo si me tardo demasiado... usted sabe que mi relación con ella no es, pues, la mejor...

—Quedate un ratito más, yo le explico...

—... y además, aquí en su oficina no me parece un buen lugar... usted tiene cosas que hacer, y cualquiera puede entrar de repente... Tal vez sería mejor buscar un sitio más... privado... y donde ni usted ni yo tengamos la presión del tiempo...

Como para subrayar sus palabras, surgió a sus espaldas el molesto zumbido del aparato telefónico del escritorio. El General dio un largo suspiro y retiró poco a poco sus manos, pero no demostró el menor interés por tomar la llamada.

—¿Cuándo?

—Lo ideal sería un sábado, o todavía mejor un domingo, ¿no cree? Temprano en la noche, algo que en mi casa no se vea tan raro... ¿Le parece este domingo que viene?

—Mm... imposible... El viernes o el sábado *Pelico* quiere ir al Congreso a hacer un anuncio muy importante... acerca de un tema sobre el que aún tenemos que discutir algunos puntos él y yo, porque podría alterar el curso de la historia de este país... —a pesar de expresarse con voz artificialmente calmada, de pronto había regresado al semblante de Joaquín la irritada desazón que lo gobernaba antes del arribo de Ariana—. Así que con toda seguridad vamos a estar de aquí al domingo muy enredados en reuniones, y tomando decisiones muy gruesas... ¿Lo dejamos mejor para de este domingo

en ocho?

—Lo que usted diga, *mon Général*... de hecho, para mí mejor... Mis tíos regresan de Juan Viñas a mitad de la otra semana, y para mí es mucho más fácil salir cuando ellos están, en vez de quitarme de encima a la majadera de mi tía Dolores...

El teléfono seguía zumbando con frenética tenacidad, penetrando en los oídos de Ariana a través de la sobrecogedora atmósfera del despacho. Frente a ella hizo el General una visible mueca de impaciencia, seguida de un bronco suspiro de resignación, antes de volverse al escritorio y levantar al fin la tosca bocina.

—Diga... ah, sos vos... sí, bueno... dame un segundito nada más, para terminar aquí algo... —una brusca metamorfosis había pintado de sorpresa y tensión el semblante de Joaquín, quien alzó su vista por vez final hacia la jovencita mientras tapaba con su mano la bocina del aparato.

—Vas a tener que disculparme, Ari... —susurró, con una mueca entre irritada y pícara—. Pero es *Pelico* el que me llama... y creo que va para largo.

—No se preocupe usted... —al responder ella, ya su mano temblorosa forcejeaba con la cerradura—. Apenas pueda, dese una vueltita por casa, o si gusta me llama... ¡Adiós!

Sus ojos fotografiaron por vez final a las agujas del reloj de péndulo, antes de cerrar precipitadamente la puerta tras de sí. Casi de inmediato tuvo que recostarse a ella para no caer desmayada. Su rostro pálido buscó el cielo, párpados entornados, boca entreabierta, el cuello inundado de transpiración. Y antes de recomponerse para abandonar el lugar a toda prisa, una plegaria desesperada: “*Dios... por favor, ¡que a Miguel y a Rubén les haya dado tiempo!*”...

9

La orden

El primer pensamiento de Joaquín después de colgar el teléfono, casi una hora más tarde, no iba dedicado a los ácidos desacuerdos que seguía teniendo con Federico, y que ni el desayuno ni esta llamada habían conseguido limar. No quiso meditar en lo mucho que le repugnaba la flaqueza que demostraba su hermano mayor en una hora decisiva, cuando acababan de aplastar a los revoltosos del Sapoa. Ni en lo ridículo de su idea de aceptar, precisamente ahora, el capricho de Wilson y separarse del mando con pretexto de su decaída salud. Ni en lo cobarde de su sugerencia de convertir en metálico sus bienes y hacerse asignar fortunas enteras por cuenta del presupuesto público, para patrocinar su indefinida estancia en Europa. Ni mucho menos en lo incomprensible de su insistencia en que él mismo debía renunciar a su condición de Primer Designado a la Presidencia de la República y acompañarle a un exilio dorado con su esposa e hijos, en vez de elevarse al mando supremo. Todo eso podía esperar; ya habría tiempo de cavilar al respecto.

Una sola cosa ocupó su mente en aquel instante: su inusual entrevista con Ariana Cortés. El esmero con el que se había arreglado para venir a verla. Lo preciosa que lucía con ese memorable vestido escarlata. Lo arduo que había sido para él dejarla ir de su despacho, cuando había estado tan cerca de hacerla suya. La posibilidad tangible de tenerla por fin a su disposición, después de tan largos meses... Y la necesidad de resolver en definitiva ese tema tan molesto que, como una espina infecciosa, iba y venía entre ellos como un carrusel maldito, atizando eternamente un enjambre de suspicacias que invariablemente acababan por agriar sus encuentros. “*El último obstáculo*”, lo había llamado ella.

Sin levantarse de su asiento echó nuevamente mano del teléfono.

—Por favor, con el coronel Villegas, en la Penitenciaría Central —en su hablar suave y en la fineza con la que sus manos solían acompasar sus gestos, se adivinaba ese dejo autosatisfecho de quien está habituado a la obediencia absoluta—. De parte del general Joaquín Tinoco... Sí, es urgente.

Los segundos que tardó en establecerse la conexión, los invirtió el Ministro en atusarse el bigote y encender luego otro habano. Terminaba de

hacerlo cuando, al lado opuesto de la línea, se escuchó la esperada voz masculina.

—Escuche con atención, coronel —le espetó, sin apenas corresponder al ceremonioso saludo del subalterno—. Busque en el pabellón oeste al prisionero Ernesto Herrera Miranda... sí, ese mismo, el que fui a interrogar personalmente hace algunos días. Organice un pelotón para que lo traigan al Cuartel de Artillería a eso de las once... y que lo ejecuten en mi presencia.

Un silencio espeluznante quedó a la deriva en las profundidades de la bocina.

—¿Me escuchó, coronel? —la mano del General zarandeó el aparato, como si con eso pudiese hacerle patente la impaciencia que poco a poco iba despojándolo de sus estudiados modales.

—Sí... sí, señor —sus tímpanos parecieron decepcionados de la vocecilla pusilánime que oyeron—. Es solo que...

—¿Su deber es cumplir mis órdenes, no objetarlas!

—Mi General... si me permite... hay un problema... —las palabras del coronel Villegas parecían tener terror de ser oídas—. El hombre que usted solicita... fue puesto en libertad hace hora y media.

La noticia penetró en los oídos de Joaquín Tinoco como una incontrollable llamarada de locura, que abatió de sus labios el puro que fumaba, inundó de fiero carmesí su tez y empujó sus ojos hacia fuera de sus órbitas.

—¿Cómo... cómo que lo soltaron? —tronó, tartamudeando de furor y golpeando la mesa con la base del aparato—. ¡Estamos bajo la ley marcial, y usted no puede dejar libre a nadie sin autorización...!

—Recibimos orden de liberarlo inmediatamente...

—¿Una orden? ¿De quién?

—De usted, señor.

—¿Qué?

—Tengo en mi mano una orden para liberar a ese prisionero... firmada por usted.

Ceño y labios fruncidos, apartando de sí la mortificante bocina del teléfono, recogió el General su cabeza al escuchar aquello, como si pretendiese clavarse la barbilla en su pecho. Durante algunos segundos no vio ni oyó nada más, excepto el volcánico rugido de su colérico aturdimiento a través de todas sus arterias.

—Pues considérelo un fugitivo —acabó por espetar, afilando las

consonantes en vano intento por disimular un poco su cólera—. Comuníqueme usted mismo a todas las fuerzas de policía y del Ejército que ese prisionero se evadió de la cárcel con una orden falsa, ¡y que le apliquen la ley de la fuga!

—Co... como usted diga, mi General...

Con un violento golpe puso Joaquín el aparato telefónico sobre el escritorio, desparramando de pasada algunos papeles sueltos, y luego se dejó caer en la silla giratoria, sin conseguir todavía tragarse del todo la quemante noticia. ¿Cómo había podido escabullírsele su presa más valiosa, y por añadidura con un método tan atrevido? Tardó algunos segundos en enfriarse lo suficiente para que retornara a su cerebro la capacidad lógica y empezaran a repiquetear en su interior las posibles respuestas. Era obvio que Ernesto Herrera había recibido ayuda del exterior; pero, ¿de quién? ¿Quién podía tener tanto interés y tanta audacia al mismo tiempo... amén de la posibilidad de imitar su rúbrica con semejante precisión? Su mirada inquieta cayó de pronto sobre el reloj de péndulo...y al momento una feroz sospecha, golpeándole las sienes cual rayo, caldeó de nuevo la impetuosa hoguera de su mente, haciéndolo cerrar los puños y crujir los dientes. ¡Ira, frustración, incredulidad, el orgullo lacerado...! De súbito pudo ver el General en los sucesos del día, no una argamasa sin sentido aparente, sino una clásica maniobra de distracción, digna de Aníbal o Napoleón.

Y a partir de ese instante no le cupo duda. Aquello tenía que haber sido obra de Ariana Cortés.

Libertad o futilidad

Cuando María Consuelo, que simulaba leer en el jardín mientras atisbaba con nervioso disimulo al exterior, escuchó abrirse el portoncillo, se quedó helada. Frente a sus ojos, jadeando y con los azules ojos muy abiertos, se precipitaba hacia ella una sudorosa y enrojecida Ariana, cubierta de polvo, con sus ropas y cabellera en glorioso caos.

—¡Ariana, por Dios Santísimo! —exclamó la morena, más horrorizada que molesta. Sospechaba, por supuesto, que su prima debía estar en algún aprieto gordo, pero jamás podía haberse figurado que iba a llegar en semejante estado, habiéndola visto salir tan bien emperifollada más temprano—. ¡Mirá como me traes ese vestido! ¡Con lo que lo he cuidado yo...! ¡Y ese pelo, hecho una desgracia...! ¡Jesús, Ari...! ¿Qué te pasó, donde andabas metida?

—¿No sabés nada de Miguel o de Rubén? —fue lo primero que exclamó al recobrar el aliento, llevándose la mano al pecho como si quisiese frenar su desbocado corazón.

—¡Pero mujer... hasta los pies traes sangrando! —el alarmado respingo cortó la frase de María Consuelo en una embrollada mueca de asombro—. ¿Por qué te viniste así, en carrera y con los zapatos en la mano? ¿Te vienen persiguiendo, o qué...?

—¿Sabés algo de ellos? —reiteró la recién llegada, visiblemente agitada.

—No, no... es decir... a Miguel no lo he visto, ni sé dónde podrá andar... pero Rubén ahorita viene, Rafael lo tiene invitado a almorzar... —mientras iba hablando, la preocupada muchacha abrazaba dócilmente a su prima para conducirla a la casa. Ariana, sin embargo, pareció adivinar su intención y al punto empezó a resistirse.

—¡No, Mari...! ¿Qué estás haciendo? —se sacudió, aún más alterada—. ¡Déjame, adentro no me lleves...! Si tía Dolores o Rafa me ven, me...

—Te salvas que ahorita no está ninguno de esos dos... —respondió en tono más calmoso María Consuelo, sin dejar de empujarla suavemente hacia adentro—. Rafa, entiendo que anda en Hacienda cambiando unas *tercerillas*, y después se viene a comer... y tía Dolores no va a venir hoy...

—¿Cómo que no? ¿Qué milagro es ese?

—Pues resulta que ahorita llamó, diciendo que se iba a quedar en la casa, cuidando a Felicia... ¿No ves que aparentemente se descompensó desde anoche, y tía se la tuvo que traer a la casa para cuidarla, porque el *baboso* de José María como que no hace por dónde...?

Ariana frunció los labios, no muy convencida. Dos o tres cuerdas antes de llegar, al detenerse en una esquina para tomar aire durante su desafortunado trayecto, le había salido al encuentro precisamente la desmañada figura de José María, el marido de su prima. Con un aire grávido y extraviado que lo hacía lucir aún más inexpresivo de lo que ya era por naturaleza. Había tardado un poco en reconocerla (aunque eso podría explicarse también por su catastrófico aspecto); y sin ofrecerle más que un saludo tan rebuscado como insípido, se había metido torpemente la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar de allí un sobre cerrado y entregárselo. El favor que le pedía era bastante preciso: hacérselo llegar a don Elías en cuanto retornase de su temporada en Juan Viñas, y preservarlo en el ínterin bajo el más estricto secreto. Cosa extraña, no había hecho ni la más remota alusión al supuesto quebranto de salud de Felicia, a pesar de que lo decaído de su semblante proclamaba *urbi et orbi* la pesada carga que parecía llevar. Por un instante se preguntó si estaría pasando algo más en ese hogar... pero de inmediato volvió su mente a lo único que realmente le importaba.

—Bueno, ¿y a qué horas llega Rubén? ¡Me urge hablar con él, antes de que llegue Rafael!

—Tranquila, ya no debe tardar... ¡pero vení primero, para curarte los pies, que los tenés todos cortados!

A regañadientes se dejó Ariana acomodar en un sillón de la sala, mientras María Consuelo hacía venir a una de las criadas con una palangana llena de agua y un paño.

—¡Uy, muchacha de Dios... cómo te fuiste a despedazar las patas de esta forma! —murmuraba la menor de las Cantillano, mientras iba limpiando los múltiples rasguños y heridas—. ¿Qué fue todo esto, Ari... en qué estás metida? Cuando te vi llegar... no sé, me imaginé de todo.

—¿Te acordás, que te dije que hoy tenía que hacer una penitencia?

—Sí, ¡pero nunca me dijiste que ibas a hacerla con mi vestido!

—Bueno... pues lo necesitaba. Acabo de estar con Joaquín Tinoco.

María Consuelo se enderezó como la cuerda de un arco luego de disparar la flecha, sin estar muy segura de las implicaciones que podía tener

esa frase. La expresión confusa de la otra alcanzó a doblar los labios de Ariana en una efímera sonrisa.

—Pero... ¿estuvieron... a solas? —la agarró de la maltratada falda para subrayar la pregunta con una implorante sacudida—. ¿Y él... te maltrató, o algo...?

—Cuando salí de su despacho —prosiguió Ariana, eludiendo las interrogantes concretas— sentí que el estómago me daba vueltas... y me entró de pronto un miedo tan grande, tan terrible, que lo único que se me vino a la cabeza fue quitarme los zapatos, recogerme el vestido, y largarme de ahí tan pronto como pudiera... correr y correr, ¡sin saber ni para dónde...!

—Ari... ¡por favor, decime que no estás metida en ninguna locura...! ¡Capaz que ahora sí te vienen a llevar los rurales...!

En medio de su exclamación oyeron ambas el ruido de un caballo que se detenía frente a la casa. Las dos dejaron súbitamente de hablar.

—¡Ssst...! ¡Ese tiene que ser Rafael!

—O Rubén.

Segundos más tarde José Luis, el jardinero, anunciaba desde el pórtico la identidad del visitante: Rubén Carrillo.

—Hágalo pasar, y tráigalo aquí a la sala —le ordenó María Consuelo, muy a gusto en su papel de señora de la casa, que por lo general le arrebatava la advenediza tía Dolores—. Le explica que Rafael ahorita llega, y que si gusta puede esperarlo aquí con nosotras.

No fue pequeña la impresión que se llevó el joven al ver cuán maltrecha lucía Ariana, ni la inquieta devoción con la que su prima continuaba haciéndole las curaciones. Pero la ansiosa muchacha ni siquiera lo dejó sentarse:

—¿Dónde está Ernesto? ¿Lograron hacer algo?

—Todo bien —respondió con seco laconismo el invitado, dirigiendo de reojo una mirada a María Consuelo como para indicar lo inconveniente de que ella escuchara los pormenores—. Le costó un poco caminar, por lo del cepo... Pero lo importante es que ya está afuera... escondido en un lugar donde ni a Joaquín Tinoco se le ocurriría buscarlo.

La oleada de júbilo hizo olvidar a Ariana su angustia y su dolor. ¡El ardid había triunfado, Ernesto estaba libre!

—¡Decile que quiero verlo! —exclamó, radiante—. ¡Quiero hablar con él!

Rubén carraspeó, notablemente incómodo, antes de dejarle caer su

lapidaria réplica:
-Él no.

Cortinas de humo

Si una afirmación como aquella no hubiese bastado para apagar de golpe el entusiasmo de Ariana, habría terminado de hacerlo la severidad del semblante con el que Rubén la pronunció.

—Bueno... yo puedo esperar... supongo que querrá reponerse un poco... —tartamudeó, como improvisándole una excusa decorosa—. Pero... si pudieras darle un mensaje de mi parte, yo...

—Tal vez en otro momento —la congeló el joven—. Ya habrá oportunidad para que ustedes dos conversen y aclaren sus cosas...

¿Aclarar cosas? La muchacha no estaba segura de haber oído bien. ¡Ernesto era su esposo ante Dios! ¡Se amaban más que a su propia vida! ¿Qué otra cosa podía ameritar una aclaración? De pronto se presentó ante ella, empero, el acusador fantasma del flirteo matutino con el General, la docilidad con la que había ido aceptando su cercanía y su evidente seducción... y cayó en cuenta de que el desventurado preso, en su desesperación, podría haber conjeturado que aquella repentina libertad había tenido un precio para ella...

—Por ahora tenemos que ocuparnos de algo mucho más urgente —el verbo apresurado de Rubén Carrillo la regresó a una realidad no menos angustiada—. Joaquín Tinoco no va a dejar así nomás que se burlen de él. Tarde o temprano va a darse cuenta de que tu amigo anda suelto... y si empieza a atar cabos, es casi seguro que vaya a sospechar de vos.

—Entonces, ¿voy a tener que esconderme?

—Eso depende de lo que haya pasado esta mañana. ¿Qué fue exactamente lo que le dijiste?

Ariana cerró fuertemente los ojos en una mueca dolorida.

—Le rogué que lo dejara ir... —balbuceó, intentando contener el llanto—, ¡y luego... le di a entender que... iba a aceptar sus... proposiciones!

Y sin esperar a que amainase la onda de estupefacción que congeló los rostros de Rubén y María Consuelo, la atribulada jovencita fue desparramando el relato de su entrevista con el General, guardándose solo de revelar su secreto enlace con Ernesto. La escuchó su prima con los ojos casi desorbitados y la boca entreabierta, y el otro desenfundando un tenso cigarrillo.

—Bien, Ariana... creo que te queda solo una cosa sensata por hacer— sentenció al fin Rubén, exhalando una voluta de humo blanquecino que al momento le irritó los ojos a la muchacha—. Agarrás de una vez ese teléfono, y llamás ya mismo al Ministerio de Guerra. O a donde sea que esté el hombre.

—Pero... ¿para qué?

—Para agradecerle, por supuesto.

La colegiala pestañeó, atónita e incrédula. El novio de su prima rompió la sequedad de su talante y amagó una sonrisa astuta, antes de dar otra bocanada.

—La única salida que te queda, chiquita, es hacer que el tipo piense que vos no tuviste nada que ver en la jugada —razonó, con la honda frialdad de un jugador empedernido—. Tenés que hablarle... ponértele bien sumisa, sonar como si estuvieras completamente convencida de que fue él quien dio la orden de soltar a Ernesto... y dejarle clarito que vas a cumplir con lo prometido, ¿lo ves?

—No... ¡yo no puedo hacer una cosa así! —Ariana intentó incorporarse, levantando un salpicón de agua de la palangana con la que le lavaban los raspones de sus pies—. ¡Eso... primero me mato!

—¡Nadie dijo que tenés que cumplírselo, tonta! —intentó calmarla el otro, dejándole ir a la cara el humo que la hizo toser al instante—. Pero eso sí, tenés que hablarle... endulzarle el oído y decirle que estás agradecidísima con él y que con eso terminó de ganarse tu corazón, y que no podés esperar para verlo otra vez, ¡qué sé yo...! Porque si te quedás callada, lo único que lograrás es que él confirme sus sospechas, y de aquí a dos días cuando mucho estás vos metida en la Cárcel de Mujeres... ¡Y cuidado no te sale levantando una información policial para anotarte en la lista de putas, o alguna yeguada de esas, como venganza, porque ahí sí te mancha el nombre y termina de dejarte valiendo nada! Vamos, vamos... de una vez agarrá ese teléfono y le das la llamada, antes de que venga tu primo...

—¿Y después cómo me lo quito de encima, al General?

Rubén dio una larga succión a su cigarrillo, y junto con la ceniza dejó caer su respuesta.

—De eso nos encargamos nosotros.

El anuncio

—Es mi última palabra, *Pelico*: ¡no voy a renunciar!

La tensa entrevista llevaba ya más de una hora. Frente al uniformado General, el civil traje formal del Presidente se paseaba con felina impaciencia de una esquina a la otra del despacho. Mediaba la tarde del viernes, y sobre San José flotaba una densa nube portadora de chubascos. Federico miró el reloj: la sesión del Congreso empezaría en pocos minutos.

—¿Y cuál es tu idea? ¿Tomar el poder apenas yo me vaya? ¡No durarías ni una semana sin que Wilson te mande a sacar de una vez por todas!

—Pues para odiarnos tanto, me extraña que en dos años y medio no lo haya hecho ya.

—A ver, Joaquín... ¿no me dijiste vos mismo que tratar de pelear contra los yanquis era una estupidez? —la despótica exasperación del Presidente tenía tintes casi borbónicos—. ¡Y ahora querés convencerme de que Wilson se chupa el dedo, y que se va a quedar feliz y contento cuando me vea salir a mí solo mientras vos te quedás gobernando! ¡Olvidate, el tipo nos quiere fuera a los dos! ¡A los dos! ¿O crees que a vos te va a respetar más de lo que me ha respetado a mí?

—¡Será porque vos no te has sabido hacer respetar, ni adentro ni afuera! —espetó el menor de los Tinoco, impaciente y perplejo a la vez—. Entiendo que estés cansado, que te sintás mal y tengás deseos de largarte a donde te dejen en paz... Pero pensá por un momento... ¿Alguien nos ha derrotado? ¡No, nadie... excepto las chiquitas de escuela y colegio a la que vos no tuviste el coraje de poner en raya! Y ahora escuchame: ¡no fui yo a sacar del Guanacaste a la tal revolución del Sapoá, para regalarles después las llaves del país a los yanquis! En ese caso... ¡hubiera sido mejor dejar entrar a Acosta hasta San José, con sus *nicas* de alquiler... a ver si en dos meses no están todos estos imbéciles suplicándonos que regresemos a salvarlos!

—¿Pero vos no entendés? —meneó la cabeza Federico con tal vigor, que enseguida hubo de ajustarse nuevamente su peluca—. Esto no se trata de Wilson, ni de Acosta, ni de los *nicas*... ¡sino de nosotros y de nuestro futuro! Es verdad que yo no me siento bien, pero además aquí ya nada nos quedamos haciendo... Te la estoy poniendo en bandeja de plata... ¡irnos a vivir a

Europa, con toda nuestra familia, con los bolsillos bien llenos, y dejar atrás toda esta majadería...! ¡Y ahora resulta que te salieron raíces y preferís quedarte aquí, a ser cabeza de ratón!

Un trueno lejano hizo cimbrar los ventanales de la Casa Presidencial.

De pronto hizo un alto el Presidente, y sus ojos de víbora se congelaron sobre su hermano.

—Pero yo te conozco, a mí no me podés engañar—afirmó, apuntándolo con su dedo en un ademán burlón y despectivo a la vez—. Para que estés tan ceñido en quedarte, solo una explicación puede haber... ¡y es que estés bien enredado en una falda, para variar!

En otra circunstancia, Joaquín habría sonreído e incluso bromeado con aquella acusación; pero no ahora que, sintiéndose ya a un paso de ver abrirse para sí el glorioso destino prometido por los Oráculos, y teniendo al fin la sensual promesa de aquella que debía consolidarlo a su lado, veía en las exigencias de Federico un último y desesperado intento por retardar lo inexorable. *“Ah, Pelico... ¡sos vos el que no entiende nada! ¡Date cuenta, tu tiempo ya pasó, y ahora está por empezar el mío!”*

Levantó la vista, fulgor en sus pupilas; pero no pronunció palabra. Lo hizo por él, en cambio, la puerta del despacho, donde reverberaron los golpes dados por un edecán.

—Señor Presidente... su automóvil está listo.

—De por sí ya todo esto es un secreto a voces—murmuró Federico entre dientes, con voz rasposa por la fatiga, mientras se encaminaba a pasos cortos al exterior—. Hoy nada más voy al Congreso a que lo oigan de mi propia boca. ¿No venís a oír la sesión? Te queda de camino.

—No, gracias. Mejor regreso directo al Ministerio, todavía tengo ahí unos asuntos pendientes.

Salió el Presidente de su despacho sin mirar atrás; pero antes de hacerlo Joaquín, dio una ojeada al teléfono que dormía en el escritorio de su hermano. Lo levantó.

—Sí... por favor... un gusto saludarlo, don Buenaventura... Por favor, pregúntele de mi parte a Ofelia cuándo es lo más pronto que me puede atender. Me urge mucho.

La denuncia

La noticia del anunciado retiro del presidente Tinoco, “*debido a una enfermedad que me aqueja*”, se derramó en pocos minutos hasta los tensos confines de la capital. Poco alivio, sin embargo, significó esta para Ariana, extenuada hasta el límite de su longanimidad. Todo lo contrario: hasta donde podía juzgar, la partida del Mandatario significaba poderes ilimitados para su hermano, destinado a asumirlos de forma automática como Primer Designado. ¿Sería ese el momento que aguardaba él para, a continuación, volcar sobre ella todo el peso de sus designios? En todo caso, aunque cambiase la cara visible, el régimen se mantenía incólume; y como decía la maestra María Isabel, “*al país lo gobierna Federico, a Federico lo gobierna Joaquín, y a los dos los gobierna la bruja de Ofelia Corrales*”.

Por si fuera poco, no había logrado tener noticia alguna de Ernesto desde el día de su fuga. Ya esta circunstancia habría bastado para atormentarla hasta la locura, pero el suplicio se acentuaba por el hecho de suponer—a partir de lo insinuado por Rubén Carrillo—que su esposo secreto la aborreciese ahora por imaginar canjeada su libertad por la virtud de ella. ¡Tanta impotencia, tanta incertidumbre...!

De su hermano Miguel tampoco conocía el paradero; y el propio Rubén—el único que hubiese podido tranquilizarla respecto de ambos—mantenía ahora una actitud distante y enigmática, rehuendo cuidadosamente cualquier diálogo con ella en las dos ocasiones que se apareció por la mansión. También María Consuelo lucía más reservada y mohína en aquellos días, acaso preocupada por los quebrantos de salud de Felicia. Y con Rafael, entregado desafortadamente a los excesos, nunca había podido contar, como tampoco con la tía Dolores, que por lo menos le había dado algo de tregua ausentándose de la casa de los Cantillano para atender en la suya a la sobrina enferma. Y afuera, el amenazante ir y venir de los esbirros en las aceras... ¿A quién acudir ahora? No parecía sino que todos, de común acuerdo, hubiesen resuelto abandonarla a los caprichos del General.

Y ahora, además, debía temer el regreso del tío Elías y su esposa, luego de la temporada en las lejanas plantaciones de Juan Viñas.

Por telegrama habían anunciado su venida para el jueves; pero el clima

había sido adverso, y por añadidura la festividad de la Virgen de los Ángeles, celebrada en Cartago ese sábado con presencia del obispo Stork, debía haberlos retenido aún más. En otro momento habría querido ella organizar a la servidumbre y preparar la casa con sus mejores galas para recibirlos; pero ahora no solamente le faltaban el ánimo y la energía, sino que la acometía la zozobra acerca de la actitud que tendrían al verla, en especial si acertaba a hallarse en casa la cizañosa tía Dolores.

Si bien la incómoda parienta ahora solo se presentaba muy ocasionalmente, ocupada como estaba en prodigar cuidados a la enferma Felicia—y en injuriar constantemente al negligente esposo de esta última—, con cada venida suya se renovaban las humillaciones; y contaba para ello con la eterna aquiescencia del pusilánime Rafael. Pero una vez llegados los viajeros, ¿qué les diría? ¿No llevaba semanas relamiéndose con el momento de derramar ante ellos las innumerables quejas y acusaciones acerca de su conducta? ¿No les habría anticipado ya por carta algún desatino que indispusiese a don Elías o a su mujer, quizás al grado de instigar su inmediato destierro a Puntarenas?

El domingo, como a las 4 de la tarde, sucedió al fin el esperado acontecimiento. El carruaje se detuvo ruidosamente frente a la mansión, e instantes después aparecía por fin en la sala la distinguida silueta del patriarca de los Cantillano, escoltado por su esposa y su primogénito—que había salido a recibirles—, y seguido por algunos criados que al trote iban descargando su equipaje. Nerviosamente salió también María Consuelo a darle la bienvenida a su padre; pero Ariana, en la penuria de su atuendo, apenas sí se atrevió a asomarse desde la puerta de la cocina.

—¿Ariana? —el viejo no pudo contener una mueca de disgustada extrañeza al reconocerla, pese a su empeño en ocultarse—. ¿Qué es esa facha la tuya, y por qué estás ahí metida, en la cocina?

Un cortante silencio se derramó por toda la residencia. La colegiala, con un sonrojo cósmico devorándole las mejillas, bajó la mirada y salió lentamente a la sala; pero entonces intervino su prima:

—¿No les contó de esto tía Dolores en ninguna de sus cartas?

—¿De qué? —un anómalo tono irritado se coló en las cuerdas vocales del señor Cantillano.

—De que... ella decidió que Ari iba a tomar el lugar de Secundina.

—¿Y con qué autorización decide Dolores esas cosas? ¡Esta es *mi* casa! —el ademán de don Elías no dejaba dudas de su indignación—. ¡Ariana, te

vas ya mismo a tu habitación y te ponés de inmediato ropa decente! Y apenas estés lista, venís a mi despacho, ¿entendiste?

La muchacha obedeció sin chistar, aunque con sus ojos convertidos en lagunas que amenazaban desbordarse. Apenas pudo se presentó temblando en la estancia donde la aguardaba su severo tío. Delante de ella tomó asiento el caballero, visiblemente agobiado por los estragos del trayecto, pero también con una pincelada de rabia que persistía en relumbrar en su entrecejo.

—Para empezar, Ariana—sus ademanes reseco eran, como de costumbre, los de un juez de instrucción—quiero dejarte claro que esto que hizo Dolores con vos, fue a espaldas nuestras. Ni Lucía ni yo lo sabíamos, y de ninguna manera podemos aceptarlo. En esta casa se te ha tenido siempre como un miembro más de la familia, y es intolerable que se te haya tratado de una forma tan indigna. ¡Y ya me encargaré yo mismo de hacérselo saber también a ella!

La apabullada muchacha no pudo contener más sus lágrimas, que procuró esconder tras la cortina de su cabellera, sin pensar siquiera en la menor réplica. Tampoco era que don Elías esperase ser interrumpido; para él, Ariana seguía siendo la muchachita apocada y temerosa de siempre.

—Ahora bien, si te ofrecemos respeto, respeto te vamos a exigir—los dedos del viejo tamborileaban sobre el descansabrazos de su silla—. Si por alguna razón tu conducta se aparta de las buenas costumbres y de la moral que se practica en esta casa, yo no tendría ningún problema para mandarte de regreso a la tuya, donde tu mamá.

La jovencita asintió en lacrimoso silencio, resignada ya al exilio inmediato. Por un instante la idea no le desagradó tanto: bajo el ala protectora de su madre Beatriz podría estar a salvo del terrible compromiso asumido por ella con el General. Pero de inmediato volvió la realidad a morderle el pecho con sus fauces gélidas, al recordar que aquello podría implicar también una definitiva separación de Ernesto... ¡sin poder aclarar nada, ni saber siquiera qué había sido de él!

—Todavía necesito aclarar muchas cosas en cuanto a vos—el discurso del patriarca se volvió más endeble de un momento a otro—. Es decir... yo sé la tusa con que me rasco, ahora mismo acabo de comprobar que Dolores muchas veces no habla ni actúa de buena fe... pero de todas maneras, estando allá, me fueron llegando informes sobre vos, que no puedo pasar por alto... especialmente por tu actitud durante los desórdenes que hubo hace poco.

Un frío horrible y nauseabundo electrizó las sienes y el cuello de

Ariana.

—Yo puedo entender que tal vez te hayas dejado embaucar por tus compañeras, y por esos condenados “maestros” que deberían estar enseñando decencia y respeto en lugar de malacrianza—don Elías parecía estar leyendo una acusación formal, pero la implacable persecución de sus ojos abanicaba el profuso rubor de la infeliz jovencita—. Ahora, lo que de ninguna manera me entra en la cabeza, es que vos te pusieras tan violentamente en contra de la familia Tinoco... y no solo por la relación que hemos tenido toda una vida, ¡sino porque, si a alguien de esta familia se han esmerado en ofrecer atenciones, ha sido precisamente a vos! Eso sí que no puedo entenderlo... que después de tantos favores y gentilezas, y de que Joaquín mismo te considere como una protegida, les pagués con tanto odio... y que haya sido la pobre Secundina la que terminó por pagar con su vida tu imprudencia.

La conjunción entre el espanto, el dolor y la ira obstruyó la garganta de Ariana, mientras las palpitaciones de su corazón, ruidosas y violentas, reverberaban sin clemencia en su pecho, cuello y oídos. Por primera vez levantó sus ojos hacia el viejo hidalgo, con la respiración entrecortada, la faz enrojecida y las manos temblando, mientras la acometía el vivo deseo de revelar por fin al tío Elías toda la verdad, toda la siniestra trama de seducción y acoso planteada y ejecutada por el enaltecido General... un deseo que expiró en sus labios, ahogado por una fatídica certeza: “*No me va a creer*”...

—El tema, desde luego, es muy delicado para nosotros como familia—reanudó su discurso el patriarca—, pero ahora hay otro asunto del que me urge más enterarme. El día antes de veniros, recibí un telegrama de José María, el esposo de Felicia... donde me dijo que él te había entregado a vos algo para mí. ¿Es cierto eso?

—Sí, señor.

—Pues anda a traérmelo.

Envuelta en su nube de tristeza y aturdimiento, Ariana salió casi como una autómatas. Llegó a su habitación, e instantes después emergió de ella con el ascua de papel que, de un solo golpe fiero y sin que ella pudiese impedirlo, atiborró su memoria con las vívidas escenas de su entrevista a solas con Joaquín Tinoco en el Ministerio de Guerra. ¡Ah...! ¿Cómo eludiría ahora esa cita amorosa cuya promesa él le había arrancado? ¿Qué escapatoria le quedaba ahora, si no la de rebajarse finalmente a aquello que por tantos meses se había esforzado por evitar...? Por instantes ansió morir, y en su

perturbación recordó los revólveres que guardaban su tío y Rafael en un desván del solar... mas luego escuchó de nuevo la frase terrible pronunciada en *La Centella* por Ernesto: “*Ni vos ni yo solucionaríamos nada matándonos. El que tiene que morir... al que hay que matar... ¡es a Joaquín Tinoco!*”

Titubeó mucho antes de abrir de nuevo la puerta del despacho. En su mente alterada creía estar en el umbral del infierno, y la figura de su tío en el asiento le pareció la del mismo Satanás, capaz de leer sus pensamientos y de una vez arrojarla por ellos a las llamas eternas.

—¿Una carta? —las pobladas cejas de don Elías se arquearon asimétricamente al extender su sobrina la mano para entregársela—. Bueno... gracias, Ariana... y ya podés retirarte.

Apenas habían transcurrido unos minutos, y hallábase todavía la apabullada jovencita deambulando por la sala, cuando atrajo su vista un estrépito repentino. Y vio entonces emerger del despacho al tío Elías, pálido de furor, boca entreabierta, frente perlada por el sudor, ojos desorbitados, para atravesar a largas zancadas la estancia sin mirarla siquiera, y dirigirse precisamente a aquel desván. “*Uy, Dios... ¡aquí pasó algo raro!*”, se dijo la aterrada jovencita, siguiéndolo con sus pupilas por la ventana de la cocina; y al ver que sacaba una de sus armas y la cargaba sin decir palabra, dio un respingo y corrió a encerrarse en el baño más próximo. Desde allí lo vio pasar de nuevo, fuera de sí, y segundos más tarde oyó abrirse y cerrarse con rudeza la puerta de la calle.

Sin salir de su espanto, presenció luego la precipitada aparición de un agitadísimo Rafael en la sala, mirando en todas direcciones con angustioso desamparo, y preguntando a dónde se había ido su padre con tan brutal prisa, antes de echar a correr de nuevo, también hacia el exterior. No quiso ver más; se lanzó al rincón más retirado del baño y allí se sentó, hecha un puño y tapándose los ojos a la espera de un disparo fatal.

Después... un espeso y ominoso silencio.

Mucho tardó en cobrar el ánimo para atreverse por fin a emerger de su escondite; mas cuando por fin lo hizo, encontró la sala desierta... y la puerta del despacho de don Elías abierta. Al punto se encendió en su mente una bengala enrojecida. ¡La carta de José María! ¡Ahí debía estar la clave para el insólito arrebato! Después de algunas vacilaciones se resolvió a entrar... y descubrió allí que María Consuelo había llegado primero.

—¡Dios mío, Ari... ahora sí que nos desgraciamos...! —las huellas de llanto, la voz entrecortada, los cabellos en desorden, todo en el aspecto de su

prima anunciaba una inminente tragedia, mientras en sus manos se agitaba un maltrecho trozo de papel—. ¡Mirá nada más lo que dice aquí...!

Sobrecogida de pavor, la colegiala arrebató la hoja a la llorosa María Consuelo... y conforme la fue leyendo, la palidez de su rostro y el temblor de sus manos fueron volviéndose más pronunciados. En las manchadas líneas, con una profusa amargura y no poco rencor, se atrevía José María a denunciar en gruesas frases el continuo adulterio de Felicia, y a reclamar no solo el divorcio, sino la compensación monetaria por el escándalo que resultaría. Y aderezando el pastel, dos acusaciones no menos graves: señalar como cómplice a la tía Dolores... y como el amante subrepticio, a Joaquín Tinoco.

Dos armas hurtadas

Mal hubiese acabado esa noche, si Rafael no hubiese logrado alcanzar a su padre a pocas calles de distancia, y persuadirlo poco a poco de calmarse y regresar al hogar. Pero el caos puso de todas formas su trono en la mansión de los Cantillano, al grado de quedar suspendida la cena nocturna, gracias a la ausencia de ambos hombres, a la indisposición resultante para la acongojada tía Lucía—a quien María Consuelo tuvo que poner al corriente del motivo de tamaña erupción—y al nulo deseo de Ariana de acercarse siquiera a respirar el aire enrarecido de aquel comedor.

El hambre, claro está, la despertó muy de madrugada al día siguiente. Se levantó y se lavó rápidamente, antes de ingresar en puntillas a la cocina para prepararse un desayuno y salir cuanto antes hacia el colegio, donde las lecciones se habían reanudado algunas semanas antes. Se movía de prisa; no quería toparse a nadie antes de partir. Tenía el firme propósito de pasar el menor tiempo posible en aquella casa, al menos hasta que pasase la turbulencia o el tío Elías se serenase lo suficiente para tomar una decisión sobre ella. ¡Ah, cuánta envidia le tuvo entonces a Ernesto! ¡Cuán preferible le parecía ahora la vida clandestina que debía estar llevando su esposo secreto, en las entrañas de algún lugar quizá lejano, en vez de permanecer allí vegetando, en fútil lucha por guardar unas apariencias que se desmoronaban de todas formas a su alrededor! ¡Cuánto anheló entonces poder huir, alejarse de aquella lujosa caverna de horrores, en busca de una elusiva paz! Pero bien sabía que era impensable: las garantías seguían suspendidas, el Ejército seguía sitiando la ciudad y patrullando las calles, y continuamente se escuchaban los disparos al cuerpo con los que se reprimía cualquier gesto de desafío al régimen. ¡Podía irse el Presidente, como había anunciado, pero el régimen permanecía intacto, y acaso más brutal!

Tomaba asiento ya para devorar su desayuno, a la luz de una candela encendida por ella misma, cuando advirtió en un ángulo de la mesa un inusual objeto de extraña forma... y tuvo que ahogar un grito de miedo al percatarse de que era un revólver.

Con la mano intentando domar su desbocado corazón después del susto inicial, examinó el arma a distancia, sin atreverse a manipularla. “*De fijo la*

dejó aquí olvidada tío Elías anoche, en medio de tanto desmadre”, reflexionó, todavía agitada y con sus bronquios haciendo un anómalo ruido en cada inhalación. Pensó primero en dejarla ahí mismo, luego en devolverla a su sitio... y de pronto se alzó en su mente un fogonazo de temeridad. Con sumo cuidado se animó a empuñarla y, luego de otear nerviosamente alrededor, voló a su propia habitación y la ocultó allí, en el mismo escondrijo donde mantenía guardadas las cartas de Joaquín Tinoco. *“Si nadie va a hacer nada por mí para librarme de ese hombre... todavía me queda esto”*. Luego, asustada de su propio atrevimiento, agarró presurosamente sus útiles y echó a correr hacia el colegio.

No conseguía Ariana habituarse al patente hostigamiento que sufrían ella y sus compañeras desde la reanudación del curso lectivo. Después de haber sido epicentro de las sangrientas jornadas de junio, el Colegio Superior de Señoritas ahora resultaba uno de los lugares más vigilados por los esbirros tinoquistas. A todas horas, se aglomeraba en cada esquina un pelotón de unos seis o siete miembros, armados e insolentes, que contemplaban desvergonzadamente a las jovencitas que iban o venían de sus lecciones; y nunca faltaba el que les dedicaba frases soeces que celebraban los otros a carcajadas, o el que desenvainaba la cruceta o hacía de tanto en tanto un tiro al aire, solo para amedrentarlas. Otro destacamento de similar catadura se mantenía hasta tarde frente a la puerta principal.

A ella misma, empero, aquellos polizontes le tributaban un trato muy distinto, que siempre le hacía hervir la sangre: a su paso se cuadraban burlonamente como si se tratase del propio General, y le dedicaban invariablemente un rotundo silencio carcomido por sonrisas petulantes. Y algunas veces, a la hora de salida, se desprendía del grupo alguno de aquellos esbirros, para seguirla por una o dos cuadras. ¡Era la forma de hacerle saber que estaba más vigilada que nunca!

La tarde del miércoles, empero, un repentino aguacero poco antes de la hora de salida obligó a tales oficiales a un momentáneo repliegue. Al emerger Ariana por el portón principal, se percató de que no habría de padecer esa tarde la cotidiana afrenta... y le surgió entonces una de esas inspiraciones súbitas que la caracterizaban. Al abrigo de la nubosa oscuridad emprendió con aparente normalidad su trayecto hacia el norte, eludiendo los charcos, las gradas y los peatones; pero a medida que se alejaba del centro educativo, iba incrementándose el compás de sus pasos. Cruzó la Avenida Central justo por delante del tranvía, y enseguida cambió bruscamente de rumbo hacia el oeste.

En la siguiente esquina hizo un giro suave que le permitió mirar hacia atrás. ¡Nadie la seguía! De inmediato reanudó su trayecto, con insólito alivio en su semblante. ¿El destino? El taller de ebanistería en el cual se refugiase con Ernesto luego del incendio de “*La Información*”... donde tenía la esperanza de hallar de nuevo a Agustín, el improvisado “padrino” de su boda secreta, a quien no veía desde aquella tarde inolvidable. ¡Acaso él pudiese serle de ayuda en medio de aquel enfermizo trance...!

Desde luego, el fornido muchacho se sobresaltó al verla aparecer nuevamente; y sin darle apenas tiempo de anunciarse, dejó su banco de trabajo y se precipitó a la acera, en medio de los socarrones comentarios de sus compañeros.

—Ariana... ¿qué tal todo? —de no haberse hallado en dicho sitio, probablemente ambos hubieran sucumbido al deseo de abrazarse, con la intensidad de un afecto forjado a punta de peligros compartidos. Agustín, sin embargo, aparentaba una nerviosidad inusual en él—. Supongo que... venís a ver cómo anda el *trabajito* aquel... ¿verdad?

—Mmm... ¿sabés algo? —las pupilas azules de la colegiala se entornaron, como dudando si el ebanista intentaba simplemente despistar a compañeros y transeúntes, o si en verdad tenía alguna información que pudiera serle útil—. Es que... me urge saber... a mí me puede ir muy mal si no logro...

—Bueno... el material se nos perdió, vos sabés... desde el día de la revuelta... y después yo me fui un tiempito a donde mis familiares de El Coyol, y apenas regresé hace unos días...

—Ah... entiendo... pero a lo mejor vos podés ayudarme igual... ¿verdad que a vos te quedó una *herramienta* por ahí, que te encontraste ese día precisamente...?

Agustín abrió mucho los ojos, y luego surcó sus labios una fugaz risilla que reprimió en el acto. Había comprendido: Ariana le preguntaba por el arma que le arrebatase al policía.

—Bueno... a eso iba... —carraspeó, antes de bajar más la voz para añadir—: Resulta que este sábado que pasó, fui a tomarme algo con unos amigos... y ahí, hablando y hablando, resultó que alguien me dio razón del material perdido... y así, como sin querer, logré localizarlo, y ver que sigue en buen estado... El asunto es que, en el vacilón, ahí se me quedó la *herramienta* esa que vos decís...

—¿Entonces la tiene él...? —el *tsunami* de emociones repentinas

sacudió en todas direcciones el sensitivo corazón de la jovencita—. ¡Agustín, yo necesito verlo...!

—Eh... creo que no es... pues, conveniente—comenzó él a tartamudear, asustado de que la absorta colegiala hablase de más—. El lugar donde está no es muy... limpio que digamos, y además hay otros materiales en esa bodega, que podrían resultar medio peligrosos...

—¡Por favor, Agustín...! —olvidándose ya de la discreción, Ariana atenazó la camisa del sorprendido obrero—. ¡Es de vida o muerte! ¡Necesito verlo...!

—Perdoname, Ari... creo que por hoy no se va a poder—con un rotundo manotazo al aire confirmó Agustín lo inflexible de su determinación—. Pero si querés, pasá mañana temprano por aquí, y hablamos un momentico, para ver qué hacemos...

Planes confusos

Después de aquella conversación, deambuló la jovencita por largas horas a través de las calles josefinas, sintiendo esa insaciable comezón de moverse que acompaña a las emociones intensas, y empeñada además en evadir a cualquier costo la deplorable atmósfera de la casa de sus tíos. Iban a dar ya las nueve de la noche cuando se decidió por fin a ingresar, temerosa de un arresto; pero dentro de la mansión reinaba todavía tal aturdimiento colectivo, que nadie se cuidaba ya si regresaba ella o no. El cuadro se mantenía invariable desde el lunes: la tía Lucía continuaba en cama, atendida por una María Consuelo cada vez más agitada; Rafael había desaparecido otra vez en alguna de sus inacabables juergas, y el tío Elías, sentado en una mecedora de la sala, permanecía en un espectral silencio con la mirada fija al frente, fumando maquinalmente un puro tras otro, sin molestarse apenas en mirarla. Ariana se limitó a dar las buenas noches y otra vez se fue a su habitación sin probar bocado.

Conciliar el sueño, sin embargo, resultó tarea imposible para la desesperada muchacha. Por largas horas se agitó en su nido de angustias, sudorosa y con los dientes apretados, martirizándose una y otra vez imaginándose despreciada por Ernesto, desterrada por los Cantillano, abandonada por sus amigos, arrinconada por el General. ¡El cerco era completo!

Se levantó aún más temprano al día siguiente; y comenzó a descubrir, no sin cierto resquemor, que el revólver que mantenía ahora oculto empezaba a ejercer sobre ella una autodestructiva fascinación. ¿No era un drástico recurso del que podía echar mano en caso de que se agotaran todas las demás posibilidades? Más aún, ¿no podría utilizarlo desde ya, por ejemplo, para ponerse a sí misma eternamente fuera del alcance de todos sus gratuitos detractores? Quizá lo habría hecho esa misma mañana, de no haber sido tan férreas sus convicciones espirituales, al amparo de las cuales dirigió al Cielo mil plegarias en un minuto antes de colocarse encima su abrigo y trasponer la puerta. *“Jesús... ¡yo sé que no me salvaste de morir en Cartago para hacerme terminar así... por favor, haz algo!”*

Apenas clareaba cuando llegó la muchacha a la ebanistería, que aún

estaba cerrada; pero ya la esperaba allí Agustín, quien silenciosamente le rindió el sombrero para saludarla.

—Bueno, aquí estamos ya... —aunque no se veía un alma en la calle, hasta en la voz furtiva de Ariana se notaba cuán imposible le era no sentirse observada—. ¡Por favor, decime que tenés algo para mí, decime que averiguaste algo...!

—Anoche logré hablar otra vez con él—el corpulento ebanista, en cambio, lucía más relajado—. No pude convencerlo de que me devolviera la *herramienta*... aunque tal vez sea mejor así... Lo que pasa es que, como los dos la queríamos para lo mismo, tuvimos que echarnosla a rifa... y él se la ganó... Pero claro, eso fue antes de saber que los Tinoco se iban “de viaje”...

—¿Y eso qué? ¡Con viaje o sin viaje, yo sigo estando igual...! —bajo el silencio de la aurora, el gemido de Ariana fue lo bastante audible para sobresaltar a Agustín—. De aquí a que esos dos estén en un barco, ¡a mí me puede pasar cualquier cosa...! Y eso, suponiendo que se larguen los dos... pues a estas alturas ni siquiera sabemos con seguridad si Joaquín va a irse o no, porque el único que ha dicho algo ha sido *Pelico*... ¿Y si resultara que se queda? ¿Cómo me va a ir a mí?

Piel erizada, ojos entornados y humedecidos, mandíbulas tensas, la muchacha apenas lograba domar sus desbocadas emociones. Frente a ella el obrero, visiblemente angustiado, miraba de un lado al otro, como temiendo la cercanía de algún agente gobiernista.

—¿Sabes qué es lo más irónico? —continuó ella, luego de una airada pausa—: Que yo no le aflojé nada a Joaquín Tinoco para lograr que Ernesto saliera libre... ¡y él, que me conoce bien y juró confiar en mí, a pesar de todo sigue suponiendo cosas...! ¡Lo que hice fue cumplir lo que prometí ante Dios y arriesgar todo por mi esposo, el único hombre que amo! Pero sí que tuve que ofrecerle algo al General... hacerle una promesa, darle a entender que estaba agradecida y que ahora me tocaba a mí complacerlo... ¿Y ustedes de veras creen que él se va a ir sin cobrármela? ¿O van a quedarse ahora todos en sus escondites, y dejar que él haga conmigo lo que le dé la gana? ¡Lo único que yo quiero saber es si puedo contar con alguien... con vos, con mi esposo, con mi suegro, con mi hermano, con Rubén Carrillo, con el Perico de los Palotes... con quien sea! Porque si no... yo veré qué hacer... pero si tengo que matarme para librarme de ese zángano, ¡lo hago, por la memoria de mi padre juro que lo hago!

La exaltación de la colegiala comenzó a aplacarse al advertir cuánta

congoja surgía en la faz del desdichado ebanista. ¿Alguna vez lo había visto en tal estado? No lo recordaba; ni siquiera el día de su boda, cuando tuvo que cargar con ella para escalar la empinada orilla sur del río Torres.

—Calmate un momento, Ariana... —las gruesas y ásperas manos de él en los hombros de ella la hicieron estremecerse por instinto—. No sé qué te habrán dicho Ernesto o Rubén... porque vos sabés, yo tengo apenas unos días de haber regresado de Alajué... Pero por lo que creo conocer al bandido de Rubén, para mí que lo único que está haciendo es ganando tiempo, mientras alista todo para zafarse con la novia para algún lado, tal vez a Osa o a Limón...

“¿También María Consuelo?”, la pregunta atravesó su mente como un grito penetrante. “¡Dios guarde... con lo que acaba de saberse de Felicia, y se zafa esa otra... se nos termina de morir tío Elías!”

—Y en cuanto a Ernesto, yo...

—Por favor, Agustín... ¡decile a Ernesto que necesito hablar con él de una vez por todas... y ojalá hoy mismo! ¡Decile que yo voy a donde sea, a la hora que sea... ya poco me importa si se enoja el General o si mis tíos me echan de la casa... lo necesito a él!

El ebanista liberó lentamente los hombros de Ariana que mantenía presionados, y asintió con humilde lentitud.

—Pasate otra vez por aquí en la tarde—le dijo por fin—. No sé cómo voy a hacer... pero espero tenerte alguna respuesta. Y en serio, Ari... si por alguna razón Ernesto no te pudiera amparar... no olvidés que yo soy tu padrino. ¡Que no pueda decir Joaquín Tinoco que todos los *ticos* somos cobardes!

Gambito

Al salir de clases esa tarde, se encontró la agitada Ariana con una circunstancia inesperada: aquellos ruines esbirros que resguardaban los accesos al colegio habían desaparecido sin huella. Y aunque de ninguna manera los echaba de menos, no dejó de parecerle extraña aquella ausencia, luego de tantas semanas de constante y estrecha vigilancia.

Los comentarios pescados al azar por sus agudos oídos le revelaron el motivo: para las 5 se esperaba el arribo a la Estación del Ferrocarril del Pacífico del tren que traería de regreso a las primeras tropas del Ejército licenciadas por el Ministro de Guerra, luego de su “victoria final” frente a los revolucionarios del Sapoá. En efecto, ya alcanzaban a escucharse, provenientes del suroeste, las sirenas y los silbatos que llamaban a la población a recibir a los “héroes”, y a eso se debía sin duda que se hubiesen terminado las lecciones con tanta anticipación.

La consigna oficial, desde luego, era que las alumnas acudiesen a recibirlos en triunfo; pero la ausencia del Director a causa de un resfrío y la fría hostilidad del personal docente y de las propias estudiantes hacia el régimen, habían disminuido mucho la efectividad de tal convocatoria. De todas maneras, Ariana no tenía ni media intención de acudir: no solo por su necesidad de acudir otra vez al taller de ebanistería donde trabajaba Agustín, sino por el intenso aborrecimiento que ya sentía por todo lo que le recordaba a la tiranía, y por haber escuchado además el rumor de que el maestro García Flamenco—quien denunciase el asesinato de Fernández Güell—no había muerto en combate, sino “*quemado vivo*” por orden expresa de los hermanos Tinoco. De modo que la ausencia de los esbirros no fue para ella sino una preocupación menos.

Su segunda visita al taller fue en extremo corta, pues el muchacho no hizo sino entregarle una escueta nota en la que reconoció la letra de Ernesto. “*Ventana - ₡10⁰⁰*”. Ariana contempló la hoja con cierta perplejidad, hasta que el ebanista le hizo ver que se trataba del lugar y la hora para su encuentro. La colegiala dio un exhausto suspiro, agradeció con una breve sonrisa, y se alejó lentamente.

Llegaba apenas a la esquina cuando pasó a su lado un brioso

automóvil, desde cuyo asiento trasero se agitó en aparente y repentino saludo un emplumado sombrero femenino. Ariana dejó de caminar, recelosa, al ver que el vehículo se detenía unos pasos más adelante; mas entonces se abrió la ventanilla y se asomó por ella el amable semblante de doña Adelia Valverde.

—¡Ariana, qué dicha que te veo...! —exclamó la dama, con su acostumbrada gentileza, aunque en sus facciones se translucía un raro visaje de melancolía que la observadora muchacha no pudo pasar por alto—. Estaba pensando en llamar a donde tus tíos, para ver si podías venir a ayudarme esta tarde con los chiquitos... ¿Tenés tareas, o podés venirte de una vez, para tomarnos un cafecito?

Decidida como estaba Ariana a evitar el malsano ambiente que imperaba por entonces en la mansión de los Cantillano, no tuvo la mujer ninguna dificultad para persuadirla. Instantes después se encontró ella a bordo del automóvil, que llegó rápidamente a la vistosa residencia de doña Adelia.

—¿Y don Julio? —preguntó tímidamente la joven visitante, luego de otear con evidente recelo la bien adornada sala y los corredores internos—. ¿Anda trabajando?

—Tiene sesión en el Congreso—la mujer puso sobre la mesa principal uno de los paquetes que traía de los almacenes josefinos que acababa de visitar, en tanto que dos criadas suyas trasladaban los demás a las habitaciones—. Y creo que sale tarde, otra vez... Algo lo oí decir, de que hoy o mañana está don Federico por presentar la solicitud del permiso para su viaje, y eso lo va a mantener ocupado...

De pronto guardó silencio, bajó la mirada y embolsó sus bien pintados labios. Tomó asiento e invitó a la muchacha a hacer lo propio.

—¿Pasa algo, doña Adelia?

—Bueno, Ariana... yo sé que no tiene sentido ocultarte a vos cosas que de todas formas tenés que haber visto—un largo suspiro, y una pausa mientras una de las sirvientas se apresuraba a servirles a ambas el café—. Ya sabes cómo es mi esposo... y ahora está peor, porque lo tiene muy inquieto eso de la salida de los Tinoco... él siente que, si ellos se van, se le termina a él la vida social y política... Pero últimamente... no sé cómo explicarte, me da pena... le está volviendo a dar por celarme... me cela con cualquier viejo, con sus propios amigotes... ¡hasta con el mismo don Joaquín! Y una noche de estas...

Titubeó por un momento, como intentando no ser oída por ninguna de sus criadas, y luego bajó la cabeza y la voz para añadir:

—Una noche de estas, de un momento a otro se puso como loco... con

los gritos despertó a los pobres chiquitos, ¡y delante de ellos me sacó la pistola...! —un sollozo ahogado cortó el relato—. No te imaginas el miedo que me dio... ¡y ahora vivo pensando en qué momento va a hacer una tontería...!

—Pero... ¿usted no le ha contado esto a nadie? —cosa extraña, la muchacha no demostró mucho asombro. Por el contrario, parecía comprender muy bien el gris manto de desamparo que ahogaba a la dama—. Por ejemplo a su hermano, el doctor...

—¡No, jamás, no podría yo...! —pasando rápidamente de la tristeza al pánico, doña Adelia se enderezó con brusquedad en su silla—. Se da él cuenta, ¡y ahí sí es cierto que me mata...!

—¡Uy, no, doña Adelia... ni Dios quiera, no diga esas cosas! —se santiguó la jovencita a su vez. Siempre aquella dama afectuosa y distinguida le había despertado gran simpatía, pero nunca como ahora podía identificarse con ella—. Veá, lo mejor es que...

—Permiso, señora Adelia... —la voz chillona de un sirviente rebanó la conversación desde el extremo del comedor—. Es que aquí la busca... el señor Tinoco.

Es difícil adivinar cuál de las dos se perturbó más ante semejante anuncio. La anfitriona se ruborizó en el acto, y presa de un súbito calor comenzó a abanicarse torpemente con el sombrero, sin lo cual no habría dejado de notar cuán ferozmente palideció la colegiala ni con cuánta violencia le temblaron las manos. Ambas quedaron, sin embargo, casi petrificadas al ver alzarse en la puerta, cubierto con su flamante uniforme de divisionario y envuelto en una lúgubre capa oscura, al General en persona.

—Le ruego mil disculpas por la molestia, doña Adelia... —el caballero se inclinó ante ellas, despojándose con reverencia del reluciente quepis que lucía, y besó primeramente la mano de la sobresaltada dama—. De haber sabido que estaba usted atendiendo visitas, habría pasado en otro momento... aunque me da mucho gusto ver por acá a una persona de mi plena estima, como la señorita Cortés...

—No, don Joaquín... ninguna molestia... —balbuceó la anfitriona, dirigiendo nerviosas miradas a la colegiala que tenía a su derecha—. Tenemos café y pan, por si nos quisiera hacer el honor...

—Gracias, señora... pero voy un poco rápido—la sonrisa afable y el trato exquisito de Joaquín, aun sin dirigirse a Ariana, eran tan mágicos que casi conseguían disipar en ella el pavor y el disgusto, y persuadirla en cambio

de rogar de rodillas su perdón por haberlos sentido siquiera—. Eso sí... con el permiso de la señorita, quisiera decir a usted algo en privado...

Con notoria zozobra asintió doña Adelia, y ambos se alejaron unos pasos nada más. Poco o nada pudo oír la invitada de aquella breve charla, exceptuando una palabra dicha por Joaquín: “*despedirme*”; pero dos o tres veces logró advertir que el militar le arrojaba ciertas miradas, tan chispeantes como fugaces. Agonizó la jovencita durante todo ese tiempo, con el corazón amenazando con explotar dentro de su pecho, mientras un gélido hormigueo azotaba su espalda y cuello; pero la tensión llegó a su colmo cuando, habiendo retornado ambos a la mesa, se dirigió por fin a ella.

—¿Me permitiría usted un momento, señorita Ariana? —tendiéndole su brazo con ceremoniosa firmeza, hizo ademán de llevarla aparte. En otro escenario se habría resistido la jovencita, pero no quiso agregar más congoja a la desventurada anfitriona, de modo que mansamente se dejó conducir casi hasta el pórtico. Allí alcanzó ella a observar que, en efecto, el automóvil del Ministro de Guerra se mantenía estacionado afuera.

—Es una grata sorpresa verte aquí, *Arienne*—su mirada, a un tiempo inquisitorial y acariciadora, se acompañó de una suave caricia en el hombro de la muchacha—. Necesitaba hablar con vos, y no habría sido conveniente tocar este asunto en casa de tus tíos...

—Mm... la sorpresa es para mí, *mon Général*—una mirada ladeada y un hombro ligeramente levantado constituían la máscara de enigmática coquetería con la que procuró ella defenderse—. Por supuesto, me hubiera halagado mucho que me hubiera ido a visitar allá... pero lo importante es que al fin pudimos vernos... y que, de paso, mi presencia deja a salvo la honra de doña Adelia, porque de lo contrario, recibiendo ella una visita suya en ausencia del marido, alguien podría pensar mal...

De los labios del militar amaneció una sonrisa pícaro.

—Pues sí, tenés razón... en mi afán de despedirme de una dama a la que tanto estimo, debí haber sido quizás un poco más cauto—afirmó, deteniendo sobre ella la lumbrera de sus pupilas.

—Despedirse... —Ariana bajó la mirada y atenuó su voz, como intentando entintarla de nostalgia—. Así que usted también se va...

—Siempre me ha resultado fascinante esa sagacidad tuya para discernir las sutilezas.

—¿Y de mí no pensaba despedirse?

La sonrisa de Joaquín se amplificó. La que estaba ante sus ojos no era

una cándida jovencita, sino una mujer sugerente y apasionada. Como le había sido anunciado... “*Obligarla no va a funcionar... Ella debe venir por sí misma, voluntaria y dócilmente*”...

–Me habías dicho que podíamos vernos un domingo por la noche. ¿Qué tal este domingo?

–Usted es el ocupado, *mon Général*... pero si los preparativos de su viaje se lo impidieran...

–Sabiduría, poesía y modestia... las marcas de un alma invencible... ¡Ah, qué pena que nunca me haya tomado en serio *Pelico*, las veces le dije que alguien como vos debía estar entre sus consejeros, habiendo sido puesta en este mundo para influir en las esferas donde se toman las decisiones...! De veras que el tuyo es un espíritu superior, creado para un destino, un propósito especial...

–¡Ay, don Joaquín...! ¿Qué puede mi espíritu tener de superior, que no sea la gracia del Señor Jesucristo? Yo soy una muchacha como cualquier otra... que se alegra, sufre, se enoja o se enamora...

–Que se enamora... —escuchó ella el eco de sus palabras en los labios del militar, con una entonación que evocó en su mente la terrorífica imagen del capuchón negro sin rostro frente a las velas titubeantes de la casa de Ofelia Corrales.

–Pero si usted se va, quiere decir que destino no era el que imaginábamos...

–De eso te quería hablar, *Arianne*. De nuestro destino.

La colegiala levantó con tibieza la vista, a modo de pregunta.

–En verdad que Federico ha insistido mucho en que nos vayamos los dos a Europa—la frase pareció devolverle la gravedad a su rostro—, y eso me ha mantenido ocupado con los preparativos de rigor. Ya tengo las visas de Merceditas y de mis hijos, y a la casa llego ahora a hacerles las maletas. Mañana tendremos un gran desfile militar, que naturalmente me toca encabezar... y que debe servir como demostración de que nuestro retiro no se debe a que nos hayan vencido o debilitado siquiera. Y el sábado en la noche voy a presentar ante el Congreso mi renuncia como Primer Designado.

–O sea, que su partida es definitiva...

Joaquín Tinoco alzó la vista furtivamente y miró en todas direcciones. Nadie había cerca.

–Federico se va, con su familia y la mía. Es una decisión tomada.

–¿Y qué va a pasar conmigo?

–Vas a esperarme en San José.

–¿Esperarlo? ¿A usted?

–Nuestro destino está a las puertas, *Arianne*. El Ejército me sigue siendo leal, la revolución fue derrotada, Wilson tuvo miedo de invadirnos, tu “amiguito” huyó dejándote abandonada... y con mi esposa y *Pelico* fuera del juego, ya no queda nada que se pueda interponer en lo que nos está preparado. Voy a devolverme de Limón, para tenerte por fin a mi lado... y tomar el poder.

La trampa

Un amasijo de ruidos escalofriantes despertó con horrorosa brusquedad a Ariana la mañana de ese viernes. Crujían las paredes y el tejado, ladraban los perros, y las imploraciones de María Consuelo, la tía Lucía y las criadas en la sala principal eran ahogadas por un sordo retumbo que parecía venir de las entrañas terrestres. Al sentir el estremecimiento saltó ella de la cama entre descontrolados gemidos, para lanzarse despavorida en busca del solar, perseguida por los traumáticos fantasmas de su pasado. Podía haber sobrevivido ella al terremoto de Cartago, pero—como lo comprobaba cada vez que se producía un sismo—también el terremoto había sobrevivido en ella.

Tardó mucho en recobrase de semejante susto, y acaso no lo habría conseguido sin los cuidados de María Consuelo, quien parecía ser, de toda la familia Cantillano, la única que mantenía todavía algún resabio de cordura a pesar de la evidente zozobra que le ajaba el semblante. La tía Lucía oscilaba violentamente entre el aletargamiento y la histeria, Rafael llevaba dos días sin volver a su casa, y el pobre don Elías, aturdido aún por las imputaciones de José María a Felicia y a la tía Dolores, no atinaba todavía a encarar a estas últimas o a su acusador, y únicamente había hecho venir a un abogado para tocar tangencialmente el tema. ¡Y ella misma, claudicando entre el suicidio y el magnicidio...!

De camino al colegio escuchó a la distancia los clarines y tambores con los que se anunciaba la fastuosa revista militar que arrancarían en la Plaza de la Artillería; y apenas unos minutos más tarde, los cañonazos con los que se saludaba al eximio Ministro de Guerra y General de División. Al punto se puso en marcha, una vez más, el molino de sus recuerdos, trayendo a sus ojos y oídos la intensa entrevista que tuviese la noche anterior con Ernesto, en la ventana de su habitación.

No iba a olvidar jamás el terror que experimentó cuando, al abrir sigilosamente los postigos a la hora convenida, vio aparecer en su acera la sombra tenebrosa de un uniformado. ¡Los debían haber descubierto...! Mas enseguida pasó de la frustración al delirio, al revelarle el alumbrado público la fisonomía de Ernesto, ¡el amado, el añorado, el esposo secreto...! Largo

había sido su abrazo, poderoso su beso, y cálidas sus palabras de cariño y perdón, que permitiesen a ambos constatar, una vez más, los inquebrantables cimientos sobre los que descansaba su amor, a despecho de tantos embates.

Tampoco olvidaría nunca la expresión de incrédulo asombro en las nobles facciones del muchacho, al revelarle ella los verdaderos designios del General.

—Entonces, eso de que se van los dos, ¿es puro teatro?

—Eso fue lo que dijo él. Robarle la vuelta a *Pelico* haciéndolo creer que él también se va, y devolverse a última hora para asumir el mando, con el apoyo del Ejército...

—¿Te imaginás? ¡Sólo habría que ponerle una corona y ya tendríamos nuestro propio *Káiser*!

Escuchóla luego Ernesto con gran atención, al mencionarle ella la “cita amorosa” que habían acordado para el domingo en la noche; y reaccionó con espantada sorpresa al mostrarle ella el revólver que mantenía oculto.

—Ari... ¿qué pretendés hacer con esto?

—Vos mismo me lo dijiste muy claro, allá en *La Centella*: la única forma de acabar con Joaquín Tinoco es agarrándolo solo y desarmado... Pero aún si no pudiera... ¡primero me mato antes de que él me ponga un dedo encima!

—Jamás, Ari... ¡jamás, es demasiado...! —la réplica de él solo pudo surgir al cabo de unos segundos de pasmo—. Para eso... ¡para eso tenés un esposo... y también un hermano, listos para dar la vida por vos! No, no... lo que necesitamos es ser más inteligentes... ¡tenderle una trampa!

Muchos años después, Ariana aún podría haber repetido, palabra por palabra, cada uno de los pormenores que ella y Ernesto deliberasen para aquella cita clandestina. Citaría al General a último minuto, para no darle tiempo de enviar a sus esbirros a despejarle el camino; y procuraría proponerle un sitio lo bastante próximo a su casa como para que él prefiriese ir a pie, pero lo suficientemente distante para montarle una o dos posibles emboscadas. Y, si bien admitían ambos las minúsculas posibilidades de sobrevivir que tendría el ejecutante, también discutieron una posible ruta de huida.

—El día que yo me escapé de donde esa *médium*, la tal Ofelia Corrales —había explicado—, terminé andando por el bajo del río Torres, y al cabo encontré una especie de trillo que pasaba por detrás del Parque Bolívar, e iba a salir casi directo al patio de la casa del doctor Valverde, el hermano de doña

Adelia... Ahora debe estar hecho un barrial, pero podría servir... Porque si algo saliera mal, o incluso si saliera extremadamente bien... habría más posibilidades de zafarse agarrando para abajo por el callejón donde vive el doctor, brincándose esa tapia y buscando ese caminito... en dos saltos estarías en Guadalupe, y con nada podrías buscar refugio donde el padre Tomás, o hasta conseguir un caballo, agarrar para *La Centella* y esconderte allá unos días...

Esa mañana de viernes, mientras todo el público josefino bordeaba las calles para presenciar el imponente desfile castrense, al compás de la Banda Militar y encabezado por el gallardo General a lomos de su impecable corcel negro, Ariana recordaba sin parar aquel dramático encuentro nocturno. El último que habían de tener ella y Ernesto durante el régimen de los Tinoco.

Catástrofe

Al volver Ariana del colegio esa noche, encontró la mansión de los Cantillano anómalamente agitada; y no tardó en enterarse del motivo. Resultó que, al cabo de cuatro días de vacilaciones, el tío Elías había reunido por fin la suficiente presencia de ánimo para ir en busca de su díscolo yerno José María... y el encuentro había terminado en un virulento altercado, del cual regresó el viejo hidalgo apabullado y lleno de pesar, ante las evidencias—irrefutables en apariencia—de los deslices de Felicia, y temiendo el magno escándalo social que no tardaría en sobrevenir cuando la separación se hiciese pública. Tan intensa era la desesperación que embargaba al desventurado padre, que acaso por única vez en su vida pudo verla Ariana rubricada por las lágrimas.

Mayores mortificaciones, empero, estaban reservadas para el sábado. A mediodía tuvo la tía Dolores la desafortunada ocurrencia de llegar a la residencia, a la que no se había arrimado siquiera desde la venida de su cuñado. Pero no bien había cruzado el umbral haciendo su acostumbrada alharaca, y reprochando a todos su desinterés por la “enferma” Felicia, cuando le salió al paso don Elías, bufando de indignación, con el fuste amenazante en la mano derecha.

—¿Con que así es la cosa, Dolores? —tronó el viejo hacendado, como habían tronado la víspera los cañones de los cuarteles—. ¿Usted cree que conmigo se puede jugar? ¡Pues aquí este circo se acabó!

Así tocó incidentalmente a Ariana, que apenas había vuelto a casa unos minutos antes, asistir al lamentable espectáculo de ver a la tía Dolores como nunca antes la había visto: cabizbaja, con los ojos desorbitados, las mejillas ardiendo de rubor y la mandíbula inferior colgando de su cara, mientras el furibundo patriarca de los Cantillano le dedicaba un frondoso apóstrofe de igual o mayor magnitud a los que solía dirigir a los demás, y de los cuales era víctima favorita la propia colegiala. Y aunque bien sabía esta última el generoso catálogo de intrigas, calumnias e insidias con las que esta insufrible parienta había minado su camino desde muchos años antes, su noble corazón no experimentó la menor alegría al presenciar su caída en desgracia, y sí en cambio un resto inevitable de compasión.

Después de almuerzo fue Ariana a encerrarse en su habitación, llevando consigo un grueso libro; pero no consiguió concentrarse en la lectura, ni logró tampoco conciliar el sueño debido al penetrante calor. ¡Ah, con cuán fatigosa lentitud parecían transcurrir las horas! Salió brevemente a la hora del café, y en ese lapso oyó llegar a su prima María Consuelo, que desde temprano había salido a los almacenes de la ciudad en compañía de una amiga suya. También ella resolvió ir directo a su cuarto; pero casi al anochecer vino a sacarla de él la voz imperiosa de su padre, ordenándole acudir a su despacho privado.

La puerta de aquel claustro se mantuvo cerrada por largo rato, lo que en otras circunstancias habría llegado a inquietar a la sensible Ariana. Nuestra jovencita, sin embargo, se hallaba tan absorbida por la abrumadora expectación de lo que vendría al día siguiente, que no echó de ver siquiera la ausencia sino hasta que se escuchó en la sala el asmático zumbido del teléfono. Decidió contestarlo ella misma... y de la bocina emergió una voz desgajada por el apremio.

—¡María Consuelo...! Habla Rubén... ¡olvidate del plan, se nos echó todo a perder... y Rafael...!

—¡No, Rubén, soy Ari...!

—¡Todo se destapó, María...! ¡Y yo... yo me *jalé* una *torta*, ahora tengo que irme...! ¡Adiós, siempre te voy a querer... pero por favor, no me busques! ¡Adiós!

La comunicación se cortó al instante, y con ella la poca calma que pudiera quedarle a la jovencita. ¿De cuál plan hablaba Rubén? ¿Acaso podía conocer él la trama que elaborasen tan secretamente ella y Ernesto? ¿Había más conjurados? De pronto le cayó encima un plomizo pensamiento: ¡era el mismo Rubén Carrillo quien había escondido a Miguel! Otra vez se despertaron al unísono los miedos aletargados en su alma, encendiendo bajo sus pies esas ascuas recurrentes que incineraban su sistema nervioso. “*Dios mío... ¡por favor, que no le haya pasado nada a mi hermano!*”

Minadas ya sus reservas emocionales por tantos meses de presión continua, Ariana descubría ahora que cada vez le era más difícil recuperar la ecuanimidad. No lo había logrado todavía, empero, cuando la sobresaltó de nuevo el crujido de las bisagras, que anunciaba a toda la mansión la apertura de la oficina del viejo hacendado. Y se le agolparon en la garganta meses enteros de temor y zozobra, al ver emerger de ella a María Consuelo, inflamados sus ojos, húmedas sus mejillas, el cabello en desorden y su

respiración entrecortada. Al punto recordó el terrible recado de Rubén. ¡Tenía que dárselo! Pero antes de poder hacerlo, sentía ya sobre sí misma la agobiante mirada de su tío, y recibía de él la muda orden de ingresar otra vez al despacho.

No dejó de impresionarla cuán desmejorado lucía aquel caballero, pese a haber transcurrido apenas seis días desde su arribo de Juan Viñas. Encorvado hacia adelante, su rostro arado por el implacable trillo de la angustia, los párpados avasallados por el peso del dolor, el pelo y el bigote emblanquecidos de golpe, temblorosas las manos otrora firmes y equilibradas.

—Lo que te voy a preguntar ahora, Ariana—arrancó, con más amargura que intimidación en sus expresiones faciales—acabo de preguntárselo también a María Consuelo... y después de lo que me ha tocado ver y oír en estos días, esperarí­a que por lo menos vos no estés tratando de agarrarme de tonto, como tu tía Dolores y mis propios hijos... Ya estarás enterada de la manera tan atroz en que Felicia nos ha deshonrado a todos... tanto a su marido como a mí mismo... y no debes ignorar que José María Sánchez está en todo su derecho de exigir satisfacción... tanto más por cuanto hubo complicidad de algunos en esta familia... En fin, es una sola cosa la que quiero saber: ¿vos sabías, o por lo menos sospechabas, que algo así pudiera estar pasando con tu prima?

—Podía... quizá podía haberlo conjeturado, señor...

—¿Y por qué nunca nos dijiste nada, ni a Lucía ni a mí?

—Porque... no tenía nada en claro... ¡y porque, tratándose de ese hombre, jamás me hubieran creído! —bajo embates tan recios había de resquebrajarse algún día la maltratada y heroica ecuanimidad de la atribulada Ariana; y ese día había llegado al fin, transformando su última frase en un reprimido sollozo—. ¡Pero así es él...!

—Un momentico, Ariana... ¿De cuál hombre estás hablando?

—¡De Joaquín Tinoco!

El estremecimiento que sufrió don Elías fue perceptible a simple vista, aún teniendo su sobrina las pupilas bloqueadas por lágrimas.

—Más vale que estés segura de lo que estás diciendo...

—¿Se da cuenta, tío? —los puños apretados y las mejillas a las brasas revelaban la tremenda lucha interior que padecía la muchacha—. ¡Nadie me hubiera creído, y usted mismo se hubiera dejado convencer por tía Dolores para mandarme de una vez a Puntarenas! ¡Pero ese señor...!

A mitad de la frase se abrió bruscamente la puerta, y a través de ella se precipitó al interior del despacho José Luis, el jardinero, en cuyas facciones

descoloridas y frente perlada se adivinaba ya la noticia de una nueva tragedia.

—¡Don Elías... venga rápido...! —las frases casi se le escapaban de entre los labios, impulsadas por la alarma—. ¡A Rafael... ay, por María Purísima... qué terrible...!

—¿Qué pasó? —la mano del viejo acudió presurosa a su propio pecho. Frente a él bajaba su faz Ariana, para santiguarse en silencio.

—¡A Rafael... le pegaron unos tiros... y se está muriendo!

Tan aciaga novedad conmocionó no solo a la mansión de los Cantillano, sino a todo Barrio Amón. Se decía que el hecho había sucedido en una famosa taberna cerca de la Estación del Atlántico, en la cual acostumbraba el herido beber y apostar en compañía de otros amigos suyos, uno de los cuales era el sospechoso de haberle disparado al calor de una refriega que él mismo provocase. Otras versiones, a menudo inverosímiles o contradictorias, circulaban también por doquier, para mayor dolor de la familia afectada. Y de la misma manera que todo el vecindario se había agolpado meses antes para observar el arresto de don Fernando Herrera a manos de la Guardia Rural, ahora se aglomeraba de nuevo para presenciar la apurada partida de don Elías y su sollozante esposa hacia el Hospital San Juan de Dios, donde había sido trasladado de urgencia su primogénito.

A esa misma hora, en el Palacio Nacional, un azorado Congreso en sesión extraordinaria recibía y aprobaba la solicitud de licencia del Presidente de la República para separarse de su cargo... y la simultánea renuncia del general Joaquín Tinoco como Primer Designado a la sucesión.

La llave del destino

Un solo pensamiento embargaba al General mientras descendía por la curvada escalinata exterior del Castillo Azul, luego de participar ese domingo con su hermano y los miembros del Gabinete en un suntuoso, aunque melancólico, almuerzo de despedida. ¡Al fin poseería a Ariana Cortés! ¡Sí, ella, la delicada y despierta jovencita que por meses se había atrevido a rechazar sus obsequios y a resistirse a su asedio! ¡La elegida por los Grandes Maestros del pasado para ser su nueva y verdadera compañera de hazañas, su inspiración y su oxígeno!

A las cuatro de la tarde se detuvo su automóvil frente a la casa de don Buenaventura Corrales, tal como lo habían acordado con anticipación. En compañía de Porfirio Molina y Julio Esquivel, ambos diputados y dilectos amigos suyos, echó pie a tierra el Ministro de Guerra con desusada animación en su semblante. ¡Cuánto ansiaba oír las voces del más allá, ahora que tenía en el bolsillo el corazón de la joven que debía abrirle la llave de su destino más enaltecido!

La sesión espiritista se prolongó casi hasta las seis. Al cabo emergieron de la oscurecida habitación los caballeros, visiblemente satisfechos; pero Joaquín, enfundado todavía en su nocturno capuchón, permaneció unos segundos más en su asiento.

—Todavía tengo una consulta más... aunque por supuesto, no quise hacerla en presencia de ellos—se dirigió de súbito a Ofelia, quien se mantenía también allí, ojos cerrados y manos extendidas, delante de la mesa redonda y las velas danzantes—. Mi hermano ha insistido hasta el cansancio en que debemos irnos los dos... pero por otro lado, siempre hemos sabido que mi destino y el suyo no son paralelos... y que para que lo que está determinado para mí pueda cumplirse a plenitud, se necesita...

—Se necesita el espíritu complementario... el que tiene esa muchacha, Ariana Cortés—seguía la *médium* demostrando su capacidad de anticiparse a las palabras de Joaquín—. Sin la presencia de ese espíritu, usted nunca podría salir del ascendente de don Federico, ni brillar con luz propia...

—Lo que quiero saber, Ofelia—carraspeó nerviosamente el General— es si debo irme con Federico, o quedarme... y formar con esa muchacha la

amalgama que usted siempre dijo...

La joven permaneció como petrificada por unos segundos, antes de que las expresiones de su rostro se trasmularan con brusca volatilidad. Finalmente se despegaron sus labios, pero en lugar de la voz plana e inexpresiva con que normalmente se expresaba, lo que surgió tenía un cierto dejo de temerosa resignación.

—Su destino es para esta tierra, para este país—aseguró, hablando con gran lentitud—y, tal como le fue anunciado, está enlazado con el de esa muchacha... porque ella está llamada a ser la causa y el instrumento para hacerlo venir... ¡Ah, y olvídense del viaje! Los espíritus no van a permitirselo. Es en Costa Rica... y es por medio de ella. Y está muy cerca. Más de lo que usted mismo supone.

Al acecho

Anocheecía. Ninguna luz se veía en la mansión de los Cantillano. Y tampoco al frente, en la casa de los Herrera, casi abandonada en apariencia, salvo por el ocasional ingreso de la fiel Azucena, quien nunca había descuidado las plantas. ¿Quién hubiera creído que en ella llevaban ocultos varias semanas Ernesto y su padre?

“*El último lugar en el que a los Tinoco se les ocurriría buscar*”, razonaba él. Y a juzgar por los resultados, estaba en lo cierto. A excepción de Azucena, Agustín y Rubén Carrillo, ninguna otra persona sabía siquiera que esa casa permaneciese habitada. Ni siquiera la propia Ariana, que a diario la contemplaba con profunda nostalgia desde la solitaria ventana de su habitación. Ni tampoco Miguel, refugiado en otro sitio más lejano.

Pero se acercaba la hora, y Ernesto desfallecía de tensión. ¡Tenía que llegar a la esquina de la Cafetería Española, el punto más idóneo para camuflarse, y aguardar allí el paso de su blanco! Pero, ¿qué sentido tenía hacerlo sin el arma que obtuviese de Agustín? Se había atrevido a encender una lámpara para buscarla en su habitación. ¡Estaba tan seguro de haberla guardado allí, con todo y sus tiros...! “*Y si no la encuentro... la que va a morir es Ari*”...

Por cada gaveta que abría, por cada baúl y cofre que le negaban su fruto, se iba incrementando su afanosa desesperación. ¿Dónde estaba esa maldita pistola?

—¿Buscas esto, hijo? —la voz de don Fernando surgió de las sombras, erguido en la puerta del dormitorio. El fugaz brillo metálico en su mano derecha dejó frío a Ernesto. ¡Tenía la pistola!

—¿Cómo la encontraste? —protestó el muchacho—. ¡Yo la tenía muy bien...!

—No tan bien, puesto que la pude encontrar sin estarla buscando.

El silencio se volvió cortante.

—La necesito— a Ernesto se le quebró la voz—. De verdad. Es por Ari.

Aun en medio de las obligadas tinieblas en que debían pasar las noches, y a pesar de la inclemente fatiga que le corrugaba el rostro, en la faz del talabartero era discernible a un tiempo la dulzura de un padre afligido y el

fuego de un patriota agraviado.

–Bien te lo dije yo, Ernesto, cuando me pediste permiso para casarte con ella... —sentenció al fin, llevándose la mano al cinto—: Cuando a los *ticos* se nos termina la paciencia, ¡nos sobra el valor! ¿Te acordás?

El joven asintió, ansioso.

–Pues llegó el momento—anunció con serenidad don Fernando—de pasar la factura final.

La llamada

Ariana salió de la mansión poco después de las seis y media. De todas maneras no quedaba en ella nadie que lo advirtiese; don Elías y su esposa habían pasado todo el día al lado del agonizante Rafael, volviendo a casa únicamente para almorzar, mientras que María Consuelo, después de pasar toda la madrugada y la mañana en un estado de incontrolable histeria, había caído al fin en las garras del feroz agotamiento y se hallaba sumida en un profundo sopor.

Las calles, casi desiertas, resultaban acaso más intimidantes así. La jovencita caminaba de prisa, sabiendo que una peatona nocturna y solitaria inevitablemente atraería la atención de los policías y detectives que persistían en patrullar las calles de la agobiada ciudad de San José. Y nada bueno podría depararle esa curiosidad de los oficiales: en la cintura, oculto entre los señoriales pliegues de su vestido, llevaba el revólver que hurtase a su tío.

En una esquina, no lejos de la opulenta residencia del Ministro de Guerra, cruzóse con otro viandante de andar más pausado. Reconoció a Agustín, el ebanista, pero no quiso detenerse a saludarlo. Ya habría otro momento para hacerlo, sin temores ni prisas.

Traspuso la siguiente calle. Comenzaba a sudar. En la acera opuesta caminaba lentamente un soldado o un policía, que al verla hizo un ligero movimiento de cabeza. Por alguna razón pensó en Miguel, su hermano... y una descarga de angustia la hizo tambalearse.

Justo antes de llamar la puerta del matrimonio Esquivel Valverde, escuchó las campanadas que daban las siete de la noche. Se santiguó y tocó.

—¡Ariana...! —fue la propia dueña de la casa quien le abrió, adelantándose al servicio—. Creí que era mi marido el que llegaba... es que salió con el General ahora más temprano, y quedó de venir a la hora de la comida... ¿Cómo está tu primo? Me contó mi hermano que le había pasado algo y lo habían tenido que internar...

—No muy bien, la verdad... —la aflicción de la muchacha no era simulada, pese a la mutua indiferencia con la que generalmente se habían visto por años ella y Rafael—. La cosa fue bastante grave, y mis tíos creen que de hoy no pasa...

—¡Pero no te quedes ahí, pasá adelante! ¿Querés comer algo?

—Gracias, doña Adelia... pero voy un poco de prisa... Más bien, necesito pedirle un favor... ¿Me podría prestar el teléfono?

Hubiera debido la improvisada anfitriona notar la distorsión en la voz de su huésped al solicitar el aparato, pero ella misma parecía abrumada por sus muchos quehaceres. Desde el pórtico se alcanzaba a oír el alboroto de tres niños pequeños sentados a la mesa.

Ariana dudó unos segundos delante del aparato. “*Señor y Dios mío... sé que conoces el corazón de las personas... Te suplico que no me condenes por esto*”. Lo hizo funcionar.

—*Mon Général...* estoy lista... —tenía una voz virginalmente femenina y pronunciaba con delicia el francés, pero era la Muerte la que telefoneaba a Joaquín Tinoco esa noche de domingo, para recordarle su cita clandestina.

Había lágrimas en sus ojos al colgar. Se santiguó y corrió a despedirse.

Epílogo

La restauración

1

El misterio

Un mes más tarde.

A ambos lados de la Avenida Central, una muchedumbre delirante vitoreaba a Julio Acosta, líder y símbolo de la oposición a la tiranía, quien a la cabeza de la tropa revolucionaria del Sapoa hacía su entrada en triunfo a la capital, en vísperas del Día de la Independencia. Hacia él y sus compañeros de armas volaban los ramilletes, sombreros y pañuelos que adornaban las aceras en reemplazo de las infames bayonetas de los esbirros. Y con ellos surcaban también el cielo los anhelos de un pueblo por recobrar la libertad perdida.

En la esquina del Palacio Nacional, donde mayor era la aglomeración y donde con más entusiasmo se aclamaba al eximio dirigente, destacaba la figura de un hombre anciano, visiblemente exhausto, que vestido de riguroso luto se apoyaba en un bordón, del brazo de una hermosa jovencita de largo cabello castaño, mirar relampagueante y melancólicas facciones, cuyo atuendo era más bien austero.

—¿Se siente bien, tío? —la impecable dulzura de la pregunta apenas conseguía disfrazar una pincelada de dolor que se empeñaba en alterar la voz de la muchacha.

—Tranquila, Ariana... estoy bien—un bronco suspiro contradijo a medias la tranquilizadora afirmación—. Es el calor, nada más... y también, la verdad, que me dio por pensar que ya hace un mes exacto que enterramos a Rafael...

“Es cierto, un mes ya”, en el corazón de la jovencita aún seguían frescas las heridas. “Fue al día siguiente de que huyera del país don Federico... y con él Felicia y tía Dolores, que iban en ese mismo tren... ¡El susto que deben haberse llevado ellas dos cuando la gente de Cartago se tiró a la calle y la emprendió a pedradas contra los vagones, porque sabían que ahí iba el dictador...! ¿Cómo le estará yendo a esa gente en Europa? ¿Ya habrán llegado? Dicen que llevaban cualquier cantidad de plata”...

En el flujo de sus pensamientos se atoró de pronto la imagen querida de doña Adelia. Sus temores habían resultado proféticos: su marido la asesinó en un arrebató de celos, apenas una semana después de la muerte de Joaquín.

Ahora tendría un juicio sensacional y quizás acabaría en San Lucas o en el Chapuí... pero, ¿qué iba a ser de los tres pequeñuelos, a quienes tenía ella tantísimo cariño?

No daba trazas de dispersarse el optimista carnaval de bienvenida a los revolucionarios, pero al cabo decidió Ariana que convenía más a la salud de su maltratado tío Elías el retorno gradual a casa. ¡Cuánto había cambiado la actitud de él hacia ella, a medida que iba quedándole al desnudo la verdadera naturaleza de otros en quienes había confiado más! ¡Cuán reivindicada se había visto ella, al contrastarse finalmente la oscura trama de seducción que había conseguido soportar, con la voluntariosa alegría con la que se habían lanzado Felicia y Rafael a la vida licenciosa, o a los ímpetus irreflexivos de María Consuelo, cuya fallida fuga había sido descubierta como aparente móvil de la riña que costase la vida a su hermano! ¡Y con cuánto júbilo celebró ella la determinación de traerse a San José a Eugenia, su enérgica y sagaz hermana menor, con la que había podido congeniar a la perfección en Puntarenas!

Al llegar a la mansión, advirtió Ariana que la puerta del hogar de la familia Herrera estaba abierta. ¿Habrían regresado? Loca de entusiasmo echó a correr a través de la calle... y casi en la propia entrada la atenazó el ansioso abrazo de su esposo Ernesto. ¡Al fin juntos, en libertad, sin temor a esbirro alguno, sin látigos, cepos ni rifles!

–¿Y qué te pareció el desfile, princesa?

–Espero que esa gente no le falle a Costa Rica. Todavía me acuerdo del que hicieron para Federico Tinoco... y ya viste en qué terminó.

–Bueno, el tipo no terminó tan mal... en Europa, con la familia, forrado de plata...

–Y con su hermano muerto.

Ernesto frunció su boca y guardó un largo silencio.

–Ari... tengo que confesarte algo.

Los ojos de ella inquirieron dulcemente acerca del anunciado secreto... pero al notar cierta zozobra en el semblante del joven, le mordió el corazón a Ariana una gélida reminiscencia de la aborrecida época recién pasada.

–Esa noche...

–Sss... no hablemos de eso.

–Es que... ¡yo no lo maté!

Ahora fue ella quien palideció de un solo golpe. La incredulidad de sus ojos acuchilló a Ernesto, y el temblor de sus manos volvió como una

marejada.

–Imposible...

–Me faltaban como veinte varas para llegar a la esquina, cuando escuché el plomazo y vi caer a alguien uniformado... sabía que era él. Pero no pude ver al que le dio el tiro. Corrió para el otro lado, y empezó a disparar al aire... y después se me desapareció.

–Pero... ¿y el plan?

Ernesto se encogió de hombros, mientras por la atribulada cabeza de Ariana desfiló una incontrollable espiral de rostros. Si no había sido él, ¿quién había sido? ¿Acaso Miguel, su hermano, que había jurado matar al General? ¿O don Fernando, torturado gratuitamente y concededor del arma que tenía Ernesto? ¿O sería Agustín, deseoso de demostrar que no todos los *ticos* eran cobardes, y a quien había de señalarse en un futuro como el principal sospechoso? ¿Lo habría hecho Rubén Carrillo, ya fugitivo de la justicia? ¿O quizá José María, cobrando por esta vía el honor mancillado por su esposa Felicia? ¿O el diputado Esquivel, celoso de su esposa hasta la locura y eventual asesino de esta? ¿O la viuda del licenciado Argüello de Vars, víctima de Joaquín Tinoco en un infame duelo...?

Ariana, conmocionada todavía, se puso una mano en el pecho.

–No importa quién apretó el gatillo—musitó con amarga suavidad, bajando el rostro—. A Joaquín Tinoco lo maté yo.

Alajuela, 27 enero 2017

[1] Esquilo: *Las Euménides*, Acto Único.

[2] Rogelio Fernández Güell, escritor y diputado opositorista, dirigió un fallido alzamiento contra el régimen de Tinoco en febrero de 1918. Durante su huida hacia la frontera panameña fue interceptado y asesinado en el poblado de Buenos Aires, junto con cuatro compañeros de armas, por esbirros del régimen.

[3] León Tolstoi: *Guerra y Paz*, Segunda Parte, Libro VI, Capítulo XIV.

[4] Víctor Hugo: *Los Miserables*, Tercera Parte, Libro VI, Capítulo III.

[5] “Ella es Ariana, miembro de la familia y la homenajead de este baile”.

[6] “Mi placer, señorita”...

[7] *Las Mil y Una Noches*, Libro VI: “Alí Kwayah y el Mercader de Bagdad”.

- [8] “Encantada de verle, mi General”.
- [9] “¿He sido descubierta?”
- [10] “Sí, temo que sí”.
- [11] Joaquín García Monge: *El Moto*, Capítulo XII.
- [12] Edward Bulwer-Lytton: *Los Últimos Días de Pompeya*, Quinta Parte, Capítulo X.
- [13] Carlos Gagini: *El Árbol Enfermo*, Capítulo IX.
- [14] Marcos 6: 25 (NVI).
- [15] Alberto Cañas: *La Segua*, Acto I.
- [16] Taylor Caldwell: *El Gran León de Dios*, Primera Parte, Capítulo I.
- [17] Carmen Lyra: *Cuentos de mi tía Panchita*, Segunda Parte, “Por qué Tío Conejo tiene las orejas tan largas”
- [18] Lucas 22: 54 (Reina—Valera 1960).
- [19] Carlos Luis Fallas: *Marcos Ramírez*, Capítulo III.
- [20] *Pocapena*: descarado, desvergonzado, impúdico.
- [21] *Telele*: majadería, necedad.
- [22] Proverbios 16: 1 (NVI).
- [23] Miguel de Cervantes: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Segunda Parte, Capítulo XXXVIII.
- [24] *Opilarse*: adueñarse, apoderarse, hacer fortuna.
- [25] Alexandre Dumas: *El Conde de Montecristo*, Capítulo XVII.
- [26] Benito Pérez Galdós: *Marianela*, Capítulo XV.
- [27] Yolanda Oreamuno: *La Ruta de su Evasión*, Capítulo X.
- [28] Miguel de Cervantes: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Primera Parte, Capítulo VIII.
- [29] Isabel Allende: *La Casa de los Espíritus*, Capítulo XI.
- [30] Alexander Pushkin: *Evgeni Onegin*, Capítulo V, Estrofa XXX.
- [31] Jacob y Wilhelm Grimm: *Rapunzel*.
- [32] Hesíodo: *Los Trabajos y los Días*, Libro I.
- [33] Génesis 4: 10 (Reina—Valera 1960).
- [34] Albert Camus: *El Extraño*, Segunda Parte, Capítulo II.
- [35] Gabriel García Márquez: *Cien Años de Soledad*, Capítulo IV.
- [36] Apocalipsis 6: 1-8 (Reina—Valera 1960).
- [37] Carlos Fuentes: *La Muerte de Artemio Cruz*, “1915 – Octubre 22”.
- [38] Fyodor Dostoyevski: *Los hermanos Karamazov*, Segunda Parte, Libro V, Capítulo V.
- [39] Julio César, citado por Suetonio: *Vida de los Césares*, Libro I.
- [40] Cicerón: *Disputas Tusculanas*, Libro V.

- [41] Génesis 19: 24, 25 (Reina—Valera 1960).
- [42] Tomás de Aquino: *Comentarios a las Sentencias de Pedro Lombardo*.
- [43] Mark Twain: *Aventuras de Tom Sawyer*, Capítulo II.
- [44] Ovidio: *Las Metamorfosis*, Libro XI.
- [45] Vasili Grossman: *Vida y Destino*, Segunda Parte, Capítulo XXVI.
- [46] Miguel de Cervantes: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, Primera Parte, Capítulo XXXIII.
- [47] Jane Austen: *Mansfield Park*, Capítulo XXIV.
- [48] Gabriel García Márquez: *Cien Años de Soledad*, Capítulo VIII.
- [49] William Shakespeare: *Romeo y Julieta*, Acto I, Escena V.
- [50] Mateo 19: 6 (Reina—Valera 1960).
- [51] Albert Camus: *El Extraño*, Segunda Parte, Capítulo V.
- [52] Dante Aligheri: *La Divina Comedia*, “Infierno”, Canto XXXII.
- [53] León Tolstoi: *Anna Karenina*, Primera Parte, Capítulo VI.
- [54] Rubén Darío: *Retratos*, I.
- [55] Lope de Vega: *Fuenteovejuna*, Acto III.
- [56] 1ª Juan 4: 18 (Biblia de Jerusalén)
- [57] Carlos Gagini: *Cuentos Grises*, “En la playa”.
- [58] Tirso de Molina: *El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra*, Jornada I.
- [59] Friedrich Schiller: *La Doncella de Orleans*, Acto V.
- [60] Carlos Luis Fallas: *Marcos Ramírez*, Capítulo IV.
- [61] Las “*tercerillas*” era el nombre que se daba, en tono despectivo, a los certificados con los que el Gobierno pagaba a los empleados públicos un tercio de sus respectivos salarios, debido a la tremenda escasez de dinero efectivo. Era frecuente que dichos empleados se viesen obligados por sus apuros económicos a vender tales certificados a algún especulador a un precio ridículo, y que tal especulador (usualmente amigo o pariente de algún personero importante del régimen) canjease luego el certificado ante el Ministerio de Hacienda por la totalidad de su valor facial. Mediante este sistema se enriquecían velozmente los partidarios del régimen cobrando salarios ajenos.
- [62] “Muchas gracias, mi General”.
- [63] Jane Austen: *Mansfield Park*, Capítulo XLVIII.
- [64] Éxodo 4: 13-14, 7: 2 (Reina—Valera 1960).
- [65] Mateo 5: 44, Lucas 6: 35 (Reina—Valera 1960).
- [66] José Marín Cañas: “La Bomba Knox”. En: *La Nación*, 2 de noviembre de 1974.
- [67] Carlos Luis Fallas: *Marcos Ramírez*, Capítulo IV.
- [68] Carlos Gagini: *El Árbol Enfermo*, Capítulo IX.
- [69] Carlos Luis Fallas: *Mi Madrina*, Capítulo V.
- [70] “Señorita Ariana... ¡qué placer!”

[71] “Encantada de verle de nuevo, mi General”.

[72] Mario Vargas Llosa: *La fiesta del Chivo*, Capítulo XXIV.

[73] Dion Casio: *Historia Romana*, Libro LI, Capítulo XII.